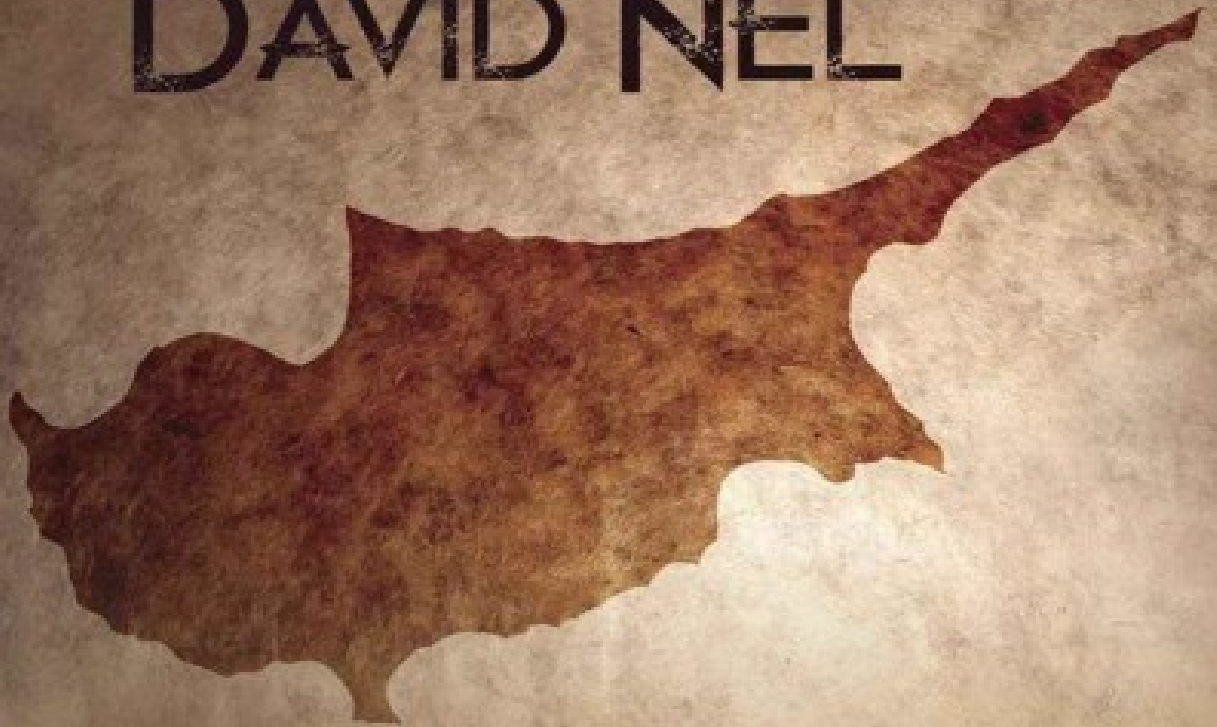


DAVID NEL



ALBA INFINITA



PUNTOROJO
libros

Alba Infinita

David Nel

Alba Infinita

David Nel

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@puntorojolibros.com

Ilustradora: Soraya Andújar

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2015 David Nel

© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

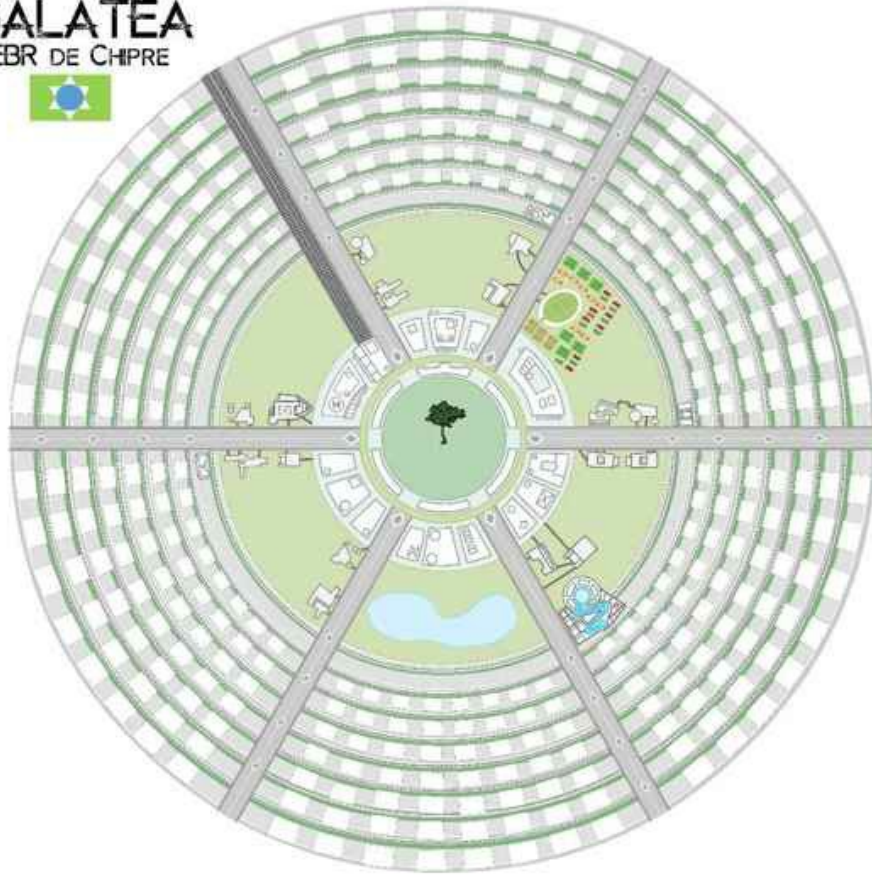
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

*Sin su mayor y más bella estrella,
este universo nunca habría visto la luz.*

Esta historia es para ella.

GALATEA

EBR DE CHIPRE



PARTE I



1

Leah Patroklou

Octubre 2054

Chipre

Una bocanada de calor nos golpeó sin previo aviso al entrar en la pasarela de embarque que comunicaba nuestro avión con el aeropuerto de Anamur. Sin apenas reparar en ello, Ioannis y yo avanzamos hacia la terminal con una obvia dificultad para contener nuestras emociones. Luchábamos por no dejarnos llevar por el familiar entusiasmo que tantas veces había acompañado a una mudanza y que siempre había acabado en desengaño, pero en el fondo éramos conscientes de que esta vez era distinto. Todo eran miradas furtivas y sonrisas nerviosas, como una pareja de niños tímidos que entran en un parque de atracciones por primera vez. Por momentos olvidamos que teníamos a nuestro propio niño, algo que él mismo se encargó de recordarnos con otra de sus innumerables preguntas.

—Papá, ahora que hemos llegado a Chipre y aquí no somos pobres, ¿podemos tomarnos un helado?

Me alegré de que, por una vez, la pregunta fuera dirigida a mi marido. Con la excusa de que yo era la psicóloga, siempre me tocaba a mí responder las cuestiones más comprometidas.

—No te impacientes, Chris. Todavía estamos en Anamur, y no sé si aquí tendrán helados. De momento, debemos recoger las maletas y pasar por el Banco Puente. En cuanto terminemos, te prometo que buscaremos una tienda.

—¡Pero yo pensé que ya estábamos en Chipre! Dijiste que aquí tendríamos todo lo que deseáramos y que todo sería gratis...

Gratis. Probablemente Ioannis no había usado la palabra más adecuada.

La situación de Chipre, y en concreto la de Anamur, no era muy difícil de entender, pero la falta de precedentes históricos llenaba a la gente de curiosidad y muchos no terminaban de creérselo hasta verlo con sus propios ojos. ¿Cómo explicárselo a un niño de seis años?

Todo empezó cuando Chipre se autoproclamó una EBR. Una Economía Basada en Recursos. Esto ocurrió a finales de 2045, justo cuando la economía mundial trataba de recuperarse tras el histórico anuncio del Fondo Monetario Internacional.

El FMI, tras llevar a cabo la mayor auditoría de deuda internacional hasta la fecha, decidió que la única manera de poner fin a la Larga Depresión, la crisis que afectaba a gran parte del mundo desarrollado desde hacía décadas, era a través de la implantación del denominado Plan Stark.

Mediante este plan, imponían una serie de controvertidas medidas, entre las que destacaba la progresiva cancelación de la deuda internacional considerada ilegítima, siempre según su criterio. Obviamente, muchos países y corporaciones se vieron afectados negativamente por esta decisión, pero nada parecía detener a los auditores del Plan Stark, que se veían amparados por el derecho internacional. ¿Quiénes eran estos auditores y en qué momento llegaron a alcanzar tal nivel de poder? La nula transparencia que les rodeaba no hacía más que alimentar los rumores sobre una trama de corrupción a nivel internacional.

Sea como fuere, el Plan Stark se llevó a cabo durante gran parte de la década de 2040, enriqueciendo a unos y empobreciendo a otros, pero sin solucionar el gran problema al que estaba destinado. La Larga Depresión no hizo más que acentuarse en los años posteriores.

Chipre fue uno de los grandes beneficiados por el Plan Stark. El gasto tras los años de posguerra había catapultado su deuda exterior hasta niveles insospechados y, por alguna razón, los auditores del FMI decidieron que una gran parte de esta deuda no debería ser abonada.

Los demás países europeos, por lo general, no tuvieron tanta suerte. Hundidos por la crisis, comenzaron a abandonar el Euro para poder

controlar su propia política monetaria. Y fue entonces cuando Chipre dio la campanada.

No, dijeron, nosotros tenemos una idea mejor. Vamos a llevar este plan más allá y cancelar también las deudas nacionales. De hecho, vamos a eliminar por completo el sistema monetario. Nuestra economía se va a basar en recursos.

—¿Alguien nos podría aclarar de qué recursos están hablando? —habría preguntado probablemente la Unión Europea con sorna.

—Oh, ¿no eran ustedes los que nos criticaban todos estos años por nuestros *proyectos faraónicos*? —habría respondido el enjuto presidente chipriota Panos Kana, seguramente haciendo pocos esfuerzos para contener su sonrisa de satisfacción.

—Cierto, ¿se refiere a esas estrafalarias viviendas de dudoso gusto arquitectónico que están levantando en medio de la llanura de Mesaoria? ¿O a la construcción de ese desproporcionado aeropuerto en Anamur? ¿O a la estupidez de adquirir los inútiles terrenos inundados del norte de Egipto? Creo que podríamos seguir con una larga lista.

—Esos terrenos nos han costado menos que las máquinas de café de sus opulentos edificios en Bruselas. Y en cuanto a lo de inútiles, bueno, depende de para qué sean utilizados. Aquella superficie recibe una radiación solar inalcanzable en muchos otros puntos del planeta. Nuestra nueva central termosolar, con sus colectores cilíndrico-parabólicos que pueden alcanzar los 5.000 MW, empezará a funcionar enseguida, abasteciendo de energía a... *nuestras viviendas de dudoso gusto arquitectónico*. Así es como les gusta llamar a Galatea, nuestra nueva capital, ¿verdad?

—¿5.000 MW! Supongo que está de broma. ¿Y qué significa eso de *su nueva capital*?

—Siéntese, querida Unión Europea. Está usted a punto de ver algo muy interesante.

La UE se sentó, y en efecto, vio algo muy interesante. Y el resto del mundo también. Fue el nacimiento de la primera EBR de la historia.

Nueve años después, mi familia y yo llegábamos al aeropuerto de

Anamur con nuestra expectación por las nubes. Chipre era ya el país europeo más... ¿rico?

No, esa no era una definición acertada.

La pequeña región de Anamur había pasado a pertenecer a Chipre después de la guerra turco-chipriota como parte del Acuerdo de Antalya, que la comunidad internacional había obligado a los dos países a firmar en 2030. Chipre salió fortalecido de ese acuerdo, recuperando sus legítimos territorios insulares más el pequeño terreno estratégico de Anamur, en la costa más cercana de Turquía. Fue una especie de compensación por todas las miserias que el pequeño e indefenso país tuvo que pasar durante aquellos últimos años sin que nadie moviese un dedo.

Sin Anamur, el nuevo sistema económico de Chipre nunca se habría podido llevar a cabo sin un completo aislamiento de los demás países. Esta antigua región turca funcionaba de puente entre el resto del mundo y Chipre, entre el capitalismo y la Economía Basada en Recursos, entre la pobreza y la abundancia. Incluso algunos se atrevían a decir entre el viejo mundo y el nuevo mundo.

Mientras caminábamos hacia la zona de recogida de equipaje, y ante la insistencia de Chris por conseguir su helado, decidí tomar yo las riendas de la explicación.

—Chris, ¿te acuerdas cuando Papá consiguió un trabajo en San Francisco y una comunidad hippie nos ofreció alojamiento durante unos días? —Al ver su mirada expectante, continué—. Imagínate otra comunidad hippie en una isla del Mediterráneo. Todos trabajan para el grupo: en el campo, en la construcción, pescando... No necesitan dinero porque tienen todo lo que necesitan en el momento que lo necesitan.

—¿También están casi todos enfermos? —me contestó mientras los recuerdos le ensombrecían la expresión.

—No, Chris, ellos están sanos y son muy felices. Pero tienen un problema: muchos de sus amigos y familiares viven en Europa. Y Europa no es como la comunidad hippie, sino que funciona con dinero. ¿Cómo van a hacer para visitarse unos a otros? Si los abuelos hippies van a Berlín, no van a tener dinero para pagar los helados de sus nietos. Y al contrario, si mi amigo de Londres viene a visitarme unos días a la

isla, su dinero no valdrá para nada.

—¿Entonces no se pueden visitar?

—Sí que pueden, todo gracias a una idea que tuvieron los hippies: decidieron construir un banco.

—¿Un banco en una isla sin dinero?

—Exactamente. Y ese banco es la única manera de entrar y salir de la isla. Cada vez que un visitante viene, paga una cantidad de dinero por cada día que va a pasar en la isla.

—¿Y para que querrían ese dinero los hippies?

—Piensa un poco, seguro que lo adivinas.

—¿Para viajar a Europa? —contestó esta vez Ioannis, intentando echar una mano a Chris.

—¡Eso es! —contesté.

—Pero eso significa una cosa, Mamá. Si no viene nadie a la isla, no hay dinero para que los hippies salgan de ella —dijo Chris con una cara de preocupación que le hacía parecer más inocente todavía.

—Lo has entendido perfectamente. Eso motivará a los hippies a mantener la isla cuidada para que los visitantes y turistas quieran venir.

—¿Chipre es la isla de los hippies?

—Si, podríamos decir que si, aunque no son como los hippies que tú conoces.

—¿Y dónde está su banco?

—Estamos en él, Chris. Anamur es su banco. Y en los bancos ni se venden ni se regalan helados.

Con un aire pensativo, se dio por satisfecho y decidió que podía esperar.

El aeropuerto de Anamur se encontraba a rebosar de gente, muchos de ellos aparentemente turistas, pero sin duda la mayoría inmigrantes que, al igual que nosotros, no habían dudado en aprovecharse de la apertura de la EBR de Chipre a la inmigración controlada.

Para aquellos a los que todavía no nos habían implantado el CNI, el Chip Nacional de Identidad, salir de la terminal no era tan fácil.

Además del control del pasaporte físico, teníamos otra parada obligatoria en el Banco Puente.

Los turistas únicamente debían pagar la cantidad correspondiente a la duración de su estancia en el país. Pero nosotros, al ser inmigrantes, debíamos comprometernos a deshacernos de todos nuestros ahorros. La ley chipriota prohibía ser titular de una cuenta bancaria en el extranjero.

Con una mezcla de excitación e inseguridad, nos desprendimos de nuestros últimos dólares americanos.

Una vez fuera del Banco Puente, pasamos a la terminal local y nos pusimos a la cola para embarcar en el próximo avión a Lárnaca.

Para nuestra sorpresa, Chris encontró allí su ansiada tienda de helados.

—Mis sabores favoritos son chocolate, mandarina y almendra —le dijo al encargado de la tienda, un hombre que debía haberse ganado su sitio en el cielo tras aguantar día tras día hordas y hordas de turistas ansiosos de productos gratuitos.

—No hay problema, campeón. Tenemos todos los sabores que te puedas imaginar.

Nos habían aconsejado sentarnos en el lado izquierdo del avión para poder admirar desde el aire la originalidad de la arquitectura de Galatea, una extensa e imponente metrópoli de forma circular que se alzaba solitariamente en el centro de la llanura de Mesaoria. Por desgracia, todos los viajeros parecieron pensar lo mismo, y tuvimos que conformarnos con sentarnos al otro lado. La verdad es que tampoco podíamos quejarnos, ya que el lado oeste de la isla también era espectacular. Tras la impresionante cordillera de Troodos, pudimos localizar las ruinas de las antiguas ciudades de Pafos y Limasol, ambas bañadas por las sugerentes aguas color turquesa del Mediterráneo.

Tras apenas veinte minutos de vuelo, aterrizamos en el aeropuerto de Lárnaca, al sur de la isla. Nuestro nerviosismo comenzaba a ser difícil de contener. Estábamos a punto de llegar al lugar donde íbamos a pasar, probablemente, el resto de nuestras vidas. El lugar del que no

habíamos dejado de oír hablar en los últimos nueve años. No podía esperar a verlo todo con mis propios ojos.

Aquellas viviendas que habían comenzado a construirse antes de la conversión en una EBR no eran más que el comienzo del proyecto que se convertiría en la piedra angular del sistema chipriota: Galatea, la primera ciudad del mundo abastecida completamente por energías renovables y la capital de la primera Economía Basada en Recursos de la historia.

Al salir de la terminal, un guía estaba esperándonos. Soterios, un corpulento chaval con una densa mata de pelo negro y mejillas castigadas por el acné, tendría dieciocho años como mucho. Me sorprendió que un guía fuese tan joven, pero entonces recordé que el sistema educativo de Chipre era bastante distinto del nuestro. Los alumnos terminaban el colegio a los dieciséis años para pasar a desempeñar puestos básicos en el mercado laboral. Este periodo era conocido como *Rutina*, y servía como iniciación a la vida profesional. Más adelante, eran los propios jóvenes los que decidían si querían seguir trabajando como *rutinarios* o preferían prepararse para puestos de mayor responsabilidad.

Una vez sentados en el tren que nos llevaría a la ciudad, Soterios nos enseñó un mapa de la red ferroviaria del país. Se trataba de un circuito que daba la vuelta a la isla, con diez paradas en las ciudades o puntos más importantes.

—Pensé que Galatea era el único núcleo urbano habitado del país —pregunté confundida—. ¿Aún queda gente viviendo en el resto de ciudades? ¿O son solo zonas turísticas?

—Es una buena pregunta —contestó Soterios con entusiasmo—. Galatea es la única ciudad oficial de la EBR. Allí están registrados todos los habitantes del país, y es la única ciudad con suministros de agua, electricidad o internet. Pero cuando el Gobierno de Panos Kana construyó Galatea, no podíamos destruir las antiguas ciudades de la noche a la mañana. Es cierto que la mayoría estaba en ruinas de todas formas, pero muchos ciudadanos tenían apego a sus viviendas y estaban en su pleno derecho de mantenerlas. Por ello, no se obligó a nadie a dejar sus hogares. Cada familia fue asignada una nueva

vivienda en Galatea, y ellos fueron libres de mudarse cuando quisieran. La mayoría decidió mudarse, especialmente después del corte de suministros, pero todavía quedan algunas familias que han preferido quedarse en sus antiguos hogares, especialmente en la costa. La temperatura no es un problema, y se han acostumbrado a la falta de electricidad. Su única preocupación es la falta de agua, ya que las plantas desalinizadoras solo abastecen a Galatea. Si alguien vive fuera, debe viajar a la ciudad o a una de las plantas para conseguir agua.

—¿No pueden beber el agua de la lluvia? —preguntó Chris inocentemente.

Soterios escondió los labios en una mueca de decepción y respondió con cierta amargura.

—Hace tiempo que apenas sabemos lo que es la lluvia en Chipre. Nuestras condiciones no son muy diferentes del árido clima que está arrasando Egipto, Siria o Israel. Pero tenemos la suerte de ser más pequeños y estar más preparados. Y, sobre todo, tenemos la suerte de tener a Panos Kana.

—Si no es indiscreción, ¿qué te parece todo lo que ha hecho Kana por Chipre, Soterios? —preguntó esta vez Ioannis, que hasta ahora había permanecido callado.

—El señor Kana es sin duda uno de los personajes de este siglo a nivel mundial. Acuérdense de lo que les digo cuando el modelo de Chipre empiece a ser copiado por otros países y Kana pase a formar parte de la historia como el precursor de una nueva forma de vida en la Tierra. Los libros que escribió con Deligiannis serán de lectura obligada y compartirán carpeta con otros grandes genios de la historia.

—Hacía tiempo que no veía ningún país tan contento con su líder. Tengo la sensación de que la mayoría de la gente comparte tu opinión, ¿no es así?

—Ahora mismo nadie osaría cuestionarle... pero no siempre ha sido así. Cuando Kana subió al poder tras la guerra, su gran reto fue la reconstrucción del país. Sus primeras decisiones fueron bastante polémicas. Pese a que la mitad de la población luchaba por encontrar algo que llevarse a la boca, él decidió invertir en grandes proyectos como las plantas desalinizadoras o el aeropuerto de Anamur. Nadie

parecía entender sus intenciones, pero Kana era un hombre cercano al pueblo que nunca se escondía ni eludía las preguntas de los ciudadanos. Al cabo de unos meses, todo el país se sabía su discurso de memoria. Los chipriotas pensaban que necesitaban escuchar mensajes de optimismo, y sin embargo allí estaba Kana diciéndoles lo miserable de la situación del país: la precaria economía, la falta de ayuda internacional, las sequías que se avecinaban... Pero también les dijo que había una solución, y que ésta se encontraba en las manos de todos y cada uno de ellos. Desde el primer ejecutivo de una multinacional hasta el último barrendero, todos tendrían que hacer un gran esfuerzo para salvar al país. Incluso se las arregló para animar a los cientos de miles de parados a salir a la calle y ayudar en trabajos varios sin remunerar. A cambio, les daba carisma, transparencia y honestidad. Y sobre todo, era un gran trabajador. Dicen los rumores que podía llegar a trabajar veinte horas diarias. No era raro verle pasearse los domingos por la ciudad en busca de cosas que hacer. A veces se dirigía a una construcción cualquiera, pedía un casco y se ponía a las órdenes del jefe de obra.

—Madre mía, Leah, ¡casi como nuestro presidente! —dijo Ioannis sarcásticamente.

—Además, era increíblemente estricto en sus medidas anti-corrupción —prosiguió Soterios, que parecía disfrutar enormemente de la oportunidad de presumir del éxito de su país delante de unos estadounidenses recién llegados con el rabo entre las piernas—. Cuando el periódico local inició unos rumores de que el tesorero de su partido estaba involucrado en un escándalo de dinero negro junto con un grupo de empresas rusas, preparó una investigación de proporciones colosales para descubrir la verdad. Y cuando los culpables fueron descubiertos, no dudó hacer todo lo posible para que estos pasaran el mayor tiempo posible en la cárcel, haciendo además gala de una diplomacia excepcional en sus negociaciones con el presidente ruso. Todo ello dio la suficiente confianza al pueblo para reelegirle en las siguientes elecciones.

—¿Y qué hay de la oposición?

—Por supuesto, como todo político, Kana tenía sus detractores.

Estos basaban sus críticas en la escandalosa deuda que el país tenía con el exterior. Calificaban sus proyectos de excéntricos y desproporcionados para un país de nuestro tamaño. Pero en 2045 todos tuvieron que comerse sus palabras. El FMI reseteó el sistema monetario, y de repente la mayoría de estos proyectos ya no tenían que ser pagados. Entonces Panos Kana pasó a ser considerado casi como un dios por sus antiguos seguidores, y como un visionario por sus antiguos detractores.

—Es muy fácil verlo desde el punto de vista de un país favorecido por el Plan Stark —respondió Ioannis ligeramente ofendido. Debería haberlo visto venir, mi marido rara vez desaprovechaba la ocasión de discutir sobre política—. Pero, ¿qué ocurre con los demás países? Debes saber que muchos no acabaron tan contentos con el resultado.

—Bueno, ese no era el problema de Kana —respondió Soterios sin eludir la pregunta—. La decisión la tomó el FMI, no él, y lo hicieron basándose en el principio de la artificialidad de la deuda y su nula contribución a la productividad de cada país. Supongo que esto no es nada nuevo para usted viniendo de donde viene, señor Patroklou. Habría inversores muy enfadados, pero eso debería haber afectado solo a los más ricos. El equilibrio global contaba más que el equilibrio individual.

—Cierto, yo también creo que el fin justifica los medios. De lo contrario, había bastantes probabilidades de que esta situación hubiese acabado en la tercera guerra mundial.

—No sé si hasta ese punto. Creo que podríamos hablar largo y tendido sobre este tema, pero estamos a punto de llegar a Galatea.

Como obedeciendo a sus palabras, el tren comenzó a desacelerar e inmediatamente nos vimos rodeados por esos altos y blancos edificios de tan particular arquitectura que tanto habíamos visto en programas de televisión. Poco después, nos detuvimos en un pabellón abovedado, tan blanco como el resto de la ciudad. Habíamos llegado a la estación central de Galatea.

Había visto muchos documentales sobre esta ciudad, pero a pie de

calle todo parecía mucho más verde y cercano a la naturaleza de lo que había imaginado.

Galatea era una urbe completamente circular compuesta por varias coronas que se denominaban anillos. En el centro de la ciudad se encontraba la extensa Plaza Verde, una de las mayores del mundo. Se trataba de una diáfana explanada redonda que se encontraba totalmente vacía excepto por un majestuoso cedro chipriota de veintitrés metros de altura en el centro. Se había ordenado encontrar el cedro más alto y voluminoso de la isla y trasladarlo al centro de la plaza a modo de estatua. El contraste entre la inmensidad de la plaza y la única figura del cedro en el medio debía servir como recordatorio a los ciudadanos de que vivían en un país que dependía del uso de unos recursos naturales que habían de ser economizados debido a su escasez. Esta plaza, cuyo suelo de baldosas ligeramente verdes le daba nombre, servía como sede de celebraciones, eventos y actos oficiales. Rodeándola, se encontraban los seis edificios que alojaban las Oficinas del gobierno: Educación, Justicia, Trabajo, Planificación de Recursos... Eran seis largos y estrechos bloques blancos, de sobria arquitectura y de baja altura, que se extendían alrededor de la Plaza Verde como lagartos rodeando un charco de agua. Nadie llamaba a estos edificios por su nombre, sino por su número del uno al seis.

Los edificios gubernamentales estaban rodeados a su vez por el primer parque de la ciudad, el parque Central. Se trataba de una corona circular de unos veinte metros de anchura, compuesta por un césped perfectamente cuidado y cipreses a ambos lados. Servía de mera separación entre los edificios gubernamentales y el anillo B, que era el primer anillo de Galatea y que contenía los centros de distribución para el centro de la ciudad. Estos centros eran descomunales naves blancas que almacenaban todos los bienes y alimentos que los galitanos necesitaban, y estaban conectados con el sistema de distribución subterráneo de la ciudad, que llevaba esos productos a sus casas. Además del colegio, el hospital principal y la comisaría, en el anillo B se encontraba la estación central, un llamativo edificio abovedado donde nos dejó el tren procedente de Lárnaca.

Soterios ya sabía de antemano nuestra nueva dirección: NO-E35-6-3.

Esto significaba que vivíamos en el sector Noroeste de la ciudad, en el edificio número 35 del anillo E, y en la vivienda 3 del sexto piso. Pasó a explicarnos el sistema de transporte municipal, el cual era muy sencillo. Había únicamente dos tipos de tranvías: radiales y circulares. Para llegar a nuestra casa, nos indicó que la mejor opción sería tomar la línea de tranvía de la avenida radial Mandela, que partía de la estación y cruzaba todos los anillos hasta llegar a los límites de la ciudad. Así, estábamos a solo dos paradas de nuestro anillo. Una vez allí, no necesitaríamos coger un tranvía circular, ya que nuestra casa se encontraba a poca distancia de la parada.

El tranvía anunció su salida. Se trataba de un aerodinámico tren azul claro que contrastaba con los colores verde y blanco que predominaban en la ciudad. Por dentro no era muy diferente de cualquier otro tren que hubiésemos visto antes, excepto por su luminosidad y limpieza.

Enseguida pasamos al largo puente que se alzaba por encima del famoso parque Kana.

—Mira, Mamá... ¡es gigante! —exclamó Chris mientras miraba fascinado por la ventana.

Con quinientos metros de anchura y unos nueve kilómetros de longitud, el parque Kana era el verdadero centro social de la ciudad, el espacio verde más grande y el más concurrido, que servía a menudo como centro de celebraciones, artistas callejeros, exhibiciones o pequeños conciertos. Dentro de este inmenso parque circular se encontraba también el estadio, el teatro, la biblioteca, el palacio de congresos, un cine y un gran lago con una playa artificial en el cual el baño estaba permitido.

Después del parque Kana, pasamos por el anillo C, el cual se había dejado vacío en previsión de construir más edificios de utilidad en caso de crecimiento de la ciudad. A partir de aquí, la estructura de la ciudad era siempre repetitiva, combinando anillos de viviendas con parques circulares. Estos últimos eran calles peatonales de césped que incluían una vía para el tranvía y un canal de agua delimitado por interminables filas de árboles a ambos lados.

En apenas tres minutos, nuestro tranvía nos dejó en el anillo E. A

partir de aquí, solo teníamos que cruzar las vías del tren por un túnel subterráneo para llegar al sector Noroeste.

Días atrás, cuando nos preguntaron qué tipo de casa preferíamos, yo antepuse tamaño a cercanía al centro, pero Ioannis y Chris eran de la opinión contraria. Siendo minoría, cedi a sus preferencias. *Qué narices, pensé, llevamos años mudándonos de un zulo a otro, esto no puede ser peor.* Sin embargo, todas nuestras expectativas fueron superadas cuando el Gobierno nos adjudicó un enorme piso de más de setenta metros cuadrados a solo diez minutos de la Plaza Verde.

A medida que avanzábamos por el parque del anillo E, reparamos en cómo todos los bloques de viviendas estaban contruidos siguiendo un estilo único. Individualmente, no tenían nada de extraordinario: se trataba de simples edificios blancos de forma rectangular, ligeramente curvados horizontalmente. Pero su disposición en círculos concéntricos alrededor del centro de la ciudad, creciendo en altura a medida que se alejaban de él, le daba a la ciudad un aspecto imponente. Era una especie de anfiteatro que, además de haber sido alabado por grandes arquitectos de todo el mundo, era sin duda el toque distintivo de Galatea.

No pude evitar fijarme en los huecos aleatorios que mostraban algunos edificios, sobre todo en los anillos exteriores. Era como ver una dentadura perfecta en la cual faltaba algún diente.

—Son espacios vacíos, a la espera del encaje de un apartamento —explicó Soterios—. Los módulos de vivienda se construyen por separado y se encajan después en la estructura del edificio según la demanda.

—¿Son todos los módulos iguales? —preguntó Ioannis.

—En la medida de lo posible, lo son. Hay cuatro modelos de vivienda que varían en tamaño. Así combinamos flexibilidad ante la demanda con eficiencia en la construcción —presumió Soterios.

Chris comenzó a corretear a lo largo del canal, persiguiendo como loco a los patos ante las miradas estupefactas de los galitanos. Mientras Ioannis intentaba calmarle, recordé los programas de televisión que habíamos visto sobre Galatea. A pesar de mostrar fielmente la estructura de la ciudad, la cámara no había conseguido captar la

atmósfera de sus amplias y verdes calles. La ausencia de vehículos de motor permitía que la banda sonora de nuestra llegada estuviera compuesta por la música de varios artistas callejeros, las risas de unos jóvenes reunidos en torno a una barbacoa o los gritos de los niños que jugaban en el interminable parque. En aquella ciudad reinaba un ambiente de paz difícil de retratar. Era un viernes por la tarde, y aquellas calles peatonales, llenas de vida pero sin el agobio ni el ruido de las grandes ciudades americanas, transmitían una sensación de tranquilidad, optimismo y confianza.

Podría haber seguido caminando durante horas mientras disfrutaba de aquellas nuevas sensaciones, pero al fin llegamos a nuestro bloque.

Ya que todavía no nos habían incorporado el CNI, abrimos la puerta del edificio y de nuestra vivienda con una tarjeta que nos entregó Soterios. Entramos a nuestro nuevo hogar despacio, como si tuviéramos miedo de lo que íbamos a encontrar. Sin embargo, pronto nuestra incredulidad acabó transformándose en una sonrisa de oreja a oreja. El piso era amplio, con una decoración minimalista de muy buen gusto y con unos grandes ventanales en cada estancia que permitían que la luz bañase todos sus rincones.

—Podéis controlar las funciones del hogar a través del ordenador central —comentó Soterios cuando entramos al enorme salón.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó Ioannis confundido mirando a su alrededor.

—Está enfrente suyo —respondió el guía, al que parecía entretenerle nuestra ignorancia.

Viendo la cara de frustración de Ioannis, Soterios apretó un pequeño botón en la pared que se encontraba enfrente del sofá del salón. Una especie de persiana negra comenzó a desenrollarse de arriba a abajo en la misma pared, cubriéndola por completo.

—Es una pantalla de grafeno, que además incluye los circuitos del ordenador central —explicó Soterios—. Se maneja a través de mandos y teclados inalámbricos o a través de comandos de voz. Desde aquí regularéis la temperatura del piso, haréis los pedidos que necesitéis y accederéis a internet, entre otras muchas cosas.

Chris examinaba maravillado todos los rincones del piso. Cuando descubrió que tenía una habitación para él solo y que ya no tendría que dormir con nosotros, comenzó a gritar y a correr eufóricamente por toda la casa. Mientras, Ioannis y yo nos despedimos de Soterios.

Una vez nuestro guía se marchó, Ioannis y yo comenzamos a curiosear cogidos de la mano. No podía borrar esa estúpida sonrisa de mi cara, así que no fue muy difícil para Ioannis adivinar mis pensamientos. Mirándome de la manera que solo él sabía, me abrazó y me dijo:

—¿Sabes una cosa, Leah? Tengo la sensación de que vamos a ser muy felices aquí.

No era muy proclive a mostrar mis emociones de esa manera, pero en aquel momento no pude responder. Simplemente le abracé fuerte e intenté contener las lágrimas sin mucho éxito.

Para comprender aquella desbordante sensación de felicidad al mudarnos a Galatea, quizá convenga describir brevemente nuestra historia.

Nunca me gustó presumir de familia millonaria, especialmente por la manera en que ese dinero fue ganado. Crecí en Portage, Michigan, donde mi padre trabajaba para la única empresa farmacéutica multinacional que poseía una cura razonablemente efectiva contra el cáncer, el cual ya llegaba a matar a tres de cada cinco personas en las áreas menos favorecidas de los países occidentales.

Hacía tiempo que la crisis financiera internacional que comenzó tímidamente a comienzos de siglo había pasado a denominarse la Larga Depresión. Esta época significó la vuelta a una estructura de clases sociales prácticamente medieval, donde la riqueza se distribuía entre unos pocos y más de la mitad de las familias vivían bajo el umbral de pobreza.

El incremento de las diferencias sociales llevó consigo un lógico incremento del crimen, hasta que llegó un punto en el que la policía y otras fuerzas de orden público se vieron incapaces de controlar el desorden reinante en los suburbios de las grandes ciudades. Los

Ángeles fue la primera ciudad que blindó su centro urbano. Le siguieron Chicago, Nueva York y Miami. Hacia 2035, la mayoría de las principales ciudades habían recompuesto su estructura: un centro urbano vallado, vigilado y reservado para trabajadores y residentes, todos ellos pertenecientes a las clases altas. Alrededor, el caos.

Portage nunca fue lo suficientemente conflictiva como para efectuar esta separación, pero mi familia, con aquella mansión fuertemente protegida y los guardaespaldas de mi padre acompañándonos a todos los lados, vivía de por sí bastante alejada de la realidad.

No puedo decir que no fuera consciente del dudoso valor moral que rodeaba todas las actividades de la empresa de mi padre, ni que sus explicaciones darwinistas para excusarlas me convencieran. Y a pesar de ello, cuando el dinero proveniente de estas actividades me permitió acceder a mi sueño de mudarme a Boston para estudiar psicología en Harvard, no puse absolutamente ninguna pega. Tampoco me negué a vivir en una de las casas de estudiantes más caras del ya exclusivo y vallado barrio de Cambridge, ni a conducir uno de los últimos modelos de coches de gasolina que se fabricaron, algo al alcance de muy pocos.

Ser consciente y no estar convencida del rol que mi padre desempeñaba en nuestra sociedad no fue suficiente para despertar y hacer algo al respecto.

Hasta que conocí a Ioannis Patroklou.

La familia de Ioannis había abandonado Chipre para mudarse a Nueva York en 2032, cuando él no era más que un bebé. La política de brutal despilfarro de Panos Kana había multiplicado exponencialmente la deuda pública, y tenían miedo de llegar al mismo punto al que se llegó en 2013 y perder gran parte de sus depósitos, que componían sus únicos activos después de haber visto sus posesiones destruidas en la guerra. Vasilis, el padre de Ioannis, había conocido a un grupo de inversores americanos que se habían hospedado en su lujoso hotel de Limasol antes de la guerra. Gracias a ellos consiguió un puesto como analista en una popular cadena de hoteles americana. No era el trabajo de sus sueños, y tampoco estaba ausente de riesgo en un país en decadencia que hacía tiempo que había dejado de enorgullecerse de la idea del sueño americano. Pero Vasilis ya había alcanzado el éxito en

condiciones mucho más desfavorables. Cualquier otra persona habría encontrado prácticamente imposible salir de la jaula de la clase media-baja americana, pero la familia Patroklou pronto se empezó a codear con la aristocracia neoyorquina. Cuando Ioannis cumplió los dieciocho años, pudieron permitirse algo al alcance de muy pocos: enviarle a Boston para estudiar ingeniería espacial en el prestigioso MIT.

Nuestros caminos se cruzaron en una de las primeras fiestas de nuevos estudiantes en Somerville. Nunca había tenido una relación seria hasta entonces y pensé que no era mi intención iniciarla nada más comenzar mi vida universitaria. Pero Ioannis, aquel espigado y energético joven de nariz griega, rizado cabello castaño y una suave barba de tres días que adquiría tintes pelirrojos cuando le daba el sol, ejercía un magnetismo sobre mí del que fue imposible librarme. Quise estar con él desde el primer momento en que le vi.

Ioannis tenía una manera particular de ver el mundo. A medida que los negocios de su padre progresaban, había crecido viendo todos los estratos posibles de la sociedad americana, desde la cruda realidad de Nueva Jersey hasta las altas esferas de Manhattan. Todavía conservaba amigos de su infancia, aquellos que no habían muerto ya por enfermedad, drogas o violencia callejera. Era consciente de las inmensas diferencias entre las dos realidades y luchaba por comprender la complejidad del entramado financiero que había desembocado en esa situación. Le enfurecía la gente que derrochaba dinero, pero sobre todo le indignaban aquellos que preferían vivir en la comodidad de la ignorancia y la indiferencia. *Ellos son los culpables de que el mundo sea un lugar tan hostil*, solía decir. Yo era una buena representante de ese tipo de personas, así que muchas veces me pregunto que vio en mí. Quizá fue su necesidad de superar dificultades continuamente, una cualidad heredada de su padre, la que le embarcó en el reto de transformar a aquella niña guapa de papá, una superficial rubia de ojos azules saturados de maquillaje y estilizada figura ensalzada por trajes de diseño, una *Barbie* consentida que vivía en un mundo ideal de piruletas, mariposas y coches de gasolina. Y vaya si lo consiguió.

En menos de dos años, había vendido mi coche para comprar un

vehículo eléctrico mucho más barato y había dejado mi coqueta mansión de Cambridge para mudarme con él a un pequeño piso en Somerville. Sin embargo, todavía no había reunido el valor necesario para explicar esta transformación a mis padres, así que seguía recibiendo obscenas cantidades de dinero suyo todos los meses. Cada nueva transferencia parecía ser un dinero un poco más sucio, hasta que llegó el punto en que mi conciencia no me permitía ver tantos ceros en mi cuenta corriente. Empezamos a pensar en posibilidades para invertir ese dinero: ¿donarlo a un comedor social de Malden? ¿Al hospital franciscano de Brighton que estaba a punto de cerrar? ¿O invertirlo en material tecnológico para algún colegio del extrarradio?

Antes de que pudiéramos tomar una decisión, Ioannis recibió una llamada de Charlie, su mejor amigo de la infancia. Charlie no había tenido tanta suerte como Ioannis, y su pobre educación nunca consiguió sacarle de Nueva Jersey, donde alternaba sus prácticas sin remunerar en un periódico local con turnos interminables en una panadería. Nunca se había quejado de nada, pero acababa de ser diagnosticado con un agresivo cáncer de pecho. Hacía tiempo que este tipo de cáncer era una de las principales causas de muerte entre los hombres, aparentemente debido al consumo masivo de alimentos modificados genéticamente.

Era posible curar a Charlie. Simplemente el tratamiento era muy caro, fuera del alcance del 90% de la población. No era casualidad que cuatro de cada cinco muertes por enfermedad en nuestro país fueran a causa del cáncer y que la población estuviera disminuyendo por primera vez en la historia. Pero los que morían eran pobres, eran inferiores, eran cucarachas. Así que no le importaba a nadie. De hecho muchos, entre ellos mi padre, excusaban su indiferencia con el hecho de que vivíamos en un mundo superpoblado, lo cual era insostenible a largo plazo. Esta plaga de cáncer simplemente era una manera de poner a prueba al ser humano y de aplicar la ley del más fuerte: solo los más competitivos sobrevivirían. Y en este mundo, ser competitivo significaba tener la capacidad de hacer dinero. Tener dinero no solo era imprescindible para acceder a tratamientos efectivos contra el cáncer, sino también para poder permitirse medidas preventivas como el consumo regular de alimentos orgánicos o la implantación de filtros de

aire en los pulmones. Solo el dinero era capaz de salvar vidas.

El gobierno debía saber que la pérdida de población acabaría con el colapso económico del país. Porque, ¿quién quedaría para hacer el trabajo sucio? No había que ser muy inteligente para prever lo que ocurriría si no quedaran trabajadores dispuestos a aguantar turnos interminables en las sucias fábricas de las empresas de automóviles de Detroit, por poner un ejemplo. Pero no parecía importarles demasiado, al fin y al cabo su generación probablemente no tendría que luchar contra estos problemas. Además, el gobierno recibía la presión de las grandes corporaciones y bancos que anhelaban mantener su poder explotando a la clase trabajadora. Sin el apoyo de estos gigantes, sería imposible mantenerse en el poder y seguir destruyendo nuestra sociedad.

Esto solo era la punta del iceberg de un discurso que había sido grabado a fuego en mi cerebro durante los dos últimos años con Ioannis, y la situación de Charlie fue la gota que colmó el vaso. Tenía que hacer algo. Para empezar, financiaría su tratamiento. Y después, me plantearía la manera de concienciar a la gente de la situación del país y de hacerles ver que existía un futuro mejor. Por primera vez, sentí que mi granito de arena era necesario.

Tenía claro que el primer paso era enfrentarme a mi padre. A estas alturas, ya no podía esconder que su ocupación representaba todo aquello contra lo que Ioannis y yo luchábamos. Decidida, compré un vuelo a Michigan para ese mismo fin de semana. Ioannis vendría conmigo también para apoyarme.

Aquel encuentro con mi padre podría ser descrito como un choque de trenes. O mejor dicho, como el choque entre un tren de alta velocidad y una scooter eléctrica conducida por Ioannis conmigo detrás. Sin casco.

Para empezar, a mi padre no le sentó nada bien descubrir que había rechazado todos los lujos que él me había proporcionado con el sudor de su frente. Pero cuando le expliqué los motivos y le expuse mi nueva vocación humanista, perdió absolutamente los estribos. Intenté explicar mi punto de vista de una manera impersonal para evitar ofenderle, pero parecía como si cada palabra que saliera de mi boca

fuera un puñetazo directo a su estómago. No comprendía cómo podía haber cambiado tanto en tan poco tiempo, y por qué éste cambio me colocaba en una posición diametralmente opuesta a todo lo que él había dedicado una vida entera en construir. Mostrarle el ejemplo de Charlie tampoco dio resultado, sino que solo empeoró las cosas. Lo vio como un intento de Ioannis de conseguir mi dinero para salvar a su amigo, el cual por supuesto se habría salvado él mismo si lo hubiera merecido. En este punto, la conversación se calentó de tal manera que mi madre y yo tuvimos que intervenir para evitar que mi padre y Ioannis acabaran recurriendo a la violencia física.

Nuestra visita no duró ni tres horas. Enrojecida por la rabia, llena de lágrimas y abrazada por Ioannis, cogí un taxi de vuelta al aeropuerto para embarcar en el primer vuelo de vuelta a Boston.

Mientras esperábamos en la sala de embarque, una televisión nos informó de la gran noticia. El FMI acababa de anunciar algo que llamaban Plan Stark.

En aquel momento no comprendía muy bien lo que esta decisión supondría. Las bases estaban claras: los países habían alcanzado un entramado de deuda tan complicado y de un volumen tan inverosímil que el pago tanto a corto como a largo plazo no era más que una quimera económica, sobre todo teniendo en cuenta el gran porcentaje que había sido considerado como deuda ilegítima. La deuda era un concepto abstracto, inventado por el hombre y cuya existencia y gestión no suponía ningún valor añadido al bienestar de la sociedad. Por ello, se prohibía a los países dedicar ningún esfuerzo a la gestión de sus deudas. En vez de ello, deberían asegurarse de que las empresas aumentaban su productividad real y evitaban problemas financieros, paradójicamente empezando por el que el FMI les acababa de crear. En teoría, los primeros años serían de reconstrucción del sistema financiero internacional, pero a largo plazo los países serían capaces por fin de levantar la cabeza y reorganizar su estructura de manera que todos los ciudadanos pudieran disfrutar de un mínimo de bienestar.

En aquel vuelo de vuelta a Boston, invadida por un punzante malestar provocado por aquella horrible pelea, no podía evitar pensar en cómo iba a ser mi vida de ahí en adelante. Daba por hecho que mi

padre dejaría de financiar mi carrera universitaria, pero... ¿volvería a hablarme? ¿Conocerían mis hijos a sus abuelos?

Poco sospechaba que mi padre no sería la principal causa de mis problemas económicos a partir de entonces. Más bien fueron aquellas decisiones macroeconómicas excesivamente optimistas las que ocasionaron la debacle.

La falta de ingresos no fue un gran problema al principio, gracias a que los padres de Ioannis insistieron en hacerse cargo de mis gastos universitarios. Estaban incluso dispuestos a financiar nuestros carísimos estudios de posgrado, aquellos que constituían la única manera de asegurarnos un trabajo decente.

Pero fue entonces cuando el caos financiero comenzó a cebarse con ellos.

Los padres de Ioannis eran dueños de T&V (que podía significar *Time and Vision* o *Tania and Vasilis*), una empresa tecnológica que se había dedicado a desarrollar aplicaciones de guantes y lentes inteligentes para varios órganos gubernamentales. Haber realizado obras para el gobierno en la época posterior al Plan Stark era sinónimo de bancarrota, y T&V no era una excepción. Sus más de mil empleados acabaron en la calle, y los padres de Ioannis perdieron todo lo que tenían. Solo les quedó su casa en el Upper East Side, la cual tuvieron que vender para irse a vivir a Brooklyn. Es cierto que no era tan peligroso como Nueva Jersey, pero, después de haber trabajado tan duro, sus previsiones de jubilación no incluían abandonar la seguridad de la valla de Manhattan.

Mientras tanto, miraban de reojo a lo que ocurría en su país natal, que había anunciado su conversión en una EBR tres años atrás y progresaba de una manera excepcional. Sus inversiones empezaban a dar sus frutos, especialmente porque no tenían que pagar ni un céntimo por ellas. Lo cierto es que había cierta controversia internacional en cuanto a Chipre. Por un lado estaban aquellos que habían sido negativamente afectados por el Plan Stark. Como era de esperar, estas personas miraban con recelo a un país que se había enriquecido a su costa. Por otro lado, la prensa mundial se deshacía en elogios ante la política llevada a cabo por el gobierno de Kana, que

había resultado en un incremento espectacular del bienestar de sus ciudadanos. Lo primero que pensaron los padres de Ioannis fue en volver a su país, pero no era tan fácil. El gobierno de la EBR había endurecido las leyes de inmigración, lo que hacía imposible para una pareja de jubilados entrar en Chipre para algo que no fuese turismo, por mucha nacionalidad chipriota que tuvieran.

Era el momento de devolverles el favor. Ioannis y yo habíamos acabado brillantemente dos carreras de prestigio en dos de las mejores universidades del país. Pese a no haber completado nuestra educación, con esfuerzo y dedicación conseguiríamos volver a lo más alto.

En este momento, se volvió a producir un choque de trenes. En este caso, Ioannis y yo, que no habíamos aprendido la lección, seguíamos conduciendo alegremente nuestra scooter eléctrica por la vía del tren. En dirección contraria avanzaba a la velocidad del sonido un tren llamado realidad.

Y aquí fue cuando sufrimos en nuestras propias carnes el Plan Stark. Los siguientes seis años de nuestra vida fueron como una travesía por el desierto: meses en el paro, becas sin pagar, prácticas por sueldos irrisorios... El único momento de esperanza fue cuando Ioannis consiguió un puesto estable en Quasar, una empresa espacial subcontratada por la NASA que investigaba los metales adecuados para aguantar gravedades extremas. Sin embargo, esta investigación también se quedó sin presupuesto, y tuvieron que prescindir de él después de unos meses. Por mi parte, yo le iba siguiendo por todo el país, intentando organizar consultas privadas como psicóloga con suerte dispar. Nunca tuvimos el suficiente éxito como para asentarnos en un lugar, así que nos convertimos en nómadas.

La única alegría de estos años fue el nacimiento de Chris. Él nos daba la fuerza suficiente para luchar e intentar darle el futuro del que el FMI había hablado años atrás.

Cuando las mudanzas, los rechazos y los despidos se convirtieron en rutina y empezamos a asumir la miseria y el hambre como una parte de nuestras vidas, Chipre llamó a nuestra puerta. La vieja scooter por fin vio la luz al final del túnel.

Tras hacer las maletas y prometer a los padres de Ioannis que

haríamos lo que pudiéramos por conseguir devolverles a su país, embarcamos en el primer avión con destino Anamur.

Nuestras vidas estaban a punto de cambiar de una manera que ninguno de los dos imaginábamos.

—¡Chris! ¡Ion! ¡Venid aquí ahora mismo!

Sabía que no tardarían mucho en aparecer si empleaba ese tono de voz, incluso en un piso donde no pudiéramos ver en todo momento donde se encontraba cada uno de nosotros.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí esta caja de kourabiedes?

Me refería a la enorme caja llena de paquetes de galletas que acababa de aparecer en nuestro receptor, una pequeña cavidad de un metro cuadrado empotrada en la pared, al lado de la puerta de casa. El receptor estaba conectado con un ascensor que subía desde la zona de entrada de mercancías de nuestro edificio, conectada a su vez con los circuitos de distribución subterráneos que se expandían por debajo de Galatea.

Se miraron entre ellos, y un amago de sonrisa cómplice les delató.

—¡Ion! ¿En qué estabas pensando? Dudo mucho que se nos permita pedir cantidades industriales de cualquier alimento... y además, puestos a pedir algo, podrías haberte decidido por algo más sano.

—Tienes razón, Leah. Pero no te preocupes, Chris no se las va a comer todas hoy, ¿verdad? —respondió Ioannis mirando a nuestro hijo.

—Y tú tampoco —corregí yo.

—De acuerdo, pero las vas a tener que esconder muy bien. En un piso tan grande no vas a tener problema —contestó con una sonrisa—. En cuanto al número de productos que podemos pedir, yo también pensé que el ordenador no nos dejaría hacer un pedido así, pero hicimos la prueba de todas formas. Y eso fue hace apenas diez minutos, mientras te duchabas. ¿No te parece increíble que podamos recibir inmediatamente en nuestra casa todo lo que queramos con solo apretar un botón?

—Yo no sería tan optimista. La EBR, como su propio nombre indica, es una economía, no una barra libre.

—La verdad es que deberíamos enterarnos de cómo funciona todo esto —reconoció Ioannis—. Recuerda que esta tarde tenemos que ir a la conferencia para recién llegados al país. Seguro que allí nos enseñan las reglas.

El palacio de congresos se hallaba en la sección noroeste del parque Kana. Tras vestirnos con nuestras mejores galas, salimos los tres a la calle dispuestos a llegar hasta allí dando un paseo. Era un sábado por la tarde y muchos de nuestros vecinos habían salido a disfrutar del buen tiempo en el parque circular del anillo E. Quizá fuera mi imaginación, pero me dio la sensación de que todos ellos nos observaban con una mueca de desaprobación.

—¿Por qué nos mira así la gente? —pregunté a Ioannis.

—Es tu atuendo —contestó mi marido consternado—. Debería haberte avisado antes. Los trajes de diseño y las joyas no están muy bien vistas en la EBR, por muy humildes que sean. Lo consideran un gasto innecesario.

A medida que nos acercábamos al palacio de congresos, fuimos mezclándonos con inmigrantes tanto o mejor ataviados que nosotros, lo que me hizo sentir menos culpable por llevar puesto el único vestido que conservaba de la época en que solía vivir como una princesa a costa de mi padre.

Una vez allí, nos dirigimos a la sala principal, un amplio anfiteatro que tendría un aforo de unas tres mil personas. Una amable joven con el verde uniforme de funcionaria que ya habíamos visto más de una vez nos acompañó hasta nuestros asientos, y notamos cómo las tenues luces iban adquiriendo brillo a medida que se acercaba la hora del comienzo de la ceremonia.

A las cuatro en punto, descubrimos atónitos como la inconfundible figura de Panos Kana entraba en la sala por una de las puertas laterales y avanzaba hacia el escenario. Los cuchicheos del público, que obviamente no esperaba que el mismísimo presidente les recibiese en

persona, fueron cesando poco a poco hasta que se produjo un silencio absoluto justo en el momento en el que Kana se detuvo en el centro del escenario.

Todos le habíamos visto alguna vez en televisión: era un hombre menudo de cincuenta y tres años, de piel morena y un ralo cabello rizado con tonos grises y blancos. Lo que más llamaba la atención era la intensidad de sus ojos grandes y azules, cuyo brillo podíamos distinguir pese a los veinte metros de distancia que nos separaban del escenario.

Tras una pausa en la que pareció mirarnos a todos y cada uno de los ochocientos inmigrantes allí presentes, esbozó una gran sonrisa y comenzó su discurso dirigiéndose al público en inglés.

—¡Buenas tardes a todos! Esta es la décima vez que acudo a esta sala de conferencias en lo que va de año. Podríais pensar que ya me sé el discurso de memoria y que se ha convertido en una rutina aburrida para mí... Pero no puedo evitar sonreír cada vez que me subo a este escenario. Ver cómo todos vosotros habéis respondido a nuestra llamada dejando toda una vida atrás me hace sentir que todo por lo que mi país ha luchado en los últimos años merece la pena. Ver que tantas personas están dispuestas a cambiar su modo de vida es la respuesta definitiva a una pregunta que mi difunto amigo Rafail Deligiannis y yo nos hicimos hace más de dos décadas: *¿funcionaría si intentáramos cambiar el planeta?* —pausó su discurso para dar énfasis a su pregunta—. Ojalá Rafail estuviera hoy aquí para ver cómo habéis acudido a nuestra llamada. Veros aquí es una prueba de que vamos por el buen camino y significa una motivación arrolladora para nosotros. Vamos a luchar por integraros y que podáis disfrutar cuanto antes de nuestro país. Es un país pequeño, pero os aseguro que hay mucho que descubrir.

El presidente hablaba de manera distendida y cercana al pueblo, como si estuviera tomándose una cerveza con nosotros y comentando el partido de ayer. Su voz era calmada pero expresiva, y transmitía un gran entusiasmo.

—En cuanto a esa pregunta que os decía, la que nos hicimos Deligiannis y yo hace más de veinte años... me gustaría contaros cómo

empezó todo. Pero es una historia muy larga y yo tiendo a desvariar, así que le he pedido a alguien que lo haga por mí. Permitidme que os presente a Teresa Liberopoulos.

—Teresa Libero... ¿qué? —me preguntó Chris apenas conteniendo la risa.

—Liberopoulos. ¿Nunca habías oído su nombre? Es una famosa astrofísica.

—¿Y qué hace aquí?

—Acaba de asumir la dirección de CypEx. En otro país, esto equivaldría a controlar los ministerios de exteriores y de economía.

Chris asintió, como si entendiera lo que le estaba diciendo.

Acto seguido, una mujer con un traje gris salió al escenario y comenzó a hablar. A Liberopoulos solían apodararla *la Abuelita*, no solo por su avanzada edad, sino también por su expresión afable, sus mejillas sonrosadas y su tierna sonrisa. Carecía de la labia de Kana, pero iba al grano y no se perdía en los detalles. Nos contó lo desoladora que había sido la situación del país después de la guerra y cómo había conocido a ese loco llamado Panos Kana, que tenía unas ideas cuanto menos excéntricas pero apoyadas siempre por un gran conocimiento y una pasión fuera de lo normal. Nos confesó que, por aquel entonces, tanto él como su inseparable amigo Rafail Deligiannis ya tenían una idea del país que querían construir. Chipre había sido un territorio dividido durante muchos años, y esta era la oportunidad perfecta para crear un proyecto que involucrara a todo el país sin hacer distinción de raza, sexo o, sobre todo, religión. *Si queremos conseguir algo grande, tenemos que pensar en grande*, decía. Por ello, se embarcaron en los ya famosos proyectos que para el resto del mundo resultaban inexplicables. Su idea nunca fue prescindir del sistema monetario, simplemente sabían que la disolución de la Unión Europea llegaría en cualquier momento y querían estar preparados para ello. La gran sorpresa fue la implantación del Plan Stark. Liberopoulos reconoció que, sin esa decisión, Chipre sería un país muy diferente hoy en día. Gracias a aquel plan, pudieron llevar el sistema hasta un nivel muy distinto, un nivel con el que antes ni siquiera se habían atrevido a soñar.

La directora de CypEx se despidió deseándonos buena suerte, y Panos Kana recuperó la palabra para darnos a conocer aspectos más prácticos de nuestra integración a la vida en Galatea: dónde debíamos acudir para que nos implantaran el CNI, cómo deberíamos incorporar a nuestros hijos a la escuela, cómo funcionaba el sistema educativo y, para aquellos que todavía no teníamos trabajo, qué debíamos hacer para conseguirlo.

Nos chocó que el mismísimo presidente de una nación se rebajara a dar este tipo de explicaciones, pero Soterios ya nos había avisado de que Kana realmente se esforzaba por entender al ciudadano de a pie. Mientras hablaba, iba paseando por los pasillos de la sala de conferencias y haciendo preguntas a gente aleatoria, lo que alargó bastante la sesión. Cuando Liberopoulos le avisó de que ya eran las siete, tuvo que apresurarse para cerrar los últimos temas y concluir la conferencia.

—No olvidéis quedaros para el cóctel de bienvenida en la azotea. Disfrutaréis de unas vistas maravillosas, ¡y para muchos de vosotros será vuestra primera cena chipriota! Teresa y yo estaremos allí para responder a vuestras preguntas. Ha sido un placer recibirlos esta tarde. Os deseo todo lo mejor y espero que nuestro país cumpla con vuestras expectativas. Hasta pronto, o como decimos por aquí, *¡ta leme sýntoma!*

Kana tenía razón. Las vistas desde la azotea eran más que impresionantes. El palacio de congresos tenía la forma de una especie de barco cuya proa se dirigía hacia el centro de la ciudad. A nuestra derecha pasaba la avenida radial Maathai, que recorría todos los anillos hasta acabar en la Plaza Verde, donde podíamos ver cómo la copa del altísimo cedro sobresalía entre los edificios blancos que la rodeaban. Pero lo más impresionante se encontraba alrededor. Ya que el palacio de congresos era el edificio más alto de los anillos interiores, desde allí podíamos contemplar embobados el skyline de Galatea: un sinfín de edificios blancos en torno nuestro formando una serie de coronas circulares que crecían en altura a medida que se alejaban del centro, hasta terminar con mastodónticos palillos de casi cuatrocientos metros

de altura allá en los confines de la ciudad. El sol poniente se adivinaba entre aquellos bloques, huecos todavía en su mayoría a la espera de familias que los habitaran. Aquella vista me emocionó hasta el punto de dejarme un nudo en la garganta. Era como encontrarse en el centro del mayor anfiteatro que la humanidad nunca haya podido presenciar.

Mientras el violinista tocaba la primera suite de Bach y un sonriente camarero nos servía nuestra segunda copa de vino kumandaria, Panos Kana apareció entre la multitud y se dirigió hacia nosotros. Sorprendida, apenas pude evitar atragantarme con mi canapé de halloumi. De cerca, era todavía más imponente. No precisamente por su tamaño, sino más bien por el aura que desprendía. Sus rasgos faciales eran capaces de mostrar la más tierna y afectuosa expresión cuando sonreía, lo cual contrastaba con la inquietante severidad que transmitían cuando su semblante estaba serio. Sus intensos ojos azules eran igual de hipnóticos en ambas situaciones, a pesar de estar casi escondidos tras unas cuencas hondas y con más arrugas de las normales a su edad. Tras una amplia frente, su pelo ralo, grisáceo y rizado se veía interrumpido por una pequeña calva en su coronilla que la longitud de su cabello no conseguía ocultar.

—¡Ioannis! —exclamó cariñosamente dirigiéndose a mi marido. Me pregunté si sabía su nombre de antemano o se ayudó de la tarjeta que colgaba de su traje—. ¿Qué te parece nuestra elección de quesos esta noche? Nuestro cocinero es el hombre más tozudo que conozco. Por mucho que he intentado convencerle de que sirviera anari, no ha habido manera. Es un hombre muy tradicional y se ha empeñado en servir únicamente halloumi.

—Encantado de conocerle, señor Kana —contestó Ioannis, tan correcto como siempre—. La verdad es que soy todo un ignorante en cuanto a quesos se refiere. Pero este halloumi está exquisito, a mi mujer le ha encantado.

El presidente chipriota se volvió hacia mí y se presentó con la mayor de sus sonrisas.

—Es un placer teneros con nosotros. Estoy seguro de que tenéis una historia interesantísima que contar. ¿Puedo preguntar de dónde venís?

Guardé silencio mientras esperaba a que Ioannis contestara, un acto

reflejo que habíamos desarrollado en este tipo de situaciones. Él se desenvolvía mejor cuando conocíamos a gente nueva. Una vez nos familiarizábamos con alguien, solía ser mi trabajo dar ese difícil paso hacia una verdadera amistad, algo con lo que mi marido no se sentía tan cómodo. Entre los dos, formábamos un buen equipo.

—Mis padres me llevaron a Nueva York cuando apenas era un niño —respondió Ioannis. Antes de aquello eran los dueños del hotel Kipos, ¿se acuerda?

—¡Pues claro! Era el mejor hotel de Limasol. Recuerdo gastarme la mitad de mi primer sueldo como guía turístico en invitar a mi novia a una noche en aquel maravilloso hotel.

—Espero que mereciera la pena...

—Bueno, ella me dejó una semana después —contestó Panos Kana riéndose—. Pero no te preocupes, el hotel de tus padres no tuvo nada que ver con la ruptura.

—Ahora mismo su ex novia debe estar tirándose de los pelos viendo en quién se ha convertido usted.

—Bueno, la verdad es que no volví a saber de ella después de la guerra—. Una expresión triste pareció cruzar su rostro por una décima de segundo, pero enseguida recuperó su tono entusiasta—. ¡Pero no estamos aquí para hablar de mí! ¿Qué os ha traído a ti y a tu bella mujer de vuelta a tu país, Ioannis?

—Por lo visto necesitan ingenieros espaciales, ¿no es así?

—Oh, ¡no me digas! ¡Más de ochocientas personas en la sala y voy a dar justo con el ingeniero espacial! Hoy es mi día de suerte. Permítame que te confiese, la verdad es que había oído hablar de ti. No todos los días recibimos personas tan cualificadas como tú. Tenemos grandes planes para vosotros. Si no recuerdo mal, tenéis un hijo de seis años, ¿verdad?

A estas alturas de la conversación ya no había nada que me pudiera sorprender más. No solo habíamos sido abordados por una de las personas más famosas a nivel mundial, ¡sino que nos había estado investigando!

—Eso es, se llama Chris. Está encantando con su nueva casa,

aunque temo que va a acabar con las reservas de kourabiedes del país.

—Pronto se acostumbrará a la situación —a Kana se le había borrado su sonrisa tras escuchar el último comentario de Ioannis—. Cuando lleve unos meses por aquí se dará cuenta por sí mismo de la importancia de ahorrar recursos.

—Y si no, su madre se ocupará de ello —contestó Ioannis con un toque de nerviosismo, intentando quitarle hierro al asunto. El hecho de que Panos Kana dejara de sonreír te hacía sentir como si hubieras dicho algo terrible.

—Hablando de su madre —prosiguió Kana volviéndose hacia mí y recuperando su tono alegre—. Creo haber leído en vuestro informe que estudiaste psicología en Harvard, ¿no es verdad?

—La psicología siempre ha sido mi gran pasión —contesté, y la sinceridad de mi respuesta me sorprendió hasta a mí. Solía ser más reservada con desconocidos, pero sentía como si conociese a Kana desde hacía tiempo—. Daría lo que fuera por poder dedicarme a ello. En mi país, por desgracia, encontrar trabajo en los últimos años ha sido toda una misión.

—Estoy seguro de que aquí no será un problema. De hecho, has venido en el momento perfecto. Estamos a punto de comenzar un nuevo programa en el que vas a encajar a la perfección. Como ya sabes, el lunes comenzaréis con los primeros pasos para ser asignados a vuestra nueva posición. Te aconsejo que acudas a la Oficina de Salud y preguntes por Milos Darcevik.

Mientras repetía aquel nombre mentalmente para que mi memoria lo registrara, Panos Kana mencionó que aquel tal Milos Darcevik era el director de psicología de la Oficina de Salud chipriota y el hombre más profesional que había conocido, si bien había que comprender que no era alguien a quien le entusiasmara derrochar palabras de forma innecesaria.

—De acuerdo señor Kana. No sabemos cómo agradecerse.

—Yo te diré cómo: sed unos ciudadanos felices —respondió el presidente mientras nos tendía la mano en señal de despedida—. Ioannis, Leah, ¡bienvenidos a la EBR de Chipre!

Mientras intentábamos asimilar lo que había ocurrido, oímos cómo Kana se dirigía hacia otra pareja, llamándoles también por su nombre con aquel característico entusiasmo.

Andrés Grande
Mayo 2040
Madrid

Se llama Luna.

La conocí hace cuatro años bajo el embrujo de una cálida noche de agosto en una playa del mar Cantábrico. Con ella descubrí que los adultos no bromeaban cuando hablaban de las reacciones químicas que se producen en el cuerpo al enamorarse. Aquella noche comencé a dejar de ser un niño obsesionado con la astronomía para transformarme en un adolescente con unas inquietudes más habituales.

Sin embargo, el amor pronto se convirtió en desengaño al volver a Madrid. *Tiene el corazón roto*, solía bromear mi padre cuando dejaba las lentes a medias para volverme a mi cuarto a regocijarme en mi frustración. Fue así como descubrí que aquella expresión tenía más de literal de lo que habría cabido esperar.

Cuatro años después, todos estos recuerdos son reproducidos con gran realismo en mi mente al encontrarme a Luna frente a mí. No cabe duda, es ella. A pesar del exagerado maquillaje, nunca podría confundir esos vivaces ojos verdes, esa nariz aguileña, ese abundante e ingobernable pelo rizado y esos finos labios que una vez me besaron con fruición.

No puedo evitar darme cuenta de que hay aspectos de ella que sí han cambiado. Sus piernas parecen más esbeltas con aquellos tacones imposibles y aquellas medias de rejilla, y su pecho es ahora mucho más voluminoso que antes, algo de lo que no es muy difícil percatarse con

aquel minúsculo conjunto de cuero blanco que lleva puesto.

Cuando vuelvo a mirarla a la cara, me doy cuenta de que me está gritando enfurecida.

—¡Deja de babear y vete de aquí, imbécil!

Su enfado me saca de mi embelesamiento, pero no de mi sorpresa. Solo despierto cuando oigo los gritos de mis amigos, y es entonces cuando sé que algo va mal.

El bullicio de la calle adquiere de nuevo su volumen atronador, solo superado por la voz de Luna que sigue gritándome. Por fin reacciono y giro hacia la izquierda para seguir a mis amigos. Me doy cuenta de que ambos están mirando hacia algo o alguien detrás de mí, y que en sus caras hay una expresión de pánico.

Cuando me vuelvo, no hay tiempo de reaccionar. Una pared de abdominales marcados a través de una ajustada camiseta amarilla de licra inundan mi visión. Siento como una mano me agarra del cuello de mi sudadera y levanta todo mi cuerpo hacia arriba con una facilidad pasmosa. Ahora lo que veo es la cara iracunda de un fornido hombre calvo con una frondosa barba negra. Incluso en ese momento de tensión me llaman la atención lo increíblemente peludos que son sus hombros.

Luna es una prostituta de la calle Montera, y acabo de hacer justo lo que mis amigos me advirtieron que evitara: observarla con cara de pervertido durante quien sabe cuánto tiempo.

El proxeneta echa la cabeza hacia atrás, dispuesto a romperme la nariz de un testarazo. Y es en ese preciso momento cuando mi aterrorizado subconsciente comienza a mostrarme una breve película con los momentos más significativos de mi vida.

Es curioso cómo funciona la memoria humana. Como adultos, resulta prácticamente imposible saber con certeza cuál es nuestro primer recuerdo. ¿Quién se acuerda de cuando aprendió a caminar, a hablar o a ir a la guardería? Y sin embargo, hay momentos aislados pertenecientes a aquellos primeros años que quedan grabados en la memoria.

Sin duda, uno de ellos es el 22-M.

Aquel fatídico jueves 22 de marzo de 2029 a las 8:47 de la mañana, cubierto por un grueso abrigo de plumas y demás complementos invernales que solo dejaban mis ojos a la vista, estaba siendo arrastrado por mi padre, como todas las mañanas, por los nevados jardines de nuestra calle del barrio de La Paz. Íbamos a coger el metro que me llevaría a la escuela, cuando de pronto se escuchó un estruendo ensordecedor que pareció durar una eternidad.

Una vez aquel ruido infernal remitió, mi padre comenzó a mirar en todas direcciones.

—¿Qué ha sido eso, Papá?

—Ha durado demasiado para ser una explosión. Creo que se trata de un derrumbe.

—¡Un derrumbe! ¿Podemos ir a verlo? —exclamé entusiasmado, y comencé a imitar el sonido que acababa de escuchar mientras me dejaba caer como una marioneta sobre la nieve.

Sin embargo, mi padre no parecía tan exaltado como yo. Con cara de preocupación, me agarró de la mano y tiró de mí impacientemente.

—¿Dónde vamos?

—Volvemos a casa.

Decidí no protestar. No íbamos a ver el derrumbe, pero tampoco iba a ir al colegio, así que concluí que el resultado era positivo.

Una vez en casa, mi padre encendió la televisión. Toda la programación había sido interrumpida por imágenes del desastre. Recuerdo perfectamente aquellas vistas aéreas del área empresarial Cuatro Torres. Tanto el gran centro de congresos en forma de semicírculo como los cuatro rascacielos seguían allí, pero el Barco ya no. El Barco era una espectacular estructura que solía alzarse al lado del centro de congresos y que cobijaba una moderna estación de tren que conectaba varios puntos de la capital con el recinto Cuatro Torres, el centro neurálgico de la actividad empresarial española. Ahora, en su lugar, lo único que podía verse era una inmensa nube de humo que se extendía hacia el noreste de la ciudad y que casi ganaba en altura a los rascacielos colindantes.

Miré hacia la ventana de nuestro salón, desde donde se podían ver muy de cerca las cuatro torres. Efectivamente, la columna de humo estaba allí, y desde nuestra perspectiva ya sobrepasaba a la Torre Alba, la más alta de las cuatro y la más cercana al Barco.

Precisamente era en la Torre Alba donde se encontraba la oficina del banco donde trabajaba mi madre, que había salido de casa en esa dirección hacia apenas veinte minutos.

No creo que por entonces mi mente pudiera asociar esas imágenes con el concepto de la muerte, el cual aún estaba por descubrir. Sin embargo, hay señales que los seres humanos no necesitamos aprender, sino que vienen instaladas de serie en nuestro cerebro. La desesperación de mi padre me produjo un desasosiego que nunca se borrará de mi memoria.

—¿Está allí Mamá? —pregunté con un hilo de voz, pero no obtuve respuesta. Mi padre solo parecía concentrarse en intentar llamar a mi madre desde el móvil, una tarea nada fácil viendo cómo le temblaban las manos. No creo que hubiesen pasado ni cinco minutos desde el derrumbe, pero las líneas ya se encontraban colapsadas.

Tras varios intentos, mi madre cogió el teléfono, y el alivio bañó el rostro de mi padre.

—No te preocupes, Luis —oí decir a mi madre entre sollozos—. Estoy bien. Acababa de llegar a la oficina cuando ocurrió.

—¿Qué ha pasado exactamente?

—El Barco se ha derrumbado. Debe haber miles de personas ahí atrapadas.

—Dios mío. ¿Puedes verlo ahora mismo?

—Sí, ponte las gafas para que puedas verlo tú también.

Mi padre activó sus gafas en modo proyector, de modo que ambos pudimos ver una pantalla proyectada sobre la pared de nuestro salón que mostraba todo aquello que mi madre veía a tiempo real.

Mi madre trabajaba en uno de los primeros pisos de la Torre Alba. Desde la ventana de su despacho, el espectáculo era dantesco. Las primeras ambulancias y camiones de bomberos estaban llegando de manera apresurada mientras cientos de personas ensangrentadas

corrían en todas direcciones. Entre columnas de humo se podía adivinar una pirámide de escombros, entre los que se podían distinguir objetos mucho más familiares. Vagones de trenes, maletas, cabinas de fotografía instantánea... y sí, también se veían cuerpos. En los peores casos, partes de ellos.

—Elena, mira hacia otro lado. Ande está conmigo. —le instó mi padre, pero ya era demasiado tarde. Estas imágenes se convertirían más tarde en un componente habitual de mis pesadillas.

Mi madre retiró la vista de la ventana, y las imágenes mostraron a Carlota, una compañera de trabajo que entró en su despacho con la cara desencajada.

—Elena, están desalojando el edificio. Dicen que corremos peligro.

—De acuerdo, ahora mismo voy. Deja que coja mi abrigo.

Mi madre se dirigió hacia el ropero, pero Carlota la cogió de la mano y tiró de ella hacia el pasillo. Allí se dio cuenta de que había cundido el pánico. Decenas de empleados se apelotonaban frente a la salida de emergencia, empujándose y gritándose unos a otros.

—Mierda —escuché decir a mi madre, y entonces comencé a preocuparme. Nunca había oído a mi madre usar esa palabra.

Mi madre y Carlota comenzaron a correr en dirección contraria a lo largo del pasillo, buscando otra salida.

—¡Elena, sal de allí cuanto antes! —exclamó mi padre, y pensé que era bastante estúpido decir algo tan obvio.

En la otra salida también reinaba el caos, pero no estaba tan abarrotada y consiguieron llegar a las escaleras en unos minutos. Sin embargo, la escalera estaba tan llena de gente que apenas podían avanzar.

—¿Por qué no bajan de uno en uno? —pregunté a mi padre, que me había colocado sobre sus rodillas y me abrazaba con fuerza—. Así todos llegarán abajo mucho más rápido.

—Están asustados —contestó mi padre, pero no conseguí entender cómo el miedo de una persona puede afectar a su inteligencia.

Aquella masa de gente que impedía salir del edificio a mi madre cada vez gritaba más. Todos parecían tener algo que decir a los demás

sobre la mejor estrategia para bajar las escaleras, pero nadie se ponía de acuerdo. Por suerte, a pesar de su lentitud, avanzaban sin pararse, y eso pareció tranquilizar a mi padre.

Hasta que se hizo el silencio. De repente, todos dejaron de gritar a la vez.

—¿Qué cojones ha sido eso? —se oyó decir entonces a un hombre.

—Dios mío —dijo mi madre, y esta vez la oímos con claridad— El edificio ha temblado.

Acto seguido, los gritos volvieron con más fuerza que nunca, acompañados de violentos empujones. A los pocos segundos, fue a mi madre a la que oímos gritar mientras las imágenes mostraban cómo era derribada al suelo mientras una estampida de gente trataba de pasar sobre ella y otras muchas personas que también habían caído.

—Luis, Ande... —la oímos decir con una inesperada calma.

Pero nunca supimos lo que nos quiso decir. Un tremendo ruido silenció su voz, y de repente la pantalla oscureció y la llamada terminó. Antes de que pudiéramos reaccionar, nuestra casa comenzó a temblar al verse inundada por un estruendo incluso más potente que el que habíamos escuchado en el parque minutos atrás.

Mi padre corrió hacia la ventana, y lo que vio le hizo doblarse de dolor y emitir un llanto que todavía me produce escalofríos.

Ya no había cuatro torres. Solo quedaban tres.

En aquel momento no lo sabía, pero mi madre no solo había sido una víctima más del mayor accidente de la historia de las infraestructuras españolas, sino también una mártir de una revolución que a punto estuvo de llevar a España a otra guerra civil.

Realmente, todo comenzó en 2009.

Tras unos ambiciosos planes iniciales, el parque empresarial Cuatro Torres quedó inacabado por la incapacidad del Ayuntamiento de Madrid de hacer frente a los gastos que esto supondría. Mientras duró aquella crisis, este recinto consistió únicamente en los cuatro rascacielos que pasaron a definir el nuevo skyline de la ciudad y a los

que mi padre solía llamar *las torres de Florentino*.

Años más tarde, aquel periodo superficialmente denominado la *crisis del ladrillo* dio a su fin, y ocurrió algo muy característico de todo ciclo económico español: la esperanza se convirtió en euforia con la misma rapidez con la que unos años antes los malos presagios se habían convertido en miseria.

Los medios hablaban de recuperación económica y, si nos basamos en las estadísticas, podríamos darles la razón. El PIB crecía año tras año hasta llegar a cotas que no se alcanzaban desde los años noventa. Tanto la deuda exterior como la deuda pública se habían visto reducidas gracias a las políticas de austeridad aplicadas por la Unión Europea. La inflación se hallaba bajo control, volvíamos a ser el foco principal del turismo de media Europa y el paro se había reducido sustancialmente. Nuestro gobierno tenía la cabeza bien alta, parecían orgullosos del trabajo bien hecho y se dedicaban a proclamar a los cuatro vientos cómo habían encauzado la pésima situación en la que habían dejado al país sus malvados predecesores.

Sin embargo, esta vez algo había cambiado, ya que esta euforia no afectaba a todos por igual. Tras estas envidiables estadísticas, se hallaba un país roto. A las divisiones territoriales cada vez más latentes, había que añadir la división de clases que la crisis se había encargado de establecer.

Pecaría de simplista si afirmara que esta desequilibrada estructura social fue provocada por los bancos y las grandes empresas. Pero no se puede negar que, cuando estos se dieron cuenta de que se encontraban en el minoritario lado bueno de la balanza, poco hicieron por remediar tal situación. Y eso era lo más frustrante para los afectados: no podían señalar culpables, simplemente podían identificar *interesados*.

Y cuando a las vicisitudes cargadas a las espaldas del país por estos inevitables *interesados* añadimos otros tantos peces gordos en el gobierno con altos niveles de corrupción e ignorancia y con nula educación y empatía con el pueblo, el impacto se multiplica exponencialmente. Tras una fachada de país desarrollado, se encontraba una mayoría de la población descontenta, pesimista y lastrada por sentimientos de impotencia.

Y sin embargo, esto no era suficiente para evitar que el pueblo refrendara a nuestros políticos. Estos, llevados de la mano de *interesados* banqueros y mercaderes, estaban completamente vendidos al capital. Con la austeridad *impuesta* por Europa como excusa y como principal abanderada en pos de una pronunciada recuperación económica, era la hora de someter a la clase trabajadora.

Tras un corto periodo de crispación social que vio su punto álgido en unas violentas revueltas en la misma puerta del congreso de los diputados, el gobierno vio las orejas al lobo. Aprobaron la Ley de Seguridad Ciudadana, a través de la cual ampliaban las concesiones a las fuerzas de orden público y castigaban con grandes multas y penas de cárcel a aquellos que osaran manifestarse sin permiso, ofender a las instituciones o, simplemente, pasarse de la raya, siempre según el *objetivo* criterio de la policía.

Esta ley supuso la última estocada a una sociedad que, pese a sus miserias, aceptaba con indolencia tales vejaciones. Las revueltas cesaron de inmediato y las manifestaciones se vieron reducidas a la mitad. Mientras tanto, los políticos, impulsados por la recuperación europea, seguían poniéndose medallas y dando cortos pero firmes pasos en el difícilmente reversible camino que va desde una democracia hasta una pseudodictadura.

Entrados los años veinte, los ciudadanos parecían haber asumido dócilmente la nueva estructura de la sociedad: una mayoría perteneciente a la clase baja que luchaba por llegar a fin de mes, una clase media decreciente y unos pocos ricos aislados del resto del país. Esta desigualdad trajo consigo el inevitable incremento de la criminalidad, hasta el punto de que se consideró el vallado de ciertas *zonas seguras*, siguiendo el modelo americano.

Y así vivíamos los españoles. De alguna manera nos habíamos acostumbrado a ignorar las decepciones políticas, centrándonos en el trabajo y en las pequeñas ilusiones de cada día. Siendo justos, también teníamos nuestro lado positivo. Pocos países podían presumir de ciudadanos capaces de mantener la sonrisa en tal situación, de vivir el momento, de disfrutar de la compañía, de los interminables días soleados, de la buena comida y de las continuas celebraciones sociales

que suministraban aquella única sensación de unión que tanto nos caracterizaba.

Sin embargo, todo tiene un límite. La paciencia de los españoles era como una camisa blanca sobre la cual se apoyaba la copa llena del vino que había embriagado a las clases políticas. Llenándose poco a poco, esta copa se encontraba casi al límite, esperando una última gota que derramase su contenido sobre la impoluta camisa. Dicha gota nunca llegó. En su lugar, la mano inepta y borracha de poder de los dirigentes se ocupó sin más rodeos de empujar la copa torpemente, arruinando por completo la camisa y provocando la ira del hasta ahora adormecido pueblo español.

El día en que esto ocurrió se recuerda como el 22-M, y las tres mil personas que ese día murieron se recuerdan como los héroes silenciosos de una revolución que fue tan violenta como necesaria.

¿Qué tuvo que ver el gobierno con la tragedia del 22-M?

Corría el año 2023 cuando el centro de convenciones más grande de Europa se inauguró en el recinto Cuatro Torres. Por fin veía la luz un proyecto que había tenido que cancelarse hacía más de diez años por la crisis. Ahora, un monstruoso edificio en forma de semicírculo de 120 metros de altura se alzaba por detrás de los cuatro rascacielos del norte de la Castellana. Decían que representaba un sol naciente, y que venía a simbolizar el estado actual de la dinámica economía española.

Poco después, el gobierno decidió construir también un gigantesco intercambiador entre el centro de convenciones y la Torre Alba. ¿Era esto realmente necesario? Hablando en términos prácticos, era una suprema estupidez: la estación de Chamartín, perfectamente comunicada con el aeropuerto y demás puntos estratégicos de la ciudad, se encontraba a la vuelta de la esquina. Nadie parecía verle sentido a esta nueva obra. Pero España parecía haberse convertido en especialista en gastarse millonadas en la construcción de infraestructuras innecesarias, promovidas sospechosamente por alcaldías de dudosa reputación. Aeropuertos inútiles, urbanizaciones fantasma y complejos de oficinas vacíos se extendían a lo largo y ancho

del país.

¿Y para que construir un sencillo intercambiador? Parecieron pensar. Mejor contrataremos a un famoso arquitecto que diseñe una especie de cúpula invertida y alargada con pronunciados extremos a modo de proa y popa. Lo llamaremos el Barco, y representará el espíritu del Imperio español del siglo XVI. Asegúrese de que la proa apunta a la gran bola del centro de convenciones, le diremos. Será como si estuviésemos dispuestos a conquistar el mundo otra vez.

¿Pero el centro de congresos no simbolizaba el sol naciente? Respondían los ciudadanos, que parecían preocupadísimos por aclarar si cuando miraban el centro de convenciones estaban contemplando el sol naciente o el planeta Tierra a punto de ser dominado por un barco imperial español.

Mientras tanto el gobierno, una vez más, les estaba tomando el pelo.

Nadie se hubiera dado cuenta de tamaña estafa de no haber sido por el valiente trabajo de investigación de Pablo Navarro, un periodista que ya por entonces se había labrado cierta reputación como divulgador. Desmarcándose de la tendencia a realizar propaganda gubernamental o a adormecer a la población con prensa rosa, charlas futbolísticas e irrelevantes debates entre los famosetes de turno, se dedicó a investigar las verdaderas razones detrás de la construcción del Barco.

Navarro descubrió que la obra del intercambiador, pese a ser un proyecto completamente inviable económicamente, había sido adjudicada a través de un falso proceso de licitación a una de las mayores constructoras del país, cuyos dirigentes habían ocupado puestos en el gobierno años atrás.

Además, había un testigo. Manuela Ramos tuvo sus quince minutos de fama cuando hizo público su relato en el que aseguraba que un ejecutivo de la constructora le había ofrecido una cantidad obscena de dinero a cambio de su voto a favor del proyecto como concejala de Madrid.

Por supuesto, el gobierno lo negó todo. Valiéndose de explicaciones poco convincentes en boca de la portavoz del partido y nunca presentando pruebas en contra, contestaron que Manuela Ramos no

era más que una sinvergüenza que se había propuesto derrocar al pobre ejecutivo a base de mentiras fáciles.

Todo se habría quedado ahí, una entrada más que añadir a la interminable lista de los escándalos que afectaron a los diferentes gobiernos españoles en las primeras décadas de este siglo, si no hubiera sido por la tragedia del 22 de marzo de 2004.

Durante las horas y días que sucedieron a la catástrofe del 22-M, los habitantes de Madrid vivieron la peor pesadilla que se recuerda desde los atentados de Atocha de 2004. El Barco se había derrumbado por el peso de la nieve. Por si fuera poco, el derrumbe había dañado los cimientos de la Torre Alba, provocando también su desplome. Las peores previsiones hablaban de miles de muertos, más todos aquellos que fallecerían atrapados entre los escombros en plena ola de frío.

El pueblo evitó que la catástrofe fuera aún mayor salvando miles de vidas, en un ejemplo de unión y solidaridad sin precedentes. El país se paralizó para donar sangre, recaudar fondos e incluso ayudar a los bomberos a rescatar víctimas, una tarea en la que muchos de los voluntarios perdieron la vida.

Mientras tanto, el programa de Pablo Navarro trabajaba en una investigación que diese respuestas a las inevitables preguntas.

¿Qué había pasado? ¿Había algún culpable?

La ola de frío se fue tan rápido como había llegado. Las montañas de nieve dieron paso a las primeras flores de los almendros madrileños, que fueron testigos de cómo el abatimiento de los ciudadanos se iba convirtiendo en furia. Y fue entonces cuando el programa de Pablo Navarro soltó la bomba: habían conseguido los documentos de subcontratación y los planos de la obra de la construcción del Barco.

Analizados por varios expertos, estos documentos revelaban la poca fiabilidad de la estructura y el uso de materiales baratos y poco adecuados. Aquel techo, ya hundido por diseño, quizá habría resistido las esporádicas nevadas de años atrás. Pero el clima estaba cambiando. Los veranos eran abrasadores, y los inviernos eran extremadamente

fríos. ¿En qué cabeza cabía ignorar el efecto de toneladas de nieve sobre una estructura que acogería a cientos de miles de personas a diario? El programa incluía incontables declaraciones de arquitectos nórdicos, polacos y rusos, atónitos ante la enorme negligencia que se había cometido.

El país entero se hallaba sacudiendo sus cabezas ante el televisor, indignados por la incompetencia de la empresa responsable. El programa concluyó entonces con una serie de preguntas a modo de insinuación: *¿Recuerdan la historia de Manuela Ramos? ¿Actuó el gobierno con su integridad? ¿O permitieron que la empresa equivocada se adjudicara la obra del Barco llevados por la avaricia?*

La receta del caos estaba servida. A una población decadente en cuya memoria se acumulan los desmanes gubernamentales, apliquemos un tremendo shock, seguido de un fantástico trabajo en equipo a nivel nacional que refuerce la idea de que la unión hace la fuerza. Añadamos desolación por la pérdida de seres queridos, frustración, rabia e impotencia en abundancia, y aderezamos la mezcla con pellizcos de orgullo nacional y salsa agria de la marca *Nada que Perder*. Metámoslo en el horno junto con unas pocas pruebas irrefutables de la implicación del actual gobierno y pongamos el contador en exactamente quince días. Durante este tiempo puede que dentro del horno se produzcan manifestaciones, crispación, revueltas, violencia callejera, abusos policiales, edificios oficiales en llamas, palizas a políticos, amenazas de muerte a gobernantes, intentos de intervención exterior, temor a un golpe de estado, caídas de bolsa, devaluaciones del euro e incluso cientos de heridos y decenas de muertos.

Pero al final, después de décadas de recolección de los ingredientes y solo quince días de cocción, obtendrá su succulento plato.

El gobierno anunció su dimisión en pleno el 23 de abril de 2029.

Los años posteriores al 22-M fueron los más conflictivos que se recuerdan desde la guerra civil. Además de los problemas internos, había que sumar aquella lenta desaceleración económica que ya

afectaba a la economía occidental. Con el tiempo, estos síntomas se convertirían en una profunda crisis financiera a nivel internacional que se acabaría conociendo como la Larga Depresión.

En el caso de España, a las complicaciones financieras había que añadir una crisis estructural mucho más seria. La falta de un músculo industrial que pudiera mantener al país sobre sus pies era alarmante. El turismo, como siempre, era el único sector que no se hallaba en números rojos, pero se hallaba lejos de poder sostener la economía nacional. Las pequeñas empresas estaban reviviendo la pesadilla de la década anterior y se estaban viendo envueltas en espirales de suspensiones de pagos y liquidaciones. Mientras tanto, una parte ridículamente alta de la población se dedicaba a la política. Los políticos formaban una nueva aristocracia en la que los méritos para acceder no eran más que tener contactos, don de palabra y saber evitar la justicia. No hacía falta tener una carrera o matarse a trabajar para ello, ni siquiera tener un mínimo de cultura general y sentido común. Los perfiles de gente manipuladora sin ningún tipo de valor añadido eran los más demandados del país.

Hasta el 22-M, tal falacia económica se había visto sostenida por los altos impuestos y demás eternas medidas de austeridad que la clase trabajadora aceptaba ciegamente. Por otro lado, no se puede decir que no se lo mereciera: daba la sensación que mientras el pueblo tuviera su ración de fiesta, programas del corazón y fútbol, nadie se iba a pronunciar al respecto.

Duele decirlo así, pero hicieron falta más de tres mil muertes para que el pueblo español despertara de su letargo y comenzara a demandar a sus políticos una gestión eficiente.

Cuando el gobierno dimitió tras el 22-M, los españoles descubrimos un arma que no sabíamos que poseíamos. Trabajando unidos podíamos conseguir metas. Todos y cada uno de nosotros podíamos marcar la diferencia. El mañana no dependía de una masa indefinida, sino que nuestras acciones individuales en coordinación con el grupo afectarían en gran medida el futuro personal de cada ciudadano. El 22-M dio al pueblo español la fe que necesitaba.

Los años treinta no eran un buen momento para convertirse en

político español. Las estadísticas eran demoledoras: en los siguientes doce años al 22-M, hubo cuatro gobiernos diferentes al poder, todos ellos barridos de La Moncloa antes de terminar su mandato. Las manifestaciones, las revueltas violentas y las no menos violentas respuestas policiales se convirtieron en el pan de cada día. La agitación social parecía crecer lenta pero inexorablemente y muchos llegaron a pensar lo peor. Solo la falta de una fuerza militar lo suficientemente poderosa evitó que se produjera un golpe de estado, aunque entrados los años cuarenta muchos llegaron a desear que esto sucediera para acabar con la inseguridad que se vivía en las calles.

Aquellos fugaces gobiernos tuvieron un punto en común. Todos ellos cedieron a las exigencias del pueblo hasta cierto punto. Sin embargo, gran parte del daño causado en décadas anteriores era irreversible a corto plazo, lo que significaba que hasta el más honesto y capaz ministro de economía debía rehusar a conceder todos los beneficios que el pueblo demandaba. Por desgracia, la paciencia de los ciudadanos se había agotado hacía tiempo y, como en el cuento del pastorcillo mentiroso, no se creían que el lobo estuviese al acecho. Las protestas crecían y crecían, y los partidos gobernantes tenían miedo. En consecuencia, no solo todos ellos refrendaron la Ley de Seguridad Ciudadana, sino que intentaron ampliarla como pudieron.

Para ello, el gobierno comenzó a hacer uso de la tecnología: aparte de colocar cámaras de seguridad por doquier, decidieron imitar al gobierno chino y convertirse en el primer país europeo en instalar dispositivos detectores y anuladores de gafas, guantes inteligentes e incluso teléfonos móviles.

Aquellos detectores anulaban las funciones de video y fotografía de estos dispositivos. En localizaciones clave, incluso inutilizaban la conexión a internet y el uso del teléfono. Las compañías de comunicación se quejaron amargamente e incluso ofrecieron *soluciones* a los gobiernos, en forma de apetitosas sumas de dinero a cambio de abandonar esta práctica. Sin embargo, por primera vez, los gobiernos tenían más miedo que codicia.

La privacidad y la libertad de expresión que la Constitución aseguraba se vieron completamente violadas. Nos convertimos en un

país orwelliano, testigo de una tensión creciente que cada día tenía más difícil solución.

A pesar de todo, mi infancia transcurrió sin grandes altercados.

La muerte de mi madre había creado un inquebrantable lazo entre mi padre y yo. Siempre anteponiéndome a su dolor y a sus necesidades, mi padre se centró en llenar el espacio que mi madre había dejado y en protegerme de los peligros de una ciudad a la deriva. Gracias a él, crecí completamente ajeno a la realidad que me rodeaba.

Y, también gracias a él, descubrí la astrofísica.

La mañana del seis de enero de 2030, observé obnubilado aquel rectangular aparato gris con un agujero en el centro que acababa de sacar de una caja con mi nombre al lado del árbol de Navidad.

—¿Qué es esto, Papá?

—Es un libro holográfico —contestó.

Acto seguido, bajó las persianas del salón. Como siempre, lo hizo sin mirar por la ventana, como si eso bastara para ignorar el hueco dejado por la Torre Alba.

En cuanto las persianas ocultaron el cegador sol madrileño, ocurrió algo que me dejó atónito.

Una brillante bola incandescente del tamaño de una pelota de playa comenzó a brillar en medio de nuestro salón. Con la boca abierta, escuché incrédulo aquella voz en off que me decía que aquella bola de fuego era nuestro sol.

Pero la estupefacción no acababa ahí. Poco a poco fueron apareciendo pequeñas bolas que orbitaban a su alrededor. Por lo visto, una de ellas, azul, brillante, y del tamaño de un garbanzo, se llamaba Tierra, y estábamos sobre ella en ese mismo momento. ¡No podía ser! ¿Cómo íbamos a vivir encima de una bola? De hecho, algunos vivían por debajo, decía el libro.

—¿Y por qué no se caen, Papá?

La gravedad, dijo. Incluso siendo el niño más inteligente de la clase, no entendí muy bien cómo funcionaba aquella extraña fuerza. Aun así,

me pareció fascinante.

Aquel día de Reyes las persianas del salón no se volvieron a subir. Me senté horas y horas pasando de capítulo y escuchando las explicaciones que acompañaban a aquellos impresionantes hologramas animados que campaban a sus anchas por el salón.

Recuerdo como si fuera ayer cuando la descomunal estrella TJH-216, la mayor hasta ahora conocida, se apareció ante mí desplegando su hipnótica belleza, ocupando la mayor parte de mi campo de visión e iluminando el salón de manera que pareció hacerse de día otra vez. En comparación, el sol se había convertido en un pequeño punto luminoso que apenas se percibía. Y la Tierra a su lado era imposible de ver. Ya a los siete años me asaltó por primera vez la sobrecogedora sensación de la insignificancia de la raza humana.

Solo nuestro gato Goyo parecía no compartir mi entusiasmo. En su lugar, se marchó a su cesta entre maullidos de frustración después de varios infructuosos intentos de dar caza a la pequeña y brillante estrella azul que orbitaba alrededor de otro astro blanco y mucho más grande. Esa fue la primera vez que vi la estrella binaria Sirio.

Día tras día encendía aquel increíble libro y me dedicaba a fantasear a oscuras entre los planetas, asteroides y estrellas que flotaban en el pequeño salón. Soñaba despierto con ser el capitán de una veloz nave espacial que podía recorrer las insalvables distancias entre galaxias en cuestión de minutos. ¡Cuán grande fue mi decepción cuando mi padre me explicó la teoría de la relatividad! Mientras a los niños de mi edad les costaba asimilar que nunca volverían a ver a su tortuga ya que ésta había decidido mudarse al cielo de los animales, yo sufría para aceptar el hecho de que mi nave nunca podría viajar más rápido que la velocidad de la luz. Eso significaba que tardaría ocho años como poco en visitar Sirio con Goyo para que el pobre animal superara su decepción cazando una estrella de verdad. Para entonces, lo más seguro es que mi gruñón gato ya hubiese pasado a mejor vida. Tampoco podría comprobar personalmente si los humanos podían sobrevivir en la atmósfera del exoplaneta Gliese 581 g, a no ser que estuviera dispuesto a pasarme más de veinte años en mi nave. Tras varios días evaluando si merecía la pena, decidí que había muchos

planetas por descubrir como para dedicar tanto tiempo en visitar solo uno. Este debate fue reabierto cuando mi padre, al que por alguna razón no le gustaba explicarme todo de una vez, me dijo que la misma teoría de la relatividad de ese tal Einstein aseguraba que si viajaba en esa nave tan rápida no envejecería tan deprisa, y que por tanto podía permitirme pasar tantos años de viaje. *Para ti solo pasarán unos meses*, dijo. De nuevo, mi entusiasmo inicial se vio truncado cuando me di cuenta de que, cuando volviera de tal viaje, habría pasado tanto tiempo en la Tierra que mi padre ya estaría muerto. Y eso era, con toda seguridad, lo único peor que saber que nunca cumpliría mi sueño.

A los pocos años, ya me había convertido en una auténtica enciclopedia del espacio. Allá donde fuera, me acompañaban los cientos de artículos de astronomía y novelas de ciencia ficción que había guardado en mi lector de libros electrónicos, el cual leía compulsivamente a todas horas.

—Algún día te voy a llevar a un concurso de rapidez de lectura para recuperar todo el dinero que gastamos en descargas de libros—bromeaba mi padre a menudo. La gente solía asombrarse por el hecho de que había configurado el lector para que funcionase a la velocidad máxima. Las palabras se sucedían una tras otra ante mis ojos, de manera que lo único que tenía que hacer era mirar la pequeña pantalla fijamente, como si fuera un programa de televisión. Por lo visto, no era tan normal leer una media de dos libros al día.

Extrovertido no era la palabra que mejor me definía. La imagen que todos tenían de mí era la de un niño serio, gordinflón y siempre con la cabeza gacha, con ese pelo castaño y rizado tapándole los ojos, lo cual no le impedía fijar la vista en aquella pequeña pantalla que atesoraba en la palma de su mano. Mi padre se sentía orgulloso de que me obsesionara con algo educativo en vez de con violentos videojuegos o series de televisión, pero, por otro lado, le preocupaban mis aptitudes sociales.

Mis profesores me alababan por mi inteligencia, pero también se quejaban de mi falta de atención. Lo cierto es que sus explicaciones me parecían tan básicas que siempre me acababa aburriendo en sus clases. Esto me llevaba a sumergirme en un mundo imaginario en el que las

fantasías parecían no tener fin.

Recuerdo un día de otoño de 2034 en el que la clase de geografía trataba sobre el Gran Cañón del Colorado. Mi mente automáticamente comenzó a ignorar a nuestra profesora, aquella tristonra señora que a sus setenta y dos años aún se veía obligada a seguir dando clase para poder acceder a una pensión de jubilación decente. La señora Valverde nos comenzó a relatar, con su habitual falta de energía, cómo se había formado aquella aburrida formación del Paleógeno. *¿Qué tiene esto de especial?*, pensé. Las fuerzas que habían contribuido a formar el Gran Cañón no eran en nada diferentes a aquellas que habían contribuido a la formación de la orografía todos los planetas rocosos. *Valles Marineris, ese sí que es el verdadero Gran Cañón del Sistema Solar.* Situado en Marte, era doce veces más ancho y diez veces más largo que el de Arizona, lo que significaba que podría cruzar toda Europa, desde Cádiz hasta Moscú. *¿Podré visitarlo algún día?* Esto no era tan descabellado, al fin y al cabo el hombre ya había pisado Marte. Es cierto que no se podía calificar aquella misión como un éxito, pero quizá con el tiempo se volvería a intentar. Era más una cuestión de superar el trauma que supuso aquel trágico fracaso que una cuestión de dinero, ya que, aunque la economía internacional no se encontraba en su mejor momento, se habían propuesto formas de reducir el coste de los viajes espaciales. Varias empresas americanas trabajaban en la posibilidad de abrir un centro de construcción de naves espaciales en la Luna. Además de poder extraer todos los materiales necesarios de la misma superficie lunar con la mitad de energía gracias a la baja gravedad, el impulso proporcionado por la doble órbita de la Luna y la Tierra ahorraría miles de litros de combustible. Solo había que esperar al momento adecuado para lanzar el cohete siguiendo el viejo método de Walter Hohmann. Viajar por el espacio usando las órbitas de los planetas no era una idea nueva, ya en 1968 Arthur C. Clarke había imaginado cómo la nave Discovery podría alcanzar Saturno impulsándose en la órbita de Júpiter. Quizá sumando a estos métodos los últimos avances en la tecnología de la antimateria, se podría descubrir pronto cómo economizar este combustible de manera que un simple viaje a Marte en cinco días no representara un coste inaceptable

para un país desarrollado. Eso solo sería el primer paso hacia conseguir viajar cerca de la velocidad de la luz, lo cual ampliaría nuestros posibles destinos mucho más allá del sistema solar, aunque eso sí, todavía sería absolutamente imposible salir de nuestra propia galaxia incluso en un viaje que durara más de mil generaciones. Para ello, solo veía una solución: los agujeros de gusano. Estos hipotéticos atajos habían sido continuamente refrendados en la teoría por los astrofísicos más respetados desde 1916, el único problema es que nunca se había detectado uno. Recibían su extraño nombre de la teoría de que la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta. Así, un gusano tardaría menos en ir al otro lado de la manzana atravesándola que rodeándola. Si aplicamos este principio teniendo en cuenta las dimensiones ocultas del universo, es perfectamente posible que un agujero de gusano atravesase el espacio-tiempo para conectar dos lugares que, vistos desde el hasta ahora únicamente conocido punto de vista del espacio, estarían separados por millones de años luz. *Suena a ciencia ficción, pero no sería la primera vez ni la última que la realidad es mucho más increíble.* Cuando las tecnologías no permitían al hombre contemplar el mundo en que vivía, se pensaba que la Tierra era plana y el Sol giraba en torno a ella. Era tan de locos pensar lo contrario que muchos fueron asesinados por sus ideas científicas. ¿Por qué hoy en día no aprendemos de nuestros errores y afrontamos lo desconocido de una manera más abierta? Solo así podríamos salir de esta basura en la que hemos convertido a nuestro planeta y poblar mundos mucho más esperanzadores. Y seguro que en alguno de ellos encontraríamos un gran cañón que superara incluso a Valles Marineris, *¡eso sí que sería espectacular!*

Mi divagación aún no había concluido cuando me di cuenta de que la clase de geografía ya había acabado. De hecho también habían terminado el recreo y las clases de matemáticas e inglés, y era hora de volver a casa. Fueron las risas y las burlas de mis compañeros las que me sacaron de mi ensoñación y evitaron que continuara sentado en mi pupitre mientras la clase se vaciaba.

—¡Ande, Ande, Andeeee! —me gritaban en aquel tono burlón tan familiar ya.

Ande era el mote que usaban los demás niños para recordarme lo distinto que era.

Cuando tenía unos tres años y todavía me costaba hablar correctamente, no podía pronunciar bien mi nombre completo, así que en vez de Andrés Grande solía referirme a mí mismo como *Ande Ande*. Años más tarde, ya en primaria, mi padre cometió el craso error de contar esta anécdota en presencia de Miguel, mi mejor amigo de la infancia. Me sentí vilmente traicionado cuando Miguel les contó tan sumamente embarazoso secreto a varios niños de la clase y el mote se extendió como la pólvora. Aprovechando mi apariencia de niño retraído y con pocas aptitudes sociales, comenzaron a usarlo en combinación con movimientos descoordinados de manos, ojos bizcos o bocas babosas. No había niño en todo el barrio de La Paz que no supiera mi mote y no lo usara continuamente, de manera que en cierto punto realmente llegué a pensar que quizás si tenía cierto retraso mental. Al fin y al cabo, ¿por qué no podía dejar de soñar despierto y concentrarme en lo que hacía como todos los demás?

Estos pensamientos no hicieron más que alejarme de cualquier posible amistad. Aparte de aquel humillante complejo de inferioridad, veía a todos los demás niños como sinvergüenzas sin escrúpulos, dispuestos a clavarme un puñal por la espalda a las primeras de cambio.

Por suerte, esto cambió cuando conocí a Luna en el verano de 2036.

Me encontraba pasando una semana de vacaciones con mi padre en Suances. El apartamento donde nos alojábamos se encontraba a unos pocos metros de un espectacular acantilado al que me gustaba acudir todas las noches para observar las estrellas con mi telescopio. Una de esas noches, mi calma se vio perturbada por un grupo de chicos y chicas de mi edad que habían elegido aquel lugar para tocar la guitarra mientras se emborrachaban con el vino más barato del supermercado.

Al principio nos ignoramos mutuamente, pero, tras un par de horas, la figura de una chica delgada y con una mata enorme de pelo rizado se dirigió hacia mí con curiosidad. Mi sorpresa fue mayúscula

cuando, en vez de reírse de mí, comenzó a hacerme preguntas y a interesarse por lo que hacía.

—¿Te gustaría ver la luna a través del telescopio? —le ofrecí en cuanto me dijo su nombre.

—Preferiría ver la constelación de cáncer —contestó.

Tras configurar el telescopio, me dispuse a cederle el taburete, pero ella no lo permitió. Se sentó encima de mí con un brazo sobre mis hombros y acercó sus ojos verdes al visor.

Mientras ella observaba las estrellas, yo intentaba decidir qué hacer con mis manos. ¿Debería pasar el brazo izquierdo por su cintura? ¿Apoyar la mano derecha en su rodilla desnuda?

Todavía tenía las manos en el aire como un espantapájaros cuando Luna se volvió hacia mí.

—¿Me estás tomando el pelo? Se ven demasiadas estrellas, esto no es la constelación de cáncer.

—Déjame ver.

Me acerqué al visor y noté las cosquillas que los negros rizos de su pelo me hacían en el cuello.

—Es porque el telescopio te está mostrando El Pesebre, un cúmulo abierto que forma parte de la constelación.

—¿Qué es un cúmulo abierto?

—Oh, no es más que un grupo de estrellas que provienen de la misma nube molecular y que se encuentran tan cerca unas de otras como para verse unidas gravitacionalmente.

—No sabía que la constelación de cáncer tuviera tantas estrellas.

—¿Por qué tienes tanto interés en esa constelación?

—Mi signo del zodiaco es cáncer. Además, dio la casualidad de que nací un día de luna llena mientras la luna transitaba por el signo de cáncer, que es el mismo que la rige. Por eso mi madre me llamó Luna.

—Me alegro de que tu madre no decidiera llamarte Cáncer.

Luna estalló en una carcajada que me hizo sentirme orgulloso de mi sentido del humor.

—¿Crees en el horóscopo? —me preguntó entonces.

—Seguramente habría creído en la astrología si hubiera nacido en la Edad Media. Pero hoy tenemos la astrofísica.

—¿La astrofísica puede predecir tu futuro? —preguntó con desdén.

—¿Puede hacerlo la astrología?

—¡Claro! Aunque, para ser más precisos, lo que hace es definir el carácter de una persona. Si a ese carácter añadimos unas circunstancias, podremos saber a grandes rasgos lo que le depara el futuro.

—¿Y qué te depara el futuro a ti?

—Mi madre siempre decía que formaré pronto una familia y que mi espíritu creativo me llevará muy lejos como artista.

—¿Y crees que tiene razón?

—Se me da muy bien la fotografía. Me gustaría hacer un curso y dedicarme a ello profesionalmente. En cuanto a la familia, es pronto para decirlo, pero la verdad es que soy muy enamoradiza y estoy segura de que encontraré pronto al hombre de mi vida. Tendrá que ser alguien inteligente y con los pies sobre la Tierra, para compensar mi tendencia a fantasear.

Luna me miró fijamente y se acercó un poco más a mí.

¿Cómo podía creer en esas tonterías? Me dispuse a relatarla el experimento de los gemelos temporales, a través del cual dos mil niños que habían nacido en 1958 en el mismo minuto y en el mismo lugar fueron seguidos durante años en busca de datos que delataran un patrón. No se pudo encontrar ninguna característica parecida, y el debate de la astrología quedó cerrado para siempre.

Sin embargo, Luna evitó que abriera la boca mediante un beso.

Aquellas vacaciones me marcaron para siempre. No solo besé a una chica por primera vez, sino que también descubrí que ser el experto en algo que generaba interés en los demás podía proporcionarme la confianza suficiente como para atreverme a salir de mi zona de confort. Aprendí a estar relajado en presencia de los demás, a interactuar como se esperaba de un chaval de trece años e incluso a forjar alguna efímera amistad.

Me sentí más vivo que nunca explicando innumerables curiosidades

del universo a Luna, jugando a las cartas con ella y sus amigos en la playa, probando mi primer trago de calimocho o besándola hasta altas horas de la madrugada.

Las vacaciones llegaron a su fin, al igual que mi pequeño romance veraniego y todas las nuevas sensaciones que lo acompañaron. Sin embargo, aquellos destellos de realidad fueron como una droga que no estaba dispuesto a abandonar. Volví a Madrid con la firme determinación de ganarme el respeto de mis compañeros.

Y lo iba a hacer desde el principio.

Mi estrategia consistiría en formar un equipo. Aquel verano me había enseñado que era mucho más fácil ser respetado y estar protegido cuando uno tenía un grupo alrededor.

Ya el primer día comencé a escuchar las inevitables risas y burlas mal disimuladas a mi alrededor cuando el tutor pronunció mi nombre al pasar lista. Aguanté estoicamente las provocaciones de los abusones de mi clase mientras bajábamos las escaleras del colegio para disfrutar del recreo. Llevaban meses sin verme y habían retomado sus chanzas con mucha energía, pero no iba a dejar que me afectara. Sin inmutarme, salí al patio y comencé a forjar mi plan.

Mi vuelta de reconocimiento fue un éxito. Había chicos marginados por todas partes: empollones, feos, gordos, raros, frikis, afeminados, tímidos y pueblerinos. ¡Ellos iban a formar mi imperio!

En un mes, había conseguido establecer un grupo, siempre y cuando entendamos por grupo un conjunto de bichos raros que se reúnen tímidamente en una esquina del patio para protegerse de la jungla del recreo. No éramos los más populares precisamente, aunque si tuvimos nuestros quince minutos de fama en los que nos apodaron *la parada de los monstruos*. Pero ya en aquel momento, había conseguido transmitirles un sentimiento de pertenencia al grupo y una cierta capacidad de auto parodia que solo puede venir de la confianza en uno mismo. Así, nos empezamos a autodenominar *la Parada*.

La Parada fue creciendo en número y, sobre todo, en peculiaridad. Con nosotros estaba Chemita, aquel chico tímido con una sombra

permanente en el bigote que vivía obsesionado con el fútbol. No podía evitar torcerse un tobillo o lesionarse la rodilla cada vez que echaba a correr, sin embargo tenía una memoria prodigiosa y podría haber recitado de memoria la clasificación de la segunda división portuguesa en la temporada 2033/34. También cabía destacar a Tomás, condenado a nuestro grupo por los falsos rumores de que sus padres le habían sacado de su pueblo de Ávila por tener sexo con ovejas. Como él solía decir, *prefiero no haber tenido sexo con ovejas y que la gente lo piense antes que haberlo hecho y que nadie lo sepa*. La verdad es que le gustaba bastante poco la vida en el campo y se había mudado a Madrid persiguiendo su sueño de convertirse en un hacker profesional. Por el momento, ya había conseguido en una ocasión cambiar los horarios de clases en todas las agencias electrónicas de los profesores. Aquel día las clases tuvieron que ser suspendidas, y los rumores de que Tomás era el responsable hicieron crecer la popularidad de la Parada entre los alumnos.

Entre mis mejores amigos se encontraba Borja Periañez, aquel granadino al que llamábamos *Peri*. Tras una apariencia esquiva y amanerada, se escondía un virtuoso de Galaxy Vessels, aquel juego de estrategia online que en los últimos años había causado furor en todo el mundo sustituyendo al mítico Starcraft. Peri estaba dentro del top 1000 a nivel mundial, y verle jugar era todo un espectáculo. Los conocimientos sobre astronomía adquiridos a través del juego le permitían poder mantener una conversación conmigo, lo cual le llenaba de orgullo. Por alguna razón, me tenía como un ídolo y nunca se despegaba de mi lado. Viniendo de otra persona, me habría molestado bastante, pero Peri sabía mantener la boca cerrada la mayor parte del tiempo y solo hablar cuando se le preguntaba, lo que le convertía en el compañero perfecto para mí.

Y por suerte para la Parada, teníamos a Alexis Mayoral. Ecuatoriano de segunda generación, Alexis era una mole de un metro ochenta y cinco kilos, lo cual contrastaba cómicamente con el resto del grupo, que aún no había pegado el estirón. Su cara bonachona estaba horriblemente castigada por el acné, una nube de puntos rojos y blancos que se añadían a todas las cicatrices de antiguas erupciones.

Llevaba el pelo rapado al uno, lo que terminaba de conferirle el aspecto perfecto para ser nuestro matón. Sin haberse visto envuelto en una pelea en su vida, su mera presencia ahuyentaba inmediatamente a los abusones de turno.

Alexis estaba obsesionado con las nuevas tecnologías y podía pasarse horas hablando sobre los últimos gadgets del mercado. Hasta el momento de unirse a la Parada, nunca había tenido el dinero ni los medios para conseguir hacerse con los dispositivos con los que soñaba, pero conocer a Peri fue un gran hito para él. Peri tenía cientos de contactos en China y Corea procedentes de su carrera como *Sailor* (así se denominaba a los profesionales de Galaxy Vessels). Muchas veces, las deudas del juego eran pagadas con bienes físicos, y para Alexis, Peri era la llave para conseguir todos aquellos aparatos del mercado asiático que hasta ahora solo podía admirar en internet.

Alexis era la única persona, aparte de mi padre, que me causaba un mínimo de interés. Sus interminables charlas sobre las últimas tecnologías no hacían más que avivar mi imaginación, siempre orientando las nuevas herramientas hacia la consecución de mi sueño de viajar por el espacio. Él era el único con el que podía pasarme horas charlando e intercambiando conocimientos.

Peri, Alexis y yo, un triángulo de lo más bizarro, constituíamos los líderes de la Parada. Un mastodonte grasiento que perseguía en busca de tecnología a un delicado y afeminado andaluz, el cual no se separaba de mí, un obsesionado aprendiz de astronauta que a su vez sometía al mastodonte a continuos interrogatorios que él aguantaba con la paciencia de un santo.

Éramos los cabecillas y perfectos representantes de la Parada. Chemita, Tomás y los demás bichos raros se apoyaban en nosotros para conseguir protección, reconocimiento social y confianza. Este sistema de simbiosis aguantó varios años. No fueron los alumnos populares los que acabaron con nosotros, ni tampoco los matones, ni siquiera el inevitable paso del colegio a la universidad.

Fue el hecho de vivir en aquel país opresor e intolerante lo que dio fin a nuestro grupo y a nuestra amistad.

Acababa de cumplir diecisiete años cuando ocurrió.

Era una noche de sábado de finales de noviembre. Tras arduas negociaciones, mi padre me había permitido quedarme hasta las diez por el *salvaje y peligroso* centro de Madrid para celebrar mi decimoséptimo cumpleaños con Alexis y Peri. A pesar de que no tenía mucho dinero y de que estaba ahorrando para comprarme un nuevo telescopio, decidí invitarles a una pequeña cena en mi bar de tapas favorito en el barrio de Malasaña. Tras ponernos morados de rabas, albóndigas y patatas bravas, me sorprendieron con un increíble regalo.

Era una caja sin envolver que carecía de dibujos. Solo podía ver texto en chino tradicional por todos los lados, entre el cual únicamente pude distinguir la palabra Zhonguacom.

Tras abrir la caja ante la mirada ansiosa de Alexis, aparecieron ante mí un par de lentillas y un diminuto auricular. Viendo mi mirada atónita, Peri se apresuró a darme una explicación antes de que tuviera que preguntar qué narices era aquello.

—Es lo último de lo último. Lo he conseguido a través de un contacto de Pekín que trabaja para Zhonguacom, y eso que no han sido comercializadas ni siquiera en su país. Eso sí, dentro de unos años te aseguro que esto va a ser la bomba.

—Las llaman lentes —continuó Alexis, viendo que las explicaciones de Peri no estaban arrojando ninguna luz—, y son las sucesoras de los guantes inteligentes.

Aquello sí que consiguió llamar mi atención.

—Y... ¿cómo funcionan? —pregunté intrigado.

—¿Te acuerdas de cuando se utilizaban las gafas?

—Sí, claro —respondí, acordándome inevitablemente de cómo presencié los últimos momentos de la vida de mi madre a través de sus gafas. Por aquel entonces, eran el medio principal de comunicación móvil y la inmensa mayoría de la gente poseía unas, excepto los más clásicos que optaban por el teléfono móvil tradicional. Sin embargo, recientemente la tendencia era usar smartgloves, o guantes inteligentes. Lo de guante era meramente un apodo, ya que estaban constituidos por una simple banda sólida de dos centímetros de ancho que rodeaba la muñeca y de la cual salía un tejido que se extendía hasta

cubrir los dedos pulgar e índice. Cuando el usuario extendía estos dos dedos, una pantalla holográfica aparecía entre ellos, funcionando de manera similar a la pantalla táctil de un teléfono móvil. Esta idea había comido una importante cuota de mercado a las gafas, ya que la práctica de dar comandos de voz a un aparato no terminaba de convencer a los usuarios.

—Funcionan de manera similar a las gafas, pero con muchísimas mejoras —prosiguió Alexis— en primer lugar, ya no hay comandos de voz. Los comandos esenciales se pueden hacer a través de movimientos de ojo o de cabeza, mientras que la introducción de texto o navegación por internet...

—¡Eso es lo más increíble! —le interrumpió Peri, cuyo entusiasmo no se quedaba atrás—. Las lentes proyectan un teclado y una pantalla en tu campo de visión, donde tú quieras. ¡Venga, pruébalo!

Movido por la curiosidad, me puse rápidamente las lentes. Inmediatamente, un texto con las palabras *Bienvenido Ande* se apareció ante mis ojos, seguido de un vídeo con varios chinos y chinas sonrientes mostrando todos los usos de las lentes. Peri me colocó torpemente el pequeño auricular en la oreja derecha y comencé a escuchar una música machacona.

Una vez acabado el video, pregunté a mis amigos qué se suponía que debía hacer.

—Mira hacia tu mano y parpadea dos veces —dijo Peri.

Tras efectuar aquel simple comando, las lentes proyectaron un teclado sobre la palma de mi mano izquierda y un menú con iconos por encima. Parecían reconocer mi mano, de manera que la imagen seguía pegado a ella aunque la moviera. Al cerrar la mano, el menú y el teclado desaparecían.

Comencé a mover el dedo índice de mi mano derecha por encima de mi mano izquierda, donde veía el menú proyectado. Era parecido a usar un guante inteligente, con la diferencia de que no llevaba nada puesto en la mano. Comprobé que la pantalla podía hacerse tan grande como quisiera sin perder un ápice de calidad. Probé cómo navegar por internet, jugar al Tetris y hacer una corta llamada de teléfono a mi casa.

—¡Es increíble! —Desde fuera probablemente parecía un loco moviendo las manos en el aire, pero desde mi punto de vista estaba viviendo una experiencia única.

—Y aún no sabes lo mejor —dijo Alexis mientras miraba de reojo a Peri con una sonrisa cómplice—. Las lentes usan un protocolo de comunicación distinto a los que usan los dispositivos españoles.

—¿Por eso funciona tan bien la navegación por internet? —pregunté.

—Exacto. Así que imagínate —Alexis bajó la voz—. También significa que puedes grabar *todo* lo que ocurre en la calle sin ser detectado.

Su énfasis en la palabra *todo* parecía indicar que tenía algo específico en mente.

—Que conste que yo estoy en contra de esa idea —intervino Peri, que desde hacía unos segundos no parecía tan entusiasmado.

Viendo mi cara de confusión mientras intentaba comprender a donde quería llegar, Alexis se acercó hacia nosotros y, hablando más bajo todavía, anunció su plan con una sonrisa torcida.

—Vamos a grabar tetas.

A mis diecisiete años, lo más cercano a un acercamiento sexual que había experimentado fue cuando la chica más popular del colegio tropezó y cayó encima de mí en las escaleras, aterrizando con su sugerente escote en mi cara y provocando una erección que fue objeto de mordaces burlas durante meses. Luna no había vuelto a dar señales de vida, y el resto de chicas a las que alguna vez había reunido el valor suficiente para hablar no parecían muy interesadas en escuchar mis curiosidades del universo.

Pero, a pesar de mis rarezas, seguía siendo un chico adolescente, y la falta de éxitos en este terreno no hacía más que exacerbar mi curiosidad sexual. Por ello, cuando Peri se opuso a la propuesta de Alexis y me tocó a mí dar el *sí* o el *no* que resultaría decisivo, no tuve que pensar demasiado.

La calle Montera se encontraba en pleno centro de Madrid y había sido el foco de la prostitución madrileña desde hacía décadas. Irónicamente, desde que las fuerzas de orden público vieron aumentada su influencia y fueron protegidas por la ley, esta calle se convirtió en un lugar mucho más peligroso. En España, la prostitución representaba un vacío legal que, por alguna razón, ningún gobierno se había atrevido a atajar. Por un lado, las prostitutas no podían ser dadas de alta en la seguridad social ni pagar impuestos, pero tampoco se las consideraba ilegales. Cualquiera estaba en su derecho de vender su cuerpo, si así *lo deseaba*. No obstante, era la actividad del proxeneta la que conllevaba multas económicas y penas de prisión. Cuando la policía ejercía su labor honestamente, la trata de blancas era un problema relativamente pequeño en España, ya que no muchos se atrevían a desafiar la ley. Sin embargo, en los últimos años la corrupción policial en forma de sobornos por parte de los proxenetas había crecido como la espuma, generando un entramado de prostitución y violencia que era más que obvio en puntos como la Casa de Campo o la calle Montera.

No era mi intención acostarme con una prostituta, pero la curiosidad por acercarme a un mundo desconocido pudo más que el sentido común. ¿Que tenía de malo probar la cámara de mis nuevas lentes mientras paseaba por una céntrica calle de Madrid? Nadie se daría cuenta y en menos de un minuto habríamos salido de esa calle con un vídeo que haría las delicias de nuestras calenturientas mentes adolescentes.

Salimos enseguida del restaurante y recorrimos la calle Fuencarral haciendo varias pruebas de vídeo para asegurarnos de que funcionaba. La sensación de poder grabar en pleno centro de Madrid era nueva para mí, y me gustaba. A medida que nos acercábamos al final de la calle, iba creciendo la excitación y las risas nerviosas por parte mía y de Alexis, y los suspiros y maldiciones por parte de Peri. Cuando llegamos a la esquina con Gran Vía y el bullicio de la calle Montera comenzó a llegar a nuestros oídos, parpadeé dos veces. Un menú ocupó las partes superior e inferior de mi campo de visión y un puntero en forma de estrella fugaz comenzó a moverse en función de donde dirigiera la

mirada. Todavía no controlaba muy bien aquella función, pero conseguí, tras un par de intentos, colocar el puntero sobre el icono en forma de punto rojo a la vez que parpadeaba dos veces de nuevo. La palabra *REC* apareció en la esquina superior izquierda de mi campo de visión. Estaba grabando.

Unos metros más adelante, dio comienzo el show.

—Ande, fíjate en aquella rubia. Mírala bien cuando pasemos —susurró Alexis.

Peri nos seguía apesadumbrado. Había sido el único en votar en contra de esta idea, pero no se podía negar a acompañarnos. Lo recogía el artículo 29.E del código de amistad de la Parada: *La realización de actividades clasificadas de riesgo será sometida a votación por el grupo. En caso de que se elija acometer la actividad, deberán participar en ella todos los miembros de la votación, independientemente de si votaron a favor o en contra.* Él mismo fue el promotor de dicho artículo, argumentando que, por mucho que alguien no esté de acuerdo en correr ciertos riesgos, la obligación de proteger a sus amigos siempre estaría por encima.

—Ahora mira a tu izquierda, Ande. Madre mía, no te puedes perder la que va vestida de Caperucita Roja —continuó Alexis, que estaba tan emocionado como un niño de ocho años que entra en una tienda de caramelos por primera vez.

Tras los primeros segundos de nerviosismo, yo también empecé a disfrutar de nuestro paseo. Los chulos, tan intimidatorios al principio con sus músculos llenos de tatuajes al descubierto y sus miradas desafiantes, no parecían darse cuenta de que estábamos grabándolo todo. Poco a poco mi atención dejó de centrarse en la amenaza de los proxenetas para dirigirse hacia algo mucho más atractivo. Asiáticas de caras angelicales, rusas de piernas interminables, escotes imposibles, miradas sugerentes... ver todo esto fuera de una pantalla de ordenador era algo increíble. ¿Cómo podía haberme pasado años sin experimentarlo? *Ahora que estoy aquí, tengo que aprovecharlo, pensé. No voy a dejarme ni un detalle sin grabar.*

—Ande, ten cuidado. No mires tanto. Creo que los chulos se están cabreando —susurró muy serio Peri, que a estas alturas se encontraba pálido como un fantasma.

—No hagas caso, son imaginaciones tuyas —intervino Alexis—. Estás acojonado, ¿eh, nenita?

Seguimos andando muy lentamente en dirección Sol, fijándonos obsesivamente en todas aquellas bellezas exóticas que nos rodeaban. Mi imaginación echó a volar en rumbos a los que no me tenía acostumbrado. Viajes espaciales, agujeros negros, planetas recónditos... Todos ellos se vieron sustituidos por fantasías sexuales más vívidas que nunca.

Llevaba unos seis minutos de vídeo y una erección de campeonato cuando me di cuenta de que una de las prostitutas que se encontraba frente a mí me era tremendamente familiar.

¿Luna?

No cabe duda, es ella. A pesar del exagerado maquillaje, nunca podría confundir esos vivaces ojos verdes, esa nariz aguileña, ese abundante e ingobernable pelo rizado y esos finos labios que una vez me besaron con fruición.

¿Así, sin más? Un día eres una niña que veranea en Suances con su familia y antes de darte cuenta estás vendiendo tu cuerpo en la calle más sórdida de Madrid. ¿O hay un proceso y una explicación lógica para todo esto? ¿Se habría visto forzada a aceptar este trabajo? ¿Habría sospechado aquella dulce niña de catorce años el destino que la esperaba? Y de repente otra idea asalta mi mente: ¿cuán diferentes son las demás chicas de Luna? Las fantasías que acabo de tener nunca se me habrían ocurrido con ella, ¿qué han hecho las demás prostitutas para merecerlo? Probablemente ellas también hayan sido en su momento adorables niñas con grandes esperanzas de futuro, pero algo se ha torcido en su camino... Y aquí estoy yo, denigrándolas mentalmente sin ningún tipo de pudor. De repente me siento sucio, quiero apagar el video y salir corriendo de este lugar.

Lo siguiente que recuerdo es cómo un enorme hombre peludo con cara de pocos amigos me sostiene en el aire agarrando el cuello de mi

sudadera, como si fuera un trofeo. Se prepara para propinarme un cabezazo, pero se ve interrumpido por un colega suyo.

—Huargo, contrólate. Es solo un niño.

—¿Te gusta mirar a mis putas? —me grita Huargo con un marcado acento rumano, y varias gotas de saliva aterrizan en mi ojo cuando pronuncia la última palabra.

Estoy demasiado aterrorizado para contestar, así que el chulo me levanta aún más y repite la misma pregunta una y otra vez hasta que el otro hombre se acerca de nuevo y le susurra algo al oído que parece calmarle. Sin ninguna delicadeza, el rumano barbudo me devuelve al suelo y se da la vuelta.

El segundo hombre se acerca hacia mí. Viste indumentaria deportiva, es mucho más delgado y su bigote ridículo apesta a tabaco. No parece tener ni la mitad de fuerza, pero su voz, aun siendo mucho más calmada, suena igual de amenazadora.

—Has ofendido a mi amigo, chico. ¿En qué cojones estabas pensando? Tienes suerte de que me encontrara junto a él. Ahora podemos solucionar todo esto de una manera mucho más amistosa.

—¿Solucionar el qué? —contesto desesperadamente.

—No te hagas el listo conmigo, enano de mierda. ¿Crees que puedes quedarte mirando a nuestra pobre chica como un puto depravado e irte sin más a pelártela a tu casa?

—No, yo no...

—Joder... —el hombre mira hacia abajo y cierra el puño, aguantando el impulso de abofetearme. Después de un largo suspiro, prosigue—. A ver, como te dije, vamos a hacer un trato. Por mi parte, me comprometo a no dejar que mi compañero te de una paliza. Pero como comprenderás, no puedo dejar que la paja te salga gratis. ¿Me entiendes?

De alguna manera consigo asentir con la cabeza y preguntar por el precio entre balbuceos.

—Nos debes doscientos euros. Y por ser completamente legal contigo, si decides llevarte a nuestra chica, solo tendrás que pagar cien más. Es el precio habitual.

—No quiero llevarme a la chica.

—Entonces ya sabes lo que me debes.

Mi mente no tarda mucho en darse cuenta de que perder doscientos euros significaría renunciar al telescopio para el que llevo meses ahorrando. Gastarme todo mi dinero en un proxeneta sin escrúpulos nunca había formado parte de mis planes.

En condiciones obvias de inferioridad física, lo único que puede salvarme es pensar algo inteligente. Aquel hombre parece peligroso, pero su penetrante olor a vodka indica que no se encuentra demasiado sobrio. Lo más seguro es que los tres podamos ganarle en carrera, pero para eso necesitamos estar lejos de esta calle. De lo contrario, cualquier proxeneta podría cortarnos el paso.

—Señor, yo... siento mucho el malentendido. No tengo ningún problema en pagarle, pero necesito sacar dinero de un cajero automático.

—¡Huario! —grita volviéndose hacia el matón de los hombros peludos—. Acompaña a estos mocosos hasta el cajero de la calle Aduana y que te paguen allí.

Mierda, pienso, no va a ser tan fácil. Aun así, estoy bastante seguro de poder correr más rápido que el tal Huario, por lo menos hasta llegar a la siguiente calle, donde estaremos seguros.

Somos acompañados hacia la calle Aduana, yo agarrado de la nuca por Huario y Alexis y Peri siguiéndonos detrás de cerca.

La estrecha calle Aduana está lejos de encontrarse tan despejada como yo me la había imaginado. Por lo visto, las fronteras del territorio proxeneta se amplían a estas horas de la noche, y todavía pueden verse varios grupos de prostitutas y narcotraficantes en los alrededores de algunos turbios locales desde los que se escucha una música estridente.

Quedan unos veinte metros para llegar al cajero, desde el cual hay otros cincuenta hasta el final de la calle, donde se adivina un tipo de ambiente muy distinto: jóvenes de fiesta, familias paseando, incluso algún coche de policía. Aquella calle podría ser nuestra salvación.

En cuanto llegamos al cajero, Huario me suelta el cuello para que

mi CNI sea identificado. En ese momento, me vuelvo y le asesto un puñetazo con todas mis fuerzas en sus partes nobles. *Acompaña tus golpes con la inercia de tu cuerpo. Cuanto mayor sea la cantidad de materia que es empujada hacia adelante, mayor será la energía cinética del proceso.* Solo soy un enclenque empollón, pero si tengo que defenderme lo haré de manera efectiva.

Huargo se dobla aullando de dolor y retrocede lo suficiente como para que yo pueda gritar.

—¡Corred!

Salgo huyendo de allí como alma que lleva el diablo, seguido de cerca por Alexis y Peri. A partir de aquí todo ocurre muy rápido.

Al fondo de la calle Aduana, en la perpendicular calle Virgen de los Peligros, se ven varias motos aparcadas. Una pareja se está abrazando al lado de una de ellas. Los dos tienen el casco puesto, y en medio del frenesí de mi carrera me da tiempo a pensar en lo incómodo que debe resultar aquel abrazo. Concentro mis ojos en la pareja y el resto de mi cuerpo en moverse lo más rápido posible hacia ella. Me encuentro a pocos metros ya de mi objetivo, cuando de repente una enorme furgoneta azul entra rugiendo como una exhalación en la calle, tapando la visión de la feliz pareja y abalanzándose sobre mí. Los reflejos que tan bien me han funcionado hasta este punto de la noche me traicionan y no puedo hacer más que quedarme petrificado, como un ciervo en una carretera ante las dos luces que se aproximan inexorablemente.

Por suerte, los reflejos del conductor son mejores que los míos y la furgoneta frena violentamente hasta detenerse a tan solo unos centímetros de mí. Tras unos instantes de asimilación, recuerdo que se está produciendo una persecución detrás de mí. Justo en ese momento veo a Peri saliendo de la calzada a mi derecha, sorteando milagrosamente los pilotes negros de metal colocados cada metro, para pasar a correr por la acera hasta el final de la calle.

Al volverme, una vez más, aquellos abdominales cubiertos por una camiseta amarilla de licra invaden mi visión. Esta vez la camiseta se encuentra empapada de sudor, de manera que puede adivinarse un extenso bosque de pelo rizado en su interior. Levanto la mirada y lo que veo me deja petrificado por segunda vez en menos de diez

segundos.

El enorme y peludo brazo izquierdo de Huargo se alza en el aire y se dispone a asestarme un golpe a mano abierta que hará que el atropello de la furgoneta parezca una caricia.

Justo en ese momento, Alexis aparece por detrás para agarrar aquel inconmensurable brazo, que ya no parece tan grande al lado del de mi amigo. Alexis retuerce el brazo de Huargo hacia abajo para luego subirlo a la altura de sus omoplatos, a la vez que agarra al chulo por su barba con la mano derecha, tira hacia arriba y luego hacia atrás. Este movimiento parece inmovilizar a Huargo, que blasfema y lanza inofensivas patadas mientras Alexis le mantiene en una ridícula posición arqueado hacia atrás. Consigo por fin desplazarme unos metros cobardemente hasta llegar a la acera mientras observo incrédulo aquella cómica escena que contrasta con la sordidez que ha teñido los últimos minutos de la noche.

En ese momento, dos policías salen de la furgoneta que casi me ha atropellado segundos antes. Respiro con alivio pensando que todo ha terminado.

Los dos policías se dirigen hacia mi amigo y le instan a soltar a Huargo pacíficamente. Alexis hace caso de inmediato. En ese momento, el furibundo gorila se vuelve y le asesta un puñetazo en la mandíbula que le manda al suelo con un giro de película en el aire. Los policías corren hacia el chulo, pero en vez de detenerle, intercambian unas palabras con él. Acto seguido todos ellos se acercan a Alexis, que se halla tirado en el suelo escupiendo sangre, y comienzan a asestarle una serie de salvajes patadas entre los tres.

Los guturales gritos de dolor de Alexis jamás se borrarán de mi memoria, pero lo realmente terrorífico es cuando mi amigo deja de gritar y lo único que puedo oír son los impactos de las botas contra su cuerpo.

3

Marcelo Salas
Diciembre 2058
Santiago de Chile – Galatea

Fue en mi cuarto viaje a Chipre cuando conocí a Larissa.

Era una soleada mañana de comienzos de verano, y me encontraba embarcando en un avión con destino Anamur. Tras una intensa noche de juerga en Vitacura con el liante de mi colega Rodolfo, mi resaca era monumental. Apestaba a alcohol, me encontraba somnoliento y, sobre todo, llevaba un humor de perros por haber malgastado mis últimas horas en atiborrarme de vasos de piscola en vez de preparar mi reunión con el departamento de energía de CypEx.

—Estás ocupando mi asiento —le solté de manera poco educada mientras me levantaba las gafas de sol.

Cuando ella levantó la mirada, me arrepentí instantáneamente de mis modales, o más bien de mi falta de ellos. En el asiento 14J se hallaba un ángel caído del cielo que me miraba con los ojos más bellos que había visto nunca. Eran negros y brillantes, aunque no tanto como su ondulado pelo a la altura de los hombros. Su resplandeciente sonrisa de labios carnosos me dejó sin habla durante varios segundos.

—Verás... la verdad es que pensaba pedirte que me dejaras sentarme al lado de la ventana —me contestó—. Es la primera vez que voy a sobrevolar los Andes de día y me muero por verlos —hablaba en susurros con un marcado acento chipriota, lo cual contribuyó a aumentar mi sorpresa. Si me hubiera fijado antes en su espartana manera de vestir, habría deducido fácilmente su nacionalidad.

Después de unos interminables instantes, conseguí reaccionar.

—Los Andes están preciosos en esta época del año. No deberías perdértelo.

Ampliando incluso más su sonrisa, me dio las gracias y me indicó que me podía sentar a su lado ya que aquel era su asiento original. Sin más, se dedicó a mirar por la ventana, aunque de momento todo lo que podía ver era al personal del aeropuerto de Santiago cargando las maletas en el avión.

De acuerdo Marcelo, me dije a mi mismo. Tienes siete horas de vuelo para pensar en una estrategia para llevártela a la cama. Parecía haberme olvidado de un plumazo de la resaca y del estrés que me estaba produciendo la reunión del día siguiente hasta apenas unos segundos antes. No podía creer en mi suerte. No era la primera vez que me sentaba al lado de una chica encantadora en un avión, pero nunca de tal belleza, y sobre todo, nunca de Chipre. No era en absoluto común ver a chipriotas tan lejos de su país. Para salir del mismo, el Banco Puento les concedía una cantidad de dinero anual para que pudiesen viajar. Al ser una cantidad limitada, la mayoría de chipriotas solía escoger destinos cercanos y baratos. Era normal verlos pasear por las playas de Grecia y Croacia o incluso haciendo senderismo en Suiza, ¿pero Sudamérica? Era la primera vez que veía algo así. Me moría de ganas por conocer la historia detrás de mi explosiva compañera de viaje.

—¿Puedes ver el Aconcagua? —le pregunté mientras sobrevolábamos los Andes.

—Quizás, pero no sé cómo reconocerlo. ¿Quieres echar un vistazo?

—Me asomé a la ventana, para lo cual inevitablemente tuve que acercarme más a ella. Su perfume era sencillo y agradable.

—¿Ves aquellos dos picos que sobresalen sobre el resto de montañas? —le pregunté nervioso mientras los señalaba con el dedo.

—Sí, ¡se ven muy bien! —respondió con entusiasmo. Por suerte, no parecía dar señales de percatarse de mi alcohólico aliento.

—El más cercano es el Aconcagua.

—¿El que es más ancho?

—Eso es. El otro pico al fondo es el Tupungato, un volcán extinto

casi tan alto como el Aconcagua. Lo conozco muy bien porque mi abuelo murió escalándolo.

—Vaya, lo siento.

—No te preocupes, aquello ocurrió antes de que yo naciera. Aunque mi abuela me ha contado tantas historias tuyas que a veces siento como si lo hubiera conocido.

—Tienes suerte de mantener una abuela al menos. Todos mis abuelos murieron en la guerra.

—En la guerra con Turquía, supongo.

—¿Tan evidente es mi acento? —me preguntó riéndose despreocupadamente.

—Bueno, el acento chipriota me es bastante familiar. El tuyo no es muy fuerte, de todas formas.

—Eso es porque pertenezco a la llamada generación intermedia. Estaba en edad escolar cuando el nuevo sistema de educación fue implementado. Supongo que sabes que en ese sistema los niños tienen que aprender los cuatro idiomas oficiales. Yo ya tenía ocho años cuando empecé a aprenderlos así que no llegué a adquirir acento nativo en ninguno de ellos. Ahora soy profesora de primaria y doy mis clases en griego, inglés y español.

—¿Y qué pasa con el chino?

—Mi chino no es perfecto, pero los profesores, especialmente los de la generación intermedia, no tenemos por qué hablar los cuatro idiomas de forma nativa. Nos especializamos en tres de ellos y usamos un sistema de rotación para que los alumnos reciban sus clases en los cuatro idiomas.

—No se ven muchos chipriotas por aquí. ¿Tu aprendizaje del español tiene algo que ver con ello? —empezaba a sentir que le estaba sometiendo a un interrogatorio, pero sentía demasiada curiosidad.

—Sí y no —respondió sin dar señales de irritación. Más bien parecían divertirle mis preguntas—. Quería pasar mis vacaciones en Bolivia, pero con la paga vacacional que el gobierno nos asigna para viajar al extranjero apenas me llegaba para pagarme el billete. Por suerte conseguí doblar esa cantidad alegando motivos profesionales.

He pasado una semana increíble allí. Solo lamento no haber tenido más tiempo entre mis dos vuelos para visitar Santiago de Chile.

—Y de todos los sitios en los que se habla español... ¿por qué Bolivia?

—Es una buena pregunta... la verdad es que no sabría muy bien explicarlo, pero siempre me ha llamado la atención su cultura. Es de los pocos países sudamericanos donde todavía se pueden encontrar núcleos de población indígena.

—Tienes razón. Es una vergüenza lo que ha ocurrido en las últimas décadas con el resto de países de Sudamérica.

—La verdad es que es una pena que no se consiga compaginar el crecimiento económico con la preservación de la cultura y de la naturaleza. En Bolivia intentan evitar esta situación, lo cual es de agradecer, pero su exceso de proteccionismo da como resultado que la mitad de la población se muera de hambre. Es una de las cosas que más me ha sorprendido estos días. No tenía ni idea de que había tanta pobreza, especialmente después de oír tantas veces la increíble cantidad de recursos naturales que tienen.

—Supongo que te refieres al litio. Es una larga historia...

—Bueno, tenemos más de seis horas por delante —me contestó con una sonrisa—. Por cierto, me llamo Larissa.

Excelente, pensé. He conseguido romper el hielo. A partir de ahora, simplemente sé tú mismo. Cuando no me traicionaban los nervios, solía tener cierto éxito con las mujeres, que a menudo consideraban mis rasgos semi-indígenas atractivos. Mi abuelo materno, aparte de un famoso escalador peruano, había sido un estudioso de la civilización inca, cuya sangre aún corría por sus venas. De él heredé mis pequeños ojos oscuros y ligeramente rasgados, mi delgada nariz, mi abundante cabello negro que siempre peinaba hacia atrás con un buen chorro de gomina y mi piel tersa y dorada sobre la que apenas crecía una suave barba.

—Yo soy Marcelo. Encantado de conocerte, Larissa.

Y así le empecé a contar la historia del litio, la cual va muy unida a la historia de mi vida.

Mi padre era un hombre con suerte. Lejos de verse afectado por distracciones secundarias, únicamente tenía dos pasiones en su vida: su trabajo y su familia. Y además, era lo suficientemente inteligente como para saber combinarlas de una manera eficaz, lo cual no es nada fácil cuando eres el director de operaciones de la principal empresa de explotación e industrialización de litio de Chile.

No era nada raro que tuviese que pasarse el fin de semana completo trabajando, pero siempre lo hacía de una manera que pudiese pasar tiempo con su familia. Así, recuerdo aquellos domingos en los que se sentaba conmigo en el pequeño pupitre de mi habitación, yo haciendo mis deberes para el colegio y él estudiando informes para planear la siguiente jugada estratégica de su empresa. Y en muchas ocasiones, a su manera, compartiría sus dudas conmigo.

—Marcelo, tengo una idea. ¿Qué te parece si plantamos un limonero en el jardín? —me dijo una de esas tardes de domingo mientras yo estudiaba para mi examen de matemáticas de cuarto grado.

—Me parece bien, pero ya sabes que a Mamá no le gustan los limones.

—Bueno, tu madre no tiene por qué enterarse. De hecho, los limones no tienen ni por qué entrar en casa. ¿Sabes qué vamos a hacer?

—¿El qué, Papá? —le pregunté con curiosidad.

—Me he enterado de algo —me susurró bajando la voz—. Nuestro vecino Francisco se ha comprado una máquina que hace la mejor limonada de todo Santiago. Tienes que ver esa máquina, Marcelo. Dicen que su creador estaba tan orgulloso de ella que solo fabricó una y nunca ha dicho a nadie cómo lo hizo. Imagínate lo que tiene que haber costado...

—Seguro que Francisco puede pagarla. Tiene hasta un coche que conduce solo.

—Si, a Francisco le encantan las nuevas tecnologías. Pero tiene un gran problema —dijo mi padre bajando la voz más todavía—. Por lo visto su jardín está muy seco y no puede plantar limoneros. Por ello, está buscando urgentemente a alguien que le venda limones.

—¿Crees que nos podemos hacer ricos con un limonero, Papá?

—¡Desde luego, Marcelo! No sabes la cantidad de limones que Francisco va a querer comprar. Es posible que incluso tengamos que plantar más de uno.

—Vale, Papá, me has convencido. Déjame romper mi hucha para ver cuánto puedo pagar. Quiero comprarlo a medias contigo, ¿de acuerdo?

—No tan rápido, hijo. Antes tenemos que pensar en el futuro, no se pueden decidir compras tan importantes sin decidir cuál va a ser nuestra estrategia.

—¿Y cuál va a ser nuestra estrategia?

—Eso es lo que me tienes que ayudar a decidir, Marcelo. Imagínate que conseguimos mucho dinero vendiendo limones a Francisco. Tanto dinero que podrías comprarte una moto eléctrica, cuando tengas la edad para conducirla, claro. Estoy seguro de que Francisco vendrá un día a visitarnos y nos hará una oferta —mi padre hizo una pausa para comprobar que le seguía escuchando. Al ver mis ojos como platos, continuó—. Francisco nos dirá: *Os ofrezco las instrucciones para construir una máquina cómo la mía. A cambio, vosotros me daréis la mitad de la producción de vuestro limonero.* ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Hay que ponerse en la situación de Francisco —contesté recordando sus lecciones anteriores—. ¿Por qué querría darnos las instrucciones de su máquina? A lo mejor es que ya no vale tanto como antes.

—Al contrario, hijo. Lo que pasa es que hay tanta gente que quiere limonada que Francisco cree que un poco de competencia no le va a afectar para nada. Y así, consigue gran parte de sus limones de forma gratuita.

—Francisco me da mala espina. Seguro que intenta hacernos perder dinero.

—No hay que desconfiar tanto de las personas, Marcelo. Se trata de negociar de manera que las dos partes salgan beneficiadas. Yo sé que él va a ganar dinero con este trato, ahora tenemos que pensar en qué vamos a ganar nosotros.

—¿Podemos ganar dinero vendiendo limonada?

—Mucho. Bastante más que vendiendo limones.

Después de pensármelo unos instantes, le contesté:

—Creo que deberíamos aceptar su trato. Pero con dos condiciones.

—¿Cuáles son esas condiciones? —me preguntó mi padre muy serio.

—En primer lugar, tiene que pagarnos la construcción de la máquina. Si es la mejor máquina de la ciudad, tiene que ser muy cara. Y, en segundo lugar, hay que prohibirle vender limones fuera de Santiago. De lo contrario, conseguirá agotarnos los clientes y acabaremos arruinándonos.

Mi padre me miró con los ojos medio cerrados y el ceño fruncido, como hacía cuando se concentraba mucho en algo. Se mantuvo en silencio durante unos instantes interminables, hasta que al final me dio su veredicto.

—Francisco es un duro negociador. Pero es un excelente punto de partida, Marcelo. Creo que algún día se te va a dar muy bien esto de los negocios —dijo con una sonrisa orgullosa.

Me indicó que volviera a concentrarme en las matemáticas ya que él debía continuar estudiando sus papeles. Sin embargo, permaneció callado y pensativo, mirando al vacío durante largo rato, mientras yo me preguntaba entusiasmado cuándo iríamos a comprar ese limonero.

Mi padre trabajaba para YCL (Yacimientos Chilenos de Litio), un conglomerado de empresas producto de la gran fusión que se produjo después de que Chile nacionalizara las reservas de litio en 2040. Hasta entonces, la explotación y procesamiento del litio habían sido llevadas a cabo por varias empresas nacionales y extranjeras, pero llegó el momento en el que la importancia de este recurso era demasiado alta como para dejarlo en manos del mercado. La totalidad de empresas que en ese momento se dedicaban a la explotación fueron adquiridas por el estado y fusionadas en el gigante llamado YCL, que se convirtió en la empresa de extracción y procesado de litio más importante del mundo y la segunda empresa energética por tamaño, solo por detrás de la china Sipecorp, a la que pronto desbancaría.

En aquel año clave de la historia chilena, mi padre resultó estar en el momento adecuado en el lugar oportuno. Acababa de ser nombrado director ejecutivo de SQM (la empresa que llevaba extrayendo litio desde la licitación de 2012) después de la repentina muerte por accidente de tráfico de su antecesor. El nuevo puesto apenas le duró unos meses, ya que para finales de 2040 volvía a su antiguo puesto como director de operaciones. Pero esta vez su empresa ya no era SQM, sino YCL. Y en vez de tener a quinientos empleados a su cargo, ahora tenía a cinco mil.

Parecía mentira que, solo ocho años atrás, mi madre hubiera tenido que hacer horas extras en su enfermería para que la familia pudiera llegar a fin de mes. El meteórico ascenso social y económico de mi familia no era más que un reflejo de la situación del país. Gracias al boom en la demanda internacional de litio y al hecho de que esta demanda era cada vez más inelástica, comenzaron a llegar a Chile crecientes flujos de capital. Para evitar caer en los errores de la historia del salitre y posteriormente del cobre, el gobierno tomó como ejemplo la fórmula noruega de finales del siglo pasado, planeando un crecimiento sostenible basado en el litio del que todas las capas de la población se pudieran aprovechar.

Vivíamos no solo en uno de los países más ricos del mundo, sino también en uno de los más estables, seguros y felices. Junto con mis padres y cuatro hermanos, crecí en un chalet de seiscientos metros cuadrados en el exclusivo barrio de Las Lomas de la Dehesa. Mis hermanos mayores sí que llegaron a conocer tiempos más duros, pero por lo que a mí respecta, siempre pertenecemos a la clase alta. Estudiaba en el selecto colegio The Grange School; aprendía a jugar al golf los sábados por la mañana en el club Las Lomas; recibía tratamientos para el acné en la clínica Alemana; y alternaba vacaciones entre nuestra casita en la playa de Zapallar, nuestro apartamento en la nieve y viajes al extranjero. Incluso en cierta ocasión nos pudimos permitir visitar un parque nacional del Amazonas, algo que ya quedaba al alcance de muy pocos.

Por suerte, a mi padre nunca nadie le había regalado nada, y siempre intentó educar a sus hijos de manera que aprendieran el valor

del dinero. No tuve mi deseada moto eléctrica hasta que me la pude pagar con mi propio sueldo a los dieciséis años. Para ello, comencé a trabajar como auxiliar administrativo en las oficinas centrales de YCL en Santiago.

Para entonces, corría el año 2050 y mi país crecía a un ritmo desmesurado. La nacionalización del litio había traído como consecuencia el Acuerdo de Antofagasta, firmado con China en 2044. Este pacto fue el detonante de los eventos que catapultaron a Chile a los primeros puestos de las economías mundiales. China era el principal productor mundial de baterías de litio, tanto para el transporte como para telecomunicaciones, y sus reservas de casi tres millones de toneladas se acabarían agotando si solo hacían uso de sus recursos. Por ello, necesitaban urgentemente un exportador. Después de recibir un rotundo *No* de Bolivia, la opción más lógica era su vecino. Chile no tenía ni la tercera parte de litio que Bolivia, sin embargo su gobierno era mucho más receptivo, su litio de mayor calidad al contener menos magnesio y los costes de producción menores ya que el desierto de Atacama era la región más seca del mundo. Nunca se inundaba, por lo que allí la obtención de litio mediante evaporación era cosa de niños.

Mediante el Acuerdo de Antofagasta, YCL permitió que China, a través de su empresa estatal de energía Sipecorp, se apropiara de un 30% de las reservas nacionales de litio para hacer con ellas lo que quisieran. Esto molestó mucho a la oposición chilena, pero pronto tuvieron que retroceder en sus protestas. Los beneficios de dicho acuerdo eran incontestables: en primer lugar, China financiaría la creación de la Universidad del Litio, un macro complejo a las afueras de Santiago compuesto de edificios docentes y plantas industriales. Allí, ingenieros chinos adoctrinarían a miles de trabajadores de YCL en la consecución de productos derivados del litio, avalando la fabricación de los mismos. Chile resolvió de un plumazo el mayor problema que habíamos tenido en las últimas décadas. Ahora ya no solo sabíamos extraer y obtener compuestos básicos de litio, sino que también podíamos fabricar productos capaces de competir en los exigentes mercados internacionales. Los conocimientos que China había

recolectado cuidadosamente en las últimas décadas nos fueron desvelados de la noche a la mañana. En cuestión de meses, habíamos aterrizado directamente en la incipiente tercera generación de baterías, aquellas de litio-aire que podían almacenar con gran eficiencia la energía obtenida por plantas solares o eólicas. Gracias a estas baterías, las energías renovables por fin eran una alternativa competitiva, lo que multiplicó la importancia del litio como bien estratégico. Además, estas baterías tenían una gran potencia: una sola unidad de seis kilos podía dar una autonomía de más de mil kilómetros a un todoterreno de casi dos toneladas. Sipecorp fue la primera empresa en comercializarlas, y poco después YCL se convirtió en la segunda y última. Dado su asequible precio y su rapidez de carga, estas baterías fueron consideradas como el primer sustituto real del petróleo.

El Acuerdo de Antofagasta no acababa ahí, además incluía una relación interminable de cláusulas que especificaba aquellos territorios en los que China podía vender sus productos y aquellos en los que quedaba prohibido. De esta manera, el mercado mundial del litio quedaba dividido prácticamente entre dos países. A grandes rasgos, China vendería sus productos en la región Asia-Pacífico y África, mientras que Chile los comercializaría en el resto del mundo.

La relación entre los dos socios era excelente y ambos cuidaban uno del otro más allá del terreno económico, ya que el bienestar del uno aseguraba el bienestar del otro. Ni siquiera cuando el FMI implementó el Plan Stark en 2045 esta relación sufrió daño alguno. Por un lado no estaba en el interés de ninguno de los dos que el acuerdo se echara a perder, pero también es verdad que en aquel momento apenas habían contraído deudas el uno con el otro. Más bien, su trato se basaba en promesas que ambos deseaban cumplir escrupulosamente. Mientras la economía mundial se resquebrajaba tras la Larga Depresión y las relaciones diplomáticas de la mayoría de los países eran puestas a prueba a consecuencia del Plan Stark, Chile y China disfrutaban ciegamente de su amor incondicional.

Las conexiones entre estos dos mundos tan diferentes aumentaron, de forma que Santiago se llenó en pocos años de estudiantes y trabajadores chinos que solían acomodarse en la misma zona de la

ciudad, dando lugar a un floreciente Chinatown chileno en lo que había sido anteriormente el barrio Meiggs. Del mismo modo, los vuelos a las grandes ciudades chinas desde Santiago aumentaron en un 700%. Aviones repletos de turistas, gente de negocios y algún que otro inmigrante abandonaban el aeropuerto de Pudahuel varias veces al día.

Gracias a los *chinodólares*, YCL crecía a un ritmo vertiginoso que incluso doblaba el ya de por sí frenético crecimiento nacional. Desde el punto de vista del empleado, era el lugar perfecto para labrarse una carrera de prestigio. Con un mínimo de sentido común y de profesionalidad, cualquiera podría llegar lejos. Pero si además tu padre era el director de operaciones y tus hermanos mayores ocupaban varios puestos de importancia, las posibilidades eran infinitas. Nunca brillé en el colegio, de hecho nunca llegué a saber si de verdad lo aprobé o fue la influencia de mi padre la que me dio el título escolar. Sin embargo, tenía una gran capacidad para establecer relaciones profesionales dentro de la empresa. Al principio fui tratado únicamente como el hijo enchufado de Germán Salas, pero pronto demostré que tenía un conocimiento del complejo funcionamiento de la empresa mucho más avanzado de lo que mi puesto indicaba. Hacer los deberes al lado de mi padre estaba dando sus frutos, y rápidamente pasé de ser un simple administrativo a desempeñar una posición más comercial reservada a aquellos que tenían un grado universitario. Por suerte, este puesto me permitió mantenerme en Santiago, sin tener que viajar apenas a aquellas ciudades provinciales del norte que se hallaban plagadas de mineros adinerados y sin educación que malgastaban su sueldo en alcohol y prostitutas.

Mis padres nunca me obligaron a entrar en la universidad, pero decidí compaginar mi trabajo con la carrera de Ingeniería Comercial en la PUC. Gran parte de la culpa la tenía mi por aquel entonces novia Zhongling. Me encontraba terriblemente enamorado y no podía soportar la idea de que ella y su familia se mudaran de vuelta a Shanghai cuando su padre finalizara el contrato con la Universidad del Litio. La PUC ofrecía un módulo especial de exportaciones asiáticas dentro de mi carrera, y eso me daría la oportunidad de seguir a mi novia a su país de origen. No tenía absolutamente ninguna duda de mi

disposición a arriesgar mi meteórica carrera por amor.

Sin embargo, las ideas de Zhongling eran diferentes. Más que mudarse conmigo a China, sus planes incluían más bien practicar sexo salvaje con el capitán del equipo de rugby en los baños de la universidad. Por lo visto, el iluminado capitán no solo se había olvidado de quitarse sus sucios calcetines antes de tirarse a mi novia, sino también de desconectar sus lentes. Tras la combinación equivocada de movimientos de cabeza y parpadeos, el lujurioso video de mi amada retozando y gimiendo apoyada en una taza de váter llena de grafitis acabó en la red y dio la vuelta a la universidad.

A raíz de eso, China perdió bastantes puestos en mi lista de países a los que mudarme. De hecho, ya no tenía absolutamente ninguna necesidad de irme a vivir a ningún sitio. En Chile tenía una familia que me amaba, unos amigos que me apoyaban y un trabajo que me entusiasmaba.

No llegué a acabar la carrera, pero mis conocimientos de exportaciones e idiomas me permitieron alcanzar un privilegiado puesto en el departamento internacional de YCL. Allí me especialicé en exportaciones a EMECA, lo cual básicamente significaba Chipre, ya que la antigua EMEA pintaba ya bastante poco en la economía internacional.

Chipre era una vuelta de tuerca a todo lo que había estudiado. Las normas de exportación eran completamente distintas, lo cual fue bastante confuso al principio, pero pronto comenzó a apasionarme.

En este pequeño país mediterráneo no había apenas vehículos, pero eso no significaba que no necesitaran litio. De hecho, cada vez demandaban más baterías de litio-aire para alimentar su ambicioso sistema de transporte público que comunicaba todos los puntos clave de la isla. Es más, a diferencia de muchos países, parecían hacer gran uso de aleaciones de litio en la construcción de trenes y otros medios de transporte. Por otro lado, apenas usaban productos electrónicos, así que la demanda de este tipo de baterías era muy reducida. También sorprendía la cantidad de litio que demandaban para la fabricación propia de lentes para telescopios. ¿A quién vendía Chipre tantos telescopios? Era una de aquellas preguntas que nadie en mi

departamento parecía saber responder.

Pero lo que hacía tan diferente mi nuevo trabajo era la manera de comerciar de Chipre. No es que no tuvieran dinero, es que allí no *existía* el dinero. ¿Qué podían ofrecer entonces que interesara a YCL?

Para el gobierno de Panos Kana no fue fácil descubrir que no podían ser completamente autosuficientes. Había bienes que deberían importar si querían construir el país que tenían en mente. Sin embargo, comerciar internacionalmente con dinero habría traicionado su sistema y su ideología. El Banco Puente fue únicamente creado para evitar un completo aislamiento del exterior y apoyar el turismo. Este banco tenía partidas extraordinarias dedicadas a emergencias, pero no solía usarse para el comercio regular.

Como solución al problema, el gobierno creó CypEx, un órgano enfocado al comercio internacional. CypEx era responsabilidad conjunta de las Oficinas de Exteriores y de Economía. Empleaba investigadores que trabajaban muy cerca de los embajadores y cónsules que Chipre tenía repartidos por el mundo. En primer lugar, su objetivo consistía en estudiar aquellos países a los que habían sido asignados, centrandose su investigación principalmente en las necesidades estratégicas de aquel país. Por ejemplo, ¿qué materia prima usaban más? ¿De dónde la obtenían? ¿Necesitaban conocimientos específicos? ¿Les hacía falta mano de obra cualificada? A continuación, indagaban la manera en la que Chipre podía satisfacer estas necesidades. Y, por último, se sentaban a negociar con los representantes de aquellos países o de sus empresas.

Rara vez estos acuerdos se negociaban de forma bilateral. Muchas veces era simplemente imposible que las dos partes alcanzaran un beneficio mutuo. Por ello, los agentes de CypEx repartidos por todo el mundo compartían la información mediante un repositorio a tiempo real, de forma que se pudieran descubrir potenciales acuerdos en los que más de dos partes estarían implicados. Hasta aquel momento, el pacto multilateral más sonado en mi empresa había tenido lugar en 2048. La segunda ampliación de Galatea acababa de ser aprobada con vistas a la recepción de inmigrantes en los próximos años, y Chipre buscaba desesperadamente materiales de construcción eficientes y no

contaminantes, algo que solo YCL podía ofrecer. Pero, ¿qué necesitaba Chile que pudiera ofrecer Chipre?

—Tenías que haberlos visto, Marcelo —me dijo Rodolfo Díez, que por entonces era mi gerente, refiriéndose a los dos agentes de CypEx con los que había trabajado durante aquellas negociaciones—. Más que hombres de negocios tenían toda la pinta de unos agentes de la CIA de las películas del siglo pasado. Con sus impolutos trajes grises, sus maletines a juego y su pelo engominado, parecía que estaban aquí para interrogarnos más que para negociar.

—¿No es eso contraproducente para su credibilidad?— le pregunté extrañado.

—Es solo una fachada, diría que hasta una especie de estrategia. La primera impresión te hace sentir abrumado, a la defensiva, incluso inferior. Pero en cuanto entran en tu edificio se convierten en gente encantadora. Ríete tú de todos los consultores que trabajan para nosotros chupándonos el culo; los agentes de CypEx realmente saben cómo ganarse la confianza de alguien. Si no supiera que era su trabajo, les habría invitado a pasar el fin de semana en mi casa de Zapallar. El hecho de que al principio hubiera desconfiado de ellos nos hacía bajar las defensas mucho más.

—Y cuando menos te lo esperas, te encuentras tomándote tu octavo pisco sour de la noche y contándoles todo cuanto sabes sobre tu empresa, tu trabajo, tu país y hasta tu mujer —intervino Javier, un inmigrante español que trabajaba en mi departamento.

—Así funcionan, bajo el lema *la información es poder* —continuó Rodolfo—. Son como una base de datos viviente y completamente actualizada de todo lo que ocurre en el mundo a nivel social, político y económico.

—No creo que esta estrategia les pueda durar mucho tiempo —repliqué— cuando se expanda el rumor de cómo funcionan, la gente se protegerá de ofrecerles información que puede ser usada para beneficio de otros.

—Bueno, de momento llevan funcionando así casi dos décadas —contestó Javier—. Aquí en YCL lo sabemos porque hemos tratado mucho con ellos, pero no todo el mundo es consciente de ello, y el

planeta está lleno de gobiernos y empresas a los que sobornar con información privilegiada.

—Además la información no es su única baza —añadió Rodolfo—. Llegó un momento en el que sus informes no fueron suficientes para satisfacer su demanda de litio. Y ahí fue cuando nos sorprendieron con... digamos que con aquella *intervención*.

—Todavía me acuerdo de tu cara al escuchar la propuesta del agente —dijo Javier riéndose—. No te hubieras sorprendido más si te hubieran dicho que Chile había ganado el mundial.

—Incluso ahora tengo problemas para explicar el trato con la simplicidad con la que me lo expuso aquel individuo —continuó Rodolfo ignorando la chanza futbolística—. ¿Cómo se llamaba el agente? Néstor, creo recordar, ¿cierto? —Javier asintió con la cabeza—. Aquel día, un martes cualquiera, se presenta en mi oficina sin consulta previa y me dice que tiene una propuesta importante para mí, y que no se le ocurre mejor manera de contármelo que mientras nos tomamos unos picorocos en el Mercado Central. De una manera o de otra, acabo aceptando.

—No sin antes pedirme que te acompañe para que controle lo que desembuchas —puntualizó Javier con sorna.

—Y sin siquiera esperar a que estemos sentados disfrutando de una temprana comida, el tal Néstor nos suelta la bomba. No me acuerdo de las palabras exactas, pero fue algo así como...

Rodolfo, quién nos iba a decir que la solución a nuestros problemas nos la ofrecería un viejo amigo mejicano. Realmente no debería estar contándote los detalles, pero sé que puedo confiar en ti, ¿verdad? Para saldar sus deudas con nuestro gobierno, nuestro amigo ha decidido obsequiarnos con la propiedad de su cadena de hoteles de lujo en la República Dominicana. No es que estemos interesados en este tipo de turismo, ya sabes que a los chipriotas no nos va esto del lujo, pero mira por donde conocía a alguien que podía estar interesado. Desde hace tiempo, el departamento financiero de una empresa farmacéutica americana de cierto prestigio está buscando diversificar su cartera, y nuestra oferta les ha parecido irrechazable. A cambio de la cadena hotelera hemos

obtenido un alto número de acciones de su empresa que hemos revendido satisfactoriamente al día siguiente, después de que subieran un cinco por ciento. Aun así, no nos atrevíamos a insultar vuestra inteligencia ofreciéndooos aquella cantidad que sé consideráis insuficiente por el suministro de litio que mi país pretende, y por ello adquirimos acciones de Goldberg Associates, el banco donde YCL destina mayor inversión a plazo fijo y con el cual nuestro presidente mantiene muy buenas relaciones. Por lo visto, las negociaciones de Goldberg con Cristina del Campo, vuestra directora financiera, no están yendo nada bien, y acaban de reducir los intereses de la totalidad de vuestros fondos, lo cual se traduce en una sustancial pérdida en los próximos años. En fin, iré al grano. Si me consigues una reunión con Cristina y con tu jefe, es posible que podamos intermediar en esta situación.

El jefe de Rodolfo era mi padre, quién aquella noche volvió a casa a las tantas y con un humor de perros. El que dormiría muy feliz aquella noche fue Panos Kana. Sus agentes le habían conseguido un acuerdo que permitiría a Chipre disponer de la materia prima necesaria para construir el sistema de transporte con el que tanto tiempo llevaba soñando. Galatea dejaría de ser un pequeño y moderno núcleo destinado a dar cobijo a la población chipriota en los años de posguerra. Esta jugada maestra le permitiría convertir a su ciudad en el motor económico de un nuevo sistema llamado a hacer historia.

—Vaya, nunca me había planteado cómo mi gobierno había construido aquella enorme ciudad partiendo de la nada —dijo Larissa, que hasta ahora había estado escuchando atentamente mi larga historia—. ¿Realmente negociaron con acciones?

—Eso es lo que me contó Rodolfo. Pero, para serte sincero, dudo mucho que el agente de CypEx le estuviera diciendo la verdad. ¿Por qué iba a darle tantos datos confidenciales? Hubiera bastado con comunicar que su gobierno podía intermediar en las negociaciones con Goldberg.

Larissa se quedó muda durante varios largos minutos, en los que se

dedicó a mirar por la ventana del avión a pesar de que lo único que veía era la inmensidad del océano Atlántico. Cuando comenzaba a pensar que había perdido el interés por la conversación, la retomó justo donde la habíamos dejado.

—Espero que tengas razón. Toda una generación está creciendo con las ideologías de Deligiannis y con la figura de Panos Kana repitiéndonos lo nocivo que puede llegar a ser el capitalismo. No sé muy bien que efecto tendría en la población el saber que el gobierno ha estado involucrado en algo tan opuesto a nuestras ideas como la inversión en bolsa.

Mostrar una postura en defensa del capitalismo habría reducido considerablemente mis opciones de acostarme con ella, así que intenté suavizar el tema.

—Pero tu país no vive en la ignorancia, todos sabéis que existe un Banco Puente y que funciona con dinero.

—Es distinto. El Banco Puente solo existe para no aislarnos del resto del mundo como han hecho las Islas Malvinas o Bután. La EBR necesita un nexo de unión con el exterior.

—Me alegro que apoyes a tu país y estés de acuerdo con las ideas de tu gobierno. Hoy en día esto es algo que se puede encontrar en muy pocos sitios.

—Tú me dirás por qué.

—¿Perdona? —su forma tan directa de hablar me había cogido por sorpresa.

—Estados Unidos, Japón, Europa... ¿Qué tienen en común todos los países afectados por la Larga Depresión?

—Supongo que te refieres a la revolución social que están sufriendo.

—Pero eso es más una consecuencia que una causa. Me refiero a que todos ellos tienen una larga tradición capitalista. La ley del más fuerte aplicada durante siglos en países con tanta población da como resultado una masa enorme de individuos pobres y descontentos.

—Está claro que el origen de los grandes problemas de estos países está en la desigualdad entre las capas sociales —le contesté. A estas alturas era inevitable evitar el debate—. Pero de ahí a afirmar que la

culpa es del sistema hay un trecho. Yo más bien lo atribuyo a la ineficacia y a la corrupción de las autoridades. Y eso no ocurre en todos los lados. Hay gobiernos que saben exactamente cuánto y cómo tienen que intervenir.

—Supongo que me vas a contar el ejemplo de tu país.

—¿Y por qué no? Aunque también están Uruguay o Brasil.

—Siento ser aguafiestas, Marcelo, pero en mi opinión, es una cuestión de tiempo. La economía de estos países no pintaba gran cosa a nivel mundial hace solo unas décadas. Por las circunstancias, sus economías han evolucionado más tarde que el resto, pero eso no significa que no llegarán al mismo punto. La codicia que este sistema genera se encargará de ello.

—Hablando de sistemas no evolucionados, ¿quién nos dice que la EBR que acaba de iniciar Chipre no fracasará también? —contesté, ligeramente ofendido por los malos augurios dirigidos hacia mi país.

—Es una buena pregunta —me respondió Larissa en tono conciliador—. Solo el tiempo lo dirá. Pero una vez escuchas los principios en los que se basa, no puedes negar que tiene mucho más sentido.

—Me sé la teoría muy bien, llevo varios años ya trabajando con Chipre. De hecho nunca he tenido nada en contra de vuestro sistema, pero me sorprende la radicalidad con la que los chipriotas lo defendéis, como si fuera imposible que hubiera otras alternativas.

—Estar convencida de algo no me convierte en radical —se defendió con calma—. De hecho, me encanta intercambiar puntos de vista con extranjeros para averiguar si eso me hace cuestionar mis ideas.

—¿Alguna vez ha ocurrido?

—De momento nadie lo ha conseguido. ¿Te gustaría ser el primero? —dijo de manera inesperadamente insinuadora. Lo acalorado de la discusión me había hecho olvidar mis propósitos iniciales con ella, así que este tono ligeramente sensual me cogió desprevenido—. Hagamos una prueba.

—¿Qué tipo de prueba? —conseguí balbucear.

—Me gustaría que me explicaras un concepto que el ciudadano

medio chipriota nunca llegará a entender.

—De acuerdo, suéltalo —dije, sintiéndome un tanto decepcionado. Mi subconsciente probablemente se había imaginado otro tipo de propuesta.

—¿Cómo es posible que los seres humanos lleguemos a asignar un valor a algo en función de su escasez y no en función de su utilidad? ¿Qué es lo que nos hace decidir que el oro, la plata, los diamantes... sean un símbolo de riqueza?

—Como tú has dicho, es la escasez lo que los hace tan preciados. Y no creo que esto sea algo antinatural, es simple teoría de la evolución. *Yo valgo más que tú porque puedo conseguir esto o aquello.* Es la versión humana de un pavo real mostrando los colores de su cola como ritual de apareamiento.

—Me esperaba esta respuesta.

—Siento decepcionarte... ¿no te parece lógico?

—Desde luego. Creo ciegamente en la teoría de la evolución.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—En Chipre creemos que la evolución debe continuar. El capitalismo, tan bien como llegó a funcionar en su momento, nos ha llevado de manera inevitable a la industrialización y en consecuencia a los problemas medioambientales. De seguir así, esto que tú llamas evolución acabará terminando con nosotros. ¿Qué crees que haría ese pavo real si descubriera que mostrar los colores de su cola le llevaría a la extinción? ¿No piensas que cambiaría la forma de llevar a cabo sus rituales de apareamiento?

—Lo que creo es que le estás dando demasiado crédito a la inteligencia de las aves. Probablemente se extinguirían.

—De acuerdo, pero nosotros no somos aves. Ha llegado el momento de dar un paso adelante y demostrar que la inteligencia que nos ha traído hasta este punto también es capaz de adaptarse a los tiempos.

—Pero... —su convicción me había dejado con pocos argumentos—. Creo que un capitalismo responsable es posible. El gobierno de Chile de verdad se preocupa por alcanzar un crecimiento sostenible.

—Y no lo pongo en duda, pero... ¿realmente son capaces de

controlar a las grandes empresas? ¿Y a los bancos? Por definición estas corporaciones buscan su propio beneficio, que conseguirán siempre al límite de lo legal. Si esto daña la sociedad o el medio ambiente, les importará un comino. Y en cuanto el gobierno cometa el primer desliz, será el principio del fin. Dame un solo ejemplo de economía capitalista que haya sobrevivido sin altercados durante más de un siglo seguido.

—Dame un solo ejemplo de EBR que haya sobrevivido sin altercados durante más de un siglo seguido.

—¡Eh, no puedes usar el mismo argumento dos veces! —me respondió entre risas.

—Entiéndeme, creo que tienes razón en muchos de tus planteamientos. De hecho me alegra ver que detrás de las enseñanzas de tu gobierno hay un razonamiento y que no os están simplemente lavando el cerebro. Pero para darte la razón al cien por cien deberías demostrarme que el sistema de tu país funciona a largo plazo. Y no creo que ni tú ni yo estemos aquí dentro de cien años para comprobarlo.

—Quién sabe, se dice que el estilo de vida chipriota aumenta la esperanza de vida en varios años —me respondió en tono de broma—. Pero mientras tanto, ¿por qué no darnos una oportunidad?

Con el tiempo descubrí que esta última pregunta no solo se refería a su país, sino también a nosotros dos.

Eran poco más de las diez y media de la noche cuando aterrizamos en Anamur. Desde que sobrevolamos el Aconcagua no habíamos dejado de hablar. Larissa era buena conversadora, divertida, curiosa y muy entusiasta. Le apasionaba la política internacional y aprovechaba cualquier ocasión para debatir sobre el tema, algo en lo que normalmente me acababa ganando por mi falta de conocimientos y experiencia. Siempre fui buen negociador, pero nunca me gustó demasiado meterme en asuntos de política.

Una vez depositados nuestros pesos chilenos y bolivianos en el Banco Puente, nos dirigimos a la terminal nacional para embarcar en el próximo vuelo a Lárnaca. A pesar de ser mi cuarta vez allí, me seguía

sorprendiendo la facilidad con la que los pasajeros se metían directamente en el primer avión disponible, sin necesidad de pasar por controles de seguridad o interminables esperas. Al fin y al cabo lo único que existía en Anamur era aquel enorme aeropuerto, además del Banco Puente. Nadie podría venir del exterior, a no ser que hubiera conseguido burlar las extremas medidas de seguridad que delimitaban la frontera con Turquía.

—En muestra de gratitud por tu caballerosidad, te cedo la ventana en nuestro segundo vuelo —bromeó Larissa mientras nos sentábamos en el avión.

—Muy amable. ¿Qué son los Andes comparados con la noche mediterránea? —bromeé—. Por cierto, para variar un poco, creo que en este vuelo deberíamos hablar de ti.

—Pero todavía no has terminado de contarme qué haces exactamente aquí, Marcelo. ¡Y eso que has tenido siete horas para hacerlo!

—Bueno, si te lo cuento todo hoy a lo mejor te dejo sin razones para que quieras verme otro día —no solo intentaba desviar la atención sobre los confidenciales motivos de mi visita, también quería medir mis opciones con ella.

—Buen intento —me contestó con una carcajada— ¿no será que veinte minutos no son suficientes para una historia de las tuyas? —en ese momento no sé qué me dolió más, si la falta de reacción a mi oferta o la insinuación de que hablaba demasiado.

—Ya sabes que no soy partidario de la desigualdad. Por ello, deberíamos repartirnos las historias: un vuelo para mí, otro para ti.

—Vaya, ¡eso es muy generoso! Gracias por dejarme el vuelo más corto, a lo mejor consigo terminar de contarte cómo me llamo —me respondió sarcásticamente.

—He aquí otra razón para que nos veamos otro día.

—Algo me dice que no te darás por vencido tan fácilmente —me dijo con una irresistible sonrisa—. Comprobemos antes tus dotes de escuchador.

Larissa acababa de cumplir veintiocho años, dos menos que yo. Había nacido en plena posguerra chipriota, y los mejores recuerdos de su infancia eran aquellos días en los que los aviones de ayuda internacional dejaban caer provisiones sobre Nicosia y lograba hacerse con una cesta de manzanas o una lata de lentejas para compartir con su hambrienta familia.

La pobreza fue desapareciendo poco a poco, tan despacio que daba la sensación de que los cambios eran más fruto de la casualidad que del trabajo del país. La comida dejó de escasear paulatinamente, los hospitales parecieron volver a su ritmo normal, las escuelas comenzaron a funcionar y la apertura de varios albergues permitió que nadie tuviera que dormir a la intemperie. Incluso la electricidad volvió a aparecer, aunque fuese en reducidas franjas de tiempo. El padre de Larissa consiguió trabajo en el sector agricultor, que en aquel periodo supuso la salvación de muchas familias chipriotas.

Esta moderada recuperación mantuvo la esperanza de la población chipriota durante los primeros años de posguerra, pero pronto la economía pareció estancarse de nuevo. Larissa nunca había conocido nada mejor que el albergue que daba alojamiento a su familia junto con otras doscientas personas, pero su padre solía quejarse a menudo. *¿Cuándo cojones piensa el Panoli reconstruir Nicosia? Mucho aeropuerto y muchas gilipolleces, a ver si se da cuenta de que lo que necesitamos es una puta casa.* Esta opinión no se limitaba a su padre. Muchos chipriotas comenzaban a cansarse de esperar la eternamente prometida reconstrucción del país.

Muchos se preguntan cómo consiguió Panos Kana ser reelegido en las elecciones de 2011. Todas las encuestas daban por ganador al líder de la oposición y había una sensación de descontento general con el actual gobierno, que parecía tomar el pelo al pueblo prometiéndoles la reconstrucción de Nicosia desde hacía años. Algunos dicen que las elecciones fueron amañadas, otros dicen que al fin y al cabo Kana era un hombre carismático y trabajador que demostró ser la opción acertada a largo plazo. Pero el caso es que Kana continuó como presidente, pudiendo finalizar los planes de reconstrucción que él y su equipo habían diseñado milimétricamente.

Poco pareció cambiar en los siguientes años, pero a comienzos de 2045, cuando las familias seguían sin ver ni rastro de sus prometidos hogares y seguían malviviendo en aquellos sucios albergues, el gobierno anunció a bombo y platillo que la reconstrucción que tanto tiempo llevaban esperando los chipriotas estaba a punto de ser completada. La confusión reinó durante varios días. Larissa nunca había visto a su padre tan furioso.

—Ahora sí que se están riendo de nosotros. ¿Reconstrucción dice? ¡Pero si la ciudad está más en ruinas que nunca! Como me encuentre al *Panoli* por la calle le voy a meter los restos de nuestra antigua casa por el...

—¡Christos! Te recuerdo que los niños están delante —la madre de Larissa no solo se refería a ella y sus hermanos, sino a los quince niños que miraban embobados aquel prehistórico televisor de plasma en la sala común del albergue.

—Los niños ya tienen una edad para saber que les están tomando el pelo. ¿Verdad, Larissa?

—A mí me gusta Panos, Papá. El otro día estuvo jugando con nosotros al fútbol y nos dio a todos bollos de chocolate. Dicen que gracias a él sabemos hablar inglés y español, y que pronto nos enseñará a hablar en chino.

—Otra idiotez que añadir a su lista de excentricidades. Dejarnos vivir entre ruinas, gastarse una millonada en terrenos inútiles en Egipto, en trenes innecesarios, en aeropuertos fuera de la isla, cargarse el sistema educativo... ¿y ahora quiere enseñar chino? Me pregunto qué será lo próximo.

Lo próximo fue anunciado unos días después. Panos Kana reunió a todo el país enfrente del televisor y en menos de diez minutos les explicó los planes que iban a cambiar miles de vidas.

Nicosia no sería reconstruida. En su lugar, sus habitantes, junto con los del resto de la isla, se mudarían a una nueva ciudad que acababa de ser levantada a unos treinta kilómetros al este de la capital, en la llanura de Mesaoria, un terreno que antes de la guerra había pertenecido a Turquía.

Cada familia tendría un hogar. Todas las viviendas habían sido diseñadas de igual manera, solo variando en tamaño para acomodarse al número de miembros de cada familia.

Todos los niños seguirían yendo a la escuela y los adultos mantendrían sus trabajos, aunque se anunciaban importantes reformas en el sistema laboral, algo que sería una simple continuación de las reformas que ya se estaban incorporando al sistema educativo.

Habría hospitales, residencias de la tercera edad, centros deportivos, parques, teatros y un eficiente sistema de transporte.

Habría una buena conexión entre Nicosia y Galatea, que así se llamaba aquella ciudad, para suavizar la transición y hacer la vida más fácil a aquellos que no podían dejar sus trabajos de la noche a la mañana.

Nadie está obligado a mudarse con nosotros a Galatea, añadió Kana para terminar su discurso. *Pero os invito a visitar la nueva ciudad durante las próximas semanas. Estoy seguro de que aquí vuestros sueños se harán realidad. Os prometo que la espera habrá merecido la pena.*

Larissa, sus padres y sus dos hermanas mayores visitaron Galatea con escepticismo y resignación. Sin embargo, como muchas otras familias, quedaron extasiados por su grandiosidad. Todavía sin poder creérselo, se instalaron en aquel moderno piso del anillo D, que, por aquel entonces, era el único cuyos edificios no estaban todavía huecos a la espera de módulos de viviendas que los completaran. Christos, su padre, continuó dedicándose a la agricultura y pronto dejó de quejarse tanto. Su madre encontró trabajo como profesora después de casi veinte años sin ejercer la profesión. Larissa, que siempre había pensado que tendría que comenzar a trabajar en el campo al cumplir los trece años, pudo seguir estudiando y perfeccionando sus idiomas. Algún día sería profesora como su madre.

Por primera vez en su vida, Larissa disfrutaba de una vida que antes solo había visto en las películas. Su familia nunca pasaba hambre, incluso ganaban lo suficiente como para permitirse lujos como salir a cenar a un restaurante de vez en cuando, ir al cine o pasar algún fin de semana en la playa.

Y cuando todo parecía ir sobre ruedas para su familia y para todas

las demás familias que Larissa conocía, las cosas amenazaron con cambiar de nuevo. Apenas unas semanas antes de las elecciones de noviembre de 2045, Panos Kana anunció que tenía algo importante que comunicar al pueblo.

—¿Alguna vez os habéis preguntado de dónde viene el nombre de Galatea? —así comenzó Kana su nuevo discurso. Esta vez Larissa no lo vio en la diminuta televisión de plasma de un ajetreado albergue, sino en la enorme pantalla de grafeno del ordenador central de su amplio piso—. Galatea era la estatua de una mujer de belleza abrumadora. Su creador fue Pigmalión, un rey que pensaba que nunca conocería a la mujer perfecta, y por ello decidió esculpirla él mismo. Pigmalión acabó por enamorarse de su estatua. Un día sintió el impulso de besarla, y al sentir la cálida piel de aquellos labios, se dio cuenta de que Galatea había cobrado vida. Ella se enamoró de él, y ambos vivieron felices para siempre.

Larissa miró a su padre confundida, pero éste se limitó a encoger los hombros. Hacía tiempo que ya no despotricaba de su presidente.

—Nuestra Galatea se asemeja a la estatua de Pigmalión por el esfuerzo y la pasión con la que fue creada. Sin embargo, esta ciudad todavía no ha cobrado vida. Y hoy os he reunido para anunciaros lo que hemos de emprender para que eso ocurra.

—¿Ha perdido la chaveta? —preguntó Larissa a su padre. Esta vez no recibió ningún tipo de respuesta. Su padre miraba la pantalla con gran expectación.

—Muchos de vosotros habréis oído hablar ya sobre el Plan Stark —continuó Kana—. El FMI está llevando a cabo una profunda reforma de los sistemas financieros en todo el mundo. Auditorías, cancelaciones de deuda, retirada del euro... En definitiva, grandes cambios, todos ellos destinados a devolver el bienestar a todas aquellas naciones devastadas por la Larga Depresión. Sin embargo, yo me pregunto: ¿Son estas medidas suficiente para alcanzar la tan ansiada igualdad? —Kana hizo una estudiada pausa, y a través de la pantalla de su salón Larissa pudo oír los murmullos de la multitud congregada en la Plaza Verde para escucharle—. Es cierto, no sería la primera vez que el capitalismo se reinventa para poder seguir adelante. A lo largo de la historia, los

países capitalistas han salido de una y otra crisis, y estoy seguro de que ésta no es una excepción. Sin embargo, ¿qué tipo de calma nos espera tras la tormenta? ¿Es ese *bienestar* que han anunciado a bombo y platillo algo de lo que todos disfrutaremos? ¿Y ha tenido en cuenta el FMI la sostenibilidad de su plan a largo plazo? Creo que, como dirigente de una masa de ciudadanos sensatos, me corresponde el deber de instaros a, en primer lugar, haceros esta pregunta y, en segundo, decidir por vosotros mismos si hemos de aceptar ser subyugados a un orden global del cual desconocemos sus consecuencias —siguió otra pausa en la que bebió un trago de agua y, por primera vez, se le notó algo nervioso.

—¡Ciudadanos de Chipre! —continuó, y a muchos oyentes se les erizó el pelo de la nunca tras esta repentina exaltación—. Yo os pregunto: ¿es esto lo que queréis? ¿Queréis resetear el sistema de manera que tarde o temprano volvamos a dónde estábamos? Yo os digo mi opinión: ¡No! ¡Basta de medias tintas! Tenemos un país maravilloso que nos ofrece todo lo que necesitamos. ¡Lo primero que hemos de hacer es cuidar de él! Y lo segundo, ¡disfrutar de él! No vamos a permitir que la avaricia acabe con la paz, la igualdad y la armonía que hemos alcanzado. Por ello, os propongo un paso hacia adelante. En breve recibiréis en vuestros hogares un programa con los avances que os proponemos y cómo afectarán a vuestras vidas. En las próximas elecciones, habréis de votar. Si queréis ser parte de un país especial, estaré encantado de dirigiros en esta aventura.

En apenas unos días, el programa electoral *Hacia la EBR de Chipre* fue repartido entre todos los hogares junto con copias gratuitas de *La Sombra del Cedro*, la obra principal de Deligiannis. El pueblo leyó ambos con incredulidad, y hasta el momento de las elecciones no se habló de otra cosa.

Larissa no recordaba que su entorno estuviera especialmente entusiasmado con la idea del cambio. En general, les parecía una ideología admirable, pero les había costado más de una década alcanzar un nivel de vida parecido al que tenían antes de la guerra y, como era de esperar, parecían reticentes a arriesgarlo todo para cumplir los sueños de un presidente megalómano que parecía creerse

el nuevo mesías.

Pero, al fin y al cabo, aquel presidente les había dado una casa y un trabajo. Ahora prometía darles una calidad de vida con la que nunca se habían atrevido a soñar. Quizá tuviera razones para creerse un mesías.

Kana volvió a alzarse con la victoria. Exultante, compareció ante todo el país para agradecer su confianza y anunciar la retirada del sistema monetario. Como sorpresa final, mostró a todos los ciudadanos la nueva bandera chipriota: sobre un fondo verde claro, una bola azul descansaba en el interior de una gran estrella blanca de seis puntas, tocando todos sus vértices interiores.

Y así fue como nació la EBR de Chipre.

Pasamos de la terminal de Lárnaca al tren de alta velocidad mientras miraba hipnotizado cómo Larissa contaba su historia. Había algo inesperadamente placentero en observar cómo gesticulaba con sus manos, cómo se mordía aquellos tiernos labios cuando intentaba recordar algo, cómo reía de manera contagiosa cuando imitaba a su padre... Podría haber seguido escuchando aquella historia durante horas.

Sin embargo, algo no me cuadraba.

—Un momento, Larissa —la interrumpí—. ¿Me estás diciendo que la EBR fue fundada después de la mudanza del pueblo chipriota a Galatea?

—Sí, así es. ¿Qué te parece tan extraño?

—No puedo concebir Galatea sin la EBR. Sus infraestructuras no están preparadas para acoger un sistema monetario.

—El capitalismo y Galatea solo coincidieron durante unos meses.

—Es cierto, pero, ¿cómo sabía Kana que esta situación sería temporal? Si el pueblo no le hubiese reelegido, ¿de qué habría servido todo ese gasto logístico? No me puedo imaginar que construyeran aquel complejo sistema subterráneo de distribución pensando que existía el riesgo de no usarlo.

—No sé, quizá lo construyeron más adelante.

Su respuesta no me convenció demasiado. Un sistema de distribución tan complejo no se construye de la noche a la mañana. Además, juraba haber oído historias de lo boquiabiertos que se quedaron los ciudadanos cuando empezaron a recibir alimentos gratuitos en su propia casa. Si no recordaba mal, estas historias databan de 2046, poco después de la fundación de la EBR. Nadie podría construir tal obra en tan poco tiempo.

Quise objetar, pero en ese momento el tren anunció su llegada a la estación central de Galatea.

—¿Dónde te hospedas? —me preguntó Larissa en cuanto comenzamos a andar juntos hacia la salida. A través del gran arco que formaba la fachada principal de la estación podía verse el sobrio parque Central. Pese a la humilde iluminación nocturna de la ciudad, la Plaza Verde se dejaba adivinar más allá de la doble fila de cipreses a ambos lados del parque.

—En los apartamentos para turistas del sector Suroeste del anillo F —contesté.

—Mi piso no está muy lejos de allí. Quizá debería aprovechar que estamos en invierno y no hace demasiado calor para ir dando un paseo. ¿Te apetece acompañarme?

En otras circunstancias, mi sentido común habría hecho acto de aparición. *Marcelo, mañana tienes una incómoda reunión con la cúpula de Chipre. No te has preparado bien, tienes cientos de hojas de documentación por leer y llevas noches sin dormir. Así que esto es lo que vas a hacer: vas a rechazar cortésmente la oferta de esta guapa señorita, te vas a ir en tranvía a tu apartamento, vas a dormir seis horas y te vas a levantar para estudiar tu reunión. Ya tendrás tiempo mañana para llamarla.*

Sin embargo, antes de que mi sentido común pudiera siquiera levantar la voz, ya me encontraba ofreciéndome para llevarle la maleta.

Caminamos por el parque Central hasta tomar la radial Maathai. Larissa me contó que, al igual que las otras cinco radiales, esta avenida debía su nombre a uno de los modelos a seguir que Deligiannis citaba en *La Sombra del Cedro*. Acto seguido, pasó a explicarme orgullosa que Galatea era considerada la ciudad más plana del mundo, algo que había que agradecer a la afición de Kana por las competiciones urbanas

de atletismo. Viendo mi entusiasmo por sus anécdotas, se animó a presumir de cómo los festivales de Galatea se basaban en el deporte y en el disfrute de la naturaleza, distando de ser una bacanal de alcohol, sexo, grasienta comida y ruidosos eventos, como en la mayoría de países que había visitado.

Me pregunté qué opinaría Larissa si me hubiera visto salir de fiesta la noche anterior, bebiendo vasos de piscola hasta apenas ser capaz de balbucear mi nombre. Sin embargo, para no meterme de nuevo en discusiones, cambié de tema inmediatamente.

—Si te digo la verdad, Larissa, no puedo hacer más que miraros con cierta envidia. Incluso en mi país, uno de los más desarrollados del mundo, sería impensable que una profesora pudiera permitirse tener en propiedad un piso en el centro de la ciudad, como lo tienes tú. Huelga decir que no podría permitirse unas vacaciones al otro lado del charco.

—Lo de la propiedad es un tema del que podríamos hablar largo y tendido... pero estamos llegando a mi casa y todavía no me has contado qué te ha traído a Chipre exactamente.

Otra vez la pregunta.

No solo eran motivos de confidencialidad los que me obligaban a ocultar las razones de mi visita.

De todos los patrióticos chipriotas que había conocido en los últimos años, Larissa era la más fervorosa. Creía en las ideologías de Deligiannis y en la dirección de Kana con un entusiasmo y una ilusión que rayaban el fanatismo. Si no fuera porque parecía una mujer tan íntegra como inteligente, la habría tomado por loca. El único momento de debilidad que había detectado en ella fue cuando la conté la estrategia que el agente de CypEx había usado años atrás para negociar con mi empresa. Larissa tuvo que abandonar la conversación unos minutos para recobrar la compostura, ya que la mera sospecha de que su país hubiera traicionado sus principios le había provocado pánico.

¿Cómo decirle que su país había vuelto a jugársela a mi gobierno?

—Te sorprendería saber —le dije muy serio mientras me detenía frente a ella y le cogía de la mano —que entre mis objetivos no se

encontraba descubrir a alguien tan sensacional como tú.

Larissa no me contestó, pero me miró fijamente con sus brillantes ojos negros. Su mano ya no solo yacía dentro de la mía, sino que también me agarraba con fuerza.

Y ahí fue, a unos metros del cruce entre el anillo F y la radial Filípides, con el cloqueo de los patos nadando por el canal circular y el suave aroma de los cedros chipriotas de fondo, donde la besé.

4

Lin Tang

Abril 2059

Shanghai – Guangzhou

Necesitaba un guardaespaldas.

Y, de entre todas las opciones, la feria de videojuegos de Shanghai parecía ser el lugar más apropiado para comenzar mi búsqueda.

Hacía tiempo que Shanghai se había convertido en un referente mundial en el sector de los videojuegos. Durante una semana, más de tres millones de visitantes de todo el mundo abarrotarían el enorme complejo que fue originalmente construido para la Expo de 2010. Este año se esperaba batir el record de asistencia debido al lanzamiento de la primera videoconsola de nueva generación, que perfeccionaba el control mental del videojuego. Se acabó llevar grandes cascos que interpretaban torpemente comandos de tu cerebro para hacer que tu personaje fuera a la izquierda o a la derecha. Según se anunciaba, con solo llevar unas cómodas gafas, los jugadores podrían meterse en el videojuego y tomar decisiones complejas dentro de escenarios hiperrealistas.

Además, los actores más populares del planeta comenzaban a formar parte de este mundo, ya que los sueldos eran mucho más tentadores que los que ofrecía la industria del cine. Por ello, no era de extrañar el furor que el lanzamiento de la nueva consola estaba causando entre todos los públicos. Este año, la feria se había visto invadida por cientos de miles de chicas adolescentes dispuestas a pagar un dineral por alcanzar el sueño de tener una cita virtual con su actor favorito.

Todo esto jugaba en mi contra: la atención de la prensa

internacional, cámaras por todas partes, máxima seguridad, un público disperso... Después de interminables paseos por el inmenso y atestado recinto ferial, bajo un sol implacable y una humedad agobiante, finalmente encontré un lugar que parecía prometedor: el pabellón de viejas generaciones de videoconsolas. Entre los usuarios tradicionales del mundo de los videojuegos tendría bastantes posibilidades de encontrar el tipo de protector que necesitaba.

Y, efectivamente, fue allí donde di con él.

Zuo Chan se hallaba mirando embobado cómo otro usuario jugaba a un videojuego de más de sesenta años llamado Duke Nukem. Le sobraban unos treinta kilos, su pelo largo y grasiento era probablemente la causa del horrible acné que rodeaba su mofletudo rostro, y llevaba una sudada camiseta negra con la inscripción en rojo *He venido a patear culos y mascar chicle... y se me ha acabado el chicle.*

Sonaba prometedor.

Yo tampoco era precisamente una belleza. A menudo me confundían con una niña de trece años por mi baja altura y extrema delgadez. Hubo un tiempo en el que solía llevar el pelo revuelto para disimular mis orejas de soplillo, mis ojos saltones y mi nariz respingona, pero ahora mostraba mi rostro con orgullo recogiendo mi pelo en una funcional coleta.

A pesar de ello, aquel gordito tenía pinta de no haber entablado una conversación con una chica en su vida, y pensé que un acercamiento normal podría intimidarle. Debía establecer una conexión con él desde el principio.

Busqué algo de información sobre aquel videojuego en mis lentes, y descubrí exultante que su protagonista solía decir varias frases que sus fans consideraban legendarias.

—Vaya, debes tener los cojones de acero —le dije acercándome a él con una sonrisa cómplice, intentando que la situación no resultase embarazosa.

El arco iris de emociones que reflejó su cara en los siguientes segundos no tuvo desperdicio: comenzó con sorpresa y desconfianza para dar paso a una risa nerviosa y por fin, lo que yo estaba buscando,

complicidad. Aun así, tardó unos segundos más en encontrar una respuesta ingeniosa.

—Saluda al rey, nena.

Era obvio, por su tono indeciso, que no acostumbraba a decir este tipo de frases a ninguna chica.

—¿Te apetece matar unos cuantos bastardos alienígenas? —le propuse.

—Let's rock —*Juguemos*, contestó.

¿Qué me había llevado a volar hasta Shanghai para sentarme a jugar a un horrible y anticuado videojuego con un bicho raro como Zuo Chan?

Recapitulemos.

Vivía en el país más poderoso de la Tierra, una nación henchida de orgullo tras haber recuperado su trono de primera potencia mundial, un puesto que no ocupaba desde los tiempos en los que el concepto de potencia mundial ni siquiera existía. Nuestra dinámica economía era el primer caballo de una carrera en la que muy pocos jinetes podían mantener el pulso, y nuestras grandes ciudades habían desbancado a las urbes occidentales como los principales centros financieros del planeta. *El centro del mundo* había vuelto.

Por desgracia, esta nueva época dorada se basaba en el abuso irresponsable de recursos naturales y en la desobediencia sistemática de las leyes y amenazas de la comunidad internacional por parte de un autoritario gobierno pseudocomunista.

En este escenario, ser una activista medioambiental no era una vida fácil.

Sin embargo, no somos nosotros los que elegimos la ocupación que nos hará felices. Algunos lo llaman vocación, yo prefiero pensar que cada persona nace con un objetivo en esta vida, y es la responsabilidad de cada uno elegir si va a escuchar lo que el destino le tiene reservado.

Hace tiempo que me enfrenté a esta decisión. ¿Debería iniciar una cómoda vida trabajando de ocho a nueve en una de las oficinas de la

empresa de mi padre, tal y como habían hecho mis tres hermanos mayores? ¿O debería hacer caso a mi conciencia y avanzar por el difícil camino por el que parecía querer llevarme?

Fue una nota de suicidio lo que me hizo decidirme.

Mi hermano mayor tenía treinta y cinco años cuando decidió que prefería alojar un combinado de ninfarina, alcohol y antidepresivos en su estómago antes que luchar contra la insignificancia e impotencia que poco a poco se habían adueñado de su vida. Eso sí, no sin antes dejar un enigmático mensaje encima de mi escritorio y desplomarse sobre el suelo de mi habitación mientras un vómito sangriento se extendía por mi alfombra, cubriendo lentamente los elementos de la tabla periódica dibujada en ella.

Nos vemos al final del túnel. No dejes que los farolillos te impidan disfrutar la oscuridad.

Ya nunca podría llamarle a medianoche, golpeando con los nudillos en la pared nuestro código secreto. Nadie vendría a encender la tenue luz del pasillo y poner fin a mis pesadillas, fruto de mi irracional miedo a la oscuridad.

Mis pesadillas se volvieron mucho más terroríficas y, a mis catorce años, no había nadie a quien me atreviera a confesar tan embarazoso miedo. Por ello, no tuve más remedio que hacer caso de su último consejo y acoger la oscuridad. Como dice el viejo proverbio, la mejor forma de vencer a tu enemigo es conocerlo. Solo así podría entenderle, perderle el respeto y deshacerme de él.

La terapia de choque que me autorreceté consistió en varios viajes nocturnos a Jigong Rock. Tras aquellas noches enteras de soledad en las entrañas de aquel oscuro bosque lleno de ruidos misteriosos, la oscuridad de mi habitación comenzó a parecerme un juego de niños.

Más adelante comprendí que mi hermano no solo se refería a mi miedo a la oscuridad. Gracias a él aprendí a no seguir siempre el camino más fácil, vencer mis miedos y operar fuera de mi zona de confort. Lo que nació como el simple seguimiento de un consejo, acabó como una obsesión por no acabar igual que el consejero.

Así fue como, cuatro años más tarde, a pesar de las rabiets y los

descalificativos de mis padres, salí de mi decadente provincia del interior de China para estudiar ciencias medioambientales en la universidad de Guangzhou, una de las ciudades más contaminadas del mundo. Un esperpento de treinta millones de habitantes que representaba mejor que nadie el monstruo en que se había convertido mi país.

Y fue allí donde me topé con el profesor Wenbo Jiantxi.

Su nombre no siempre había sido Wenbo. Hasta bien entrados los treinta, se hacía llamar Mats y se consideraba a sí mismo más alemán que chino. Sus padres eran los dueños de un exitoso restaurante en el floreciente barrio del puerto fluvial de Düsseldorf, una ciudad vibrante, segura y con un futuro prometedor a la que habían emigrado años atrás. Allí tenían un negocio sólido y un ambiente perfecto donde educar a su hijo, en contraste con la jungla de Pekín.

Y por lo menos así fue hasta que la Larga Depresión comenzó a afectar a Alemania. El restaurante de sus padres, que tantos beneficios había reportado en los últimos treinta años, comenzaba a mostrar signos de debilidad. Los alemanes no estaban acostumbrados a vivir bajo la amenaza real de una crisis económica, y su primera reacción después del desastre francés fue la prudencia. Demasiada prudencia. La forma tan repentina en la que dejaron de consumir fue el desencadenante de una recesión sin precedentes en las últimas décadas. Miles de pequeños negocios protagonizaron una cadena de suspensiones de pagos que acabó afectando a varias grandes multinacionales alemanas de consumo, lo que tuvo un efecto devastador. El paro incrementó hasta niveles nunca vistos desde antes de la segunda guerra mundial y la deuda comenzó a ahogar a los ayuntamientos, lo cual afectó al aspecto del país. Décadas atrás, las ciudades alemanas eran un modelo de eficiencia, modernidad e innovación. Ahora, pasear un miércoles por la mañana por la Königsallee, la otrora avenida más rica de Düsseldorf, era como visitar un vertedero poblado de locales cerrados, edificios desmantelados, vagabundos, drogadictos y prostitutas. La confirmación de que ésta se

había convertido en la peor crisis desde la posguerra llegó cuando los gigantes del sector del automóvil y las grandes empresas de la tradicionalmente fuerte industria alemana se convirtieron en las últimas piezas del dominó en caer.

En primavera de 2042, ocurrió lo inevitable: los padres de Mats tuvieron que cerrar el restaurante. Decidieron volver a Pekín y comenzar de nuevo algún negocio que, dada la saludable situación económica de su país, tenía muchas posibilidades de salir bien.

Con un sentimiento de pertenencia a Europa mayor que el de sus padres, Mats era reacio a abandonar su país. Al fin y al cabo, trabajar para la ONU le daba una mayor seguridad económica y las crecientes tensiones no hacían más que reavivar su deseo de marcar la diferencia.

Mats amaba su trabajo. Era una pieza clave del equipo que coordinaba las negociaciones sobre el cambio climático entre los países desarrollados y los del tercer mundo, lo que le daba la oportunidad de ayudar al más débil. Su lema se basaba en las creencias de Gandhi. *Sé el cambio que quieres ver en el mundo.*

Sin embargo, una tragedia familiar le hizo cambiar de opinión.

Su padre había abierto un pequeño restaurante de comida rápida alemana en Pekín. La experiencia les había enseñado a diversificar los ingresos del hogar, y por ello la madre de Mats comenzó a trabajar en la cantina de una fábrica de productos químicos. Una fuga de gas amoníaco, causada por un defecto en la válvula del camión cisterna que lo transportaba, acabó súbitamente con su vida y la de otras veinte personas en 2044. Sumido en una profunda depresión, su padre no tuvo la fuerza suficiente para luchar contra el cáncer de pulmón que le habían diagnosticado apenas unos meses después de mudarse a China.

Una vez recuperado del doble shock, Mats comenzó a reflexionar sobre las causas que habían destrozado su familia de un plumazo. Sus padres habían dejado un país decadente en busca de una vida mejor, pero habían durado lo mismo que un pez de agua dulce en el mar. ¿Qué estaba ocurriendo en China? Una llama se había encendido en su espíritu luchador, y sus posteriores investigaciones la avivaron de tal manera que acabó tomando una decisión que cambiaría su vida.

No era suficiente luchar contra el sistema desde su posición. Ser

ciudadano chino le daba la oportunidad de luchar contra este problema desde el país que menos hacía por solucionarlo. Los efectos de la industrialización y del cambio climático cada vez hacían la vida de más personas miserable, y China no tenía ninguna intención de dejar de pisar el acelerador por las protestas de unos cuantos paisillos en crisis que no lo hicieron cuando tuvieron la oportunidad.

Por ello, Mats se convirtió en Wenbo, el nombre original que sus padres le habían dado, y se mudó a Guangzhou, donde comenzó a dar clases en la universidad. Esto le permitió obtener la tapadera perfecta para fundar la organización activista Zhēnlǐ zhī dào.

A decir verdad, yo nunca le busqué a él, sino que más bien fue al contrario.

En una de sus clases sobre la industria de los hidrocarburos, el profesor Wenbo Jiangxi dejó caer, como quien no quiere la cosa, el peliagudo tema del paraxileno. Este material, usado desde hacía décadas para la fabricación de botellas de plástico y poliéster para la ropa, generaba una gran controversia por su más que comprobada toxicidad.

El gigante de propiedad estatal CNPC había construido una refinería de paraxileno en 2018 a unos 30 kilómetros de Kunming, a pesar de las multitudinarias manifestaciones y la gran presión mediática que las organizaciones activistas levantaron (por entonces, manifestarse en contra de decisiones gubernamentales no acarrea grandes consecuencias). Ignorando las protestas, CNPC acabó convirtiéndose en el mayor productor de este compuesto químico, con una decena de fábricas a lo largo y ancho del territorio chino. Ya que la demanda seguía creciendo, el plan era continuar con la producción y aumentar el número de refinerías. Todo ello con el apoyo del gobierno, que se empeñaba en negar absurdamente la toxicidad real de este hidrocarburo. Ellos mismos parecieron ser los primeros sorprendidos cuando miles de muertes por cáncer abdominal se produjeron en el área de Kunming a lo largo de los años posteriores a la construcción de la primera fábrica.

Para cualquier persona con un mínimo de curiosidad y sentido común, estaba claro que las muertes de Kunming tenían mucho que ver con su refinería de paraxileno. No había muchas personas así en China, pero si querías encontrarlas, la universidad de ciencias ambientales de Guangzhou sería uno de los sitios donde empezarías a buscar. ¿Era casualidad que, de entre todos los compuestos, el profesor hubiera elegido el paraxileno como ejemplo para explicar los hidrocarburos?

Algo me decía que Wenbo Jiangxi había dado el escabroso primer paso, y ahora estaba esperando que alguien le respondiera. Y yo estaba dispuesta a hacerlo.

Mi acercamiento debería ser tan sutil y ambiguo como su cebo inicial. Una demostración demasiado obvia de mis ideas podría resultar en desastre. Nunca se sabe quién estaría al acecho, o incluso si el mismo Jiangxi no sería un agente del gobierno encubierto y puesto en la universidad precisamente para frenar a gente como yo.

Cada tres semanas teníamos que entregar una investigación sobre uno de los contenidos de la lección en curso. Llevar a cabo una investigación sobre el paraxileno habría sido demasiado obvio, pero tenía muchas más opciones. Solo necesitaba buscar un compuesto de la misma naturaleza que estuviera sujeto a sospechas de algún tipo. Dado el número de escándalos encubiertos en el marco de la industrialización en China durante los últimos años, estaba segura de que no me costaría demasiado.

Y estaba en lo cierto. Solo tuve que usar mi acceso a mi servidor habitual de noticias ubicado en Singapur para encontrar un ejemplo de ello. En 2005 y en 2030 se habían producido explosiones en plantas petroquímicas en Jilin y Chongqing, respectivamente, que habían liberado grandes cantidades de benceno y nitrobenceno, produciendo decenas de muertos y heridos. Era un acercamiento tímido, pero no quería correr demasiados riesgos en mi primer intento. Si el profesor Jiangxi realmente me estaba buscando, así era como me encontraría.

Nunca se me hizo tan larga la espera para la corrección de un artículo. Cuando una semana después aparecieron nuestros trabajos corregidos en la pantalla de nuestros pupitres, abrí el documento con ansia buscando algún tipo de señal.

Nada. Un sobresaliente, como era habitual, pero el profesor no me había dejado ninguna pista.

Ante la falta de respuesta, comencé a olvidarme del tema y a centrarme en mis propias investigaciones.

Pero durante los exámenes finales de mi segundo curso de universidad ocurrió algo inesperado. Cuando casi doscientos alumnos acudieron al examen de química aplicada, observaron sorprendidos que el examen se realizaría en papel en vez de en pantalla.

Si China había tomado alguna buena decisión medioambiental, esa era la de restringir el uso del papel en oficinas, escuelas y universidades. Debido a las sequías que asolaban varios puntos de la Tierra y al incremento de la temperatura en casi dos grados en las últimas décadas, los incendios habían devastado una gran parte de la selva tropical. Países del Sudeste Asiático, Indonesia y norte de Sudamérica, que una vez habían sido apodados como los pulmones de la Tierra, comenzaban a parecer más un desierto que otra cosa. Esto afectaba directamente a China, cuyas importaciones de papel procedían principalmente de Vietnam y Laos. Por ello, habría sido contraproducente no tomar esta decisión.

Después de la incredulidad inicial, comencé a contestar las preguntas del examen cuando me di cuenta de la razón de esta irregularidad. La última pregunta del examen decía algo así: *Explica las reacciones que podrían esperarse al mezclar paraxileno con nitrobenceno, con una molaridad de 20,15 mol/m³, una presión de 13,06 atm y a una temperatura de 23°C.*

El profesor Wenbo Jiangxi había usado el papel para dejarme un mensaje sin correr riesgos de ser descubierto. Solo yo había recibido esta pregunta que, desde el punto de vista químico, no tenía demasiado sentido. Tenía que significar algo más...

Tras darle varias vueltas, llegué a la conclusión de que el mensaje contenía instrucciones para un encuentro. Deduje que el profesor Jiangxi quería reunirse conmigo en algún sitio que los dos conociéramos. Y este lugar tenía muchas probabilidades de ser el laboratorio que se encontraba en la sección C de la planta 23 de nuestro edificio, a las 20:15 del día 13 de junio, que era, precisamente, aquel día.

El profesor se hallaba corrigiendo exámenes en la mesa del laboratorio cuando entré.

—¿Puedo ayudarle en algo? —me preguntó, aparentemente sorprendido por mi presencia. Desde cerca pude apreciar cómo sus pobladas cejas caían sobre sus ojos, dándole un aspecto gruñón.

—Precisamente yo le iba a hacer la misma pregunta.

—¿Y para qué querría yo su ayuda?

Permanecimos en silencio unos segundos, mirándonos el uno al otro. Ya había arriesgado demasiado y esperaba que fuera él quien diera el siguiente paso. Cuando vi que no pensaba añadir nada, me di la vuelta decepcionada y me dispuse a marcharme.

—Espere —le oí musitar cuando estaba a punto de salir del laboratorio. Al darme la vuelta vi cómo avanzaba hacia mí—. Su artículo sobre el nitrobenceno es excelente. Estoy seguro de que, si se lo enviara a varias revistas de investigación, mostrarían un gran interés por publicarlo.

No pude evitar mostrar una mueca de horror. La publicación de un artículo así llamaría la atención del gobierno y podría traerme más de un problema.

—Sería un orgullo para mí —le contesté, tratando de ocultar el miedo. Debía actuar como si de verdad creyera que no había nada sospechoso en mi artículo, como si fuera una tonta estudiante que había elegido el compuesto equivocado para uno de sus trabajos.

El profesor me miró fijamente durante unos instantes y entonces soltó una carcajada.

—No se preocupe, no vamos a publicar nada —dijo con una sonrisa que cambió la expresión de su rostro por completo—. En su lugar, vayamos a mi despacho a tomar un té. Quizá así pueda recuperar el color de su cara. Oh, y ya podemos dejarnos de juegos cobardes.

Al parecer, yo no era la primera persona que Wenbo Jiantxi reclutaba.

—Zhēnlǐ zhī dào —dijo el profesor mientras me servía una taza de

té oolong, mi favorito—. Así se llama nuestra organización —*El camino hacia la verdad*.

—¿Cuál es su objetivo? —pregunté.

—Lin, ¿cuál es para ti la fuente de todos los problemas medioambientales? —contestó Wenbo ignorando mi pregunta. Supuse que él también querría conocerme un poco más antes de revelar demasiada información.

—Supongo que podemos remontarnos a la revolución industrial —respondí—. Su evolución es la culpable de los efectos del cambio climático que están arrasando con la región pacífica, de las muertes por cáncer que se están multiplicando exponencialmente en todo el mundo, de que cientos de especies animales y vegetales desaparezcan cada año o de que los recursos clave para la humanidad estén dando claras señales de agotamiento.

—No puedo decir que no tengas razón, pero no es eso a lo que me refiero. ¿No te sorprende cómo, en vez de unirnos para hacer frente a la adversidad, los humanos nos empeñamos en crearnos problemas los unos a los otros? Fíjate en Norteamérica o Europa, zonas que décadas atrás fueron los puntales de la economía mundial. La brecha entre ricos y pobres es ya tan amplia que la situación es irreversible, y la tensión acumulada por los conflictos continuos podría explotar cualquier día. ¿Y qué me dices de Oriente Medio y África? Ambos envueltos en la pobreza, las guerras civiles y la crueldad de dictaduras despiadadas, por supuesto ignoradas por el resto del mundo. Uno pensaría que los países ricos tratarían de intervenir, pero... ¿qué pasa con Sudamérica? Chile y compañía siguen a su bola, disfrutando del boom del litio y dejándose llevar por el momento, en la creencia de que en algún momento ellos tendrán que disfrutar de lo que se les ha negado durante décadas.

Me limité a asentir mientras Wenbo hablaba, aunque no tenía muy claro a dónde quería llegar.

—¿Y qué hace China mientras tanto? —continuó—. Uno esperaría un poco de cordura y responsabilidad de la primera superpotencia. Sin embargo, actuamos como si el resto del planeta no existiese. La política medioambiental brilla por su ausencia y la violación de derechos

humanos es una constante ante la que nadie se atreve a plantar cara. Es cierto que desde dentro del país surgen movimientos activistas desde la clandestinidad, pero cualquier protesta ante una política gubernamental es respondida con penas de cárcel en el mejor de los casos. De acuerdo, la libertad de expresión nunca ha sido el punto fuerte de nuestro país, pero unida a la ausencia de privacidad de los últimos años, da como resultado un pueblo dócil y atemorizado de sus líderes.

El profesor se había dejado llevar por sus palabras y había subido su tono de voz, mostrando una gran indignación. Me parecía increíble oír hablar a alguien así, sin miedo a las consecuencias.

—Hubo un tiempo en el que la tecnología al alcance de los ciudadanos ofrecía la posibilidad de sortear la censura—prosiguió—. La ignorancia era solo la opción de los cobardes. Sin embargo, hoy se requieren avanzados conocimientos informáticos para poder acceder a información de confianza de manera segura. Por ello, nuestro objetivo es hacer llegar la verdad a aquellos que no tienen medios para alcanzarla por sí mismos. No te voy a mentir, Lin. Serás más feliz si eliges el pasotismo, convirtiéndote en una más de esas billones de ratas que siguen ciegamente a un flautista loco y retorcido que las lleva poco a poco hacia el abismo.

—No he arriesgado mi libertad para acobardarme en el último momento.

—Vas a estar más sola de lo que piensas. En Zhēnlǐ zhī dào no trabajamos en grupo. Cada miembro se ocupa de sus investigaciones y solo nos reunimos una vez al mes, si es que consideramos que es necesario.

—¿Qué tipo de investigaciones?

—Solíamos tener abiertos varios frentes a la vez. Pero hace unas semanas descubrimos algo que nos paralizó de miedo. Desde entonces, todos nuestros esfuerzos se dirigen hacia ese tema.

—¿De qué se trata?

—Supongo que habrás oído hablar del Protocolo de Luanda, ¿no?

—Claro, se hizo famoso hace unos años por las eternas

negociaciones sobre el hidrato de metano.

Según el aquel pacto firmado en 2028, los países desarrollados habían llegado finalmente a un acuerdo para prohibir terminantemente la extracción y el procesado de hidrato de metano. Este gas, también llamado hielo inflamable, existía en grandes cantidades en los sedimentos arenosos al fondo del mar y en el permafrost: sus reservas fueron estimadas en el triple de la cantidad de recursos fósiles. Sin embargo, el uso de hidrato de metano como combustible suponía una de las peores pesadillas medioambientales. Solo su extracción liberaba tanto metano a la atmósfera que contribuiría treinta veces más al efecto invernadero que el petróleo y el carbón juntos. En un mundo que sufría las graves consecuencias del cambio climático desde hace décadas, que un país considerara el uso de este gas como fuente de energía era inadmisibile.

—Tenemos indicios de que el gobierno, a través de la empresa Sipecorp, ha comenzado a investigar técnicas de extracción de hidrato de metano en el mar de China Oriental.

—¡No puede ser verdad! —respondí sobresaltada.

¿En qué estaba pensando nuestro gobierno? Si el llamado *ciclo del metano* comenzaba, las consecuencias serían devastadoras. La liberación de metano a la atmósfera significaría el aumento imparable de temperaturas, lo que derretiría el permafrost y resultaría en la liberación de más metano todavía. Además, la filtración de aquella información sería catastrófica para el gobierno. China podría recibir duras sanciones y verse involucrada en grandes problemas diplomáticos. Quién sabe si algo peor...

—Te haré llegar más información al respecto. Supongo que no hace falta decir que es absolutamente confidencial.

—De... de acuerdo —balbuceé, todavía en shock por la noticia que acababa de recibir.

—Tu trabajo consistirá en reunir la mayor información posible sobre las intenciones de Sipecorp.

Durante los últimos minutos de nuestra reunión, Wenbo me explicó los detalles sobre cómo debería contactarle en caso de que encontrara

algo interesante.

—Ah, y una cosa más —dijo Wenbo cuando ya me estaba levantando para irme.

—¿Si?

—Si eres descubierta, Zhēnlǐ zhī dào no podrá defenderte. Deberás buscar a algún experto en tratamiento de información que pueda protegerte.

Zuo, aquel enorme y grasiento bicho raro de dudoso gusto al vestir y debilidad por los videojuegos del siglo XX, había estudiado informática en Hong Kong hacía varios años, y desde entonces estaba en el paro. Por ello, apenas salía de su agobiante sótano en el extrarradio de Guangzhou, el cual había equipado con todos los gadgets habidos y por haber.

Me llevó tiempo conocerle a fondo, pero una vez conseguido, descubrí que Zuo era una persona noble y de principios, con un sentido del humor bastante peculiar. Llegó un punto en el que ya no constituía un gran esfuerzo mantener una charla normal con él. Nos sentíamos a gusto en la presencia del otro, se puede decir que incluso estábamos forjando una amistad.

Sin embargo, todavía nos ocultábamos secretos. Él me respondía con evasivas cada vez que le preguntaba de dónde sacaba el dinero para todos sus gastos, mientras que yo todavía no le había revelado mi pertenencia a Zhēnlǐ zhī dào. Lo haría en el momento en el que descubriera que podía confiar en él definitivamente.

Aquel momento llegó un lluvioso día de verano. Zuo me propuso que nos encontráramos en su sótano, algo bastante inusual teniendo en cuenta que tanto su vida como nuestra relación tenían más sentido virtualmente que en la realidad.

Solía evitar salir de casa en días de lluvia para evitar el contacto con el agua contaminada, pero la curiosidad pudo más que la precaución. Sin dudar, me puse un enorme chubasquero amarillo y me dirigí hacia su pestilente sótano en la zona de Panyu.

—¿Recuerdas el fin de la guerra coreana? —me dijo nada más llegar. Este tipo de preguntas surgidas de la nada eran normales en él, así que no le di importancia.

—Solo era una niña cuando ocurrió —contesté.

—Pero supongo que sabrás cómo Corea del Sur inutilizó completamente los arcaicos sistemas de Corea del Norte, ¿verdad?

Conocía aquella historia. La tensión existente en los últimos cien años entre los dos países había desaparecido en un mes. En una guerra modélica, si es que ese concepto existe, Corea del Sur había ocupado sin violencia a su vecino del norte, liberando al pueblo de la tiránica y excéntrica dictadura hereditaria que había castigado al país durante casi un siglo. El mérito de esta misión no fue para el ejército surcoreano, sino para su equipo de expertos informáticos, que previamente había inutilizado todos los sistemas nucleares de Pyongyang. Este acontecimiento marcó un hito en la historia de los conflictos armados. Los ministerios de defensa de todos los países comenzaron a destinar gran cantidad de su presupuesto a seguridad informática, en detrimento de soldados, tanques o aviones de combate. Estos todavía existían, pero la tecnología que los gobernaba era mucho más importante. Hacía mucho más daño atacar a la fuente, como demostró la guerra coreana.

—Claro —respondí, sin saber muy bien por dónde quería Zuo llevar la conversación—. Durante unos días, la explosión de una guerra nuclear a escala mundial estuvo en manos de un puñado de hackers surcoreanos.

—No eran un puñado de hackers, Lin. Eran la élite mundial.

—Disculpa mi falta de respeto —respondí con sarcasmo.

—Sueles preguntarme a qué me dedico. Bien, pues mi objetivo es llegar a alcanzar ese nivel.

—¿Y de qué vives mientras tanto?

—Un trabajo normal nunca me llevará a alcanzar mis metas, por lo que debo autofinanciarme.

—¿Haciendo qué?

—Yo mismo me asigno mis pequeñas misiones. Y a veces participo

en operaciones conjuntas con colegas de profesión.

—¿Qué tipo de misiones?

—Hacemos de todo. Hay proyectos de índole ideológico, otros que pretenden ayudar a cierto sector de la población... y, en ocasiones, simplemente buscamos financiación.

Se podía decir que su ocupación y la mía no eran muy diferentes. Pero eso todavía no se lo podía contar.

—¿Me estáis diciendo que lo que hacéis para obtener fondos es ilegal?

—Ilegal, es posible. Dishonesto, no.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca robo a quien no se lo merezca. Sigo un código por el que solo puedo extraer dinero de aquellas personas o corporaciones que hayan conseguido su riqueza de manera inmoral. Las grandes empresas alimenticias o energéticas son mi presa favorita, pero tengo una larga lista. Y la mayor parte del dinero obtenido lo dono anónimamente a los más necesitados. No necesito grandes lujos, aparte de los que me permiten realizar mi trabajo.

Sin duda, era mi hombre.

—O sea, que eres una especie de Robin Hood moderno —le alabé.

—Prefiero que me compares con Nezumi Kozo. De hecho, ese es mi alias.

—¿Debería llamarte *Kozo* a partir de ahora?

—Solo cuando trabajemos juntos. Y de hecho, ésta es la razón por la que te he hecho venir hasta aquí.

Recostándose en su butaca, sin ofrecerme asiento ni esperar a que yo lo encontrara entre toda su chatarra, me enseñó en su monitor la imagen de un elegante señor de unos sesenta años saliendo de un banco acompañado de su mujer. La foto parecía tomada por una cámara callejera.

—Este es Lu Jing. Supongo que no necesitas detalles sobre las actividades en las que está envuelto.

No, no los necesitaba en absoluto. Lu Jing era una de las personas más investigadas por Zhēnlǐ zhī dào debido a que acababa de adquirir

una gran cantidad de acciones de Sipecorp, la empresa estatal que pretendía extraer hidrato de metano en el mar de China Oriental.

Jing también tenía su propia empresa, Zhonguacom, líder mundial en el sector de las tecnologías de comunicación. No solo era el principal proveedor de telecomunicaciones en China, sino también los fabricantes de todos los dispositivos necesarios para ello. Lu Jing siempre había destacado por su carácter innovador. En un sector que llevaba casi dos décadas estancado en el uso de guantes y gafas inteligentes, Zhonguacom había introducido en el mercado un sustituto revolucionario: las lentillas inteligentes, o lentes, como se les solía llamar.

Pocos años después, era casi inconcebible que alguien no estuviera en posesión de unas lentes. Este producto, similar a las antiguas gafas pero mucho más práctico y fácil de usar, había revolucionado no solo el mercado, sino también la sociedad. Todo comenzaba con el simple hecho de que nunca sabías cuando alguien tenía sus lentes puestas y en funcionamiento. Muchas veces era obvio: si veías algún individuo plantado en medio de la calle mirando al vacío con la boca medio abierta y haciendo extraños tics, no había duda: se trataba de alguien que se había perdido y estaba buscando su destino. Me pregunto qué pensaría alguien del siglo pasado si apareciera por arte de magia en medio de la calle Nanjing. ¿Creería que las generaciones del futuro han sido afectadas por algún gen defectuoso y han resultado ser todos deficientes mentales?

Estas eran inofensivas curiosidades comparadas con otras consecuencias. El uso de las lentes había traído consigo varios quebraderos de cabeza a nuestra sociedad: ¿Cómo evitarían los profesores que los estudiantes hicieran trampa en sus exámenes? ¿Cómo regularían las autoridades el uso de lentes durante la conducción? ¿Cómo sabríamos quien nos está fotografiando, filmando o analizando en cualquier momento? Estábamos perdiendo incluso algo tan básico como mirar a los demás a los ojos. La gente comenzaba a caminar e interactuar con la cabeza baja, como si tuvieran miedo de que los demás pensaran que les estaban grabando.

Sin embargo, el gobierno no iba a reconocer sus errores

ilegalizando un producto que su propia empresa había creado y que les reportaba grandes beneficios. Por ello, decidieron dar paso a un nuevo y lucrativo mercado que acabaría definitivamente con la privacidad y la libertad de los ciudadanos. Las empresas dedicadas a instalar sistemas de detección del uso de lentes hicieron su aparición y se convirtieron en la nueva gallina de los huevos de oro. Por supuesto, Zhonguacom era una de ellas.

No contentos con ello y para horror de la sociedad, las lentes supusieron además la excusa que el gobierno necesitaba para legalizar algo que llevaban décadas intentando: la implantación del CNI, o identidad corporal. Se acabó llevar el carnet de identidad en la cartera como desde hace décadas. Ahora, al cumplir los ocho años, todo ciudadano debía pasar por quirófano para que le implantaran esta especie de chip. El gobierno sabía exactamente donde te encontrabas en todo momento. ¿Qué tenía que ver esto con las lentes? En mi opinión, tanto como una bellota tiene que ver con la teoría de la relatividad. Pero argumentaban que, si dábamos ventajas a los criminales, debíamos contar con herramientas para protegernos de ellos.

China comenzó esta tendencia, pero a medida que las lentes se extendieron, todos los países comenzaron a implementar el CNI. Esto ocurrió a una velocidad tremenda, ya que todo aquel país que no lo hiciera pasaría a ser visto con recelo por la comunidad internacional.

Más allá de los escándalos y teorías conspiracionales que estos productos suscitaron, se encontraba otro tema del que no todo el mundo era consciente: su fabricación. Zhonguacom estaba en su derecho de proteger el secreto de la calidad de sus productos. Sin embargo, el aura de secretismo que los rodeaba estaba fuera de lo normal. Poco se conocía de las fábricas que poseían, los trabajadores que empleaban e incluso donde se encontraban. Pero yo sabía, gracias a Zhēnlǐ zhī dào, que había una más que sospechosa conexión geográfica entre los casos de cáncer de pulmón y las plantas químicas de siliceno y silicona que pertenecían a la empresa de Lu Jing.

Todavía no estaba convencida de revelarle a Zuo mi verdadera ocupación, así que preferí parecer ignorante:

—Por favor, ilumíname con tu sapiencia.

Para mi sorpresa, Zuo estaba mucho más informado que yo. Sus datos, aparentemente contrastados, no ponían ninguna duda sobre las prácticas totalmente ilegales y el pisoteo de derechos humanos de la empresa de Lu Jing. Después de su largo resumen, fue al grano con su petición:

—Ayer Lu Jing estuvo en Macao con su mujer abriendo varias cuentas en el Delta Hang Bank. De ahí es de donde he sacado la foto. He *trabajado* antes con este banco. Tengo acceso a su base de datos de clientes y no sería muy difícil manipular los movimientos de sus cuentas.

—¿Cómo puedes acceder sin que te descubran?

—Acceder no es el problema. Estoy protegido, siempre y cuando no realice ninguna transacción en la red.

—Pensé que dijiste que no te sería muy difícil manipular movimientos.

—No dije que me sería fácil a *mí*. Estaba hablando de nosotros. Aquí es donde entras tú.

—¿Qué puedo hacer yo? —pregunté, intentando ocultar mi emoción.

—Las cuentas están abiertas a nombre de la mujer de Lu Jing, supongo que para protegerse del riesgo que supone una compra de acciones tan grande. Por ello, necesito que te hagas pasar por su mujer.

—¿Cómo dices? —pregunté atónita. Hacerse pasar por alguien a día de hoy era algo prácticamente imposible que solo había visto en películas y videojuegos.

—Así es como conseguimos el dinero, Lin. Los tiempos en los que podías autofinanciarte desde tu propio sillón han pasado a la historia. La seguridad hoy en día es tan alta que toda operación que signifique intervenir una cuenta necesita también presencia física.

—Es decir, quieres que vaya a Macao.

—Eso es.

—De acuerdo, supongamos que puedo hacerme pasar por la señora Jing e ir al banco con documentación falsa para realizar la operación

necesaria. ¿Cómo vamos a evitar que reconozcan mi CNI?

—Ese es nuestro mayor reto. No es nada que no pueda hacerse, pero conlleva... ciertos riesgos.

—¿Qué tienes pensado?

—¿Has oído hablar del reemplazo de CNI?

—No, pero no suena muy bien —comenzaba a incomodarme el cariz que estaba tomando la conversación.

—Es una operación ilegal, pero conozco a un experto de confianza que puede llevarla a cabo. Como sabes, los chips están implantados en nuestra médula. Es posible introducirlos sin riesgo, pero, una vez que se adhieren a la médula, es complicado extraerlos sin dañarla.

—¿Me estas pidiendo que arriesgue mi vida por ayudarte?

—Los casos de muerte no son muy comunes. Pero se dan bastantes casos de paraplejia o tetraplejia.

—¿Cuál es la probabilidad?

—Un cincuenta por ciento. Pero solo para la operación de extracción. Introducir tu nuevo chip no conlleva prácticamente ningún riesgo. Y volveremos a cambiarlo en menos de un día, con lo cual no hay riesgo de que el nuevo chip se adhiera a tu médula.

—Oh, eso me hace sentir mucho mejor —contesté sin disimular mi desconfianza.

—Hay otra cosa —continuó Zuo sin inmutarse.

—Sorpréndeme.

—Tendremos un límite de tiempo para realizar la operación. No podemos correr el riesgo de que algún detector descubra que hay dos señoras Jing al mismo tiempo. Sabemos que la verdadera señora Jing tiene cita con su salón de belleza todos los viernes. Puedo conseguir ayuda para que alguien instale un dispositivo de anulación temporal de su CNI encima de su secador de pelo.

—¿Eso existe?

—Los secadores de pelo existen desde 1920.

—Me refiero al anulador del CNI, idiota.

—Ahora mismo estas debajo de uno. ¿Cómo crees que puedo hacer

todas mis operaciones?

—Vamos a ver, recapitulemos. ¿Me estás pidiendo que me someta a una peligrosa operación de médula, que me disfrace de una señora de cincuenta años, que vaya a Macao con un CNI falso y que retire una cantidad de dinero astronómica en su nombre?

—Técnicamente, lo que tienes que hacer es una transferencia.

—Perdona que me ría, Zuo, pero todo esto me parece surrealista. ¿Por qué iba a hacer todo eso?

—Creo que lo sabes perfectamente.

Me quedé unos instantes pensando que quería decir. ¿Podría Zuo saber algo de mi trabajo?

—Sé que estás enamorada de mí, Lin —soltó.

Un silencio incómodo se hizo a continuación. ¿Cómo se suponía que debía reaccionar?

—Es broma, Lin.

—Ah, vale... —conseguí balbucear mientras trataba de reírme.

—Creo que ha llegado el momento de que seas sincera conmigo —dijo entonces Zuo—. Sé a lo que te dedicas. Y sé que lo haces con pasión. Con la pasión suficiente como para hacerte amiga de un bicho raro como yo —detecté cierta debilidad en su voz al mencionarlo—, y espero que con el convencimiento necesario como para ayudarme.

—Siento no habértelo contado, Zuo. Pero no solo me ponía en riesgo a mí misma. Trabajo con un grupo de personas a los que no podía traicionar. Espero que lo entiendas y lo mantengas en secreto. ¿Cómo te has enterado?

—Esta pregunta me ofende más que el hecho de que me lo ocultaras. Cuando una chica como tú se acerca a alguien como yo, lo menos que puede generar son sospechas. Así que hice mis pequeñas indagaciones.

—¿Qué sabes?

—Tengo acceso a tu cuenta de correo electrónico de Zhēnlǐ zhī dào.

Dios mío, pensé. Si él puede acceder, ¿podría haberlo hecho alguien más?

Zuo pareció leer mis pensamientos.

—No deberías tener esta información en tu portátil. Ocultarla y protegerla con contraseña no es suficiente, necesitas un buen encriptador. Esto lo haremos ahora mismo. Pero déjame que siga. El proyecto del metano me interesa. No sé cómo conseguisteis toda esa información, pero parecéis ir por el buen camino. Yo te podría ayudar a contrastarla, y quizá juntos podríamos alcanzar algo interesante.

—¿Eres consciente del peligro que correríamos?

—Estoy acostumbrado. ¿Eres tu consciente del peligro de la operación de Macao?

No supe contestarle. En menos de cinco minutos nuestra relación había cambiado totalmente. Él sabía quién era yo. Y quería ayudarme. Me había propuesto una solución a mi gran problema sin yo preguntárselo. Pero claro, quería algo a cambio. La pregunta era, ¿merecía la pena arriesgar mi salud y mi libertad?

Qué narices, pensé. Qué activista de mierda sería si no estoy dispuesta a correr riesgos.

—Trato hecho —le dije—. Somos un equipo.

Y por ese día sería suficiente. Necesitaba digerir esta decisión, así que me despedí de él hasta el día siguiente. Antes de llegar a la puerta, me paré un momento y miré hacia atrás. Quería decirle de alguna manera que nuestra amistad era importante, que no solo buscaba su ayuda. Pero yo no era la mejor expresando sentimientos y él se solía sentir bastante incómodo hablando de temas personales, así que me volví a dar media vuelta y salí de su sótano. Una bocanada de aire fresco me azotó en la cara como cada vez que salía de allí, pero esta vez no sentí el alivio de las ocasiones anteriores.

Leah Patroklou
Febrero 2055
Galatea

“...lo que nos llevaría al tópico de si el dinero da la felicidad. Esta ilusión viene del error de conceptualizar la felicidad como un estado permanente en vez del sentimiento pasajero que realmente es. Al igual que un buen recuerdo, un delicioso bombón o el abrazo de una persona especial, una mejora financiera de cualquier tipo producirá una liberación de endorfinas en el individuo, las llamadas hormonas de la felicidad. Por desgracia, las endorfinas son una sustancia con una vida muy corta. Por ello, la prolongación de la felicidad se convierte en un trabajo constante. Personalmente, creo que es mucho más sencillo y satisfactorio buscar esta extensión a través de la vivencia de nuevas experiencias, del amor de los que nos rodean o del reconocimiento profesional, antes que buscarla a través de la superación constante del patrimonio personal.”

El sonido de las pisadas de Ioannis subiendo las escaleras de nuestro edificio como un ciclón interrumpió mi estudio de *La Sombra del Cedro*, una de las principales obras de Deligiannis y un manual básico para entender la ideología de la EBR. Acudí con una gran sonrisa a recibir a mi marido a la puerta de casa. Allí apareció, resoplando tras subir seis pisos a pie pero radiante de felicidad al verme.

—¿Cuándo llega Chris? —preguntó.

—Está con su amigo Mesut y su madre en el parque Kana. Iban a ir a una actuación de un grupo de payasos después del colegio. Llegarán

dentro de una hora.

—Hmmm, me pregunto qué podemos hacer tú y yo en una hora...

—Si es lo que estás pensando, además nos sobrarán cincuenta y cinco minutos para que me des un masaje —bromeé.

Cogiéndome en brazos, me llevó al dormitorio entre risas, besos y abrazos.

Ioannis y yo estábamos viviendo una segunda juventud. Hacíamos el amor como nunca lo habíamos hecho, con la pasión que brinda una relación renovada y prometedora mezclada con la experiencia y cariño que habíamos sembrado a lo largo de tantos años difíciles.

Desde que habíamos llegado a Chipre, todas nuestras preocupaciones nos parecían ridículas comparadas con el infierno que habíamos pasado los últimos tiempos en nuestro país. La EBR nos permitió convertirnos en una pequeña familia feliz con ilusionantes proyectos de futuro. Nuestro trabajo nos entusiasmaba y habíamos descubierto el valor del tiempo libre sin los agobios propios de un mundo que ya parecía olvidado.

Ioannis había comenzado a trabajar para la Agencia Espacial Chipriota (AEC). Quién le iba a decir años antes que su experiencia relámpago en la NASA iba a servir para que los dirigentes chipriotas se fijaran en él.

La AEC había nacido, como casi todas las inversiones importantes en este país, en el periodo previo al Plan Stark. Había sido uno de los puntales de la estrategia de Kana, que había sentado las bases de la que se convertiría años después en la principal agencia espacial del mundo. Los fondos que cubrieron los enormes gastos de tal proyecto fueron aportados en su gran mayoría por inversores privados rusos que estaban tradicionalmente vinculados al país y que tenían contactos en la agencia espacial rusa. Qué pasó con ellos cuando la deuda fue cancelada y por qué no se escucharon represalias era uno de los grandes misterios que nadie parecía lo más interesado en aclararme.

Otra de mis preguntas era para qué narices necesitaba la EBR una agencia espacial.

Chipre confiaba en su nuevo sistema económico como el método

único e infalible para alcanzar un desarrollo sostenible y respetuoso con el medio ambiente. Pero la realidad es que este pequeño país representaba menos de un 0,01% de la población mundial, y no eran tan ingenuos como para pensar que todos seguirían su ejemplo. Quizá con el tiempo, cuando el sistema chipriota demostrase su eficacia y el resto del mundo se viese envuelto en el inevitable caos que su irresponsable industrialización había provocado, algunos países se darían cuenta de que había que cambiar algo. Pero, ¿y si para entonces ya era demasiado tarde?

Por ello, la AEC nació con el ambicioso objetivo de buscar una alternativa a la vida en la Tierra. Era la primera vez que alguna agencia espacial investigaba algo así desde el estrepitoso fracaso del proyecto Red Colony. En 2028, una agencia privada holandesa había enviado ochenta personas a Marte con el objetivo de comenzar una nueva colonia. Billones de dólares habían sido invertidos en las infraestructuras que permitirían recrear la vida terrestre en un complejo de unos mil metros cuadrados habitables. Cientos de cámaras reproducían en la Tierra el día a día de aquellos que se habían atrevido a pasar el resto de sus vidas en otro planeta, como si fuera una especie de Gran Hermano. Al fin y al cabo, los promotores del proyecto no dejaban de ser una empresa privada en busca de beneficio. Sin embargo, el proyecto acabó en tragedia. Una intensa tormenta de polvo dañó los conductos de ventilación, provocando que todos los participantes murieran asfixiados delante de billones de espectadores. Esto no ayudó a convencer a la población terrestre de que la vida fuera de la Tierra fuese posible. Aquel fue el viaje espacial que quedó en la memoria de la población mundial durante décadas como el más lejano que la raza humana jamás había conseguido llevar a cabo.

La AEC no buscaba hacer ningún negocio. Sus investigaciones tenían un fin claro y preciso: averiguar si la colonización de otros mundos era posible.

La experiencia de Ioannis investigando metales que podrían aguantar gravedades extremas le vino como anillo al dedo, ya que la AEC tenía un departamento que se dedicaba exclusivamente a ello. Partían de la base de que, si algún día el ser humano decidía poblar

otro planeta, era muy probable que la gravedad del mismo fuese distinta a la nuestra. Esto significaba que las construcciones del mundo en el que vivimos quedarían completamente obsoletas. Uno de los principales supuestos en los que se basaban era una hipotética mudanza a la Luna, y el equipo de Ioannis estaba trabajando en el diseño de una ciudad lunar.

En teoría, su trabajo era confidencial y yo nunca debería haber sabido nada, pero por aquel entonces nuestro matrimonio no conocía secretos.

Se trataba de una ciudad construida sobre el fondo de un cráter lunar de unos treinta kilómetros de diámetro. Esto permitía ahorrar en materiales, ya que no era necesario construir las paredes de la cúpula sino únicamente el techo. En aquel momento, el equipo de Ioannis se encontraba inmerso en un estudio de las materias primas. Aparentemente, la superficie lunar era rica en acero, silicio, titanio, magnesio y aluminio. Estos materiales podrían usarse en la construcción, lo cual evitaría un costoso transporte desde la Tierra. El diseño de la ciudad también era parte de su trabajo. Llamaban la atención los espaciosos hogares, altas estancias, escaleras compuestas por anchos peldaños, barandillas por doquier... en definitiva, todo estaba diseñado para facilitar la adaptación a la baja gravedad.

Ioannis había conseguido un trabajo que era el sueño de cualquier ingeniero espacial, lo cual se reflejaba en su amplia sonrisa y en el brillo en sus ojos cuando volvía a casa cada tarde.

Chris también estaba encantado con su nueva vida, que consistía principalmente en acudir a la guardería por las mañanas y jugar con sus nuevos amigos por las tardes.

Pronto tendría edad para comenzar a ir al colegio. Por ello, en uno de nuestros primeros días libres, Ioannis y yo fuimos con él a la Oficina de Educación para informarnos de cómo funcionaba el sistema educativo de la EBR.

La Oficina de Educación se encontraba en el edificio Cinco de la Plaza Verde. Un sensor a la entrada detectó nuestro CNI, el cual nos

habían implantado recientemente en la médula mediante una sencilla operación. Una descomunal pantalla de grafeno que presidía un enorme vestíbulo de paredes blancas mostró nuestro nombre junto al número de despacho al que habíamos de dirigirnos para nuestra consulta.

Allí nos esperaba una atractiva joven chipriota cuyas curvas se veían resaltadas por un ceñido uniforme de funcionaria que debería haber sido un par de tallas mayor. La etiqueta en su traje indicaba que su nombre era Delphine.

—*¡Kaliméra!* —nos saludó nada más entrar en su sobrio y luminoso despacho. *Buenos días.*

Ioannis la devolvió el saludo en griego e intercambiaron un par de frases que, por lo que mi limitado entendimiento del idioma alcanzaba, se referían al maravilloso tiempo primaveral que nos había recibido en su país.

—¿Te cuento un secreto? —se dirigió acto seguido Delphine a Chris con una sonrisa—. Tengo el poder de adivinar cosas sobre ti con solo mirarte las manos. ¿Quieres que hagamos la prueba?

Chris solía ser prudente con extraños, pero esta vez le pudo la curiosidad y le tendió su mano derecha a Delphine, que procedió a examinarla con atención.

—Qué interesante...

—¿Qué has visto? —Chris no podía contener la emoción.

—Tu mano me dice que naciste en una espectacular ciudad llena de rascacielos. También me dice que eres un gran viajero y que con solo seis años ya has recorrido gran parte de tu país. Sin embargo, te gusta Galatea y quieres quedarte a vivir aquí. ¿Es eso cierto?

Chris pareció decepcionado. Intuí que se sentía humillado después de haber sido tomado por un niño ignorante que no era capaz de averiguar que su CNI le había dado toda esa información a Delphine antes incluso de entrar en aquel despacho.

—Yo también puedo leer manos —dijo entonces Chris, y me temí lo peor.

—¿En serio? ¿Y qué dice la mía? —contestó Delphine mientras le

tendía la palma de la mano derecha.

—Dice que tienes un trabajo aburrido y que encima no te pagan dinero por ello.

—¡Chris! —intervine avergonzada, arrepintiéndome de no haberlo hecho antes—. Pide perdón a la señorita ahora mismo. Y que sea la última vez que contestas así a un adulto.

Me disculpé ante ella mientras Ioannis trataba de contener la risa.

Tras esta desafortunada introducción, Delphine, que no le había dado importancia al incidente, se dispuso a explicarnos el funcionamiento del sistema educativo y laboral de la EBR.

—Supongo que habéis oído hablar de la *Rutina* —comenzó.

—Claro. El primer paso profesional de los chipriotas, ¿verdad? —contesté.

—Exacto. A los dieciséis años, todos los estudiantes dejan de serlo. En un país cuyo bienestar está fuertemente vinculado a la cantidad de población activa, no nos podemos permitir tener a veinteañeros viviendo del cuento en casa de sus padres. Estos jóvenes realizan trabajos básicos en la industria, construcción, administración o servicios.

—¿Y están bien preparados para trabajar?

—¡Absolutamente! Los *rutinarios* desempeñan puestos de baja responsabilidad y naturaleza repetitiva. De ahí su nombre.

—¿Y si alguno de ellos tiene aspiraciones mayores? ¿No deberían dedicarse a estudiar para conseguir un mejor puesto?

—La mejor preparación es la que ofrece el puesto de trabajo. Los *rutinarios* deben enfocar bien su carrera. Por ejemplo, si su ambición es alcanzar una posición importante en la Oficina de Planificación, deberán comenzar con un puesto de operarios en el sistema de distribución. Después de cuatro años en *Rutina* podrán acceder al siguiente nivel, los *Retos*.

Ya habíamos oído hablar de los *Retos*. Eran los siguientes niveles de responsabilidad: *R1*, *R2* y *R3*.

El primero de ellos estaba compuesto por profesores,

planificadores, programadores, enfermeros, investigadores, ingenieros... Eran casi tan numerosos como los *rutinarios*, a los que solían dar órdenes. Ioannis y yo habíamos sido incluidos en este grupo.

Delphine nos explicó que, para aquellos que todavía desearan aumentar su estatus, cabía la posibilidad de seguir subiendo de nivel, siempre y cuando se hubiesen cumplido una serie de requisitos de calidad y antigüedad. En el grupo R2 se encontraban los directivos de los sistemas estatales de transporte, educación, sanidad, planificación, deporte, justicia, ciencia... Se trataba de los jefes de los trabajadores R1 y de ellos dependían gran parte de las decisiones estratégicas que se tomaban a diario en el país.

Por último, R3 era el selecto grupo donde se incluía a los directores de cada sector y al presidente del gobierno. En otro país, R3 equivaldría al consejo de ministros. Llegar a este grupo no era fácil: se requería un mínimo de veinte años en el mercado laboral. Pero no valía con eso, los directores debían ser elegidos por la población cada cuatro años. No existían partidos políticos en la EBR, sino que los componentes del gobierno eran elegidos individualmente. Esto incrementaba la calidad del grupo gobernante, además de reducir la corrupción y las alianzas fraudulentas.

Gracias a este sistema, los dirigentes de la EBR eran gente extraordinariamente preparada y motivada. Conocían a la perfección al pueblo y a su entorno, y no estaban motivados por la riqueza sino por el objetivo de llevar el bienestar a los ciudadanos de una forma sostenible que asegurara a su vez el bienestar de futuras generaciones.

—Delphine, todo esto suena muy interesante —intervino Ioannis—. Pero tengo una duda trascendental: ¿para qué van a preocuparse los ciudadanos en ascender si los sueldos no existen?

—¿Y por qué tienen que ascender todos? La EBR necesita a los *rutinarios*. Y ser un *rutinario* permanente en Chipre ofrece una calidad de vida que no puede encontrarse en ningún país.

—Pero la EBR también necesita directivos que los dirijan, ¿no crees?

—Por supuesto. Y está demostrado que una buena parte de los ciudadanos, pese a tener las necesidades básicas cubiertas, mostrarán

otro tipo de inquietudes relacionadas con el estímulo intelectual y la realización. Son aquellas personas las que intentarán acceder a los *Retos*.

—¿Y si llega el momento en el que la motivación del estatus no sea suficiente?

—No creo que esta situación se vaya a dar nunca en Chipre, señor Patroklou. Hasta el momento, nos ha ocurrido lo contrario. Los requisitos para ascender han tenido que ser endurecidos para no provocar una fuga de *rutinarios*. Los ciudadanos quieren demostrar su valía, desean colaborar con el bienestar global y, sobre todo, ansían conseguir premios Galileo.

Los premios Galileo. Recordaba haber leído hace tiempo un artículo en el Boston Globe sobre estos galardones, que fueron implementados al comienzo de la EBR. Premiaban todo tipo de metas, desde innovación y descubrimientos científicos hasta capacidad de liderazgo, éxitos en la implantación de proyectos o incluso cantidad de horas trabajadas. Esta idea había causado un furor que sus creadores no llegaron a imaginar. Se podrían calificar de éxito, ya que eran una de las claves del desarrollo del país, pero fueron duramente criticados por las consecuencias que causaron en la sociedad chipriota.

Para conseguir su ansiado reconocimiento, los ganadores de premios Galileo habían comenzado a hacer visibles ostentaciones de su nuevo estatus: añadían títulos a sus nombres, llevaban medallas en su uniforme, colgaban diplomas en las puertas de sus hogares... La inexistencia de dinero había dado al traste con cualquier método cuantitativo para medir el estatus, así que la sociedad se obsesionó con los premios Galileo, la herramienta más parecida a una cuenta bancaria para decidir si una persona era superior a otra. Los que tanto hacían gala de sus condecoraciones eran los mismos que en mi país habrían presumido de su Porsche, su bolso de Louis Vuitton o su camisa de Ralph Lauren. Los ciudadanos chipriotas pronto alcanzaron fama de orgullosos e individualistas, algo paradójico en un país en el que el trabajo en equipo y la coordinación de las acciones de sus trabajadores eran clave para el desarrollo.

—¿Y no existen otro tipo de recompensas para aquellos que lo

merezcan? —insistió Ioannis con escepticismo—. Quiero decir, algún incentivo material, como una casa más grande, o más vacaciones.

—Entiendo su preocupación —contestó Delphine con cierta condescendencia—. Usted cree que, si no todos somos iguales ni trabajamos igual de duro, no deberíamos ser tratados en las mismas condiciones, ¿verdad?

—Sí, me parece un principio obvio.

—Bien, la EBR piensa lo mismo. Los beneficios de destacar profesionalmente existen, la diferencia es que estos beneficios no son tangibles. El objetivo es evitar una de las grandes lacras del capitalismo: las diferencias sociales. Solo asegurándonos de que la desigualdad social no existe, podremos conseguir una sociedad segura, estable y feliz.

Decidí intervenir antes de que Ioannis pudiera contestar. Sabía que podría hablar durante horas de este tema.

—Es interesante conocer las implicaciones del sistema a largo plazo a la hora de enviar a nuestro hijo a la escuela. ¿Cuál sería tu recomendación, Delphine?

—En mi opinión, es demasiado pronto para que Chris comience el colegio. Es cierto que es un chico muy listo —dijo mientras sonreía a Chris—, pero en la EBR asumimos que los niños han aprendido los cuatro idiomas oficiales en la guardería antes de comenzar las clases. Les aconsejaría un año más de guardería para que no parta con desventaja respecto al resto de alumnos.

—Estoy de acuerdo —contesté—. No hay razón ninguna para estresar a Chris obligándole a rendir a un nivel que está muy por encima de sus posibilidades. Él no tiene la culpa de que nos hayamos mudado a un país políglota.

—¿Lo dices en serio? —me sorprendió cómo Ioannis levantaba la voz—. ¿Un niño de seis años en la guardería? ¡Vamos hombre! A esa edad yo ya compaginaba el colegio con el trabajo en la tienda de mis padres. Además, la mejor forma de aprender idiomas es verse obligado a ello.

—Quizá sea pronto para tomar una decisión —dije entonces a

Delphine. No veía ningún sentido en iniciar una discusión con mi marido delante de ella—. Lo pensaremos juntos y volveremos otro día.

Tras despedirnos, nos dirigimos hacia la salida de la Oficina de Educación en silencio mientras pensaba con preocupación en cómo, en un entorno donde el estatus y los logros intelectuales estaban tan valorados, el que nuestro hijo partiera con desventaja podría acarrear fatales consecuencias.

Por desgracia, también sabía que, cuando Ioannis defendía algo con tal vehemencia, era muy difícil convencerle de lo contrario.

Un par de semanas después, aún sin haber tenido las agallas de enredarnos en la discusión sobre el futuro de nuestro hijo, Ioannis y yo dejamos a Chris con una niñera para salir a cenar a casa de mi jefe, Milos, y su mujer, Melinda.

Hacía ya unos meses que, tras aquella conversación con Panos Kana en el palacio de congresos, había seguido sus instrucciones y acudido a la Oficina de Salud preguntando por Milos Darcevik, que me recibió en un pequeño y luminoso despacho amueblado de forma excesivamente sobria, como todos los que había visto en Galatea. La única diferencia consistía en un gran crucifijo que colgaba de la pared, evidenciando su vocación católica. La EBR no financiaba ninguna religión, pero abogaba por la libertad religiosa de sus ciudadanos siempre y cuando estos mostraran respeto y tolerancia hacia todas las creencias que no fueran la suya.

Pese a sus casi cincuenta años, Milos contaba con un físico imponente, fruto de sus sesiones diarias de gimnasio. Trataba a su abundante cabello rubio con el mismo cariño que a su cuerpo, de manera que podría haber protagonizado un anuncio de champú. Sin embargo, habría resultado mucho más atractivo si sonriera más a menudo, si su voz sonara menos monótona o si sus pequeños ojos verdes no desprendieran aquella arrogancia.

En cuanto comenzó nuestra reunión, me di cuenta de que Kana estaba en lo cierto: Milos no era un hombre de muchas palabras.

Nuestra relación no comenzó con buen pie. Milos me aseguró que

me enviaría por correo electrónico los detalles sobre un curso de introducción a la psicología de la EBR al que tendría que apuntarme antes de comenzar a trabajar. Añadió que podría llamarle para hablar de ello una vez hubiese leído la documentación en mi tableta, y con ello dio la reunión por terminada. Reacia a abandonar su despacho con tan poca información, comencé a bombardearle con preguntas sobre el curso, a las cuales respondió de la manera más breve que pudo.

—Entonces, ¿cuál será exactamente el objetivo de mi puesto de trabajo? —pregunté al final, ya cansada de mi propio interrogatorio.

—El principal objetivo de nuestros psicólogos es manejar las expectativas de los inmigrantes y ayudarles a adaptarse a su nuevo entorno. No podemos hacerles un lavado de cerebro, pero queremos que piensen de la manera más parecida posible a los niños chipriotas de la generación del 43, que fueron los primeros en entrar al nuevo sistema desde el primer peldaño. Las secuelas del capitalismo son inexistentes en estos niños.

—Entendido —contesté—. He de convertirme en un profeta de Marx.

La expresión de Milos cambió por completo y me miró horrorizado, como si hubiese mentado al mismísimo diablo. En ese instante maldije mi habilidad para hacer bromas en los momentos más inoportunos.

Bajando la voz como si alguien pudiera oírnos, Milos procedió a aleccionarme con un tono severo:

—Señora Patroklou, le voy a dar otro consejo. No se le ocurra mencionar el comunismo, el marxismo, a Lenin o nada parecido. Lo último que deseamos en la EBR es que nos comparen con este sistema.

—Lo siento —me disculpé, y enseguida me arrepentí de hacerlo—. Vengo de un lugar donde la libertad de expresión es un derecho de todo ciudadano.

—En la EBR hay libertad de expresión —respondió Milos visiblemente ofendido—. Pero, como en cualquier otro sitio, existen temas delicados. En su nuevo puesto va a entrar en contacto con muchas personas que están hambrientas de información sobre este país y su sistema. Lo peor que puede hacer es darles información

equivocada. Somos conscientes de que muchos críticos se han empeñado en compararnos con los regímenes rusos o cubanos del siglo pasado, pero no hay nada más lejos de la realidad. Esto no es una dictadura, sino una democracia. Respetamos las distintas religiones, nuestros políticos son extraordinarios y tenemos una estructura de clases sociales que sería la envidia de todo sistema. Y, sobre todo, hay algo más importante que la lucha por la igualdad: la lucha por la preservación de nuestro entorno. Nadie se llevará las manos a la cabeza si define a Chipre como lo que es, una Economía Basada en Recursos. Pero nunca nos compare con el comunismo, por favor.

—Entendido. No era mi intención ofenderle, solo intento aprender. Me gustaría hacer mi trabajo lo mejor posible —respondí complaciente. No debía olvidar que se trataba de mi futuro jefe.

—No hay problema —Milos recuperó su tono aburrido— quizá le ayude leer algo de Deligiannis. Puede descargarse sus libros en su lector.

—Lo haré —contesté. Rafail Deligiannis había sido como un mentor para Panos Kana. Murió poco después de acabar la guerra, pero no sin marcar un antes y un después en la vida del presidente. Su principal obra, *La Sombra del Cedro*, era de lectura obligada para todo ciudadano chipriota y para todo aquel que se interesase por entender este pequeño pero complicado país.

—Muy bien, esa será su primera tarea. En cuanto al curso, comienza el próximo lunes junto con un pequeño grupo de futuros psicólogos.

Sin darme opción a hacer más preguntas, me tendió la mano en señal de despedida.

Aquel curso duró dos meses, en los que trabajé muy de cerca tanto con mis compañeros como con Milos, lo que me llevó a conocerle mejor. Descubrí que mi jefe no era tan horrible como me había parecido al principio. Simplemente, sus formas dejaban bastante que desear. Llegamos a entendernos el uno al otro y a entablar una relación de amistad, lo que le llevó a invitarnos a Ioannis y a mí a cenar a su casa junto a su mujer para celebrar el inicio de mi vida laboral en la EBR.

—¡Por Leah! —exclamó Milos levantando la copa. Tras dos botellas de vino, se mostraba mucho más animado y hablador de lo habitual—. La EBR tiene suerte de contar con una psicóloga con tanto talento y conocimientos como tú.

Nos hallábamos sentados alrededor de una mesa para cuatro personas en el salón del piso de Milos y Melinda, que era exactamente igual que el nuestro excepto por la gran bandera de la EBR que lo presidía. La falta de ornamentos religiosos me hizo pensar que probablemente Melinda profesaba unas creencias bastante distintas a las de su marido.

La diferencia externa entre aquel apartamento y el nuestro residía en que se encontraba en el sector Norte del anillo E, una zona que, sin razón aparente, solía estar habitada por los altos cargos chipriotas, aquellos trabajadores pertenecientes a los niveles R2 y R3. Sus amplios ventanales, a diferencia de los nuestros, estaban orientados hacia el centro de Galatea. Dado que vivían en una de las plantas más altas de su edificio, esto significaba que podían disfrutar de unas espectaculares vistas de la ciudad. Desde la mesa donde estábamos cenando podíamos admirar un fondo negro sobre el que destacaban las miles de luces tenues de la noche galitana, que, deliberadamente, no brillaban lo suficiente como para contaminar un cielo lleno de estrellas.

—Dinos, Leah, ¿qué te ha parecido el curso? —preguntó Melinda dirigiéndose a mí—. Y no te veas obligada a decir que todo fue perfecto porque esté aquí tu jefe. Hoy Milos os ha invitado en calidad de amigos.

Melinda, la mujer de Milos, era encantadora. A diferencia de su marido, que era de ascendencia balcánica, toda su familia había crecido en Chipre, lo que podía advertirse en sus rasgos faciales, tan fuertes como su personalidad. Además, poseía una inteligencia fuera de lo común. Acababa de ser ascendida a directora de la Oficina de Planificación chipriota, uno de los puestos más importantes del país. De ella dependía que los almacenes de Galatea contasen con el número justo de bienes y de alimentos: suficientes como para abastecer al pueblo, pero no tantos como para que caducasen o se volviesen obsoletos. Conseguir tal equilibrio en una población que se acercaba al millón de habitantes requería unas dotes de coordinación

extraordinarias.

—He de reconocer que he aprendido a fijarme en detalles que antes se me habrían pasado por alto —contesté sin mojarme demasiado—. Por ejemplo, en cómo la procedencia de los inmigrantes constituye el primer factor a la hora de definir la actitud hacia la EBR. El país solo lleva unos meses abierto a la inmigración, pero ya se pueden observar ciertos patrones de comportamiento.

—¿Puedes contarme algún caso?

—Claro, puedes fijarte por ejemplo en aquellos inmigrantes procedentes de un entorno pobre, los que están acostumbrados a asegurarse de que no pasarán hambre. Son aquellos que, en los comedores, cogen dos trozos de pan a escondidas para guardarse uno en el bolsillo.

—Eso es terrible —intervino Ioannis, que llevaba toda la noche intentando agradar a nuestros anfitriones. La verdad es que me había sorprendido cómo mi marido, alguien a quien la aristocracia siempre le había dado igual, se mostraba encantado de codearse con todo un matrimonio R2. Acababa de conocer al líder nacional en el campo de la psicología y a la directora de planificación de recursos en un solo día, y estaba pletórico.

—Bueno, yo no creo que sea para tanto —le bajó los humos Milos—. Estos pequeños detalles generan simpatía y dan lugar a las primeras anécdotas de los recién llegados, pero es cierto que hay que tener cuidado con los que van más allá. La clave del funcionamiento de la EBR es que todos y cada uno de sus ciudadanos consuma los recursos disponibles de manera responsable.

—La buena noticia es que la mayoría parece haberlo asimilado correctamente —añadí—. Pero siempre están aquellos que abusan del sistema. Irónicamente, suelen ser los inmigrantes que, en etapas anteriores, gozaban de un gran poder adquisitivo. Creen que su calidad de vida se ha visto reducida por no poder consumir tanto como les venga en gana, y les cuesta economizar. Consideran lo más normal del mundo acumular bienes sin usar en su casa, o realizar grandes pedidos de comida sin considerar su fecha de caducidad o el riesgo de rotura de

inventario.

—Es por ello que estamos trabajando en añadir más restricciones al sistema de distribución —anunció Melinda—. No me malinterpretéis, estoy a favor de la apertura a la inmigración, pero es cierto que estamos teniendo muchos más problemas desde que llegasteis.

—Me parece una gran idea establecer medidas de prevención, pero ¿hay algún tipo de medidas de control? —preguntó Ioannis.

—Por desgracia, tiene que haberlas —contestó Melinda—. Panos Kana está considerando nuestra propuesta de implantar un sistema de auditorías domésticas. Si por mí fuera, la Oficina de Planificación tendría acceso a todas las estadísticas de consumo de las familias, pero Kana quiere establecer un equilibrio entre el control y la privacidad.

—¿Y qué ocurrirá con aquellos que infrinjan las normas? —insistió mi marido.

—Como en cualquier otro país, existe un sistema penal. Dicen que Deligiannis adoptó una de las claves del imperio inca: castigar a los vagos y a los gorriones. Siempre adoptando las leyes a nuestra sociedad, claro. Nosotros no metemos a la gente que no trabaja o que consume demasiado en pozos llenos de pumas o de serpientes, pero les enviamos apercibimientos. Y, en casos extremos, la ley considera la cárcel. Pero habría que ser muy estúpido para llegar a ello. De momento, nadie ha ingresado en prisión por uso indebido de recursos o por falta de productividad.

—Los apercibimientos parecen ser castigo suficiente por ahora —añadió Milos—. Entre las familias chipriotas está muy mal visto recibir uno, como si fuera una mancha imborrable en el historial delictivo.

Ioannis pareció darse por satisfecho, pero, tras pensarlo unos instantes, volvió a la carga con más preguntas.

—Hay algo que no entiendo. Yo puedo controlar los bienes que uso, pero ¿y si alguien me regala algo que no necesito? ¿Quién será apercibido, yo o la persona que me lo ha regalado?

Milos estalló en una carcajada ante los atónitos ojos de mi marido, y me miró con una sonrisa cómplice que le devolví.

—Precisamente este ha sido el tema estrella de nuestro curso —respondió—. Y he de decir que es una muy buena pregunta. Leah conoce muy bien la respuesta.

—En resumen, el producto estará a nombre del usuario, por tanto la persona que lo regala se desentiende de las consecuencias —respondí.

—Pero, ¿qué sentido tienen entonces los regalos? No solo no cuestan dinero, sino que se pueden convertir en una carga. —razonó Ioannis, siguiendo la misma línea de discusión que Milos y yo habíamos debatido en el curso días atrás.

—Te ahorraré unos cuantos quebraderos de cabeza, Ioannis —dijo Milos—. La conclusión es que los regalos físicos no tienen sentido en un país donde el concepto de propiedad privada no existe.

—¿Cómo puede la EBR decidir sin más que los regalos no tienen sentido?—preguntó Ioannis preocupado—. Los regalos siempre han sido un componente esencial de la naturaleza humana, una forma de mostrar a los demás que nos importan. ¿Qué consecuencias tendrá su ausencia en la sociedad?

—Nadie ha dicho que los regalos no existan —intervino Melinda—. Estamos hablando de bienes materiales únicamente. Nadie te impide mostrar tu cariño hacia alguien de cualquier otra forma.

—Por ejemplo, la moussaka que acabáis de cenar —añadió Milos—. La han cocinado nuestros vecinos para nosotros, sabiendo que es el plato favorito de Melinda.

—Ya veo —respondió Ioannis—. De forma que los regalos en Chipre tienen más sentido en forma de servicios que en forma de productos.

—Exactamente —contestaron Melinda y Milos al unísono.

Fue entonces cuando se me ocurrió una idea que no había surgido durante el curso de psicología.

—¿Y si el tiempo en sí se convirtiera en un regalo?

De repente, a Milos y a Melinda se les borró la sonrisa de la cara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ioannis.

—Los regalos son servicios, y los servicios son tiempo. Ya que el

dinero no existe, el tiempo podría convertirse en un método para cuantificar la valía de los regalos. De hecho, no solo serviría para los regalos, podría surgir todo un mercado basado en bonos de tiempo. *Te ofrezco dos horas cuidando de tus hijos en el parque a cambio de una hora de clases de piano.*

Milos y Melinda se miraron con preocupación, y me pregunté si había metido la pata. Al fin, Melinda me cogió la mano y se dirigió a mí bajando la voz, como si tuviera miedo de que alguien pudiera oírnos.

—Leah, lo que propones es ilegal. La EBR no prohíbe solo el dinero, sino cualquier método cuantitativo para medir el valor de bienes y servicios. De hecho, se cree que uno de los mayores problemas del gobierno en los próximos años será el creciente mercado negro de servicios.

No entendía muy bien lo que quería decir Melinda. ¿A qué tipo de mercado negro se refería?

Antes de que pudiera preguntar, la conversación se vio interrumpida por Marcos, el hijo de Milos y Melinda, que acababa de entrar en el salón.

—Mamá, siento interrumpir vuestra cena, pero no puedo dormir —dijo con tono lastimoso. Marcos tenía la edad de Chris, pero se expresaba con una petulancia impropia de un niño de seis años.

—¿Estamos haciendo mucho ruido, cielo? —le preguntó Melinda mientras le pasaba la mano cariñosamente por la espalda.

—No, pero estoy algo intranquilo por la carrera de mañana.

—Disculpadme —dijo Melinda dirigiéndose a Ioannis y a mí—. Mañana Marcos tiene una carrera de prueba para entrar en el club de atletismo, y está un poco nervioso. Voy a ver si puedo tranquilizarle para que se duerma.

Melinda se despidió y dejó el salón junto a Marcos, dejándonos solos con Milos. En ese momento se produjo un silencio incómodo que Ioannis atajó con un ápice de nerviosismo.

—Entonces, ¿en qué consiste aquel mercado negro de servicios?

Milos carraspeó y se revolvió en la silla visiblemente molesto. Los efectos del vino parecían haber desaparecido de repente.

—Ioannis, Leah, ha sido una noche muy entretenida y no pretendo echaros de nuestra casa, pero yo también me encuentro cansado y tengo varias cosas que hacer mañana. ¿Os importa si retomamos la discusión en cualquier otro momento?

Ioannis y yo nos despedimos y decidimos volver a pie a casa. Todavía no era muy tarde y una brisa agradable acariciaba nuestros rostros mientras caminábamos por el parque del sector Norte del anillo E.

—¿No tienes la sensación de que querían evitar el tema del mercado negro a toda costa? —me preguntó Ioannis en cuanto nos encontramos a una distancia prudente de su edificio.

—No creo que fuera un problema para Melinda. Más bien era Milos el que se sentía incómodo con la discusión. ¿Crees que fue un error por mi parte realizar la propuesta de los bonos de tiempo?

—Para nada, Leah. El error sería dejar de cuestionar el sistema.

Su respuesta me pareció lo suficientemente sensata como para quedarse grabada en mi memoria, lo que más adelante serviría para darme cuenta de la trampa en la que había caído.

6

Andrés Grande
Noviembre 2060
Ginebra

Esta vez te vas a atrever, gallina.

Son las seis de la tarde, y la oscuridad ya se cierne sobre Ginebra.

Hace tiempo que la iluminación urbana no funciona. Los negocios y las empresas que aún sobreviven a la crisis ya han cerrado sus puertas por hoy, y los ciudadanos que aún pueden permitirse pagar el suministro de luz prefieren no dar muestras de ello para no llamar la atención. Desde mi posición privilegiada en la azotea de uno de los edificios residenciales más altos de la ciudad, apenas puedo distinguir la línea donde acaba la ciudad y comienza el lago. Las pocas luces que se ven aquí y allá son las de algún tranvía que circula por las desiertas calles, transportando a los pocos valientes o despistados que aún vagan por las calles de esta decadente ciudad. Cuando me mudé a Suiza hace casi veinte años, una de las cosas que más me sorprendió fue la pobre iluminación nocturna. *Es un país seguro, no necesitan iluminar sus calles,* recuerdo haber pensado. Ahora hay mucha menos iluminación que antes, pero las causas han cambiado. El país está lejos de considerarse seguro, pero, simplemente, no hay dinero.

Dinero, comienza a divagar mi mente bajo los efectos de varias botellas de Apfelwein. Así empezó todo. Un concepto tan inocuo, tan lógico, tan justo. Y sin embargo, mira hasta dónde nos ha llevado. La inteligencia de la mayoría no está preparada para las consecuencias. ¿Cómo algo tan artificial y tan simple se ha podido convertir en la principal herramienta para hacer nuestras vidas tan miserables? ¿Hasta dónde va a llegar esta locura?

La verdad es que no tengo ninguna intención de quedarme a comprobarlo. Y tampoco tengo a nadie que quiera evitar que me marche.

Terminando de un trago la botella de aquel agrio vino de manzana, avanzo pusilánime hasta el borde del edificio y me siento sobre la estrecha barandilla de piedra con los pies colgando hacia el vacío.

No puedo evitar mirar hacia abajo, aunque no sirve de nada. Todo lo que veo es oscuridad.

Como si caigo sobre un pozo de mierda.

Me importa bastante poco dónde y cómo morir. Solo quiero que ocurra.

Después de la paliza que le propinaron Huargo y los policías, los médicos diagnosticaron que Alexis pasaría el resto de su vida en una silla de ruedas.

Estas noticias cayeron sobre mí como un jarro de agua fría. Alexis era como un hermano, la única persona en este mundo, aparte de mi padre, por la que podía sentir cierta empatía. Su tragedia me dolía tanto como si me hubiese sucedido a mí. Además, estaba aquel dañino sentimiento de culpabilidad que no me dejaba pegar ojo por las noches. Nada de esto habría ocurrido si yo hubiese tenido dos dedos de frente y hubiese votado en contra de visitar la Montera como hizo Peri. Y, sobre todo, nada de esto habría ocurrido si yo no hubiese atraído la atención de Huargo cuando me quedé mirando a Luna embobado. Alexis había intentado salvarme de una paliza y a cambio la había recibido él. Su vida nunca volvería a ser igual y todo era mi culpa.

Desesperado por alejar aquellos fantasmas de mi mente, hice todo lo que pude para aliviar su situación. Todas las tardes acudía a visitarle al hospital de La Paz para hacer los deberes juntos. Solía resumirle las clases de cada día, algo que suponía un gran esfuerzo para mí ya que requería prestar atención a los profesores. Logré convencer a nuestro tutor de que Alexis pudiera realizar los exámenes a través de internet, y le ayudé a aprobarlos. Le daba ánimos durante sus ejercicios de rehabilitación y le buscaba reportajes y noticias sobre nuevas

tecnologías, algo que siempre le hacía ilusión. Aquellas noches, después de hacer los deberes, siempre acabábamos hablando sobre exotrajés, diminutos drones espías voladores o dispositivos de respiración acuática hasta que las enfermeras venían a echarme de la habitación para llevarle al baño y apagar la luz.

El juicio llegó pasados unos meses. Como era de esperar, la versión de Huargo y la policía sobre lo que había pasado distaba mucho de la realidad. Aseguraban que Alexis, visiblemente alterado y bajo los efectos de la ninfarina, se había abalanzado sobre Huargo sin motivo alguno cuando éste paseaba tranquilamente por la calle. No solo eso, sino que cuando la policía apareció, el violento chaval la emprendió contra ellos también. Por tanto, aquellos golpes habían sido únicamente en defensa propia.

De poco serviría que los controles antidrogas revelaran que no había restos de ninfarina en la sangre de Alexis. El testimonio de tres personas, dos de ellos policías, amenazaba con ser suficiente para condenar a mi amigo a pagar una astronómica multa más los costes médicos resultantes de las lesiones sufridas por Huargo y los policías (un tobillo torcido y una muñeca dislocada, ambos como consecuencia de los golpes propinados a Alexis). La familia de mi amigo, a la que no le sobraba el dinero precisamente, tendría que endeudarse durante décadas para poder pagar tal cantidad. Esto también significaría que nunca podrían pagar el tratamiento que proporcionaría a Alexis las pocas opciones que tenía de volver a andar.

Solo había una forma de evitarlo.

Tanto Alexis como yo habíamos pensado en ello, pero ninguno de los dos se había atrevido a proponerlo. Tuvo que ser Peri, una tarde de verano pocos días después de la celebración del primer juicio, el que por fin sacó lo obvio a relucir mientras paseábamos lentamente con Alexis por el atestado centro comercial de La Vaguada.

—Ande... supongo que todavía tendrás aquellas lentes, ¿no?

Guardé silencio durante largo rato. Sí, todavía tenía las lentes. Y sí, el vídeo que habíamos grabado aquella noche en la Montera todavía seguía almacenado en ellas. Era la prueba perfecta para demostrar la inocencia de Alexis, evitar la gran multa que sus padres tendrían que

pagar e incluso verse indemnizados con la suficiente cantidad como para permitirse el mejor tratamiento para su hijo.

—Peri, déjalo —intervino Alexis—. Mostrar aquel vídeo solo nos traería más problemas.

—A mí no me lo parece —contestó tozudo Peri—. Quizá supondría una multa para Ande por grabar un vídeo en público, pero podríamos pagarla con el dinero de tu indemnización.

—Sea como fuere, esa no es nuestra decisión —insistió Alexis—. Ande sería el que correría el riesgo, así que la decisión le corresponde a él.

Apenas dos meses después, me hallaba volando a Suiza por primera vez. Mis planes originales eran mudarme allí un año más tarde para estudiar astrofísica en la prestigiosa Universidad de Ginebra. Sin embargo, cabía la posibilidad de terminar el bachillerato allí, ya que mis buenas notas me permitían acceder mediante una beca a un exclusivo colegio vinculado a aquella universidad. Inicialmente había descartado esta posibilidad, ¿por qué alejarme de mi familia antes de lo necesario? Mi padre acababa de perder el empleo a causa de un ERE masivo en su empresa, uniéndose a los casi siete millones de parados que ya engrosaban las listas del INEM. Al igual que tantos millones de españoles, conseguíamos llegar a fin de mes a duras penas, y lo último que quería era darle una preocupación más.

Madrid estaba pagando el precio de todos aquellos años de inestabilidad política. La ciudad se había convertido en una jungla en la que el miedo era parte de la vida diaria. Exceptuando los afortunados núcleos vallados en el centro de la ciudad al estilo americano, la violencia estaba presente en cada esquina. Nuestro barrio no era de los peores, pero aun así era mejor asegurarse estar en casa después de la puesta de sol. La verdad es que salíamos a la calle en contadas ocasiones: para ir al trabajo, al colegio y al hospital. Los centros comerciales de las afueras eran los sitios más seguros para aprovisionarse, pero nos habíamos visto obligados a vender el coche así que ya no eran una opción. Como tantos otros vecinos, decidimos que

el siguiente lugar más seguro era el centro comercial de La Vaguada, al que podíamos ir a pie. Pronto este lugar se convirtió en el núcleo comercial de esta parte de la ciudad, en detrimento de todos los pequeños comercios de alrededor. Muchos de ellos cerraron y los locales abandonados que habían dejado atrás se convirtieron en los nuevos hogares de las miles de familias que habían sido desahuciadas. Este fenómeno se extendió como la pólvora. Las condiciones de los *localeros* (así habían bautizado los medios a las familias afectadas) dejaban bastante que desear: vivían apelotonados, sin electricidad, ni agua corriente ni calefacción. A pesar de ello, era mejor que dormir a la intemperie y además tenían la protección de la antigua valla de seguridad del local. Inofensivos al principio, pronto el hambre hizo que los *localeros* pasaran de víctimas a cazadores. Cuantos más *localeros* había, más peligrosas eran las calles. Cuanto más peligrosas eran las calles, menos se acercaba la gente a comprar en ellas. El círculo se había cerrado: la inseguridad que había llevado a los vecinos a comprar únicamente en centros comerciales acabó resultando en una amenaza mucho mayor, hasta el punto que las calles de Madrid acabaron convertidas en campos de batalla. Y todavía no había llegado lo peor.

Cuando el gobierno se dio cuenta de lo insostenible de la situación, decidió destinar ciertas partes de la ciudad a alojar a todas aquellas familias sin recursos que ocupaban los locales de toda la ciudad. Todos sabíamos que este plan convertiría a Madrid en una ciudad segregada, tal y como sucedió en su día con Johannesburgo, Lima o Rio de Janeiro. Para el bienestar de los que todavía conservaban su hogar, los menos afortunados se verían obligados a vivir en barrios marginales donde la pobreza, la violencia y el tráfico de drogas acabaría con todas sus esperanzas de volver a tener una vida normal. Todos lo sabíamos, pero a falta de una mejor solución, nadie se opuso a ello. Excepto los propios afectados, claro. Si el gobierno pensaba que no iban a ofrecer resistencia, estaban muy equivocados. El desalojo de los locales acabó convertido en una guerra entre la policía y los *localeros* que se extendió durante años y en la que incluso el ejército tuvo que intervenir.

Dada la situación, cuando mi padre supo sobre la posibilidad de que me marchara a estudiar a Suiza, no dudó en animarme a

aprovechar la oportunidad. Suiza era el único país de Europa que aún resistía a la Larga Depresión. Allí todavía quedaba trabajo, un alto nivel de vida y, sobre todo, seguridad.

El 1 de septiembre de 2041 mi padre me acompañó al aeropuerto sorprendido por lo afectado que se hallaba su hijo por la despedida. La verdad es que no pude contener las lágrimas ni un momento desde que salimos de casa hasta que crucé la puerta de embarque. Poco sospechaba mi padre que mi silencioso llanto no se debía a la tristeza de la despedida, sino a la sobrecogedora y horrible sensación de haber clavado un puñal en la espalda a mi mejor amigo.

Desde aquella conversación en La Vaguada, cada día me había distanciado un poco más de Alexis. Yo sabía que él estaba esperando una respuesta por mi parte, pero ésta era una respuesta para la cual no me hallaba preparado. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Confesar delante de un juez que me hallaba en posesión de un dispositivo ilegal y que lo había usado para grabar un vídeo de la policía? Las afirmaciones de Peri me parecían demasiado optimistas. Tenía grandes dudas de que una simple multa sería la única consecuencia legal. Por no hablar de otros riesgos... En aquellos tiempos todo el mundo sabía que la policía era una organización con la que más valía no enemistarse. Mandar a dos de ellos a la cárcel no habría sido precisamente consecuente con aquella lógica.

Podría buscar muchas excusas, pero la dolorosa verdad es que el miedo a lo que pudiera pasarme a mí o a mi padre pesaba más en la balanza que la búsqueda de justicia o incluso la salud de Alexis.

Simplemente, no encontré la manera de enfrentarme a la situación.

Pasaron los días. Pasaron las semanas. Mis encuentros con Alexis se iban reduciendo a medida que la situación se iba tornando más incómoda. Y, cuando reconocí que no había salida e incluso comencé a contemplar la posibilidad de actuar con valentía y hablar con Alexis, me acordé de la oferta para estudiar el último curso de bachillerato en Suiza que había rechazado unos meses antes. ¿Sería demasiado tarde?

No, no lo era.

No hubo un solo día en el que no me arrepintiera de mi huida, ni un día en el que no me odiara a mí mismo por haber actuado de una manera tan vergonzosa. Sería inmensamente rico si me dieran un euro por cada una de las veces en las que pensé dar vuelta atrás y ayudar a mi amigo, pero nunca lo hice, y de todas formas de poco habría servido ya.

El juicio había terminado con el resultado previsto.

Viviendo en otro país, con mi padre a mil quinientos kilómetros de distancia y con todos los lazos que me unían a mis amigos completamente rotos, esperaba sentirme como si hubiera reseteado mi vida.

Sin embargo, no había nada más lejos de la realidad. Las experiencias que sembramos en el pasado viajan con nosotros y terminan por germinar tarde o temprano.

Durante años, mi comportamiento se vio dominado por el profundo sentimiento de no ser digno de disfrutar de la amistad de nadie. Dejé de esforzarme por forjar cualquier tipo de relación y me convertí en aquel estudiante solitario con las mejores notas de la clase y con total ausencia de aptitudes sociales. Fue una vuelta a los tiempos previos a la Parada. La única diferencia era que ya no había niños abusones, pero nunca los eché de menos. Mi conciencia ya se encargaba de torturarme lo suficiente.

Si mi padre se hubiera encontrado allí, me habría enseñado la manera de aceptar la situación, pero ninguno de los dos teníamos dinero para visitarnos, así que pasé años sin verle.

El paso a la facultad no supuso ninguna mejoría en este aspecto, pero por lo menos di un paso adelante dedicándome a lo que más me gustaba. Según lo planeado, comencé a estudiar astrofísica en la Universidad de Ginebra. Asistir a aburridas clases de historia, lengua o religión se había acabado. Todo lo que se enseñaba aquí me apasionaba. Se pusieron a mi disposición conocimientos que multiplicaron mi interés por el universo en que vivimos. ¿Qué mejor manera de alejar mis fantasmas que sumergiéndome en todos aquellos

libros? No faltaba a una sola clase, no dejaba de estudiar un solo día, no paraba de obtener matrículas de honor. Mis años universitarios pasaron como una exhalación y mi impoluto expediente académico resultó ser el más brillante de la historia de la universidad.

La verdad es que me importaban un rábano todos los reconocimientos a mi carrera, simplemente vivía por y para la astrofísica, ya que ésta era la herramienta que me permitiría cumplir los sueños que desde niño invadían mi cabeza. Ni siquiera asistí a la fiesta de graduación en la que se hizo mención especial a mi nombre. Aquella noche me encontraba encerrado en mi pulcra y ordenada habitación de la residencia de estudiantes, enfrascado en el infructuoso intento de dar con una solución definitiva a todos los problemas planteados en mi proyecto de fin de carrera.

Aquel proyecto, en el que pretendía proponer un diseño innovador y económicamente factible para una nave destinada a viajes interestelares, fue premiado con una matrícula de honor, algo que nunca creí merecer. De acuerdo, había resuelto algunos interrogantes que habían entorpecido el desarrollo de la ingeniería espacial durante décadas, pero no había conseguido el gran objetivo. La nave no estaba lista para ser construida.

Mi decepción se debía a las grandes esperanzas que había depositado en este trabajo. No lo veía solo como mi proyecto de fin de carrera, era el proyecto de toda una vida. Se suponía que al fin iba a dar con las grandes respuestas a mis eternos interrogantes. No hubo ni un día desde que encendí aquel libro holográfico en mi salón de Madrid en el que no soñara despierto con la posibilidad de viajar más allá de nuestro sistema solar. Desde entonces, todos mis sentidos se orientaron a dar con aquella posibilidad, por mucho que los científicos más respetados se empeñaran en afirmar que los viajes a la velocidad de la luz no eran factibles con los recursos disponibles en aquel momento. Tras mi paso brillante por la universidad y tras haber asistido a clases y a charlas a manos de los astrofísicos más prestigiosos de la Tierra, pensé que estaba preparado para afrontar mi investigación con probabilidades de éxito. A medida que se acercaba el final de mi último curso, esta posibilidad se iba desvaneciendo, y una molesta y

creciente sensación de insatisfacción comenzaba a consumir mi cordura.

Mi planteamiento era sencillo. Toda la comunidad científica estaba de acuerdo en la barrera que constituía el problema del combustible. Aseguraban que no había recursos suficientes en la Tierra como para conseguir la energía que nos llevaría más allá de los confines del sistema solar en un periodo de tiempo aceptable. Si quisiéramos viajar a la estrella más cercana, Próxima Centauri, que se encuentra a *solo* unos 4,22 años luz de la Tierra, necesitaríamos cien veces más energía de la que se puede generar combinando todas las plantas energéticas de la Tierra. Además, suponiendo que pudiéramos conseguir el combustible, ¿cómo podríamos concentrarlo de manera que pudiera ser enviado al espacio junto con una nave?

Obviamente, buscar una fuente de energía terrestre no era una opción. La nave debería obtener combustible de algún otro lugar. La clave estaba en prepararla para ello.

Mi diseño se basó en la nave Bussard, un concepto americano de casi un siglo de antigüedad que en su momento no funcionó en la práctica por diversas razones. En el momento de su invención, esta nave tenía la forma de un embudo gigantesco con un reactor alargado en el centro. Curiosamente, la boca del embudo constituiría la proa de la nave. La razón de tan extraño diseño es muy simple: parte de la base de que el espacio interestelar no está completamente vacío, sino que se encuentra poblado de átomos de hidrógeno, helio y otros gases. La densidad de estas partículas es ridículamente baja, pero el hidrógeno es una excepción. Este elemento se encuentra presente en forma gaseosa con la densidad suficiente como para poder ser detectado y utilizado. Y este era el objetivo de la nave Bussard: absorber todos los átomos de hidrógeno a su paso para utilizarlos como combustible. El hidrógeno es arrastrado a través del embudo hasta el motor central de manera que allí su masa se convierte en energía a través de un proceso de fusión. Esta energía se propulsa en la dirección opuesta a proa, consiguiendo el empuje y la aceleración requeridos para impulsar a la nave.

El problema del diseño original era que, para conseguir la cantidad

de hidrógeno necesaria, el tamaño del embudo debería ser tan monstruosamente enorme que a) su fabricación se complicaba excesivamente, y b) incluso si pudiera ser construida, la resistencia ofrecida por tan extensa superficie ante los propios átomos de hidrógeno presentes en el espacio frenaría la nave, de manera que la velocidad obtenida distaría mucho de la necesaria.

Quizá debería haber recordado a mis correctores que mi objetivo era acercarme a la velocidad de la luz, algo que nunca nadie había intentado antes excepto en obras de ciencia ficción.

La propuesta que hizo a mi proyecto tan popular fue la manera de obtener combustible. ¿Para qué usar aquel descomunal embudo? La nave no necesitaba tener aquel diseño prehistórico. A grandes rasgos, planteé una nave que tendría la forma de un simple cilindro aerodinámico equipado con dispositivos láser, cuyo objetivo sería ionizar todos los átomos de hidrógeno que se encontraran en su camino. Una vez provistos de carga eléctrica, estos átomos serían atraídos hacia la nave mediante un campo magnético instalado en unas placas que cubrirían casi la totalidad de la nave. Esto aseguraba la manera de mantener la velocidad e incluso acelerar sin comprometer la obtención de combustible.

Puedo comprender los elogios recibidos por aquel diseño exterior, e incluso llegué a aceptar las alabanzas dirigidas al sencillo sistema de auto-pilotaje que permitiría a la nave modificar su rumbo en caso de potenciales colisiones con cualquier tipo de objeto. Pero lo que me costaba entender era cómo reputados científicos podían ser tan conformistas como para aceptar la selección de materiales que propuse para la construcción de la nave.

En un principio puede parecer que existe una gran variedad de materiales capaces de aislar las temperaturas extremas del espacio exterior, además de ser lo suficientemente livianos y resistentes como para que la nave pueda moverse a la velocidad deseada. Cualquier aleación de bajo coste compuesta de titanio, magnesio y cromo habría bastado. Sin embargo, esto no era un viaje a la Luna o a Marte como los que se habían hecho hasta ahora. La tripulación pasaría meses o incluso años navegando por el espacio profundo, donde no existe

ningún planeta o gran cuerpo sólido que pueda actuar de escudo reflector de las radiaciones gamma interestelares. Estos rayos, procedentes de las explosiones de supernovas lejanas, atravesarían la cubierta de la nave y la piel de los humanos al igual que la luz atraviesa una ventana de cristal, dañando los genes y matando las células de los tripulantes. Si un adulto sano en la Tierra tenía un 40% de probabilidades de contraer cáncer, en aquellas condiciones no tendría ninguna posibilidad de sobrevivir.

A pesar de tener muy claro cuáles serían los materiales que aislarían completamente la radiación gamma, si quería cumplir con el requisito inicial de limitarme a un presupuesto realista, debería dejar de contar con ellos. En aquellos tiempos, no habría manera de que ningún país u organización se hiciera cargo de los gastos derivados de recubrir una nave entera con láminas de grafeno, por no hablar de carbino. Tendría que conformarme con añadir a la cubierta una capa adicional compuesta de materiales que reducirían la radiación sin bloquearla del todo, como el aluminio o el polietileno.

Ojalá este hubiera sido el único obstáculo que los correctores pasaron por alto. Al fin y al cabo, este no era un problema que diera al traste con cualquier posibilidad de hacer efectivo el viaje, ya que siempre habría personas dispuestas a correr el riesgo. Mi gran preocupación, aquella que mis profesores no dieron importancia cegados por la brillantez del resto del proyecto y por sus bajas expectativas, para mí era mucho más trágica: el motor no iba a arrancar.

Para que el campo magnético instalado en la coraza funcionara y recogiera el hidrógeno que debía alimentar el motor de fusión, la nave debía estar moviéndose a una velocidad equivalente al 3,56% de la velocidad de la luz, es decir, unos 38 millones de kilómetros por hora. Esta velocidad era ya 260 veces mayor que la velocidad más alta alcanzada por el hombre hasta entonces. ¿Cómo conseguir alcanzarla? Este era el gran interrogante que no me dejaba dormir. Pasé incontables noches repasando uno por uno todos aquellos métodos conocidos y por conocer para aumentar la velocidad inicial de la nave. ¿Aprovechamiento de orbitas planetarias? ¿Uso de motores cohete? ¿Propulsores iónicos? ¿Velas solares? Indagué además mil y una

combinaciones entre los mismos, pero mis cálculos nunca me llevaron siquiera a alcanzar ni una vigésima parte de la velocidad necesaria para activar el campo magnético.

Mientras la facultad celebraba a bombo y platillo la graduación del alumno más brillante de su historia y mi trabajo se convertía en un referente para los alumnos de ingeniería espacial de mi universidad, yo seguía encerrado en mi habitación, durmiendo unas tres horas al día y pasando el resto del tiempo en la biblioteca virtual buscando un remedio que pusiera fin a mi obcecación. Fue en estos momentos cuando una de las frases de mi padre comenzó a cobrar sentido. *Intenta hacer algo bien, y el resultado será mediocre. Intenta hacerlo perfecto, y lo harás bien. Sacrifícalo todo, y alcanzarás la perfección.*

Se acercaba el día en el que tendría que abandonar la residencia universitaria, y no tenía absolutamente ningún plan para los días venideros. Pese a que no disponía de alojamiento en Suiza y tampoco tenía dinero para comprar un billete de vuelta a España, no me preocupé en perder ni un minuto en resolver esta situación. Necesitaba mi más completa atención para conseguir despejar la incógnita.

La respuesta llegó en el último minuto. Cabizbajo, derrotado y exhausto, me disponía a meter en la maleta mis pocas pertenencias para dejar mi habitación y dirigirme quien sabe a dónde, cuando alguien llamó a la puerta. Me costó varios segundos asimilarlo, ya que recibir visitas no era algo que ocurriera todos los días. La segunda llamada me ayudó a darme cuenta de que los toques en la puerta eran reales.

Se trataba de una mujer mestiza de mediana edad cuyo rostro me resultaba ciertamente familiar. Solo tras escuchar su nombre recordé haberla visto en varios reportajes. Se trataba de la respetada doctora belga Monika van Meurs, una famosa investigadora que trabajaba para el CERN, la Organización Europea para la Investigación Nuclear.

El CERN había conocido tiempos mejores. Esta organización había llegado a constituir el laboratorio de física de partículas más importante del mundo décadas atrás, sorprendiendo al mundo con la

construcción del LHC, aquel acelerador de partículas formado por un túnel de veintisiete kilómetros de diámetro con el que habían llevado a cabo descubrimientos fundamentales para la astrofísica como el bosón de Higgs o las partículas supersimétricas. Tales descubrimientos habían sido posibles gracias a un ejemplar modelo de colaboración científica internacional. Hasta 21 países de la Unión Europea llegaron a formar parte de su presupuesto, a lo cual se añadían colaboraciones de otros tantos países de otros continentes.

Sin embargo, a medida que la Larga Depresión avanzaba, el número de estados miembros se fue reduciendo dada la restringida capacidad de los países para hacer frente a esta partida presupuestaria. Esta situación empeoró tras la crisis provocada por el Plan Stark en 2045, de forma que los fondos del CERN pasaron a depender apenas de Suiza y los países nórdicos. El LHC fue desmantelado y el cincuenta por ciento de la plantilla fue despedido. Únicamente se mantuvo a aquellos científicos cuyas investigaciones no suponían un gran coste para la organización.

Por ello, mi sorpresa fue doble cuando la doctora Van Meurs expresó el interés en nombre de su organización de que me uniera a su plantilla de científicos para contar con la ayuda que me permitiría terminar la investigación iniciada en mi proyecto.

—Tu trabajo nos ha llamado la atención —me confesó—. Nos has dado muchas ideas en este sentido y creemos que, investigando juntos, con tu talento y con nuestros medios, podríamos dar respuesta a muchas de tus preguntas. Todos somos conscientes de la dificultad de los tiempos que corren, pero debes saber que estamos dedicando grandes esfuerzos hacia la optimización de combustibles.

Acepté aquella oferta al instante, y llegaron tiempos más felices.

Gracias a mi trabajo en el CERN pude permitirme traer a mi padre de España. Por aquel entonces, seguía sin trabajo y había sido obligado a prejubilarse. Con la pensión que recibía, apenas le alcanzaba para los gastos básicos en un buen mes. No me iba a quedar sentado mientras mi padre pasaba hambre y arriesgaba su vida cada vez que salía a la calle.

Alquilé una pequeña casa en Gex, un pequeño pueblo francés cerca

de la frontera suiza y a unos catorce kilómetros del CERN. Es cierto que la mayoría de empleados del CERN solían vivir y formar comunidades en otros pueblos más cercanos al trabajo como Saint Genis-Pouilly o Meyrin, pero el alquiler allí era mucho más caro y mi sueldo no solo debía mantenerme a mí, sino también a mi padre. A sus casi sesenta años y sin hablar otro idioma que el español, no esperaba que nadie fuera a contratarle. Tampoco me importó demasiado vivir tan lejos, al fin y al cabo no creo que hubiese sido muy amigo de unirme a clubes de lectura, artes marciales o coqueo, y el paseo en bici de ida y vuelta al trabajo me ayudaba a mantenerme en forma.

Nuestra pequeña pero acogedora casa se encontraba a unos pocos metros de los verdes bosques donde daba comienzo el macizo del Jura. Allí iba a pasear mi padre todos los días en compañía de Cay, su inseparable e hiperactivo Jack Russell que había adoptado tras encontrarlo perdido en el bosque. Cuando volvía de trabajar, siempre me esperaba una agradable cena y un exhausto perro que solo deseaba que le acariciara detrás de las orejas mientras mi padre y yo veíamos alguna película o jugábamos al ajedrez. Ninguno de los dos habíamos experimentado antes lo que significaba vivir tan cerca de la naturaleza, y pronto comenzamos a aficionarnos al senderismo. Los fines de semana solíamos hacer marchas cada vez más intensas. Al cabo de unos meses, el Jura se nos había quedado pequeño, pero más allá del lago Lemán se encontraba todo un mundo de paisajes espectaculares por recorrer.

Además de la apacible vida familiar, en aquellos tiempos podía presumir de disfrutar del trabajo perfecto. Mi jefa, la doctora Van Meurs, pronto comprendió que el trabajo en equipo no era lo mío y me dio la libertad suficiente como para poder desarrollar mis investigaciones sin que nadie me molestara. Tal y como había prometido el día que me ofreció el puesto, mi trabajo no era muy diferente a mis investigaciones universitarias. La única gran diferencia era que disponía de muchísimos más medios y acceso a información.

No habían pasado ni dos meses desde mi incorporación cuando me di cuenta de los errores que había cometido durante la realización de mi proyecto. Por un lado, había pecado de ingenuo dando por supuesto

que el uso de métodos de propulsión conocidos podría llevarme a alcanzar ese tan ansiado 3,56% de la velocidad de la luz. La verdad era que ni la combinación más eficiente de aquellos métodos podría siquiera acercarse. Por suerte para la conservación de mis esperanzas, también había cometido un error inesperado: había obviado el uso de métodos que en principio se consideraban inalcanzables.

Había ignorado por completo el uso de antimateria. Pero... ¿cómo iba a saber que no se trataba de algo imposible? La información de la que disponía hasta el momento aseguraba que el coste de producción de tan solo un miligramo de antimateria hacía imposible su uso en cualquier campo para el que teóricamente pudiera ser útil, como la cura del cáncer o la generación de energía.

Lo que no sabía era que el CERN hacía tiempo que había dejado de intentar la consecución de antimateria a través de los aceleradores de protones tradicionales. Para mi fascinación, habían descubierto métodos mucho más factibles.

—Simplemente, es demasiado caro fabricar antimateria aquí, especialmente en los tiempos que corren —admitió la doctora Van Meurs—. Supongo que ya habrás oído lo disparatado del coste de producción. Pero ojalá ese fuera el único coste. Poca gente tiene en cuenta que no solo se trata de conseguir antimateria, sino también de *mantenerla*. La antimateria se aniquila tan pronto entra en contacto con la materia, como por ejemplo, el recipiente que la contiene. Esta aniquilación produce una energía cien veces mayor que la obtenida a través de la fusión. En primer lugar, habría que encontrar la manera de controlar esa energía para que no salgamos todos volando por los aires junto con unos cuantos millones de franceses —la doctora nunca desaprovechaba la oportunidad de bromear con su país vecino—. Y, en segundo lugar, para almacenar la antimateria habría que construir unos campos electromagnéticos de una potencia inimaginable. Con los campos de los que disponíamos en el CERN en nuestros buenos tiempos, una vez conseguimos mantener trescientos átomos de antihidrógeno durante dieciséis minutos.

—¿Y para que necesitamos más? —pregunté impaciente—. Ya me entiende, nuestro objetivo es la propia aniquilación de la antimateria

para conseguir energía, no conseguir su conservación.

—Está bien, digamos que quieres lanzar una nave propulsada por antimateria —me respondió la doctora con calma—. Para ello, en el mejor de los casos, la aniquilación tendría que tener lugar a varios miles de kilómetros de la Tierra, ¿o crees que se te va a permitir hacerlo desde la superficie?

—No, es demasiado peligroso.

—Si por mí fuera, podrías ponerte a aniquilar antimateria en el centro de Francia. Pero, siendo realistas, tendrás que despegar con un motor cohete, de los de toda la vida. Lo que significa que, en el mejor de los casos, tardarás unos veinte minutos en alcanzar una distancia segura para proceder a la aniquilación.

—No me parece tanto tiempo, teniendo en cuenta que ya conseguimos mantener antimateria durante dieciséis minutos hace treinta años.

—Los famosos trescientos átomos. En total, pesaban una milmillonésima de gramo. Esta cantidad no te llevaría ni a la Luna. Y tengo entendido que quieres ir un poco más lejos, ¿no?

La doctora Van Meurs tenía razón. Quería ir un poco más lejos. De acuerdo, ya me había dejado claro que la fabricación de antimateria no era una opción, pero ¿a dónde quería llegar?

—No te lo voy a dar todo hecho —me dijo—. Pero te daré una pista: la antimateria no se creó en la Tierra. A lo mejor no deberías buscar solo dentro de ella.

Dicho esto, abandonó la conversación y rechazó volver a ello hasta que no mostrara ningún avance por mi parte.

Creía tener bastante claro lo que la doctora quería decir: debería buscar en los cinturones de Van Allen. Estos anillos que rodeaban la Tierra poseían una alta radiación debido al campo magnético producido por la rotación del planeta. Además, eran conocidos por contener una elevada carga de antiprotones, partículas de antimateria de gran fuerza electromagnética.

Mi nuevo proyecto había quedado claro: debía diseñar una nave capaz de abandonar la Tierra con métodos de propulsión tradicionales,

que de algún modo tuviera la capacidad de recoger antiprotones de la magnetosfera e introducirlos de manera segura en un reactor de aniquilación que permitiera a la nave alcanzar el 3,56% de la velocidad de la luz antes de que la antimateria desapareciera por su contacto con el propio reactor y sin que la aceleración acabase con los tripulantes de la propia nave. Una vez alcanzada la velocidad deseada, la antimateria ya no sería necesaria, ya que un motor de fusión sería suficiente para acercarse a la velocidad de la luz. También habría de solucionar el viejo problema de la radiación interestelar, pero eso era otra historia. De momento me concentraría en aquel 3,56%.

Con la paz mental de quien se dedica a lo que le apasiona y con la sosegada felicidad de encontrarme cerca de mi padre, por fin conseguí superar antiguos traumas y centrarme en el día a día. Las pesadillas desaparecieron y los años comenzaron a pasar más rápido de lo que deberían.

Allá por 2059, catorce años después de la implantación del Plan Stark, no había ni rastro de recuperación económica en Europa. La Larga Depresión, que ya duraba varias décadas y que cada vez más gente definía como la lenta muerte del capitalismo, se había acabado contagiando a Suiza. Sin la crudeza que experimentaron otros países como España o Francia, mi país de acogida fue poco a poco empeorando sus indicadores económicos y su calidad de vida sin que sus habitantes casi se pudieran dar cuenta.

A pesar de ello, mi padre y yo seguíamos viviendo en nuestra feliz burbuja, disfrutando de nuestras cada vez más intensas excursiones a los Alpes y compartiendo la ilusión de mis gratificantes progresos en el proyecto de la nave interestelar, cuyo diseño estaba a punto de ser publicado.

Pero, como ya había aprendido años antes, la felicidad no dura eternamente, y las cosas estaban a punto de cambiar.

Era una asfixiante tarde de un sábado de finales de septiembre. Mi padre y yo nos encontrábamos descansando a las orillas del lago Oeschinen después de una agotadora excursión de ida y vuelta hasta

los pies del pico Fründenhorn, mirando atónitos cómo el viejo Cay se lanzaba una y otra vez a las azules aguas del lago para rescatar el palo que mi padre le lanzaba cada vez más lejos. Parecía tener la misma energía con la que se había levantado esa mañana antes de subir a un pico de casi 2.600 metros.

—¿Es que este perro nunca se cansa? —repetía mi padre riéndose.

Como respondiendo su pregunta, Cay de repente dejó de nadar. Se encontraba a unos quince metros de la orilla y, en vez de volver hacia nosotros, parecía obcecado en algo que se encontraba debajo de él.

—¡Se ha quedado enganchado con una rama! —exclamé. El pobre perro parecía luchar contra su propia pierna y cada vez le costaba más mantenerse a flote.

Sin dudarle un instante, mi padre se quitó la camiseta y se lanzó al agua helada para rescatarle.

Desafortunadamente, mi padre no era precisamente el nadador más rápido del planeta, así que cuando alcanzó el lugar donde se encontraba Cay, éste ya había desaparecido en las profundidades del lago.

Mi padre no era rápido pero sí era persistente, así que no se dio por vencido y se sumergió en el agua sin dudarle. Después de unos segundos que se me antojaron eternos, emergió de nuevo con el perro entre sus brazos. Cay, lejos de estar inconsciente o asustado, intentaba lamerle la cara con gran entusiasmo mientras mi padre a duras penas conseguía nadar de vuelta a la orilla.

Mientras salían del agua, me quedé mirando la escena, por un lado orgulloso de mi padre y por otro lado un tanto avergonzado por no haber sido yo el héroe.

Fue entonces cuando miré a mi padre a la cara y me di cuenta de que algo no iba bien.

Con una mueca de dolor, se llevó una mano al pecho y cayó fundido a la orilla del lago.

¿Cómo describir la sensación de perder de la noche a la mañana a

alguien al que has amado y admirado los treinta y cinco años de tu vida? Sentía una tristeza inabarcable y desesperanzadora, que sin embargo no podía compararse con la amargura que me producía aquel viejo compañero de viaje, un sentimiento de culpabilidad que volvía a transformarme en una sombra de mí mismo.

Había asumido que la vida ya no era aquella agradable experiencia que fluye suavemente, salpicada de alegrías aquí y allá. Ahora de nuevo se trataba de aquella zorra esperándote a la vuelta de la esquina para quitarte todo lo que tienes, convirtiendo cada momento en un cóctel de temor e incertidumbre.

Mi proyecto era lo único que me quedaba. Faltaban unos pocos detalles para terminar el diseño definitivo. De nuevo, meforcé a trabajar día y noche, esta vez para evitar caer en la depresión. He de reconocer que no fue muy difícil sumergirme en ello, ya que me hallaba en la parte más emocionante del proyecto.

La nave estaba diseñada. Había conseguido dar una respuesta teórica y realista a todos los problemas surgidos durante los últimos años, de manera que ante mí se hallaba una propuesta sólida para llevar, de manera segura, a una tripulación de cien personas a alcanzar la mayor velocidad jamás conseguida por el hombre. Aquel 3,56% de la velocidad de la luz que tantos quebraderos de cabeza me había dado podría ser una realidad si mi diseño decidía ser construido. Y esto solo era el comienzo, las posibilidades a partir de aquí eran infinitas.

Solo había que construir la nave para comprobarlo.

Sin embargo, la Unión Europea, o lo que quedaba de ella, tenía otros planes. Los países socios ya no eran capaces de seguir soportando el gasto que suponían los fondos destinados al CERN. Suiza y Noruega fueron los últimos en retirar sus ayudas, de manera que el CERN tuvo que ser cerrado definitivamente en 2060.

Con ello, se iban al garete todas mis esperanzas de ver mi sueño hecho realidad. Había estado tan cerca... ¿De qué habían servido todos estos años si no me dejaban presentar mi diseño?

—Andrés, no te olvides de tu microscopio —me recordó la doctora Van Meurs mientras salía devastado de mi laboratorio con una caja de cartón llena de recuerdos en mis brazos. La doctora, al igual que yo,

acababa de perder su trabajo y, probablemente, toda posibilidad de encontrar otro empleo a sus 57 años. Su marido tampoco trabajaba y vivían de alquiler con sus tres niños en un caro chalet en Thoiry. Sin embargo, estaba de un humor excelente y no parecía lo más preocupada.

—¿Mi microscopio? Pensé que pertenecía al CERN.

—¿Qué crees que van a hacer con él? Antes de que se pase aquí los próximos años cogiendo polvo, llévatelo y dale un mejor uso. Nadie se enterará. Además, tengo la sensación de que lo necesitarás muy pronto.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté sobresaltado.

—Ya lo verás por ti mismo —me contestó bruscamente, y desapareció del laboratorio dejando la conversación en el aire como tanto le gustaba hacer.

A falta de un lugar mejor donde vivir y con el aliciente de las últimas palabras de la doctora Van Meurs, decidí quedarme cerca del CERN. Eso sí, tuve que mudarme a un mugriento piso en un alto y gris edificio a las afueras de Ginebra, donde me vi obligado a compartir piso con Udo, un desgarrado y maloliente anciano alemán que tampoco se hallaba en su mejor momento.

Udo se había dedicado toda su vida a vender el Apfelwein que producía en su finca al norte de Frankfurt. El Apfelwein era un vino de manzana tradicional de aquella región de Alemania desde que los romanos decidieran en el siglo VIII que era una zona demasiado fría para plantar viñedos. Sin embargo, las temperaturas habían subido lo suficiente en las últimas décadas como para arruinar las propiedades de las manzanas que daban al Apfelwein aquel sabor agrio tan característico. Muchos productores decidieron probar otro tipo de manzanas o incluso algún tipo de uva, pero Udo estaba demasiado encariñado con su marca de Apfelwein, así que decidió emprender una búsqueda hasta encontrar el terreno adecuado para volver a producirla. Así acabó en Ginebra, donde intentó comercializar los miles de litros de vino de manzana que había producido en sus nuevas fincas en suelo francés, a apenas cincuenta kilómetros.

Por desgracia, los suizos no estaban acostumbrados a aquel sabor, y trasladar la mercancía hasta Frankfurt no era rentable. Arruinado, se mudó a aquel pequeño piso en compañía de cientos de botellas de Apfelwein que no había conseguido vender.

La compañía de Udo solo contribuyó a hundirme más. Nuestros días consistían en competir por ver quien contaba la historia más miserable mientras bebíamos Apfelwein hasta quedar inconscientes. Después de unos meses, mi aspecto era lamentable y me estaba quedando sin un céntimo. Tanta improductividad me estaba deprimiendo cada vez más y no veía ninguna salida. La esperanza de que la doctora Van Meurs me llamara un día para explicarme lo que significaban sus últimas palabras se fue desvaneciendo hasta desaparecer.

Una tarde cualquiera de noviembre, lluviosa y gris como la mayoría, me desperté en calzoncillos sobre el destartado sofá del salón. Botellas vacías de Apfelwein se acumulaban en el suelo, en compañía de porciones de pizza fría, ropa sucia y restos de basura provenientes de un cubo que, por alguna razón, estaba tirado en medio del salón. Udo estaba durmiendo en el suelo cerca de mí, abrazado al cubo de basura.

Me di cuenta de que no me dolía la cabeza. Debía significar que todavía estaba borracho. *Perfecto, pensé, así puedo abrir otra botella y evitar la resaca.*

—Creo que he tocado fondo, Udo —le dije a mi compañero de piso después de acabar con media botella de un trago—. Se supone que soy un puto genio. Iba a ser un astronauta, o en su defecto un importante científico, o incluso un ingeniero espacial. ¿Qué cojones ha ocurrido? De acuerdo, me vas a decir que no eres quién para criticarme, pero Udo... tú has tenido una vida... durante cierta parte de ella te has sentido útil, has visto como aquello a lo que te dedicabas obtenía un resultado. Ciertamente, ese resultado consistía en emborrachar a la clientela con este ácido intragable, pero es mejor que nada. ¿Te he dicho alguna vez el número de ingenios que la humanidad puede disfrutar gracias a mí?

Obtuve el silencio por respuesta. Udo seguía abrazado a su cubo.

—¡Exacto! ¡Cero! ¡Ni un puto invento, joder! Ese es el número de naves que algún día saldrán de esta mierda de planeta gracias a mí. ¿Y sabes otra cosa? Cero es también el número de padres que salvaron la vida gracias a mi valentía. Y esto no te lo he contado nunca, pero también es el mismo número de amigos a los que he salvado de una vida entera en una puta silla de ruedas. ¡Así soy yo, Udo! No solo un inútil redomado, sino también cobarde, estúpido y egoísta. Un puto cero a la izquierda. ¿Crees que en algún momento de tu vida has sido más lamentable que yo?

Como respondiendo a mi pregunta, el brazo de Udo cayó de encima del cubo, aterrizando sobre una mohosa montaña de puré de patata que habíamos tirado a la basura hacía unos días.

—En fin, ¿por qué preocuparse? Por lo menos no somos los únicos, Udo. Mira a tu alrededor. No, no me refiero a esta pocilga de piso, sino al mundo en que vivimos. ¿Crees que a alguien le importa que casi todos nos estemos muriendo de hambre? Por supuesto que no. Todos vamos a morir. Pronto, me refiero. Solo quedarán los ricos, aquellos que se pueden permitir seguridad, comida y salud. No son ellos los que nos han ganado la partida, Udo, sino el ciclo de la evolución, una vez más. ¿No te das cuenta?

No es que esperara respuesta alguna, pero había algo raro en la forma en que el brazo de Udo yacía sobre el montón del roñoso puré de patata. Demasiado... ¿inerte? Instintivamente, me acerqué para dar la vuelta a mi compañero de piso.

Sus ojos abiertos y vidriosos evidenciaban que aquella había sido su última noche sobre la faz de la Tierra.

Fríamente y sin inmutarme demasiado, decidí que no iba a montar ningún drama. Otra persona cercana a mí había arruinado su vida sin que yo hiciera nada al respecto. ¿Y qué? No era nada nuevo. El certero autoanálisis que acababa de efectuar dejaba claro que eso era lo que yo hacía, para lo que mejor servía. No valía la pena torturarse por ello. Pero lo que sí que podía hacer era ponerle solución. Podía adelantarle un poco de trabajo a la evolución. Agarrando un par de botellas más de Apfelwein, me puse en pie y me dirigí hacia la azotea del edificio.

Como si caigo sobre un pozo de mierda.

Me importa bastante poco dónde y cómo morir. Solo quiero que ocurra.

Por alguna razón, mientras miro al vacío y balanceo los pies sentado en aquella estrecha barandilla de piedra, pienso en los viejos y felices días de verano en Madrid, aquellos en los que mi padre me solía llevar a la piscina del polideportivo Vicente del Bosque.

Extendiendo mi toalla a la sombra de algún árbol, solía pasarme toda la tarde leyendo novelas de Isaac Asimov en la pequeña pantalla de mi lector hasta que mi padre venía a obligarme a bañarme para aguantar mejor el calor. Aquellos minutos al borde de la piscina se hacían interminables mientras pensaba, *¿por qué no me lanzo ya al agua?* Tarde o temprano debía hacerlo. El primer contacto con el agua sería desgarrador, pero luego todo habría pasado. *No debería habérmelo pensado. Si me hubiera lanzado al principio, ahora mismo estaría disfrutando del baño.* Pero ya era demasiado tarde, y cuanto más esperaba, más improbable era que acabara en la piscina. Solo esperaba a aquel momento en el que un extraño impulso de origen desconocido pudiera más que la lógica, y cuando quisiera darme cuenta, ya estaría en el aire. Era un momento aterrador, pero siempre acababa mereciendo la pena.

Sentado en la fría oscuridad, al borde de aquella azotea de Ginebra, experimento una sensación parecida. También estoy esperando aquel impulso.

Apenas unos segundos después de haber terminado el último trago de Apfelwein, se escuchan unos gritos de mujer desde la calle, a unos sesenta metros debajo de mí. Suena como si alguien estuviera intentando violarla.

Quizá sea porque mi subconsciente identifica aquella situación como la oportunidad de oro para demostrar algún tipo de valentía por una vez en mi vida. Sé que no es muy brillante esperar que justo vaya a caer encima del agresor, pero el Apfelwein está tomando las decisiones por mí.

Sea por la razón que sea, aquellos gritos desencadenan el anhelado impulso. El fin de la espera. Sin pensar ni una décima de segundo más, salto al vacío.

Mi cerebro emplea los primeros instantes de caída en adaptarse al súbito estado de aceleración. Una vez pasa aquella sensación de vacío y todos los átomos de mi cuerpo se acoplan a la inercia del movimiento, comienzo a sentir una sensación de alivio. Quizá lo siguiente sea una luz al final del túnel, o una película sobre los principales recuerdos de mi vida.

Sin embargo, toda sensación se ve interrumpida cuando alguien intenta llamarme por teléfono.

¿Por qué cojones no me quitaría las lentes? es una de mis últimas reflexiones. Menos de un segundo antes del impacto, aparece el número de teléfono que me está llamando en mi campo de visión.

Todo se ve negro, excepto un número de nueve cifras verdes que parpadean frenéticamente mientras el estribillo de *The Outsiders* de REM, la canción favorita de mi padre, suena atronador en mis oídos.

Mi último pensamiento es: *¿de dónde coño es el prefijo +357?*

Lin Tang
Octubre - Noviembre 2059
Guangzhou - Macao

Domingo, 26 de octubre de 2059.

No había pasado ni un día desde nuestra última conversación y ya me encontraba de vuelta en el pestilente sótano de Zuo. A pesar del riesgo de la operación, supe desde el primer momento que le ayudaría a desplumar al desgraciado de Lu Jing. Por ello, no vi ninguna razón para engañarme a mí misma y prolongar lo inevitable.

La primera decisión era fácil: teníamos que elegir una fecha. No queríamos demorarnos demasiado, ya que Lu Jing podría pensar en invertir en seguridad informática para asegurar su nueva fortuna. Pero también queríamos estar bien preparados. Nos pusimos como meta el último viernes de noviembre. Quedaba apenas un mes.

Durante este tiempo, Zuo se dedicaría a prepararse técnicamente y a conseguir reunir cuatro personas fiables que formarían el resto de nuestro equipo: un maquillador, dos colegas de confianza de Zuo que colocarían el anulador de señal del CNI en el salón de belleza y, por último, el experto en reemplazo de CNI. Por seguridad, ninguno de ellos sabría realmente en qué consistía nuestra misión completa.

El maquillaje me haría ser prácticamente una copia de la señora Jing y el CNI me daría la validación informática, pero no era suficiente. Por ello, yo me dedicaría a estudiar a la señora Jing. Analizaría vídeos de ella para imitar su estilo, sus movimientos, su acento, su vocabulario e incluso su caligrafía. Durante aquel tiempo me convertiría en actriz. Debía meterme en el papel, verlo todo desde el punto de vista de una

ricachona de cincuenta años. *La mejor forma de vencer a tu enemigo es conocerlo.*

En cuanto a los detalles de la operación, Zuo ya había trabajado en un avanzado plan.

—Tras ser maquillada, irás a Macao en el primer barco del viernes 29 de noviembre —comenzó a explicarme con tranquilidad mientras engullía un cubo entero de grasientas alitas de pollo—. Allí te estará esperando mi colega el médico, que se hace llamar Ma He. Él te llevará a su consulta para realizar la operación.

—Entendido.

—La operación se suele llevar a cabo con anestesia general, pero no disponemos del tiempo suficiente. Ma He deberá aplicarte anestesia local, lo cual viene siendo tan útil como proteger tu rodilla de un martillazo poniéndole un pañuelo por encima. ¿Te ves preparada para aguantar el dolor?

—Tendré que hacerlo.

Por desgracia, no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

Jueves, 28 de noviembre de 2059.

Me voy a la cama a las ocho. Como era de esperar, no puedo pegar ojo. Imágenes de chips electrónicos arrancando trozos de médula se repiten en mi cabeza. *¿Quién coño me mandaría buscar vídeos sobre la operación?* Me doy la vuelta, pruebo técnicas de relajación. Sin éxito, vuelvo a mirar el reloj. Las 22:16. *Si me duermo ahora, podré dormir dos horas y cuarenta y cuatro minutos. Cuarenta y dos. Cuarenta y uno. Llevo días obsesionada con la operación de médula. ¿He pensado bien en lo que viene después?* Comienzo a repasar el resto del plan, pero pronto me doy cuenta de que es inútil. *Lo que necesito es dormir, no estoy pensando con claridad. Dos horas y cuarto. Todavía puedo dormir lo suficiente para estar lúcida mañana. Solo necesito unos minutos sin pensar en nada... .. Mierda. La documentación. ¿La he dejado encima de la mesita del pasillo? Si no está allí puede que mañana se me olvide. Será mejor que me levante para asegurarme. Aquí está. Vale, ya puedo dormir tranquila. Una hora y*

media...

Incontables divagaciones más tarde, comienzo a conciliar el sueño. Y justo en ese momento de inesperada calma en que los pensamientos racionales se empiezan a fundir con los irracionales, el sonido de mis lentes me arranca de mi ahora suave almohada de un sobresalto. El maquillador está aquí. Ha llegado el momento.

Unas horas más tarde, un cielo de espesas nubes grises se empeña en retrasar el amanecer mientras desembarco en el puerto de Macao. Los altos tacones no son un problema, al fin y al cabo llevo un mes practicando, pero las prótesis que llevo en la cara me resultan bastante incómodas.

Macao es un lugar conflictivo desde que perdió su autonomía del gobierno chino en 2049, y el puerto se encuentra atestado de policías. Zuo y yo sabíamos que era un riesgo que deberíamos asumir, ya que el transporte por carretera no era una opción. Guangzhou y Macao son dos de las áreas con mayor densidad de población del mundo, y el trayecto entre ambas es una pesadilla. Algunos de los atascos entre ambas ciudades han llegado a durar más de una semana.

Noto cómo muchos de los policías me observan detenidamente con cara de pocos amigos al cruzármelos, y un escalofrío me recorre la espalda al recordar algunas de las barbaridades por las que el cuerpo de policía de Macao se ha hecho tristemente famoso en los últimos años, como aquella joven a la que mataron de una paliza por dirigirse a ellos en cantonés, o aquel dirigente de un casino al que asesinaron por asegurar que su negocio había quebrado debido a las nuevas leyes impuestas por Pekín.

Ma He, el médico experto en reemplazo de identidad, me está esperando en el punto acordado, a unos cien metros de la salida del puerto. Es un joven flaco que viste de manera descuidada, con un pelo largo y alborotado que crece en todas las direcciones menos en la de la gravedad, lo cual confiere a su cabeza un tamaño desproporcionado. Por sus movimientos corporales, deduzco que, o está escuchando música y no puede evitar llevar el ritmo, o tiene una necesidad imperiosa de ir al baño. Cualquiera que sea la razón, no le da una apariencia muy cuerda. *Así que voy a poner mi vida en las manos de este*

lunático... Cuando estoy a punto de darme la vuelta, parece percatarse de mi presencia y se dirige hacia mí con cara de pocos amigos. Ma He se presenta secamente y me conduce hacia su coche, una chatarra que amenaza con electrocutarnos a las primeras de cambio.

Su consulta no es más que un pequeño apartamento en la Rua de Bruxelas que ha alquilado específicamente para la misión. La operación de médula tendrá lugar en una pequeña sala de estar que, a juzgar por su decoración basada en reliquias de cerámica y animales disecados, bien podría haber pertenecido a mi tatarabuela.

Siempre pensé que la tentación de salir corriendo en el momento de ver la silla de operaciones sería un impulso contra el que tendría que luchar, sin embargo me encuentro sorprendentemente tranquila. Me siento en ella y me inclino hacia adelante apoyando la frente en una especie de brazo acolchado, sin decir palabra y con cuidado de no estropear el maquillaje. Mientras, Ma He comienza con los preparativos.

—Tengo una noticia buena y otra mala —dice distraídamente mientras me abrocha fuertemente a la silla con un robusto cinturón.

—No estoy de humor para juegos, dime que ocurre.

—La buena es que podemos aplicarte anestesia local.

—Eso ya lo sabía —le contesto con brusquedad, y tengo que morderme la lengua para no insultarle.

—La mala es que, para que afecte a la médula, tenemos que usar un tipo de inyección que te va a doler bastante.

—¿Tanto como para considerar la opción de no utilizar anestesia?

—No, no, ¿estás loca? Te desmayarías enseguida y sería peligroso.

—Entonces ¿para qué coño me cuentas esto? ¡Ponme ya la anestesia y cállate la boca!

—Para ser la persona de quien depende tu vida, no me tienes mucho respeto.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para evitar soltarle otro improperio. Quizá esté reaccionando de manera más susceptible de lo normal, pero este tío parece salido de un concurso de bichos raros. *Qué coño, qué se puede esperar de un amigo de Zuo.*

Mientras despotrico mentalmente, siento un inesperado e intenso dolor en la parte superior de mi espalda. No dura mucho, pero estos instantes se convierten en los más largos de mi vida.

Los siguientes minutos son terriblemente desagradables. El punzante dolor no es lo peor. La sensación de alguien rebuscando con un escalpelo en la parte posterior de mi cuello, donde comienza la espalda, es lo que me da náuseas y me tiene al borde del desmayo. Ocasionalmente siento el choque entre algún hueso y el frío metal y el dolor se hace más intenso, lo cual casi agradezco porque sustituye a la sensación general de estar siendo abierta en canal. No puedo evitar arquear las plantas de los pies y apretar los puños para luchar contra el dolor. Me agarro a los manillares acolchados de la silla de operaciones y aprieto las manos con tanta fuerza que comienzo a tener calambres musculares en las muñecas. Ese dolor se une al dolor en la espalda, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no derramar unas lágrimas que podrían arruinar el maquillaje.

Después de lo que me parece una eternidad, veo cómo Ma He se aleja de la silla de operaciones quitándose los guantes ensangrentados.

—¿Hemos terminado ya? —pregunto con voz temblorosa.

—Me temo que no —dice contrariado mientras se sienta en un sillón al otro lado de la sala—. Las últimas conexiones de tu chip están más pegadas a la médula de lo normal. Si tiro demasiado fuerte podría dañar algún nervio. Voy a tener que usar un producto especial para efectuar la extracción.

Mi primer impulso es levantarme e irme de allí. Todavía tengo mi chip, no he incurrido en ningún delito. Podría volver a casa y dedicarme a ser una activista normal y corriente, sin meterme en líos como este. Pero intento mantener la calma, forzándome a pensar en los motivos que me han llevado hasta aquí una vez más.

Pienso en un vídeo que hace tiempo me envió Wenbo, donde se veía por dentro una fábrica de componentes electrónicos propiedad de la empresa de Lu Jing. Había sido filmado por Na Sung, una activista de Zhēnlǐ zhī dào que de alguna manera se había hecho pasar por nueva ejecutiva de la empresa. El vídeo era de baja calidad, ya que tuvo que usar una cámara antigua para evitar su detección. Na avanzaba por una

planta subterránea abarrotada de trabajadores, apelmazados unos contra otros a lo largo de interminables mesas sobre las que trataban de ensamblar piezas. Sus edades comprendían todo aquel individuo que fuera capaz de usar sus manos para encajar piezas pequeñas, lo que significaba una mayoría de niños, pero también se veían varios ancianos. Los turnos eran de catorce horas sin descanso y se les pagaba al final del día dependiendo del número de piezas que hubieran ensamblado. En el mejor de los casos, alguien tendría para comprar medio kilo de arroz con su sueldo de un día.

Lo peor ocurría en las cadenas de montaje. Allí no había niños, sino grandes grupos de trabajadores adultos apelonados en torno a las máquinas, casi peleándose por un puesto en la cola para usar una de las máquinas ensambladoras. Si conseguías usar la máquina tres o cuatro veces en un día, podrías ganar lo suficiente como para cenar esa noche. De hecho la empresa se enorgullecía de su política de contratación, o más bien de su falta de ella. Decían que cualquiera que viniera a su fábrica podía echar una mano y ganarse un sueldo diario, lo cual concedía oportunidades a todo el mundo por igual. Por supuesto, los vídeos oficiales mostraban una fábrica limpia, luminosa y con unos pocos trabajadores que se repartían el uso de las máquinas con una sonrisa, pero la realidad era muy diferente.

Cerca de la máquina, dos trabajadores comenzaron a pelearse, presuntamente por dirimir quien había llegado antes. Uno de ellos empujó al otro, que perdió el equilibrio y cayó sobre la primera persona de la cola. Éste a su vez cayó sobre el trabajador que estaba usando la máquina, con tan mala suerte que el pobre hombre hundió su cabeza en el producto electrónico que estaba ensamblando justo en el momento en el que estaba usando la pistola de fundición. A pesar de que el sonido del vídeo también era de mala calidad, sus gritos se podían distinguir perfectamente. Tras unos segundos de duda, dos trabajadores le separaron de la máquina y le dejaron en el suelo, donde se quedó inconsciente mientras la sangre todavía salía a borbotones de las cuencas donde antes habían estado sus ojos. A nadie pareció importarle lo más mínimo.

Aquellos gritos han sido un componente habitual de mis pesadillas

durante una temporada, y consigo recordarlos con gran realismo mientras espero en la silla de operaciones a que Ma He decida continuar.

En cierto momento, otro grito más real y a mayor volumen se une a los que ya suenan en mi cabeza. Cuando por fin me doy cuenta de que el grito ha salido de mi propia garganta, todo lo que me da tiempo a sentir es un horrible dolor agudo en la nuca, seguido de una negra niebla que cubre mi campo de visión de arriba abajo como un lúgubre telón.

Zuo no era tan optimista como yo. Antes de continuar explicando la operación, transfirió a mis lentes varios archivos que explicaban técnicas para evitar desmayarse en momentos de dolor y sufrimiento físico. Desde el primer momento supe que nunca los abriría.

—Y tampoco puedes echar a perder el maquillaje —continuó.

—Descuida. Pero prefiero hablar de la operación solo lo justo y necesario. ¿Qué viene después?

—Esperaréis a mi señal, que os daré cuando la señora Jing comience a usar el secador donde hemos colocado el anulador de CNI. Entonces Ma He te llevará al hotel Grand Lisboa, donde tienes reservada una suite a nombre de Chun Jing. Este es su hotel preferido.

—¿Les has dado mi teléfono al hacer la reserva?

—Sí, y también tu foto, tu dirección y tus antecedentes penales. Joder, Lin, ¿tú que crees?

—De acuerdo, es una pregunta estúpida —reconocí.

—Tengo un número de teléfono nuevo para ti. Para evitar dejar la huella del chip telefónico, no llevarás tus lentes. Te he conseguido unas nuevas en la que introduciré tu nuevo número.

—Espero que sean unas buenas. La señora Jing no escatimaría en gastos.

—Por desgracia, tienes razón. Te he comprado unas Hua Sung X3.

—Era broma Zuo, sabes que me dan igual las nuevas tecnologías.

—De todas formas no te acostumbres a ellas, las destruiremos en

cuanto vuelvas. Y tampoco te acostumbres a la suite. Tienes que perder el menor tiempo posible allí. Simplemente deja tus maletas a Ma He y sal inmediatamente hacia el banco.

—¿Me esperará alguien allí?

—El matrimonio Jing tiene su consultor personal. No te preocupes, solo ha visto a la señora Jing una vez y ella no es de muchas palabras, así que si no hablas demasiado no levantarás sospechas.

—De acuerdo.

—Cuando el consultor te pregunte cómo ha ido el viaje, deberás contestarle que el chófer tenía un día flatulento.

—Zuo, no creo que los consultores financieros de Macao entiendan tu humor.

—Es la contraseña. Parece que la señora Jing y yo compartimos sentido del humor.

—Quizá sea tu alma gemela. Deberías replantearte robarla tanto dinero.

—No creo que mi alma gemela sea alguien que se enorgullece de poseer el cuerno del último rinoceronte blanco conocido.

—Que señora más simpática —ironicé—. De repente me apetece más que me arranquen un trozo de médula.

—El consultor te llevará a su oficina —prosiguió Zuo—. Para entonces, ya te habré enviado a tus lentes toda la documentación que necesitas darle para realizar la transferencia. Una vez el dinero esté en la nueva cuenta, el resto está en mis manos.

—¿Podremos estar comunicados durante todo este tiempo?

—Los detectores del banco desactivarán tus lentes nada más entrar. Yo te podré ver a través de las cámaras, pero tú solo podrás verme y oírme cuando estés fuera del banco.

—¿Tenemos un plan B si me descubren?

—Esa no es una opción, Lin. No te pueden descubrir.

—No solo depende de mi, Zuo. ¿Y si me piden huellas dactilares? ¿Y si Lu Jing se presenta en el banco? ¿O si el consultor resulta ser el amante de Chun Jing?

—Hace años que no se usan las huellas dactilares. En cuanto a Lu Jing, yo le estaré siguiendo desde aquí. Y a ti también. Si veo que algo va mal, puedo jugar con la seguridad del edificio por unos segundos para permitirte escapar. Pero eso no va a ocurrir.

Zuo tenía respuestas para todo. Me tranquilizaba saber que había tenido en cuenta hasta el más mínimo detalle.

Ojalá también hubiera pensado en algún método para combatir mi propia estupidez.

—Has oído bien, Kozo. Normalmente te haría precio de amigo, ya lo sabes, pero si lo hago tendré que cancelar varias citas, bastante lucrativas por cierto. De hecho, ni siquiera lo consideraría de tratarse de otro. Además, es una zorra impertinente. ¿De dónde la has sacado? Da gracias que no te cobre también por aguantarla una semana.

Zorra impertinente. Creo que ya se habían referido a mi alguna vez con esas palabras. Son las primeras que distingo con claridad mientras intento descubrir dónde estoy y qué me ha ocurrido.

—¡Dios mío, Kozo, se está despertando!

Una cabeza inmensa que sobresale de un cuerpo cómicamente pequeño y delgado se acerca a mí hasta estar a dos centímetros de mi cara.

—Eh, tú, ¿me oyes?

El característico y desagradable olor de Ma He es probablemente lo que hace que me acuerde de todo.

—No sé quién se va a quedar contigo una semana, pero yo no —le espeto.

—No me hagas arrepentirme de no haber tirado más fuerte.

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado con el último tirón, pero parece que estás bien. De todas formas, no estaría de más que comprobarás si puedes mover todas tus extremidades.

Le muestro el dedo corazón de mi mano derecha para demostrar que no he perdido movilidad.

—También puedo mover las piernas. Puedo darte una patada para demostrártelo si quieres.

—Ya te he colocado el nuevo chip —esta vez parece ignorar mis comentarios—. La herida está cerrada y cicatrizada con láser. Me ha quedado perfecto, nadie diría que tu operación ha sido hoy.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Unos veinte minutos.

—Déjame llamar a Kozo.

—No he colgado el teléfono, aquí lo tienes.

—Me pasa su sudoroso guante, que por suerte es de los que se pueden doblar para usar como un teléfono antiguo.

—Kozo, ¿estás ahí?

—Veo que habéis hecho buenas migas —me alegra oír la voz de Zuo.

—Tu amigo es un cenutrio. Pero tengo que reconocer que ha hecho un buen trabajo. No me duele nada y la operación parece haber sido un éxito.

—Me alegro. Ya pensaba que tendrías que quedarte en su consulta hasta el próximo viernes.

—Ni de coña. ¿Cómo vamos de tiempo?

—La señora Jing ya ha llegado a su salón de belleza. Debería empezar a usar el secador en unos minutos. Prepárate para salir pitando hacia el hotel. Y cuelga este teléfono. Mejor que usemos tus lentes.

Cuando me levanto de la silla de operaciones y veo mi imagen en el espejo que hay frente a mí, me doy cuenta del desastre. Las lágrimas han arruinado el rímel y, por lo visto, también he vomitado sobre mi camisa.

—Es normal —dice Ma He viendo mi expresión de horror—. Pero estamos preparados para ello.

Me lanza una pequeña bolsa de tela que contiene una camisa igual que la que llevo puesta y un kit de maquillaje.

—¿Por qué no me dijisteis nada de esto?

—Fuiste tú la que te empeñaste en saber lo menos posible de la operación —dice Zuo, al que ya puedo ver en una pequeña pantalla en la esquina inferior izquierda de mi campo de visión.

Apenas diez minutos después, Zuo nos da la señal. Son exactamente las 11:04:17. Ma He y yo bajamos corriendo a su coche mientras pienso en lo extraño que resulta salir de una operación de médula sin sentir absolutamente nada. *Debería haber confiado más en Zuo y su amigo, me digo a mi misma. Si salgo de esta tendré que pensar en algún tipo de disculpa.*

Pero éste no es momento de ñoñerías. Mientras montamos en el coche, le pregunto a Ma He si tiene clara la siguiente parte del plan.

—Piso doce —es su locuaz respuesta. Me dedico a activar la alarma de mis lentes a las 11:54:17. Esa será la hora exacta a la que el secador de la señora Jing dejará de funcionar y su CNI volverá a ser perceptible para los detectores. Tengo menos de cincuenta minutos para registrarme en el hotel, realizar la operación en el banco y regresar a mi habitación.

La hora punta ya ha pasado, y nuestro trayecto a través de calles rodeadas por casinos en horas bajas dura solo ocho minutos. Al cruzar la última esquina, vemos cómo el Grand Lisboa se alza ante nosotros. Pese a la tensión, no puedo evitar sorprenderme por su espectacular arquitectura, inspirada por una flor de loto. Le pido a Ma He que aparque en esa misma esquina para no levantar sospechas, ya que dudo mucho que la señora Jing se presentara en uno de los hoteles más caros de la ciudad en un eléctrico del 39, y menos en la compañía en la que vengo yo.

Tras una última mirada al espejo retrovisor para asegurarme de que el maquillaje sigue en su sitio, me dirijo hacia la recepción del hotel. Primer examen.

En cuanto cruzo la entrada principal, un joven recepcionista parece reconocerme de inmediato como la señora Jing. Me pregunto si es por mi apariencia o a través de mi nuevo CNI. Me acerco al mostrador VIP. Con educación pero sin mucho preámbulo, me hace entrega de la llave. La única vez que tengo que abrir la boca es para pedir otra copia.

—Oh, ¿esta vez su marido también viene con usted? —me pregunta el mozo.

—Es posible, ya sabe cómo suelen alargarse sus partidas de Black Jack.

Con una sonrisa cómplice, me entrega la segunda llave y me desea una agradable estancia. A través de mis lentes veo cómo Zuo me levanta el pulgar en gesto de aprobación.

Mientras me doy la vuelta hacia los ascensores, me fijo en que justo encima de ellos se encuentra uno de los detectores de identidad del hotel. Con el corazón latiendo a toda velocidad, me dirijo hacia ellos temiendo el momento en que la alarma comience a sonar.

Sin embargo, no se activa ninguna alarma. En cuanto entro en el ascensor, la ansiedad desaparece para dar paso a la impaciencia. *¿Cuánto tiempo he perdido en el registro? De acuerdo, son las 11:17:43. Calculo que tengo unos cuatro minutos para volver a salir del hotel. Cinco más para llegar al banco y otros cinco para volver después. Esto me da veintitrés minutos en el banco, tres más de lo esperado.*

Este pensamiento me tranquiliza. Sin pasar por la habitación, espero en la salida del ascensor de la planta doce a Ma He, que aparece inmediatamente. Me fijo en que se ha puesto una corbata y una chaqueta, y me pregunto cómo narices ha conseguido aparcar y cambiarse de ropa en tan poco tiempo. Sin cruzar palabra, vuelvo a entrar en el ascensor mientras él sale, depositando una de las llaves en su mano de la forma más disimulada que puedo.

Por suerte, el recepcionista que me ha atendido está ocupado con otros clientes y no se percata de mi apresurada salida.

Tomo la avenida Infante Dom Henrique hacia el banco, que se encuentra a dos manzanas del hotel. El hecho de haber pasado el primer obstáculo serio, aparte de la operación, me llena de confianza. Solo en los últimos metros comienzo a sentir una desconocida sensación de vértigo. Pienso que es una suerte que mi personaje nunca tenga que sonreír, porque habría sido todo un reto.

Unos segundos antes de entrar en el banco, miro el reloj de mis lentes: son las 11:26, cuatro minutos antes de la cita concertada. Con un

poco de suerte, me atenderán antes de lo planeado. En la pantalla, Zuo levanta la mirada de su monitor para desearme suerte, y desaparece en cuanto cruzo la puerta del Delta Hang Bank.

Nada más entrar en la oficina, mi consultor personal, el señor Jong Duo, abandona inmediatamente los clientes con los que está hablando para dirigirse a mí ceremoniosamente. Desde que soy la señora Jing me estoy dando cuenta de la cantidad de lameculos que rodea a la gente con dinero.

—Bienvenida señora Jing. Estamos encantados de recibirla otra vez. ¿Qué tal su viaje? —dice tras inclinarse varias veces en gesto de reverencia.

—Todo bien, gracias. Excepto por el descontrol intestinal que casi le cuesta el puesto a mi chófer.

La falta de respuesta hace saltar mis alarmas. ¿Ha sido mi comentario lo suficientemente aproximado o debería haber dicho una frase literal? El consultor Duo no reacciona durante varios segundos, que me parecen una eternidad. Lo único que hace es mirarme fijamente. Su cordialidad y su sonrisa forzada han desaparecido para dar paso a un ceño fruncido y una mirada escudriñadora. He de decir que la mirada de este señor, tan menudo y amigable como me pareció al principio, consigue intimidarme. Por suerte, el maquillaje ayuda a que consiga mantener mi mirada de póker. Después de unos segundos se da por satisfecho y, volviendo a su sonrisa inicial, me pide que le acompañe.

Una vez en su despacho, me pregunto si el proceso de identificación será como en las películas. Desde el punto de vista del cliente, la seguridad del banco parece inexistente. Nadie te pregunta por tu identidad, no hay detectores a la vista ni controles de CNI. Simplemente, las operaciones se realizan. La contraseña que utilicé al entrar no era más que un acuerdo informal alcanzado entre la señora Jing y su consultor y que Zuo había descubierto de alguna manera. Pero en los segundos que el consultor Duo se toma para, según él, iniciar el sistema, yo sé que su ordenador está dirigiendo un dispositivo a mi cuello para confirmar mi identidad.

Si mi nuevo chip falla será mi fin. Nuestro gobierno no se anda con

muchas contemplaciones en cuanto a crímenes de falseamiento de identidad se refiere. No solo estaré perdida si mi propio CNI no funciona, sino también si la verdadera señora Jing deja de utilizar el secador mientras yo me encuentro incomunicada en el banco. Sin embargo, mis nervios han desaparecido. Confío en Zuo, confío en Ma He, y lo más importante, confío en mi misma.

Le explico la operación al consultor y contesto sus preguntas con la tranquilidad del estudiante que se ha preparado a conciencia para un examen. La suerte está de mi lado y no surge ningún problema por su parte. En unos pocos minutos, pronuncia las palabras mágicas:

—Hemos acabado señora. Su dinero está seguro en su nueva cuenta.

Tengo que contenerme para no pedirle que lo repita. No puedo creer que haya sido tan fácil.

—¿Desea realizar alguna operación más? —pregunta el consultor.

Mis lentes indican las 11:39:34. Quedan casi quince minutos para que la señora Jing abandone su puesto en el secador. Y solo necesito cinco para volver al hotel, cuatro si me doy prisa. *Qué coño, esta oportunidad solo la tendré una vez en la vida. Cómo no voy a...*

—¿Pasar un momento por su caja fuerte? Faltaría más, señora. Acompañeme, por favor.

Tras varias horas repasando el plan con Zuo, todavía me quedaban algunas lagunas.

—¿Por qué he de volver al Grand Lisboa tras salir del banco? De hecho, ¿por qué hay que reservar una habitación allí siquiera?

—Hay que reimplantarte tu CNI, y no nos daría tiempo a volver a la consulta. Escucha atentamente: Si la señora Jing sale del secador antes de que vuelvas a llevar tu chip, estamos perdidos. Es imprescindible que vuelvas a tiempo o los detectores acabarán descubriendo que hay dos señoras Jing en su sistema y activarán la alarma inmediatamente. Macao no es como Guangzhou: no somos los primeros en intentar robar un banco o un casino, así que los detectores allí están por todos

los lados. Por supuesto, en todas las entradas de hoteles, joyerías o bancos, pero también hay detectores aleatorios por la calle. Calculamos que dispondrás de cincuenta minutos. Volver a la consulta significa ocho minutos más en los que estarás cruzando el centro financiero de Macao, que está plagado de detectores y de policías. Es mucho más seguro volver al hotel y reimplantarte tu CNI allí.

—De acuerdo. Cincuenta minutos en total. Si descontamos el tiempo de registro y transporte, digamos que cuento con unos veinticinco minutos en el banco. Espero que los empleados de Macao sean más eficientes que los del resto del país.

—También hay que contar con ascensores lentos, recepcionistas parlanchinas y todo este tipo de retrasos. Digamos que tienes veinte minutos.

—Alentador... en fin, si todo sale bien en el banco, ¿qué viene después?

—El último paso: cuando vuelvas a la suite, Ma He te reimplantará tu CNI. Salir del hotel con tu identidad no será un problema, pero aléjate de la recepción de todas maneras.

—¿Es seguro realizar dos operaciones en un día?

—Solo la primera operación conlleva un riesgo, ya que el chip está adherido a la médula. Pero después podrían cambiarte el CNI cincuenta veces seguidas sin problema. En cuanto llegues a la suite todo habrá acabado.

Intentaba imaginarme saliendo de la habitación del hotel con la tranquilidad del trabajo bien hecho, con la adrenalina de vuelta en su nivel normal y con la euforia de quien acaba de dar uno de los mayores golpes de la historia de China. Pero el camino hasta ese punto era tan largo y lleno de obstáculos que incluso una persona tan optimista como yo no podía evitar acabar pensando en cualquiera de los mil factores externos que podrían dar al traste con nuestro plan.

He de dejar de pensar en lo que no puedo controlar, pensé. Por lo menos me aseguraré de que no soy yo la que mete la pata.

Pronto me doy cuenta de que pedir el acceso a la caja fuerte ha sido un error.

Se necesita la presencia del director de la sucursal para poder acceder a ella. Dado que el consultor Duo tiene que ir a buscarle y que los controles de seguridad para bajar al piso inferior son bastante más complicados, pasan ocho minutos hasta el momento en el que me veo sola en la habitación de las cajas fuertes. Es demasiado tarde para arrepentirme, así que abro el pequeño compartimento de la señora Jing lo más rápido que puedo. Lo único que veo allí es un taco de papeles. Sin tiempo para decidir cuál de ellos es importante, los cojo todos y salgo de la habitación inmediatamente. El consultor Duo parece sorprendido por mi rapidez, pero me acompaña hasta la salida sin rechistar. En el momento de salir del banco, mis lentes marcan las 11:51, que se convierten en las 11:52 en el mismo momento en que recupero la cobertura y la señal de Zuo, que aparece colérico en pantalla.

—¿Qué cojones haces, Lin? ¿La caja fuerte? ¿En serio?

No tiene sentido contestar, necesito guardar fuerzas para una intensa carrera por la avenida Infante Dom Henrique. En cuanto cruzo la esquina, comienzo a correr como alma que lleva el diablo. No pasan ni diez metros cuando me doy cuenta de que, entre los tacones y lo abarrotada que se encuentra la calle, nunca llegaré a tiempo. Me descalzo y abandono la acera para correr por el medio de la calzada. Mientras adelanto bicicletas y tuc-tucs, noto la mirada asombrada de los cientos de peatones que hacen cola en los innumerables puestos de comida rápida. Un policía alarmado intenta preguntarme si me persigue alguien.

Mis lentes marcan las 11:53:45.

Faltan treinta y dos segundos para que la señora Jing deje de usar el secador.

El Grand Lisboa queda a unos doscientos metros en línea recta.

Me acuerdo del detector que había encima de los ascensores. No solo tengo que llegar al hotel, sino también coger el ascensor, o en su defecto la escalera. *¿Dónde estaba la escalera?* Mierda, me estoy distrayendo. *Corre, pienso, simplemente corre.*

Me empieza a faltar el aire. Sudo por los cuatro costados y me duelen las piernas, pero eso no me va a detener. Cien metros y llegaré. Solo quedan treinta segundos.

Mi descontrolada mente aún tiene tiempo de realizar algunas conexiones poco útiles y bastante pesimistas en estos momentos. El record del mundo de los cien metros está en 9,38 segundos. Añadiendo a este dato mi lamentable condición atlética, mi disfraz de ricachona cincuentera y el hecho de que llevo un pesado maletín y un desordenado taco de papeles en las manos ¿quién apostaría por que bajaré de los treinta segundos en recorrer estos cien metros y alcanzar el ascensor o las escaleras del hotel? Probablemente ni siquiera yo lo haría.

Pero no hay que subestimar la fuerza de una mujer que se está jugando la vida. Entro en el recibidor del hotel como una exhalación para ver cómo el ascensor está a punto de cerrarse con una pareja dentro. Afortunadamente, aquella pareja es de las pocas personas amables que quedan en este país, y no dejan que la puerta se cierre para dejarme pasar justo cuando se activa la alarma de mis lentes.

Lo he conseguido.

El detector no ha sonado y puedo ver a Zuo saltando y gritando de alegría a través de la pequeña pantalla. Poco me importa la presencia de aquella pareja en el ascensor. Me apoyo de espaldas a la pared y me dejo caer mientras jadeo y me río a partes iguales.

El ascensor se detiene en la planta siete. La pareja debería haber salido al pasillo, sin embargo se quedan allí mirándome, la mujer presionando el botón para que el ascensor no se cierre. Invasión por la emoción, tardo unos segundos en darme cuenta de esta circunstancia. Cuando por fin recupero la compostura, miro al hombre, que está esperando a que me calme para hablar:

—Sus papeles, señora.

Un sentimiento amargo se empieza a abrir paso entre tanta euforia.

—¿Perdón?

Y tras la confirmación de lo que ya me temo, ese sentimiento amargo que ya puedo identificar como miedo se adueña de mí y hace

desaparecer cualquier rastro de alegría.

—Se le han caído varios papeles en el lobby, antes de entrar en el ascensor. ¿Quiere que le envíe de vuelta a la planta baja?

—No, gracias. No son importantes.

Pero no tengo manera de saberlo. Son los documentos que saqué de la caja fuerte de Lu Jing.

Me invade una desagradable sensación de impotencia unida a un horrible presentimiento, como si ya supiera que aquellos papeles van a darle un vuelco a mi vida.

8

Leah Patroklou

Junio 2060

Galatea

Era otra vez aquella época del año.

La soleada y calurosa mañana del 17 de junio, desde el balcón del edificio Uno y frente a una bulliciosa multitud apelotonada en la zona norte de la Plaza Verde, Panos Kana había dado por inaugurados los Festivales de Galatea. Era la edición número quince, la sexta para mí y mi familia.

La excitación con la que vivíamos las celebraciones durante los primeros años se había ido transformando poco a poco. No quiero decir que los festivales dejaran de hacernos ilusión, sino más bien todo lo contrario. Comenzaron a despertar en nosotros otro tipo de sensaciones, unas sensaciones más cercanas al orgullo por formar parte de la EBR. Mi sentimiento de pertenencia a mi país de adopción había ido aumentando poco a poco hasta que un día, pasados unos tres años desde mi llegada, me sorprendí a mí misma haciendo un pedido de una gigante bandera de la EBR de Chipre para colgar desde nuestra ventana durante los festivales. Aquella bandera no solo representaba un país, sino que simbolizaba una ideología en la que creía firmemente. El resto del mundo podría continuar sumergiéndose en su espiral de autodestrucción, pero en esta bella isla habíamos construido algo hermoso, sencillo y sostenible. La bandera mostraba, sobre un fondo verde claro, una única gran estrella blanca de seis puntas sobre la que descansaba una bola azul que tocaba todos sus vértices interiores. Era simple, pero no podía ser más elocuente. Cuando miraba aquella bandera, me venía a la mente un único concepto:

respeto. Hacia los demás, hacia nuestro planeta, hacia mí misma. Hacia todo lo que se ha creado a partir del polvo de las estrellas. Los libros de Deligiannis podrían esconder más de mil consejos, pero todos se derivaban de un simple dogma: *Respetar el todo, y el todo te respetará*. La nueva bandera de Chipre, que había multiplicado su presencia en todos los rincones del país con el paso de los años, alentaba a la población a basar sus actos en dicho dogma.

Durante los festivales, era reconfortante comprobar que aquel orgullo nacional no solo me afectaba a mí, sino que era un sentimiento generalizado y demostrado a los cuatro vientos.

A diferencia de otros países o ciudades, los Festivales de Galatea no estaban basados en múltiples celebraciones colmadas de música, comida y alcohol. En Galatea también había fiestas, pero las atracciones primordiales eran el deporte y las actividades al aire libre. Se trataba de una especie de olimpiadas nacionales en las que participaba la inmensa mayoría de la población. Eran días en los que los héroes serían aquellos que mejor habían cuidado su cuerpo, que habían alcanzado una mayor sintonía con la naturaleza o que habían demostrado una mayor capacidad de esfuerzo.

Poco después de escuchar el discurso de inauguración de nuestro presidente, nos dirigimos hacia la esquina del parque Central con la radial Mandela. Aquel era el punto donde se encontraba la estación central. Siempre que pasaba por allí y visualizaba aquel enorme arco blanco a la entrada de la estación, me acordaba de nuestra llegada a Galatea y de cómo habíamos mirado con la boca abierta en todas direcciones mientras nuestro guía Soterios nos llevaba hasta la parada de tranvía.

Al pensar en ese momento sentí algo de nostalgia, pero enseguida enterré el pensamiento.

En aquel punto del parque Central se encontraba la línea de salida y la meta de la carrera en la que Chris y su amigo Marcos estaban a punto de participar. Los dos niños, ya casi adolescentes, comenzaron a calentar mientras Melinda y yo buscábamos un sitio en la grada.

Melinda se había convertido en una buena amiga. Su trabajo como directora de la Oficina de Planificación era muy exigente, pero siempre

encontraba un hueco para salir a hacer deporte conmigo y con los niños. Incluso a veces organizábamos cenas con nuestros maridos. A Ioannis le costaba congeniar con Milos, algo de lo que no le culpo, pero solía hacer un esfuerzo por tratarse de mi jefe.

Melinda no solía dejar que su trabajo le afectara en su vida personal, pero aquel día parecía despistada y pensativa.

—¿Cuándo comienza la carrera? —me preguntó mientras caminábamos a lo largo de la atestada grada buscando un sitio para sentarnos.

—A las once, Melinda. Es la tercera vez que me lo preguntas hoy. ¿Te ocurre algo?

—Nada importante. He tenido bastantes líos en el trabajo y no estoy muy centrada.

Sabía que Melinda había estado muy ocupada últimamente participando en la implantación de un innovador sistema de planificación ferroviaria. Los trenes de alta velocidad actuales pasarían a la historia para dar paso a vagones individuales que se conducirían solos y elegirían de manera inteligente su destino, basándose en los pronósticos de demanda de viajeros que la Oficina de Planificación les enviaría. Este era el proyecto más ambicioso en el que mi amiga se había visto envuelta en toda su carrera, así que deduje que era normal que tuviese la mente en otro sitio.

Vimos cómo Chris y Marcos se acercaban a la grada donde nos encontrábamos para recibir los últimos ánimos antes del pistoletazo de salida. Cuando apenas se encontraban a dos metros de nosotras, un chico que le sacaba más de una cabeza a Marcos le propinó un pequeño empujón, aparentemente sin querer, pero lo suficientemente fuerte como para que Chris y él se detuvieran y se le quedaran mirando en espera de una disculpa. En vez de eso, aquel chico les gritó con rabia:

—¡A ver si miráis por donde vais, sucios anemolios!

Anemolios.

No era la primera vez que oía ese insulto. Esta era la manera despectiva con la que los chipriotas se referían a todos los inmigrantes que habíamos llegado a la isla desde 2054.

La palabra tenía su origen en la república imaginaria de Utopía que Tomás Moro había concebido en el siglo XVI, aunque probablemente aquel mocoso repelente no tenía ni idea.

Existían ciertos paralelismos entre la EBR y Utopía. Leyendo a Deligiannis, daba la sensación de que se había inspirado en la obra de Moro para construir el nuevo Chipre. En su libro *La Sombra del Cedro*, incluso le citaba textualmente en dos ocasiones:

“donde todo se consigue con dinero es forzoso que haya muchas artes totalmente vanas, que solo sirven al antojo y al exceso”

“¿y qué objeto puede tener el pedir en demasía cuando se está seguro de que no faltará nada de lo necesario? Es cosa manifiesta que, cuando no hay temor de que falte lo que se necesita, cesa la ambición de querer acumular aquella clase de bienes.”

Deligiannis usaba las enseñanzas de Moro como argumentos en contra del capitalismo, si bien reconocía la obsolescencia de una república imaginaria ideada prácticamente en la edad media. Más de cinco siglos de uso irresponsable de recursos que una vez fueron considerados infinitos marcaban la gran diferencia. Por ello, muchos consideraban a la EBR como el resultado de una Utopía contemporánea.

Los habitantes de la Utopía original consideraban que la naturaleza había dispuesto que los bienes más útiles para el ser humano fueran abundantes y fáciles de conseguir, como el aire, el agua o la tierra. Por el contrario, los materiales más improductivos eran escasos y difícilmente alcanzables, como por ejemplo el oro o la plata. Por ello, los ciudadanos de Utopía trataban de reducir la importancia e incluso envilecer estos metales. El oro y la plata se usaban para fabricar las cadenas y los grilletes de los prisioneros, e incluso para fabricar orinales y retretes.

Anemolia era un país lejano y no conocedor de las costumbres de Utopía. Por ello, cuando los embajadores anemolios visitaron Amauroto, la capital de Utopía, lo hicieron ataviados de trajes suntuosos, sedas y joyas de inestimable valor, justo aquello que los anfitriones no tenían en ninguna estima. Para su gran sorpresa, se encontraron con las risas burlonas de los niños y con el bochornoso hecho de que la mayoría los confundía con bufones o esclavos. Los anemolios habían visitado Utopía en busca de respeto y todo lo que encontraron fue deshonra y vergüenza.

Habían pasado solo ocho años desde que Chipre se convirtió en una EBR hasta que abrió sus puertas a la inmigración. Sin embargo, durante aquel tiempo los paisanos habían sido sometidos a un intenso lavado de cerebro que les había cambiado por completo la forma de pensar. Cuando los primeros inmigrantes llegamos a Chipre, se podía observar un obvio choque cultural (de hecho era mi trabajo ayudar a los inmigrantes a superarlo). En general, estas diferencias se trataban con naturalidad y eran objeto de bromas. Los chipriotas en su mayoría respetaban al inmigrante y colaboraban en su adaptación, pero siempre estaban aquellos radicales que pensaban que solo los nativos eran capaces de entender el pleno alcance de la nueva ideología. Consideraban a los inmigrantes unas mentes capitalistas incapaces de adaptarse y una lacra para el progreso de la EBR. A alguna mente brillante se le ocurrió entonces comparar la apertura de la inmigración a Chipre con la visita de los anemolios a Utopía, y desgraciadamente el término se popularizó, usándose en ocasiones en broma pero muchas otras veces de manera despectiva.

Personalmente, me hervía la sangre cada vez que alguien nos llamaba anemolios. Por ello, me levanté como un resorte, preparada para darle una reprimenda a aquel chaval impertinente, cuando Melinda me lo impidió cogiéndome de la mano.

—Déjalo, Leah. No merece la pena.

La miré inquisitivamente, como pidiendo explicaciones a tan cobarde reacción. Pero no podía ignorar su actitud, Melinda era una persona íntegra que nunca habría permitido dicho insulto, mucho menos si iba dirigido a su propio hijo. ¿Qué le ocurría aquella mañana?

Antes de que pudiera salir de mi confusión, Chris y Marcos llegaron hasta la grada, inconscientes de que habíamos presenciado su incidente.

—Es la hora, Mamá —Chris parecía entusiasmado. Era su primera participación en la carrera del parque Central, una única vuelta a aquella pista de tartán de casi cuatro kilómetros de longitud.

Olvidando mi indignación, recogí sus zapatillas.

—Mucho ánimo, Chris. Has entrenado mucho y estoy segura de que vas a hacer un buen tiempo.

—Espero que sea suficiente para ganar.

—No te obsesiones con ello. Hay niños mayores que tú, así que nadie espera que ganes en tu primer año.

Sin embargo, sabía lo importante que era esta carrera para Chris.

A sus doce años, Chris era un chico despierto, curioso y perspicaz. Era además un buen estudiante que dominaba los dos idiomas de sus padres a la perfección, además de poder comunicarse también en español y en chino. En cualquier otra parte del mundo, su educación se habría considerado muy avanzada para su edad. Es más, en su país de origen, su inteligencia y formación habrían destacado demasiado, lo cual le habría convertido en objeto de burlas y en más que probable víctima de los típicos abusos de la clase. Pero no en Chipre. Aquí más bien sucedía todo lo contrario. Chris dedicaba horas y horas al estudio y luchaba por mantener el nivel de sus compañeros, pero de alguna manera aquellos esfuerzos le valían únicamente para aprobar las asignaturas de forma raspada. De hecho, en un grupo de niños en que el objetivo no era aprobar, sino ser el mejor, Chris era claramente la oveja negra.

Yo crecí en un ambiente en el que ser mal estudiante era *cool* y te daba grandes posibilidades de esquivar cualquier intento de mofa o de abuso. Siempre pensé que esto era ridículo, un símbolo del retraso y de la ignorancia de nuestra sociedad. Sin embargo, a la hora de elegir, hubiera preferido que mi hijo creciera en aquellas circunstancias.

La nueva sociedad chipriota, en su afán de alejarse del materialismo y dar valor a las cualidades personales, estaba basando su educación en

el estatus y en la inteligencia. Por mucho que se enseñaran otros valores, hay características de muchos niños que son iguales en cualquier parte del mundo, y una de ellas es la falta de sensibilidad. Chris nunca fue víctima de abusos físicos por parte de sus compañeros, pero la discriminación sutil que sufría era igual de cruel. Se trataba de alguna risa mal disimulada tras una respuesta errónea durante la clase, de burlas por sus dificultades para pronunciar algunas palabras chinas, o de sentir que era el último con el que sus compañeros contaban para realizar un trabajo en grupo. Estos pequeños detalles se repetían a diario, disminuyendo su autoestima. Chris se estaba convirtiendo en un chico serio, atormentado e inseguro.

Este problema se había extendido de forma inevitable a nuestra familia. Ioannis había sido el que se había empeñado en que Chris accediera a sexto grado antes de que estuviera preparado para ello. Los comienzos de Chris en la escuela de Galatea habían sido una catástrofe debido a la enorme diferencia de nivel entre su formación y la de los demás niños. Esto originó más de una discusión entre Ioannis y yo, siempre suavizadas por la certeza de que estas diferencias irían disminuyendo con el paso de los años.

Sin embargo, estas diferencias se fueron haciendo cada vez más obvias, y sus efectos cada vez más nocivos.

Nunca quise echar en cara esta decisión a Ioannis, pero su comportamiento ante los problemas de nuestro hijo no hacía más que empeorar las cosas. En vez de ofrecerle el apoyo y la comprensión que necesitaba para superar sus problemas de confianza, Ioannis veía a Chris como un niño débil y con poca capacidad de sacrificio, y opinaba que todo se podía conseguir a través de esfuerzo y disciplina. Pretendía así obligarle a trabajar más, pero lo único que conseguía era desanimarle. Pese a todos mis esfuerzos por cambiar su manera de enfocar el problema, su única y testaruda respuesta consistía en afirmar que no iba a usar métodos educativos en los que no creía.

Ioannis era un hombre práctico que nunca había destacado por su gran empatía e inteligencia emocional. Sin embargo, nunca pensé que fuera a reaccionar de una manera tan extrema. ¿Cómo podía ser tan inflexible con su propio hijo? Sospechaba que el entusiasmo con el que

había acogido el sistema chipriota y la influencia de la sociedad le estaban cegando.

Y por desgracia, los cambios iban más allá.

Ioannis siempre había estado en contra del capitalismo y por ello nunca había dado demasiada importancia a su carrera profesional mientras vivíamos en Estados Unidos. Prefería centrarse en tareas a través de las cuales pudiera aportar algo a la humanidad, algo en lo que el realmente creyera, sin importar si esto le iba a proporcionar un buen sueldo o un alto estatus social. Era feliz trabajando en sus investigaciones y dedicando parte de su tiempo libre a participar en diversos movimientos activistas.

Sin embargo, ahora vivía en un país con un sistema que aprobaba, con unos principios en los que creía ciegamente y liderado por unas personas a las que veneraba. Su espíritu rebelde había perdido todo su sentido. Su vida resultaba además mucho más cómoda: lo único que tenía que hacer era seguir a esas personas, a esos principios y a ese sistema. Y, como todo lo que hacía Ioannis, puso todo su empeño y ambición en ello.

Sus prioridades fueron cambiando poco a poco. Fue una transformación lenta pero inexorable, lo suficientemente imperceptible para mí como para no intentar remediarlo antes de que fuese demasiado tarde. Eran simples detalles, aparentemente de poca importancia y aceptables por sí mismos, pero que en su conjunto revelaban algo inquietante. Es fácil analizar los problemas de un matrimonio visto desde fuera, pero cuando es el matrimonio de uno mismo el que navega a la deriva, es un reto incluso comenzar a reconocerlo.

Fue durante los festivales de Galatea de aquel año cuando me di cuenta. Aquel ambiente especial me trajo recuerdos de un pasado en el que habíamos disfrutado de estos días con pasión, sencillez y buen humor. ¿Dónde habían quedado aquellos sentimientos?

Deduje que en los últimos tiempos me había acomodado a una rutina que me había hecho pasar por alto muchas cosas. ¿Desde cuándo había dejado Ioannis de darme un beso de despedida antes de irse a trabajar? ¿Cuál fue la última vez que hicimos una excursión

familiar a la montaña? ¿Cómo habíamos llegado hasta este punto? No hacía falta ser muy listo para sospechar que el origen lo tenía la tensión que reinaba en casa cada vez que Chris volvía a casa con un nuevo problema.

Me hallaba inmersa en estos pensamientos cuando me di cuenta de que la carrera estaba a punto de comenzar. Sin darme tiempo a localizar a Chris entre la multitud de niños apelotonados delante de la línea de meta, sonó el pistoletazo de salida, y cientos de pies descalzos se abalanzaron sobre la pista de tartán. En menos de tres minutos, los primeros corredores se perdieron de vista allá por el cruce de la radial Maathai con el parque Central. A pesar de que la ciudad había instalado una pantalla gigante enfrente de la grada a través de la cual podíamos seguir la carrera, tanto Melinda como yo nos hallábamos con la mirada perdida en aquella dirección hasta que el último niño desapareció de nuestras vistas. En aquel momento, nos miramos una a la otra y se produjo un silencio incómodo, algo inusual entre nosotras.

—Leah, no es el trabajo —me confesó, rompiendo aquel silencio.

La miré confundida y tardé un instante en comprender lo que me quería decir. Me encontraba aletargada después de haber estado sumergida en mis pensamientos. *Escribe tus problemas. Deja de pensar tanto en ellos y analízalos.* Me dije enfadada a mí misma, repitiéndome ese consejo que tanto daba a mis pacientes y que tan difícil era de seguir cuando era yo la que tenía que aplicarlo. Antes de que pudiera contestar, Melinda me lo aclaró pacientemente.

—Me preguntaste si me ocurre algo. No es ningún problema del trabajo como te dije.

—¿Quieres hablar de ello?

—Es difícil para mí. Pero si no lo hago ahora, rodeadas de gente, nunca lo haré.

—Comprendo. Tienes toda mi atención.

—Es Milos.

Un parte de mí se alegró de que no fuera la única con problemas matrimoniales, pero enseguida me reproché el pensamiento.

—¿Qué le ocurre? —pregunté, aun sabiendo que quizás era algo

que no deseaba saber.

—Leah, sé que es injusto contarte esto, dada tu posición. Milos es tu jefe y también tu amigo. Pero... —se detuvo a mitad de la frase. Si hubiera sido cualquier otra persona habría asegurado que estaba a punto de romper en llanto, pero esa actitud no iba con Melinda—. Oh, Leah, ha sido tan difícil... y no confío en nadie más que en ti.

—Claro que puedes confiar en mí.

—Sospecho... Estoy segura de que Milos tiene un *affaire*.

Exactamente, es algo que no quería saber. Melinda me estaba poniendo en una situación bastante comprometida. A pesar de ello, no quería dejarla en la estacada, así que le pasé un brazo por la cadera, lo que interpretó como un gesto de que podía continuar hablando. Me contó cómo no disponía de pruebas definitivas, pero una serie de pequeños detalles unidos a su *infallible* intuición le habían llevado a esa conclusión.

—A veces damos tantas vueltas a los problemas que dejamos de ser objetivos —la contesté, una afirmación que bien podría haberme aplicado a mí misma—. No quiero cuestionar tu juicio, pero a veces ayuda tener la opinión de alguien lo suficientemente cercano como para conocer tu entorno y no tan próximo como para que su opinión se vea afectada.

—Esa persona eres tú.

—Me alegro de que cuentes conmigo para ello. Pero espero que no te tomes a mal mi opinión.

—Simplemente sé sincera.

—Bien, no creo que Milos sea ese tipo de persona. Sé que tiene sus peculiaridades, de hecho nunca le habría defendido durante los primeros días después de conocerle. Sin embargo, tu marido parece una de esas personas cuya belleza interior se reserva para aquellos que le conocen bien. Después de seis años trabajando con él, creo que Milos es un hombre de arraigadas creencias y sólidos principios. Me sorprendería mucho descubrir un comportamiento tan inmoral por su parte.

—Significa mucho viniendo de ti. Al fin y al cabo, tú eres la segunda

mujer con la que más tiempo pasa, ¿no?

Por un momento me pregunté si su comentario encerraba algún tipo de insinuación, pero enseguida lo descarté. Si Melinda quería decir algo, lo habría hecho de forma directa.

—Supongo que sí. Nuestro trabajo nos obliga a ello.

—Esa es otra de las razones por las cuales te estoy contando esto.

—¿Qué quieres decir?

—Me gustaría pedirte un favor.

—Claro, lo que quieras —le contesté, aunque sin mucho convencimiento.

—Tú le ves casi todos los días. Quizá podrías... no sé, estar un poco alerta, tratar de descubrir si hay algo fuera de lo normal. Quizá esto también afecte a su comportamiento en el trabajo.

—¿Me estás pidiendo que espíe a mi jefe?

—No, yo... —se ruborizó—. Espiar suena demasiado radical. Y aunque descubras algo, no te puedo pedir que pongas en riesgo tu trabajo. Mira, olvídale. Simplemente, haz lo que tengas que hacer.

De momento, hice lo que tenía que hacer, que era no contestar para evitar decir algo de lo que me arrepintiera. Me sentía enfurecida por haber sido engañada. Melinda no me estaba contando sus problemas por considerarme su amiga, sino porque podía utilizarme. Pero también es verdad que últimamente me encontraba más irascible de lo normal, así que decidí callarme y analizar la situación a solas más tarde.

Por suerte, los primeros corredores ya habían dado casi la vuelta completa al parque Central y comenzaban a aparecer a mano izquierda. Maldije en mis pensamientos a Melinda por desviar mi atención de la carrera que era tan importante para mi hijo.

Después de varios minutos de ver cómo cientos de niños cruzaban la línea de meta entre los ánimos y aplausos de la multitud, Chris apareció a lo lejos. Se le veía cansado, corriendo tan despacio que cualquiera habría igualado su paso a pie. Incluso a mi distancia, podía percibir el abatimiento en su mirada.

Y allí estaba otra vez aquella sensación. Comenzaba como un nudo

en mi garganta y pronto se propagaba al pecho, haciéndome comprender a quien decía haber sentido como el alma se le caía a los pies.

Lo peor de todo era que aquel sentimiento de compasión hacia mi hijo encontraría salida en forma de rabia, y sabía perfectamente a quien iría dirigida.

Aquella tampoco sería una noche feliz en casa.

Lin Tang
Enero 2060
Guangzhou

La ventana no mide más que unos cuarenta centímetros de ancho y unos treinta de largo. Se encuentra en la parte superior de la pared, casi pegando con el techo, y está protegida por barrotes de hierro. A pesar de estar bien entrado el invierno, la dejo casi siempre abierta. Este mes de enero se han alcanzado temperaturas máximas históricas en el sur de China, por tercera vez en cinco años.

En el exterior, el suelo se encuentra al mismo nivel que la ventana. Se trata de un callejón oscuro y decrepito que parece tener dos únicas funciones principales. Los fines de semana se ve invadido por incontables pandillas de niños que se turnan para jugar al fútbol con una lata de refresco aplastada. Hacen un ruido tremendo y suelen ocasionarme terribles dolores de cabeza, pero es mejor que la alternativa. Cuando los niños están en el colegio, su lugar se ve ocupado por vagabundos, drogadictos o borrachos.

Hoy parece ser uno de esos días. A las cinco de la mañana, una pareja de drogadictos practicando sexo salvaje me ha despertado con sus roncós gritos, propios de los consumidores de ninfarina.

Se trata de una droga que se consume de forma oral y que ha invadido el mercado en los últimos años. Proviene de la harmina, un compuesto químico natural que solía utilizarse como antidepresivo y que se obtiene a partir de ciertas especies de plantas y mariposas. Hace unos años se descubrió una potente mutación en una de las mariposas de la familia Nymphalidae, la cual dio lugar a esta nueva sustancia. Esta droga se bautizó como ninfarina y se extendió rápidamente

gracias a su bajo precio, a su sencillo proceso de obtención y al estado de euforia y desconexión con la realidad que provoca a los consumidores una gran adicción.

Pero hay otro efecto que diferencia a esta droga de las demás.

La ninfarina afecta al área del cerebro responsable del reconocimiento facial, de manera que el afectado no es capaz de procesar caras nuevas. Si el consumidor se topa con alguien que no ha visto jamás, su cerebro no es capaz de asimilar esta información y vincula el nuevo rostro con el de alguien que ya esté en su memoria, de manera que el afectado siempre tiene la impresión de que conoce a todo el que le rodea. No es muy difícil adivinar porque no es muy recomendable consumir esta droga en público. Sin embargo, las Nymph-Ups se han vuelto tremendamente populares en los últimos años. En estas fiestas, todos los participantes se ponen hasta arriba de ninfarina para conseguir la ilusión de que conocen a todos los presentes. Se encuentran con el amor veraniego de su adolescencia, con su mejor amigo de la infancia o con ese famoso jugador de fútbol que tanto admiran. Ellos les reconocen a su vez de otra manera, lo que da lugar a todo tipo de situaciones que no siempre acaban bien.

Yo misma dejé de acudir a estas fiestas hace años por esta razón. Tras una noche de la que no me acuerdo demasiado, me desperté junto a un desconocido bastante desagradable que aparentemente había confundido con mi novio por aquel entonces. Decidí entonces que ni él ni mi carrera se merecían que me viera involucrada en estas bacanales.

Los dos ninfadictos que perturban mi sueño han cometido el error de haber consumido la droga en un lugar donde la gente no está preparada para ello. Cuando un grupo de vagabundos entra en el callejón, comienzan los problemas. Por lo visto, uno de ellos se parece físicamente al fallecido padre de la chica, que al verle comienza a gritar como si hubiese visto al mismísimo diablo. El chico se abalanza sobre el vagabundo para proteger a su novia, o quién él crea que ella es. Esto no acaba bien para él. Los vagabundos le dan una paliza y acaba tendido en el suelo con la cabeza derramando un charco de sangre que llega hasta los barrotes de mi ventana. Cuando la chica se acerca a ver cómo se encuentra, la sangre la causa náuseas y comienza a vomitar.

La verdad es que me sorprende poder oler el nauseabundo olor del vómito colándose por mi ventana y resbalando por la pared, acercándose peligrosamente al colchón donde duermo. Después de varios días en este agujero inmundo que hace parecer el sótano de Zuo un paraíso, pensaba que había perdido totalmente el sentido del olfato. Por ello, casi me alegro de esta circunstancia.

Espera un momento, pienso entonces en un momento de lucidez, ¿y si atraen a la policía?

Antes de que pueda hacer nada, la ninfadicta me ve a través de la ventana y comienza a gritar.

—Hemos terminado. Yo me largo de aquí —dijo Ma He mientras comenzaba a recoger sus herramientas.

Me encontraba en la lujosa habitación del hotel Grand Lisboa de Macao en la que Lu y Chun Jing solían hospedarse. Ma He me había estado esperando allí para reimplantarme mi CNI.

Esta vez la operación no supuso ningún trauma. Me hallaba demasiado concentrada en analizar lo que acababa de suceder como para tener miedo.

Había perdido los papeles que había robado a Lu Jing. ¿En qué momento de mi desenfrenada carrera se me habían caído? ¿Qué habría ocurrido con ellos después? ¿Qué tipo de información podrían contener y cuáles eran las consecuencias de que alguien los encontrara?

Lo que estaba claro era que no podía detenerme a buscarlos en el lobby. Si merodeaba demasiado por allí, corría el riesgo de que el dispositivo de la zona de recepción detectara mi CNI y mi identidad fuera revelada.

—Debes salir del hotel cuanto antes —oí decir a Zuo a través de mis lentes. Parecía mantener la calma—. Ya nos ocuparemos después de lo que pueda pasar.

Tras deshacerme del maquillaje y las prótesis, volver a recoger mi pelo en una coleta, cambiar aquel incómodo vestido por mis vaqueros y calzarme mis zapatillas de deporte, volví a reconocer mi imagen en el

espejo, mucho menos elegante y atractiva que la de la señora Jing. Me di cuenta de que Ma He me miraba fijamente, sin disimular su decepción por mi cambio de aspecto.

—¿Tú no deberías haber desaparecido ya? —le espeté, y salió de la habitación sin despedirse.

Bajé al lobby del hotel preparada para dirigirme a la salida lo más rápido posible. La mala noticia, algo que era de esperar, es que no se veía ningún papel por el suelo. La buena, que tampoco se veía a ningún policía. Todo parecía haber vuelto a la normalidad.

Comencé a caminar hacia la salida a paso ligero, pero un súbito pensamiento me hizo cambiar de opinión. Torcí entonces a la izquierda y me dirigí a recepción, ignorando las airadas protestas de Zuo.

—¿En qué puedo ayudarle, señorita? —me preguntó el mismo recepcionista de antes. Respiré aliviada al ver que no me había reconocido.

—Soy la asistente de Chun Jing. Creo que la señora Jing ha perdido unos documentos importantes en el lobby, ¿sería tan amable de devolvérmelos?

—Espere un momento por favor —el recepcionista entró en una sala y oí cómo preguntaba algo en cantonés a un compañero—. Lo siento, señorita, no hemos encontrado nada —me dijo al volver—. Le avisaré en caso de que lo hagamos.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda. No solo me había asegurado de que mi CNI fuese identificado, sino que no había servido para nada. Consternada por haber corrido un riesgo innecesario, salí del hotel.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, Lin? ¿Es que quieres que te arresten? —gritó Zuo a través de mis lentes.

—Tenía que intentarlo. No sabemos que contienen aquellos documentos.

—¿Y qué importa?

—Lu Jing los considera lo suficientemente importantes como para ser guardados en una caja fuerte de máxima seguridad. Algo me dice que contienen información sobre su proyecto de extracción de hidrato

de metano.

—¿Y de que te sirve tenerlos si estás en la cárcel?

—¿No lo entiendes? Yo iría a la cárcel, pero por lo menos tú podrías hacerlos públicos y detener la barbarie.

—Pero los papeles no estaban allí.

—No, no estaban. Ahora no solo no tenemos nada, sino que encima el hotel me ha detectado. En cuanto Lu Jing descubra el robo, les será muy fácil llegar hasta mí.

—Vuelve a Guangzhou inmediatamente. Ya pensaremos en algo.

A pesar del pánico que me hacía temblar cada vez que me cruzaba con un policía, conseguí hacer el recorrido de vuelta sin ningún sobresalto.

Cuando salí de la boca de metro en Panyu, comencé a caminar hacia el sótano de Zuo. Fue entonces cuando mis lentes recuperaron la señal y le oí gritar.

—¡Corre!

No sabía que estaba pasando, pero no me iba a parar a averiguarlo. Por segunda vez en aquel largo día, comencé a correr como alma que lleva el diablo. Por suerte, el barrio de Zuo no era tan sofisticado como la zona financiera de Macao, lo que significaba que apenas había cámaras o detectores en las calles.

Tras un par de minutos, ya casi sin aliento, giré por aquel inmundo callejón que daba al sótano de Zuo, que me estaba esperando en la puerta, pálido como un fantasma. Lo que dijo entonces me dejó la sangre helada.

—Nos han descubierto. El Gobierno te busca y tu cara está en todos los medios.

Así fue como acabé en aquel rincón inmundo de la ciudad. Me encontraba en una especie de trastero casi subterráneo al otro lado del callejón donde Zuo tenía su sótano. Zuo lo había comprado años atrás bajo un nombre falso, con el objetivo de almacenar su chatarra ilegal.

Hacía ya más de un mes que yo era su chatarra ilegal más

importante.

¿Cómo habíamos sido descubiertos tan pronto? Por lo menos esperábamos que pasaran unas horas hasta que Lu Jing se diera cuenta del robo.

—Podemos descartar que hayas sido descubierta por un detector de CNI —había asegurado Zuo—. Es muy improbable que hayan detectado dos identidades iguales al mismo tiempo. En ese sentido lo hicimos todo bien.

—¿Crees que alguien me reconoció como impostora e hizo saltar la alarma? Quizá en el hotel, o en el banco.

—Lo dudo. He seguido los movimientos de todas las personas con las que interactuaste. He visto los vídeos que les estaban grabando en ese momento y he pinchado sus teléfonos. No he visto nada raro.

—Entonces, ¿Qué crees que ha ocurrido?

—Tengo mis sospechas de que alguien más sabía de nuestros planes.

—Aparte de nosotros, lo saben Ma He, el maquillador y tus dos colaboradores de Shanghai. ¿Pueden haber sido ellos?

—No pondría la mano en el fuego por nadie, pero no lo creo. Ninguno de ellos sabía nuestro plan completo.

—Aunque solo denunciaran la parte que sabían, habría sido suficiente.

—Denunciándonos podrían perder mucho más de lo que podrían ganar. Son gente metida en temas poco legales, y su implicación en el caso no les traería más que problemas.

—Podrían denunciarnos de forma anónima.

—¿Para qué? Nunca he tenido ningún problema con ellos, de hecho se benefician bastante de nuestra amistad. Si yo caigo, una gran parte de sus negocios caería también.

Zuo hizo una pausa y amagó con continuar hablando, pero algo le detuvo.

—¿Qué ibas a decir? —le pregunté.

—Lin... ¿se lo has dicho a alguien?

—Por supuesto que no. Te recuerdo que es mi vida la que estaba en juego.

—Lo sé, solo intento eliminar opciones de manera objetiva.

—Pues olvídate de aquella. Yo no he dicho nada —no pude evitar sonar ofendida.

—Solo me queda una opción entonces.

—¿Cuál?

—Quizá tenga que aceptar que puede haber mejores hackers que yo y que alguien nos ha estado espiando.

—¿Hay alguna manera de averiguarlo?

—Si alguien es tan bueno como para acceder a mi información y decodificarla saltándose todas las barreras de seguridad, dudo mucho que haya dejado algún rastro.

—Pero, ¿cómo comenzarían a espiarte? Tiene que haber algo que les haya llamado la atención. Algún error que hayamos cometido y del que alguien haya podido aprovecharse.

—No lo sé, Lin. Y la verdad, dudo que lo sepamos nunca. Quizá debamos centrarnos en nuestro próximo problema.

—¿Qué problema?

—¿Qué hacemos contigo? Es a ti a la que el gobierno está buscando.

Me alegré de que Zuo me considerara su problema. Nunca podría salir de esta situación sin su ayuda. Intenté sonreírle, pero probablemente no lo conseguí.

—De momento puedes quedarte en el trastero, pero tenemos que encontrarte una salida —continuó—. No es un lugar seguro. Tarde o temprano acabarán encontrándote, lo que significa que probablemente me encuentren a mí también. Y lo que es peor, descubrirían mi equipo, lo cual nos implicaría aún más. Además, no creo que quieras vivir permanentemente en un espacio de siete metros cuadrados sin cuarto de baño.

Sabía perfectamente lo que Zuo quería decir con *una salida*. Cambiar de nuevo de identidad no sería suficiente, también tendría que salir del país. Y esto significaría renunciar al plan por el que llevaba

años trabajando. Todos los sacrificios que había realizado serían en vano. Tendría que empezar de nuevo, pero... ¿cómo? ¿Abrir un restaurante en Bali? ¿Trabajar de monitora de yoga en Tailandia? Ahora tenía dinero y medios para empezar de cero con cualquier tipo de vida.

Sin embargo, solo había una ocupación que me motivara lo suficiente, y quería seguir dedicándome a ella. Lejos de desvanecerse, las convicciones que me habían llevado a mudarme a Guangzhou hacía ya ocho años se habían ido fortaleciendo a medida que pasaba el tiempo, y sobre todo a medida que iba descubriendo las barbaridades que las grandes empresas o mi gobierno estaban perpetrando. El descubrimiento de la intención de Sipecorp de construir una planta de extracción de hidrato de metano había sido la gota que colmó el vaso. Más que nunca, me sentía con la obligación moral de actuar. No podía dejar que se salieran con la suya mientras yo me quedaba sentada viendo cómo ocurría. Además, había hecho una promesa a Wenbo. Dejar a Zhēnlǐ zhī dào en la estacada no estaba en mis planes.

Por ello, la salida que Zuo me quería proponer no era una opción. Cualquier actividad que no fuera la resistencia sería como una prisión para mí, así que no tenía nada que perder. Continuaría luchando hasta que la única opción fuese la cárcel, tanto en sentido literal como figurado.

—Si es lo que estás pensando, no voy a salir de China.

—Me lo temía.

—¿No existe otra opción?

—Vuelve al trastero y deja que investigue. Pero debes de saber que cada día que pasas aquí nos pone un poco más en peligro.

Mi primer instinto es cerrar la ventana.

Sin embargo, pronto me doy cuenta de que no va a ser tan fácil. La hendidura se encuentra llena de trozos de vómito mezclado con sangre. Cuando por fin consigo retirarlos, la ninfadicta hace pasar sus brazos entre los barrotes.

Todavía sigue gritando. Me ha confundido con una tal Xiaoli,

alguien a quien por lo visto no tiene en mucha estima, ya que parece querer estrangularme.

Los vagabundos que dieron la paliza al chico ya han salido corriendo, temerosos de que llegue la policía. Si la ninfadicta sigue gritando, esto no tardará mucho en ocurrir. Entonces verán que soy el único testigo de lo ocurrido y me querrán interrogar, lo cual acabará inevitablemente en mi detención.

Antes de que pueda pensar en ninguna solución, oigo a alguien venir corriendo desde el otro lado del callejón.

¡Es Zuo! Aunque correr es en realidad un término demasiado ortodoxo para él. Con su inconmensurable barriga que su camiseta naranja llena de grasa no llega a cubrir y sus cortas y débiles piernas embutidas en unos estrechos pantalones cortos que le impiden dar zancadas completas, no puedo evitar pensar que podría ser perfectamente el hijo de Jabba el Hutt y una hembra de pingüino con problemas de obesidad.

Bastante ridículo, pero efectivo. Los gritos de la ninfadicta escandalosa cesan de inmediato cuando Zuo la electrocuta con un taser. Acto seguido, pronuncia de nuevo la misma palabra que ya me puso los pelos de punta hace más de un mes.

—Corre.

Tras recoger mi equipo y las pocas cosas que considero de importancia (esta vez no voy a dejar pistas), le sigo hasta su sótano, una carrera de apenas cincuenta metros.

Esta vez no parece que nos vea nadie. Por suerte, el callejón no cuenta con cámaras ni detectores.

—Lin, esto no puede seguir así. Llevas un mes encerrada en ese trastero inmundo, intentando encontrar una solución que no llega. Si no hacemos algo, te acabaran descubriendo, por mucho escudo anti-CNI que hayamos instalado allí.

Tiene razón. Durante el último mes, no he hecho más que pensar. He perdido la noción de noche y día, algo a lo que la oscuridad del callejón no ayuda. Mi alimentación, cuando me da por comer, se basa en la dieta de Zuo, que consiste en *instant noodles*, bolsas de patatas,

alguna pizza congelada y litros de té oolong. No me atrevo ni a cruzar la calle para usar el baño del sótano de Zuo, así que hago mis necesidades en un balde que vacío por las noches saliendo a un metro del trastero, después de pasar un buen rato asegurándome de que no hay drones sobrevolando la zona que puedan detectar mi CNI. No tengo agua corriente y solo me lavo cuando Zuo me trae un cubo de agua, algo que suele hacer los mismos días que él se ducha. En un mes, esto ha sucedido seis veces. Sin conexión a internet, dedico las horas muertas a leer las noticias que Zuo carga en mis lentes cada mañana. El resto del día me dedico a pensar en una solución, pero el tiempo pasa y ningún plan me parece plausible.

Zuo me propuso al principio comenzar a trabajar juntos en la segunda parte de nuestro plan, la que implica ayudar a Wenbo y a Zhēnlǐ zhī dào. Pero para mí eso es solo posponer lo inevitable. Sin poder salir a la calle, apenas podría hacer la mitad de mi trabajo, y eso no es una opción. Si hago algo, lo voy a hacer bien, y para eso lo primero es salir de esta situación.

Sin embargo, cada día parecemos estar más lejos de encontrar la manera de hacerlo. He perdido cinco kilos y noto que cada vez me cuesta más pensar con claridad. Los dos últimos días han sido especialmente improductivos y un creciente sentimiento de culpabilidad e impotencia no me deja pegar ojo.

—He estado investigando las opciones —prosigue Zuo—. Solo he contemplado las que nos permitan continuar nuestro plan y tus investigaciones.

—Te escucho.

—Básicamente tienes dos alternativas. La primera es quedarte en el trastero y acostumbrarte a tu nueva y *lujosa* vida, confiando en que no seas descubierta. Obviamente, no es una buena idea.

—En eso estamos de acuerdo.

—La segunda es abandonar China e ir a un país que te apoye en tu propósito.

—Pensé que me ibas a proponer algo interesante —le contesto irritada—. Eso no es nada que no supiéramos el primer día, el

problema es encontrar ese país. Según están las cosas a nivel mundial, ¿quién coño va a arriesgar sus relaciones diplomáticas con el país más poderoso del mundo? Y no me hables de Chile, ya hemos tenido esta convers...

—Chipre —interrumpió Zuo levantando la voz, y se me quedó mirando con la expresión del alumno que ha resuelto una ecuación imposible y espera la reacción de la profesora.

Chipre, ha dicho. El país diferente. El país que creó una Economía Basada en Recursos, remando en dirección opuesta al mundo entero. Para muchos, Chipre es la única esperanza, el único reducto que les hace tener fe en la humanidad. Para otros, la EBR es un simpático pero inútil intento de rescatar un planeta insalvable. Yo quería pertenecer a los primeros, pero mi desconfianza hacia los gobiernos y en general hacia todo órgano con poder hacía necesaria una gran cantidad de información para poder dar una opinión al respecto. Por mucha globalización y muchos amigos hackers que tuviera, esa información nunca la encontré en China. Hacía tiempo, Chipre había sido la gran novedad, disfrutando de sus quince minutos de fama por su novedoso sistema. Incluso a China habían conseguido llegar los detalles del nuevo gobierno de Panos Kana. Por mucho que intenté indagar más acerca del verdadero alcance de sus prometedoras políticas medioambientales, nunca conseguí llegar demasiado lejos. *Al cuerno, pensé, como si no tuviera trabajo dentro de mi propio país.* Desde entonces, la cantidad de noticias había disminuido. Si no recuerdo mal, fue en 2054 cuando Chipre abrió sus fronteras de manera controlada. El sistema había demostrado ser eficiente y el país crecía año tras año según su principal índice, el nivel de felicidad de los habitantes.

A pesar de todo, nunca se me había ocurrido esa opción, ya que se trata de uno de los países con las fronteras más controladas de la Tierra. Nadie se muda a Chipre por el mero hecho de querer mudarse a Chipre. Solo se puede emigrar allí con una invitación del gobierno. Ni siquiera conozco a nadie, tanto directa como indirectamente, que haya recibido tal invitación. Recuerdo haber leído noticias sobre aquel ingeniero holandés, aquel médico japonés o aquella científica australiana a los que Chipre acogió junto a sus familias enteras, pero

nunca lo he vivido tan de cerca como para poder considerarlo una opción.

Sin embargo, Zuo lo ha considerado. Y Zuo no es ningún tonto. Por ello, con una ilusión renovada, le sigo escuchando.

10

Marcelo Salas

Febrero 2060

Galatea

—¿Un cuento de hadas, dices?

—Sí, esas son exactamente las palabras que he utilizado.

—Marcelo, compadre... ¿qué te están haciendo? ¿Te dejaste la masculinidad en Santiago?

Aquel comentario era de esperar en Rodolfo, mi antiguo jefe y desde hacía tiempo un gran amigo. Aunque ya no nos viéramos tan a menudo como antes, seguíamos trabajando para la misma empresa. Rodolfo era de los pocos que se habían alegrado de forma genuina de mi último ascenso dentro de la organización, sin escuchar a los rumores que me situaban allí por ser el hijo de Germán Salas, e incluso sin importarle que yo pasara a ocupar uno de los puestos a los que él aspiraba. Los dos formábamos parte de la cúpula del departamento de exportaciones a EMECA. La única diferencia entre su puesto y el mío es que yo me dedicaba al bien estratégico más importante que mi país exportaba, el litio, mientras que Rodolfo se dedicaba a otro tipo de materiales. A grandes rasgos, puede decirse que sus productos estrella eran aquellos basados en el grafeno, un compuesto del carbono que hacía décadas había amenazado con revolucionar el mercado tecnológico debido a su finura, resistencia, flexibilidad y conductividad. Sin embargo, los procesos para obtener grafeno eran tremendamente caros. Sobraban las empresas que podían permitirse su fabricación, pero lo que faltaba eran ciudadanos pudientes que pudiesen permitirse la adquisición de productos tan elitistas como una tableta de pantalla

flexible o un móvil enrollable. En porcentaje, las exportaciones de grafeno y sus derivados constituían apenas el 4% de las ventas totales al extranjero de YCL. En Chipre, el único producto fabricado con grafeno eran los ordenadores centrales de cada hogar. El dispositivo de comunicación estándar eran las lentes, y la EBR veía innecesario invertir en artilugios que no fueran considerados de primera necesidad. Por ello, Rodolfo no tenía muchas oportunidades de viajar a Chipre, mientras que yo pasaba allí la mayor parte del año. Por supuesto, he de admitir que las razones personales pesaban mucho en aquella decisión.

—Ya te gustaría —le contesté entre risas—. Pero no te preocupes, el día que me pase a tu acera, serás el primero en saberlo.

—Bromas aparte, Marcelo —contestó Rodolfo poniéndose serio—. A pesar de que te echemos de menos en la oficina, me alegro de que seas tan feliz aquí. Y ahora, ¿por qué no me das una vuelta para demostrarme que es lo que hace tan especial a esta ciudad?

—De hecho creo conocer un lugar que te va a encantar.

Rodolfo acababa de llegar a Galatea para un breve viaje de negocios y se quedaría en la ciudad un par de noches, lo que nos daría la oportunidad perfecta para ponernos al día, ya que llevábamos casi un año sin coincidir. Después de recogerle en su apartamento del sector Suroeste, donde solían alojarse los viajeros de negocios, nos encaminamos hacia el parque Kana. Tenía muy claro donde quería llevarle, pero no sin antes dar una vuelta casi completa al gran parque para mostrarle el espectacular ambiente que se vivía allí en una tarde cualquiera de invierno.

La temperatura media de las tardes invernales chipriotas era de unos dieciséis grados. Aquel día no era una excepción, y además el sol brillaba con fuerza ante la total ausencia de nubes en el cielo, ofreciendo una sensación térmica mucho mayor. Rodolfo se quitó su jersey rosa de marca y se lo echó a la espalda, pasando las mangas por encima de sus hombros y enlazándolas a la altura del pecho. Su poblada barba negra, su pelo largo y rizado y su abundante vello pectoral que asomaba por encima del último botón de su camisa no ayudaban a evitar que unos chorros de sudor le bajaran por la frente hasta acumularse en sus pobladas cejas.

Eran las cuatro de la tarde, la hora en que las pistas deportivas de la zona noreste del parque Kana se hallaban llenas de niños entrenando después de la salida del colegio. Pronto abandonarían las canchas para dejar paso a jóvenes y adultos que, a la salida de su *rutina* o sus *retos*, solían disfrutar de un buen partido de fútbol, baloncesto, vóley playa, pádel o una agotadora sesión de crossfit. Todas las pistas contaban con pequeñas gradas que también solían llenarse de gente tomándose un aperitivo después del trabajo mientras veían el partido de turno.

Aquel día tuvimos suerte: mientras pasábamos por las pistas de vóley playa vimos cómo acababan de llegar cuatro inmigrantes brasileños que se disponían a comenzar un partido de futvóley. Tras hacernos con una cerveza cada uno y una pequeña tapa de tava en el quiosco más próximo, nos sentamos a admirar los malabarismos de los que alardeaban los cariocas.

—A ver si lo he entendido bien —insistió Rodolfo al sentarnos. A veces se me olvidaba lo inverosímiles que resultaban para los extranjeros algunos conceptos básicos del sistema chipriota—. Esta cerveza y esta tapa no me cuestan un duro. Sin embargo, existe un límite al número de ambas que puedo pedir durante mi estancia en Chipre.

—¿Qué es lo que no has entendido?

—¡Me parece un engaño! ¿Qué ocurre si quiero celebrar una fiesta o invitar a alguien? Es imposible que pueda hacerlo con los recursos que me han asignado para estos dos días. No digo que esté en contra de este sistema, pero es que este país se vende como el país en el que no falta de nada. ¿Sabes dónde no falta de nada? En Chile. Allí nunca nadie te va a decir lo que puedes y lo que no puedes gastar.

—Ten cuidado, Rodolfo —contesté bajando la voz y mirando alrededor para asegurarme de que no había nadie. Por suerte, todavía era pronto y las gradas estaban prácticamente vacías—. Si te escuchan por aquí, *anemolio* será lo más suave que te llamen.

—¿Crees que soy estúpido? Te lo comento a ti porque eres mi amigo. Y porque hasta hace bien poco tú hubieras opinado lo mismo, así que espero que me entiendas.

—Claro que te entiendo. Y tienes razón, tus opiniones de hoy son un espejo de las mías hace apenas unos meses. Pero tras un tiempo aquí me he dado cuenta de algunas cosas.

—¿Como por ejemplo?

—Mira la tapa de tava que tienes en tus manos, Rodolfo.

—Taquitos de cordero con cebolla. Bastante tiernos, por cierto.

—Venimos de un país con uno de los mayores índices de consumo de carne por persona del mundo. ¿Sabes lo que eso significa?

—Significa que, después de Argentina, somos el país donde existe un mayor porcentaje de muertes por infarto.

—Eso es. Nuestro gobierno gasta millonadas en concienciar al pueblo sobre la importancia de controlar la presión arterial y el colesterol, y aun así perdemos a una gran parte de nuestra población por este problema.

Rodolfo tenía cara de no tener ni idea de lo que estaba hablando, pero me hizo un gesto para que continuara.

—Y eso sin contar las muertes por cáncer. La carne no se suele relacionar con esta enfermedad, pero es que a nuestros gobiernos no les interesa. La ganadería y el negocio de la carne supone una parte importante de nuestro PIB, y por ello actúan de una manera excesivamente proteccionista. Proteccionista con el negocio, por supuesto, no con la gente.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que los tiempos en los que se podía adquirir carne sana y de calidad por un buen precio en Chile y Argentina han pasado a mejor vida. La demanda de carne se ha duplicado en los últimos treinta años, mientras que la superficie dedicada al ganado apenas ha aumentado en un uno por ciento, y eso a costa de la salvaje deforestación de la selva amazónica. Por ello, los ganaderos han tenido que buscar otros métodos para satisfacer la demanda.

—¿Por ejemplo?

—El tratamiento de ganado con hormonas. Esta práctica solo está regulada en la teoría. Casi toda la carne que consumimos ha sido previamente tratada con el objetivo de mantener los márgenes

empresariales en sus niveles tradicionales. A aquellas empresas les importa una mierda si nos están envenenando. Las hormonas aplicadas son altamente cancerígenas, además de contener un alto contenido en omega 6.

—¿Y qué tiene de malo? Yo pensaba que el omega 6 era bueno para la salud.

—Eso es solo parcialmente cierto. Este ácido solo es saludable si se encuentra en nuestro cuerpo a los mismos niveles que el omega 3. Dada nuestra dieta rica en carne procesada, cereales y aceite vegetal, nuestros cuerpos están completamente desequilibrados. Lo que necesitamos es aumentar la presencia de omega 3, a través de pescados azules o semillas, por ejemplo. De lo contrario, el desequilibrio favorece la inflamación de las células de nuestros órganos, lo cual se traduce en altas tasas de cáncer.

—¿Quieres decir que estamos sufriendo un envenenamiento masivo con el consentimiento de nuestros gobiernos?

—Ya sabes que no soy fan de las teorías conspiracionales, pero básicamente así ha sido.

—Algo no me cuadra. Nuestros gobiernos no ganan nada teniendo una alta tasa de mortalidad, sobre todo cuando la misma afecta a adultos en edad laboral. ¿Para que querrían que toda esta gente muriese?

—*Querer* no es la palabra adecuada, Rodolfo. Por supuesto que no quieren perder población. Pero a la hora de elegir entre dos malas situaciones, eligen la menos dañina para ellos, la más cómoda.

—¿Cuál es la alternativa?

—El colapso de la industria ganadera, la vuelta a las negociaciones para aumentar la superficie de cultivo y de ganado, volver a estar en el punto de mira de las acusaciones por ignorar el cambio climático... una serie de medidas nada populares y que les sacaría del poder en menos que canta un gallo. Todos tienen miedo de acabar como Bolivia, pero lo cierto es que ellos son los únicos que han respetado el medio ambiente.

—Es una opinión interesante, pero sigo sin ver que tiene que ver todo esto con el hecho de que Chipre me esté vendiendo la moto.

—Nadie te ha vendido ninguna moto. Lo de que aquí puedes consumir lo que quieras es una leyenda urbana muy propia de países como el nuestro. ¿O es que algún chipriota te ha dicho que vive en una barra libre nacional?

—Quizá no con esas palabras, pero los chipriotas siempre se muestran orgullosos de ser llamados la nueva tierra de las oportunidades. Además, conociéndote a ti, que nunca has destacado por tu espiritualidad precisamente, y viendo lo feliz que te hace este país, siempre pensé que la abundancia y el lujo tendrían que ver con ello.

—Como te dije, he aprendido ciertas cosas, Rodolfo. Quizá te lo podría resumir todo con la palabra *sostenibilidad*. Y ya que hemos comenzado hablando de la carne, sigamos con ese ejemplo. ¿Cuánto tiempo crees que el ritmo sudamericano de consumo de carne puede continuar? Al ritmo que crece la demanda, pueden pasar dos cosas. La primera de ellas, que se descubran nuevas maneras de aumentar la producción sin expandir las tierras dedicadas al ganado. Pero por lo visto hasta ahora, estas prácticas cada vez conducen más a una alimentación perjudicial que tarde o temprano puede acabar en tragedia. La segunda, que respetemos el espacio natural que el ganado necesita para producir una carne de calidad, lo que significa expandir la superficie de ganado talando nuestros bosques y destruyendo nuestra selva. Si una guerra no nos aniquila antes, los efectos naturales derivados de tal salvajada lo acabarán haciendo.

—Parece que la única solución entonces es volvernos vegetarianos.

—Pues en parte sí. ¿Y por qué sería tan malo? Piensa en nuestros antepasados. Cuando los Neandertal formaban clanes que habitaban en cuevas, ¿crees que comían carne todos los días? Su dieta se basaba en la vegetación de alrededor. Si tenían suerte, pongamos una vez a la semana, los cazadores del clan cazarían alguna pieza que alimentaría a todo el clan aquella noche. Esta fue nuestra dieta durante millones de años. Nuestros estómagos han evolucionado de acuerdo a esa dieta. Dudo que ser principalmente carnívoros durante los últimos cien años haya modificado la constitución de nuestro sistema digestivo.

—De acuerdo Marcelo, pero te olvidas de una cosa. Si todos nos

volviéramos vegetarianos, al final acabaríamos con un problema similar. En vez de dedicar una enorme cantidad de terrenos al ganado, lo dedicaríamos a la agricultura, resultando en los dos mismos problemas que has comentado antes. Simplemente, cambia las vacas por tomates.

—Bueno, en realidad la agricultura consume bastante menos espacio. Pero entiendo lo que quieres decir, y lo comparto. Comamos lo que comamos, estamos jodidos. Por eso, lo que la EBR propone es centrarse en la optimización del proceso.

—No entiendo a dónde quieres llegar. Que la Tierra esta superpoblada no es ninguna novedad. ¿Qué es lo que hace Chipre para evitar este dilema?

—Te vas acercando a la verdad, mi pequeño saltamontes —le dije en tono de broma—. La superpoblación es un tema delicado. Por suerte, en Chipre todavía no lo sufren. En parte gracias a la guerra que asoló gran parte de su pueblo.

—¿Y esa es la solución? ¿Tener una guerra de vez en cuando para alcanzar la sostenibilidad?

—En absoluto. Aunque permíteme el inciso de que la guerra no es una teoría del todo descabellada. La naturaleza tiene un método propio para autorregularse. Cuando hay demasiadas hormigas en un hormiguero, la mitad de ellas emigra a otro lugar. Pero si no hay alternativa, se formará una guerra civil en el hormiguero que determinará quién puede quedarse. Los humanos no somos tan diferentes. No obstante, no quiero desviarme del tema. Lo que quiero decir es que, en este momento, la humanidad no dispone de las mejores cartas sobre la mesa. Y ahora depende de nosotros cómo juguemos esas cartas. Podemos usar el comodín de la guerra. Podemos dejarnos llevar por la ignorancia y la comodidad. O podemos intentar alargar la mano lo más posible. Quizás antes de que termine la jugada, aparezca una nueva oportunidad de la banca.

—Todo eso suena muy bien, Marcelo. Pero ya que te has vuelto tan metafórico, permíteme continuar con tu ejemplo. En ese juego de cartas del que hablas, ¿no crees que sería demasiado ingenuo

considerar a la humanidad como un participante individual? La humanidad, nos guste o no, se compone de varios jugadores que buscarán el beneficio individual antes que el colectivo. Y para algunos de ellos, aquellos que se creen superiores al resto por sus grandes ideas, si eso significa despedazar a los otros jugadores, mejor que mejor.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás insinuando algo?

—El hecho de que te des por aludido es de por sí revelador, amigo.

Aquellos que se creen superiores al resto por sus grandes ideas. Obviamente, Rodolfo se refería a Chipre. No era ninguna sorpresa que no mostrara una actitud conciliadora con la EBR, pero me extrañó este tipo de acusación. Era muy posible que se debiera únicamente a su fanatismo y estrechez de miras, pero tampoco podía descartar que, habiendo estado desconectado de mi país en los últimos tiempos, quizá me había perdido algo. ¿Dispondría él de información relevante a la que yo no tenía acceso por estar encerrado en la burbuja informativa chipriota?

Si era así, sin duda quería saberlo. Sin embargo los dos éramos conscientes de que hablar de ello en plena calle era arriesgado, ya que nunca sabías qué o quién podía estar escuchando. Si algo se le daba rematadamente bien a este país, era la consecución de información. Por ello, a la espera de una ocasión mejor para ponernos al día, continuamos nuestro acalorado debate evitando cualquier referencia que nos pudiera meter en terreno pantanoso.

Cuando dejaba de lado su exacerbado patriotismo, Rodolfo era un buen escuchador que cuestionaba las ideas ajenas desde el respeto. Esta era una de sus grandes cualidades y una de las razones por las cuales le había echado de menos. Sin embargo, no podía evitar sentirme derrotado e irritado ante la poca predisposición por su parte a replantearse sus propias creencias tras escuchar mis puntos de vista. Tras varios intercambios de opinión en los que ninguno consiguió convencer al otro, decidí acabar con toda charla relacionada con la sostenibilidad y la economización de recursos para pasar a temas más

mundanos. Nos levantamos de las gradas (el partido de futvóley había terminado hacía rato sin que siquiera nos hubiésemos enterado del resultado) y nos pusimos en marcha, recorriendo el parque Kana a través de su paseo exterior. A nuestra izquierda quedaba el todavía vacío anillo C y los blancos edificios de la zona Noreste, que se iban tornando más anaranjados a medida que avanzaban hacia el sur, bañados por la luz del atardecer.

Mientras, yo trataba de reconducir la conversación.

—Reconozco que he cambiado en los últimos meses, Rodolfo. Pero hablemos de ti, ¿Tú también has cambiado? ¿O te sigue gustando salir de fiesta tanto como antes?

—Más que a un tonto un lápiz.

—Me he acordado mucho de ti últimamente. Salir de copas en Galatea es... digamos que bastante peculiar.

—La verdad es que tengo ganas de conocer la escena nocturna chipriota.

—Bueno, yo no la definiría como *nocturna* —contesté entre risas.

—No me asustes Marcelo. El mes pasado tuve que aguantar que nos cerraran los bares a las dos de la mañana en Méjico.

Me lo imaginaba. Con Rodolfo, había ciertos temas con los que no se podía bromear.

—Galatea tiene un ambiente espectacular —repliqué—. Pero hay algunas costumbres que tienes que aceptar desde el principio si quieres disfrutar al máximo. Una de ellas es el hecho de que los chipriotas no son precisamente trasnochadores —Rodolfo no parecía convencido. Me miró muy serio, esperando una aclaración—. Estoy seguro de que, en horas de fiesta, ningún país europeo gana a Chipre —intenté aclarar—. La única peculiaridad es que aquí los bares y discotecas tienen un horario diurno. Piénsalo de esta manera, ¿cuáles han sido aquellas noches de celebraciones en las que mejor te lo has pasado? Aquellas en las que te encontrabas descansado y lleno de energía, ¿verdad?

—Marcelo, si no tengo energía siempre hay alguna manera de conseguirla.

—Antes de que sigas por ahí, déjame explicarte. El gobierno chipriota está fomentando una vuelta a los horarios de nuestros ancestros, aquellos que durante millones de años se guiaban por los movimientos del sol en vez de por una esfera llena de números o las costumbres impuestas artificialmente por el sector hostelero. El cuerpo humano está preparado genéticamente para dormir de noche y trabajar de día. Así funciona este país y muchos creen que ésta es una de las causas de su productividad y eficacia.

—¿Y desde cuando salir de fiesta es algo en lo que se deba ser productivo? Se supone que sales para relajarte, pasártelo bien con tus amigos y olvidarte del estrés que te ha ocasionado ser tan eficaz durante el día.

—No puedes negar que salir de fiesta requiere cierta energía. Quieres estar despierto para bromear con tus amigos, marcarte unos bailes o ligar con alguna garantía de éxito.

—Como te dije, hay otros métodos para espabilarse.

—Pero, ¿qué necesidad hay de usar drogas? Imagínate que vuelves del trabajo un viernes por la tarde, exhausto después de una semana de duro trabajo. No tienes ni pizca de ganas de salir, pero sabes que tus amigos van a acudir a una fiesta prometedora y tienes miedo de perder la oportunidad. ¿No sería mucho más reconfortante saber que esta noche no hay ningún plan? ¿No te encantaría tener la certeza de que puedes irte a la cama y que mañana a eso de las dos de la tarde tendrá lugar aquella fiesta? Una fiesta durante el día, cuando más energía tienes, cuando tu ingenio, tu euforia y tu locuacidad son naturales y no fruto del consumo de la droga de turno.

—¿Es mi imaginación o te estás contagiando de la testarudez y el orgullo de los chipriotas? ¿Te acuerdas cómo solíamos decir que en este país se creían que todo lo que hacían estaba tocado con la varita de la perfección? ¡No me tomes por tonto, hombre! Claro que sé que puedo salir de fiesta de día. Te recuerdo que vivo en Santiago, una ciudad enorme y vibrante, con miles de planes a cualquier hora. Si salgo por la noche es porque me gusta. Porque me gusta a *mí*, no a mi gobierno. Nadie va a elegir las horas a las que me lo tengo que pasar bien.

La conversación estaba subiendo de tono. En ese momento se me pasaron por la cabeza mil argumentos para contestarle, no todos ellos de manera amistosa. ¿Cómo podía ignorar el problema de las drogas de una forma tan egoísta? Con un simple cambio de horario, este conflicto se había atenuado de forma significativa en Chipre, y nunca había oído ni una sola queja. Es más, los ciudadanos parecían felices, encantados con un nuevo horario al que se habían adaptado con la más absoluta naturalidad, conscientes de estar colaborando con la solución a un viejo problema. Y aquí estaba el intransigente de Rodolfo, incapaz de ver más allá de cómo estos sabelotodos chipriotas le estaban quitando la posibilidad de divertirse a la luz de la luna.

En otros tiempos habríamos discutido cualquier tema hasta el agotamiento, sin embargo esta vez era diferente. La sombra de la duda parecía extenderse sobre cada palabra de nuestra discusión. Yo no sabía si Rodolfo tenía algo que contarme sobre sus negociaciones con Chipre y él no sabía hasta qué punto yo estaba implicado con ellos. Temiendo que de nuevo rozáramos algún tabú y maldiciéndome por no haber quedado con él en algún sitio más seguro donde pudiéramos hablar sin tapujos, decidí calmar los ánimos y encauzar la conversación de nuevo hacia un tema más seguro.

—Supongo que me han lavado el cerebro estos meses, Rodolfo. ¿Será uno de los efectos secundarios que produce el conocer a la chica de tus sueños?

—Pensé que nunca ibas a sacar el tema —contestó Rodolfo con una sonrisa mientras yo me alegraba de que hubiera picado el anzuelo— ¿Qué tal os va? ¿Voy a tener el placer de conocerla?

—Claro que sí, no iba a dejar escapar esta oportunidad de que me dieras el visto bueno. La verdad es que los últimos meses con ella han sido...

—¿Un cuento de hadas?

—Si, a eso me refería antes. Ya sabes que desde mi experiencia en la universidad no había vuelto a confiar en ninguna mujer, pero con Larissa todo es distinto. Supongo que te sonará a tópico, pero precisamente por eso supe que teníamos algo especial: nuestra relación

es como un puzle que encaja perfectamente. Tenemos en común todo aquello que constituye la base de la relación: respeto, tolerancia, atracción o sacrificio, por ejemplo. Y por otro lado, somos totalmente distintos en aquellas pequeñas cosas que hacen de cada día una nueva aventura: nuestras creencias, nuestros gustos, el empleo de nuestro tiempo libre... esos pequeños detalles que darían al traste con cualquier otra pareja, pero que gracias a la estabilidad que la base de nuestra relación nos proporciona, a nosotros nos dan la oportunidad de enriquecernos el uno al otro. Supongo que por ello también es inevitable que los dos cambiemos significativamente en el proceso.

—Y tanto que es inevitable... Hace unos meses nunca te habría imaginado sermoneándome de esta manera.

—¡Vete a la mierda, huevón! —le contesté entre risas, aunque con una ligera decepción por no poder contarle algo tan importante sin recibir ninguna broma de pseudo-macho alfa a cambio. Quizá Rodolfo y yo éramos más distintos de lo que pensaba. Al fin y al cabo, en los años en lo que nos hicimos inseparables, ambos estábamos solteros, compartíamos la misma forma de pensar y los dos teníamos el mismo nivel de sensibilidad que una piedra.

—En el fondo me das envidia. Estoy deseando conocer a Larissa. ¡Y espero que traiga alguna amiga!

—Pues estás a punto de conocerla. Ya casi hemos llegado a Mendel C.

Había varias zonas de ocio en Galatea, cada una de ellas con un ambiente distinto. Estaba Maathai C, cerca de donde se alojaba Rodolfo, una zona orientada a viajeros de negocios pero que también solía ser frecuentada por la clase alta de la ciudad. Restaurantes tranquilos, bares elegantes, música lounge y jazz... en definitiva, el tipo de ambiente en el que mi amigo debería haber pasado aquella noche tomando un cóctel con sus colegas de manera civilizada, en vez de dedicarse a terminar con las reservas de cerveza de Mendel C, otra zona con mucha menos clase.

¿Realmente se podía definir como una zona con mucha menos

clase? Ningún local en Galatea se financiaba individualmente. Todos contaban con el mismo número de recursos, asignados por el gobierno. Por eso, era difícil encontrar aquí aquellos antros sórdidos y destartalados que a Rodolfo tanto le gustaban. Además, por el hecho de que en Chipre obviamente no se pagaba por las copas, la clásica distinción entre tugurios baratos y cochambrosos y locales con clase en los que una copa te costaba la mitad del sueldo no tenía mucho sentido.

Lo que sí que es cierto es que, por razones de estatus, el público que acudía a las diferentes zonas era totalmente distinto. Era muy normal encontrar a la élite de R2 en Maathai C, mientras que Mendel C era frecuentada sobre todo por jóvenes de R1 y algún que otro *rutinario*. Se trataba de un lugar en el que predominaba la música alternativa a todo volumen, un ambiente despreocupado, ningún código de vestimenta e incluso zonas para fumadores.

—¿De tabaco? —preguntó Rodolfo al escuchar mi explicación.

—Pero que te crees, ¿qué estamos en el siglo pasado? Me refiero a hierba, claro. El consumo de tabaco en lugares públicos también está prohibido aquí.

A Rodolfo se le iluminó la cara y de repente se le olvidaron todas las discusiones que habíamos tenido, o que habíamos estado a punto de tener.

Mendel C, desde un punto de vista estético, era espectacular. Este complejo, como su propio nombre indica, se encontraba en la intersección entre la radial Mendel y el anillo C, ya que en este anillo no había viviendas y la estruendosa música no podía molestar a los habitantes de los alrededores. Los primeros bares de la zona, los más tranquilos, eran colindantes al parque Kana. Eran grandes terrazas en las que solía haber música en vivo casi todos los días. En el medio había una enorme y poco profunda piscina con una barra circular en el centro que abría en los meses de verano. Los pisos superiores de Mendel C eran especie de pequeña montaña artificial, como si hubieran diseñado un centro de ocio de cinco pisos y luego le hubieran dado un empujón hacia atrás hasta casi desplomarse en el suelo. Entre el segundo y el quinto piso había bares, restaurantes, heladerías, coffee-

shops y discotecas. La mayoría se encontraban al aire libre, a excepción de aquellos locales que generaban demasiado ruido. Entre todos estos locales, a veces en paralelo y otras veces entrelazado con las amplias escaleras que comunicaban los distintos niveles, bajaba un riachuelo artificial protegido por barandillas de madera que desembocaba en la gran piscina de las terrazas del primer nivel.

Se había dado libertad a los gerentes de cada local para diseñar el exterior de su establecimiento, lo cual había resultado en una estrambótica variedad de colores que contrastaba con el blanco del resto de edificios, y le daba a Mendel C un toque de personalidad que no dejaba a nadie indiferente. Los galitanos se dividían entre aquellos que veían este complejo como un lugar encantadoramente original y aquellos que lo veían como una inadmisibles concesión al turismo, incluso como un guiño a los países capitalistas. Estos últimos no podían soportar cómo este lugar rompía la armonía de colores blanco, verde y azul que caracterizaban tanto a la ciudad como a la bandera de la EBR.

Como buen extranjero, yo me limitaba a disfrutar de la diversión y las sobrecogedoras vistas de la ciudad que sus terrazas superiores ofrecían, ignorando el hecho de que, en términos prácticos, no tuviera mucho sentido diseñar de esta manera una zona en la que el consumo de alcohol era inevitable. Más de una vez me preguntaba cuántos borrachos habrían acabado la noche en el hospital tras caer por las escaleras o al riachuelo.

Tras las debidas presentaciones, Larissa, Rodolfo y yo nos sentamos en una minimalista terraza de un bar del cuarto piso que solía deleitar a sus clientes con rarezas de música rock del siglo pasado, algo que yo sabía que emocionaría a Rodolfo.

Sin embargo, a mi amigo se le veía mucho más preocupado engullendo las numerosas tapas que había pedido y bañándolas con un interminable flujo de cerveza y chupitos de zivania. Las pocas veces que levantaba la cabeza solían ser para mirar el escote de Larissa, que me miraba como si en vez de haber traído a uno de mis mejores amigos hubiese traído un chimpancé. Por mi parte, yo tampoco hablaba mucho sino que más bien intentaba recordar si la razón por la que

antes éramos tan buenos amigos era porque yo me parecía más a él en aquellos tiempos. ¿Había reaccionado igual ante la *barra libre* chipriota la primera vez que pisé Galatea? Lo dudo mucho.

Tras aflojarse el cinturón y alabar las virtudes de la EBR de Chipre, Rodolfo llamó al atónito camarero para que le trajera su tercer plato de *mezze*.

—Tiene gracia —dijo con la boca llena—. El mejor plato que he probado desde que estoy aquí ni siquiera es chipriota. ¡Deberíais considerar traer a los turcos otra vez!

Fue en ese momento cuando Larissa quedó petrificada e inmediatamente hizo un ademán de levantarse de la mesa. Con un gesto conciliador, puse la mano sobre su pierna y la lancé una mirada que suplicaba que se quedara. Todavía era pronto para declarar la noche oficialmente un desastre. Realmente pensé que todavía quedaban algunas posibilidades de que mi futura esposa y mi mejor amigo pudieran congeniar.

Rodolfo no tenía por qué saber que buena parte de la familia de Larissa había muerto a mano de los turcos en la guerra, pero sí que debería haber sabido cuales son los temas con los que se puede bromear con un chipriota y cuáles no. La guerra quedaba más de treinta años atrás, pero había sido demasiado cruenta como para olvidarla tan fácilmente.

—¿He dicho algo malo? —preguntó estúpidamente.

—Rodolfo, vamos a ver, compadre. Tienes el tercer puesto más importante en el departamento de exportaciones a EMECA de la principal compañía energética chilena. Se te presupone un tío listo y conocedor de la cultura con la que debes negociar. ¿A qué viene ese comentario? ¿Es que no tienes un mínimo de conocimiento de la historia reciente de este país?

Visiblemente ofendido por mi respuesta, Rodolfo me miró escrutadoramente mientras se tomaba unos segundos para contestar.

—En primer lugar, no te hagas el listo conmigo —contraatacó levantando la voz, en la que ya se percibían obvias señales de ebriedad—. No hace ninguna puta falta que me recuerdes mi jerarquía

en la empresa. Todo el mundo sabe que tú eres el ojito derecho de nuestro jefe y la persona más importante después de él. ¿Cómo no ibas a serlo, siendo el hijo del gran Germán Salas?

Era una pregunta retórica a la que de todas formas no hubiera podido responder, mudo como me había quedado ante el rencor que estaba mostrando.

—Y lo segundo —continuó—. Ya que hablas de presuponer, te voy a decir cómo se te presupone a ti. Yo vine aquí pensando que me iba a encontrar con mi viejo amigo chileno, aquel que siempre fue un gran patriota, aquel que se enorgullecía de trabajar defendiendo los intereses de su país. Pensé que te encontraría sufriendo en tierra *enemiga*, apesadumbrado por tener que compartir tus días con la gentuza que está haciendo la vida imposible a nuestro gobierno, los indeseables que están amenazando nuestro bienestar...

—¿De qué estás hablando? ¡Estás sacando las cosas de quicio! —le interrumpí a gritos, ignorando la gente que ya nos miraba a nuestro alrededor. Rodolfo estaba perdiendo los papeles totalmente, formulando insinuaciones peligrosas y confidenciales en público, y lo que es peor, delante de Larissa, que escuchaba con estupefacción.

—Ohhh, ¡soy yo el que está sacando las cosas de quicio! —Rodolfo se levantó y comenzó a señalarme con el dedo de forma amenazadora—. ¿Acaso soy yo el que se está volviendo vegetariano porque se cree demasiado listo como para dejarse engañar por el malvado gobierno chileno? ¿Es a mí al que sus ideas sofisticadas no le permiten salir de casa por la noche? ¿Soy yo el que se queda sentado mientras mi empresa es sistemáticamente ultrajada por una panda de hipócritas? ¿Es que no te hierve la sangre cuando oyes hablar de la Escuela Liberopoulos?

En ese momento me levanté e intenté calmarle antes de que siguiera hablando. Ya no me sentía ofendido por la cantidad de barbaridades que estaba soltando, más bien tenía miedo por lo que todavía no había dicho y que podía decir. El escándalo de la Escuela Liberopoulos era lo último que deberíamos estar discutiendo aquí.

Lamentablemente, Rodolfo no había terminado. Zafándose de mí, levantó la voz hasta hablar casi a gritos y continuó con sus acusaciones

llenas de odio.

—¡No me puedo creer que sigas negociando con este país de impostores! Confiábamos en ti, Marcelo, pensábamos que les pondrías en su sitio. No me creo que te hayas convertido en otro imbécil más que se cree ingenuamente todas las pamplinas que el gobierno chipriota le cuenta.

Un fuerte murmullo comenzó a formarse entre la multitud que nos rodeaba. A aquellos oyentes casuales no les estaba haciendo ninguna gracia la opinión de aquel vulgar borracho, y alguno incluso comenzaba a levantar la voz con algún impropio. Tenía que poner fin a aquel monólogo antes de que fuera demasiado tarde, pero la cólera de Rodolfo parecía imposible de aplacar.

—Siempre has sido un tío inteligente, joder, ¿por qué no lo demuestras esta vez? ¡Yo te diré por qué! ¡Porque te has vendido! ¿Cómo has podido hacerlo... de una manera tan... barata? ¿Es eso lo que cuesta tu lealtad? ¿Basta con que te ofrezcan sus filosofías de patio de colegio, sus recursos infinitos, sus terracitas con vistas, sus... fulanas?

Ya había escuchado suficiente. Mi habitual tendencia a evitar cualquier confrontación brilló por su ausencia esta vez y me lancé como un resorte hacia Rodolfo asestándole un puñetazo brutal en la mandíbula. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que había pasado, un grupo de jóvenes ya había intervenido para separarnos y Larissa me tiraba del brazo asustada, sacándome de la terraza.

Sin volver la vista atrás, bajamos la escalinata de Mendel C y comenzamos a caminar hacia su apartamento de manera instintiva. A pesar de no vivir juntos oficialmente, allí era donde solíamos pasar la mayoría de las noches. Caminamos en silencio durante un cuarto de hora en el que intenté poner en orden mis pensamientos, que se sucedían uno tras otro en mi mente a la velocidad de la luz, impulsados por la adrenalina que todavía no había abandonado mi cuerpo. La escena me había dejado una sensación terrible de malestar. ¿A qué venía sacar a relucir el escándalo de la Escuela Liberopoulos? ¿En qué consistían exactamente las vagas acusaciones de Rodolfo? Comencé a temer haberme visto manipulado por la EBR y haberme distanciado de

mi país lo suficiente como para no darme cuenta de que algo preocupante estaba ocurriendo.

Antes de que pudiera llegar a una conclusión, reparé en el letrero del edificio al que estábamos llegando. D29. Era el edificio de Larissa, que se había parado en seco delante de la puerta y me miraba con los brazos cruzados. El trayecto se me había pasado volando y ni siquiera había pensado en qué contarle. *Craso error*, pensé. Larissa era partidaria de una absoluta transparencia en todos los aspectos de nuestra relación, algo que aquí obviamente había fallado. Y no era de las que se dejaban engañar con cualquier evasiva.

—Marcelo, ¿de qué hablaba tu amigo? ¿Por qué nos llama impostores? ¿Y qué tiene que ver con tu trabajo?

—Te lo contaré, Larissa. Pero a su tiempo. Todo a su tiempo.

Sacudiendo la cabeza visiblemente ofendida, entró en su edificio y cerró la puerta por dentro.

Debería haberlo visto venir.

No podía hablar a Larissa de las negociaciones por motivos de confidencialidad en mi contrato, la misma confidencialidad que acababa de ser violada gracias a la rajada de mi amigo Rodolfo. De hecho, atendiendo al protocolo que mi cliente me había hecho firmar, esta era obviamente una situación de emergencia. Por ello, el procedimiento estaba claro. Debía concertar una reunión urgente en ese mismo momento.

Localicé el número de mi contacto en CypEx en la agenda de mis lentes y me preparé para una llamada incómoda. Pero súbitamente, justo antes de pulsar el botón verde de llamada que las lentes proyectaban en la pared blanca del edificio, me vino un pensamiento a la cabeza.

La humanidad, nos guste o no, se compone de varios jugadores que buscarán el beneficio individual antes que el colectivo. Y para algunos de ellos, aquellos que se creen superiores al resto por sus grandes ideas, si eso significa despedazar a los otros jugadores, mejor que mejor.

Mierda, pensé, cuando Rodolfo dijo esta frase todavía estaba sobrio. Tenía que haber ocurrido algo gordo y él solo trataba de contármelo. Y

yo, en vez de escucharle, me había vuelto en su contra. Me maldije a mí mismo por haberme refugiado en el paraíso chipriota en los últimos tiempos, ignorando lo que pudiese acontecer en mi verdadero entorno. *Quizá es así como comienza la traición.*

Cerrando la aplicación telefónica, me di media vuelta y comencé a correr de nuevo hacia Mendel C.

Cuando llegué a la terraza donde había tenido lugar la discusión, ya no había ni rastro de Rodolfo. La música seguía sonando y los usuarios del bar parecían haber olvidado el incidente. Sin embargo, la mesa donde nos habíamos sentado permanecía vacía, custodiada por tres hombres que conversaban de pie a su lado.

Dos de ellos eran llamativamente corpulentos y miraban en todas direcciones con caras inexpresivas. El tercero me resultaba familiar. Tendría unos cuarenta y cinco años. También era alto, pero bastante más delgado que sus dos compañeros. Su alargada nariz destacaba entre sus demás facciones y, pese a que su pelo rizado era castaño, lucía una cuidada barba pelirroja. ¿Dónde le había visto antes? ¿Podría haber sido en alguna reunión de trabajo?

Antes de que pudiera reaccionar, nuestras miradas se cruzaron, y comenzó a caminar hacia mí inmediatamente, seguido de cerca por los otros dos gorilas. Se me pasó por la cabeza que quizá podrían ser *agops*, agentes del orden público de Galatea, que rara vez usaban uniforme.

—¿Es usted Marcelo Salas? —me preguntó el hombre de la barba pelirroja sin más preámbulo.

—Sí, soy yo —respondí sin aventurarme a decir nada más.

—Tengo entendido que se ha producido un altercado esta noche entre usted y otro señor.

—Mi amigo y yo hemos tenido una discusión que se nos ha ido de las manos. Creo que había bebido demasiado. De hecho le estoy buscando para asegurarme de que está bien. ¿No le habrán visto por aquí?

—¿Aquel señor es su amigo, dice usted?

Un escalofrío me recorrió la espalda tras escuchar el tono de aquel hombre al formular la pregunta. Parecía triunfante, como si al incriminarme hubiese resuelto un rompecabezas.

—Es... un antiguo compañero de trabajo que se encuentra aquí de viaje de negocios.

—Señor Salas, le voy a tener que pedir que me acompañe.

—¿Estoy arrestado?

—¿Arrestado? No, por favor. No somos *agops*.

—¿Y por qué he de acompañarles entonces?

—Porque todos tenemos un protocolo. El suyo era informar inmediatamente en caso de filtración de información. El de estos dos señores es de venir a buscarle en caso de que no lo haga —dijo señalando a los dos matones que le acompañaban.

—¿Y el suyo? —me aventuré a preguntar.

—Pronto lo averiguará, señor Salas.

—¿Puedo preguntar quién es usted por lo menos?

—Faltaría más. Mi nombre es Ioannis. Ioannis Patroklou.

PARTE I I



Leah Patroklou

Jueves, 18 de septiembre de 2064

Galatea

El té oolong que me había preparado Xandra acababa de dejar de hervir hacía apenas unos segundos. Me acerqué la taza decorada con la bandera de Croacia a los labios y comencé a soplar, fingiendo que no podía esperar a bebérmelo. En realidad, solo se trataba de una pobre excusa para retrasar nuestra difícil sesión unos instantes.

Al otro lado de la mesita del salón de mi casa, mi amiga me miraba pacientemente desde el incómodo sillón blanco que yo solía utilizar para dirigir mis consultas. ¿En qué momento había pasado Xandra de paciente a psicólogo?

—Tranquila, Leah. Tómate tu tiempo.

—Perdona, yo... solo necesito ordenar mis pensamientos para no aturdirte.

—Tenemos toda la tarde.

En realidad, eso no era cierto. Quizá ella tuviera toda la tarde, pero yo tenía que acudir a una recepción que la Agencia Espacial Chipriota celebraba aquella noche. Todavía solía acompañar a mi marido en actos oficiales de la AEC, por mucho que aborreciera la idea.

—Supongo que el origen de mis problemas está en Chris —me obligué a arrancar—. Ya sabes que nunca se llegó a adaptar a este país. Le forzamos demasiado obligándole a comenzar el colegio inmediatamente, cuando debería haber cursado por lo menos un año de adaptación en la guardería de idiomas. Ioannis fue el que se empeñó en ello, y durante años yo le culpé de los fracasos y el

desánimo permanente de nuestro hijo. Pensamos que la situación mejoraría con el tiempo, pero más bien fue al revés —Xandra me escuchaba con atención, lo que me animó a entrar en detalles—. Lo peor llegó cuando Chris cumplió dieciséis años y se vio forzado a comenzar *Rutina*. Por su mala posición en el escalafón, se vio abocado a elegir entre trabajar como auxiliar de limpieza en una de las residencias de ancianos o como personal de mantenimiento del alcantarillado. Su nota media ni siquiera le llegó para elegir algún puesto de empaquetador o de repartidor en la cadena de distribución. Abatido, decidió que lo mejor sería salir del país rumbo a Sudamérica —tragué saliva y meforcé a continuar—. Xandra, apoyarle en esa decisión ha sido una de las tareas más difíciles de mi vida, pero no me quedaba otro remedio si quería verle feliz.

—¿Cómo reaccionó tu marido ante esta idea?

—Ioannis también le apoyó, pero me temo que lo hizo por causas distintas. Él nunca lo reconocerá, pero estoy segura de que se avergüenza de su propio hijo. Ahora puede presumir ante sus respetados amigos de haber educado a un ambicioso chaval que ha decidido salir de Chipre en busca de nuevos horizontes y amplitud de miras.

—Debes de conocer muy bien a tu marido para saber cómo piensa —a Xandra se le daba muy bien formular preguntas sin insinuar nada que pudiese resultar ofensivo. Lo había aprendido de mí, así que yo sabía muy bien que lo que realmente quería decir era *¿no estás dejando que los prejuicios hablen por ti? ¿No será que llevas tantos años guardándole rencor a tu marido que lo que ves en él no es más que una proyección de tu propio resentimiento?*

—Xandra, sabes que soy una persona objetiva. Cuando todo iba de maravilla, me gustaba escribir mi diario porque sabía que ayudaría en el futuro. Y ahora, cuando leo aquellas palabras, puedo confirmar que nuestros problemas no son imaginaciones mías, sino que realmente existen. Ioannis es una persona completamente diferente a la de hace diez años. Por aquel entonces, su trabajo no era lo más importante y le importaban un carajo la aristocracia y el estatus social. Cuando hablábamos del futuro de Chris, los dos coincidíamos en que una

buena educación valía mucho más que todo aquello.

—Me alegra ver que tus preocupaciones se basan en hechos contrastados y no en sensaciones difusas. Este es el primer paso para poder tomar decisiones coherentes. De acuerdo, asumamos que tu marido ha cambiado radicalmente. Ahora que el problema está claro, busquemos la solución: ¿has pensado en lo que te haría feliz?

—En un mundo ideal, pediría que todo volviera a ser como antes. Pero he de aceptar que las personas cambian y que hubo un día en el que prometí estar a su lado en la salud y en la enfermedad. Por tanto, creo que lo más realista es intentar comprenderle. Pero Xandra, es tan difícil... Ioannis se ha vuelto hermético y reservado, sobre todo en todo lo que concierne al ámbito profesional. Hace años que he desistido en preguntarle a qué se dedica exactamente, solo sé que debe hacerlo bien, pues consiguió su ansiado ascenso a R2. Ni siquiera sé si quiero descubrirlo, es como si un aura de oscuridad rodeara todo lo que concierne a su trabajo. Se le ve estresado, pasa horas y horas en la agencia, vuelve a casa con un semblante serio y la expresión se le ensombrece cada vez que recibe una llamada de la AEC.

—Quizá necesites acercarte a él de otra manera. Si te ha dejado claro que no debes inmiscuirte en temas profesionales, puede que tenga una buena razón. Es posible que esté trabajando en un proyecto confidencial, o que no quiera amargarte con sus problemas, o puede que simplemente necesite olvidarse del trabajo cuando esté en casa.

—He pensado en ello. Esta idea me llevó a intentar... otro tipo de acercamiento —Xandra asintió con la cabeza indicándome que continuara—. ¿Alguna vez has intentado conseguir ropa interior de diseño en este país?

—¿Y a quién se la enseñaría? —Me contestó irónicamente. Desde que Xandra había abandonado China para mudarse a Chipre, no había mostrado interés alguno por tener relaciones íntimas de ningún tipo. Su aspecto descuidado, su apariencia de eterna adolescente y sus orejas de soplillo tampoco ayudaban a que los hombres se fijaran en ella.

—No te puedes ni imaginar lo inaccesible que está el mercado de productos eróticos en la EBR —continuó—. Entiéndeme, no quiero

decir que mi vida sea un infierno por no poder acceder a pornografía o a juguetes sexuales, lo único que pretendía era conseguir un conjunto de ropa interior que fuese algo picante y que despertara el interés de mi marido por reactivar nuestra vida sexual. Pensé que le vendría bien para relajarse y para volver a acercarnos. Pero fue imposible encontrar algo decente. Deja que te lo demuestre —propuse. Xandra me miraba desconcertada, como tratando de decidir si era contraproducente para la sesión que nos desviásemos del tema principal o si me vendría bien un respiro.

Tras pronunciar las contraseñas necesarias para bajar un poco las persianas y desenrollar el monitor de grafeno sobre la pared del salón, la pantalla del ordenador central apareció frente a nosotras. El fondo de pantalla era el mismo desde hacía nueve años: una foto de Ioannis, Chris y yo vestidos con ropa de montaña y sonriendo a la cámara en la cima del monte Olimpo, con la nevada cordillera de Troodos a nuestras espaldas. Aquel había sido el último invierno en el que había nevado lo suficiente como para que la única estación de esquí que quedaba en Chipre después de la guerra pudiera funcionar.

A través de comandos de voz, indiqué al ordenador que buscara en la base de datos de ropa por conjuntos de lencería. La búsqueda ofreció imágenes de apenas veinte resultados. Todas ellas mostraban conjuntos que de seguro habrían podido ser definidos como picantes si viviéramos en la región más conservadora de Afganistán cuarenta años atrás.

—Esto es todo lo que se puede conseguir en este país.

—Tiene sentido.

—¿Cómo que tiene sentido? —le pregunté irritada.

—¿Cuántas veces ha repetido Panos Kana que su modelo no funcionaría en un país superpoblado? Si tu objetivo es que el pueblo no tenga niños, no deberías dar pie a que las parejas se dediquen a procrear como conejos. Es solo un pensamiento que se me acaba de pasar por la cabeza, quizá no tenga nada que ver.

—Puede que eso explique porque existen tantos tipos de preservativos y otros métodos anticonceptivos, pero tan pocos artículos

eróticos.

—Eso creo yo. En fin, ¿Conseguiste lo que necesitabas?

—Aproveché la cumbre de psicología en Croacia para ir de compras. No es que pudiera hacer maravillas con el dinero que el Banco Puente me había asignado para el viaje, pero fue fácil encontrar un conjunto de lencería más atractivo que cualquiera de los que ofrecen en Chipre. Además de esta taza, mucho más colorida de las que nos dan a todo el mundo aquí —dije señalando la taza de té oolong, ya casi vacía pero todavía humeante.

—Vaya una actitud consumista e irresponsable. ¡Y yo que pensé que eras una ciudadana chipriota modelo! —bromeó Xandra.

—No he dejado de cumplir la ley en ningún momento. Eso sí, este tipo de historia es mejor que quede entre anemolios —repliqué en tono jocoso.

—Especialmente en estos tiempos en que los chipriotas están tan sensibles...

Xandra se refería al escándalo del grafiti que había aparecido una mañana reciente en uno de los edificios de la Plaza Verde. Los grafitis, y por tanto los sprays con los que se pintaban, estaban prohibidos en Chipre. Sin embargo, a tenor de los colores usados, alguien había conseguido colar varios de estos sprays a través de la frontera. Para más inri, el dibujo era de lo más ofensivo: en el medio de un seco y agrietado desierto de tundra, se alzaba un cedro chipriota que proyectaba una sombra con la forma de un mapa mundial. El tronco era África, y los demás continentes partían de él formando las ramas. Lo que más llamaba la atención era el color de la sombra, un rojo brillante y viscoso que no podía representar otra cosa que sangre.

Esta imagen había enfurecido tanto a los ciudadanos como a las autoridades, que se embarcaron en una aparatosa operación para descubrir al responsable y para mejorar los controles fronterizos. El *Diario Galitano* fantaseaba continuamente con un posible nuevo plan para controlar las posesiones de los ciudadanos, y en la ciudad no se hablaba de otra cosa.

—Por suerte, mi viaje de vuelta de Croacia tuvo lugar unos días

antes del escándalo del grafiti y no tuve ningún problema para pasar la frontera con el conjunto de lencería en la maleta.

—¿Y qué dijo Ioannis al verlo?

—Aquella noche, al llegar a casa desde el aeropuerto, Ioannis todavía no había vuelto del trabajo —mi voz recuperó el tono amargo—. Aproveché para ducharme, depilarme, lavarme el pelo, rociarme con el perfume que solía gustarle, y finalmente ponerme el conjunto, una sensación extraña después de tantos años sin haberme probado este tipo de lencería. Ioannis llegó una hora después, cuando ya casi me estaba quedando dormida con la luz encendida.

Hice una pausa, y Xandra me hizo un gesto para que continuara.

—¿Crees que entró en el dormitorio a saludarme? —era una pregunta retórica—. Por supuesto que no. Uno pensaría que tendría ganas de verme después de varios días de viaje, pero tras murmurar un amago de saludo al entrar en casa, se dirigió directamente a la nevera. Tras recoger una cerveza, se sentó aquí —señale el sofá donde me hallaba sentada—, desenrolló su tableta electrónica de grafeno de la que se siente tan orgulloso y continuó trabajando.

—Pensé que Ioannis no era materialista.

—Y no lo es. Pero esa maldita tableta es un símbolo de su estatus, ya que solo se la dan a los R2 que la necesiten para su trabajo.

—No me extraña. Según están las relaciones con Chile, no creo que la EBR pueda permitirse adquirir tabletas de grafeno para todos los ciudadanos. Pero no nos desviemos... ¿Qué hiciste entonces?

Tuve que hacer una pausa para tragar saliva y despejar aquella sensación de opresión que sentía en la garganta cuando sentía rabia.

—Fue difícil no mandarlo todo a la mierda y volverme a la cama. Con un gran esfuerzo, me tragué el orgullo y caminé hasta la puerta del salón. Sin embargo, no me atreví a cruzarla ya que las persianas no estaban cerradas y cualquiera habría podido verme casi desnuda desde el edificio contiguo. Por ello, me quedé en el pasillo, donde no podía verme, y le llamé desde allí cariñosamente. Le dije que necesitaba enseñarle una cosa.

—¿Y qué dijo él?

—*Cinco minutos.* Esa fue su respuesta, con el habitual tono desganado de los últimos tiempos.

—¿Te enfadaste?

—Una vez más, hice un esfuerzo para contenerme. Me quedé apoyada en la pared del pasillo, sintiéndome ridícula y humillada en aquel conjunto, esperando en la oscuridad a que pasaran los cinco minutos mientras me recordaba a mí misma las razones por las que estaba haciendo aquello.

—Fuiste muy fuerte —respondió con poco disimulado escepticismo, como dando a entender que ella ya le habría mandado a la mierda hace tiempo.

—Fuerte sí, pero estúpida no. Estaba segura de que había pasado por lo menos un cuarto de hora cuando le recordé que seguía ahí y que realmente necesitaba que viniera. Cuando me respondió de malas maneras que a qué venía tanta impaciencia, que ya estaba a punto de terminar, fue cuando ya no pude más. Me volví a la habitación, prácticamente arrancándome el conjunto de lencería, y tirándolo al cubo de basura del baño. Me metí en la cama luchando contra las lágrimas y ahí permanecí durante una media hora, sin que la rabia me permitiera dormir.

—¿Conseguiste quedarte dormida antes de que Ioannis se metiera en la cama?

—Ojalá, así no habría tenido que escucharle. Al ver que estaba despierta, me preguntó qué era eso que quería enseñarle. Le respondí que nada, que ya no tenía importancia. Y fue entonces cuando me dio la respuesta que me hizo hervir la sangre.

—¿Qué te dijo?

—*Te agradecería que no me desconcentraras por motivos que no sean importantes.*

—Vaya un gilipollas.

Miré a Xandra sorprendida. Era la primera vez que alguien insultaba a mi marido delante de mí, y mi primer instinto fue defenderle. Sin embargo pude detenerme a tiempo. En primer lugar, Xandra tenía toda la razón y, en segundo lugar, se encontraba en su

derecho a expresar su opinión. Desde que la conocí hacía unos cuatro años, Xandra había pasado de ser una de mis pacientes más difíciles a una de mis mejores amigas.

De repente me vino a la cabeza lo desesperantes que habían sido nuestras primeras sesiones. Xandra me ocultaba sistemáticamente todo lo que tenía que ver con su antigua vida en Guangzhou y me resultaba muy difícil hacerme una idea del mundo del que venía, lo cual afectaba a mi habilidad para ayudarla a adaptarse a una cultura completamente distinta. ¿Qué narices tenía que esconder? Poco a poco fui ganándome su confianza hasta que me reveló aspectos básicos de su pasado. No parecía tener mucho aprecio por su país, lo cual podía entenderse si tenemos en cuenta que su profesión era ingeniera medioambiental. Ésta era la razón por la que se había mudado a Chipre: necesitaba un entorno que apreciase su trabajo, un lugar donde sus esfuerzos tuvieran alguna esperanza de obtener resultados. Con el tiempo, nuestras sesiones se convirtieron en amenas reuniones de amigas donde, a pesar de su reticencia a entrar en detalles de su pasado, podíamos disfrutar de interesantes charlas y discusiones.

La terapia finalizó y Xandra parecía plenamente integrada en el país, pero decidimos seguir viéndonos. La única diferencia fue que las nuevas *sesiones* dejaron de tener lugar en el salón de mi casa para pasar a celebrarse en nuestro escenario favorito, los bares y terrazas de Mendel C.

Aquel día era diferente. No es que necesitara un análisis de mis problemas, eso ya sabía hacerlo yo demasiado bien. Pero estaba cansada de dar vueltas a mis preocupaciones y sentía que si se las contaba a alguien me sentiría liberada. Necesitaba ser el paciente por un día. Fue fácil decidir que Xandra sería la elegida. La alternativa era Melinda, pero entonces me vería obligada a hablar de Milos, lo cual era precisamente otro de mis problemas.

—Lo siento, Leah, me ha salido del alma. Me sienta mal ver que tratan así a mi amiga. Tú no te lo mereces —la disculpa de Xandra me devolvió a la conversación.

—No te preocupes. A esa conclusión ya había llegado yo antes. Simplemente me ha impactado un poco oírlo de una tercera persona,

pero supongo que eso significa que tengo razón.

—Por supuesto que la tienes. ¿De verdad es así como te trata? ¿Cuánto tiempo vas a aguantarlo?

—No lo sé. No he tomado ninguna decisión, ni tampoco pretendo que alcancemos una esta tarde. Lo único que necesito es desahogarme, y de momento lo estoy consiguiendo.

—Me alegro de poder ayudarte. ¿Hay algo más de lo que quieras hablar?

—De hecho, lo hay. Aunque es un tema delicado, ya que no me afecta a mí.

—Tú decides lo que me quieres contar.

Habían pasado años desde que Melinda me confesó sus temores aquel aciago día en que la carrera de Chris había resultado un desastre. Además, me había pedido que vigilara a Milos en busca de cualquier pista que pudiera delatar que estaba teniendo una aventura.

Al principio no me tomé bien esta solicitud, pero poco a poco fui entendiendo su desesperación. Aun así, no tenía muy claro cómo enfocar mi operación de espionaje. ¿Qué ocurriría si Milos descubría algo? Mi puesto de trabajo y mi carrera estarían en juego, y la posibilidad de verme envuelta en aquella situación me horrorizaba. Por tanto, decidí tomar una postura intermedia. Seguiría teniendo una relación profesional con Milos, sin actitudes que pudieran violar su intimidad, pero inevitablemente estaría atenta a cualquier desliz por su parte.

Dado que ya no pasaba tanto tiempo en el centro de psicología porque las consultas tenían lugar en mi casa, esta actitud se extendió durante largo tiempo sin que detectara nada extraño, algo que no me preocupaba lo más mínimo. Melinda solía sacar el tema de vez en cuando, preguntándome por mis progresos. El no recibir ninguna mala noticia por mi parte la tranquilizaba y nunca volví a verla tan nerviosa como aquel día. Poco a poco, las dos nos fuimos olvidando del asunto.

Hasta ahora.

Aquel martes no debería haber acudido a la consulta. Ese día era festivo y en Galatea solo trabajaba la cantidad de empleados necesaria para ofrecer los servicios básicos. Ioannis debía acudir a la AEC debido a una de sus emergencias y Chris ya se había marchado del país, así que mi único plan era realizar una sesión de *barefoot running* a lo largo del canal del anillo E.

En cuanto comencé a correr y a sentir el contacto de mis pies desnudos sobre el refrescante césped, todas mis preocupaciones pasaron a un segundo plano. Me concentré en perseguirme a mí misma, o mejor dicho, al holograma con mi imagen que mis lentes proyectaban frente a mí. Sin embargo, el holograma se alejaba cada vez más, demostrando que la última vez que recorrí este circuito me encontraba en mejor forma. *A veces la tecnología solo sirve para desmotivarnos*, pensé. Inconscientemente, mi mente comenzó a prestar menos atención a la carrera y a pensar más en el trabajo. Al cruzar la radial Curie, se me vino a la cabeza que las notas de unos antiguos pacientes que estaba buscando para tratar a un paciente actual no se encontraban en casa, sino en la consulta. Sin dudar, giré a la derecha en dirección hacia el centro de Galatea.

Era el día de la Religión, un día en el que se celebraba la pluralidad religiosa del país y la convivencia pacífica de gente de múltiples orígenes y creencias. Varios actos, todos ellos mezclando representantes de todas las religiones, estaban teniendo lugar en la Plaza Verde cuando llegué al edificio Cuatro. Ya conocía aquellos eventos, había acudido los primeros años por curiosidad, pero pronto había perdido el interés. Respetaba a aquellos que necesitaban una religión y el código moral que iba unido a cada una de ellas, pero creer en ambigüedades difícilmente demostrables no iba conmigo. No hacía falta creer en algo para actuar de manera ética.

Precisamente era en esos pensamientos en los que me hallaba perdida cuando entré en la consulta, inconsciente de que me iba a tocar sufrir una lección de ética un tanto particular.

Todavía descalza, me hallaba cruzando el último pasillo en dirección a mi consulta cuando escuché un ruido procedente del trastero que almacenaba los útiles de limpieza, lo cual me extrañó ya

que se suponía que no había absolutamente nadie en el edificio.

Debería haber reflexionado antes de entrar. ¿Quién me mandaría abrir esa maldita puerta de manera tan impulsiva?

Nayia, una bella joven nigeriana que trabajaba como asistente en nuestro departamento, estaba desnuda y sentada a horcajadas sobre un hombre de inconfundible cabellera rubia que se hallaba sentado en un robot de limpieza gris, una especie de armatoste metálico con ruedas que se usaba para aspirar y fregar a la vez el suelo de los edificios oficiales. Nayia dio un pequeño grito al verme, y se cubrió sus grandes y firmes pechos coronados por unos diminutos pezones negros. Fue entonces cuando el hombre se volvió, y mis sospechas se vieron confirmadas. Aquel hombre era Milos.

Desaparecí de allí lo más rápido que pude para dirigirme a mi despacho, donde Milos apareció apenas un minuto más tarde.

Ni siquiera se había dignado a abrocharse la camisa y subirse la bragueta.

—Milos, por favor —le dije, señalando su entrepierna con la mirada.

—Leah, siento que hayas tenido que presenciar aquella escena —se disculpó él mientras se cerraba la cremallera apresuradamente. La camisa, sin embargo, seguía abierta, mostrando una cadena alrededor de su cuello de la cual colgaba un pequeño crucifijo de madera.

—Yo también lo siento, de verdad.

—Necesito que guardes silencio.

—¿Vas a decírselo tú a Melinda?

—Nadie va a decírselo a Melinda. Es algo completamente innecesario.

—Yo creo que lo que es innecesario es lo que estaba pasando ahí dentro.

Milos respiró hondo y se sentó en el sillón de mi despacho. Tras unos segundos con la mirada perdida, comenzó a abrocharse la camisa mientras retomaba la conversación.

—Esa es precisamente la cuestión que me ha estado torturando últimamente.

—Pobrecito, lo has debido haber pasado fatal.

—No es ninguna broma, Leah. ¿Me permites que te explique?
—continuó sin esperar mi respuesta—. Las cosas con Melinda no han ido del todo como esperaba. En la mayoría de aspectos somos un matrimonio feliz. Nos queremos, nos preocupamos uno del otro, tenemos intereses comunes, nos gusta pasar tiempo juntos, compartimos sentido del humor... en fin, podría decirse que nuestra relación es la envidia de muchas otras —cuando dijo esto último me miró fijamente, pero preferí no darme por aludida—. Sin embargo hay algo que falla. Nos hemos convertido en una de esas parejas que no disfruta del sexo. Esto parece no importarle a Melinda, ya que para ella esto no es un aspecto importante de la relación. Ella sabe que yo no siento lo mismo e intenta cumplir con mis deseos, pero para serte sincero... se nota cuando alguien no lo está pasando bien. El sexo se ha convertido en algo que ninguno de los dos disfrutamos y que raramente ocurre.

—¿Y así es como justificas tirarte a la asistente?

—No es tan simple. Leah, unas personas tienen mayores necesidades sexuales que otras. En mi caso parece ser que son bastante fuertes. Al principio traté de aliviarlas a través de otros hábitos. Aparte de los métodos obvios, comencé a practicar más deporte para canalizar mi energía de otra manera. Pareció funcionar por un tiempo, pero no era suficiente. Algo fallaba. Me encontraba permanentemente nervioso, irascible e incapaz de pensar en otra cosa que no fuera una buena sesión de sexo. Incluso comenzó a afectar al trabajo y a mi matrimonio. ¿Qué quieres que te diga? En algunos hombres, el primario instinto sexual de nuestros antepasados todavía es demasiado intenso como para ser aplacado por las normas de la sociedad, la familia o el matrimonio. Creo que yo soy uno de ellos.

—Ah, o sea que es la evolución la que tiene la culpa de que no puedas mantener tu órgano reproductor dentro de tus pantalones... Me pregunto si tu dios sería de la misma opinión, ¿no nos diseñó a todos por igual? —no pude evitar que mis palabras fueran más rápidas que mis pensamientos, y me arrepentí enseguida de darle aquella peligrosa contestación a mi jefe.

—Sabes perfectamente que creo en Dios y en la evolución; no es algo incompatible. Y, de todas formas, no viene a cuento mezclar la religión en todo esto.

Milos parecía querer llegar a algún sitio con sus palabras, así que dejé que continuara.

—Pensé en muchas alternativas para satisfacer aquel instinto, Leah —prosiguió—. Habría sido muy fácil recurrir a la prostitución, pero ello iría en contra de mis creencias.

Recordé que la prostitución estaba prohibida en Chipre, pero eso no significaba que fuera inaccesible. Cuando hay una demanda y gente dispuesta a satisfacerla, cualquier mercado es más fuerte que la ley. En un país en el que la existencia de dinero estaba absolutamente prohibida, era inevitable que surgiera un emergente mercado negro de contrabando de servicios. Tanto mujeres como hombres de Galatea, aparentemente normales, de todas las esferas de la sociedad, decidían vender su cuerpo a cambio de dinero.

¿De qué les servía este dinero? Ahí es donde el Casino de Antalya encontró su gallina de los huevos de oro. Aprovechándose de todos aquellos chipriotas que no se conformaban con los bienes materiales existentes en su país, esta institución les ofrecía la posibilidad de ver recompensados sus servicios en moneda turca a través de cuentas encriptadas a las cuales el gobierno chipriota no tenía acceso. La forma más obvia de encontrar un trabajo remunerado para los chipriotas era la prostitución, pero se llegaron a dar todo tipo de casos: desde los más inocuos, como limpieza doméstica o servicios de cocina, hasta los más turbios, como el robo de órganos o el asesinato.

El Casino de Antalya actuaba como banco receptor del cobro. Así, cuando los prestatarios de estos servicios salían de Chipre, tenían acceso a una jugosa cuenta corriente en una ciudad cercana a la frontera. Un nuevo y lucrativo negocio basado en el lujo, el juego y la diversión emergió en Antalya, que se convirtió en una especie de Las Vegas orientada al desahogo de aquellos chipriotas poco comprometidos con la EBR. No era ningún delito viajar a Turquía, pero ningún chipriota que apreciara su reputación se atrevería a hacerlo.

El dinero no existía en Chipre, pero el gobierno no podía regular lo

que ocurría en países extranjeros, y mucho menos en Turquía, con la cual las relaciones diplomáticas no eran precisamente ideales. De alguna manera, el dinero era un arma lo suficientemente poderosa como para constituir la principal fuente de corrupción y crimen en un país que había eliminado el sistema monetario.

Llegados a este punto de la conversación, por lo menos me alegré de que Milos no estuviese participando en todo aquel circo. Pero eso seguía sin justificar sus actos.

—Oh, ¿entonces Dios no acepta la prostitución pero sí el adulterio? —le pregunté indignada. Aquel día no parecía capaz de morderme los labios antes de hablar.

—Sé que suena hipócrita, pero he intentado resolver la situación de la mejor manera posible, dadas las circunstancias. Como te decía, la prostitución no era una opción. Buscar una aventura tampoco lo era.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es lo que acabo de presenciar?

—Lo que quiero decir es que no quería traicionar a Melinda involucrándome en una relación sentimental con alguien. Sigo enamorado de Melinda y tener sentimientos hacia otra persona sería una traición. Lo único que necesitaba era sexo, sin ningún tipo de atadura. Aun así, nunca lo busqué, Leah. La oportunidad se presentó por sí misma.

—¿Y cómo ocurrió aquello? Porque no me voy a creer que una atractiva joven *rutinaria* tenga la necesidad de involucrarse en una relación sexual con alguien treinta años mayor que ella.

—Digamos que ella también tiene sus intereses. Juntos podemos ayudarnos el uno al otro. Ella se ocupa de mantener mi instinto a raya y yo a cambio me convierto en una especie de tutor para su carrera.

—Es lo que se suele denominar un favor sexual.

—Llámalo como quieras. Pero todos salimos ganando. Nayia es una *rutinaria* inteligente y con gran motivación que ha tenido mala suerte en su elección de puestos de trabajo. A través de mis recomendaciones podrá acceder al nivel R1 y el departamento se beneficiará de una nueva psicóloga muy capaz.

—Milos, ¿qué diferencia hay entre esto y la prostitución? Si el sexo

se convierte en moneda de cambio para obtener ascensos, premios Galileo o para aumentar el estatus, ¿cuál serían los logros de los altos cargos de este país? ¿Ser buenos en la cama? Lo que necesitamos es que la gente acceda por sus propios méritos, de lo contrario no nos diferenciaríamos en nada de los corruptos gobiernos europeos que tanto criticamos.

—Leah, no tienes por qué aleccionarme, no estoy precisamente orgulloso de mi mismo en estos momentos —dijo mientras se tapaba la cara como si estuviera a punto de derramar alguna lágrima—. Pero el hecho es que, ahora mismo tienes dos opciones. Puedes hacer como si no hubieras visto nada, y las cosas seguirán funcionando para todos. O puedes decírselo a Melinda y destrozar la vida de cuatro personas.

—¿Cuatro?

—Sí, Leah. Para bien o para mal, tú también formas parte de esto ahora.

Xandra escuchó boquiabierta mi historia, y sus mejillas adquirieron un color rosado a medida que me acercaba al final. Después de tantas sesiones juntas, había aprendido a reconocer este ligero sonrojo como una señal de rabia, algo que ocurría a menudo cuando hablaba de las barbaridades medioambientales que el gobierno chino solía perpetrar. Me sentí halagada porque un problema mío despertara su más profunda indignación, y me di cuenta de lo mucho que había echado de menos una verdadera amiga durante mis primeros años en Chipre.

Cuando se aseguró de que había terminado, procedió a intervenir. Ojalá algo tan simple como escuchar de verdad a alguien fuera entendido por más personas.

—Pobrecilla. Por si tuvieras pocos problemas en casa, ahora el inútil de tu jefe se dedica a amenazarte. ¿Has pensado en lo que vas a hacer?

—Solo han pasado unos días... necesito darle un par de vueltas más.

—Es curioso —reflexionó Xandra tras unos segundos—. Cuando llegué a este país, todo parecía estar rodeado por un aura de perfección. Pero parece ser que los humanos somos capaces de introducir

corrupción hasta en el paraíso.

Me di cuenta de que, tal y como yo hacía durante mis sesiones, estaba intentando cambiar sutilmente de tema para disminuir la furia que ambas sentíamos en aquel momento. Volvería a ello cuando sintiera que los ánimos se habían calmado, para así poder encauzar la conversación de una manera más objetiva.

—La verdad es que esta historia me ha hecho pensar mucho en algo que sucedió en mis primeros meses aquí —contesté, siguiéndole el juego.

—De eso hace ya diez años...

—Exactamente. Sin embargo me acuerdo como si hubiera sucedido ayer. Ioannis y yo habíamos sido invitados a cenar a casa de Milos y Melinda. Por alguna razón, comenzamos a hablar con ellos de cómo podrían funcionar los regalos en la EBR, y concluimos que lo mejor era regalar servicios, experiencias... Es decir, usar tu tiempo como manera de agasajar a tus seres queridos en vez de algo material, ya que realmente aquí la propiedad no existe.

—Exacto.

—En cierto punto, yo fui más allá. Propuse intercambios de servicios, e incluso la posibilidad de crear bonos intercambiables, medidos en unidades de tiempo.

—No creo que eso sea congruente con las enseñanzas de Deligiannis. Según él, todo lo que sea contable es susceptible de ser usado a modo de dinero, lo que daría al traste con la base de la filosofía nacional.

—Has entendido enseguida algo que a mí me llevó tiempo comprender.

—La teoría está muy clara.

—Estoy de acuerdo. Pero la puesta en práctica es algo completamente diferente. Los libros de Deligiannis nunca vieron venir el mercado negro que el Casino de Antalya ha generado.

—¿Y cuál sería tu propuesta para evitarlo? —preguntó Xandra con interés.

—Yo crearía los dichosos bonos. Si el gobierno tiene miedo de que

la gente comience a endeudarse con ellos, especular o promover cualquier actividad que no genere ningún valor añadido o que ponga en peligro la EBR, siempre pueden regularlos. De acuerdo, habría que modificar uno de los pilares de la Constitución de 2045, pero creo que hay que adaptarse a los tiempos. El país ha evolucionado muy rápidamente y lo que tenía sentido hace diecinueve años, hoy ya no lo tiene tanto. Si estos bonos existieran, el mercado negro se reduciría notablemente. De acuerdo, la prostitución seguiría existiendo, pero pasaría a ser un problema nacional mucho más fácil de detectar.

—Si fuera fácil de detectar por la ley, la gente seguiría recurriendo al método del Casino. Sería mucho más seguro para ellos.

—Y mucho más caro también, ya que esta seguridad incrementaría las comisiones del Casino, reduciendo la demanda.

—¿Y qué hay de aquellos cuya única razón para no delinquir es no poder permitirse ir a Turquía? Como Nayia, por ejemplo. Si quiere mantener su reputación, nunca irá a Antalya. Pero la existencia de bonos la incentivaría a negociar con Milos.

—¿Y no lo ha hecho de todas formas? Los bonos, aparte de posibilitar el cobro del delito en territorio nacional, permiten la trazabilidad del mismo. No estoy proponiendo la solución universal a la prostitución y el mercado negro, pero si la manera de detectarlos y reducirlos.

—Creo que tus teorías te traerían más de un problema si decidieras compartirlas con algún chipriota.

—¿Problema, dices? Mis teorías me podrían llevar a la cárcel.

—No puede ser —dijo Xandra con una mueca de horror—. La Constitución defiende la libertad de expresión.

—Es cierto. Pero prohíbe la apología de ideas capitalistas por parte de aquellos que desempeñan profesiones de influencia. Como los psicólogos, por ejemplo. Como ciudadana, puedo manifestarme a favor de lo que me dé la gana. Sin embargo, como psicóloga, se me prohíbe terminantemente defender estas ideas durante mis sesiones.

—¿Y no es eso lo que estás haciendo ahora? Esto me huele a soborno —bromeó.

—Hoy tú eres la psicóloga. Me estás ayudando mucho, Xandra.

—Hablando de ayudar, creo que se me ha ocurrido algo con lo que podrías matar dos pájaros de un tiro.

—Soy todo oídos —contesté con una sonrisa. A juzgar por el color de sus mejillas, que habían vuelto a la normalidad, deduje que iba a retomar el tema de Milos.

—Te propongo que le cuentes a Ioannis la situación de Milos y Melinda. Por un lado, puede que tenga una opinión interesante al respecto. Por otro, compartir un problema es una manera más de acercarte a él.

—Hmmm... es una propuesta interesante. Difícil, pero puede que merezca la pena. Apenas recuerdo la última vez que compartimos un secreto. ¡Eres un genio!

—Es fácil ver las cosas desde afuera. Ahora mismo tienes tantos asuntos en la cabeza que no puedes pensar de manera objetiva.

—Deberías dedicarte a la psicología —la elogí, y no estaba bromeando.

—Aunque no te lo creas, hay otras cosas que se me dan mejor.

—Lo sé, lo sé... tu famoso proyecto del que nunca me cuentas nada. Ni siquiera sé su nombre.

—Te lo contaré, todo en su momento. Por ahora necesito guardar confidencialidad. Pero te prometo que serás la primera en saberlo cuando vea la luz.

Por suerte para Xandra, la puerta de casa se abrió en ese preciso momento y apareció Ioannis, salvándola de un insistente interrogatorio al cual no habría podido evitar someterla.

—Hola jovenzuelas —saludó Ioannis de buen humor. Podía ser realmente encantador cuando había más gente con nosotros.

Yo le devolví el saludo, pero Xandra se limitó a mirarle con cara de pocos amigos, lo cual pareció importarle poco.

—¿Estás preparada para la fiesta de la AEC, Leah?

—Sí, yo ya me iba —contestó Xandra en mi lugar.

Con un beso precipitado, me despedí de ella en la puerta de casa.

Aquella fue nuestra última sesión.

Una vez ataviados con nuestros más elegantes trajes, siempre siguiendo el discreto código de vestimenta chipriota, Ioannis y yo salimos de la estación central de Galatea en un tren que nos dejó en el garaje de Aslankoy. Este enorme depósito de coches eléctricos, construido a partir de las ruinas de la antigua ciudad turca del mismo nombre, era el más cercano a la ciudad y por tanto el más usado, sobre todo para acceder a la costa este de Chipre, ya que el tren de alta velocidad no llegaba más allá de Galatea en esa dirección. Había varios garajes más en la isla, repartidos a lo largo de la línea circular de tren, todos ellos provistos de todo tipo de vehículos para facilitar a los galitanos el acceso a cualquier parte del país.

Una vez las lentes de Ioannis le indicaron el coche que estaba a nuestra disposición e introdujo en la aplicación el código para desbloquearlo, comenzamos nuestro breve trayecto hasta las instalaciones de la AEC.

Desde el asiento del copiloto, miraba cómo el atardecer iba oscureciendo el intenso color amarillo de la llanura de Mesaoria. Me parecía increíble pensar que esta llanura había sido una vez habitada por animales que pastaban en las verdes praderas, o que hasta hacía no tanto incluso había constituido el núcleo agrícola del país. Tras la destrucción del sistema de irrigación durante la guerra, esta parte de la isla se había convertido en un implacable desierto salpicado de pequeñas ciudades en ruinas. Ni siquiera el Pedieos, el río más largo del país, que nacía en los montes de Troodos y cruzaba la llanura hasta desembocar en la bahía de Famagusta, conseguía sobrevivir a los asfixiantes veranos sin secarse. Era en aquellos momentos cuando el suministro de agua corriente a Galatea pasaba a depender únicamente de los depósitos de agua subterráneos y de las plantas desalinizadoras.

—¿Te gustaría saber el verdadero motivo de la recepción de esta noche? —me preguntó Ioannis interrumpiendo mis pensamientos. Parecía de buen humor.

—Claro, si es que no es un gran secreto —contesté,

arrepintiéndome al instante de haber imprimido un tono de ironía a mi respuesta. Por suerte, Ioannis no le dio importancia.

—Hace cuatro años, tras el cierre del CERN, adquirimos la documentación para continuar con su más ambicioso proyecto. Desde entonces, uno de los equipos más brillantes de la AEC, dirigido por mí, ha estado trabajando noche y día en ello. Hoy el país conocerá el resultado.

—¿Es el proyecto que te ha mantenido tan ocupado últimamente?
—esta vez intenté conferir un tono neutral a mi pregunta.

—No es el único proyecto del que soy responsable, pero éste es el que mayores dolores de cabeza me ha dado. La fiesta de hoy es una especie de recompensa.

—¿Y de qué se trata?

—Esta noche celebramos la construcción de una nave —contestó, apenas sin contener la emoción.

—¿Qué tipo de nave?

—Digamos que, si todo sale según lo planeado, esta nave permitirá a la EBR convertirse en el primer país en enviar astronautas fuera del Sistema Solar.

El hangar principal de la AEC era la estructura más grandiosa que nunca había visto. Se trataba de una cúpula en forma de óvalo de ochenta mil metros cuadrados y unos cien metros de altura, un espacio que podría alojar el Big Ben de pie y la torre Eiffel tumbada.

Se habían dispuesto unas trescientas sillas en torno a una tarima, donde supuse que algún directivo enfervorizado de la AEC nos presentaría su nuevo juguete. Presumiblemente, la nave se encontraba tras la descomunal cortina holográfica con la bandera de la EBR que habían proyectado detrás de la tarima y que dividía el hangar en dos partes.

Los asientos se fueron llenando de conocidas personalidades, no solo en el ámbito de la ingeniería espacial sino también de la política. Muchas de ellas se acercaban brevemente a Ioannis para saludarle y

felicitarle por su trabajo. Parecía que tantas horas de dedicación por lo menos habían obtenido un reconocimiento. Ioannis estaba radiante, desenvolviéndose como pez en el agua entre la nobleza chipriota, aquella a las que solo los R3 y algún que otro R2 podría soñar con pertenecer. Momentos antes me había confesado con una orgullosa sonrisa que esperaba ser homenajeado en esta ceremonia. Además, la nominación a un premio Galileo era algo que daba por supuesto. Sus logros aparecerían en portada del *Diario Galitano* y pronto su nombre estaría en boca de todos.

La gala dio comienzo cuando Panos Kana subió a la tarima y se hizo el silencio absoluto. Ioannis parecía tan sorprendido como yo de que nuestro presidente ejerciera de maestro de ceremonias. Últimamente no se le había visto tanto en público como acostumbraba. Las malas lenguas lo achacaban a su falta de compromiso con una sociedad que se le estaba yendo de las manos o a una apretada agenda que comenzaba a primar sobre su eterna máxima de mantenerse cerca del pueblo. Pero también había quien aseguraba que, simplemente, su salud estaba empeorando, algo que no me costaba creer a tenor de su aspecto. Kana había envejecido exponencialmente desde aquel día en que nos recibiera en persona en la azotea del palacio de congresos. Varias arrugas daban a su rostro una expresión de preocupación, el blanco se había convertido en el color predominante de su rala cabellera y los pómulos se le marcaban de manera exagerada debido a su considerable pérdida de peso.

Sin embargo, su entusiasmo permanecía intacto. Haciendo gala de sus grandes dotes de orador, comenzó su discurso mientras la multitud le escuchaba hipnotizada.

—Amigos, cuando hoy me he levantado, mi mujer me ha mirado asustada. *¿Qué es eso que tienes en la cara?*, me ha dicho. Alarmado, he ido a mirarme a un espejo para ver a que se refería. Delante del espejo, no he podido más que constatar su sorpresa. En mi cara había algo nuevo, algo que no veía desde hace tiempo. En mi cara había una sonrisa.

Los oyentes, sin atreverse a decir ni una palabra, se miraban unos a otros como preguntándose, *¿Por qué no sonrío Kana últimamente?*

—Vivimos en un mundo complicado —prosiguió—. ¿Habéis visto las noticias últimamente? Centroamérica nunca conseguirá reponerse de la destrucción causada por el huracán Zelda. Los habitantes de aquellos países no tienen nada que perder y se lanzan sin dudarlo a una muerte casi segura intentando cruzar a pie o en patera la frontera con Panamá, la puerta de entrada al único continente del mundo donde existe cierta paz y calidad de vida. Curiosamente, es Sudamérica la que menos hace por evitar estas catástrofes naturales. Envueltos de lleno en un irresponsable furor industrial, el cambio climático es para ellos anecdótico. La selva del Amazonas está desapareciendo y con ella todas las tribus que una vez poblaron aquellas tierras. Mientras tanto, los centroamericanos que prefieren mudarse al norte se encuentran con un país que les recibe con las manos abiertas, ya que necesitan mano de obra que sustituya a todos aquellos pobres infelices que mueren a causa del cáncer, la obesidad o la violencia callejera. La vida de la clase baja en Estados Unidos es tan salvaje que muchos habrían preferido morir ahogados a la orilla de Panamá. Por otro lado, África está siendo arrasada por guerras civiles, por el clima y por nuevas enfermedades que parecen avanzar más rápido que la ciencia. Pronto será un continente prácticamente inhabitable. Europa amenaza con seguir ese camino, si es que no es invadida antes por China, India y demás países asiáticos incapaces de controlar la superpoblación dentro de sus fronteras y empujados cada vez más hacia el interior del continente por las inclemencias del tiempo y la amenaza de tsunamis.

Mientras hablaba, Kana dirigía su mirada aleatoriamente a todos los sectores de la audiencia, que asentían con la cabeza ante el certero análisis de la situación actual.

—¿Y qué pintamos nosotros en todo esto? —continuó—. No podemos obviar que, desgraciadamente, somos un minúsculo oasis en medio de este terrible desierto. Y, sin embargo, a pesar de nuestra insignificancia física, siempre nos hemos sentido grandes. Nuestra responsabilidad nos ha hecho grandes. Desde los comienzos de la EBR, nos hemos visto en la obligación de enseñarle al mundo que existe una manera mejor de hacer las cosas. Gracias a nuestro duro trabajo nos hemos convertido en el mejor ejemplo para el planeta de que la

felicidad y la sostenibilidad sí son compatibles. Durante los últimos diecinueve años, todos estos países han tenido la solución delante de sus propias narices. Ahora, yo me pregunto, ¿por qué nadie nos ha seguido?

Kana pausó su discurso durante unos segundos para darle profundidad a su pregunta.

—Después de años de intensas relaciones diplomáticas con primeros ministros, presidentes, reyes, sultanes y emperadores, coleccionando fracasos en mis intentos de conseguir que alguno de ellos mostrara alguna intención por seguir nuestros pasos, puedo resumirles la respuesta en una sola palabra: egoísmo.

Otra pausa.

—Los años me han enseñado a asumir que la EBR de Chipre ha llegado demasiado tarde. El proceso capitalista ha avanzado hasta un punto de no retorno. El poder y la riqueza se concentran tanto que es imposible dismantelar aquella estructura, ya que para ello habría que pedirles permiso a los mismos que la controlan. Bancos, grandes empresarios, inversores, especuladores, políticos... ellos tienen todo lo que desean. Tanto si conocen la situación del 99,9% restante como si deciden ignorarla, no van a hacer nada para cambiar las cosas.

Me dio la sensación de que el público comenzaba a preguntarse si habían venido a la presentación de una nave espacial o a un mitin político.

Como leyendo nuestras mentes, Kana nos dio la respuesta.

—¿Vamos a quedarnos sentados viendo cómo este sistema global nos acaba destruyendo? Por mucho que queramos aislarnos del exterior, tarde o temprano cualquier guerra o catástrofe acabará afectándonos. Queramos o no, formamos parte de este despropósito. Es por ello, amigos, que la EBR ha decidido dar un paso adelante. Nosotros seremos los primeros en buscar una alternativa al caos. Y, ya que todos nuestros intentos convencionales han fallado, hemos decidido cambiar de estrategia y darle una oportunidad a la innovación. Lo que la diplomacia no ha podido conseguir, que pase a ser el objetivo de la ciencia.

Fue entonces cuando alzó las manos y levantó la voz, usando aquel tono que podía causar escalofríos incluso a los oyentes más pusilánimes.

—¡Nuestros ingenieros y científicos! Si os dijera que sois la única esperanza de nuestro país, me quedaría muy corto. Si asegurara que el futuro del planeta depende de vosotros, no estaría haciendo justicia a la verdadera trascendencia de vuestra empresa. ¿Cómo expresar la importancia de esta misión? Quizá solo sea en un futuro lejano, cuando una generación distante, residente en otro planeta, vuelva la vista atrás y se dé cuenta de la verdadera magnitud de lo que estamos intentando acometer. *Fue un pequeño país, dirán. Nadie los tomaba en serio y, sin embargo, fueron los primeros en salir de aquel planeta decrepito. Ellos conquistaron el nuevo mundo. Si no hubiera sido por ellos, ninguno de nosotros existiría. La raza humana se habría extinguido.*

Un pequeño murmullo se abrió paso entre la multitud, pero enseguida se apagó cuando Kana continuó hablando.

—Un día tuve un sueño, amigos. Se trataba de la EBR, y ésta se hizo realidad. Desgraciadamente, hoy no puedo hablar de un nuevo sueño. Esta vez se trata de una *necesidad*.

Kana pausó su discurso por última vez para continuar después con un tono embriagadoramente alegre, salpicado por notas de emoción.

—Y es por ello que esta sonrisa no me ha abandonado desde esta mañana, pues hoy es un día histórico. Estamos dando un paso de gigante hacia la colonización del espacio. No es la primera vez que alguna potencia espacial se plantea este objetivo, pero ¿en qué estaban pensando los demás países? Imaginaros que a Colón o a Magallanes les hubieran entregado una barca de pedales para explorar los vastos océanos. Suena ridículo, pero más ridículo es aún que ciertas agencias espaciales se permitan el lujo de hablar de colonización cuando sus naves apenas pueden rebasar los límites del Sistema Solar en seis meses. La EBR, gracias a una eficiente gestión de recursos y al bárbaro trabajo de sus fieles héroes, ha conseguido construir la primera nave espacial capaz de surcar el espacio a velocidades cercanas a la luz.

La multitud se entregó espontáneamente a un enérgico aplauso al que se unió el propio Kana.

—¡Esto va por vosotros! —continuó cuando el silencio volvió al recinto—. Esta noche es para vosotros. Yo ya he hablado demasiado y hay muchos de esos héroes a los que honrar. Vuestra directora se encargará de ello, pero no me gustaría abandonar este estrado sin hacer una mención especial.

El público pareció prestar más atención todavía. ¿Iba Kana a homenajear a alguien en su discurso? En Chipre, aquello era el equivalente a ganar la lotería.

—Me gustaría reconocer el mérito de alguien sin el cual este proyecto no sería posible —prosiguió Kana—. Alguien que ha trabajado día y noche, dedicando el cien por cien de sus esfuerzos tanto físicos como mentales al proyecto, sacrificándolo todo por esta causa.

No podía ser. ¿Era aquella la recompensa de la que Ioannis estaba hablando? ¿Estaba Kana a punto de homenajear a mi marido en público? Tuve la alarmante sensación de que el corazón se me paraba por un instante cuando pensé en esta posibilidad y en sus consecuencias. Probablemente esto desembocaría en un próximo ascenso a R3, la cúpula del gobierno y la cima de la carrera profesional de cualquier chipriota. Quizá esto conllevaría que Ioannis por fin considerara alcanzadas sus metas y podría relajarse y volver a ser el de antes. También acarrearía una mejora de nuestras condiciones de vida... Incluso me sorprendí a mí misma viéndome atraída por la idea de estar casada con una de las personas más poderosas e influyentes del país.

Intentando alejar estos pensamientos que pasaban por mi mente a la velocidad del rayo, miré a mi marido. Ioannis mantenía la compostura con una expresión solemne, pero había un brillo inconfundible en sus ojos. Enseguida supe que estaba pensando lo mismo que yo. Desde la fila de delante, un ingeniero de su equipo se volvió para mirarle y esbozó una tímida sonrisa.

—Os hablo de una persona humilde con un intelecto privilegiado —parecía que Kana nunca iba a acabar—. Un hombre que comparte las preocupaciones de nuestro gobierno y que ha dedicado toda una vida para la misma causa. Una vida difícil, llena de obstáculos, una vida que a punto estuvo de acabar en tragedia. Sin embargo, el destino ha

querido que este genio se una a nosotros para convertirse en pieza clave de nuestra misión. Sin este hombre, hoy no estaríamos aquí llenos de alegría y esperanza. Hoy vamos a homenajear a muchas personas imprescindibles, pero quiero que conozcáis a aquella con la que comenzó todo. Lo creáis o no, lleva con nosotros varios años, pero estoy seguro de que muchos de vosotros nunca lo habréis visto antes. Como os decía, es un hombre humilde —ante la confusión del público, Kana levantó el brazo hacia un lateral de manera amistosa, indicando a alguien que se acercara—. Por favor, dedicad vuestro más cariñoso aplauso a... ¡Andrés Grande!

Andrés Grande

Jueves, 18 de septiembre de 2064

Galatea

Aquel nunca había sido el plan.

Acudiré contigo a la recepción, había prometido Monika para convencerme de que debía asistir a la inauguración de la Alexia. Mi antigua jefa del CERN ahora trabajaba en mi equipo de la AEC. No me separaré de tu lado, no necesitaremos hablar con nadie y lo único que tendrás que hacer será comer y ver cómo la gente admira obnubilada tu nave.

Bien, por alguna razón, Monika ni siquiera se había presentado a la fiesta, y ahora me encontraba atrapado en una tediosa celebración. En aquellos momentos, rodeado de gente importante, era en los que más solo me sentía. Tras unos breves e incómodos intercambios de palabras con algunos compañeros de la AEC, por fin dio comienzo la ceremonia y todo el mundo se sentó en aquellas espartanas sillas de madera. *Ya ha pasado lo peor, pensé mientras un apasionado Panos Kana fantaseaba con conquistas espaciales. En cuanto este exaltado deje de lavarnos el cerebro, me refugiaré en la comida y la bebida.*

Sin embargo, mi peor pesadilla estaba por llegar. Antes de que me diera cuenta, el presidente me había llamado al escenario y me encontraba subido a una tarima delante de trescientas personas. ¿Qué se suponía que debía hacer?

—Señor Grande, es un honor poder contar con su presencia esta noche —dijo Kana a través del micrófono—. ¿Puedo tutearle? Me han confesado que sus amigos le llaman Ande.

Apenas acerté a asentir con la cabeza. Ojalá hubiera tenido agallas

para decirle por donde se podía meter los motes y el tuteo.

—¿Por qué no nos cuentas un poco de tu diseño, Ande? Estoy seguro de que nuestro público se muere de ganas por conocer los detalles.

Se hizo un silencio sepulcral mientras Panos Kana me entregaba el micrófono. Mi mano derecha sudaba ridículamente, y me lo cambié de mano. La mano izquierda también estaba empapada. Me froté las dos manos con la camisa con un nervioso movimiento en el que apunto estuve de dejar caer el micrófono. El pulso se me había acelerado, sentía como el rostro se me enrojecía y una gota de sudor bajaba por la espalda hasta acabar entre las nalgas. Pasaron unos segundos interminables en los que lo único que se escuchaba eran algunos carraspeos entre la multitud.

Es un honor para mí poder disfrutar de un evento así con un equipo como este. Los últimos cuatro años han sido inolvidables para mí. Estoy infinitamente agradecido a este país por rescatarme de una difícil situación y darme la oportunidad de dedicarme a lo que siempre he soñado. Sin el capital humano y los recursos que han sido puestos a mi disposición para el diseño y la construcción de esta nave, nuestro sueño conjunto nunca habría sido posible. A cambio, qué menos puedo hacer que manifestar mi compromiso con el proyecto. Seguiré trabajando con este maravilloso equipo para la consecución de nuestros históricos objetivos.

No era tan difícil. Habría bastado algo así para salir del atolladero. Sin embargo, el don de la palabra nunca fue una de mis virtudes. Mucho menos delante de trescientas personas. Y mucho menos desde que mi cara estaba cubierta de desagradables cicatrices.

—Yo... —acerté a balbucear —gracias por esta oportunidad.

Yo gracias por esta oportunidad. Esa fue mi legendaria alocución.

—¿No les había dicho que Andrés Grande era un hombre humilde? —me rescató Kana—. También creo que es un hombre que dice mucho más con los hechos que con las palabras.

Tras una pausa, anunció lo que todos estaban esperando.

—Amigos, ahora que conocéis a su creador, ha llegado por fin la hora de mostraros la razón por la que os hemos convocado aquí esta

noche. Este acontecimiento marcará un antes y un después, no solo en la historia de Chipre, sino también en la de nuestro planeta. Permittedme que os presente la nave del futuro... ¡la Alexia I!

Aquella enorme cortina holográfica cayó del techo, mostrando la nave a los ojos de todos los presentes.

No hubo murmullos de admiración. La verdad es que la elección de aquel enorme hangar como escenario para la inauguración, unida a la entusiasta introducción de Kana, hizo bastante poco para ofrecer las expectativas adecuadas. Excepto aquellos que habían trabajado en la nave, todos los presentes debían estar esperando una especie de mastodonte espacial capaz de alojar a media Galatea y llevarse a sus ciudadanos a otro planeta donde soleados paisajes de verdes colinas surcadas por ríos llenos de vida estarían esperando a ser colonizados.

Sin embargo, lo que la multitud veía era una nave apenas el doble de grande que un avión comercial, que de hecho tenía la misma forma excepto por la ausencia de alas y la apertura en forma de estrecho embudo de la base, que contenía los reactores. La Alexia yacía diagonalmente sobre unos andamios de metal que no dejaban ver la totalidad de la blanca coraza, salpicada de manera aparentemente aleatoria por múltiples paneles grises que contenían los campos magnéticos y los emisores láser. En una de las partes lisas de la coraza, hacia la parte superior de la nave, lucía una bandera de la EBR.

La Alexia no era más que un prototipo a pequeña escala de lo que la verdadera nave podría llegar a ser. Tras los segundos iniciales de asimilación, un intenso aplauso se apoderó del hangar y su eco multiplicó el estruendo ensordeciendo a todos los presentes.

Tras mi gloriosa intervención, la bajada del telón y la posterior letanía de agradecimientos y reconocimientos a decenas de trabajadores por parte de Alicia Vacci, la directora de la AEC, mi retirada hacia la zona del buffet se convirtió en una misión imposible. A medida que avanzaba hacia la esquina del hangar, una persona tras otra se interponía en mi camino, todas ellas deseosas de entablar conversación e interesarse por quién era, de dónde venía, cómo había

llegado a Chipre y, por supuesto, cuál era mi puesto y cuál mi nivel.

Tras esquivar con más o menos estilo todos los insulsos intentos de conversación de mis nuevos admiradores, lentamente comencé a divisar la mesa de vino kumandaria al final del hangar. Por suerte, parecía que la gente comenzaba a dispersarse. Cuando al fin parecía que iba a tener vía libre, una última pareja se interpuso en mi camino.

La mujer no alcanzaría los cuarenta años. Lucía un moderno peinado con su corto pelo rubio ondulado hacia atrás que dejaba totalmente al descubierto unos grandes ojos azules que me observaban con prudencia y que me dejaron clavado en el sitio. Era la mujer más bella que había visto jamás. Confundido por aquella inesperada atracción, me quedé mudo e inmóvil unos instantes hasta que me di cuenta de que su marido me estaba tendiendo la mano con una seria expresión. Con horror, comprobé que éste no era menos que Ioannis Patroklou, el director del proyecto Alexia y mi jefe.

—Enhorabuena, Andrés —me dijo secamente.

—Igualmente —le contesté. Ioannis había sido una de las personas que la directora de la AEC había nombrado en su discurso.

Como si hubiera dicho algo ofensivo, Ioannis sacudió la cabeza con un gesto de indignación y desapareció sin decir más, caminando enérgicamente hacia la zona del buffet.

Su mujer se había quedado mirándole, todavía enfrente mío, tratando de decidir si debería seguirle o quedarse a continuar la conversación conmigo. Su expresión nerviosa y dubitativa le daba un aspecto frágil que me hizo sentir un cosquilleo en el estómago. Tras un largo silencio incómodo, se decidió por lo segundo.

—Disculpe a mi esposo por favor —me dijo avergonzada.

—No hay nada que disculpar.

—Insisto. Somos conscientes del gran reconocimiento que acaba de obtener y de que no hemos actuado como se espera de nosotros —probablemente se refería a la retahíla de alabanzas que se esperaba de todo ciudadano chipriota cada vez que alguien alcanzaba cierto logro o reconocimiento profesional. Según aquel protocolo, una simple enhorabuena se consideraba de baja educación y de mal gusto.

—Si le digo la verdad, ya me gustaría que todos los presentes hubieran sido tan breves como su marido —la sinceridad de mi propia respuesta me pilló por sorpresa.

—Veo que Kana tenía razón.

—¿Qué quiere decir?

—Que es usted un hombre humilde, poco amigo de grandes homenajes.

—Kana también dijo que soy un hombre de pocas palabras. Creo que esa característica me define mejor que la humildad.

—Para ser sincera con usted, ¿quién que haya vivido en este país durante más de un año podría ser calificado de humilde?

Tras aquel comentario, se echó a reír con naturalidad. Parecía haber olvidado el incidente con su marido. Era una risa sana y contagiosa y me sorprendí a mí mismo uniéndome a ella sin ningún esfuerzo.

—¿Lo dice por experiencia propia? —me aventuré a preguntarle en tono de broma, y enseguida me arrepentí de ello al acordarme de que su marido no era precisamente un hombre de sencillas ambiciones.

Me pareció atisbar una fugaz expresión de incomodidad en sus ojos mientras me maldecía a mí mismo por mi falta de tacto. Por suerte, cambió de tema enseguida.

—He visto cómo miraba su nave. En sus ojos había algo más que orgullo... Ni el más afectuoso padre miraría a su bebé con tal ternura.

—Un bebé tarda nueve meses en nacer. Mi nave ha tardado diecisiete años.

—Hay que ser muy valiente para dedicarse tanto tiempo a un único objetivo. Ha debido hacer grandes sacrificios.

Varias personas que evocaban recuerdos dolorosos de mi pasado me vinieron a la mente, pero las aparté rápidamente como acostumbraba a hacer.

—La valentía no es lo único que mueve a las personas. No subestime el poder de la obsesión.

La señora Patroklou volvió a reírse despreocupadamente.

—Vaya, nunca había conocido a nadie tan reacio a aceptar buenas

críticas. Esto me reafirma en mi teoría de su humildad. Pero lo entiendo, así que dejaré de incomodarle. Por cierto, ¿le gustaría acompañarme al buffet para tomar algo? Parece ser que mi marido no está de muy buen humor hoy y me sentiría un poco incómoda estando sola todo el rato. Prometo no hacerle ningún cumplido.

No encontré la manera de rechazar la invitación, sobre todo después de haber metido la pata apenas un minuto antes. Además, no solo me hallaba obnubilado ante su belleza, sino que también me agradaba aquella manera tan directa y franca que tenía de comunicarse, que contrastaba con el lenguaje lleno de rodeos que tanto parecía gustar a la clase alta chipriota presente en aquella fiesta.

—Por cierto, ¿le importa que nos dejemos de formalismos? —me pidió mientras caminábamos hacia el buffet—. Me llamo Leah.

—Puedes llamarme Ande —contesté, y me di cuenta de que nunca antes había ofrecido que me llamaran así de forma voluntaria.

Saltar desde lo alto de un edificio es un método de suicidio de gran eficiencia, sobre todo cuando hablamos de saltos de más de cincuenta metros (o unos ochenta si el salto se produce sobre el agua). Sin embargo, éste método no se encuentra particularmente entre los más utilizados, ya que el porcentaje de efectividad no llega a alcanzar el cien por cien. Aquella tarde de octubre de 2060 me di cuenta del por qué.

Para empezar, antes de saltar debería haberme preocupado de realizar una simple búsqueda de la técnica necesaria. Incluso el estudiante más brillante de la historia de la Universidad de Ginebra puede cometer un error tan sumamente estúpido como saltar de pie.

—¿Estás de broma? —me preguntó incrédulo Joseph, el paciente que ocupaba la cama más próxima en aquel viejo almacén que hacía las veces de hospital público. Joseph había intentado suicidarse respirando a través de un tubo conectado a una bombona de helio, pero la policía lo había sorprendido milagrosamente mientras hacían una redada anti drogas en su edificio—. Todo el mundo sabe que debes intentar tirarte de cabeza. La hemorragia cerebral es lo más eficiente e indoloro. De lo contrario puedes acabar tullido, con daños cerebrales

o... como tú.

Joseph se refería a las dos terribles brechas recién cosidas que cubrían mi cara. Una de ellas comenzaba en la mandíbula inferior derecha, pasaba entre los ojos y acababa más allá de la frente, ganando terreno al cuero cabelludo. La otra cicatriz era horizontal y algo más pequeña, ocupando solo la parte frontal del rostro y cruzándose con la otra en el labio superior, que había quedado destrozado.

También podría haberse referido a la fractura de fémur que me terminaría ocasionando una ligera cojera crónica, pero en ese momento Joseph no lo sabía.

He de admitir que tenía toda la razón. Es más, la técnica no es lo único a lo que debería haber prestado atención. Parece ser que la superficie donde uno aterriza también influye fuertemente en el resultado. Una caída sobre cemento asegura unos altos porcentajes de éxito sea cual sea la técnica de salto utilizada. Sin embargo, no ocurre lo mismo cuando se choca a más de cien kilómetros por hora sobre un vehículo estacionado. La caída sobre la luna posterior fue la que ocasionó la fractura del fémur, un bajo precio a pagar por un freno milagroso. Una vez atravesado el cristal, fui depositado sobre el asiento trasero sin sufrir ningún daño, excepto el que los afilados cristales de la luna infligieron a mi cara al arrastrarme sobre ellos inconsciente.

Reaccioné ante mi supervivencia con confusión. Aunque la situación siguiera siendo tan desesperanzadora como antes, los sentimientos de culpabilidad y frustración habían desaparecido. Contradiendo el escepticismo científico que siempre me había caracterizado, sentía como si alguien quisiera decirme que existía una razón para estar vivo. La probabilidad que dio con la combinación de factores que habían evitado mi muerte era demasiado ínfima como para ser ignorada. Aquel antiguo utilitario de tres puertas podría haber sido aparcado en cualquier lugar de aquella desierta calle, sin embargo el destino quiso que fuese aparcado en el preciso lugar en el que me salvaría la vida. Además, no solo mi caída ahuyentó al violador que acababa de conseguir paralizar a su víctima a apenas unos metros del vehículo, sino que la mujer había resultado ser una enfermera que pudo detener las peores hemorragias antes de que llegara la ambulancia.

Los médicos consiguieron ponerme a salvo y, cuando decidieron que era hora de ponerse en contacto con mis familiares, el único número de teléfono que mis lentes registraban era aquel que me había llamado justo antes de aterrizar. Extrañados, probaron suerte. Su sorpresa fue mayúscula cuando la persona que respondió se identificó como Alicia Vacci, directora de la Agencia Espacial de Chipre. Aseguraba que aquel tal Andrés Grande era un ciudadano chipriota perteneciente a su empresa, y exigía su repatriación inmediata. Cuando, estando yo todavía inconsciente, la policía pasó el escáner por mi nuca para comprobar mi identidad, la pequeña pantalla del aparato refutó los datos ofrecidos por la señora Vacci. Al parecer, alguien se había colado en el hospital y me había implantado un falso chip. Las probabilidades de sobrevivir a aquella operación en mi estado no eran tampoco muy altas, pero mi ángel de la guarda parecía estar haciendo horas extra otra vez.

Cuando recuperé la consciencia, la primera persona a la que vi fue la señora Vacci, que llevaba días sin separarse de mi lado, sabiendo que mi despertar era inminente. Para mi estupefacción, pasó unos días más conmigo en aquel inmundo hospital. Se comportaba conmigo con el cariño y la atención de una madre, hasta el punto que llegué a pensar que debía de haber perdido la memoria y quizá esta señora formaba parte de mi pasado. Me contó la historia de cómo había llegado hasta allí, incluyendo la operación de implantación del CNI chipriota. Con miedo, comencé a sospechar que estuviera planeando un secuestro, pero fue entonces cuando apareció Monika, mi antigua jefa en el CERN. Me aseguraron que aquella era la única manera de traerme, ya que los países europeos, cada vez más molestos con las políticas chipriotas, hacían todo lo posible para dificultar la salida de trabajadores cualificados hacia Chipre. La decisión estaba en mis manos: podía quedarme en la decadente Ginebra o podía emigrar al país con la agencia espacial más potente del mundo para hacer realidad mis sueños.

Tan solo dos días después, ya me hallaba recuperándome en una luminosa habitación privada del hospital de Galatea después de haber firmado mi contrato laboral con la AEC.

—Me alegra escuchar que tu historia tiene un final feliz —comentó Leah. Por supuesto, no le había contado la versión completa, sino la censurada, la que solía contar cada vez que alguien me preguntaba cómo había llegado a Chipre y que omitía el intento de suicidio.

Leah me escuchaba atentamente y su expresión no delataba ningún juicio. Parecía interesarse por lo que yo tenía que contar y no hacía preguntas incómodas acerca de mis cicatrices, como solía hacer la mayoría de la gente. Simplemente, se alegraba por lo que yo tuviera que decirle, como si eso fuera suficiente para hacerse una idea de quien era yo, sin necesidad de hurgar en las heridas.

Paradójicamente, esto resultó en que, en más de una ocasión, me vi tentado a ir más allá y contarle algo más personal, pero al final me vi frenado por el miedo al rechazo, a perder cualquier tipo de lazo que pudiera establecerse entre nosotros.

—Me atreveré a decir que es un final feliz cuando aquella nave despegue. Mejor dicho, cuando alcance la velocidad programada —respondí.

—¿Hay ya una fecha de lanzamiento planeada?

—Barajamos varias opciones. El problema es que nos tenemos que adaptar a los calendarios de rotación y traslación de la Tierra y la Luna. Las condiciones ideales se darán en tres meses, pero quizá sea demasiado pronto. Hay algunos detalles por finalizar y si no nos da tiempo tendremos que esperar un año para volver a reunir aquellas condiciones.

—Oh, pensé que la nave ya estaba terminada.

—Y lo está. Pero no solo se trata de la nave. Antes tenemos que mandar un módulo a la magnetosfera para recolectar y almacenar cierta cantidad de antimateria. La nave recogerá este módulo en su camino, acoplándolo a su motor para usar la antimateria como combustible inicial.

—¿Y es el módulo lo que no está terminado?

—Le falta un recubrimiento de grafeno. Este material no es fácil de conseguir. De hecho, todavía me sorprende que pudiéramos conseguir una cantidad tal como para recubrir toda la nave. Es carísimo y además

solo se fabrica en Chile, un país con el que, por lo visto, no tenemos las mejores relaciones diplomáticas.

—He oído algo sobre aquellas acusaciones referentes a la Escuela Liberopoulos, pero ya sabes... creo que nunca sabremos qué hay de cierto en todo aquello —la respuesta de Leah me llamó la atención. Incluso alguien con una vida tan ermitaña como la mía sabía que no era muy prudente dudar de la legalidad de las prácticas de nuestro Gobierno en un acto como este. Sin embargo, tenía la certeza de que Leah era una persona que sabía lo que hacía, así que me animé a contestar con total sinceridad.

—El grafeno es el material más caro del mundo. No te puedes imaginar lo que ha costado recubrir la nave con él. ¿Qué país podría permitirse este gasto? Te aseguro que uno como el nuestro no. No sé si las acusaciones de la Escuela Liberopoulos son ciertas, pero lo que tengo claro es que Chipre tiene que haber hecho algo más allá de lo normal para conseguir los recursos que la AEC necesita. Y no solo te hablo del grafeno. Hay casos que van mucho más allá. ¿Sabes que han llegado a fabricar piezas hechas de carbino?

Leah me miró con una expresión que mezclaba entusiasmo e impotencia, como si quisiera continuar la conversación pero supiera que estábamos llegando demasiado lejos.

—Y, si te digo la verdad, por mí Chipre puede hacer lo que le venga en gana. Ni siquiera me importa no saberlo —insistí a pesar de todo—. No es que crea que el fin justifica los medios, pero hace tiempo que perdí la fe en la humanidad, o por lo menos en el estado actual de la misma. Si alguien quiere y puede hacer algo para salir de aquí y empezar de cero... Pondré todos mis esfuerzos a su disposición. Incluso si eso significa fundar un mundo en el que sus habitantes venderían a su madre por conseguir un premio Galileo.

Leah no pudo evitar una sonrisa, que rápidamente ocultó. En vez de contestar, me miró fijamente durante varios segundos, como debatiéndose entre dar rienda suelta a sus ideas o actuar con prudencia. Esta mirada me habría incomodado viniendo de cualquier otra persona, pero, tratándose de ella, estaba encantado. No recordaba haber sentido esa complicidad desde hacía mucho tiempo.

Normalmente, mi grado de empatía con los que me rodeaban era mínimo, pero en este caso parecía entender todo lo que Leah quería decir, no solo con sus palabras, sino también con su tono, sus gestos y su mirada. Quizá mis aptitudes sociales no eran tan malas como creía, simplemente necesitaba una persona que despertase mi interés. Y vaya si Leah lo había conseguido.

—En fin, espero que consigamos lanzar la nave en nuestra primera oportunidad, dentro de tres meses —continuó, volviendo al tema del lanzamiento. Leah pareció relajarse, pero también parecía enojada por no poder continuar con la conversación que le hubiera gustado—. Este será un lanzamiento de prueba con animales, ya que el gobierno no se atreve a enviar a astronautas de momento.

—¿Y quién conducirá la nave?

—Se podrá conducir desde aquí —respondí orgulloso—. Ya que no esperamos que los chimpancés o los cerdos se pongan al volante, hemos creado un sistema de conducción remota. Definimos su trayectoria, aceleración y velocidad, mientras que un piloto automático situado en la nave regula estos factores para evitar colisiones, algo que nosotros no podemos hacer desde aquí debido al retraso de la comunicación por las grandes distancias.

—Entonces, ¿qué hay de tu sueño de llegar a ser astronauta?

—La nave volverá. No tiene ningún destino en concreto, la misión consiste únicamente en recorrer una trayectoria circular alcanzando una velocidad cercana a la luz.

—No soy una experta en el tema, pero tengo entendido que se necesitarían años para alcanzar esa velocidad.

—Un año, diez meses, doce días y tres horas, para ser exactos. También hay que añadir el mismo tiempo para desacelerar a la vuelta y dos años de velocidad de crucero entre medias. Casi seis años en total. Sin embargo, para los animales de la nave habrá pasado la mitad de tiempo.

—Esto significa que, en el mejor de los casos, conseguiremos enviar la primera misión tripulada por humanos fuera del sistema solar dentro de unos siete años.

—Como te dije, llevo diecisiete años esperando este momento. Creo que puedo esperar siete más.

Leah me dedicó una dulce sonrisa, y el tiempo se paró mientras la miraba hipnotizado y pensaba en la perfección de sus facciones. Era como si su cara hubiese sido diseñada para sonreír.

Fue en aquel momento cuando su marido apareció de nuevo junto a nosotros, sacándome de mi embelesamiento. Ioannis, al igual que minutos atrás, no tenía cara de buenos amigos.

—Leah, nos vamos —dijo de manera autoritaria a su esposa, sin reparar en mi presencia.

—¿No podemos esperar un poco? Todavía no he terminado de cenar. Además, Ande me está contando una historia muy interesante. ¿Sabías que la nave será probada con animales primero? Oh, supongo que lo sabías, pero debía ser uno de tus datos confidenciales, ¿no?

Ioannis me miró, y sus ojos parecieron fulminarme durante un instante. Después hizo lo propio con Leah, cuyo rostro se tensó al aguantarle la mirada. Era obvio, incluso para alguien como yo, que esta discusión venía de lejos.

—Sabes que he tenido un día duro —dijo dirigiéndose a Leah—. ¿Por qué tienes que hacer siempre las cosas más difíciles?

La situación se estaba tornando bastante incómoda para mí, así que decidí abandonar.

—No te preocupes Leah, yo tenía pensado irme también. Buenas noches.

—Ande, espera un momento, por favor —me suplicó, y estuve a punto de responder que la esperaría años si hacía falta—. Mi marido puede volverse a casa en coche perfectamente, yo me quedaré por lo menos hasta que hayamos terminado nuestra conversación.

Ioannis, cuyo rostro comenzaba a tornarse rojo de la ira, parecía estar a punto de saltar como un resorte, pero en vez de eso se dio la vuelta silenciosamente y se dirigió hacia la salida con paso enérgico.

—Discúlpanos Ande, no tenías por qué haber presenciado esta escena. Mi marido y yo estamos pasando por un bache y últimamente tenemos dificultades para resolver algunas situaciones de manera

civilizada.

Vaya, lo siento. Espero que volváis a ser felices pronto. Esa era la respuesta políticamente correcta que estaba buscando, pero en vez de eso me quedé mirando al suelo sin saber muy bien qué decir.

Leah no pareció darle importancia a aquel silencio incómodo.

—Ioannis siempre fue muy apasionado con su trabajo —continuó—. Nos encantaba compartir cuestiones profesionales. Sin embargo, lleva ya unos años encerrado en su proyecto. Con la excusa de que es confidencial, no tengo la más absoluta idea de a qué se dedica durante la mayor parte del día.

Seguía sin saber muy bien que contestar; la verdad es que no estaba acostumbrado a que nadie me contara sus problemas matrimoniales. Sin embargo, no quería parecer desinteresado, así que traté de mirarla fijamente y asentir con la cabeza tras cada frase. Ella tomó estas señales como una indicación de que podía seguir hablando.

—Esto, junto con otras cuestiones, es uno de nuestros principales problemas. Entre las horas que se pasa trabajando y lo ausente o despistado que se muestra cuando está en casa, la comunicación es imposible.

Si fueras mi esposa, te dedicaría toda la atención del mundo, sorprendí a mi subconsciente pensando. ¿Qué me estaba ocurriendo?

—A pesar de que Ioannis es mi jefe, apenas paso tiempo con él —contesté tras pensarlo una vez más—. Ojalá le conociera mejor para poder darte algún buen consejo.

—¡Oh, nunca pretendí...! Lo siento Ande, había olvidado que Ioannis era tu jefe. Ni siquiera debería estar contándote esto, te estoy poniendo en una situación muy incómoda —Leah se había puesto roja de la vergüenza.

—No te preocupes. De hecho, me alegraría si pudiera ayudarte. Seguro que tú harías lo mismo en mi situación.

Leah pareció molesta con mi respuesta durante unos instantes, hasta que al fin contestó.

—No te lo tomes a mal, Ande, pero creo que no sería muy inteligente por mi parte enfadar más a mi marido. Creo que debería

volver; todavía estoy a tiempo de alcanzarle.

—De acuerdo, buena suerte —mentí, y tuve la sensación de que no había podido ocultar mi decepción.

—Sin embargo... hay temas de los que me gustaría que habláramos más en profundidad. Me pondré pronto en contacto contigo.

Dicho esto, me besó afectuosamente en la mejilla y se dio la vuelta. Atónito, intenté formular alguna palabra de despedida sin éxito.

Cuando por fin conseguí murmurar algo, Leah ya había desaparecido por el portón del hangar.

El monitor del ordenador central de nuestro piso mostraba una vista aérea a tiempo real del canal de Panamá. La calidad de la imagen era suficiente como para que, sobre la tercera esclusa, pudiera apreciarse cómo un descomunal barco esperaba a que se le abrieran las puertas del océano Atlántico. Se trataba del buque de carga que no me había dejado pegar ojo últimamente. Lo había sacrificado todo para que este carguero hiciera llegar su pedido a Chipre, y la amenaza de que todo hubiera sido en vano era tan terrible que ni siquiera me atrevía a pensarlo.

Por ello, y aun sabiendo que no podía hacer nada al respecto, no podía evitar mirar nerviosamente cada pocos segundos hacia aquella pantalla de grafeno. En el lado derecho podían verse varios indicadores sobre la actividad real del barco: latitud, longitud, autonomía, distancia hasta el destino y velocidad. Todos ellos llevaban parados casi dos horas. Al principio no me había alarmado, sabía que el carguero debía hacer una pausa en el canal antes de continuar su viaje a través del Atlántico, pero ya comenzaba a darme la sensación de que esta pausa se estaba alargando demasiado. ¿Iría algo mal?

Malditos nicaragüenses, pensé. Habría sido mucho más fácil usar su canal.

El canal de Nicaragua había sido terminado en 2022 y desde entonces había sido utilizado como la alternativa low cost al canal de Panamá. Este nuevo canal solo tenía una esclusa, delante de la cual hacían cola cientos de barcos cada día, multiplicando el tiempo de

espera. Además, el sabotaje y los robos de mercancías, incluso los asaltos de piratas en el lago Nicaragua, ocurrían más a menudo de lo que deberían. Sin embargo, el canal de Nicaragua se había convertido en un digno competidor del de Panamá debido a sus irrisorias tasas. Mientras que el peaje medio del canal de Panamá se situaba en torno al medio millón de dólares, en Nicaragua no llegaría a los cincuenta mil.

El precio del peaje de nuestro buque de carga amenazaba con romper todos los récords de la historia del canal de Panamá. No lo sabría hasta que el barco atravesara la última esclusa, si es que eso ocurría, pero no esperaba que bajara de tres millones de dólares. Y sin embargo, esto era lo que menos me importaba. Un carguero de aquel tamaño y, especialmente, con aquel contenido, probablemente llamaría la atención de las autoridades. Era previsible que las noticias se propagaran rápido, llegando a oídos de los países e inversores equivocados, aquellos que podrían evitar sutilmente que el barco cruzara el canal, un escenario que llevaba dándome pesadillas varios días.

Esto nunca habría ocurrido en Nicaragua. De acuerdo, el carguero habría tenido que esperar más tiempo a pasar, pero eso no habría sido un gran problema. Los piratas tampoco habrían constituido ningún riesgo, ya que sus barcos no estaban preparados para asaltar un barco de tales dimensiones. La gran diferencia era la visibilidad: a nadie le importaba lo que cruzaba el canal de Nicaragua. Nadie habría investigado, nadie habría hecho preguntas. Para cuando llegara el momento en el que alguien se extrañara de que un carguero tan desproporcionadamente grande decidiera usar el canal de Nicaragua, si es que esto ocurría, el buque ya se hallaría en aguas internacionales.

Sin embargo, este plan se había ido al garete tras el cierre del canal de Nicaragua. Por increíble que parezca, en el momento de su construcción nadie pareció tener en cuenta que el nivel del agua del mar incrementaría más a corto que a largo plazo. Este aumento por sí mismo no era ningún riesgo, ya que los barcos todavía podían cruzar el canal sin problema. Pero aquella diferencia de nivel multiplicó los efectos del huracán Zelda sobre las instalaciones, que acabaron prácticamente destrozadas. La empresa china que administraba el

canal se había negado a llevar a cabo las reparaciones necesarias, por lo menos hasta que la economía global se recuperase y el transporte marítimo de mercancías volviese a los niveles de antaño. Pusieron el cartel de cierre indefinido, y los treinta mil trabajadores nicaragüenses que el canal empleaba acabaron en las listas del paro de un país literalmente destrozado.

Me sentí momentáneamente culpable por echar la culpa a Nicaragua de la situación, al fin y al cabo el pequeño país solo había sido una marioneta en manos de inversores chinos, y al final había acabado pagando con creces las consecuencias. Pero esto no hizo nada por disminuir mi angustia ni mi incapacidad de hacer nada productivo excepto mirar hacia el monitor deseando que alguno de los indicadores se moviese.

Decidí entonces ir a despertar a Astrid. *Todavía la quedan diez minutos de siesta, pero creo que es lo único que conseguirá animarme*, pensé egoístamente.

Hacía poco que la pequeña Astrid había dejado de dormir con Larissa y conmigo para pasar a dormir en su propia cama en su nueva habitación. El cambio había sido estupendo tanto para ella como para nosotros. Los llantos nocturnos se habían acabado, algo que demostraba que estos se debían a las ganas de llamar la atención más que a la necesidad. Desde el primer día, Astrid había dormido a pierna suelta cada vez que se metía en su nueva cama, y hoy no era una excepción.

Tras susurrar las palabras *luz tenue* al entrar en su habitación, me paré a observarla unos segundos. La lámpara del techo iba encendiéndose progresivamente, revelando aquel cuerpecito y aquella redonda carita de ángel que hacían que me derritiera. Por unos segundos, no hubo ningún problema en el mundo que pudiera hacer sombra al orgullo y al cariño de un padre que amaba a su hija sobre todas las cosas.

Me senté a su lado acariciándole el pelo, y pronto se despertó.

—Buenos días Papá —me dijo somnolienta y sin apenas abrir los ojos.

—Buenas tardes, querrás decir. Te estás despertando de la siesta,

cielo.

—¿No tienes que ir a trabajar esta tarde? —me preguntó con una expresión llena de esperanza que me hizo sentir un poco culpable.

—Voy a trabajar desde casa. ¿Te gustaría ayudarme?

—Claro, ¿qué puedo hacer yo? —preguntó emocionada.

—Hmmm, déjame pensar —dije mientras simulaba meditarlo bien—. Tengo que hacer dos cosas, así que te dejaré elegir la que más te guste. En primer lugar, tengo que asegurarme de que un barco enorme cruza de un océano a otro. Y en segundo lugar, tengo que colorear unos dibujos sin salirme de las líneas. ¿Con cuál de los dos te gustaría ayudarme?

—Con el barco —me contestó convencida—. Los dibujos ya los he coloreado muchas veces.

—De acuerdo, entonces me quedo yo con los dibujos. Pero tú me tienes que decir los colores que debo usar, ¿de acuerdo?

—Trato hecho.

Caminamos juntos hasta el salón y, tras colocar varios cojines en la silla de mi escritorio, senté a Astrid encima. La expliqué que su trabajo necesitaba una gran concentración: debía mirar fijamente al monitor central y avisarme tan pronto como viera que el barco se movía. Le traje una macedonia de la cocina, y comenzó a comer lentamente mientras observaba con atención el monitor, casi con miedo a pestañear por si se perdía algún detalle.

Me encantaba que Astrid me acompañara mientras trabajaba. Dada la dedicación que mi puesto exigía, era la única manera de que consiguiéramos pasar tiempo juntos entre semana. Era exactamente la misma situación por la que había pasado mi padre años atrás.

Pensé con tristeza en que Astrid nunca podría conocer a sus abuelos. Llegase el buque a Chipre o no, el daño ya estaba hecho. Ni yo ni nadie de mi familia podíamos ya viajar a Chile. Recibir visitas por parte de familiares o amigos habría sido peligroso para ellos; incluso el intento de contacto les habría supuesto un grave problema. Por otro lado, después de lo que había hecho, dudaba que alguno de ellos deseara saber algo de mí. Quizá mi madre lo hubiera comprendido,

pero estaba seguro de que tanto mi padre como Rodolfo me habían borrado de sus vidas para siempre.

Rodolfo, especialmente él. Aquella noche en Mendel C, cuando todo comenzó, fue la última vez que le vi. Probablemente, él pensaba que le había tendido una trampa.

Y, en realidad, no estaba tan equivocado.

Ioannis Patroklou y sus dos enormes acompañantes me habían escoltado aquella noche desde Mendel C hasta las oficinas centrales del gobierno en la Plaza Verde.

Como si de un secuestro se tratase, me colocaron una venda en los ojos mientras me conducían por interminables pasillos y puertas protegidas por códigos y detectores de identidad. Pese a suponer que se trataba de una simple medida de seguridad por su parte, no pude evitar sentirme intimidado.

Me permitieron quitarme la venda cuando llegamos a una amplia y sencilla estancia de paredes metálicas sin ventanas, lo que me hizo suponer que nos encontrábamos bajo tierra. Tres tubos halógenos iluminaban una enorme mesa gris alargada con pequeñas estaciones de comunicación en cada asiento. Debía ser una sala de reuniones, aunque ignoraba por qué era tan distinta de todas las que había conocido hasta ahora, bañadas por luz natural y tonos cálidos.

Me sorprendió ver a Teresa Liberopoulos, la directora de CypEx, sentada al final de la mesa. Ya habíamos coincidido alguna vez en varios eventos, pero mi puesto no era tan elevado como para tratar directamente con ella. Era una señora de unos sesenta años, con un elegante traje gris que no mostraba ni una arruga a pesar de lo que aparentemente era un largo día de trabajo. El pueblo la llamaba cariñosamente la *Abuelita*, ya que su pelo corto y grisáceo, sus pómulos altos y rosas, sus pequeños ojos negros y su amplia sonrisa la conferían una dulce fachada. Sin embargo, también era famosa por su rigurosidad y disciplina.

—¿Sabía que las primeras construcciones de Galatea tuvieron fines militares? —me preguntó a modo de saludo. Tenía un marcado acento

griego.

—¿Y por qué habría de saberlo? —respondí, intentando ocultar mi confusión.

—De hecho, ni siquiera fueron los chipriotas los que comenzaron su construcción —contestó, ignorando mi pregunta—. Ante el imparable avance de Chipre hacia el final de la guerra, cuando por fin los americanos decidieron enviar sus tropas de apoyo, los turcos decidieron construir una ciudad búnker camuflada bajo tierra donde hospedar los pocos miles de soldados que aun vivían. Además, les equiparon con sus mejores armas, las únicas que les quedaban. Decidieron jugárselo todo a una única carta. Dejarían pasar al ejército enemigo y, cuando éste estuviese seguro de su victoria y hubiese bajado la guardia, saldrían del bunker a librar una última y sangrienta batalla. Una especie de caballo de Troya del siglo XXI.

—¿Por qué me cuenta esta historia?

—El ejército turco no tenía ninguna duda de la lealtad de sus combatientes —Liberopoulos estaba decidida a no verse interrumpida—. Y tenían razones para ello. Los turcos no eran mercenarios precisamente. Podríamos discutir durante horas sobre la validez de sus ideales, pero el caso es que esas sólidas creencias fueron los que les llevaron a luchar tan ferozmente. Y, sin embargo, solo hizo falta un error. La única persona entre los ocho mil soldados restantes que no era fiel al ejército turco no fue descubierta. Y esa fue la persona que reveló los planes a Nicosia. Como resultado, el comandante Vryzas mando introducir mortíferas bombas de gas sarín por los conductos de ventilación del bunker, previamente identificados por el espía. El final de la guerra no sucedió tras un último bombardeo en la llanura de Mesaoria, como muchos creen, sino que se debió a una sencilla filtración de información.

La señora del traje gris parecía haber terminado y me miraba amigablemente esperando una respuesta.

—Muy interesante. Pero no estoy seguro de comprender la razón por la que necesita darme estas noticias. De hecho, le agradecería que me explicara que hago aquí —el efecto intimidatorio parecía haber

desaparecido y volvía a sentirme enojado—. Y, sobre todo, quiero saber qué ha ocurrido con Rodolfo Díez.

—De acuerdo, le explicaré todo con calma. ¿Le importaría tomar asiento por favor? —dijo, suavizando su tono con una amplia sonrisa que poco hizo por tranquilizarme.

Me senté a regañadientes. Ioannis Patroklou hizo lo propio al otro lado de la mesa, y los guardaespaldas se quedaron en la puerta.

—Esta habitación solía ser el centro de reuniones estratégicas de la comandancia del ejército turco. Aquí se planeó la destrucción del pueblo chipriota. Sin embargo, acabó convertida en parte de los cimientos de Galatea, la ciudad que significó el renacer de Chipre. ¿No le parece irónico?

—Mucho.

—Y, como le he dicho, todo gracias a un único soplo. Podríamos decir que el origen de esta nueva civilización fue la obtención de información privilegiada.

—Creo que ya sé dónde quiere llegar.

—No lo creo, señor Salas.

—Soy consciente de la importancia que la información tiene en este país y de que hoy he incurrido en un incidente que probablemente viola mi contrato de confidencialidad.

—Podemos hablar de eso si así lo desea, pero no es la razón por la que está usted aquí.

Me vi tentado a preguntar, pero había otra cosa que me preocupaba más.

—Solo quiero saber que ha ocurrido con Rodolfo Díez.

—Tenía entendido que solo es un compañero de trabajo. Me sorprende que le preocupe tanto —esta vez fue Ioannis Patroklou el que intervino, pero la señora del traje gris le atajó con una severa mirada.

—Su amigo está bien. Acabamos de enviarle en un avión lanzadera a Anamur, desde donde embarcará en el primer vuelo de vuelta a su país.

Su respuesta me quitó un peso de encima. Temía que hubiesen enviado a Rodolfo a la cárcel, o algo peor. No obstante, intenté ocultar mi alivio. No dejaba de ser ridículo que un hombre fuera devuelto a su país por unas breves y ambiguas insinuaciones delante de apenas veinte personas.

—Pensé que vivíamos en un país libre —contesté enojado—. ¿Qué nos diferencia de una opresiva dictadura si no podemos expresar nuestra opinión en público?

—Yo vivo en un país libre, señor Salas. El señor Patroklou también vive en un país libre —dijo mirando hacia Ioannis—. Pero, ¿usted? Que yo sepa, solo reside aquí temporalmente con un visado profesional. Por no hablar del señor Rodolfo Díez, que se encontraba en un viaje de negocios. Ambos se benefician de las ventajas que nuestro Estado se enorgullece de ofrecerles durante su estancia, y lo único que se les pide a cambio es respeto. Hay determinados temas que el gobierno no considera conveniente que vean la luz. Puede que estemos equivocados, pero ustedes no son nadie para decirnos cómo debemos tomar las decisiones.

La señora Liberopoulos no se mostró alterada en ningún momento. Daba la sensación de que aquella leve sonrisa nunca iba a abandonar su expresión, independientemente de lo que estuviera comunicando. Era como hablarle a un robot. Decidí que no iba a conseguir nada enfadándome, e intenté calmarme.

—Soy un gran admirador de las políticas de este país, las cuales conozco muy bien. Como usted ya parece saber, llevo viviendo aquí un tiempo, lo suficiente como para ser consciente de que las medidas tomadas contra mi amigo pueden tildarse de exageradas.

—Creo que no hemos empezado con buen pie, señor Salas. En primer lugar, déjeme aclararle que no le hemos traído aquí para que nos dé explicaciones, ni tampoco para que nosotros se las demos a usted. Más bien está usted aquí para escuchar lo que tenemos que proponerle.

Su respuesta me desconcertó por un instante. Si mi fallo al no denunciar la filtración de información no tenía nada que ver con esto, ¿por qué estaba aquí? Decidí seguir escuchando.

—Nos han llegado noticias de ciertas prácticas en las que su país, Chile, está incurriendo últimamente —prosiguió.

Mientras decía esto, Ioannis Patroklou me tendió una tableta de grafeno desenrollada. En la pantalla se veía una carpeta con una etiqueta de confidencialidad que contenía unos veinte archivos de texto, todos ellos nombrados a través de un código interno.

—Puede llevarse la tableta a casa para leer los informes. Un agente pasará mañana a recogerla —dijo Ioannis—. Oh, y no se moleste en intentar enviar la información a nadie, nada puede salir de este dispositivo.

Se me ocurrió que podría fotografiar los informes y enviarlos, o simplemente hablar sobre ellos por teléfono, pero algo me decía que también habría contemplado esta posibilidad. CypEx estaría siguiendo todos mis movimientos a partir de ahora.

—¿De dónde proviene toda esta información? —pregunté, y al instante me di cuenta de lo estúpido de mi pregunta. Por supuesto había sido creada por los agentes de CypEx, aquellos que tantos dolores de cabeza le daban a mi empresa y a mi padre.

—Supongo que ha oído usted hablar de la Escuela Liberopoulos.

Claro que había oído hablar de ella.

Años atrás, había llegado el momento en el que la Universidad del Litio de Chile no era suficiente para atender la interminable demanda de ingenieros industriales, químicos y demás carreras relacionadas con la explotación energética. A pesar del enorme aforo de la universidad y de funcionar a pleno rendimiento, la industria energética parecía haber crecido más rápido que la pirámide de población. Simplemente, no había suficientes jóvenes en Sudamérica que cumplieran los requisitos necesarios para acceder a esta universidad.

Por supuesto, Chipre había previsto esta situación y se había adelantado a los acontecimientos. Teresa Liberopoulos era una de las científicas chipriotas más respetadas a nivel mundial. Había trabajado varios años en Chile y era conocedora de los procesos que utilizaban para obtener y procesar no solo litio, sino también otros productos estratégicos como el grafeno e incluso el carbino.

Chipre pareció ver claro que la clave estaba en España. Tras unas fáciles negociaciones con el empobrecido gobierno español, la EBR envió a Liberopoulos a Madrid para que fundara una escuela técnica que llevaría su nombre. Esta escuela, situada en una de las zonas valladas y protegidas de la ciudad, comenzó a acoger licenciados en cualquier carrera técnica procedentes de cualquier país europeo y a prepararlos durante dos intensos años para desempeñar un puesto de trabajo en la insaciable industria energética chilena.

La Escuela Liberopoulos tuvo un éxito arrollador para todas las partes implicadas.

Miles de ingenieros europeos, todos ellos desesperados por encontrar un trabajo, se mudaron a Madrid. Allí, Chipre les ofrecía una formación gratuita y el gobierno español les proporcionaba alojamiento en la parte segura de la ciudad a precios irrisorios. La capital española vivió un periodo de bonanza nunca visto en los últimos cuarenta años. Los barrios *localeros* se contagiaron también de la buena salud económica, e incluso algunos fueron incorporados a los núcleos vallados. Por su parte, Chile conseguía satisfacer su demanda de trabajadores sin tener que mover ni un músculo. Además, la mano de obra europea era mucho más barata que la nacional. Los europeos constituyeron la nueva ola de inmigración a Chile, tal y como había ocurrido con China veinte años antes.

¿Y qué ganaba Chipre con todo esto? Tras las correspondientes negociaciones con el gobierno chileno, se acordó que cada estudiante de la Escuela Liberopoulos que se mudara a Chile con un contrato de trabajo resultaría en la emisión de un bono de importación por parte de la empresa contratante. Este bono acreditaba a Chipre para adquirir productos de aquella empresa por un valor porcentual al sueldo de aquel trabajador. Los bonos, como no podía ser de otra manera, evolucionaron en multitud de variantes, dando como resultado incontables posibles operaciones. En definitiva, Chipre accedió a un flexible mercado en el que la energía, y en particular el litio, le resultaban mucho más fáciles de obtener que a través de las tradicionales negociaciones a través de CypEx que tan tediosas podían llegar a ser.

—¿Qué tiene que ver la Escuela Liberopoulos conmigo? —pregunté.

—Su amigo Rodolfo se refirió al *escándalo* de la Escuela Liberopoulos.

—Eso dijo, y no tengo ni idea de lo que hablaba —mentí.

—En diciembre de 2058, usted voló a Galatea porque su gobierno pensaba que CypEx estaba enviando espías enmascarados como estudiantes de dicha escuela. Me cuesta creer que no recuerde aquel viaje, pues fue el mismo en el que conoció a su prometida —contestó la mujer, y me di cuenta de lo estúpido que había sido al pensar que conseguiría engañarla.

—Cierto. Pero la confusión fue aclarada, y todo quedó en un malentendido —esto era cierto, aunque, después de lo ocurrido aquella noche con Rodolfo, comenzaba a tener mis dudas—. ¿No es así?

—Siento decepcionarle, señor Salas. Las sospechas de su colega no iban del todo desencaminadas.

—¿Cómo dice? —no podía creer que Teresa Liberopoulos estuviera a punto de confesar. Esto significaría que Rodolfo estaba en lo cierto, y que yo había estado ignorando a mi país y lamiéndole el culo a la EBR durante el último año y medio.

Y lo que es peor, pensé aterrado, si la directora de CypEx me cuenta algo que no debería saber, ¿qué piensan hacer conmigo después?

—El objetivo de la Escuela Liberopoulos no es solo el intercambio entre educación y energía. Existe una causa adyacente que muy pocos conocen.

Hizo una pausa para analizar mi reacción. Por mi parte, me limité a mirarla fijamente hasta que decidiera continuar. No quería mostrar ningún tipo de emoción hasta que todas las cartas estuvieran sobre la mesa, pero la verdad es que estaba atemorizado.

—Algunos de los estudiantes graduados en la escuela no son únicamente estudiantes. Modificamos su currículum de manera que tengan la posibilidad de acceder a puestos estratégicos en el entramado industrial de su país. Puestos en los que tengan la oportunidad de acceder a información privilegiada que pueda ser utilizada por Chipre.

—¿Reconoce que están tejiendo una red de espías en Chile?
—pregunté atónito.

—Ojalá pudiera camuflarlo de alguna manera, pero sería un eufemismo no llamarlo así.

—¿Y es así como han obtenido toda esta información sobre mi país?
—dije señalando la tableta.

—Exactamente. Estamos hablando de profesionales del espionaje, gente que se ha infiltrado hasta la médula de su gobierno y de las empresas más importantes de su país. Algunos de ellos tienen puestos de gran importancia e incluso gozan de popularidad a nivel nacional. Gracias a ello, han conseguido información que nunca habríamos podido alcanzar a través de los agentes de CypEx.

—Y de hecho, creo que éramos más felices cuando únicamente sabíamos lo que CypEx nos contaba —intervino Ioannis lacónicamente.

—Es cierto —corroboró la señora del traje gris—. Hemos recibido informes realmente alarmantes.

Me encontraba confuso. Por un lado, me ofendía lo que estaban organizando contra mi país, pero también sentía curiosidad por saber qué habían descubierto. No tenía ni idea de lo que esperaban de mí, pero intuía que el hecho de descubrir toda esta información no me acarrearía nada bueno. En cualquier caso, me hallaba a su merced y haría bien en seguirles la corriente de momento.

—¿Puede darme un resumen de lo que han descubierto?

—Un resumen nos llevaría toda la noche. Pero hay un informe específico que quizá atraiga su interés de manera especial —dijo Ioannis señalando la tableta, y me pareció detectar una sonrisa ladina en su rostro—. Abra el informe JMAAW-510.

Obedecí. Aquel archivo contenía un reportaje realizado por un agente de CypEx llamado Nicolas Bailly, cuyo currículum incluía un puesto en el consejo de una importante empresa de energía nuclear francesa. Las primeras líneas relataban cómo este señor, tras obtener su graduación en la Escuela Liberopoulos, había comenzado a trabajar en 2056 como consejero de Grafta, la mayor productora de grafeno del mundo. En 2060 ya formaba parte de la cúpula de la empresa y era

íntimo amigo de su director ejecutivo, Fernando Centeno. A través de Centeno, se había abierto paso por la élite de la aristocracia chilena hasta el punto de ser invitado a un fin de semana en la mansión que José Ramón Duque, el engréido accionista mayoritario de un vasto grupo empresarial del sector tecnológico, tenía en Zapallar, un exclusivo destino de veraneo a orillas del Pacífico.

Allí fue testigo de la trama de la cual este informe trataba. La segunda página contenía la transcripción de una conversación que tuvo lugar aquel fin de semana en Zapallar.

[José Ramón Duque (JRD)]: ¿A quién le gustaría tomar algo? Tengo un whisky de cuarenta años perfecto para esta ocasión.

[Varias voces contestan de manera afirmativa y JRD abandona el salón, una opulenta estancia con vistas al mar. La conversación continúa, los presentes tratan temas de actualidad económica hasta que JRD reaparece empujando una lujosa mesita de licores con ruedas. Sobre la mesita porta una botella de whisky The Balvenie de 2021 sin abrir y cinco cuernos grises y huecos de diferentes tamaños, cada uno de ellos sujeto por un sencillo soporte de plata. Se hace el silencio en el salón.]

[JRD]: Esta sorpresa la reservo para mis invitados más allegados. Y también los más discretos. Mi mejor whisky, servido en un recipiente muy especial.

[JRD llena los cuernos de whisky y los reparte con cuidado entre los presentes, que siguen en silencio. Todos ellos miran asombrados los cuernos pero ninguno se atreve a decir nada.]

[Fernando Centeno (FC)]: José Ramón, ¿tiene esto algo que ver con tus viajes a Sudáfrica y Zimbabue?

[JRD]: El que tienes en tus manos es el mayor de ellos, Fernando. Me siento especialmente orgulloso de él.

[Eduardo Vega (EV)]: ¿Quieres decir...? ¿Lo cazaste tú?

[JRD]: Imagínate una interminable llanura de dorada hierba seca, salpicada aquí y allá con pequeñas acacias que parecen setas aplanadas. Mi equipo y yo llevamos días andando en ella sigilosamente, tratando de

encontrar un animal monstruoso que ni siquiera sabemos si todavía existe. Tras casi una semana, decidimos tirar la toalla y asumir que quizá la prensa chilena tenga razón y los rinocerontes ya se hayan extinguido. Sin embargo, mientras esperamos a que el helicóptero venga a buscarnos, veo moverse algo a través de mis prismáticos. Intento acercarme en silencio, pero es demasiado tarde: el ruido del helicóptero aproximándose ha alertado al animal, que decide salir corriendo en estampida exactamente hacia el punto donde me hallo. Cualquiera con un poco de sentido común se habría apartado, pero en ese momento ni lo pensé. Tenía ante mí un animal formidable, el rinoceronte blanco más grande y majestuoso que haya visto nunca. Estaba convencido de que era el último de su especie. Cargué mi rifle y disparé hasta que no me quedaron cartuchos. Pero parecía no haberle hecho ni cosquillas. Me dije a mí mismo que aún tenía tiempo de cargarlo una vez más, y así lo hice. Cuando volví a apuntar el rifle, me estremecí ante lo cerca que se encontraba. Quizá no fueran más de quince metros. Sin pensar en las consecuencias, vacié el cargador sin moverme del sitio. Y vaya si le di. Las patas delanteras de la bestia fueron las primeras en ceder. El inmenso cuerpo del animal cayó con estrépito hacia delante, propulsado por la fuerza de la carrera, arrastrándose hasta detenerse a menos de un metro de donde yo me encontraba.

[FC mira el cuerno atónito]: José Ramón, si este es el cuerno del último rinoceronte... tiene que valer más que todas tus empresas juntas.

[JRD parece contrariado]: Por desgracia, no lo es. Me las prometía muy felices, pero apenas un año después, un magnate chino cazó otro rinoceronte blanco. Hace ya varios años de ello, y no se han vuelto a ver rinocerontes, así que he perdido toda esperanza de conseguir el último. ¿Sabéis que es lo peor de todo?

[EV]: El idiota del chino ni siquiera pretende venderlo. Simplemente se lo regaló a su esposa.

[JRD]: Veo que sabes algo de Lu Jing. Pero no es eso a lo que me refería. Lo peor es que estuvo en mis manos haber podido cazar al último.

[FC]: ¿Y eso?

[JRD]: Sucedió justo después de lo que os acabo de contar. Pensé que aquel enorme rinoceronte estaba solo, pero entonces vi una pequeña figura acercándose hacia mí. Debía tratarse de la cría del que acababa de cazar. Cuando llegó, pareció no importarle mi presencia y se tumbó al lado del

cuerpo de su madre.

[EV]: ¿Qué hiciste con él?

[JRD]: Era una situación complicada. Por un lado, tenía la oportunidad de cazar en un mismo día los dos últimos rinocerontes. Esto me habría convertido en un héroe, ¿os imagináis? Mi colección sería inigualable. Sin embargo, también habría significado grandes pérdidas. Teniendo en cuenta a cómo se pagaba el gramo en Vietnam, pensé que merecería la pena esperar un tiempo a que el bicho creciera. Por ello, decidí dejarle vivir. No sin antes colocarle un dispositivo de rastreo para volver a por él en un par de años, claro.

[FC]: Pero Lu Jing se te adelantó...

[JRD]: No solo eso. Descubrió que el dispositivo de rastreo me pertenecía e hizo correr la voz en el mercado sobre mis métodos embusteros. Gracias a aquel desgraciado, ahora mi colección no vale ni la mitad de lo que debería.

[EV]: ¡Putos chinos! Incluso en el mercado negro nos tienen que tocar los cojones.

[JRD]: No por mucho tiempo. He oído que piensan destituir a Germán Salas como director ejecutivo de YCL. Parece ser que los inversores están cansados de tener a alguien que ceda continuamente a las presiones de China para respetar las fronteras mercantiles del litio. Y el nuevo gobierno no tuvo nada que ver con el Acuerdo de Antofagasta, por lo que es muy probable que apoyen esta decisión.

El pulso se me aceleró al leer el nombre de Germán Salas. Mi padre. Volví rápidamente a la primera página del informe para ver la fecha en que la conversación tuvo lugar. 22 de Enero de 2060. Hacía apenas un mes. ¿Qué habría pasado con él desde entonces? Continué leyendo ávidamente en busca de más información.

[FC]: ¿Nos estás tomando el pelo? Las fronteras mercantiles del Acuerdo de Antofagasta tienen una validez de cien años. ¿Cómo iba el gobierno a apoyar a alguien que no respete a nuestro aliado económico más importante?

[JRD]: China se está riendo en nuestra cara. Aquel acuerdo fue lo mejor

que les pudo pasar. Recuperaron la inversión en diez años y ahora tienen otros noventa para aprovecharse de nosotros.

[FC]: Si no hubiera sido por ese acuerdo, nuestro país nunca habría vendido una sola batería de tercera generación. Seguiríamos vendiendo simples derivados de litio para que viniesen otros a enriquecerse con la venta del producto final. Ahora tenemos la mitad del mercado mundial de baterías, algo con lo que no nos atrevíamos ni a soñar hace quince años. ¿Por qué tanta avaricia?

[JRD]: Tú lo llamas avaricia, yo lo llamo evolución. Si no sales a comerte el mundo, el mundo te comerá a ti. Las baterías de litio han alcanzado su madurez, así que ya no podemos expandir el producto. Lo que hemos de expandir es el mercado.

[FC]: ¿Aún a riesgo de romper las relaciones comerciales con nuestro principal socio, que viene a ser la primera potencia mundial?

[JRD]: De eso se trata, de hacerlo de la manera más sutil posible. Por ello, están buscando a alguien que, aparte de conocer el mercado tecnológico, sea un experto en relaciones diplomáticas.

[EV]: ¿Conoces a algún candidato?

[JRD]: De hecho, tú también lo conoces. Ahora mismo estás bebiéndote su whisky.

Por lo visto, el salvaje de José Ramón Duque parecía dispuesto a suceder a mi padre en su puesto, aunque no se especificaba cuando ocurriría. Más bien, la conversación continuaba centrándose en lo ridículo que era que el crecimiento de una economía tan potente como la nuestra se viera supeditada a un abusivo acuerdo firmado con China veinte años atrás. Cuando José Ramón Duque tomara el poder de YCL, haría todo lo posible por ocupar parte del mercado de Asia-Pacífico.

No había que tener dos dedos de frente para saber que, por muy sutil que fueran sus intentos, estos crearían una gran tensión con el gigante asiático, nuestro principal socio.

—¿Y bien? —preguntó Liberopoulos tras dejarme unos minutos para asimilar lo que había leído.

—Necesito hablar con mi padre —contesté.

—Lo siento, pero es demasiado tarde. Su padre ha sido relevado del puesto hace apenas unas horas. Ahora, la persona que dirige la mayor empresa energética del mundo es un sádico cazador de rinocerontes al que le importa un rábano despertar la furia del país más poderoso de la Tierra.

Me quedé sin palabras. *Mi padre, despedido*. Había dado todo por aquella empresa ¿Le habrían ofrecido otro puesto a cambio? ¿Peligraría mi puesto ahora que él no podía protegerme?

—Supongo que se preguntará qué gana Chipre con todo esto —continuó la señora—. ¿Qué hacemos con esta información?

—La verdad es que eso es lo último que se está pasando por la cabeza ahora mismo.

—Se lo diré de todas formas —Liberopoulos pareció adquirir una expresión severa por primera vez—. Fernando Centeno, el director ejecutivo de Grafta, fue notificado hace unas semanas de que disponíamos de esta conversación gracias a un error suyo. El señor Centeno sabe que, ahora más que nunca, no conviene enemistarse con José Ramón Duque. Por ello, llegamos a un trato. Nosotros no haríamos pública la información, tanto la referente a los rinocerontes como la referente a las causas reales de la destitución de Germán Salas. Y, por su parte, él se comprometía a enviar una determinada cantidad de grafeno a Chipre durante los próximos tres años.

Lo normal habría sido preguntarme para qué narices necesitaba Chipre suministros regulares de grafeno, pero ya poco me importaba. Solo quería hablar con mi padre. Quería acabar la conversación cuanto antes, así que le pedí a la señora que fuese al grano.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Queremos que nos ayude a conseguir lo que necesitamos de YCL. No le engaño, nuestras prácticas van en contra del derecho internacional. Si fuéramos un negocio, podríamos decir que carecemos de ética empresarial. Sin embargo, nuestra víctima es un país para el cual la ética empresarial tiene únicamente menos valor que los acuerdos que pisotean. La posición de Chile es abusiva con el resto del

mundo, excepto con China. En ese caso es incluso peor, ya que están forzando una tensión que quien sabe cómo puede acabar. Nuestra intención es fortalecernos a la vez que intervenimos en su país para que deje de poner en peligro la paz mundial.

—¿La paz mundial? ¿No le parece que está exagerando?

—Solo le digo una cosa. Lea el resto de los informes. Tiene usted exactamente cuarenta y ocho horas para darnos una respuesta. El viernes a las once de la noche pondremos a su disposición un vuelo a Santiago. Tendrá entonces dos opciones: puede quedarse en Galatea y trabajar para nosotros. Recibirá nacionalidad chipriota y plenos derechos de ciudadanía. O, de lo contrario, puede coger aquel avión. En ese caso, CypEx enviará un mensaje a su empresa detallando las razones por las cuales se le prohíbe la entrada en nuestro país de por vida. Dado que su padre ya no puede protegerle, no hay que ser muy listo para aventurar que acabará en la calle.

Por fin. Ahí estaba el truco. Sabía que esta reunión no podría traer nada bueno.

—¿Hemos terminado ya? —la pregunté irritado.

—Hemos terminado. El señor Patroklou le acompañará de nuevo hasta la salida.

Leí todos los archivos guardados en la tableta de grafeno aquella misma noche, en cuanto llegué a mi pequeño piso del sector Suroeste.

Ojalá la ruptura de convenios energéticos internacionales o la caza de rinocerontes fuera lo único de lo que tratara.

Había informes sobre la tala de sectores protegidos de la selva amazónica a manos de empresas chilenas. Sobre sobornos recibidos por el nuevo gobierno chileno a manos del sector ganadero a cambio de la eliminación de controles de seguridad alimenticia. Sobre la ocultación de emisiones de carbono. Sobre pactos con el lobby farmacéutico para la prohibición de medicamentos contra el cáncer. Sobre el apoyo a organizaciones terroristas bolivianas y argentinas para entorpecer el control de los gobiernos vecinos sobre sus reservas de

litio. Y un largo etcétera.

La filtración de alguno de estos informes a los medios podría significar una grave crisis internacional y quién sabe si algo peor.

También estaba el asunto que me alcanzaba a nivel personal. El gobierno acababa de despedir a mi padre, un director decente y con principios que nunca habría vendido un gramo de litio de manera ilegal, para sustituirlo por José Ramón Duque, el mayor sinvergüenza del que jamás había oído hablar.

Me sentí abochornado por haber formado parte de todo este circo y me vi tentado a aceptar la oferta chipriota inmediatamente.

Pero, ¿me atrevería a hacerlo? Ello habría significado convertirme automáticamente en un traidor. Las acusaciones de Rodolfo apenas unas horas antes habrían sido ciertas. Ahora comprendía su enfado al hablar de la Escuela Liberopoulos. En su círculo, el verdadero objetivo de esta institución debía ser más que evidente.

Pensé de nuevo en mi padre, y en cómo su despido no habría servido de nada si decidía aceptar la oferta. ¿Cómo podría buscar la forma de acabar con estas injusticias sin apoyar a otro gobierno que jugaba tan sucio como aquellos a los que criticaban?

Efectivamente, había una manera.

Perdería mi trabajo en YCL, pero era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

Estaba decidido.

Cogería aquel avión, volvería a Santiago y, tras ser despedido, usaría toda la información de la que disponía para exponer a YCL y al nuevo gobierno. Las organizaciones activistas se pelearían por tenerme entre sus filas.

Larissa podría venir conmigo y empezaríamos de nuevo en Chile. Sería difícil convencerla, pero debería entenderlo. Quizá si lo disfrazara como una lucha contra el capitalismo, tendría opciones de que aceptase.

Fue entonces cuando sonó el timbre de mi apartamento. Después de una noche como aquella, estaba preparado para cualquier cosa, así que no me alarmé lo más mínimo.

Abrí la puerta sin preguntar, y allí estaba Larissa.

Estaba equivocado. Había algo para lo que nadie me podría preparar.

—Estoy embarazada —dijo.

—Papá, esta tarea es muy aburrida —se quejó Astrid. Llevaba más de veinte minutos mirando a la pantalla de grafeno, pero el barco todavía no se había movido. Hacía tiempo que se había terminado la macedonia, y su único entretenimiento era rechupetear la cuchara.

—Lo sé, cielo, pero los trabajos a veces son aburridos.

—Y entonces, ¿por qué la gente los tiene?

—Porque es necesario para el bien de todos. Cada uno tiene que ofrecer un pequeño sacrificio.

—Mi amiga Paula dice que, fuera de Chipre, la gente recibe unos papeles que se llaman dinero a cambio de su trabajo.

Maldición. Sabía que llegaría el día en que esta conversación habría de tener lugar. Solo había esperado que fuese Larissa la que estuviera allí para contestar.

—Si, bueno... algunos países creen que eso es lo mejor.

—¿Y qué hace la gente con ese dinero?

—Lo cambian por comida, ropa y juguetes.

—Qué estúpido —dijo pensativa—. Ganar unos papeles para volverlos a perder.

—Tienes mucha suerte de vivir en Chipre, Astrid. Aquí todo es mucho más sencillo. Nunca tendrás que preocuparte de tener suficiente dinero, solo tendrás que buscar el trabajo que más te guste.

—Pues el tuyo no me gusta —contestó decidida—. Ser controladora de barcos es muy aburrido. Seré profesora como Mamá.

—Pues si vas a ser profesora, creo que deberíamos cambiarnos las tareas. ¿Qué te parece si ahora tú coloreas los dibujos y yo vigilo el barco?

—De acuerdo Papá. Aunque creo que lo dices porque no te gusta

colorear. Te he estado mirando y no has terminado ningún dibujo.

A sus cuatro años, a Astrid ya le gustaba tener siempre la última palabra. Hasta en eso se parecía a su madre. Además, tenía razón. Me había pasado la última media hora mirándola embobado. Solo de vez en cuando dejaba de observarla para disfrutar de las espectaculares vistas del atardecer sobre Galatea que se apreciaban desde el salón de nuestro nuevo piso, un espectacular ático con vistas al sur en el sector Norte del anillo G.

A pesar de que el barco siguiera sin moverse, la presencia de Astrid me tranquilizaba. La pequeña tenía el don de reducir mis problemas profesionales a la categoría de rabetas de patio de colegio. Cuando la miraba, parecía que nada más importaba.

Sin duda, Astrid había sido lo mejor que me había pasado en la vida. Es cierto que no soy el primero en proclamar tal afirmación; soy consciente de que la llegada del primer hijo es algo que puede transformar la existencia de cualquiera. Pero en mi caso, Astrid había llegado en el momento más oportuno.

¿Qué decisión habría tomado si Larissa no se hubiera quedado embarazada? Es difícil de decir, pero aquella noche de febrero de 2060, antes de recibir la gran noticia, estaba convencido de volver a Chile. Nunca me habría convertido en un traidor. Es cierto que había aspectos que mejorar en mi país, pero la traición no era el único camino. Al fin y al cabo, la postura de Chipre al reclutarme no se veía motivada por una genuina disposición a arreglar los problemas en Sudamérica, sino por conseguir su propio beneficio.

La decisión estaba tomada. Solo quedaba convencer a Larissa para que se viniese conmigo.

Pero cuando recibí aquellas noticias, todo cambió.

Comencé a ver la realidad desde un punto de vista diferente. ¿Qué mundo quería para mis hijos? ¿Quería que crecieran en un entorno rodeado de avaricia, corrupción y desigualdad? ¿En un país cuya ambiciosa política energética cada día le acercaba un poco más a una posible guerra? ¿Con unos padres sin trabajo y en el punto de mira del gobierno?

¿O quería que crecieran en Chipre? Las ventajas serían abrumadoras: un entorno estable y seguro, sin desigualdad, respetuoso con la salud y el medio ambiente, que disponía de la mejor educación del mundo y que ofrecía grandes oportunidades profesionales.

Chile podría ser el sueño de cualquier activista, pero no el sueño de cualquier padre.

A falta de dos horas para el despegue del avión a Santiago, envié un mensaje a Liberopoulos a través de mis lentes.

—Me quedo —fue mi mensaje.

A los pocos segundos, llegó la contestación, igualmente breve.

—¿Listo para su primer trabajo?

La vida de un espía era mucho más fácil de lo que imaginaba.

YCL me pedía resultados para mantener mi puesto.

A Chipre le interesaba que mantuviera mi puesto.

Mis resultados dependían de Chipre.

No había que ser Einstein para darse cuenta de que el gobierno chipriota iba a asegurarse de que yo cumplía mis objetivos. Se acabaron las interminables y tediosas sesiones de negociación con los agentes de CypEx y con cualquier pobre tercera parte que se viese inmiscuida en sus maquinaciones. Se acabó el trabajo de oficina y los rompecabezas para encontrar la manera de lograr las cifras inalcanzables que me exigían desde Santiago. Chipre se convirtió en un negociador dócil y manejable que siempre cedía en sus pretensiones. Esto les hizo perder grandes cantidades de dinero, o de recursos, como a ellos les gustaba llamarlo. Sin embargo, tenían la certeza de que lo recuperarían con creces gracias a mí.

Mientras tanto, yo intentaba engañarme de que estaba haciendo lo correcto. *El gobierno chileno merece un escarmiento*, solía pensar. *Quizás a raíz de mi trabajo cambiarán algunas cosas.*

Comencé a viajar a Chile más a menudo. *Echo de menos las humitas de mi madre*, solía bromear cuando me preguntaban por la razón de mis frecuentes viajes. También estaba la opción políticamente menos

correcta, los chipriotas me han echado por no conseguir ninguno de sus premios Galileo.

Los buenos resultados del departamento de EMECA me daban una oportunidad de auto-marketing que no desaproveché. Organizaba conferencias, dirigía presentaciones y presumía de mi buen hacer ante mis superiores, que pronto me aceptaron en su círculo de confianza. Básicamente, mi trabajo consistía en construir una red de contactos de calidad lo más amplia posible. Fastuosas cenas, asistencia a múltiples eventos, pausas para un café a todas horas... era el trabajo de mis sueños.

Acercarme a José Ramón Duque fue más complicado. La verdad es que detestaba a aquel hombre, no solo por el hecho de que hubiese provocado el despido de mi padre, sino también por su prepotencia y su falta de escrúpulos. No me habría sorprendido si un examen psicológico le hubiera descrito como un psicópata. Por su parte, él también mostraba cierta reticencia a aceptarme entre sus más allegados; no en vano yo era el hijo del hombre al que había hecho despedir.

Al cabo de un año, pareció dar su brazo a torcer. Comenzó a mostrarse más receptivo y a incluirme en reuniones importantes e incluso encuentros de índole personal. Las tripas se me revolvían cada vez que me llamaba o me invitaba a cenar a su casa, pero de una manera o de otra conseguí mantener una creíble fachada exterior.

Estos encuentros eran fuente de cierta información confidencial, pero esta nunca llegaba hasta el punto de ser tan importante como para escribir siquiera un informe sobre ello.

Con el tiempo, comenzó a preocuparme cómo reaccionarían mis superiores chipriotas ante la falta de información.

Sin embargo, cada vez que volvía a Chipre y me reunía con Liberopoulos y Patroklou, estos aceptaban de buena gana cualquier dato que les pudiera proporcionar, por ridículo que pudiera parecer. Estaban encantados con mi colaboración y se mostraban mucho más amigables que el día que nos conocimos. Me tranquilizaban diciéndome que no podía ganarme la confianza de alguien de la noche a la mañana, que incluso el más eficaz de sus espías había necesitado

un año para elaborar su primer informe. *Tú eres un pez gordo, decían. Eres chileno, has crecido en la empresa y confían en ti más que en cualquier experto europeo. Tu potencial es enorme. Puede que tardes años, pero algún día aparecerás con algo grande.*

Y así fue.

Hacia comienzos de 2064, José Ramón Duque me invitó a una reunión con unos representantes de una conocida empresa tecnológica australiana. Éste era solo uno más en una serie de infructuosos intentos de venderles nuestras baterías de litio a espaldas de China. Los riesgos de la operación eran demasiado altos para los australianos, que temían las represalias del gobierno chino si nuestro pacto salía a la luz. Por ello, intentaban rebajar el precio de la mercancía hasta unos límites que mi empresa ni siquiera concebía. Aquel día no iba a ser una excepción. La reunión terminó sin que hubiera ningún principio de acuerdo.

Por razones de seguridad, la reunión no había tenido lugar de forma remota, sino que José Ramón y yo nos habíamos desplazado hasta el hotel Park Hyatt at The Rocks de Sídney. Después de la frustrante reunión, nos montamos en una limusina que nos llevaría a cenar al restaurante favorito de José Ramón en Crown Street.

—Esta limusina fue de las primeras en funcionar íntegramente con baterías de litio-aire —comentó José Ramón irritado al subir al vehículo—. Materia prima chilena, tecnología china. Qué desperdicio.

—No tiene pinta de que esto vaya a cambiar en el corto plazo —contesté, no sin un ápice de mal disimulada satisfacción por regodearme en su fracaso.

—No, no lo parece. Y ya me estoy cansando de que estos gobiernos pusilánimes nos den largas. Seúl, Pyongyang, Singapur, Bangkok... China los tiene a todos cogidos por los huevos. Vamos a tener que pasar al plan B.

—¿Tenemos un plan B?

Ignorando mi pregunta, José Ramón tecleó unos números en la

palma de su mano y quedó en silencio unos segundos, mirando hacia arriba. Solía hacerlo a menudo, y cuando ocurría me daban ganas de arrancarle las lentes de los ojos con la menor delicadeza posible.

—¿Carmen? —dijo al fin. Carmen era su asistente—. Necesito que cambies nuestros vuelos de vuelta. En vez de volver a Santiago, resérvanos el primer vuelo que haya mañana a Taoyuan... ¿Cómo que dónde está Taoyuan? Míralo en un mapa, joder, que no soy tu profesor de geografía.

José Ramón terminó la llamada. Encantador, como siempre.

Tras unos segundos pareció darse cuenta de algo y volvió a marcar.

—Me cago en... —exclamó indignado—. Esta inútil es capaz de enviarnos a Sevastopol... ¡Carmen! Taoyuan es el aeropuerto de Taipéi, en Taiwán. Dos billetes, uno para mí y otro para Salas. En primera clase. Gracias, adiós.

Cerró los ojos enérgicamente para colgar la llamada, como si así pudiera quitarse a su asistente de encima de una manera más efectiva.

Me alegré de que hubiera explicado donde se encontraba Taoyuan. Yo tampoco tenía ni idea.

—¿Qué se nos ha perdido en Taiwán? —le pregunté.

—Aquí no —fue su elocuente respuesta para indicar que no le parecía seguro hablar de ello hasta que saliésemos de la limusina.

Llegamos al restaurante, donde un elegante camarero nos acompañó hasta la mesa habitual de José Ramón. Después de pedir el vino, me preguntó:

—¿Qué sabes de Taiwán?

—No mucho, la verdad —contesté humildemente—. Pero sé que están pasando por un momento clave. El Kuomintang lleva estable en el poder más de veinte años y su economía es probablemente la que más en forma del mundo se encuentra, después de la nuestra. Esto les ha acercado más que nunca a conseguir la independencia total de la República Popular de China. El Kuomintang goza del apoyo total del pueblo, al que no le dan miedo los miles de misiles que apuntan a su isla desde la costa china desde hace décadas. Se sienten respaldados por Japón y Estados Unidos, que están cerca de reconocerles

oficialmente como país. El único escollo para conseguirlo es que China tiene poder de veto en la ONU.

—No está mal —respondió José Ramón. Amagó con continuar, pero se dio cuenta de que el camarero se acercaba con nuestro vino.

Tras probar el vino y hacer un gesto grosero al camarero para que se alejara, carraspeó y miro a los lados, como para asegurarse de que no había nadie lo suficientemente cerca como para oírnos.

—¿Cómo crees que encaja en este escenario nuestra visita de mañana? —preguntó bajando la voz y acercándose a mí. No pude evitar fijarme en cómo una gota de saliva suya aterrizaba en mi corbata, pero no pareció darle ninguna importancia.

—Supongo que tenemos una reunión con alguna multinacional taiwanesa —contesté—. Se me ocurren tres posibles candidatas: HTC, GSK y Asus. El objetivo sería plantearles la misma propuesta que ya han rechazado todas las empresas tecnológicas y de transportes de media Asia: que compren nuestro litio en vez del litio chino.

—¿Y qué opinión te merece?

—Sinceramente, creo que perdemos el tiempo. La clave del crecimiento de aquellas empresas es el progreso chino. Si China se entera y les bloquea el mercado, se irán a pique.

—Ese no es un argumento original. Lo mismo ocurre con el resto de multinacionales en la región. Por eso nos rechazan todas.

—Que no sea original no significa que no sea cierto.

—De acuerdo Marcelito —que usara aquel nombre era otra razón para odiarle—. ¿Qué hacer cuando los soldados te tocan los cojones?

Le miré con cara de mal disimulada confusión, apretando los labios para evitar soltarle algún improperio.

—Te aseguras de que su sargento los pone en su sitio —repuso, como si fuera la respuesta más obvia del mundo.

—Nunca se me han dado bien los símiles, José Ramón.

—No vamos a reunirnos con ninguna empresa, joder —dijo bajando la voz aún más—. Vamos a ver a Hsu Pai-Ho. El presidente taiwanés.

—¿Esperas que me lo crea? ¡Si ni siquiera tenemos cita! Acabo de ver cómo cambiabas los planes para volar a Taiwán en el último minuto.

—Hsu Pai-Ho se presentará donde yo le diga y cuando yo lo diga.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Sabe de nuestra estrategia. Y quiere ayudarnos. De hecho, está muy interesado en ello. La única razón por la que no hemos aceptado antes es lo que pide a cambio.

—¿Qué es lo que pide?

—Dinero, como todos.

—¿Cuál es la diferencia entonces?

—Nunca dije que el dinero fuese para él —tuve que acercarme más, ya casi no podía oírle—. Hay alguien en China a quien le atrae más un buen maletín que los intereses de su país. Alguien lo suficientemente cercano al presidente como para ser enviado en su lugar a la Asamblea General de la ONU.

—¿Me estás diciendo que Taiwán aceptará comprar nuestro litio a cambio de que sobornemos al delegado chino para que no ejerza el veto ante su independencia?

—¡Baja la voz Marcelo! Esto es un secreto de Estado.

—¿Nos apoya el gobierno?

—Claro que nos apoya. Siempre que nos aseguremos de que China nunca se enterará de que nosotros fuimos los que hemos sobornado y ofrecido asilo político al delegado. Te puedes imaginar lo que ocurriría de lo contrario.

Podía imaginarlo perfectamente.

Aquellos misiles de la costa china ya no solo apuntarían a Taiwán.

—¿Y por qué cojones te iba a contar Duque algo así?

Ioannis estaba fuera de sus casillas.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —contesté con rabia—. Hace ya dos años que le estoy lamiendo el culo, que es de hecho para lo que me

estáis usando, ¡el que tendría que tener más confianza eres tú!

—No se me olvida de dónde vienes, ni las causas por las cuales aceptaste colaborar con nosotros.

Me pregunté si Ioannis sabía que el embarazo de Larissa había jugado un papel clave en mi aceptación de la oferta.

—Mi origen es precisamente una de las razones por las que me contratasteis —traté de hacerle entrar en razón—. Mi patriotismo, o la simulación del mismo, ha sido probablemente otro de los motivos para que Duque confíe en mí.

Ioannis estaba rojo y negaba con la cabeza mientras hacía aspavientos con las manos. A su lado, Teresa Liberopoulos miraba la escena atentamente sin decir una palabra.

—Además —continué—. Duque cree que soy un increíble negociador por lo que he conseguido con Chipre. Pretendía que pusiera a funcionar mi magia con Taiwán también.

—Lo dejo en tus manos —dijo Ioannis dirigiéndose a Teresa—. Yo no me fío un pelo.

—¿Por qué iba Marcelo a engañarnos? —las primeras palabras de Teresa me tranquilizaron.

—La pregunta es por qué no iba a engañarnos. ¿Quién en sus cabales traicionaría a su país de esta forma? No sé qué pretende, pero estoy seguro que nada bueno.

Varias gotas de sudor comenzaron a bajarme por la sien pese a la baja temperatura del búnker. Creía conocer una gran razón por la cual Chipre nunca provocaría una guerra entre Chile y China, y solo por eso había decidido confesar las intenciones de José Ramón Duque. Si estaba en lo cierto, mi gobierno podría ser extorsionado, pero los intereses y la seguridad del pueblo chileno quedarían salvaguardados, y eso era lo que realmente importaba. Me había repetido este razonamiento a mí mismo incontables veces para sentirme menos traidor.

—Ioannis, me gustaría hablar a solas con Marcelo —dijo Teresa Liberopoulos.

Respiré aliviado. Era la hora de comprobar si mi razonamiento sería

acertado.

Ioannis miró a Teresa ofendido, pero no protestó. Musitando un *de acuerdo* apenas audible, abandonó la sala.

—¿Te das cuenta de la magnitud de lo que nos acabas de contar, verdad? —me preguntó Teresa con su sonrisa habitual en cuanto Ioannis cerró la puerta. Tenía la sensación de que estaban jugando al poli bueno y al poli malo.

—Perfectamente.

—¿Cuál es tu motivación para revelárnoslo todo? Sabes que no tienes la obligación de llegar tan lejos. No te habríamos reprochado nada.

—Acabo de darles una información que les permitirá obtener materia prima de YCL a cambio de silencio. Y estoy seguro de que a la EBR ese silencio le beneficiaría tanto como a Chile. De hecho, creo que lo mejor para la EBR sería que Chile se viera tan amenazado por ustedes que no se atreviera siquiera a cerrar el trato con Taiwán.

—¿Qué beneficio nos traería?

—Evitarían una más que posible guerra entre Chile y China. Ellos son sus dos principales proveedores. Perderlos significaría un retroceso en el desarrollo de Galatea y del país. Creo que, incluso si YCL se niega a colaborar, ustedes nunca sacarían esta información a la luz.

—Es decir, crees que vamos de farol.

—¿Estoy en lo cierto?

—Las acciones que se tomen a este nivel ya no dependen de mí. Mi trabajo en este caso ya está terminado.

—Pero supongo que se asegurarán de alguna manera de que Chile no cierra el trato con Taiwán, ¿verdad? —insistí, intentando que no me temblara la voz. Esta era la gran pregunta.

—Como te he dicho, no depende de mí.

—¿Será Panos Kana informado de esta situación?

—Marcelo, te agradecemos inmensamente tu colaboración. Tu informe será estudiado y las acciones necesarias serán tomadas. ¿Por qué no te tomas unos días libres? Te aseguro que te informaremos de la

decisión una vez ésta sea tomada.

Por qué no te tomas unos días libres.

Conocía a Liberopoulos lo suficiente como para saber que no se trataba de una mera sugerencia.

Me volví a casa con un mal presentimiento.

Al contrario de lo que esperaba, Liberopoulos no había asegurado que tratarían de evitar aquel acuerdo. Solo quedaba confiar en mi buen criterio.

Llamé a mis padres. Llamé a mis hermanas. Llamé a mis amigos. Incluso llamé a Rodolfo. Quizá aquella sería la última oportunidad para hablar con todos ellos. Si Chipre decidía actuar, me convertiría en persona non grata en mi propio país. Nunca podría volver. Incluso llamar por teléfono sería peligroso para mis seres queridos.

Al cabo de dos días, fui convocado por Liberopoulos en nuestro punto de encuentro habitual, la sala subterránea en el búnker al que fui llevado por primera vez con una venda en los ojos. Hacía ya tiempo que podía acceder a ella pasando los controles de seguridad por mí mismo. Cuando llegué, no había nadie todavía. Mientras esperaba con impaciencia, me acordé de la historia que me había contado Liberopoulos nada más conocernos.

El origen de esta nueva civilización fue la obtención de información privilegiada, había dicho. La EBR tenía una gran deuda con la red de espionaje del anterior gobierno: gracias a un sencillo soplo, la guerra había finalizado. Aquel era el origen de la importancia que Chipre daba actualmente a la obtención de información confidencial. Deseé con todas mis fuerzas que mi soplo no fuera el causante del comienzo de otra guerra.

Al fin, Liberopoulos y Patroklou entraron en la habitación. Formaban una extraña pareja. Siempre juntos, con Teresa al mando y Ioannis de actor secundario, como si fuera el perrito faldero de la directora. ¿Cuál sería su ocupación real? No tenía la sensación de que este trabajo le ocupara a tiempo completo, más bien parecía como si fuera responsable de un área que dependía directamente de los beneficios proporcionados por el espionaje. *¿Construcción, quizá?*

¿Tecnología? Se había tomado mi caso de manera personal y solía mostrar continuos cambios de humor dependiendo de la dirección que tomaran los eventos.

Aquel día Ioannis estaba radiante. Pese a sus esfuerzos por ocultar aquella estúpida sonrisa, no podía evitar mostrar una expresión triunfal que me daba muy mala espina.

Teresa comenzó a dirigir la reunión, como era habitual.

—Tenemos una noticia buena y otra mala, Marcelo.

Siempre me había puesto nervioso que la gente comenzara las comunicaciones de esta manera, pero en este caso me pareció una frivolidad inaceptable, como si un veterinario bromeara con un niño que solo espera conocer si su perro va a sobrevivir a una operación a vida o muerte. Hice acopio de fuerzas para no contestar alguna ordinariéz. Tras unos segundos de silencio, Teresa continuó.

—Nos hemos reunido con José Ramón Duque y con el presidente chileno para proponerles un intercambio: nosotros protegeremos el secreto de Taiwán y, a cambio, YCL nos enviará un cargamento de litio. Las negociaciones no han sido fáciles, pero han acabado aceptando.

—¿Me han descubierto?

—Siento decepcionarte, pero no había muchas más personas que conocieran la operación de Taiwán. Y tú eres la única de ellas que tiene contacto directo con nosotros. Creo que deberías aceptar lo inevitable.

El hecho de que esperara estas noticias no hizo más fácil el recibirlas. Estaba confirmado. Nunca podría ni volver a mi país ni ver a mi familia y amigos. El gobierno se aseguraría de que conocieran lo que había hecho, y para muchos de ellos esto sería incluso peor que verme muerto. Un nudo comenzó a formarse en mi garganta ante aquella sensación de pérdida.

Sin embargo, no podía evitar sentirme triunfante a la vez. Si aquella era la mala noticia, la buena debía ser que Chile había decidido cancelar el soborno, lo cual pondría fin a cualquier especulación sobre una guerra con China. El pueblo chileno estaba a salvo. Podía sentirme orgulloso.

Intenté asimilar toda esta información con la mirada perdida en

algún punto de aquella enorme mesa gris mientras Teresa continuaba explicando el trato sin que yo le escuchara demasiado. Tanto ella como Ioannis parecían emocionados, asegurando que aquel cargamento de litio sería clave para la ampliación de Galatea y la ansiada construcción del anillo C. Aquellas palabras sonaban como un murmullo lejano, apagado por la mezcla de sensaciones que estaba experimentando.

Hasta que Teresa dijo algo que captó mi atención.

—Ahora tengo que darte la mala noticia.

—¿Cómo dices? —respondí atónito.

—Te dije que tenía una buena y una mala.

—Pensé que habías empezado por la mala —dije con un hilo de voz.

—El trato se ha cerrado. Has conseguido tu objetivo. ¿Qué tiene eso de mala noticia?

—Voy a ser nombrado persona non grata en Chile, ¿te parece que debería celebrarlo?

Tenía que esforzarme para que no se me quebrara la voz.

—Si esto te sorprende, es que te estabas engañando a ti mismo. Era una consecuencia inevitable. Como también lo son la serie de recompensas que recibirás por parte chipriota: privilegios, protección, quizá algún premio Galileo... Y me atrevería a decir que se te considerará seriamente para un ascenso.

¿Un ascenso a qué? El único valor añadido que yo tenía en Chipre era poder conseguir información de mi país, y eso ya se había acabado.

—Dime la mala noticia por favor —dije, aunque ya sabía perfectamente lo que iba a decir.

—De acuerdo —suspiró—. Tu gobierno no parece afectado por el hecho de que sepamos lo que están haciendo. Han decidido continuar adelante con su plan.

No podía creerlo. Sus palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua fría, haciendo parecer mi destierro una trivialidad.

—¿Están locos? ¿Cómo pueden atreverse a continuar cuando su secreto no está a salvo?

—Puede que tenga que ver con el hecho de que hemos ofrecido asilo

político al delegado chino.

—¿Qué habéis ofrecido qué...?! —no pude evitar subir la voz mientras me levantaba de la mesa como un resorte. Ioannis se levantó también en posición de defensa. Sin embargo, Teresa siguió sentada en su típica posición erguida y con las manos entrelazadas encima de la mesa gris, mostrando una tranquilidad insultante y lo que me pareció un atisbo de sonrisa.

—Proteger los intereses chilenos formó parte de la negociación. A veces la simple extorsión no basta, Marcelo. Por no decir que se trata de una costumbre moralmente cuestionable. Uno se siente mucho mejor cuando tiene algo real que ofrecer.

—¿Cómo de moralmente cuestionable le parece llevar a un país entero a una guerra que no desea?

—Eso no ocurrirá, Marcelo. De hecho, como tú bien sabes, la guerra no está ni entre los intereses de Chile ni entre los nuestros. Es otra de las ventajas de acoger al delegado. Nos podremos asegurar de que China no tiene pruebas para incriminar a tu país.

—¿Y cómo vais a hacer eso?

—Parece mentira que lleves trabajando con nosotros tanto tiempo.

Teresa tenía razón. Era obvio que Chipre también habría trabajado su red de contactos en el gobierno chino. Aun así, China no era Chile. Tenía mis dudas de que tuvieran la capacidad para bloquear al país más poderoso del mundo.

—Nuestra primera intervención tendrá lugar en unos días —continuó Teresa—. Chile enviará el cargamento de litio por vía marítima. Por su volumen, se tratará de uno de los buques de carga más grandes de la historia del canal de Panamá, por donde deberá cruzar. Esto sin duda llamará la atención de los chinos. El primer paso para evitar la guerra es encargarnos de que el carguero no sea detenido por ellos. Si descubren lo que hay en el interior y, sobre todo, a quien se dirige, no pararán hasta averiguar qué es lo que Chipre ha ofrecido a cambio. Y yo no me la jugaría con los servicios de inteligencia chinos.

Me desplomé sobre la silla, como si el peso de toda aquella información no me permitiera mantenerme en pie.

Ioannis se sentó también. Al muy cabrón no se le había borrado aquella estúpida sonrisa.

Cuando se oyó el sonido de la cerradura de la puerta de entrada al piso, Astrid profirió un grito de alegría y se lanzó corriendo a abrazar a su madre. Su cuchara llena de babas saltó por los aires aterrizando en el suelo de parqué.

—¡Mamamamamamamamamaaaaa! —aquel solía ser su recibimiento habitual.

—¡Hola cariño! ¿Me has echado de menos? —preguntó radiante Larissa mientras cogía a su hija en brazos y la besaba. Los años y el embarazo parecían no haber hecho mella ni en su espectacular figura ni en la frescura mediterránea de sus rasgos. Pese al feo uniforme oficial de profesora de la EBR, una falda larga de color marrón claro y una americana verde y ancha que se ocupaba de ocultar todas las curvas que hubiera debajo, los hombres aún se volvían al verla pasar por la calle.

—¡Mucho! —contestó Astrid eufórica—. No me gusta tu nuevo puesto, ¿por qué tienes que trabajar por las tardes?

—Tu madre es demasiado inteligente para trabajar solo por las mañanas —intervine mientras acudía al recibidor. Larissa me sonrió y me dio un beso que se hubiera alargado más si no fuera porque Astrid intentó separar nuestras cabezas.

—¿Y por eso estás tú en casa, Papá?

Larissa intentó evitar una carcajada, aunque no tuvo mucho éxito. Yo tampoco pude evitar reírme, aunque en el fondo me mosqueaba un poco la obsesión que la pequeña tenía con su madre. Para Astrid, Larissa era más que una madre, era una divinidad. Con la convicción y la inocencia de una niña de cuatro años, creía firmemente que su madre era la persona más inteligente, encantadora y bella del mundo. Siempre que tuviera elección iba allá donde su madre fuera, imitándola en sus gestos y formas de hablar. Unido a su parecido físico, a veces me daba la sensación de que estaba ante una versión de mi mujer treinta

años más joven.

—¿Has dormido la siesta hoy? —Larissa cambió de tema rápidamente.

—Sí, pero Papá me despertó porque quería que le ayudara a trabajar.

—¡Qué suerte, como una persona mayor! —dijo Larissa con una sonrisa, aunque no sin dirigirme una breve mirada acusadora.

—De suerte nada. Papá tiene el trabajo más aburrido del mundo. Cuando sea mayor voy a ser profesora como tú.

—Vaya una sorpresa —dije mirando a Larissa mientras sonreía, aunque no pude evitar un cierto toque de reproche en mi voz—. Ahora se parecerá aún más a ti.

Ignorándome, Larissa se llevó a Astrid a su habitación con la excusa de que había que vestirse para salir a jugar un rato al parque.

Me acerqué a la puerta y las observé mientras charlaban animadamente. La pequeña intentaba convencer a Larissa de que fueran al parque Kana, ya que allí era donde iban las niñas de su guardería.

—El parque de nuestro anillo está lleno de niños. Los niños son unos brutos y huelen mal. No puedo soportarles —decía. No solo dominaba mucho mejor el griego que el español, sino que también comenzaba a usar las mismas palabras y expresiones que su madre.

Más que nunca, me pareció ver una copia en pequeño de mi mujer. Tenían el mismo pelo negro y brillante, el mismo fulgor en sus oscuros ojos, la misma forma de sus gruesos labios, los mismos hoyuelos cuando reían... ¿Y qué rastro había en ella de mí? Absolutamente ninguno.

Esto era algo sorprendente, ya que algunos de mis rasgos eran bastante particulares. Tenía la piel más bien oscura y los ojos ligeramente rasgados, herencia de mi abuelo peruano. Mi nariz era fina y alargada, mi mandíbula era prominente y mi barbilla tenía una característica hendidura en el medio.

Astrid no mostraba ni un ápice de ninguna de estas facciones. ¿Podría Larissa haber tenido un amante cuando se quedó embarazada?

No, por supuesto que no.

Recordé aquellos tiempos. Acabábamos de prometernos y nos queríamos con locura; no nos separábamos ni un minuto, y la llama del deseo parecía inagotable. Aunque Larissa hubiese querido tener una aventura, algo improbable, no habría tenido ni tiempo ni energía para ello.

Entonces llegó Astrid, haciéndonos más felices de lo que nunca nos hubimos atrevido a soñar. ¡Cuán diferentes serían las cosas hoy en día si la pequeña no hubiese aparecido en nuestras vidas! Yo habría vuelto a Chile, furioso por el chantaje de la EBR, y lo más probable es que Larissa nunca hubiese aceptado venir conmigo. Pero la suerte me había sonreído, haciéndome cambiar de opinión en el último minuto. Y, ahora que tenía una hija, no podía imaginar mi vida sin ella.

Pensé en cómo las cosas no solo serían diferentes para mí y para Larissa, sino también para nuestros gobiernos. Chipre nunca habría descubierto la operación de Taiwán, lo cual también significaba que Chile nunca se habría visto forzado a enviar ese monstruoso barco cargado de litio que iba a ser clave en el futuro de Galatea y que amenazaba con poner en riesgo la estabilidad internacional.

Podría decirse que un único bebé había determinado el curso de acontecimientos históricos.

Un pensamiento terrible se me pasó fugazmente por la cabeza. Pero, antes de que pudiera darle forma, un pitido se escuchó desde el salón.

Era la aplicación de seguimiento del carguero.

Corrí al salón y miré hacia la pantalla de grafeno. Los indicadores se habían puesto en marcha y las esclusas se habían abierto. El buque se desplazaba lentamente hacia el océano Atlántico. De alguna manera, los chinos no lo habían detenido. Este era un enorme paso para evitar una guerra que mi país tendría todas las papeletas de perder. Respiré aliviado.

Me senté en el sillón, esperando sentir una sensación de desahogo. Acababa de quitarme un gran peso de encima, pero de alguna manera el horrible pensamiento que me había asaltado apenas unos segundos

atrás había ocupado su lugar.

Esta vez dejé que mi mente diera vueltas a aquella idea.

Era una sospecha mezquina, retorcida y difícilmente real, pero de alguna manera se había instalado en mi mente y no podía ignorarlo.

¿Era una conjetura coherente o estaba siendo demasiado aprensivo?

Fue entonces cuando reparé en la cuchara llena de babas que Astrid había dejado caer al suelo, y me di cuenta de que había una manera muy simple de responder a esa pregunta.

Xandra Tang

Sábado, 25 de octubre de 2064

Galatea

El pueblo chipriota comenzaba a recuperarse del shock que había supuesto la muerte de Panos Kana.

El presidente de la EBR no era ningún jovenzuelo, y en los últimos tiempos los rumores sobre su deteriorado estado de salud estaban en boca de todo el mundo. Sin embargo, nadie esperaba un final tan abrupto. Kana había ingresado en el hospital central de Galatea un jueves de octubre de 2064, para fallecer apenas dos días después. Por lo que decían las noticias, un fallo renal había sido la causa.

Los habitantes de la isla estaban desolados. Nunca había visto tanto dolor por la pérdida de un personaje público. Pero, ¿por qué sorprenderme? Él les había dado todo lo que tenían.

Kana había convertido las cenizas de un país destrozado por la guerra en un lugar al que todo el mundo coincidía en definir como el mejor lugar de la Tierra para vivir. Había puesto su carisma, su bondad y su coraje a disposición del país, trabajando de sol a sol para conseguir su sueño: fundar y gobernar la primera Economía Basada en Recursos de la historia. Por el camino, había tratado a toda la gente de igual a igual: desde los obreros *rutinarios* a los que decidía echar una mano un domingo cualquiera en las obras de construcción de Galatea hasta sus homólogos de otras naciones con los que se reunía en sus misiones diplomáticas. Todos coincidían en definirle como una persona cercana, sencilla, práctica e inteligente, con grandes ideales y una incansable determinación por alcanzarlos. Su compromiso era absoluto, hasta el punto de que, muy a pesar de su mujer, nunca tuvo hijos: la EBR

ocupaba el cien por cien de su tiempo.

Lo impactante era ver como no solo Chipre estaba de luto. Su fallecimiento acaparaba titulares a nivel mundial, y los medios de comunicación de todos los países ofrecían reportajes y programas especiales sobre su vida y su persona, retratándole como uno de los personajes que más habían hecho por el bien de la humanidad en los últimos tiempos.

Su funeral había tenido lugar en la Plaza Verde hacía una semana. Nunca se había visto la plaza central de Galatea tan a rebosar de gente. Los medios aseguraban que el 95% de la población chipriota había acudido a darle un último adiós. Además, cientos de personalidades destacadas a nivel mundial habían viajado a Chipre para asistir a la ceremonia, que había sido retransmitida en todos los países.

Irónicamente, en el mundo capitalista ya podía adivinarse como miles de pequeños y grandes empresarios se dedicarían a explotar la leyenda de Kana con toda variedad de productos con su nombre, de la misma manera que había ocurrido anteriormente con Nelson Mandela o Bob Marley. Kana ya no era solo una persona. Kana era un mito. Una imagen para representar un concepto con el que millones de personas soñaban. Un icono, tanto para defensores del medio ambiente como para movimientos anticapitalistas.

Me encontraba inmersa en estos pensamientos mientras caminaba a lo largo del parque del sector Sur del anillo E, sin tener ni la más remota sospecha de que estaba viviendo mis últimas horas en Galatea. Era un sábado de finales de octubre por la mañana, y aquel parque parecía más bien una pista de atletismo. Todos los habitantes del anillo parecían querer aprovechar la inusual baja temperatura para poder salir a correr sin tener que madrugar o esperar al atardecer. Tras recibir la sencilla chaqueta marrón de otoño que había pedido a través del ordenador central unos minutos antes, había decidido, por la misma razón, no tomar el tranvía e ir caminando en su lugar hasta casa de Leah.

Tras cruzar la radial Filípides y entrar en el sector Suroeste, vi algo que me llamó la atención.

Una familia realizaba una sesión de carrera continua al lado del

canal. El padre y la madre, por sus fuertes rasgos mediterráneos, eran claramente chipriotas. El hijo mayor, de unos doce años, era negro, mientras que la hija, algo más joven, parecía proceder de algún país del sudeste asiático, quizá Vietnam o Filipinas.

Un perfecto ejemplo del legado de Panos Kana, pensé, y esta idea me llenó de optimismo.

Su diversidad racial mostraba claramente que los hijos no eran biológicos, sino adoptados. Y esto se había convertido en una situación de lo más normal en Chipre, gracias a nuestro difunto presidente.

Kana creía que, en un mundo superpoblado, tener un hijo biológico no debería ser la opción principal para las familias. Él no inventó la adopción, por supuesto. Esta práctica había existido siempre, pero Kana fue un paso adelante. Hasta la creación de la EBR, la adopción era normalmente una opción secundaria, únicamente a considerar ante la posibilidad de no poder tener hijos propios o, en algunas ocasiones, como complemento a los mismos. Pero raro era el caso en el que unos padres jóvenes y fértiles se decidían a adoptar un niño.

Kana pensaba que había tres razones que explicaban esta situación: los prejuicios, la tediosa burocracia del proceso y el alto coste del mismo.

Por ello, tomó dos grandes medidas orientadas a superar estas barreras: en primer lugar, creó un fondo para financiar el proceso a través del Banco Puente. Más tarde, se dedicó a potenciar la colaboración con los principales países emisores de niños adoptados para reducir las exageradas medidas de seguridad que la convención de La Haya había establecido décadas antes y que impedían adoptar niños a miles de familias completamente válidas.

Como resultado, la media de tiempo de espera para la adopción de un niño en Chipre se situó en poco menos de un año, cuando para el resto de países solían ser cinco. Y, por supuesto, los costes para la familia eran inexistentes.

Estas medidas no pasaron desapercibidas para la sociedad. El número de adopciones creció exponencialmente con el paso de los años. Kana había pensado en una campaña para mostrar al pueblo las ventajas de la adopción y eliminar viejos prejuicios, pero la verdad es

que no tuvo que esforzarse demasiado en este aspecto. Cuanto más se adoptaba, más se normalizaba esta práctica en la sociedad. Llegó el momento en el que más del cincuenta por ciento de las familias contaba con, al menos, un hijo adoptado. La tasa de adopción también aumentó entre las parejas homosexuales, para la consternación de los retrógrados países vecinos. Poco a poco, parecía que el momento en el que la adopción se convertiría en la opción principal para las familias estaba cerca. Como en tantos otros aspectos, Chipre fue el pionero de una práctica alabada e imitada por muchos otros países. La verdad es que todos salían ganando: miles de niños eran rescatados de la pobreza de sus países para disfrutar de una vida próspera, los padres eran felices al tener un hijo cuyo futuro podría haber sido mucho peor, los países emisores aliviaban la superpoblación y otros muchos problemas derivados de una creciente clase pobre, y Chipre aumentaba su población de manera controlada, dando una imagen de país cosmopolita y humanitario.

A medida que la familia se acercaba hacia mí por el parque, me di cuenta de otro detalle. Tanto los padres como los hijos corrían descalzos, dando pasos cortos en los que apoyaban la parte delantera del pie, casi como si corriesen de puntillas, y con una posición erguida que les confería un toque de elegancia.

Este era otro resultado de la influencia de Panos Kana en la sociedad.

Junto con el director de la Oficina de Deporte, Angelo Misoglou, Kana había sido el principal impulsor del *barefoot running*, algo que ya se consideraba como el deporte nacional de la EBR. Ambos defendían la postura de que correr descalzos era una opción mucho más sana que utilizar todas aquellas zapatillas que las multinacionales del mundo capitalista nos intentaban vender. Aparentemente, estas empresas aseguraban que el talón debía estar protegido por una superficie acolchada o por una cámara de aire para que el impacto no dañase a la rodilla. Basaban su estrategia de marketing en este argumento para vender millones de zapatillas, cuando lo cierto es que los humanos han corrido durante millones años sin protección alguna y sin incurrir en ningún tipo de lesión. Según Kana y Misoglou, al correr descalzos

como nuestros antepasados, el pie hace contacto con el suelo únicamente en su parte media y delantera, evitando el impacto sobre el talón que puede ocasionar lesiones. *Es precisamente la presencia de una zapatilla lo que nos hace apoyar el talón y aumentar el sufrimiento de la rodilla, decían, además de dificultar la postura y la forma de correr, disminuyendo resistencia y velocidad.*

Para impulsar su teoría, la ciudad de Galatea había sido diseñada como un paraíso para corredores. Todos los anillos de la ciudad estaban equipados con parques de césped perfectamente cuidados, lo que proporcionaba a los ciudadanos una superficie ideal para correr descalzos. Además, para aquellos que desearan practicar este deporte fuera de la ciudad, se había puesto a su disposición varios modelos de zapatillas que simulaban este tipo de pisada a la vez que protegían el pie de superficies que pudiesen dañarlo.

Estas ideas, que habían sido acogidas con dedicación, acercaron al pueblo chipriota a una manera mucho más natural de disfrutar del deporte.

En mi caso, pese a vivir en un entorno donde se daba gran importancia al ejercicio físico, nunca conseguí aficionarme a ningún deporte. La única razón por la que conocía las causas de la obsesión del pueblo por el *barefoot running* era mi amistad con Leah.

Este pensamiento me recordó mi gran preocupación, la razón de que me hallase camino del piso de mi amiga aquel sábado por la mañana.

Tenía el presentimiento de que algo iba mal y, ya que Leah no contestaba ni a mis mensajes ni a mis llamadas, había decidido acercarme a comprobarlo por mi misma.

Antes de continuar narrando los sucesos de mi último día en Galatea, haría bien en recordar cómo llegué a este país.

De alguna manera, Zuo había conseguido hacer llegar mi historial al gobierno chipriota.

Y, por alguna razón, alguien en Chipre decidió que yo era imprescindible para el desarrollo de la EBR. Poco les importó que en

esos momentos me hallase en situación de búsqueda y captura y que mi foto se encontrase en las listas de personas más buscadas de China.

Varios agentes de CypEx sin uniforme se presentaron en el maloliente zulo en el que llevaba encerrada un mes, acompañados de un avanzadísimo equipo médico portátil para realizar reemplazos de CNI. Enseguida pudieron detectar mi falta de entusiasmo, fruto de mi reciente mala experiencia con ese tipo de operación. Por ello, ni siquiera preguntaron. Lo siguiente que recuerdo es despertarme sin ningún dolor y con uno de los agentes a mi lado dándome la enhorabuena por mi flamante nacionalidad chipriota.

—No recuerdo haberles pedido nada —les dije sin mucha energía.

—¿Prefieres quedarte aquí? —Me contestó uno de ellos, que parecía atareado metiendo mis pocas pertenencias personales en una enorme maleta.

Por supuesto que no quería, pero no podía soportar el depender tanto de alguien, y mucho menos que se regocijara en ello. Estuve a punto de mostrarle donde estaba la puerta e indicarle por donde se podía meter aquella maleta. Por suerte, Zuo, que nunca se dejaba llevar tanto por las emociones, se me adelantó.

—Lin, ya lo hemos hablado. Esta es tu única salida. Tienes información que Chipre necesita y están dispuestos a darte una nueva vida a cambio. Además, se han comprometido a proporcionarnos los medios que necesitemos para seguir con las investigaciones de Zhēnlǐ zhī dào.

Como siempre, Zuo tenía razón. El exilio era la única manera de no acabar en la cárcel y, si debía salir del país, Chipre era el mejor sitio para hacerlo. De hecho, debería haberme considerado la mujer más afortunada del mundo por disponer de esta opción. En ningún otro sitio podría tener la oportunidad de ser libre y poder continuar haciendo el trabajo de mi vida a la vez. Wenbo lo habría entendido, de eso no cabía duda.

Sin rechistar, dejé que me colocaran la máscara de maquillaje para completar mi transformación y que me llevaran al aeropuerto, donde no hubo absolutamente ningún problema para que tomáramos el

siguiente vuelo Guangzhou-Anamur.

Durante mis primeros días en Galatea, estaba convencida de que alguien me estaba tendiendo una trampa. ¿Cómo podía ser todo tan jodidamente perfecto?

Aquella ciudad era el sueño de cualquier activista medioambiental. Los índices de contaminación eran ridículos, sobre todo comparados con los de China. El funcional diseño de Galatea, sus inmensas y numerosas zonas verdes, sus blancos edificios que relucían bajo ese cielo permanentemente azul, su novedoso sistema de transporte, su inteligente red de energía termosolar... Aparte de ser un modelo de eficiencia, aquellas infraestructuras estaban construidas con una grandiosidad, simetría y pulcritud que hacían que uno caminara hipnotizado por sus anchas y verdes calles peatonales.

Además, la abolición del sistema monetario había dado lugar a una nueva forma de vida en la que la optimización de recursos y la igualdad de condiciones eran los pilares del bienestar del pueblo. Esto había cambiado por completo la mentalidad de los ciudadanos, que parecían vivir en una milagrosa sintonía con ellos mismos y con la naturaleza que les rodeaba.

El gobierno me asignó una vivienda desde el primer día. Se trataba de un pequeño pero moderno, luminoso y equipadísimo apartamento en el sector Sur del anillo H. Para mi mayor incredulidad, se me dio acceso inmediato a la plataforma de distribución de bienes. Alimentación, ropa, muebles, electrónica, cosmética, higiene, artículos deportivos e incluso animales de compañía. Podía solicitar todo lo que quisiera, y en unos minutos mi pedido aparecería en el receptor que se hallaba empotrado en una de las paredes del piso.

—¿Dónde está el truco? —pregunté con desconfianza al agente que me acompañó al apartamento.

—En tus manos —contestó—. Y en las de todos los ciudadanos de Chipre.

A la mañana siguiente, fui convocada a una reunión en una oficina del edificio Tres de la Plaza Verde por una tal Teresa Liberopoulos. Se

trataba de una señora que rozaría los sesenta años y vestía un elegante traje gris. Tras abrirme la puerta de aquella sencilla sala de reuniones con enormes ventanas desde las que se podía contemplar la inmensidad de la plaza, Liberopoulos me invitó a sentarme mientras esperábamos al señor Kana.

—¿El señor Kana? —pregunté con incredulidad— ¿Tiene algo que ver con el presidente de la EBR?

—A no ser que algo haya cambiado desde ayer por la noche, él mismo ocupa el puesto de presidente —contestó. Daba la sensación de que le divertía mi ignorancia—. Así que en respuesta a tu pregunta: sí, tiene algo que ver.

Debido a la sorpresa, dejé pasar por alto la sarcástica respuesta. Tras unos segundos conseguí reaccionar, pero entonces alguien entró en la sala enérgicamente. Era Panos Kana.

—¡Buenos días, Lin! —vociferó con entusiasmo mientras se dirigía hacia mí con la mano tendida.

—Buenos días, señor presidente —contesté perpleja.

—Llámame Panos por favor. No me gustan los formalismos. Por cierto, ya que hablamos de nombres, ¿has pensado en cambiarte el tuyo?

—¿Por... por qué iba a cambiarlo?

—No es una obligación, claro, pero te ayudará a integrarte. La mayoría de nuestros inmigrantes asiáticos lo prefieren para evitar complicaciones.

—Le prometo considerarlo.

—Y yo prometo aconsejarte un nombre si decides cambiarlo. Pero no es eso por lo que estás aquí, ¿no crees?

—Supongo que no.

—Siéntate por favor. Deja que te contemos. Aunque no sé muy bien por dónde empezar, estos temas son delicados. Creo que dejaré que Teresa tome la palabra, ella tiene mucho más conocimiento del asunto que yo y, al fin y al cabo, ella será tu jefa.

Liberopoulos comenzó a hablar. Acompañaba sus palabras con una

permanente sonrisa, aunque sus ojos parecían no participar de ella. En su lugar, me miraban fijamente provocándome cierta incomodidad.

—Permíteme presentarme antes de continuar. Quizá habrás oído mi nombre anteriormente en relación con diversos proyectos científicos —tomó mi silencio como una negativa, y continuó—. Sin embargo, en los últimos años he pasado a desempeñar un puesto bastante diferente. Soy la directora de CypEx, la Oficina de Exportación de Chipre.

Me pregunté qué tipo de productos exportaría un país como aquel. Como leyéndome la mente, continuó.

—Y aquí he de resaltar la palabra *Exportación*. Lo normal es que los países cuenten con órganos que regulan el comercio exterior, que incluye tanto exportaciones como importaciones. Sin embargo, en la EBR es distinto. Nosotros no tenemos influencia alguna en los productos que Chipre necesita importar. Estos son determinados por la Oficina de Planificación, que nos envía diariamente la relación de artículos que necesita del extranjero. Como sabrás, este país apenas funciona con dinero, por tanto nuestro trabajo es descubrir qué podemos ofrecer a cambio a aquellos países o empresas de los que necesitamos bienes materiales.

—Entiendo.

—A lo largo de los años, hemos encontrado mil y una maneras de pagar a nuestros proveedores. Solo hemos usado el dinero del Banco Puente en casos excepcionales. En la inmensa mayoría de las operaciones, nuestra política para encontrar la forma de pago adecuada incluye el seguimiento de tres pasos —tras una breve pausa para dar un trago de agua, continuó—. En el primero de ellos, intentamos averiguar si ya tenemos lo que nuestro proveedor necesita: productos manufacturados en Chipre, excedentes de importación, servicios realizados por profesionales chipriotas, formación, conocimientos... en definitiva, todo lo que pueda llevarnos a un simple trueque.

—¿Y funciona? —pregunté con escepticismo.

—Por desgracia, no tan bien como nos gustaría. Ojalá fueran las cosas tan fáciles, pero no es habitual el caso en el que disponemos de

algo que el proveedor necesita. Esto nos lleva a nuestro segundo paso. Aquí intentamos llegar a los que denominamos acuerdos multibanda. Por ejemplo, digamos que necesitamos materiales que solo una empresa brasileña puede ofrecernos. Tras las pertinentes negociaciones, descubrimos que no tenemos nada que ofrecerles a cambio. Sin embargo, conocemos una empresa tailandesa con la cual hemos trabajado anteriormente y que está interesada en participar en nuestro programa de formación medioambiental. Resulta que esta empresa tiene en su plantilla a varios expertos en eliminación de plagas. Como sabrás, Brasil es uno de los países más afectados por las plagas de mosquitos ¿Qué crees que haremos?

—Formaréis un acuerdo a tres bandas para el intercambio de servicios y materiales —contesté, un tanto irritada de que pusiera a prueba mi inteligencia con una pregunta tan obvia.

—Buena respuesta, aunque quizá lo de tres bandas sea demasiado optimista. A la empresa brasileña le importa un bledo que mueran miles de personas pobres por enfermedades transmitidas por mosquitos. Es al gobierno brasileño al que le podrían interesar los servicios de estos expertos, por tanto habremos de incluirle también. Y ellos encontrarán la manera de compensar a la empresa que nos envía los materiales.

Mientras Liberopoulos hablaba, Kana podía adivinar por mi expresión que algo no me cuadraba.

—Perdona, Teresa. Antes de que continúes —interrumpió educadamente—. ¿Hay algo que quieras preguntar, Lin?

Kana tenía la virtud de calmar los ánimos con su mera presencia. Cuando él participaba en la conversación, ya no sentía la necesidad de estar a la defensiva. Incluso me apetecía ser amable.

—De hecho... me gustaría entender la razón por la cual merece la pena realizar tal esfuerzo. Quiero decir, habéis formado un sistema en el que la optimización de recursos es uno de los principios básicos. Sin embargo, ¿Cuántos recursos, en forma de tiempo y personas, debéis gastar para llegar a todos aquellos acuerdos multibanda? ¿No sería mucho más eficiente una simple transferencia de dinero?

Liberopoulos me miró horrorizada, como si hubiese mentado al mismísimo diablo. Sin embargo, ahora Kana sonreía. Fue él quien tomó la palabra.

—Lin, ahora veo la razón por la que tus informes decían que eras tan especial. Tienes inteligencia para cuestionar, y confianza y valor para preguntar.

No pude evitar sentirme halagada.

—Si no te importa, contestaré yo a esta pregunta, Teresa —continuó—. Lin, tienes toda la razón. Muchas transacciones serían mucho más sencillas con dinero. Ahora, permíteme que encontremos juntos la causa por la que tendemos a evitar operaciones monetarias. Mi primera pregunta es ¿de dónde sacaríamos el dinero?

—Tengo entendido que existe un banco nacional.

—Cierto, el Banco Puente. Lo llamamos así por una sencilla razón: es la única conexión entre la EBR y el resto de economías mundiales. No creemos en un completo aislamiento, y por ello hemos puesto al alcance de nuestros ciudadanos esta herramienta. Pero ese es su único objetivo.

—¿Por qué no usarlo también para movimientos internacionales? El sistema no monetario nacional no tendría por qué verse afectado.

—Las relaciones internacionales no son más que un reflejo a gran escala de las relaciones entre individuos. ¿Qué tipo de ejemplo estaríamos dando? ¿Qué razón tendría un ciudadano para pensar que la EBR es el mejor sistema cuando su propio gobierno prefiere usar el dinero para sus transacciones? Por no hablar de la falta de iniciativa que demostraríamos ante los demás países. La EBR no nació como un proyecto a nivel nacional, Lin. Queremos demostrar al mundo que existe una forma más sana de desarrollo. Este proyecto no ha triunfado todavía, solo lo hará cuando el mundo entero tome conciencia de que el capitalismo, por muy beneficioso que fuera en cierto momento de la humanidad, no es un sistema adecuado para un entorno con recursos limitados.

Kana se reclinó en su asiento, como si no esperara que le rebatiera su discurso. Y no lo hice. En vez de eso sonreí, y me sorprendí a mí

misma confesándole lo mucho que admiraba la EBR y el valor que había hecho falta para construirla.

—Los halagos valen diez veces más cuando proceden de personas con sentido común —contestó—. Ojalá pudiéramos continuar este debate. Por desgracia, el tiempo de Teresa vale su peso en oro y más vale que lo aprovechemos.

—Gracias, Panos —respondió Teresa, forzando su sonrisa más que nunca. Acto seguido, volvió a dirigirse a mí—. Como te dije, en CypEx tenemos tres maneras de negociar las exportaciones. Cuando las dos primeras fallan, hemos de hacer uso de la tercera.

Kana pareció revolverse en su asiento, como preparándose para una conversación incómoda.

—¿Alguna vez has oído hablar de la última batalla de la guerra turco-chipriota? —preguntó Liberopoulos.

A continuación, procedió a narrarme la historia de cómo el menguado ejército chipriota consiguió deshacerse del ejército turco introduciendo gas sarín en su bunker, cuyo emplazamiento habían averiguado gracias al soplo de un espía.

—La información es poder, Lin —dijo al terminar—. Te sorprendería saber cómo, correctamente utilizada, puede valer mucho más que el dinero. Por eso, gran parte de los esfuerzos de CypEx van dirigidos a investigar a nuestros socios internacionales en búsqueda de información que pueda ser usada a favor de la EBR.

No daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Acababan de revelarme el gran secreto de la EBR? ¿Era este el poco honorable origen de aquel mundo tan perfecto?

—¿Quiere decir que usan la extorsión y el chantaje para conseguir sus objetivos? —pregunté atónita.

Liberopoulos no contestó inmediatamente, como si tuviera la esperanza de que Kana decidiera sacarla del atolladero. Pero no lo hizo, así que, tras un instante, se vio obligada a responder.

—Lo consideramos un mal necesario para alcanzar una causa mayor.

Ante mi mirada incrédula, Kana decidió intervenir.

—Creo que sé lo que estás pensando, Lin. ¿Es así como se han conseguido los recursos necesarios para la construcción de este país? La decepcionante respuesta es que el mero esfuerzo del pueblo nunca habría bastado para llegar a donde estamos. Cuando tengas un día libre, te aconsejo que busques un coche y te des una vuelta por nuestra isla. Verás un paisaje sin vida, lleno de antiguas tierras de cultivo asoladas por las sequías. Verás inmensos y apestosos vertederos en los que la basura de generaciones pasadas espera pacientemente a ser desintegrada. Verás pueblos costeros en ruinas, inundados por las olas de un mar que hace unos años terminaba a los pies de espectaculares playas atestadas de turistas. Esta fue la herencia de mi generación. Por ello, decidimos que un típico plan de posguerra no haría más que hundirnos en la miseria. De ahí nació la idea de la EBR. Poco a poco nuestras ambiciones crecieron hasta que nos dimos cuenta de que habíamos diseñado algo demasiado hermoso para que fuera disfrutado por un único país. Debería convertirse en un proyecto mundial, pero, para ello, no solo necesitábamos que fuera hermoso, necesitábamos que lo pareciera. ¿Cómo si no iba el mundo a fijarse en nosotros? Necesitábamos infraestructuras. Y, como ya habrás oído alguna vez, grandes objetivos requieren grandes esfuerzos. En nuestro caso, nuestro gran esfuerzo fue aceptar el hecho de que deberíamos convertirnos en el *Robin Hood* de los gobiernos: conseguiríamos recursos de países ricos y empresas poderosas para comenzar a construir un imperio que algún día supondrá la salvación del planeta que ellos mismos están destruyendo. Ellos no lo saben, pero algún día nos lo agradecerán.

A medida que hablaba, mi mirada de reprobación se iba atemperando. Me estaba dando cuenta de que llevaba toda mi vida quejándome de la ineptitud, la inoperancia y la pasividad de los dirigentes mundiales ante problemas fundamentales que constituían una amenaza para la humanidad. ¿Por qué iba a ofenderme de que alguien intentara pararle los pies? Quizá los métodos chipriotas fueran cuestionables, pero comenzaba a parecerme una frivolidad cuestionarme la validez moral del chantaje y la extorsión cuando había otros asuntos tan importantes en juego. Y, de todas formas, ¿quién era

yo para juzgar el espionaje? ¿No había sido precisamente ésta mi principal ocupación en mi anterior vida en China?

El enemigo de mi enemigo es mi amigo, pensé.

Llegado ese momento, ya me imaginaba cual sería la propuesta de Kana y Liberopoulos. Con entusiasmo, les seguí escuchando.

Al acabar nuestra reunión y sellar nuestro acuerdo con una firma y un apretón de manos, Liberopoulos me acompañó hasta la puerta.

—¡Xandra! —oí a Panos Kana vociferar detrás de mí.

—¿Perdone? —me volví.

—Te prometí que te recomendaría un nombre chipriota. Xandra significa *defensora de la humanidad*. Creo que es el nombre más adecuado para ti.

Los siguientes años fueron los más felices de mi vida.

Solía dormir con la ventana abierta para despertarme con la brisa matutina y la luz del amanecer, algo que nunca podría haber experimentado en la ruidosa, contaminada y oscura Guangzhou. Desayunaba fruta y cereales sentada a la mesa que había colocado al lado de los enormes ventanales del salón de mi apartamento. No disponía de las espectaculares vistas de los pisos superiores de los edificios del anillo H, pero podía ver de cerca el canal y el parque que lo recorrían. A esas horas, ya se podía observar como la ciudad se ponía en movimiento: los patos comenzaban a desperezarse, los primeros deportistas ya corrían descalzos por el parque circular, varios dueños sacaban a pasear a sus perros y grupos de niños uniformados se dirigían al tranvía radial que les llevaría al colegio de Galatea. Mis desayunos solían extenderse mientras observaba hipnotizada el ritmo de la ciudad, pensando en lo afortunada que era de haber acabado en un lugar tan especial.

A continuación, comenzaba mi jornada laboral. No hubo ni un día en el que no agradeciera aquella liberadora sensación de realizar mi trabajo sin sentirme perseguida.

De vez en cuando acudía a la oficina, pero normalmente trabajaba

desde casa. Me apoltronaba en un cómodo sillón verde situado a dos metros de la enorme pantalla de grafeno del ordenador central de mi piso, dirigiendo mis operaciones con comandos de voz y con dos teclados inalámbricos incorporados a ambos lados del sillón. Todo ello con la compañía permanente de Karin, un desgarbado gato callejero blanco que había recogido en la Oficina Protectora de Animales de la EBR y que pasaba las mañanas en mi regazo combinando siestas con ronroneos y miradas escrutadoras.

A través del ordenador central, podía conectarme con Zuo, cuyos servicios Chipre había contratado a cambio de un suministro regular de hardware y software de alto nivel. Él me proporcionaba acceso a los servidores de Sipecorp, del gobierno chino y de cualquier entidad que me viniese en gana. Para evitar riesgos, estos accesos solían estar limitados a unos pocos minutos, por lo que tenía que tener muy claro lo que estaba buscando. Dado que la estructura de los servidores y las contraseñas de los archivos cambiaban constantemente para dificultar filtraciones, no siempre era fácil conseguir información relevante, pero poco a poco iba recolectando piezas de un rompecabezas que no tardaría en encajar.

Era el trabajo de mi vida. Chipre me ofrecía una vida llena de comodidades y las infraestructuras necesarias para dedicarme a aquello que más amaba.

Liberopoulos quería que continuase las investigaciones de Zhēnlǐ zhī dào, aquellas que hacían entrever el interés del gobierno chino por comenzar a hacer uso de las inmensas reservas de hidrato de metano en el mar de China Oriental, con el objetivo de conseguir su ansiada independencia energética.

Tras apenas unas semanas de trabajo, se confirmaron mis peores sospechas: el gobierno había adjudicado el proyecto a Sipecorp, la empresa de la que Lu Jing era accionista mayoritario. *Me pregunto si los papeles que le robé en Macao y que perdí en el hotel tendrían algo que ver con esta operación*, recuerdo haber pensado.

El proyecto se estaba llevando a cabo con el mayor de los secretos. Sipecorp había comenzado la construcción de lo que parecía ser una enorme planta petrolífera en la fosa de Xihu. Esto nunca levantó

sospechas, si acaso puede que alguien se burlase de ellos por invertir recursos en un combustible en decadencia. En realidad, aquel monstruo no tenía nada que ver con el petróleo. Se trataba de una planta de extracción de hidrato de metano. Sus tubos de perforación conectaban el suelo oceánico con la superficie, haciendo llegar los cristales de metano a la plataforma a través de un fluido caliente que disolvía la celda de hielo que los envolvía. El gas era capturado a través de una segunda apertura, que sin embargo no evitaba liberar una significativa cantidad a la atmósfera. El metano podía ser mucho más nocivo que el dióxido de carbono, colaborando hasta treinta veces más a crear un efecto invernadero. Además, los métodos de despresurización usados por los tubos desestabilizaban el lecho marino, provocando el caos en el fondo oceánico.

Mi objetivo siempre había sido detener esta barbarie, y ahora tenía la oportunidad. En cuanto reuniese las pruebas necesarias, lo único que tendría que hacer sería entregárselas a mis superiores, y ellos se encargarían del resto. Esta información sería mucho más valiosa en manos de un dirigente internacional que en manos de una simple organización activista de Guangzhou a la cual el gobierno podría eliminar fácilmente. Kana podría amenazarles con hacer pública esta información, lo cual China desearía evitar a toda costa. El Protocolo de Luanda de 2028 era el único acuerdo climático que todos los países habían estado de acuerdo en aceptar, y el que se descubriese su violación habría supuesto una hecatombe para China. La comunidad internacional nunca se habría arriesgado a que ningún país, por muy poderoso que fuera, comenzase el catastrófico círculo de destrucción del metano: temperaturas aumentando descontroladamente, que liberan el metano encerrado en el hielo del fondo del mar y del permafrost, lo cual a su vez hace subir aún más la temperatura. Teniendo en cuenta que había más metano en el mundo que carbón, petróleo y gas natural juntos, los efectos podrían ser letales. Si las intenciones de China eran descubiertas, el gobierno se enfrentaría a astronómicas multas, bloqueos comerciales y rupturas diplomáticas.

Esta investigación sería la manera perfecta para derrocar a la corrupta cúpula de mi país.

Mientras avanzaba en la elaboración de mi informe y en la recogida de pruebas, los días pasaban más rápido que nunca. Descubrí que podía haber una vida interesante más allá del trabajo, y mis jornadas laborales comenzaron a tener una duración más saludable que en tiempos anteriores. Me apasionaba mi proyecto, pero también disfrutaba teniendo las tardes libres para descubrir lo que Galatea podía ofrecerme.

Siguiendo los consejos de Liberopoulos, decidí acudir a sesiones de psicología nacional: estaba dispuesta a hacer un esfuerzo para integrarme en la EBR.

Y fue así como conocí a Leah Patroklou.

Leah fue una guía estupenda que con el tiempo se convirtió en alguien muy especial para mí. Nuestras sesiones de psicología comenzaron a convertirse en reuniones de amigas a las que acudía con ilusión: tomando unos cócteles en Mendel C, saliendo a correr juntas o simplemente paseando por el parque Kana. Leah era un ejemplo de bondad e integridad. Era respetuosa, amable y no juzgaba ni insultaba a nadie, sino que intentaba comprender todos los puntos de vista pacientemente. Su inteligencia emocional era superior a la de cualquier persona que hubiese conocido antes: sabía exactamente cómo leer a las personas y comportarse de acuerdo a ello. Estar con ella me devolvía la paz interior que parecía abandonarme cada vez que descubría las fechorías que mi gobierno trataba de perpetrar. Y no hacía falta que le hablase de mi trabajo. Ella sabía vagamente a lo que me dedicaba, pero nunca insistió para que le diera detalles. Me había propuesto proteger a las personas que quería manteniéndolas en la ignorancia.

Muy a pesar de su marido, con el cual nunca llegué a congeniar, me convertí en su principal confidente. Con ella aprendí que un amigo no siempre espera que le des la solución a sus problemas, a veces es suficiente con saber escuchar. Desde que su hijo abandonó el país y su situación matrimonial empeoró notablemente, solíamos vernos casi todos los días. Si no era así, siempre nos llamábamos por teléfono, aunque fuera para comentar cualquier tontería: desde las absurdas nominaciones a los estúpidos premios Galileo hasta la nueva colección de libros electrónicos que acababa de ser colgada en la red.

Aquella semana de finales de octubre debería haberme sentido exultante: acababa de dar fin al denominado Informe Xihu: un excelente dossier que reunía pruebas evidentes que mostraban la trama del metano y la implicación en la misma del gobierno chino, de Sipecorp y de Lu Jing. Acababa de enviárselo a Liberopoulos. Tenía unos días de vacaciones y esperaba ansiosa el resultado. ¿Conseguiríamos la cancelación del proyecto y la dimisión de sus responsables?

La muerte de Panos Kana había rebajado mi euforia, pero había algo que me inquietaba todavía más. Llevaba casi una semana sin tener noticias de Leah.

Teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, me hallaba bastante preocupada. ¿Cómo es que ni siquiera me había llamado para comentar el fallecimiento de Panos Kana? ¿Por qué no contestaba a mis mensajes y llamadas?

Intenté acordarme de la última vez que nos vimos, en busca de alguna pista.

En nuestra última sesión, Leah lo estaba pasando mal por culpa del cretino de su marido. El tal Ioannis nunca me había caído bien, me parecía prepotente y egocéntrico. No me sorprendió demasiado cuando Leah me contó los problemas que tenían, pero no me atreví a decirle que debía cortar por lo sano. Al fin y al cabo, ella era mayorcita y yo no era quien para meterme en la relación de nadie. Sin mucho convencimiento, la aconsejé que lo volviera a intentar una vez más.

Solo esperaba que su marido no tuviera nada que ver con la falta de noticias.

Después de más de una hora caminando, llegué al edificio de Leah. Nerviosa, subí por el ascensor hasta la sexta planta y llamé al timbre de su piso.

Tras llamar una segunda vez y esperar más de un minuto, estuve a punto de abandonar, pero entonces oí unos débiles pasos y la puerta se abrió.

Apareció una frágil anciana cuyas tambaleantes piernas nunca se

habrían mantenido de pie de no ser por el carrito que le ayudaba a caminar.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó en griego, con la voz quebrada y un marcado acento chipriota.

—Buenos días señora, estoy buscando a Leah Patroklou —le contesté con mi precario griego.

—¿Leah Patroklou? —preguntó con la mirada perdida en algún punto del techo detrás de mí—. Lo siento, jovencita. No conozco a nadie con ese nombre.

¿Podría haber sido tan estúpida como para equivocarme de puerta? No podía ser, era el número 3. ¡Había estado allí cientos de veces!

Disculpándome, bajé las escaleras precipitadamente. Juraría que estaba en el edificio correcto, pero puede que me equivocara. Al fin y al cabo, todos eran iguales. Salí del edificio y miré hacia arriba. El letrero enorme encima de la puerta decía E35. No me había equivocado.

Qué cojones...

Decidí volver a intentarlo, esta vez subiendo por las escaleras y parando en cada planta para asegurarme de que no había un error en la numeración de los apartamentos.

La misma pobre señora volvió a abrir la puerta del apartamento de Leah, y se me quedó mirando con confusión y un poco de miedo.

—Disculpe otra vez, señora. Mi amiga Leah vivía en este piso hasta hace un semana, por lo menos. ¿De verdad no sabe que ha ocurrido con ella?

—Eso es imposible —contestó la señora—. Panos Kana, que en paz descansa, nos dio este piso a mí y a mi difunto marido en 2048. Mi pobre George murió en el 59, y yo llevo desde entonces sin salir de él.

La anciana siguió hablando sobre lo feliz que habían sido aquellos tiempos, pero hacía tiempo que había dejado de escucharla.

Al salir del edificio de nuevo, llamé a Zuo.

—Hola zorrupia —me saludó alegremente.

—Hola gordo cabrón —el trato diario había reforzado nuestra confianza—. Necesito que investigues algo urgentemente.

—Es sábado.

—No se trata de trabajo. Es personal.

—Hacía tiempo que no te metías en líos.

—Necesito que te introduzcas en el sistema de la Oficina de Vivienda de Chipre. Averigua qué ha ocurrido con los habitantes del piso 3 de la sexta planta del edificio E35.

—Lin, todo mi equipo ha sido proporcionado por el gobierno chipriota. ¿No crees que se habrán asegurado antes de que no será usado para espiarles?

—Usa una VPN. O usa tu antiguo equipo. O usa el de un colega. Joder, ¿tengo que decirte cómo hacer tu trabajo?

—Haré lo que pueda.

—Gracias —dije con desdén, y colgué cerrando los ojos y arrugando la nariz con fuerza.

Comencé a caminar lentamente y sin rumbo fijo por el parque circular, en la misma dirección por la que había venido, intentando dar una explicación a esta situación. Tenía un muy mal presentimiento. De haberse mudado, Leah me lo habría dicho, de eso no cabía duda.

Pensé en lo que había dicho la anciana. *Panos Kana, que en paz descansa, nos dio este piso a mí y a mi difunto marido en 2048. Mi pobre George murió en el 59, y yo llevo desde entonces sin salir de él.*

Las mudanzas no eran comunes en Galatea, pero, cuando ocurrían, eran muy distintas que en cualquier otra ciudad. Una grúa recogería el módulo de vivienda completo y lo trasladaría hacia el edificio de destino, donde lo encajaría en un hueco de las mismas características del anterior. No eran solo los habitantes y los muebles los que se mudaban, sino la casa entera.

Llevo desde entonces sin salir de él...

Estaba segura de que la anciana decía la verdad. Ella no había salido de su casa, era su casa la que había cambiado de lugar. Y, probablemente, ella ni siquiera se había dado cuenta.

Pero, ¿por qué se habría mudado Leah? ¿A dónde? ¿Por qué no me había avisado?

Pensé en llamar a Zuo para decirle que buscara en los registros la nueva dirección de mi amiga, cuando vi a lo lejos cómo una furgoneta entraba en la parte asfaltada del anillo E, procedente del anillo F. *Esto sí que es raro*, pensé. No solían verse vehículos dentro de la ciudad. La furgoneta no hacía ningún ruido debido a su motor eléctrico, pero avanzaba con gran velocidad en la dirección en la que yo me encontraba.

Al llegar a mi altura, la furgoneta se detuvo y dos agentes uniformados bajaron de ella. Eran *agops*, como el gobierno se empeñaba en que los llamásemos. Agentes del Orden Público. Esto era parte de la pantomima que el gobierno insistía en mostrar de cara al exterior: un país tan perfecto no necesitaba policía, era suficiente con un pequeño cuerpo de agentes no armados que se aseguraran de que todo estaba en orden.

Pero estos dos agentes iban armados. Y comenzaron a correr hacia mí. De repente, se me heló la sangre y experimenté una sensación de terror que había olvidado desde el día de la operación de Macao.

No había nada que pudiera hacer.

—Está usted detenida —dijo uno de ellos con cara de pocos amigos cuando llegó a mi lado, mientras el otro procedía a colocarme unas esposas.

—¿Puedo preguntar por qué? —pregunté con firmeza.

—No nos corresponde a nosotros darle explicaciones. Acompáñenos, por favor.

Obviamente, no era una petición.

Leah Patroklou

Viernes, 17 de octubre de 2064

Bahía de la Higuera

Una tromba de preocupaciones inundó mis pensamientos cuando desperté al amanecer, y enseguida supe que ya no volvería a dormirme. Me arrastré sigilosamente hasta el otro lado de la tienda de campaña y abrí la cremallera con mucho cuidado para no despertar a Ande.

Agradecí aquella fresca brisa marina que me acarició las piernas mientras me sentaba con los pies apoyados en la escalerilla de entrada a la tienda para observar el cautivador paisaje. Ande tenía razón, las vistas desde aquel pequeño cabo elevado eran hermosas. Las ruinas de la vieja ciudad costera de Protaras comenzaban a distinguirse a medida que el alba bañaba de luz la Bahía de la Higuera. Ya podía adivinarse el color turquesa de las limpias aguas, peinadas por la tranquila marcha de unas olas que nunca morirían en la orilla, interrumpidas por los muros de aquellos edificios que una vez formaron la primera línea de playa de un acogedor destino turístico. El constante canto de los abejarucos aportaba la banda sonora, un importante elemento de la magia de la bahía. Era un lugar perfecto para encontrar la paz interior, pero yo sabía que aquello no ocurriría.

El día anterior, Ioannis y yo habíamos tenido la mayor pelea de nuestras vidas.

Todo comenzó cuando le conté cómo Milos me había amenazado para que no dijera nada sobre su engaño a Melinda. Ioannis no me había hecho mucho caso: mientras se lo contaba, podía notar sus miradas continuas hacia la pared de nuestro piso, una señal inequívoca de que estaba buscando un fondo blanco para poder leer mejor la

información de sus lentes.

—¿Me estas prestando atención, Ioannis? —pregunté al fin, irritada.

—Sí, claro. Lo siento, es que acaba de aparecerme una notificación en mis lentes. Parece ser que Panos Kana se encuentra un poco mejor. Quizá lo saquen pronto del hospital—. Eran buenas noticias, pero Ioannis parecía indiferente.

—¿Y qué opinas de lo que te he contado?

—¿De Milos? Si te digo la verdad, Leah, creo que lo mejor será dejarlo correr. Melinda será más feliz así y tú no tendrás problemas con tu trabajo—. Con esta respuesta, pareció dar por zanjado el debate.

Su opinión no podría haberme decepcionado más. Reflejaba el conformismo y la resignación a aceptar cualquier injusticia que se habían adueñado de él en los últimos años. ¿Qué había ocurrido con aquel joven luchador que había cambiado mi vida? La EBR lo había transformado hasta convertirlo en un débil borrego.

Debería haberme callado y esperar hasta el momento en el que pudiera responder algo menos ofensivo, pero aquella gota había colmado el vaso y mis palabras fueron más rápidas que mi mente. Cuando me quise dar cuenta, el daño ya estaba hecho.

—Espero que en el trabajo tomes decisiones con más valentía que en casa. Aunque supongo que no es así, de lo contrario ya habrías obtenido tu anhelado premio Galileo.

Pocas cosas habría podido decirle que hubieran herido más su orgullo. Pude apreciar por su gesto que mis palabras le dolieron, y he de admitir que lo disfruté. Fue la primera reacción humana que vi en él en muchos años.

Sin embargo, todo rastro de humanidad desapareció en los siguientes instantes. Ioannis, rojo de la rabia, me asestó un revés con el dorso de su mano derecha que me hizo perder el equilibrio y chocar de frente contra el ventanal del salón. El dolor me hizo perder el conocimiento, el cual enseguida recuperé debido al impacto posterior sobre el suelo.

Miré hacia arriba confundida. Ioannis, con su rostro desencajado por la ira, amagó con continuar usando la violencia, pero pareció

pensarlo mejor.

—La próxima vez, ten más cuidado con lo que dices —bramó, y a continuación salió del apartamento dando un tremendo portazo.

Sorprendentemente, me vi invadida por una sensación de alivio. Lo que acababa de ocurrir solo podía significar una cosa: el fin de nuestro matrimonio había llegado. De repente, se habían acabado las dudas y los fútiles intentos por recuperar a mi marido. Era obvio que Ioannis no era el mismo hombre con el que me había casado, y lo único que tenía que hacer era aceptarlo. Esta situación era mil veces mejor que la incertidumbre que sentía hasta ese momento. Tenía la eufórica sensación de poder comenzar una vida que llevaba años prohibiéndome a mí misma. Y sabía exactamente cuál iba a ser el primer paso.

Apresuradamente, preparé una mochila con los enseres necesarios para pasar tres noches fuera de casa. Salí a la calle, crucé el túnel que pasaba por debajo de las vías de tren y de la radial Mandela, y comencé a caminar por el anillo E hacia la radial Darwin. Una vez allí, me cambié al anillo F y seguí andando en la misma dirección. El piso de Ande se encontraba a poco más de veinte minutos a pie desde aquel punto.

Nunca me sorprendió que Ande accediera a vivir en el sector Sureste de la ciudad. No era una regla escrita, pero todo el mundo sabía que las personas pertenecientes a altos *retos* eran las que solían conseguir viviendas en la parte Norte de Galatea. Todo comenzó por el poco trascendente motivo de que los balcones orientados al sur de aquellas viviendas eran los únicos que, además de poseer espectaculares vistas de la ciudad, recibían luz durante todo el día. Con el tiempo, la zona Norte se acabó convirtiendo en aquella en la que vivían los altos cargos del gobierno y las personas más importantes del país, aquellas pertenecientes a los niveles R2 y R3. Ahora, vivir en el sector Norte era sobre todo un símbolo de prestigio y de estatus, una forma de asegurarte de que nadie te iba a confundir con un simple trabajador *rutinario*.

La llegada de Ande a Chipre había revolucionado el programa espacial del país. Su colaboración había significado un progreso que antes de contar con él era impensable. Esto le había lanzado al nivel R2

apenas dos años después de su llegada. Sin embargo, el gobierno nunca le ofreció mudarse al sector Norte. Sus superiores creían que él no sería el tipo de persona que se vería halagada por el ofrecimiento. Y tenían razón.

A Ande no podría haberle importado menos el haber alcanzado uno de los estatus más altos del sistema chipriota, al igual que en su vida anterior nunca le había dado importancia al dinero. Bajo aquella apariencia de hombre introvertido y ensimismado en sus pensamientos, se encontraba un corazón puro, tan puro que le costaba entender el funcionamiento del mundo en el que le había tocado vivir.

La filosofía de Ande era increíblemente simple y se basaba en el trabajo. A lo largo de su vida había pasado por difíciles baches que solo había conseguido superar a través de su esfuerzo y su capacidad de sacrificio. Entendía que muchos de los conflictos a los que se enfrentaba la sociedad se verían solucionados si los ciudadanos trabajasen duro y con la motivación adecuada, sin verse influenciados por ambiciones tan engañosas e infundadas como el dinero, el poder o el estatus.

Tras conocernos, pensé que Ande podría necesitar ayuda profesional para adaptarse a su nueva sociedad. Pero, a medida que nuestras sesiones avanzaban, me di cuenta de que tenía unos sólidos principios que no cambiarían por el hecho de vivir en un país como este. Lo único que necesitaba era identificar aquellos principios y descubrir cómo encajaban en la sociedad. Durante este proceso nos vimos enfrascados en discusiones apasionantes. El tema central del que partíamos era el hecho de que sus ideas no representaban más que una forma de anarquía. A diferencia del anarquismo tradicional, Ande no consideraba que toda forma de autoridad era ilegítima, simplemente aseguraba que la humanidad aún no ha encontrado la forma de gobierno perfecta. Era una especie de agnosticismo político que le confería una amplitud de miras y una tolerancia que nunca había visto en ninguna persona, mucho menos en alguien tan introvertido como él.

Nuestras sesiones se convirtieron en largas discusiones en las que los dos nos complementábamos: yo le aportaba un exhaustivo conocimiento de la sociedad y de la EBR que él no podría haber

conseguido de otra forma, mientras que él usaba esta nueva información para enfocar el mundo con su particular perspectiva, algo que en muchas ocasiones conseguía abrirme los ojos.

Ande quizás había sido atractivo tiempo atrás. Tenía una constitución robusta y una ancha cabeza en la que todos los rasgos estaban fuertemente definidos: su prominente mandíbula, sus gruesos labios, su voluminosa nariz y aquellos ojos hundidos en profundas cuencas y protegidos por espesas cejas. Todo ello le daba un aspecto recio que contrastaba con su suave carácter. Sin embargo, lo que más llamaba la atención eran las dos sobrecogedoras cicatrices que cruzaban su rostro formando una cruz invertida. La intersección de ambas tenía lugar en el labio superior, que había quedado desfigurado. La cicatriz vertical pasaba entre los ojos y terminaba abriéndose paso entre su castaño pelo rizado, que ya comenzaba a mostrar algunas canas. He de admitir que, al principio, su físico me causó cierto rechazo.

Y, sin embargo, descubrir su atrayente personalidad fue poco a poco despertando en mí sensaciones hacía tiempo olvidadas. Puede que también tuviera algo que ver el hecho de que Ande, pese a sus esfuerzos, nunca fuera capaz de ocultar sus sentimientos hacia mí. Desde el primer día me di cuenta de que sus ojos brillaban de una manera especial cuando me miraba. A pesar de carecer de grandes aptitudes sociales, conmigo era un todo un caballero y me trataba como si fuera la persona más interesante y especial del planeta.

Si él se estaba dando cuenta de que yo comenzaba a corresponder sus sentimientos, nunca se atrevió a decir nada. Por alguna razón, sabía con certeza que nunca lo haría. Si algo había de ocurrir, estaría en mis manos dar el primer paso, y estaba agradecida por ello. Al fin y al cabo, era una mujer casada. Por muy infeliz que fuera en mi matrimonio, Ioannis seguía siendo mi marido y no era mi deseo serle infiel.

Mi relación con Ande evolucionó muy rápidamente. En pocas semanas, nuestras sesiones se convirtieron en intensas citas íntimas en las que, sin ningún tipo de relación física, ambos abríamos nuestro corazón al otro. Nunca me había sentido tan cerca de alguien, lo cual en cierto modo ya me hacía sentir como si estuviese engañando a mi

marido. *Al cuerno*, concluí después de darle muchas vueltas. *No voy a sentirme como una fulana por alguien que lleva años tratándome como si lo fuera.* Las sesiones continuaron, y con ellas creció el deseo físico y la tensión sexual. Llegó el punto en el que no podía engañarme a mí misma. Estaba enamorada de Ande, y sabía que él lo estaba de mí.

Al cruzar la radial Curie, y ya acercándome a casa de Ande, se me ocurrió que Ioannis, sin ser para nada su intención, me había hecho feliz con aquel brutal golpe. Sentía una liberación y una alegría que llevaba mucho tiempo reprimiendo.

Cuando Ande, sorprendido, me abrió la puerta de su apartamento, me lancé a abrazarle. Permanecí así durante largo tiempo, asiéndome a él con fuerza y concentrándome en el dulce aroma y en la suavidad de su camisa de algodón. A los pocos segundos, él me rodeó también con sus firmes brazos, suavemente al principio pero cada vez con más fuerza, como si fuera perdiendo la timidez poco a poco.

Al fin nos separamos, pero nuestros brazos siguieron enredados y nuestros ojos quedaron muy cerca. Estaba convencida de que Ande bajaría la mirada, como solía hacer en situaciones embarazosas, pero no fue así. En su lugar, me retiró el flequillo de la cara, y una mueca de horror asomó a su rostro cuando vio la reciente marca morada en mi frente y mis ojos todavía un poco lacrimosos.

Fue entonces cuando un impulso mutuo nos hizo acercarnos de nuevo y fundirnos en un delicado e intenso beso.

—Claro que te puedes quedar conmigo —dijo Ande con la mayor de las sonrisas después de que le contara lo ocurrido—. Pero no creo que sea seguro que permanezcamos en mi piso por mucho tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Te lo contaré por el camino.

—¿Por el camino a dónde?

—Nos vamos de vacaciones.

—Ande, ¿ha afectado nuestro beso a tu cordura? —le pregunté sin poder evitar sonreír al recordar ese momento minutos atrás.

—De vacaciones de fin de semana, quiero decir. ¿Alguna vez has viajado en una campañeta?

Las campañetas eran muy populares entre los turistas extranjeros que acudían a Chipre. Ya que fuera de Galatea había pocos núcleos urbanos que contaran con un suministro adecuado de agua y electricidad, muchos optaban por recorrer la isla en una de las amplias y cómodas furgonetas eléctricas que el gobierno había puesto a disposición de turistas y ciudadanos en el enorme aparcamiento de Aslankoy. Todas ellas venían equipadas con un depósito de agua que podía rellenarse en varios puntos de la isla, con una batería de litio extra para obtener electricidad y con un bulto en el techo que podía convertirse en una tienda de campaña para cuatro personas con tan solo apretar un botón.

Tras pasar por el centro de distribución que se encontraba enfrente de la estación central para abastecernos de comida y dos botellas del vino favorito de Ande, nos dirigimos hacia Aslankoy, sintiéndonos como un par de adolescentes que se escapan del colegio para estar juntos. Allí encontramos una campañeta fácilmente (el verano había pasado y era temporada baja) y Ande puso rumbo hacia el este de la isla.

Ya era prácticamente de noche cuando llegamos a la Bahía de la Higuera.

—Ahora apenas se ve nada, pero el paisaje desde aquí es espectacular. Y desde este lugar se ven los amaneceres más hermosos de la isla —me dijo mientras aparcábamos en lo alto de una pequeña montaña que le comía terreno al mar.

—¿Quién te ha dicho que me quedaré contigo hasta el amanecer?

Ande torció el gesto hasta que vio que me echaba a reír, y entonces se sintió algo avergonzado.

—Me encanta lo inocente que eres a veces —le dije, y nos volvimos a besar.

Aquella noche fue tan mágica como el lugar en que nos encontrábamos. Nos sentamos en unas rocas y, con el sonido del mar de fondo, cenamos, bebimos, reímos y lloramos juntos hasta altas

horas de la madrugada.

—Mira las estrellas —dijo Ande tras la cena, cuando los dos yacíamos abrazados, apoyados en una roca—. ¿Sabes que muchas de ellas en realidad ni siquiera son estrellas?

—¿Ah, no? ¿Y qué son?

—Son galaxias. Ciudades formadas por billones de estrellas. Se encuentran a millones de años luz de distancia, y aun así brillan tanto como las estrellas de nuestra propia galaxia.

—¿Crees que hay vida en alguna de ellas?

—No es que lo crea, es que estoy convencido.

—¿Cuáles son tus argumentos?

—En primer lugar, hay que reconocer que las condiciones para que exista la vida tal y como la conocemos son muy específicas y difíciles de alcanzar. Te estremecerías al saber el cúmulo de acontecimientos, casuales o no, que resultaron con la vida en la Tierra.

—¿Por ejemplo?

—Se cree que la Luna fue antiguamente un enorme asteroide orbitando caóticamente alrededor del Sol. En cierto momento, chocó contra la Tierra, lo que provocó que quedara atrapada en su órbita. Por otro lado, también se cree que el agua de los océanos procede de otro asteroide, una inmensa bola de hielo que también vagaba por el sistema solar antes de impactar con la Tierra. Después de estos dos acontecimientos, la gravedad de la Luna comenzó a provocar las mareas en los océanos, una condición imprescindible para la formación del caldo molecular que dio lugar a la vida.

—O sea, que si la trayectoria de esos dos asteroides hubiera sido un poco diferente, nosotros no existiríamos.

—Exactamente. Y es solo un ejemplo entre miles. Podría enumerarte de memoria por lo menos doscientos acontecimientos más que fueron necesarios para el origen de la vida.

—Y sin embargo, crees que esos acontecimientos se han dado en otro lugar.

—Como te dije, estoy convencido. El número de estrellas, galaxias y

potenciales planetas ahí fuera es tan inconcebiblemente grande, que sería impensable que en alguno de ellos no se haya producido el mismo proceso en algún momento.

—¿Y crees que algún día lo sabremos con certeza?

—Es difícil de adivinar. Lo que no creo es que alguien vaya a contactar con nosotros. Incluso aunque haya vida ahí fuera, no significa que sea inteligente. Algo que probablemente sea lo mejor para ellos.

—En eso estoy de acuerdo. La inteligencia no asegura la supervivencia. Fíjate en los tardígrados, uno de los organismos más simples de la Tierra, y también unos de los más antiguos y resistentes.

—Y no solo hay que tener en cuenta lo pequeños que somos en el espacio, sino también en el tiempo. Quizá ha existido o existirá una raza capaz de contactarnos, pero es muy difícil que lo haya hecho en el momento adecuado.

—Una vez oí q si la vida del universo se resumiera en un año y hubiera empezado el 1 de enero, nosotros apareceríamos en escena los últimos dos segundos del 31 de diciembre.

—Es cierto. De hecho, uno de los conceptos que más me fascina es la relación de los seres humanos con el tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Alguna vez has visto la foto de una galaxia?

—Sí, he visto fotos tomadas con telescopio. Todas son ovaladas o con forma de espiral.

—¿Y crees que se mueven?

—Claro que se mueven, todo el universo se mueve, alejándose del punto donde se cree que ocurrió el Big Bang.

—Quiero decir, ¿crees que giran sobre sí mismas?

—No lo sé, ¿por qué es importante?

—Porque, desde nuestro punto de vista, no giran en absoluto. Las galaxias que conocemos tienen la misma forma y posición desde que se descubrieron hace siglos. Y, sin embargo, sí que están girando. Y lo hacen a una velocidad endiablada.

—¿Y por qué no nos damos cuenta?

—Por lo pequeños que somos. Y esta vez me refiero al tiempo, no al espacio.

—Quizá haya seres que sí que las vean girar.

—Me gusta creer que sí. Imagínate seres enormes, tanto en tamaño como en longevidad, no necesariamente físicos ni perceptibles, que viven durante billones de años, y para los cuales una galaxia gira a la velocidad con la que nosotros vemos girar una peonza. Probablemente han visto nacer y morir miles de galaxias durante su vida, tantas como peonzas ha visto girar un niño de doce años.

—¿Y qué me dices del caso contrario?

—¿Cuál sería ese caso?

—¿Crees que hay seres mucho más pequeños y efímeros que nosotros para los cuales una peonza se vería estática?

—Nunca lo había pensado. Pero el otro lado de la escala puede ser igual de profundo, así que no veo por qué no.

—Quizá civilizaciones enteras de seres diminutos hayan existido dentro de una única lágrima desde que sale de mi ojo hasta que choca contra el suelo, sin darse cuenta siquiera de que se encuentran en caída libre.

Ande se quedó pensando unos segundos.

—Eso no va a volver a ocurrir —dijo al fin—. Quiero cuidarte y asegurarme de que nunca derramarás una lágrima más.

Le abracé fuerte hasta que me quedé dormida, pensando en lo fácil que parecía a veces ser feliz. Sentí cómo me depositaba entre sus robustos brazos y me llevaba hasta la tienda de campaña, donde me arropó y me dio un beso en la frente. Cuando le dije que todavía no estaba preparada para que ocurriera nada, me contestó con ternura que teníamos todo el tiempo del mundo.

Todavía seguíamos abrazados cuando la luz del alba me despertó.

Aquel amanecer trajo consigo preocupaciones inexistentes la noche anterior. No había dado señales de vida a mi marido, ¿estaría alarmado? ¿Habría vuelto él a casa después de nuestra pelea? De

hecho, ¿por qué me preocupaba de él? *Supongo que será la costumbre*, pensé. ¿Qué ocurriría ahora? Debía hablar con Ioannis cuanto antes. Temía cómo reaccionaría ante la idea del divorcio, este era un tema que la élite conservadora de Chipre consideraba una señal de inestabilidad y fracaso, algo que con toda seguridad Ioannis no estaría dispuesto a mostrar. Y, sin divorcio, tendría que vivir con él, ya que el gobierno nunca me asignaría otra vivienda.

Ande se despertó y se sentó a la entrada de la tienda por detrás de mí, rodeándome la cintura mientras los primeros rayos de sol aparecían en el horizonte.

—Tenías razón —le dije suavemente—. Es el mejor amanecer que he visto nunca.

—También es el mejor amanecer de mi vida. Pero por razones distintas —contestó con dulzura mientras me besaba el cuello.

De repente, olvidé todas mis preocupaciones. Permanecimos un rato en silencio, disfrutando de aquel momento.

—Es perfecto —le dije tras unos minutos.

—¿El qué?

—Esta escena... tú, yo, el amanecer... ojalá durase para siempre.

—Pues yo espero que no—respondió Ande, y le miré extrañada—. Si el amanecer durase para siempre, significaría que la Tierra ha dejado de girar. Y, si eso ocurre, la inercia de la rotación arrastraría la atmósfera, los océanos y todo lo que hay en la superficie, matándonos a todos al instante. ¿Es eso lo que quieres?

—Vaya hombre —le contesté riéndome—. ¿Qué ha pasado con el Ande romántico de anoche?

—Se ha marchado con la luna llena, como el hombre lobo.

Seguimos bromeando un rato. Con él, era muy fácil estar de buen humor.

Hasta que me acordé de algo que había dicho la noche anterior.

—Ande, ¿por qué creías que era peligroso quedarnos en tu apartamento?

Tras unos instantes en los que pareció pensar bien la respuesta,

contestó.

—Todo tiene que ver con mi trabajo. E, indirectamente, con Ioannis.

—¿Qué quieres decir?

—No me fio de este gobierno, Leah. Puede que tengan las mejores intenciones, pero tengo mis dudas de que les importe mucho cumplir la ley para alcanzar sus objetivos.

—¿Y cómo te afecta esto a ti y a tu apartamento?

—Como sabrás, son tiempos agitados para la AEC. Nos acaban de abastecer del litio y el grafeno necesarios para finalizar el módulo que recogerá la antimateria para la nave Alexia, y trabajamos a contrarreloj para terminar su construcción. De hecho ni siquiera debería estar aquí. El gobierno cuenta con que seremos capaces de aprovechar el momento orbital del 25 de diciembre.

—¿Vais a lanzar la nave en dos meses? ¡Eso es fantástico, Ande! ¡Enhorabuena!

—Es un momento en el que todos estamos muy nerviosos, el gobierno incluido. Tienen miedo de que existan filtraciones que revelen los detalles del lanzamiento a quien no deberían. Por ello, debemos mantener una total confidencialidad.

—Me guardaré toda esta información para mí misma.

—Cuento con ello. Lo que me preocupa es que estén controlando nuestras viviendas. Los ordenadores centrales son tremendamente útiles, pero no me extrañaría nada que tuvieran una función que desconocemos.

—¿Crees que el gobierno espía a los ciudadanos?

—No lo sé con seguridad. El escándalo Liberopoulos abrió los ojos a todos aquellos ciudadanos que son un poco perspicaces y se preguntan qué se esconde detrás del éxito de la EBR. Desde entonces, hay infinitas teorías sobre el uso de la información y la violación de la privacidad en este país. Y creo que tienen sentido.

—Sin embargo, no creo que a los ciudadanos les importe demasiado. De lo contrario, Liberopoulos no seguiría en el gobierno.

—Cierto. Tampoco a mí es algo que no me deje dormir. Pero en esta

situación, da la casualidad de que tu marido es mi jefe. No me haría ninguna gracia que se enterara de todo esto. Por eso pensé que sería más adecuado vernos en un lugar más remoto.

—¿Y cómo se iba a enterar Ioannis? —pregunté sorprendida.

Ande hizo una pausa y respiró hondo, como tomando fuerza para lo que iba a decir.

—Supongo que no sabes nada de su ocupación, ¿verdad?

—Ya sabes que nunca me habla de ello.

—Tu marido, aparte de formar parte de la cúpula de la AEC, colabora muy estrechamente con CypEx.

—¿La agencia de exportación de Chipre?

—Exactamente. De hecho, forma equipo con Teresa Liberopoulos.

—¿Y a qué demonios se dedican los dos juntos?

—¿Has oído hablar de la ampliación de Galatea?

—Sí, he oído que finalmente van a construir el anillo C.

—Bien, no creo que eso vaya a ocurrir. Descubrí por casualidad que las partidas de materiales que han sido importadas para la ampliación de Galatea han sido entregadas en las instalaciones de la AEC. Y que yo sepa, la AEC no se dedica a construir edificios. Por lo menos en este planeta.

—Entonces, ¿quieres decir que Ioannis encargó aquel suministro de materiales?

—No sé a ciencia cierta cuál es su rol, pero en líneas generales, sí, a eso se dedica.

—¿Y para qué son aquellos materiales exactamente?

—Ojalá lo supiera. Hay una cantidad desproporcionada de litio, como si quisieran energía para una ciudad entera durante cientos de años.

—¿No tienes manera de averiguarlo?

—Lo dudo. Ni siquiera debería saber tanto. La única razón por la que me ha llegado esta información son los despistes de Ioannis en el trabajo. Desde que está tan estresado, ha cometido varios errores de atención.

—Ande, he oído muchos rumores sobre Liberopoulos. Parece ser que, bajo esa apariencia de señora risueña, se esconde una zorra astuta que controla todos los canales de información habidos y por haber. Si Ioannis trabaja con ella, creo que incluso estas vacaciones de fin de semana están poniendo en peligro tu trabajo. ¿Quién te dice que nuestras lentes no están pinchadas? ¿O que no hay un micro en la campañeta?

—Lo sé. Pero ha merecido la pena, Leah.

Sabiendo que aquel trabajo era lo más importante de su vida, su disposición era más que halagadora. Me sentí embargada por la emoción pensando en todo lo que Ande estaba dispuesto a arriesgar por mí. Sin embargo, lo último que quería era que lo perdiera todo por mi culpa.

—Lo agradezco de veras, Ande, pero no quisiera verte en la calle o en prisión. Creo que deberíamos volver. Además, cuanto antes solucione las cosas con Ioannis, mejor.

Ande suspiró con tristeza, pero pareció aceptar la situación.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? —preguntó con resignación.

—Nos veremos el jueves. Pero deberá ser como paciente y psicóloga.

—De acuerdo. Espero que tengamos pronto la oportunidad de volver a hacer algún viaje juntos.

Al volver, decidimos separar nuestros caminos desde Aslankoy y tomar trenes diferentes.

Cuando mi tren cruzó el puente sobre el parque Kana, poco antes de llegar a la estación central, observé como una muchedumbre se congregaba en la zona del parque que lindaba con la parte trasera del hospital central de Galatea. Era bien sabido que Panos Kana se hallaba ingresado en una habitación con vistas al parque, y los ciudadanos querían mostrarle su apoyo.

No había nadie en casa cuando llegué. Lo normal un sábado al mediodía era que Ioannis estuviese trabajando, así que me senté

pacientemente a esperarle. Mientras tanto, llamé a Chris. Era temprano en Buenos Aires, y mi hijo se estaba preparando para un largo día en la oficina. Su conocimiento de cuatro idiomas le había conseguido un trabajo como traductor fácilmente. Argentina se encontraba en un buen momento económico como país, pero la desigualdad entre clases era muy acusada y la vida de las familias de clase baja y media era cada día más dura. Chris podía considerarse privilegiado por tener aquel trabajo, sin embargo le costaba llegar a fin de mes y el simple concepto de ahorrar era una quimera. A pesar de todo, parecía encantado de vivir en aquella enorme ciudad, había hecho buenas amistades e incluso salía con una chica. Se le veía más feliz que nunca, y llamarle por teléfono siempre conseguía alegrarme el día.

Al terminar la conferencia, comencé a preparar un té, y fue entonces cuando oí el sonido de la puerta. Ioannis había llegado.

Salí de la cocina rápidamente, como si tuviera miedo de arrepentirme si lo pensaba más, y nos encontramos de frente en el salón. Tenía un aspecto cansado, como si no hubiese dormido en toda la noche, y una expresión de disculpa. Sabía que aquello era lo máximo que conseguiría de él. Tras un instante de miradas incómodas, él fue el primero en hablar:

—Panos Kana ha fallecido.

Me llevé las manos a la boca para reprimir un grito de sorpresa y angustia.

—¿Cómo puede haber ocurrido? Decían que no era nada grave.

—Parece ser que todo se complicó al final. Probablemente tendremos más información a lo largo del día.

Esta noticia me dejó fuera de juego durante unos minutos, pero no quería prolongar lo inevitable.

—Ioannis, tenemos que hablar —le dije, interrumpiendo su lectura de las fatídicas noticias. No serían las únicas que recibiría hoy.

Asintió con la cabeza en un gesto de resignada aprobación.

—No me refiero solo a lo de ayer —comencé—. Aquello solo fue la punta del iceberg —noté cómo Ioannis inspeccionaba mi cara en busca de contusiones. La marca del golpe era evidente y todavía me dolía,

pero, por suerte, comenzaba a palidecer—. No es que lo esté justificando, pero lo que ocurrió no es más que la muestra de lo que ha sido nuestro matrimonio en los últimos tiempos. Ayer los dos intentamos hacernos daño. Yo te dije algo horrible y tú actuaste con una brutalidad inaceptable. Estas cosas no deberían ocurrir dentro de un matrimonio. Después de pensarlo mucho, no creo que ninguno de los dos dispongamos de las fuerzas ni la motivación suficiente para intentar evitarlas.

—¿Qué quieres decir exactamente? —preguntó con cierta condescendencia.

—Creo que lo mejor para los dos será que pidamos el divorcio.

—Querrás decir lo mejor para ti —contestó rápidamente.

—No me hagas creer que yo soy la única que lo desea, Ioannis. La única razón por la que quieres seguir casado es para que no afecte a tu carrera. Sé perfectamente que te importo una mierda.

Ioannis permaneció callado unos instantes. No parecía muy enfadado, ni tampoco sorprendido, ni siquiera un poco molesto. Para mi asombro, tenía una expresión triste que no había visto en años. De hecho solo le había visto así una sola vez. ¿Cuándo había sido?

—Leah, no has jugado de la manera más inteligente. Siempre pensé que podría evitar recurrir a ciertas medidas, pero no me has dejado alternativa.

Estas palabras, pronunciadas con aquel tono compungido, me dejaron helada. De repente me acordé cuando le había oído actuar así. Había sido cuando aún vivíamos en Boston y mi padre congeló todas mis cuentas. Nos habíamos quedado sin dinero para pagar la operación de su amigo Charlie, y Ioannis tuvo que decirle que, pese a intentar todo lo posible, no íbamos a poder salvar su vida.

Tras pronunciar estas palabras, Ioannis encendió el ordenador central y le dio algunos comandos en silencio a través de sus lentes. Mientras tanto, yo no me atrevía a preguntar. ¿A qué medidas se refería? Tenía la sensación de que estaba a punto de descubrir algo desagradable.

Ioannis se recostó en el sillón, y un vídeo comenzó a proyectarse en

la gran pantalla. En él salíamos Xandra y yo. Reconocí la taza con la bandera de Croacia: debía haber sido nuestra última sesión.

—*¿Y cuál sería tu propuesta para evitarlo?* Se oía a Xandra preguntarme.

—*Yo crearía los dichosos bonos* —contestaba yo—. *Si el gobierno tiene miedo de que la gente comience a endeudarse con ellos, especular o promover cualquier actividad que no genere ningún valor añadido o que ponga en peligro la EBR, siempre pueden regularlos. De acuerdo, habría que modificar uno de los pilares de la Constitución de 2045, pero...*

Ya sabía cómo iba a continuar aquello. Sin embargo, Ioannis y yo permanecemos en silencio dejando que el video continuara.

—*Creo que tus teorías te traerían más de un problema si decidieras compartirlas con algún chipriota.*

—*¿Problema, dices? Mis teorías me podrían llevar a la cárcel.*

En ese momento Ioannis pausó la reproducción. Mirándome a los ojos con una expresión intensa que tiempo atrás había confundido con sinceridad, me dijo:

—Lo siento mucho, Leah.

Acto seguido, marcó un número en sus lentes. Cuando cogieron el teléfono al otro lado, Ioannis contestó.

—Me gustaría reportar una irregularidad.

Marcelo Salas

Miércoles, 29 de octubre de 2064

Antalya

Un sucio y destartado autobús me llevó desde el aeropuerto de Antalya hasta Kaleici, el casco antiguo de la ciudad, mientras un sol de justicia castigaba aquella estrecha y vieja carretera que pedía a gritos un buen mantenimiento. Nervioso, apenas me fije en los extensos suburbios de Antalya, que no tenían mucha mejor pinta que el propio autobús o la carretera. Al bajar, el conductor me fulminó con la mirada, y recordé que estaba en un país donde existía el dinero. Tras dejarle un par de monedas de propina, salí de aquella chatarra y eché a andar como si supiera con certeza a donde iba.

Era un miércoles por la mañana, y las ruidosas y laberínticas calles del turístico barrio de Kaleici bullían de actividad. Hoteles, bares, clubes, restaurantes, tiendas... todos ellos rebosaban de gente. *Perfecto*, pensé con optimismo. *Si alguien me ha seguido, lo tendrá difícil a partir de ahora.*

Caminé durante media hora en la dirección por la que me había traído el autobús. Así sería más fácil reconocer si alguien me estaba siguiendo; nadie haría ese absurdo recorrido por cualquier otra razón.

No creí ver a nadie sospechoso detrás de mí. Para estar todavía más seguro, di varias vueltas de manera aleatoria al volver, entrando y saliendo de varias tiendas y bares locales hasta que tuve la convicción de que nadie podría estar al acecho. Por el camino vi varias farmacias y hoteles que guardé en mi memoria para más tarde, ya que todavía no podía conseguir lo que necesitaba. Antes, necesitaba más dinero. Y, para ello, debía ir al lugar donde todos los chipriotas lo conseguían: el

Casino de Antalya.

Apenas un mes antes, había abierto una cuenta en el Casino. Eso era lo más sencillo, después venía la parte complicada: depositar dinero en ella. Para lograrlo, necesitaba acudir al mercado negro de servicios de Chipre. Ya que nunca había tenido interés en participar en algo así, no tenía ningún contacto al que acudir.

Sin embargo, sabía dónde podría conseguirlo.

El gran lago del sector sur del parque Kana era un popular punto de reunión para los galitanos. Allí se organizaban barbacoas, partidos de fútbol playa y fiestas veraniegas; o simplemente se iba a tomar el sol y a bañarse. También existía un servicio de alquiler de barcas que había adquirido gran fama por dos razones. Por un lado, era la típica manera de pasar una cita romántica: más de una pareja se había comprometido sobre las aguas de aquel lago. La segunda razón era bastante más turbia. En el centro del lago, un gran chorro de agua era impulsado hacia arriba, generando un ruido que evitaba que las conversaciones pudieran ser grabadas por cámaras o micrófonos incorporados a las barcas o a los drones que volaran por allí. Era un lugar perfecto si querías buscar u ofrecer algo en el mercado negro sin ser descubierto.

Tras esperar mi turno y montar en una barca individual, comencé a remar de manera relajada hasta el centro del lago. Varias barcas flotaban allí de manera aparentemente aleatoria, pero todas sospechosamente cerca unas de otras. Al acercarme, las barcas se dispersaron. *Deben confundirme con un agop*, pensé consternado. Cuando una de las barcas, conducida por un hombre de mediana edad, pasó cerca de mí, no quise perder la oportunidad.

—Necesito cincuenta mil liras. ¿Puedo hacer algo por usted? —le pregunté de manera que solo él me escuchara.

El hombre me dedicó una mirada de desaprobación que me hizo pensar que quizá no estaba siguiendo algún protocolo. Pero antes de que nuestras barcas se separaran, le oí decir:

—Busco paliza. 75.000 liras.

No era lo que estaba buscando. No infringiría la ley más de lo estrictamente necesario.

Me acerqué a la siguiente barca. Sobre ella, una pareja me miraba con desconfianza. Tras cuchichear algo entre ellos, la mujer se cubrió la boca con la mano y susurró:

—Queremos intercambio de parejas. 15.000 liras.

Dudaba mucho que a Larissa le entusiasmara la idea.

Seguí remando y repitiendo el proceso con todas las barcas con las que me crucé. Se trataba simplemente de remar de manera casual y escuchar lo que la gente ofrecía o necesitaba.

—Busco clases de turco. 850 liras/hora.

—Ofrezco sexo gay. 5.000 liras.

—Traspaso mi cuota de alcohol. 8.000 liras/mes.

—Me ofrezco de escort. 7.000 liras.

—Necesito perro para pelea. 60.000 liras.

Miré con desprecio a este último hombre y maldije mi situación por no poder denunciarle.

Tras más de una hora en la barca, ninguno de los servicios que me habían ofrecido era factible o me proporcionaría el dinero necesario. Abatido, comencé a remar de vuelta. Fue entonces cuando me crucé con un grupo de chicas de unos dieciséis años que remaban hacia el centro del lago con más miedo que vergüenza.

—Buscamos copia exámenes finales grado diez. 65.000 liras —oí decir a una de ellas.

Cuando las miré, todas ellas pretendieron que no había ocurrido nada, perdiendo la mirada en el horizonte y jugando con las manos en el agua. Reconocí a la que había hablado por la palidez de su cara y el terror en su expresión.

—Hecho —les contesté, y una expresión de alivio recorrió todas sus caras.

Me asaltó fugazmente la duda de cómo habrían conseguido aquel dinero unas guapas chicas de dieciséis años, pero decidí que no me quedaba más remedio que ignorar aquel pensamiento. Nunca podría encontrar un intercambio mejor que aquel.

Hacía ya unos meses que habían ascendido a Larissa a jefa de

estudios, lo que significaba que gozaba de un acceso privilegiado a la base de datos del colegio. Fue tremendamente fácil encontrar entre sus archivos los exámenes que mis jóvenes clientes estaban buscando. A los pocos días, el dinero estaba en mi cuenta.

Y ahora, en Turquía, me dirigía a retirarlo.

El Casino de Antalya era un mastodóntico complejo vallado. La entrada principal daba a una larga y hermosa calle ajardinada que avanzaba cuesta arriba, engalanada con extravagantes estatuas y fuentes espectaculares. A ambos lados de la calle se erigían decenas de hoteles de lujo, colosales edificios de ostentosos estilos arquitectónicos comunicados unos con otros a través de descomunales galerías en las que se podían encontrar desde salas de juego hasta clubes, locales de striptease, burdeles, centros comerciales, boleras, cines, campos de golf o pistas de esquí cubiertas. En definitiva, todo lo que hiciera sentirse al visitante como en una nueva y mejorada versión de la decadente Las Vegas.

Pero yo no buscaba nada de eso.

Todo lo que necesitaba era una farmacia y un hotel, a ser posible en un área tranquila donde hubiera menos probabilidades de ser visto por todos aquellos chipriotas que hacían del Casino un negocio tan rentable. Aunque también debía tener cuidado: fuera de Kaleici y de la zona del Casino, esta ciudad podía ser uno de los lugares más peligrosos del mundo.

Tras retirar el dinero de una de las sucursales del Casino a través de mi CNI, abandoné el complejo para volver al centro urbano. Alejándome un poco de Kaleici, llegué a lo alto de una calle empedrada con una gran pendiente hacia abajo. Recordaba haber visto una farmacia decente allí horas antes. No era un lugar turístico, pero tampoco parecía esconder ninguna amenaza: un grupo de niños jugando al fútbol entre los oxidados coches, unos ancianos echando una partida de Backgammon en la improvisada terraza de un decrepito bar, unas señoras haciendo la compra en una arcaica tienda de ultramarinos... Y, al fondo, la farmacia. Parecía prometedor.

Eché a andar cuesta abajo con decisión. El fajo de billetes estaba guardado dentro de mi ropa interior, y había elegido una ropa vieja y

discreta para no llamar la atención. Hasta ahora, todo había salido a pedir de boca y no veía por qué debería torcerse. Daba por hecho que, al volver a Galatea, recibiría algún apercibimiento o incluso la obligación de realizar algún trabajo social forzado, pero era un bajo precio a pagar por despejar las dudas que me estaban volviendo loco últimamente.

Los niños dejaron de jugar al fútbol en cuanto me vieron. Comenzaron a discutir entre ellos sin quitarme ojo de encima mientras pasaba a su lado. Daba la sensación de que estaban planeando algo. Aceleré el paso y traté de ignorarles, pero ya no me sentía cómodo en absoluto. Antalya era uno de aquellos lugares en los que un turista asesinado a balazos por un grupo de niños hambrientos no sería una noticia fuera de lo normal.

La farmacia estaba cada vez más cerca, pero el miedo a recibir un disparo en la espalda seguía siendo igual de intenso. Si ocurría, solo esperaba que fuera en la cabeza y que significara una muerte rápida. Maldije mi estupidez. Un exceso de precaución me había llevado a jugarme la vida. *Bravo, Marcelo.*

Respiré aliviado cuando por fin entré en la farmacia. El dependiente, un hombre de unos cincuenta años, menudo y con un gran bigote blanco, me miró y esbozó una sonrisa, como si le hiciera gracia mi cara de pánico.

—¿Qué desea? —me dijo en turco. Por suerte, había estudiado lo básico de este idioma y sabía defenderme en este tipo de situaciones.

—Estoy buscando un test genético.

El hombre no pareció extrañado. Entró en la botica, y en menos de un minuto ya estaba de vuelta con mi pedido.

—Son treinta mil liras —dijo.

Sabía que me estaba cobrando tres veces más del precio real, pero era algo con lo que contaba. Por lo menos, intentaría conseguir una pequeña ayuda extra.

—¿Podría pedirme un taxi, por favor? —le dije mientras sostenía el dinero en la mano.

El hombre aceptó a regañadientes. Cinco minutos después, un

decrépito vehículo eléctrico que bien podría haber sido fabricado hace treinta años aparcó a la puerta. Mientras salía de la farmacia, vi cómo los niños aguardaban a mi salida escondidos detrás de un coche. La decepción en sus caras fue evidente al verme subir al taxi, y uno de ellos tiró su largo machete oxidado al suelo con rabia.

—¿A dónde va? —preguntó el taxista.

—Al Casino —respondí. Se me habían quitado las ganas de buscar un hotel discreto. Esta vez no iba a tomar riesgos innecesarios.

El test genético consistía en dos bastoncillos de algodón y un pequeño dispositivo blanco que podía conectarse a mis lentes de manera inalámbrica.

Lo primero que hice fue descargar en mis lentes la aplicación asociada al test, introduciendo la clave que lo acompañaba. Esta aplicación recogía los datos del dispositivo y realizaba un detallado examen del ADN introducido.

Hacía años que este producto había amenazado con revolucionar el mundo de la medicina. Gracias a él, millones de personas pudieron permitirse acceder a un exhaustivo examen genético que les informaba de las enfermedades que tenían riesgo de padecer, junto a la probabilidad de que aquello ocurriera. Así, muchos podrían tomar medidas preventivas en vez de esperar a que la enfermedad apareciera.

Sin embargo, la realidad fue distinta.

En los meses posteriores a su lanzamiento, se sucedieron miles de suicidios por parte de usuarios que no disponían del dinero necesario para financiar el tratamiento contra el cáncer que el test genético había asegurado que contraerían. Por ello, los países más desarrollados procedieron a ilegalizar este producto.

Por suerte para mí, Turquía no era uno de ellos.

Yo no tenía ningún interés en que me diagnosticaran ninguna enfermedad, pero lo que si necesitaba era saber si Astrid era realmente mi hija.

Llevaba conmigo una bolsa de plástico sellada en la que todavía

conservaba la cuchara que Astrid había usado para tomarse la macedonia y que había estado chupeteando después. Tras sacarla de la bolsa, froté uno de los bastoncillos con los restos de saliva de Astrid. A continuación, froté el otro bastoncillo con el carrillo interior de mi boca. Metí ambos bastoncillos en unos agujeros que había en la parte superior del dispositivo y presioné el botón con la palabra *Start*.

Dejé el dispositivo en el cuarto de baño de la habitación. Obtendría el resultado en el escritorio de mis lentes en unos treinta minutos. Una luz verde indicaría que Astrid era mi hija y que todo aquello solo había sido una pesadilla. Podría volver a casa con la conciencia tranquila, recibir mi apercibimiento y continuar mi vida como si nada hubiera ocurrido.

Me encontraba en una habitación individual de uno de los hoteles del Casino. Era una de las más opulentas que había visto en mi vida, y eso que había estado en cientos de hoteles de lujo (en los tiempos en que trabajaba para YCL, escatimar en gastos de viaje nunca había sido una de las políticas de empresa). Me quedé mirando a través de los enormes ventanales. Era un hermoso día, con un cielo azul intenso en el que no deambulaba ni una sola nube. Los tejados naranjas y los minaretes de Kaleici contrastaban fuertemente con aquel cielo. Detrás de la ciudad, podía contemplarse la tranquila bahía salpicada de barcos y los rocosos montes Tauro al fondo.

Sin embargo, aquellas agradables vistas apenas me entretuvieron por unos minutos. Impaciente, me tumbé en la cama boca arriba y conecté mis lentes al proyector de televisión que se encontraba en la mesilla de noche, enfocándolo hacia el techo.

Recientemente, la Oficina de Planificación de la EBR había puesto a disposición de todos los ciudadanos las lentes de nueva generación. La gran diferencia con la anterior versión era la manera de introducir comandos. Ya no hacía falta guiñar los ojos, mover la cabeza o alzar las cejas. Ni siquiera hacía falta mover el cursor con la mirada, ni introducir el texto a través de la palma de la mano. Lo único que el usuario tenía que hacer era pensar en un comando específico aprendido de antemano para que las lentes lo ejecutaran. El gobierno había aconsejado configurar las lentes en un idioma distinto al que el

usuario solía emplear para expresar sus pensamientos, para así evitar que éstas interpretaran algún comando de forma errónea.

En mi caso, había decidido configurar las lentes en inglés. Por ejemplo, si pensaba en las palabras *RECORD ON*, las lentes comenzaban a grabar. Si pensaba las palabras *SCROLL DOWN*, las lentes desplazaban un texto hacia abajo para que pudiera continuar leyéndolo. Y, lo mejor de todo, si pensaba en una frase mientras tenía abierto el editor de texto, las lentes lo escribían.

A todos nos llevó tiempo acostumbrarnos a este funcionamiento. Aprender cientos de nuevos comandos no fue tarea fácil, pero no supuso ningún problema. Al fin y al cabo, desde los viejos teléfonos móviles, todo nuevo instrumento de comunicación siempre había conllevado un proceso de aprendizaje. Sin embargo, no todos los ciudadanos se encontraban cómodos con el hecho de que un dispositivo pudiera leerles el pensamiento. ¿Hasta qué punto las lentes podían identificar nuestras ideas? ¿Se limitaban a registrar palabras o también reconocían pensamientos abstractos? ¿Hasta dónde podría llegar la violación de la intimidad si ni siquiera podíamos pensar algo sin miedo a que alguien estuviera escuchando?

NEXT CHANNEL. NEXT CHANNEL. NEXT CHANNEL. Fui pasando canales distraídamente, sin fijarme mucho en el contenido de cada uno, fijándome más en la barra de progreso del test de paternidad que mis lentes mostraban en la esquina superior derecha y que todavía marcaba el sesenta por ciento.

BACK. Algo me había llamado la atención. Volví rápidamente a aquel canal, una cadena americana de noticias internacionales. *VOLUME UP.*

Estaban emitiendo una noticia relacionada con la sucesión de poder en Chipre tras la muerte de Panos Kana. Por lo visto, Teresa Liberopoulos acababa de anunciar su candidatura a la presidencia. El pueblo elegiría en los próximos días si ella se convertiría en nuestra nueva líder o, por el contrario, el honor le correspondería a su rival Carlo Deligiannis, el hijo del autor de los libros que constituían la biblia de la EBR. Carlo llevaba años ocupando el puesto de vicepresidente, y había sido definido por Kana como un fiel ciudadano

llamado a igualar la grandeza de su difunto padre, Rafail Deligiannis. Era un hombre honesto y sencillo que, al contrario que Liberopoulos, se había ganado el cariño del pueblo con el paso de los años. En principio tendría fácil acceder a la presidencia, pero no había que subestimar el poder y la influencia de su contrincante.

Sin saber muy bien por qué, un escalofrío me recorrió la espalda. Había trabajado años con Liberopoulos, los suficientes como para darme cuenta de que algo turbio se escondía detrás de aquella fachada de abuelita risueña. De hecho, era una de las grandes razones por las que me encontraba aquí. Si el resultado del test de paternidad resultaba ser negativo, algo me decía que ella tendría mucho que ver con ello.

Estos pensamientos me entretuvieron hasta que la barra de progreso alcanzó el cien por cien. Permaneció en ese estado varios minutos, hasta que comencé a preguntarme si el test funcionaba correctamente. Me levanté y me dirigí al baño para comprobar si el dispositivo se había detenido.

Fue entonces cuando un pitido me avisó de que el resultado del test estaba disponible.

¿Desea ver el resultado? Piense OPEN TEST —decía la aplicación.

OPEN TEST.

La aplicación se abrió inmediatamente, mostrando una pantalla en la que predominaba una inconfundible luz roja que evidenciaba que el resultado era negativo.

Yo no era el padre de Astrid.

El viaje de vuelta a Galatea no era sencillo. Había que tomar varios medios de transporte: un autobús hasta el aeropuerto de Antalya, un vuelo hasta Anamur, un avión lanzadera hasta Lárnaca y, finalmente, el tren a Galatea.

Sin embargo, apenas recuerdo cambiar conscientemente de un medio de transporte a otro. Me movía como conducido por un piloto automático, con mis pensamientos completamente nublados por

difusas sensaciones que no acertaba a definir. ¿Cómo debía sentirme ante el descubrimiento de que mi hija tenía en realidad otro padre biológico? Lo único que tenía claro es que esto no afectaría a mi relación con ella. Con mis genes o no, Astrid era mi hija y seguiría siéndolo. Nada podría destruir mi amor por ella.

Estaba claro que había sido engañado, pero lo que no acertaba a comprender era por quién. La posibilidad de que se tratara de un simple desliz matrimonial de Larissa no tenía demasiado sentido. Pero, ¿hasta qué punto estaba ella involucrada?

Cuanto más lo pensaba, más empezaba a cobrar sentido la historia. Los años habían demostrado que mis servicios habían sido una pieza clave para el comercio chipriota. Nadie más que yo habría sido capaz de poner en marcha los engranajes que terminarían con un histórico cargamento de litio rumbo a Chipre. Sin mí, el país nunca contaría con las reservas de un material estratégico clave para su desarrollo. Y si algo había aprendido trabajando para CypEx, era que nada ocurría por casualidad. Liberopoulos no se andaba con remilgos a la hora de definir las acciones que le llevasen a alcanzar sus objetivos. Darme a creer que había dejado embarazada a mi mujer para que me quedara en el país trabajando para ellos sería una travesura de niños en comparación con otras prácticas en las que ella y su organización estaban involucrados. No me cabía ninguna duda de que serían capaces de ello, pero... ¿Larissa? Pensar que ella podría estar formando parte de tamaño embuste era algo tan inverosímil como doloroso.

Por desgracia, si algo sabía con certeza era que mi mujer no podía ser completamente inocente. Una vez asumida esta desgarradora hipótesis, solo quedaba dilucidar el origen de la mentira.

Pero... ¿cómo hacerlo? Hablar con Larissa no era una posibilidad. Si mis sospechas eran ciertas, esta sería una manera de lanzarme a los tiburones. La EBR me consideraría un riesgo y nunca me permitiría tener una vida normal. Probablemente me mandarían al exilio, un escenario aterrador teniendo en cuenta que mi país natal nunca aceptaría mi vuelta y que no poseía ninguna otra nacionalidad. Ni dinero. Y, lo peor de todo, me separaría de Astrid para siempre.

Cuando llegué a la estación central de Galatea y comencé a caminar

por el andén hacia la salida, iba demasiado inmerso en mi análisis de las posibilidades como para darme cuenta de que un grupo de *agops* me estaba rodeando. Uno de ellos aceleró su paso hasta colocarse a mi lado.

—Bienvenido, señor Salas. Veo que ha estado de excursión.

—Buenas noches, agente —le contesté, obviando su comentario. No le iba a dar más información de la estrictamente necesaria.

—¿Puedo preguntarle donde ha estado?

De haber sido un simple visitante ilegal al Casino de Antalya, habría contestado a su pregunta. Entonces me habría entregado un formulario que debería rellenar y enviar a la Oficina de Justicia para esperar mi juicio o directamente mi apercibimiento. Era el procedimiento normal. Sin embargo, ignoraba lo que ellos sabían sobre mi visita a Turquía, así que no podía arriesgarme a dar respuestas precipitadas.

—Es una buena pregunta: *¿Puede* preguntármelo? —le contesté.

Por su expresión, vi que mi respuesta no le había hecho ninguna gracia. Los *agops* eran simples agentes del orden y no tenían ningún derecho a hacer preguntas que pudieran ser usadas en contra del ciudadano en un posterior juicio.

—La respuesta a su pregunta es *no*, señor. Pero lo que sí que puedo hacer es arrestarle.

Me lo temía. Sin embargo, era lo más sensato dadas las circunstancias. Ahora me asignarían un abogado que me informaría de los cargos en mi contra, y entonces sabría si se me acusaba simplemente de acceder al mercado negro o si había algo más.

Los *agops* me introdujeron en una furgoneta, lo cual me extrañó ya que la comisaría se encontraba a pocos metros de la estación. Supuse entonces que me llevarían a la otra comisaría de la ciudad, la que estaba situada en el sector Sur del anillo J. Sin embargo, me di cuenta de que aquel tampoco era el caso. No podía ver nada desde dentro, pero la furgoneta ya llevaba más de veinte minutos de camino. *Demasiado tiempo para llegar a cualquier punto de Galatea desde el centro... ¿dónde cojones me llevan?* Empezaba a estar asustado.

Después de más de dos largas horas de camino, la furgoneta se detuvo al fin. Oí cómo el conductor cruzaba unas palabras con alguien de fuera, tras lo cual volvimos a movernos lentamente unos metros, y finalmente aparcamos. Los *agops* abrieron las puertas traseras y me sacaron, esta vez sin ningún tipo de delicadeza.

Era noche cerrada y, por lo poco que podía ver, nos encontrábamos en un recinto protegido por unas altas vallas de seguridad electrificadas. Dentro del mismo se podían ver varios edificios blancos de poca altura que parecían haber sido construidos con los mismos materiales que los usados en Galatea.

Me di cuenta de que estaba ingresando en la cárcel.

Dos *agops* me hicieron ponerme en marcha a empujones. Observé que había varios agentes armados haciendo guardia por los caminos sin asfaltar del complejo, que estaba formado por tres filas de edificios numerados al estilo de los edificios residenciales de Galatea. En el centro había una especie de plaza ocupada por otras tres filas de pequeños recintos vallados vacíos, numerados igual que los edificios y gobernados por una torre de vigilancia. Me pareció oír unos gritos lejanos, pero, antes de que pudiera agudizar el oído, entramos en uno de los edificios. Lo primero que me llamó la atención fue que las paredes estaban cubiertas de azulejos blancos, como si fuera un cuarto de baño gigante.

Pero no fue eso lo me dejó sin habla.

Caminamos por un pasillo, a la derecha del cual había tres plantas con diez celdas cada una. A medida que avanzábamos hacia la escalera que se encontraba al final del pasillo y que subía al segundo y tercer piso, iba dándome cuenta horrorizado de las condiciones de aquella prisión. Podíamos ver absolutamente todo lo que ocurría dentro de las celdas, ya que las paredes, el suelo y el techo de las mismas estaban contruidos de un material transparente. Desde mi posición, podía ver a todos y cada uno de los treinta presos, como si aquel edificio fuera una casa de muñecas con la fachada descubierta. Cada celda, una transparente habitación rectangular de unos cinco metros cuadrados, contenía un inquilino. Y eso era todo. No había ningún tipo de mueble dentro. Ni cama, ni colchón, ni siquiera un retrete. Absolutamente

nada. Los inquilinos, por lo general, se hallaban acurrucados en una esquina y nos miraban pasar con una expresión de pánico. Me di cuenta de que las paredes estaban insonorizadas cuando vi a un inquilino aporrear la suya con furia mientras pasábamos, sin que se oyese un solo golpe.

Uno de los agentes sacó su revólver y le apuntó a la cabeza, lo cual pareció calmar al pobre hombre.

La piel se me puso de gallina y las piernas parecieron fallarme. Estuve a punto de caerme, y fue entonces cuando el mismo agente me propinó una patada en la espalda que me lanzó al suelo definitivamente.

—¡Esto para que tengas una razón para caerte, puto anemolio!
—gritó con rabia.

—¿Qué cojones significa esto? —respondí indignado mientras me levantaba—. ¡Quiero que me traigan a mi abogado inmediatamente!

—¿Has oído, Fotsis? —le dijo el agente que me había pateado al otro—. Quiere que le traigamos un abogado.

—Oh, no hay ningún problema —respondió el tal Fotsis con una sonrisa maliciosa que me hizo sentir un escalofrío—. Te voy a presentar a mi abogado —dijo dirigiéndose a mí, y comenzó a desabrocharse los pantalones.

El otro agente me apuntó con la pistola.

—¡Las manos sobre la pared! —bramó, señalando la pared transparente de la siguiente celda, en la que una menuda joven asiática con coleta y orejas de soplillo miraba la escena horrorizada.

—Llaman a Teresa Liberopoulos por favor. Esto debe haber sido un malentendido —balbuceé.

El agente quitó el seguro a su pistola.

—Las manos sobre la pared —repitió con determinación—. Y quítese los pantalones.

Mi cuerpo entero temblaba y mi orgullo me instaba a lanzarme hacia el agente e intentar infligirle todo el daño que pudiera antes de que acabara con mi vida.

Pero entonces pensé en Astrid. No quería morir y dejarla huérfana. Así que obedecí.

Momentos después, sentí un intenso dolor y una repugnante sensación de desgarró que comenzó a repetirse con cada embestida. Vi cómo oscuras gotas de sangre caían al suelo blanco. *Por eso las paredes están cubiertas de azulejos*, recuerdo haber pensado. *Para limpiar mejor la sangre*.

Miré hacia adelante con los ojos llenos de lágrimas. La chica de la celda se había acercado hacia mí y había apoyado su frente en el cristal, a pocos centímetros de mí. Colocó sus manos a la altura de las mías, y me di cuenta de que también estaba llorando.

Andrés Grande

Domingo, 9 de noviembre de 2064

Galatea

Mi despacho en las instalaciones de la AEC no era gran cosa, algo que no me importaba lo más mínimo ya que solía pasar la mayor parte de mi jornada laboral entre el hangar y el laboratorio. Sin embargo, me gustaba subir a este pequeño estudio situado en la octava planta cuando tenía que meditar o poner mis archivos en orden. Era una habitación sencilla y no muy amplia, en la que el único mobiliario consistía en una mesa con un moderno ordenador integrado y una silla de oficina. Sobre la mesa descansaba el microscopio que me llevé del CERN ante la insistencia de Monika. Los microscopios de la AEC eran mucho más sofisticados, pero, por alguna razón, me resistía a deshacerme del único recuerdo de mi anterior etapa.

Me gustaba proyectar la pantalla del ordenador sobre la pared blanca que había enfrente de la mesa. Los jóvenes solían llamarme anticuado por usar un desfasado proyector, pero la verdad es que, sabiendo lo difícil que era para la EBR acceder al grafeno de Chile, no pensé que mereciera la pena pedir una pantalla enrollable.

Detrás de mi mesa de trabajo había unos grandes ventanales con vistas a la agreste llanura de Mesaoria. En días como aquel, me gustaba girar la silla y quedarme mirando el paisaje durante largo rato mientras daba vueltas a mis asuntos.

Unos oscuros nubarrones llevaban horas anunciando una tormenta que, por mucho que aquel desértico paisaje necesitara, nunca llegaría. El sol había conseguido hallar un hueco entre el cubierto cielo, iluminando la llanura y acentuando su tono dorado, lo cual creaba un

fuerte contraste con el gris oscuro de las nubes y daba como resultado un irreal paisaje que me recordaba a un cuadro de Van Gogh.

Es irónico, pensé mientras fijaba la vista en la línea del horizonte. Toda la vida esperando este momento, y ahora soy incapaz de disfrutarlo.

Aquel era el día en el que la construcción del módulo de antimateria que completaba la nave Alexia tocaría a su fin. Eso significaba que el proyecto estaría terminado. El módulo sería lanzado hacia la magnetosfera en apenas una semana para comenzar la recogida de antimateria que propulsaría a la nave el día del gran lanzamiento, pensado para el 25 de diciembre. El momento que llevaba décadas esperando estaba a la vuelta de la esquina.

Y, sin embargo, lo único que ocupaba mis pensamientos era Leah.

La mujer de mi jefe, mi psicólogo, mi... ¿amante? había desaparecido. Y yo no sabía a qué atenerme. ¿Estaría de viaje? ¿Habría huido del país? ¿La habrían secuestrado? ¿O podría haberle ocurrido algo? Era incapaz de pensar en ninguna posibilidad que significase algo positivo. En el mejor de los casos, se habría marchado sin avisarme, lo cual ya era tremendamente doloroso. En el peor... pensar en eso era exactamente lo que me torturaba. La realidad era probablemente mucho menos dura que los escenarios que mi imaginación sugería. Me moría por saber que había ocurrido, así podría dejar de hacer cábalas y mi agitación interior me daría una tregua.

Hacía ya dos semanas que Leah no había respondido a ninguna de mis llamadas para concertar nuestra sesión. Cansado de intentarlo, me arriesgué a presentarme en su apartamento una tarde en la que sabía que Ioannis estaría reunido.

Cuando llamé a su puerta, observé atónito cómo su casa ya no estaba allí. En su lugar vivía una anciana nostálgica y un poco senil. Pregunté entonces en el registro civil si la familia Patroklou se había mudado, pero no les estaba permitido revelar tal información. Busqué en los tres hospitales de Galatea, pero Leah no estaba ingresada en ninguno de ellos.

Era como si se la hubiese tragado la tierra.

Para mayor inquietud, estaba aquella sensación general de

incertidumbre que se percibía en toda la ciudad. La misteriosa Teresa Liberopoulos acababa de asumir el poder del país tras ganar las elecciones, y nadie sabía muy bien qué nos depararía el futuro. Nuestra nueva presidenta se había labrado una gran fama como científica en los primeros años de su carrera, pero su popularidad había decrecido después de que accediera a la dirección de CypEx. Se la teñía de cruel y manipuladora, una fama que los rumores sobre la red de espionaje que su escuela de Madrid había creado no ayudaron a erradicar. Esta animadversión general hacia su persona quedó bastante clara durante la campaña electoral. Nadie parecía demasiado entusiasmado con su candidatura, las encuestas de intención de voto la daban por perdedora y sus mítines nunca llegaron a estar tan abarrotados de gente como los de su rival, Carlo Deligiannis.

Sin embargo, había resultado ganadora.

Era bien sabido que Liberopoulos solía tomarse las enseñanzas de Panos Kana y Rafail Deligiannis, precisamente el padre de su rival por la presidencia, demasiado al pie de la letra. Esto la convertía en una radical seguidora de la EBR sin muchos escrúpulos.

Una persona así en el puesto de directora de CypEx, si bien podría ser un fastidio para los demás países, no constituía una amenaza real para el pueblo. Sin embargo, ahora que gobernaba el país, nadie sabía muy bien hasta qué punto aquel radicalismo afectaría a sus vidas.

Es cierto que ya podía apreciarse algún efecto positivo del nuevo gobierno (el nivel de criminalidad, si ya antes era bajo, ahora era prácticamente inexistente) pero también había rumores, ciertos o no, de que comenzaban a producirse misteriosas desapariciones. Nunca fue algo que apareciera en los medios, pero de alguna manera, día tras día, a uno le llegaban noticias de alguien a quien no se había vuelto a ver en su puesto de trabajo. Resultaba extraño que todas estas desapariciones estuviesen llegando en el mismo momento. Para alimentar las sospechas, siempre se trataba de ciudadanos que en algún momento se habían mostrado críticos con la EBR.

El temor a estar controlados por un gobierno opresor y totalitario comenzaba a aflorar entre el pueblo. De momento, los ciudadanos se mostraban cautelosos y, al contrario que durante la campaña electoral,

nadie se atrevía a hablar mal de Liberopoulos en público.

Cada vez que me enteraba de una desaparición más, aumentaba mi temor a que Leah formase parte de ese grupo. ¿Qué otra explicación podría haber?

Solo se me ocurría una persona que pudiese sacarme de dudas. Ioannis se había dejado ver varias veces por la AEC en las dos últimas semanas, pero nunca me había atrevido a preguntarle por Leah. Mi cobardía estaba justificada: no había que descartar la posibilidad de que Ioannis estuviera implicado en su desaparición. Si le preguntara, podría empeorar las cosas, aparte de no obtener ninguna respuesta.

Debía encontrar la manera de acceder a sus archivos sin que él se enterara. Quizá así encontraría un mensaje de Leah desde Buenos Aires, diciendo que el viaje fue bien y que su hijo Chris no parecía echarles mucho de menos. O quizá encontraría información sobre la nueva vivienda a la que se habían mudado. Aunque me doliera su silencio, sería un alivio descubrir que se encontraba bien.

Por otro lado, en el supuesto caso de que Leah se encontrara retenida por el gobierno, Ioannis podría tener información al respecto, dada su estrecha relación con Liberopoulos.

El despacho de Ioannis se encontraba en el mismo pasillo que el mío. Para entrar, un sensor debía identificar su CNI, seguido de la introducción de un código secreto. No había manera de que yo pudiera entrar por mi cuenta. Por tanto, necesitaría entrar con su permiso. No sería difícil inventar algo para que me invitase a su despacho, pero ¿qué pasaría entonces?

Usar alguna droga para dormirle sería lo más limpio. Una pastillita en el café que le mantuviera un tiempo grogui, lo suficiente como para que pudiera introducirme en su sistema y acceder a sus datos. Entonces llamaría a urgencias y vendrían a despertarle. Nadie sospecharía que entre su desmayo repentino y mi llamada habían pasado unos minutos.

El principal problema consistía en cómo conseguir la droga. El mercado negro se había tomado un descanso desde la subida al poder de Liberopoulos. Aquellos que solían acudir a las barcas del lago del parque Kana para encontrar lo que necesitaban ahora se lo pensaban

dos veces, ya que la ciudad se había llenado de *agops* que no se andaban con contemplaciones a la hora de hacer cumplir la ley. Acudir a ese mercado sería la mejor manera de buscar un arresto.

Pero el mercado negro no era la única manera. Había otra forma que, aunque peligrosa, no conllevaría el riesgo de acabar detenido.

Las ruinas de Nicosia, la antigua capital de Chipre, nunca fueron completamente derruidas. Decenas de edificios, aunque abandonados, seguían en pie. En ellos permanecían los vestigios de las viejas tiendas, restaurantes, supermercados... y farmacias. Muchos de los productos que circulaban en el mercado negro habían sido extraídos durante un saqueo a estos locales.

Estos saqueos eran tremendamente peligrosos y no todo el mundo se atrevía a llevarlos a cabo. En la antigua ciudad todavía vivían permanentemente algunas bandas de salvajes ocupas no simpatizantes con la EBR cuya supervivencia dependía de los víveres que la generación anterior había abandonado allí. Cuando algún grupo de galitanos oportunistas se presentaban allí para robarles lo que consideraban suyo, no eran precisamente bien recibidos. Más de uno no había vuelto.

Las farmacias de Nicosia, con toda seguridad, guardarían todavía algún bote de Rohypnol, un poderoso tranquilizante que solía ser legal antes de la fundación de la EBR. Podría entrar en Nicosia en son de paz y explicar mi objetivo amistosamente. Incluso podría llevarles algo a cambio, seguro que aquella gente mataría por una buena botella de vino y un paquete de kourabiedes recién hechas. No era una garantía de éxito, pero era lo mejor que se me ocurría.

Me hallaba pensando en la forma en la que haría saber a los vigilantes de Nicosia que no suponía ninguna amenaza para ellos, cuando recibí una llamada en mis lentes.

Se trataba de Piotr Palowski, un arquitecto de mi equipo que, en esos momentos, se encontraba en el hangar encargándose de moldear las últimas láminas de grafeno para acoplarlas al módulo de recolección de antimateria de la Alexia.

—Jefe —dijo—. Tiene que bajar al hangar. No se puede perder este momento.

—Solo queda pulsar un botón —dijo Palowski con gran excitación cuando llegué—, y la última pieza será encajada. Creemos que este honor le corresponde a usted.

Palowski manejaba un complejo robot compuesto de varios brazos mecánicos que realizaba todo aquello que él le indicara a través de su ordenador. A unos prudentes diez metros de la zona de construcción, una multitud de alegres trabajadores se había congregado para asistir al encaje de la última pieza de un proyecto que les había ocupado durante años.

Pulsé aquel botón. Uno de los brazos mecánicos se elevó y se introdujo en uno de los compartimentos donde las piezas terminadas eran depositadas. Recogió una fina lámina rectangular de grafeno con varios agujeros en algunos puntos, y la bajó hasta donde se encontraba el módulo de antimateria, una especie de cápsula alargada no más grande que un utilitario. Otros cuatro brazos más finos tomaron la lámina y la acercaron lentamente hacia el módulo, preparados para ensamblarla.

Cuando la lámina estaba a punto de hacer contacto con el módulo, los cuatro brazos se detuvieron de repente. Extrañado, miré al monitor. Fue entonces cuando aparecieron unas grandes letras rojas acompañadas de un desagradable sonido de alarma.

Lámina demasiado pequeña, decían las letras. Debajo de ellas, una ventana informaba de la magnitud del error de cálculo.

Cuando el sonido cesó, me di cuenta de que en la sala se había hecho el silencio.

—Palowski... —acerté a balbucear— ¿Te das cuenta de que ésta era nuestra última lámina de grafeno?

Se me pasó por la cabeza cómo iba a justificar ante Ioannis que no íbamos a poder lanzar la nave a tiempo por un estúpido error en el cálculo del tamaño de la última lámina.

Ah, y por cierto, nos hemos quedado sin grafeno. No te importará pedir un poco más a tus colegas chilenos, ¿verdad Ion?

Una gota de sudor frío comenzaba a bajarme por la sien mientras esperaba la respuesta de Palowski.

—Venga conmigo por favor —dijo enigmáticamente.

Le seguí intrigado mientras bajaba las escaleras de su puesto de control y se dirigía hasta el área donde se hallaba la multitud. Cuando estábamos a punto de llegar, todos ellos, incluido Palowski, estallaron en un grito:

—¡INOCENTE!

Ya no permanecían en silencio ni parecían preocupados. Todos se reían y se felicitaban unos a otros mientras abrían un hueco que me dejó ver lo que estaban escondiendo.

Era el módulo de antimateria. Estaba terminado, y había una pancarta encima de él con las palabras *Enhorabuena, Ande*.

—¿De verdad creía que íbamos a fallar en algo tan estúpido? —me preguntó Palowski con una sonrisa de oreja a oreja—. El módulo que estaba en el robot era solo la maqueta, y la lámina es una de las que usamos durante las pruebas.

Monika, que ya llevaba una copa de champán en la mano, me pasó un micrófono y el público me pidió unas palabras.

—Sois unos cabronazos —fue lo primero que acerté a decir—. Pero gracias.

Sabiendo que no era amigo de grandes discursos, me quitaron el micrófono, lo reemplazaron por una copa de champán y me dieron un aplauso.

Sorprendentemente, me sentía a gusto con este equipo. Ya me conocían desde hacía tiempo y entendían mi particular forma de ser. Sabían que no le deseaba ningún mal a nadie y respetaban que, aunque no tuviese la capacidad de exteriorizarlo, tenía sentido del humor. Por lo visto, llevaban días planeando esta fiesta. Acabábamos de concluir un proyecto que había ocupado gran parte de nuestras vidas, así que había motivos de sobra para celebrarlo.

Muy a mi pesar, seguía sintiendo aquel gran vacío que me impedía disfrutar del momento. En cuanto pude, me escabullí y me dirigí de nuevo a mi despacho. Necesitaba seguir pensando en la manera de conseguir el Rohypnol en Nicosia, dormir a Ioannis y conseguir la información sobre el paradero de Leah.

Pasé de nuevo por la zona de construcción, donde los brazos mecánicos todavía sujetaban la lámina de grafeno. La maqueta a escala real del módulo que habíamos usado hace tiempo para simular el encaje con la Alexia también seguía allí.

Una idea irrumpió inesperadamente en mis pensamientos como un vendaval. De repente, todo estaba muy claro. Al fin y al cabo, puede que no hiciera falta poner mi vida en peligro yendo a Nicosia para conseguir lo que necesitaba. Y, además, podía llevar a cabo el nuevo plan en ese mismo instante.

Sin dudar, volví a la fiesta.

Palowski se hallaba repartiendo camisetas con la leyenda *I did Alexia*.

—¿Cuál es su talla, jefe? —me preguntó—. Pensé en guardarle una M, pero con la barriga que ha desarrollado últimamente quizá deba agenciarse una XXL.

—Te veo muy juguetón hoy, Palowski. ¿Qué te parece si gastamos una broma más?

Media hora después, me hallaba llamando a la puerta del despacho de Ioannis.

—¿Qué desea? —se oyó su voz a través del comunicador. Ioannis tenía la irritante costumbre de no abrir su puerta directamente. Por lo menos, esta vez no había preguntado quién era como otras veces, algo que era obvio ya que el sensor de su puerta identificaba mi CNI y se lo comunicaba directamente a través de sus lentes.

—Tengo unos cálculos que compartir con usted.

—¿No los puede enviar por correo?

—Es importante.

—De acuerdo, pase —contestó, obviamente molesto.

Entré en su despacho, que era tres veces más grande que el mío y contaba con una hermosa panorámica de Galatea alzándose majestuosamente en medio de la desierta llanura de Mesaoria.

Ioannis parecía haber envejecido años en las últimas semanas.

Varias canas podían apreciarse ya en su barba pelirroja y tenía un aspecto cansado. Supuse que, aparte del loco horario de trabajo que todo empleado de la AEC seguía últimamente, en su caso había que añadir la colaboración con Liberopoulos, que parecía haberse intensificado ahora que había ascendido a la presidencia.

—¿Y bien? —preguntó impacientemente. Ioannis nunca había sido especialmente afectuoso conmigo, pero, desde la fiesta de la AEC donde Kana me felicitó públicamente, su tono se había vuelto más hostil, incluso grosero en ocasiones.

—Las predicciones del tiempo para el 25 de diciembre nos han llegado esta mañana.

—¿Y bien? —repitió con vehemencia.

—Parcialmente nublado. Temperatura adecuada, unos dieciséis grados. El único problema para el lanzamiento podría ser el viento. La velocidad del mismo roza los límites establecidos por el protocolo de aborto.

—Déjame ver eso.

—Le entregué mi tableta de grafeno con el informe abierto, un documento de treinta páginas elaborado por la Oficina Meteorológica de Chipre especialmente para nosotros. Ioannis comenzó a leerlo concienzudamente. Tras varios minutos, me tomé la libertad de tomar asiento. Levantó un momento la mirada del informe para mirarme con enojo, pero continuó leyendo hasta que llegó a una conclusión.

—La velocidad máxima estimada en el peor momento del día se queda dos kilómetros por debajo del primer nivel de alerta del protocolo —dijo.

—Exactamente. Y este informe tiene un margen de error del siete por ciento. Lo que significa que existe cierto riesgo de sobrepasar el límite.

—Señor Grande, el margen de error se reducirá a medida que se acerque la fecha. A falta de diez días, este margen será insignificante. Y, si en ese momento descubrimos que existe la posibilidad de sobrepasar el límite, comenzaremos el ajuste de los paneles exteriores y el cálculo de la orientación de la plataforma, lo cual nos llevaría cuatro días en el

peor de los casos. ¿Me puede explicar a dónde quiere llegar con su consulta?

—Soy consciente de ello, señor. Pero aun así pensé que merecería la pena compartir con usted mi inquietud —respondí sin mucha convicción. Nunca se me habría ocurrido hacer algo así de no ser porque necesitaba desesperadamente entrar en ese despacho.

—La próxima vez un correo será suficiente. Estoy demasiado ocupado para distracciones innecesarias.

—Entendido. Perdone las molestias, señor Patroklou.

Ioannis estaba a punto de despacharme, lo cual significaría que el plan habría fracasado. Pero en vez de eso, levantó las palmas de las manos en señal de frustración.

Acababa de recibir una llamada en sus lentes. Y yo sabía que la llamada provenía del hangar.

—Patroklou al habla... Dígame Palowski... Espere.... ¡¿QUÉ HA OCURRIDO QUÉ?! —gritó.

Casi no pude reprimir una sonrisa al ver cómo se levantaba y salía corriendo de su despacho.

La puerta se cerró tras él.

Me acerqué a su ordenador inmediatamente para evitar que se bloqueara el uso del sistema. Proyecté la pantalla en la pared y comencé a buscar en su correo.

El último e-mail que había recibido provenía de Piotr Palowski. La foto adjunta era la que Ioannis había visto en sus lentes, la misma que le había hecho salir despavorido hacia el hangar. Mostraba el módulo de antimateria tumbado de costado en el suelo de la zona de construcción, con varias láminas despegadas yaciendo a su alrededor, algunas de ellas abolladas y magulladas. Solo yo sabía que se trataba, una vez más, de la maqueta del módulo. El asunto del mensaje rezaba las palabras *FATAL ACCIDENTE* en rojo y en mayúsculas. No pude evitar una sonrisa al pensar en la cara que pondría Ioannis al descubrir que se trataba de una broma. Es cierto que me sentía mal por Palowski,

el pobre hombre no tenía ni idea que mi jefe no era un tipo con un gran sentido del humor. Pero, entre la bronca a un compañero y arriesgar mi vida saqueando una farmacia de Nicosia, tenía claro lo que debía elegir.

Calculé que tendría unos diez minutos por lo menos hasta que Ioannis volviera. Decidí descargar su correspondencia de los últimos tres meses en mis lentes para leerlo luego con más calma. Cuando terminé, todavía me sobraban tres minutos.

Ordené entonces sus archivos por uso reciente y descargué los veinte primeros.

Cuando acabó de descargarse el último, ya quedaba solo un minuto. Ahí fue cuando me di cuenta de que todos pertenecían a la misma carpeta: *Proyecto FF*. Nunca había oído hablar de tal proyecto, pero debía ser importante.

Qué cojones, pensé. Comencé la descarga de la carpeta completa.

Fui hacia la puerta del despacho y me asomé al pasillo. No se veía a nadie, y tampoco se oía ni un solo ruido. El ascensor se encontraba a la vuelta del pasillo, a unos veinte metros. Decidí dejar la puerta abierta para poder oír cuando alguien saliera del ascensor.

Volví al ordenador. Mis lentes mostraban que el tiempo de descarga restante era de ocho minutos. Nunca confié en que lo conseguiría, pero decidí quedarme. Cuanto más archivos recopilara, más probable sería que diera con el paradero de Leah.

Cuando apenas quedaban unos segundos para el final de la descarga, se oyó el ascensor, seguido de unos pasos acelerados. Tenía que reaccionar. Detuve la descarga y borré el historial de conexiones. Salir del despacho habría sido inútil, así que simplemente volví a sentarme en la silla, me recosté hacia atrás y me quedé mirando al techo, como si estuviera leyendo algo en mis lentes.

Menos de dos segundos más tarde, entró Ioannis.

—¿Sigue aquí? —preguntó, más sorprendido que enfadado.

—Nunca me dijo que me fuera.

Ioannis suspiró, como si tuviera que hacer un gran esfuerzo para no mandarme a la mierda.

—Desaparezca por favor. Ya he perdido suficiente tiempo con

estupideces hoy.

—¿Iba todo bien en el hangar? —no pude evitar preguntarlo.

—Todo bien, excepto la inteligencia de sus compañeros de equipo. A veces me pregunto cómo han llegado hasta aquí.

Descubrí que me iba a costar un esfuerzo considerable continuar aquella conversación sin reírme de él en su cara, así que decidí despedirme.

—No le molestaré más. Buenas tardes.

Mientras cerraba la puerta por fuera, oí cómo despotricaba en voz baja contra los *incompetentes anemolios*, como si él mismo no fuera uno.

Triunfal, me dirigí a mi despacho para analizar la información descargada.

Descargué todo el contenido de las lentes en mi base de datos mientras me preguntaba atónito por qué Ioannis habría usado la misma fórmula que utilizábamos en el proyecto Alexia para encriptar todos sus archivos. Esto era una violación clara del protocolo de seguridad de la AEC y podría acarrearle una dura sanción, especialmente ahora que teníamos una maniática del tráfico de información a cargo del país.

No es que pudiera usar esta infracción en contra de mi jefe (hacer eso significaría confesar mi hurto), pero por lo menos me ahorraría unas cuantas horas buscando la fórmula de encriptación adecuada, algo que podría resultar bastante tedioso.

Coloqué toda la información dentro de una nueva carpeta y usé mi propia fórmula de encriptación para protegerla. Acto seguido, borré todas las descargas de mis lentes. Ya me sentía seguro.

Comencé mi análisis de la manera más directa que se me ocurrió: abriendo su correo e introduciendo *Leah* en la barra de búsqueda.

El pulso se me aceleró cuando el programa me devolvió el primer resultado. Por desgracia, mi gozo no duró mucho al darme cuenta de que era también el único, y que además no arrojaba demasiada luz. Era un email que provenía de Milos Darcevik, el jefe de Leah. Había sido

enviado el miércoles 22 de octubre.

Querido Ioannis,

Me ha sido imposible contactar con Leah o contigo por teléfono o mensajería. Te ruego me contestes lo antes posible ya que Melinda y yo estamos preocupados. Leah no ha acudido a la consulta ni ha estado operativa en toda la semana, y nos preguntamos si ha ocurrido algo.

Gracias y un saludo de tu viejo amigo,

Milos

Sentí una punzada de culpabilidad. Este email había sido enviado un día antes de la consulta que Leah y yo planeábamos para el jueves 23, lo cual significaba que, para cuando yo empecé a preguntarme dónde se encontraba, ella ya llevaba casi una semana desaparecida.

Peor aún, ni siquiera Milos y Melinda sabían dónde se encontraba. Esto descartaba casi por completo la posibilidad de que se hallara de viaje. ¿Por qué si no se lo ocultaría a su jefe y a su amiga?

Las manos comenzaron a temblarme mientras pensaba en la siguiente manera de filtrar el correo de Ioannis. Temía lo que pudiera encontrarme.

Ya que *Leah* no ofrecía más resultados, filtré por *Milos*.

La primera entrada mostró el correo que ya había visto. Ioannis no había contestado, pero eso no significaba nada. Quizá les hubiera llamado por teléfono.

Había una entrada más. No se trataba de un solo email, sino de una cadena de tres mensajes entre Ioannis y un tal Phineas Beyoglu. Por la firma de éste último, pude averiguar que se trataba de un general de la AGOP, la Agencia del Orden Público de la EBR.

Enviado: Jueves 23 de octubre de 2064 a las 06:17

De: Ioannis Patroklou

*A: Phineas Beyoglu
Asunto: Confirmación operación*

Buenos días general Beyoglu,

Le ruego me confirme lo antes posible si la operación que acordamos anoche referente a Milos Darcevik ha sido ejecutada y si todo ha salido según lo planeado.

*Saludos,
Ioannis Patroklou*

- - -

*Enviado: Jueves 23 de octubre de 2064 a las 06:33
De: Phineas Beyoglu
A: Ioannis Patroklou
Asunto: RE: Confirmación operación*

Señor Patroklou,

La operación se ha llevado a cabo y el señor Darcevik ya se encuentra en nuestras instalaciones. Hubo cierta resistencia inicial por parte de la señora Darcevik, pero se tranquilizó en cuanto le explicamos las razones de la detención y, sobre todo, cuando le mostramos la evidencia de los delitos de su marido. A partir de ese momento, no solo se alegró de que nos le lleváramos, sino que también tuvimos que sujetarla para evitar que le agrediera.

He de informarle también acerca de su mujer. Anoche volvió a darnos problemas. Como le prometimos, estamos intentando todo lo posible por protegerla, pero no estoy seguro de cuánto tiempo podremos seguir haciéndolo si continúa con esta actitud.

*Un saludo,
Gral. Phineas Beyoglu*

*Enviado: Jueves 23 de octubre de 2064 a las 06:39
De: Ioannis Patroklou*

*A: Phineas Beyoglu
Asunto: RE: Confirmación operación*

Gracias por su respuesta, general Beyoglu.

No se preocupe por la señora Darcevik. Hoy me pondré en contacto con ella para atar cabos sueltos.

En cuanto a mi mujer, he de recordarle que la prioridad es el éxito del proyecto FF. Como participante prioritaria del mismo, mi mujer necesita que su integridad física sea respetada. Le sugiero que, en caso de que su actitud siga siendo problemática, la muden temporalmente a la unidad de aislamiento. Pero repito, no usen la violencia bajo ningún concepto.

*Saludos,
Ioannis Patroklou*

¡Leah estaba viva! Me di cuenta de que realmente había llegado a temer por su vida y sentí un gran alivio. Tampoco pude evitar alegrarme al darme cuenta de que no me había estado ignorando. Si no me había contestado, era porque se hallaba retenida en algún sitio.

Me sentí inmediatamente culpable por esta egoísta reacción. Acababa de enterarme de que Leah había sido secuestrada, y lo primero que parecía pasarme por la cabeza era mi orgullo.

Enterré estos pensamientos para continuar con la investigación. Ioannis había mencionado que Leah formaba parte del *Proyecto FF*. Me alegré de haber descargado la carpeta referente a ese misterioso proyecto.

Aquella carpeta contenía 258 archivos dispuestos en orden alfabético. Me llamó inmediatamente la atención uno de los primeros, que se llamaba *Alexia*.

Al abrirlo, me di cuenta de que este archivo contenía los planos de mi nave. ¿Qué tenía que ver la *Alexia* con todo esto?

Continué leyendo los nombres de los archivos de la carpeta, buscando alguno que pudiera sonar prometedor. Me decidí por uno que se llamaba *Itinerario*.

El archivo contenía el recorrido del Proyecto *Alexia*. Indicaba cómo la nave sería lanzada el 25 de diciembre de 2064, cómo recogería el módulo de antimateria en la magnetosfera, cómo cruzaría los confines del sistema solar en dirección a Próxima Centauri y cómo realizaría una trayectoria circular que le devolvería a su origen seis años después. Deduje que el proyecto *FF* era simplemente otra manera de llamar al proyecto *Alexia*. Quizá era así como Ioannis se refería a él.

Pero había algo diferente. La *Alexia* no iba a aterrizar en el mismo lugar donde había sido lanzada. En su lugar, el documento aseguraba que aterrizaría sobre Pafos. ¿Qué narices significaba esto? Según nuestros planes, la nave debería aterrizar en las instalaciones de la AEC, cerca de Galatea. Pafos era una antigua ciudad situada en la costa oeste de Chipre. A día de hoy, allí solo quedaban ruinas y un par de complejos turísticos para aquellos que se acercaran con sus camañetas a disfrutar de sus agradables playas. Pero, que yo supiera, allí no existía ninguna infraestructura que pudiera acoger el aterrizaje

de una nave espacial, y tampoco había ningún plan para construirla. No tenía ningún sentido.

Curiosamente, el documento no ofrecía ningún otro detalle sobre Pafos. Escaneé el resto de archivos, observando un extraño patrón. Cada vez que se mencionaba Pafos, parecía faltar una sección del documento, como si alguien lo hubiera borrado por seguridad. ¿Por qué Ioannis, alguien que apenas protegía su documentación, había decidido eliminar parte de ella? Deduje que algo se estaba cocinando en Pafos, algo que Ioannis sabía gracias a Liberopoulos y que no deseaba compartir con ningún miembro de la AEC. Aun así, por el momento no tenía razones para pensar que esto nos afectara a mi o a Leah, así que di por zanjado el asunto temporalmente.

Continué buscando archivos. Abrí varios que no entendía, así como otros tantos que no parecían contener nada interesante.

Hasta que di con un archivo denominado *Reunión Grupo Inversor 29 agosto 2064*.

Se trataba del vídeo de una reunión que había tenido lugar entre Teresa Liberopoulos, Ioannis y una audiencia de cinco personas a las que no conocía. Me llamó la atención su vestimenta: los hombres llevaban corbatas de seda y relojes de lujo, mientras que las dos mujeres presumían de elegantes trajes y llamativas joyas... Obviamente, ninguna de estas personas vivía en Chipre.

Los siete participantes se hallaban sentados alrededor de una mesa circular, hablando despreocupadamente. A los pocos segundos, Liberopoulos se puso en pie y comenzó a hablar.

Buenos días a todos. En primer lugar, me gustaría agradecerles que hayan volado hasta Galatea con el motivo de esta reunión. Espero que merezca la pena y que puedan disfrutar de la hospitalidad de nuestro país si deciden quedarse unos días más.

El señor Patroklou los ha reunido hoy aquí a petición mía para que pueda informarles de los últimos progresos en nuestro plan. Somos conscientes de que han invertido gran parte de su tiempo y recursos en el mismo, y comprendemos perfectamente su impaciencia y su irritación al escuchar

información contradictoria por parte de los dirigentes.

Permítanme comenzar con un resumen de la situación.

He de confesar que el retraso en la puesta en marcha del proyecto no solo se debe a motivos técnicos y operativos, sino también a importantes diferencias de opinión en la cúpula del país. Sin embargo, ya hemos encontrado una solución a las mismas.

Esto significa que el proyecto First Fleet no se retrasará más allá de este año. La fecha fijada para el lanzamiento de la nave será el 25 de diciembre.

Los participantes sonrieron y uno de ellos, de rasgos hispanos, aplaudió con entusiasmo. Fue entonces cuando me di cuenta de quién era: se trataba de Guillermo Stark, el hombre más rico del mundo y también uno de los más odiados en Occidente. Él había sido el principal promotor del Plan Stark en los tiempos en los que trabajaba para el FMI.

First Fleet. O sea, que eso significaba FF. Debía estar equivocado al pensar que era un simple nombre alternativo para la nave. ¿Podrían estar refiriéndose a una variación del proyecto Alexia?

El nombre First Fleet me recordó a un libro que había leído hacía tiempo sobre la primera flota de barcos que Inglaterra había enviado a Australia en el siglo XVIII con el objetivo de crear una colonia penal. Supuse que, en este caso, se refería a la flota de animales que iban a componer la tripulación en el primer viaje de la *Alexia*.

Continué la reproducción. Liberopoulos siguió hablando.

Los materiales necesarios para finalizar la construcción se hayan en camino, lo que nos permitirá completar el módulo a primeros de noviembre y enviarlo a la magnetosfera el día 14 del mismo mes.

En cuanto a la construcción de las cápsulas de criogenización, me alegra comunicarles que también vamos por el buen camino. Como saben, las cápsulas para los animales llevan terminadas un tiempo. Las nuevas cápsulas que usaremos para la tripulación humana son más complicadas, pero ya hemos completado la fabricación de cuarenta unidades. La sesenta

restantes serán completadas en los próximos meses previos al lanzamiento.

Dicho esto, el señor Patroklou procederá a resumirles el estado actual de las construcciones en Pafos...

Detuve el vídeo de nuevo y reproduje otra vez la parte donde Liberopoulos hablaba de la *tripulación humana*.

Efectivamente, había entendido bien. Así que de eso se trataba el proyecto First Fleet. Pretendían enviar a cien hombres y mujeres al primer viaje interestelar de la historia. Les enviarían como si fueran ratas de laboratorio, dentro de una nave que nunca antes había sido probada en esas condiciones.

Mi nave.

Tuve la horrible sensación de haber sido brutalmente engañado para crear una máquina de aniquilar vidas humanas. No es que estuviera a favor de arriesgar la vida de animales, pero habíamos elegido especies que habían demostrado una fuerte resistencia a la radiación. Si la protección de la nave resultaba ser insuficiente, los rayos gamma de las explosiones interestelares atravesarían la piel humana como los rayos del sol atraviesan una fina tela blanca.

Y, de repente, me asaltó una duda, un pensamiento tan aterrador que tuve que apagar por completo aquel vídeo. Ya no me interesaba en absoluto saber qué tipo de construcción estaba levantando el gobierno en Pafos, ni qué tenía que ver Guillermo Stark con todo esto.

Seguí leyendo los nombres de los archivos, hasta que llegué a uno que tenía toda la pinta de aclarar aquella duda. Se llamaba *tripulación*. Esperé a que se abriera, con las manos temblorosas y el corazón latiéndome a mil por hora.

La pantalla devolvió una lista de nombres ordenados por orden alfabético. Desplacé el cursor hacia abajo para descubrir justo lo que me estaba temiendo.

Aquella lista contenía el nombre de Leah Patroklou.

PARTE III



Xandra Tang

Viernes, 12 de diciembre de 2064

CEFF

No dejes que los farolillos te impidan...

Eran las cuatro y cinco de la mañana. El estruendo de aquella horrible alarma todavía sonaba a todo volumen en el edificio, pero yo sabía que, en cuestión de segundos, conseguiría ignorarlo por completo.

Las paredes, el suelo y el techo de mi celda eran transparentes, y podía ver cómo los demás reclusos, todos ellos enfundados en los mismos sucios y harapientos trajes grises de una pieza, comenzaban su rutina matutina. Los que no podían aguantar hasta la apertura de puertas, media hora más tarde, hacían sus necesidades en una esquina de la diminuta celda y se acurrucaban en la esquina contraria, esperando a poder salir de allí cuanto antes. Los más luchadores, Marcelo entre ellos, solían levantarse, correr en pequeños círculos hasta marearse y hacer flexiones y abdominales. Así se mantenían en forma para la exigente rutina a la que nos enfrentábamos.

Yo nunca había sido demasiado deportista, así que prefería sentarme en posición de meditación, repitiendo en mi mente el último consejo que mi hermano me había dado antes de morir, haciendo que aquella frase sonara más fuerte que la insistente alarma hasta canalizar mi odio en la energía positiva que me ayudaría a sobrevivir un día más.

No dejes que los farolillos te impidan disfrutar la oscuridad.

Sabía que necesitaría esta energía cuando las puertas de aquella celda se abrieran.

Junto con los demás reclusos de mi equipo, a las cuatro y media sería llevada al campo de trabajo, una serie de viejos almacenes adyacentes a la prisión. Allí éramos sometidos a todo tipo de pruebas bajo la atenta mirada de los violentos e irascibles guardias y de varios misteriosos individuos que siempre vestían una bata blanca. Ellos eran los que decidían, basándose en nuestros resultados, qué miembro del equipo resultaría el elegido en la purga de aquel día. Algunas de esas pruebas podían ser clasificadas como trabajo: ensamblaje de piezas, construcción de módulos de vivienda o reparación de productos. Sin embargo, otras muchas estaban únicamente destinadas a evaluar nuestras destrezas, tanto físicas como mentales. Yo no destacaba en las primeras, pero tenía la sensación de que, si no había sido incluida ya en la purga, era gracias a mi habilidad para resolver jeroglíficos, acertijos, problemas matemáticos y todo tipo de retos intelectuales.

Tras una intensa jornada de trabajo, sin descanso y ningún tipo de alimento, llegaba la temida hora de la purga: cada equipo debía acudir al patio central de la prisión y entrar en uno de los doce compartimentos construidos específicamente para esta causa. Estos compartimentos, a los cuales llamábamos jaulas, eran cuadrados y del tamaño de un dormitorio, se hallaban dispuestos en tres filas, y estaban delimitados por vallas fuertemente electrificadas. Los reclusos entrábamos despacio, con gran cuidado de no tocar el marco de la puerta y recibir una descarga que nos dejase fritos. Una vez dentro, nos apelotonábamos en el centro, intentando poner por lo menos un metro de distancia entre el grupo y la valla.

Dos guardias subían entonces a una torre de control que se alzaba delante de nosotros y pronunciaban un nombre por equipo. En total, doce personas eran nombradas. Todas ellas debían abandonar su respectiva jaula y acudir sin ser forzadas hacia el edificio que se encontraba a nuestra derecha, al cual los reclusos nos referíamos como el crematorio. Nadie sabía con certeza si realmente había un crematorio dentro, pero si sabíamos que quien entraba nunca volvía a salir. Muchos de los elegidos se encontraban tan exhaustos y agotados mentalmente que caminaban hacia el crematorio con paso lento pero decidido, como si se alegraran de poner fin a su sufrimiento.

Sin embargo, algunos se resistían, y era entonces cuando había muchas probabilidades de que comenzara una masacre. Si el elegido no había abandonado la jaula en un minuto, los guardias comenzarían a disparar aleatoriamente al resto del equipo. Muchas veces eran los propios compañeros los que intentaban evitar esta situación. Para ello, trataban de lanzar al elegido contra la valla electrificada, lo cual resultaba en horribles peleas que normalmente acababan con la vida de varios reclusos.

Los antiguos presos solían referirse a la prisión como *el CEFF*, aunque realmente nadie sabía lo que significaba. Había perdido la cuenta de los días que llevaba encerrada allí, pero imaginaba que ya habríamos entrado en el mes de diciembre. En aquel momento, mi equipo estaba compuesto por unas veinte personas. Al principio, este número era mayor y permanecía constante, ya que los que morían en la purga eran reemplazados por nuevos reclusos inmediatamente. Sin embargo, hacía días que no ingresaba nadie, y el equipo iba menguando. Teníamos prohibido el contacto con otros equipos, pero era evidente que ellos también se encontraban en la misma situación. Me preguntaba si continuarían con esta tortura hasta eliminarnos a todos.

Nuestro equipo estaba formado principalmente por inmigrantes sirios y libaneses. Recuerdo haberme sorprendido de que hubiera tantas personas de este origen en el CEFF mientras que en Galatea apenas eran una minoría. Hablando con ellos fue cuando descubrí que la EBR tenía una política de inmigración que podría haber sido calificada como estricta por el mismo Hitler. Cuando todos aquellos inmigrantes llegados en patera eran alcanzados por alguna patrulla de *agops* en la bahía de Famagusta, la decisión era simple: si tenían algo que aportar al país, podrían acceder a Galatea. De lo contrario, y esto era lo que ocurría en la gran mayoría de los casos, serían enviados al CEFF, donde les esperaba una muerte casi segura.

Estos inmigrantes procedían de países en los que la guerra y el hambre estaban arrasando con la población. Por ello, no tenían nada que perder. Se lanzaban en arcaicas pateras al mar Mediterráneo con la esperanza de llegar a Chipre o a Turquía. Allí, en el peor de los casos,

acabarían en la cárcel, donde no tendrían problema de vivienda o alimentación. Poco sospechaban que Chipre no estaba dispuesta a desperdiciar sus preciados recursos en mantener con vida a personas sin educación y que, dado su origen, ofrecerían grandes problemas de adaptación al sistema de la EBR. La gran mayoría eran enviados al CEFF. A su pobre condición física y mental resultante de las condiciones de vida en su país, había que añadir el debilitamiento producido por su horrible viaje a través del Mediterráneo. Por ello, eran las principales víctimas de la purga.

—¡Mehdi Saad! —gritó uno de los guardias desde la torre cuando llegó el turno de nuestro equipo aquella tarde.

Marcelo y yo nos miramos aliviados. Estábamos seguros de que en nuestro equipo había muchos candidatos a ser purgados antes que nosotros, pero no por ello los instantes previos al momento decisivo dejaban de ser angustiosos.

Pronto el alivio dejó paso a la amargura cuando todos volvimos los ojos hacia el elegido. Mehdi era un chaval libanés de apenas catorce años que llevaba exactamente cinco días con nosotros. Recuerdo bien este número porque la familia de Mehdi estaba compuesta por cinco miembros, y él fue el último de ellos en sucumbir a la purga. La familia Saad había llegado al CEFF en unas condiciones lamentables. Además de presentar señales inequívocas de inanición, era obvio que los guardias se habían ensañado con ellos. Mehdi, su padre y su hermano mayor habían sido objeto de una brutal paliza. El peor parado había sido su padre, que apenas podía caminar ni tampoco ver nada a través de los bultos de sangre coagulada que tenía en cada ojo. Pero su sufrimiento no era nada comparado con lo que debían haber pasado su mujer y su hija menor que, aparte de los obvios golpes, mostraban terribles regueros de sangre bajándoles por las piernas. Cuando llegaron a nuestro barracón, todos nos compadecimos de ellos, pero tampoco pudimos evitar el pensamiento de que nuestras vidas se acababan de alargar unos días. Era obvio que la purga se iba a cebar con ellos. Además, las familias siempre eran las más pacíficas. Gracias al miedo a que los guardias disparasen a sus seres queridos, el elegido siempre abandonaba la jaula sin ofrecer ninguna resistencia.

El grupo formó un pasillo para dejar pasar a Mehdi. Todos le tendíamos la mano en silencio mientras se acercaba lleno de lágrimas a la puerta, en una especie de último homenaje que se había convertido en tradición. Sentíamos tristeza, rabia e impotencia por lo que le habían hecho a él y a su familia, pero también porque sabíamos que al día siguiente nos tocaría a uno de nosotros, y esta vez la competencia sería mucho más dura. ¿Llegaría mi turno en los próximos días? ¿O le tocaría a Marcelo? No hacía mucho que le conocía, pero ya no podía imaginarme la vida en prisión sin él. Era mi único amigo, y los dos procurábamos no relacionarnos con el resto del grupo: la experiencia nos había enseñado que no valía la pena encariñarse con nadie.

El alboroto en la jaula vecina nos sacó de nuestro breve duelo. El hombre que había resultado elegido se negaba a caminar hacia el crematorio. Era un hombre de gran altura y de constitución fuerte que permanecía en posición de defensa en una esquina del recinto vallado. Se había quitado la camiseta, obviamente con la intención de que sus marcados músculos intimidasen al resto del grupo, algo que parecía funcionar. El pánico parecía haber cundido en el resto de su equipo. Las mujeres lloraban y abrazaban a los niños para protegerlos de la ráfaga de tiros que llegaría en unos segundos. Algunos hombres se acurrucaban cobardemente, y otros rodeaban al elegido sin saber muy bien que hacer. Los guardias rodearon la jaula y levantaron sus armas.

Finalmente, uno de los hombres se lanzó a por el elegido con la intención de empujarle a la valla. Éste se lo quitó de encima con una facilidad pasmosa, cogiéndole como si fuera un balón de rugby y lanzándole a la valla en un increíble vuelo a dos metros de altura. Su cuerpo se sacudió en fuertes espasmos, y todos supimos que había muerto antes de golpear el suelo.

Quedaban cinco hombres rodeando al elegido. Uno de ellos gritó algo a los demás en árabe, a lo cual respondieron afirmativamente. Reconocí cómo contaban hasta tres. Acto seguido, se lanzaron a por él. El elegido consiguió dejar fuera de combate al hombre que había iniciado el ataque con un tremendo puñetazo directo a la cara, pero no pudo evitar que los otros cuatro le alcanzaran. Le agarraron cada uno por una extremidad y comenzaron a balancearle de un lado a otro, con

la intención de lanzarle hacia la valla. Le soltaron cuando ya habían adquirido la inercia suficiente, pero no sin que el elegido consiguiera agarrar a uno de ellos por el brazo. Ambos fueron arrojados hacia la valla y electrocutados inmediatamente. Sus cuerpos permanecieron en contacto con ella hasta que los guardias los empujaron desde fuera. Para entonces, una nube de humo comenzaba a ascender sobre los chamuscados cuerpos y un nauseabundo olor invadió el patio central. Aunque los guardias ya habían bajado las armas, los reclusos que vomitaron recibieron de inmediato un disparo en la cabeza.

Tras este espectáculo dantesco, el resto de la purga pareció transcurrir sin grandes incidentes. Unos minutos después, Marcelo y yo avanzamos en silencio hacia el comedor con el resto del grupo, conducidos por los guardias, que aquel día parecían satisfechos con el resultado de la purga.

Por mucho que lo intenté, esta vez no conseguí que la frase de mi hermano me tranquilizara.

—¿No vas a cenar nada? —me preguntó Marcelo en el comedor al levantar la cabeza de su plato y ver el mío lleno. Los demás reclusos de nuestro equipo, sentados a nuestro alrededor, nos ignoraban mientras engullían aquel desagradable potaje.

—Se me ha quitado el hambre después de la purga de hoy. Puedes tomar mi cena si quieres.

—Necesitas energía, Xandra.

—¿Para qué? ¿Para poder sobrevivir más purgas y presenciar espectáculos como el de hoy? ¿Para ver cómo te llevan al crematorio o cómo un guardia te revienta la cabeza?

—Ya has visto a los guardias hacerme cosas mucho peores.

Se refería al día en que llegó al CEFF. Fotsis, uno de los guardias más sanguinarios, le había violado brutalmente nada más entrar en el barracón, justo delante de mí. Al día siguiente traté de hablar con él sin éxito. Durante los primeros días, Marcelo pareció estar ausente. Obedecía sumisamente las órdenes de los guardias, realizaba sus

trabajos como un autómatas y tenía la mirada y la apariencia de un fantasma. Cierta día decidí advertirle de que su pasividad podría acabar con él, y de que ya era hora de que se recuperase. Al fin y al cabo, no era el primero ni el último que había sido violado en una prisión. *Ojalá fuera la violación lo único que me preocupara*, respondió.

A partir de entonces, comenzamos a hablar más a menudo. Descubrimos lo solos que nos habíamos sentido y lo mucho que nos animaba la compañía del otro. Le conté cómo sospechaba que había sido arrestada por una conversación que había mantenido con mi amiga Leah, que también estaba en el CEFF y que formaba parte de otro equipo, aunque, aparte de unas miradas furtivas aquí y allá, nunca habíamos conseguido intercambiar ni una palabra.

Marcelo me contó cómo él creía que su mujer le había engañado todos estos años para que trabajara como espía para el gobierno chipriota. Al principio pensaba que le habían metido en prisión por su viaje a Antalya para realizar un test genético, pero ahora creía que el gobierno no sabía cómo deshacerse de él después de todo lo que había descubierto en su etapa de espía. Lo que más deseaba en este mundo era ver a su hija y poder obtener una explicación por parte de su mujer. A medida que pasaban los días, esta posibilidad me parecía más remota. Sin embargo, la fe de Marcelo, al contrario que ocurría con la de los demás miembros de nuestro equipo, crecía un poco más cada día que conseguía sobrevivir.

Aquel día estaba especialmente animado.

—Tiene que haber un final —continuó—. De lo contrario, ¿para qué someternos a todas estas pruebas y torturas?

—La crueldad humana no tiene límites, Marcelo.

—Aquí sucede algo más. Si quisieran deshacerse de una persona por equipo cada día, bastaría con ponernos en fila y pegar un tiro al elegido. ¿Para qué construir aquellos recintos electrificados y poner todas esas reglas? Es como si estuvieran estudiando nuestro comportamiento.

—¿Y qué más da que nos traten como a ratas de laboratorio? El final será el mismo para todos.

—También están todas esas pruebas. ¿Te has fijado lo elaboradas y específicas que son? Ayer me colocaron unas lentes de realidad virtual y tuve que salir de un complicado laberinto. ¿Para que querrían evaluar mi capacidad de orientación?

—Quizá estén estudiando nuestros cuerpos y cerebros con objetivos científicos. Pero repito, ¿cómo va a cambiar esto el hecho de que todos acabaremos pasando por el crematorio?

—No sé si lo va a cambiar. Pero sé que, si hay una esperanza, ésta pasa por aguantar lo más posible. Fíjate cómo ya no traen nuevos reclusos. Algo me dice que el final está cerca.

—¿Y cuál es el final, según tú?

—No tengo ni idea de cuál es el objetivo, pero diría que están forzando una selección natural que llevará a la creación de un equipo. Un equipo donde solo tendrán cabida los más fuertes, tanto física como mentalmente. De hecho, no solo los más fuertes, sino también aquellos que demuestren poder salir airosos de ciertas situaciones. Como en la purga de hoy. Parece que el hombre que consiguió reunir a cuatro compañeros para lanzarse a por el elegido sobrevivió al final. Si no hubiera tenido aquella idea, probablemente habría acabado muerto a manos de los guardias.

—Sus compañeros participaron del mismo plan y no todos tuvieron la misma suerte.

—No hay que subestimar el factor suerte. Si la tienes, es porque la has buscado.

—De acuerdo, pongamos que tienes razón, ¿qué tipo de objetivo podría tener el equipo ganador? Si el camino ha sido así de duro, no quiero ni imaginar para lo que nos están preparando.

Marcelo pareció no saber que responder. Pero, tras unos segundos, envolvió mis manos entre las suyas y continuó.

—Xandra, sé que vivimos situaciones diferentes. Mi esperanza se encuentra ahí fuera, mientras que en tu caso, todo el que te importa se encuentra aquí dentro. Para ti, sobrevivir significaría, con gran probabilidad, verme morir a mí y a Leah. Pero fuiste tú la que intentó animarme hace ya unas semanas. ¿Qué pasaba por tu mente entonces?

¿Qué era lo que mantenía tu esperanza?

Estuve a punto de contarle cómo el gobierno chipriota me había brindado la oportunidad de colaborar a derrocar la cúpula corrupta de mi país, algo que llevaba toda mi carrera intentando. Acababa de finalizar el Informe Xihu sobre la trama del metano. En él, reunía todas las pruebas que involucraban al gobierno, a Sipecorp y a su presidente Lu Jing en la extracción de hidrato de metano en la fosa de Xihu. Había entregado el informe a Teresa Liberopoulos, que prometió hacerse cargo del asunto y ponerse en contacto conmigo en cuanto tuviera algo que contarme. Sin embargo, antes de que eso ocurriera, fui arrestada. ¿Estaba mi ingreso en prisión relacionado con la desaparición de Leah? ¿O era la forma que el gobierno chipriota tenía de librarse de mí ahora que no me necesitaba? Durante los primeros días en el CEFF, pensé que en cualquier momento me sacarían de allí alegando un malentendido, pero poco a poco fui perdiendo la esperanza. Al fin y al cabo, ya había hecho mi trabajo y la EBR no me necesitaba.

Ahora que la derrota del gobierno chino parecía tan cercana, no quería morir sin ver cómo esto ocurría. Solo pensar en ello me hizo recobrar fuerzas. Sin embargo, no conté nada a Marcelo acerca de este proyecto. Esta información podría traerle problemas, y quería protegerle. Agarré sus manos y apreté con fuerza mientras hacía un esfuerzo por sonreír.

—No sé qué haría si no estuvieses aquí, Marcelo —admití mientras cogía la cuchara y la llenaba de aquel viscoso potaje.

Marcelo no dijo nada. Simplemente me sonrió, y después me hizo un gesto para que comiera deprisa. En cinco minutos los guardias nos llevarían al barracón.

Cuando estaba a punto de terminar el plato, Marcelo volvió a hablar.

—Hoy me ha visitado.

—¿Quién? —respondí, aunque supe de quien hablaba antes de terminar la pregunta.

—Larissa. Nada más sonar la alarma matutina, me llevaron a una especie de sala de visitas, y allí estaba ella.

—¿Es esta la razón por la que estás tan optimista hoy? —pregunté, intentando ocultar todo atisbo de celos o decepción.

—Quizá optimista no sea la palabra exacta... pero digamos que he descubierto algunas cosas. De hecho, todo lo que te acabo de contar sobre un potencial equipo ganador tiene un fundamento.

—Cuéntamelo todo.

—Larissa reconoció estar involucrada en el engaño desde el principio —comenzó, y me sorprendió que no se encontrara destrozado tras esta confesión—. Me contó cómo nada había sido casualidad: nuestro primer encuentro en un avión en Santiago, nuestra boda, e incluso nuestra hija. Por lo visto, Larissa sí que es profesora, pero también tiene una doble vida a las órdenes de Teresa Liberopoulos. El objetivo era que en algún momento yo les proporcionara información de gran utilidad para sus planes. Y vaya si lo consiguieron. Pero, según sus palabras, al descubrir que me habían manipulado, me convertí en una amenaza para la EBR.

Miré a Marcelo dubitativa, pensando si debería decir lo que me estaba pasando por la cabeza. Decidí ser sincera.

—Es decir, tus peores sospechas se han confirmado. Tu matrimonio es un engaño y el gobierno chipriota te ha exprimido hasta el punto de hacerte traicionar a tu país y enviarte a un campo de concentración que hace a los gulags norcoreanos parecer patios de juegos infantiles. ¿Dónde están las buenas noticias?

—Larissa era la misma de siempre. No me dio la sensación de que para ella nuestro matrimonio fuera una farsa. Seguía hablando de cómo vamos a superar este obstáculo, de cómo debo entender la situación en la que le puso el gobierno, y de cómo he de apoyar la decisión que se vio obligada a tomar.

—¿Está loca? ¿O qué pretende?

—Está convencida de que el bien de la EBR es una causa mayor que el bien de un matrimonio cualquiera. Dijo que me quiere con locura, pero que sería irresponsable por su parte rechazar una propuesta de su gobierno como aquella. De hecho, dice que debería estar orgulloso de tener una mujer así de comprometida con el futuro de la humanidad.

—¿Y piensas perdonarla?

—De momento pienso usarla para salir de aquí. Después ya veré cómo salen las cosas. Está claro que sus ideas y las mías respecto al matrimonio son muy diferentes, pero debemos pensar en lo mejor para nuestra hija.

Fue en ese momento cuando me di cuenta que Marcelo no había aceptado que iba a morir.

—¿Por qué das por supuesto que vas a salir de aquí?

Marcelo me miró con una sonrisa enigmática.

—Fueron sus palabras al despedirse. Me dijo que estaba orgullosa de mí por estar pasando por todo esto. Que algún día, cuando todo esto acabe, me hará feliz haber sido una pieza clave en el establecimiento de la *civilización superior* de la que formaremos parte.

No quería pinchar su burbuja, pero me vi en la obligación de hacerlo.

—Solo dime una cosa, Marcelo. Si vas a formar parte de dicha civilización superior, según ella dice, ¿por qué retenerte aquí ahora? ¿Qué beneficio obtiene la EBR con tu martirio?

Marcelo abrió la boca para responder, pero quedó paralizado por una expresión de terror antes de que pudiera decir nada. Miré hacia atrás, y vi cómo Fotsis y otros dos guardias se acercaban hacia nosotros.

Se pararon delante de mí y me miraron durante unos instantes que se me hicieron eternos. Al fin, Fotsis habló, dirigiéndose a los otros dos guardias.

—Es ella. Esposadla y sacadla de aquí.

Me llevaron a uno de los edificios cercanos a la entrada del CEFF, aquellos a los que los reclusos teníamos prohibido acercarnos. Una vez dentro, subimos hasta el tercer piso, donde caminamos por un largo pasillo blanco con luces halógenas y sin ningún tipo de decoración. Los guardias abrieron una puerta sin letrero a mano derecha y me hicieron pasar.

Lo que vi me dejó con la boca abierta.

Estaba en el salón de mi casa. Reconocí mi sillón de trabajo, reclinado hacia atrás y con un cojín rojo atado al respaldo, a la altura de la cabeza, con la cinta de mi albornoz. El paquete de kourabiedes que siempre descansaba al lado del sillón. Las bolas de papel que todavía adornaban el suelo después de mi último día de trabajo. Y... *no puede ser...* mi gato Karin, que avanzaba hacia mí maullando y frotándose contra las esquinas de los muebles.

No es que hubieran tratado de copiar mi salón, es que *era* mi salón. Debían haber extraído el módulo que lo contenía y haberlo insertado en aquel edificio. Y alguien debía haber estado alimentando a Karin todo este tiempo, ya que estaba tan gordo como siempre.

—Siéntese, por favor —dijo uno de los guardias señalando el sillón.

Obedecí al instante, y los guardias cerraron la puerta por fuera en cuanto me senté. Había olvidado la increíble sensación de reposar mi cuerpo sobre una superficie suave y mullida, y casi no pude reprimir un gemido de satisfacción. Permanecí sentada un buen rato, con el respaldo hacia atrás y mirando hacia la pantalla del ordenador central que, aunque apagada, todavía seguía desplegada en la pared de enfrente. *Pasé horas y horas sentada en este sillón y nunca me di cuenta de lo cómodo que es, pensé. Si algún día salgo de aquí, me obligaré a apreciar los pequeños lujos.*

Karin se acurrucó sobre mi regazo y comenzó a ronronear, algo que siempre me producía sueño. Comenzaba a quedarme dormida cuando la puerta se abrió y Teresa Liberopoulos entró con paso decidido. Desde que había accedido a la presidencia, había cambiado su eterno traje gris por uno del mismo corte pero de color azul marino. Había adelgazado, lo cual endurecía sus rasgos, y se había dejado crecer el pelo, que ya era más blanco que gris y que recogía hacia atrás en una tirante coleta. Ya no parecía aquella abuelita risueña. Sin decir nada, se acercó a mí y me tendió la mano.

Durante unos instantes, no supe cómo reaccionar. ¿Debería estar agradecida por sacarme de la prisión? ¿O furiosa por lo que me habían hecho pasar? ¿Qué rol había desempeñado ella en todo esto? La miré fijamente, pero su semblante carecía de expresión. Decidí estrecharle la mano y ver que ocurría después.

—Tenemos una situación de emergencia, señora Tang. He venido a pedirle ayuda —dijo.

—Es curioso, porque a mí también me gustaría pedirle ayuda a usted.

Me miró sorprendida. Me di cuenta de que, desde que había asumido la presidencia, se debía haber acostumbrado a que la obedecieran sin más.

—Supongo que quiere pedirme su liberación —me contestó secamente.

—No sé, quizá esté siendo demasiado escrupulosa, pero este nuevo alojamiento con el que me han obsequiado no cumple del todo mis expectativas. Llámeme consentida, pero la explotación, la violencia y el miedo diario a la muerte no terminan de convencerme. ¿Qué le parece si nos planteamos una mudanza? Quizá así aumente mi motivación por prestarle mi ayuda.

—Me temo que no puedo hacer nada al respecto. Pero estoy segura de que conseguiré salir del campus por sus propios medios. Al fin y al cabo, ya ha salido airosa de situaciones peores. ¿Se acuerda de cuando perdió la documentación de Lu Jing en aquel hotel de Macao?

Su respuesta me devolvió de nuevo a la Tierra. Supongo que por un momento pensé que sería liberada.

—¿Puede decirme por lo menos las razones de mi arresto? —le pregunté, sin muchas esperanzas de que me contestara. Sabía que me tenían en su poder y que no estaba en posición de exigir nada. Me maldije por no haberme guardado información confidencial del informe Xihu para poder negociar. Había confiado plenamente en los mandatarios chipriotas, y ahora estaban resultando ser tan desalmados como los de mi país. Me encontraba totalmente a su merced.

—Mi última pregunta no era retórica. ¿Se acuerda?

—¿Perdone?

—¿Se acuerda de cuando perdió la documentación de Lu Jing en aquel hotel de Macao?

—Claro que me acuerdo. Aquellos papeles fueron descubiertos y eso alarmó a las autoridades. Me convertí en fugitiva y por eso acabé

aquí. En los últimos días me he maldecido a mí misma a menudo por no haber tenido más cuidado con aquellos documentos.

—¿Nunca se ha preguntado en manos de quién acabó aquella documentación?

La miré entre confundida y sorprendida. Entonces recordé que estaba tratando con la presidenta de un gobierno especialista en espionaje. No era tan extraño que hubieran investigado las causas que dieron conmigo en Chipre.

Liberopoulos encendió la pantalla de grafeno de la pared y la conectó a sus lentes. De inmediato apareció una foto de alguien que me resultaba muy conocido.

—Wenbo Jiantxi —musité. Era mi antiguo jefe en la organización activista Zhēnlǐ zhī dào.

—Correcto —respondió la presidenta con una sonrisa—. El señor Jiantxi trabaja con nosotros desde hace mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo exactamente?

—Lo suficiente como para seguir sus movimientos desde que le conoció en la universidad. Jiantxi estaba emocionado con usted. Aseguraba que era la mejor investigadora que había conocido en mucho tiempo. Y que, además, era usted ambiciosa.

—¿Qué tiene que ver Wenbo con el incidente de Macao?

—Supimos de sus planes desde el comienzo. Kozo, como hace llamarse su colega Zuo Chan, es un buen hacker, pero no tanto como los nuestros. Cuando le contamos sus planes a Wenbo Jiantxi, le dolió que no le hubiera incluido en ellos después de todo lo que él hizo por usted.

—Lo hice para protegerle —me sorprendí excusándome. Quizá esto era cierto en parte, pero también sabía que mi jefe nunca habría aprobado una operación tan arriesgada.

—No se lo tome a mal. Jiantxi siempre le protegió, incluso después de que le traicionara. Cuando le pedimos que le siguiera a cambio de financiación para ayudarle a mantener a flote Zhēnlǐ zhī dào, no se lo pensó dos veces. Al fin y al cabo, el objetivo inicial era protegerle a usted y a la potencial información que pudiese conseguir. Y menos mal

que lo hicimos.

—¿Recogió Wenbo los papeles que perdí en el hotel?

—Para ser exactos, no solo los perdió en el lobby del hotel, sino también en la calle. Se le volaron mientras corría como un pollo sin cabeza.

—¿Qué información contenían?

—Se trataba del pre-contrato de Sipecorp con el gobierno chino para comenzar las obras de construcción de la planta de extracción de hidrato de metano. Así fue como descubrimos todo.

Las piezas empezaban a cuadrarme. Pero aún había algo que no encajaba.

—Un momento. Entonces... ¿cómo me descubrió la policía china si la información estaba a salvo con Wenbo?

—De hecho, fui yo misma la que mandé aquel correo anónimo a las autoridades de Macao. En cuanto analizaron los videos y las cuentas del Delta Hang Bank se dieron cuenta del gran golpe —contestó con gran serenidad.

—¿Y por qué haría usted eso?

—Usted era la persona más adecuada para continuar la investigación del metano. Y, para serle sincera, Zhēnlǐ zhī dào no era precisamente la manera más segura de hacerlo.

—Así que se aseguraron de que no podría seguir viviendo allí. No les salió mal. Pero podría haber esperado un poco para mandar ese correo. Me habría ahorrado una buena carrera.

—Queríamos traerla cuanto antes. Sabíamos que éramos la única solución para usted y pensábamos que Kozo sería más espabilado y daría con la solución antes. Tuvo que pasar más de un mes para que se decidiera.

—¿Por qué no llamar ustedes?

—¿Y darle la sensación de que la necesitábamos? Ambos sabemos que eso le habría subido los humos demasiado. Mejor que pensara que era usted la que nos debía un favor.

Tuve que cerrar los ojos y frotarme la cara con las dos manos, un

gesto que solía hacer cuando me costaba creer algo. La precisión con la que me habían manipulado era increíble.

—¿Y todo para esto? —acerté a preguntar—. ¿Para acabar conmigo en esta prisión de mierda?

—Sé la impresión que le estamos dando, señora Tang. Cree que ya le hemos utilizado para conseguir nuestro objetivo y, ahora que no le necesitamos, le enviamos al campus. Pero las cosas nunca son lo que parecen.

—¿Campus, dice? ¿Usted sabe lo que está ocurriendo aquí dentro? ¿Por qué no llamarlo campo de exterminio?

—Sé todo lo que ocurre en mi país. Y en gran parte del extranjero.

—¿Y aun así tiene la vergüenza de decir que le importa mi seguridad?

—Exactamente de eso se trata, señora Tang. Si usted ha ingresado en el campus, es por su propia seguridad.

—Voy a necesitar una explicación.

—¿No se dio cuenta de que le extrajeron su CNI el día que ingresó?

—Lo hacen a todos los reclusos. Y sin ninguna delicadeza, por cierto.

—Este es el único lugar del país donde se puede vivir sin CNI. Si usted permaneciera ahí fuera, no podríamos quitárselo. Y eso significaría que ciertas personas de su país con gran poder y poca simpatía hacia usted podrían detectarla con gran facilidad. Y eso también nos implicaría a nosotros. Simplemente, no podemos permitirnos que sea libre.

—Para eso, aquellas personas tendrían que buscarme en Chipre.

—Y créame que lo harán. Usted es la causa de que hayan tenido que dimitir.

—¿Cómo ha dicho?

—Me ha oído bien. He de darle la enhorabuena, señora Tang. Su informe ha provocado la dimisión del presidente chino y del director ejecutivo de Sipecorp, además de la suspensión del plan para la extracción de hidrato de metano en la fosa de Xihu.

Tuve que contener un grito de euforia. Por un momento, las miserias que me habían rodeado las últimas semanas pasaron a un segundo plano. Había conseguido mi gran objetivo. Hoy, el mundo era un lugar un poco mejor gracias a mí.

Me recosté sobre mi sillón sin poder borrar una gran sonrisa de mi cara. Liberopoulos me dejó disfrutar del momento durante unos segundos en los que se paseó por la habitación con las manos entrelazadas a su espalda, con aire pensativo.

Finalmente, volvió a colocarse enfrente de mí.

—Como le decía, no solo le he convocado aquí para darle las buenas noticias. También he de pedirle algo.

—¿De qué se trata? —Ahora me encontraba mucho más receptiva.

—Hemos perdido el contacto con su colega Kozo. Él fue quien nos ayudó a hacer llegar nuestro ultimátum al gobierno chino, pero no hemos sabido nada de él desde entonces. Tememos que le haya ocurrido algo. Es posible que simplemente se haya cansado de trabajar para nosotros y haya decidido desaparecer del mapa, pero nos gustaría asegurarnos de que está bien. Al fin y al cabo, posee mucha información confidencial que no nos haría ninguna gracia si viese la luz.

—¿Y cómo puedo ayudarles?

—Nos gustaría que fuera usted quien se pusiese en contacto con él a través de su número de teléfono. Quizá así él se anime a responder.

Zuo sabía cuidar de sí mismo, pero es cierto que acababa de colaborar en la caída de las personas más importantes del país. Temí que sus recursos no fueran suficientes para enfrentarse a ellas y de repente sentí miedo por lo que le pudiese haber ocurrido.

—Le he traído sus lentes —dijo Liberopoulos mientras me entregaba una pequeña caja—. ¿Sería tan amable de llamarle desde aquí?

—De acuerdo —contesté sumisa mientras abría la caja.

Me coloqué las lentes y el auricular, y me invadió una sensación de nostalgia cuando todas aquellas familiares pantallas que hacía tanto tiempo que no veía invadieron parte de mi campo de visión. Decidí

que, cuando saliera de allí y volviera a llevar lentes, eliminaría varias aplicaciones del atestado escritorio. Era un milagro que no fuera chocándome contra las farolas por la calle.

—Conecte sus lentes a la pantalla de grafeno, por favor —ordenó Liberopoulos.

—¿Es que no se fía de mí?

—Hágalo —la presidenta elevó la voz y su semblante se ensombreció. Me di cuenta de que podía ser bastante intimidante.

La imagen de mi escritorio sobre un fondo azul apareció en la pantalla de grafeno. Abrí el registro de llamadas para buscar el contacto de Zuo.

—¿Qué está haciendo? Busque el número en la agenda por favor.

—Es más fácil buscarlo en el registro. Él es una de las únicas dos personas a las que llamo, así que le encontraré más rápido aquí.

—Simplemente haga lo que le digo.

Cerré el registro a regañadientes, pero no sin percatarme de algo extraño. El resumen indicaba que había 16 llamadas de Zuo desde el 25 de octubre, el día que había sido arrestada. Sin embargo, no había indicación alguna de que me hubiera dejado ningún mensaje. Conocía a Zuo. No era el tipo de persona que perdiera el tiempo llamando a personas que no contestaban. Después de cada llamada solía dejar un mensaje y esperar a que le volvieran a llamar. Resultaba difícil de creer que no hubiera hecho eso con ninguna de las 16 llamadas allí registradas.

El gobierno chipriota había estado en posesión de mis lentes. ¿Habrían borrado ellos estos mensajes? ¿Habría algo en ellos que no quisieran que yo viera? Quizá Zuo había intentado avisarme de algo...

Y fue entonces cuando me di cuenta.

¡Había estado a punto de ser manipulada otra vez!

La EBR no estaba buscando a Zuo para *protegerle*.

Yo no estaba en aquel *campus* por mi propia seguridad.

Y con toda probabilidad, nadie en China había dimitido.

Pero con todo este cuento, Liberopoulos casi había conseguido

engañarme para que hiciera esa llamada. Lo más probable es que Zuo se hubiera dado cuenta de lo que Chipre estaba intentando hacer y les había puesto en alguna situación comprometida. Ahora necesitaban encontrarle, y yo era la llave para hacerlo.

Decidí poner a prueba mi teoría.

—Sáquenme del CEFF —dije mientras cerraba la agenda de teléfonos.

—¿Cómo dice?

—No solo a mí, también a Leah Patroklou y a Marcelo Salas. Me da igual donde nos alojen. Puede ser un piso vigilado fuera de Galatea, para que se aseguren de que nuestra falta de CNI no ocasiona ningún problema. Qué cojones, como si nos mandan en velero al Mediterráneo. La única condición es que nos saquen de aquí. Asegúremelo, y haré esta llamada.

Mediante esta propuesta, averiguaría si su historia era cierta. De serlo, no podría negarse, y yo saldría de allí junto a Leah y Marcelo. De lo contrario, sabría que no debía llamar a Zuo, ya que eso significaría revelar su paradero y ponerle en peligro. Volvería a prisión, pero por lo menos tendría la respuesta que buscaba desde que había entrado en el CEFF. En cualquiera de los dos casos, esta noche me iría a la cama más satisfecha que el día anterior.

Por desgracia, había olvidado que no me hallaba en posición de negociar nada.

La expresión de Liberopoulos adquirió un tono severo.

—Usted ha elegido este camino —dijo.

Cuatro *agops* armados entraron violentamente en el salón y se situaron delante de mí, apuntándome con sus ametralladoras. Karin huyó sobresaltado de mi regazo y corrió a esconderse en el dormitorio entre bufidos.

La presidenta volvió a conectar sus lentes a la pantalla de grafeno, y la imagen que mostró me dejó la sangre helada.

La señal llegaba a través de una cámara situada en una oscura sala del CEFF. Un hombre con un uniforme de la AGOP sobre el que colgaban varias medallas jugueteaba con una pistola mientras se

paseaba por la sala rodeando a dos personas sentadas en sendas sillas.

Eran Leah y Marcelo.

—General Beyoglu, le estamos viendo —dijo uno de los guardias a través de sus lentes.

—¿Por cuál de los dos empezamos? —respondió el general, y su voz se oyó a través de los altavoces de mi salón.

—Buena pregunta —dijo el guardia mientras se volvía hacia mí—. ¿Alguna preferencia?

El terror me había dejado muda. Al ver que no reaccionaba, el general Beyoglu levantó el arma hasta colocarla en la nuca de Marcelo.

Liberopoulos se acercó hacia mí lentamente, sin apartar una mirada de desprecio de mis ojos.

—¿Va a llamar ahora a Kozo?

Leah Patroklou

Del 10 al 24 de diciembre de 2064

CEFF

*I bet there's rich folks eating in a fancy dining car
They're probably drinkin' coffee and smoking big cigars.
Well I know I had it coming, I know I can't be free
But those people keep a movin'
And that's what tortures me...*

Durante mis años universitarios en Boston, *Folsom Prison Blues*, la canción favorita de mi abuelo, se convirtió en mi amuleto. Pese a su melancólico mensaje, aquella alegre melodía me devolvía a la felicidad de mi infancia. Quizá fuese por ello que mi subconsciente parecía pedir a gritos que la escuchara en los momentos de mayor euforia: tras salir de un examen con buenas sensaciones, después de besar a un chico que me gustaba o cuando mi compañera de piso cocinaba mi plato favorito. En definitiva, cada vez que mi cerebro segregaba dopamina, hacía sonar este tema. Como si fuera un perro de Pavlov, más adelante me di cuenta de que esta reacción comenzó a funcionar en sentido contrario. Si me hallaba decaída o nerviosa, solo tenía que reproducir esta canción para sentirme mucho mejor. Escucharla antes de cada examen se convirtió en un ritual que me hacía sentirme mucho más tranquila y preparada.

Diecisiete años después, en aquella horrible prisión de Chipre donde había sido encerrada, no tenía forma de reproducir esta canción, pero eso no fue obstáculo para hacer que sonara en mi cabeza a todas

horas. Sentía que lo necesitaba para mantener la cordura.

El mejor momento del día llegaba a eso de las seis y cuarto de la tarde. Tras comprobar que ni Xandra ni yo estábamos incluidas en la purga, el pánico daba lugar a la alegría de seguir viva. Era en ese momento, de camino al comedor, cuando hacía sonar *Folsom Prison Blues* con más fuerza. Sabía que necesitaría esa conexión cuando al día siguiente me despertara con el insistente ruido de aquella estruendosa alarma a las cuatro de la mañana, tiritando sobre el frío y duro suelo de una celda completamente vacía de paredes transparentes, asediada por las miradas lascivas de los reclusos más antiguos.

Aquella tarde trajo la confirmación de un rumor que cada día sonaba con más fuerza dentro de mi equipo: los guardias anunciaron que la llegada de nuevos reclusos se había detenido.

Eran las mejores noticias que había oído desde hacía mucho tiempo. La vida en el CEFF era una pesadilla, pero había algo todavía peor que el trabajo forzado, las torturas o incluso que la purga. Cada vez que llegaba alguien nuevo del exterior, traía consigo noticias de Galatea. Y, por lo visto, las cosas habían cambiado mucho desde la muerte de Panos Kana.

Los *agops* habían tomado la ciudad. Ya no se trataba de los agradables agentes de antes, aquellos que ayudaban a las ancianas a subirse al tranvía o que se aseguraban de que los patos no hiciesen sus necesidades en las pistas de atletismo. Estos *agops* iban armados, habían recibido formación militar y su objetivo era que nadie en Galatea se pasase de la raya, siempre según las estrictas pautas establecidas por el nuevo gobierno de Liberopoulos, que justificaba esta movilización con su plan para acabar con el emergente mercado negro de servicios.

Sin embargo, todo el mundo sabía que sus motivaciones iban mucho más allá. Cualquiera que en el pasado hubiese demostrado cualquier tipo de simpatía hacia el capitalismo había sido detenido, así como todos aquellos que no se mostrasen entusiasmados por la ideología de la EBR. Me recordaba a los comienzos de la Alemania fascista, pero con el gran agravante de la falta de privacidad.

El gobierno poseía información de todos los ciudadanos: todos los

productos y servicios que habían adquirido en los últimos años, toda la información que habían leído o compartido en la red, o todas las conversaciones online que habían mantenido. Y, por si eso fuera poco, las lentes de última generación también podían ser pinchadas para proporcionar acceso a muchos de los pensamientos de sus usuarios.

Nadie estaba a salvo. Era sumamente sencillo para el gobierno saber quién era fiel a la EBR y quien no lo era. Los alemanes por lo menos habían tenido la elección de esconder sus ideas, pero los ciudadanos chipriotas habían perdido el control de su destino. ¿Quién les iba a decir que una inocente opinión subida a la red hacía años o un estúpido pensamiento transmitido por sus lentes les iba a ocasionar tantos problemas? El pueblo estaba atemorizado.

¿Qué estaba ocurriendo ahí fuera? Si algo así como la sociedad perfecta existía, la Galatea de las últimas décadas se había asemejado mucho a ello, y ahora el nuevo gobierno estaba aniquilando todo aquel trabajo.

La información procedente del extranjero se había censurado. Si quedaba alguna manera de contactar con alguien de otro país, pocos se atrevían a hacerlo por miedo a las consecuencias. No sabíamos cuál era la reacción de la comunidad internacional ante lo que estaba ocurriendo en Chipre, y a los ciudadanos no les quedaba más remedio que creer lo que el gobierno les contaba.

Y lo que el gobierno les contaba no eran noticias alentadoras. Según Liberopoulos, una gran guerra a escala internacional estaba a punto de estallar debido a la tensión internacional provocada por la crisis energética. Los dos principales bloques económicos, Sudamérica y China, se hallaban enfrentados por el dominio del mercado del litio. Chile había intentado penetrar en los territorios que pertenecían a China de manera ilícita, violando el Acuerdo de Antofagasta que ambos países habían firmado en 2044 con métodos tan reprobables como sobornar al delegado chino en la Asamblea General de la ONU para que no vetara la independencia de Taiwán. Como resultado, Taipei había sido brutalmente bombardeada por China, y la comunidad internacional había señalado duramente a Chile, al que nadie se atrevería a defender ante un inminente ataque del gigante asiático. Sin

embargo, la potencia sudamericana tenía un as guardado en la manga. En cuanto se vieron en el ojo del huracán, hicieron público el Informe Xihu, que demostraba que China había comenzado a extraer hidrato de metano de la fosa del mismo nombre en el océano Pacífico. Esta acción iba claramente en contra del Protocolo de Luanda de 2028, que todos los países habían firmado ante la amenaza que suponía la importancia de este gas en la estrategia energética de las principales potencias mundiales. La liberación de metano a la atmósfera incrementaría el efecto invernadero hasta niveles inimaginables y haría que los efectos del cambio climático se acelerasen exponencialmente. Los dirigentes internacionales recibieron con horror estas noticias y se vieron obligados a actuar, lo que dividió al mundo en dos grandes bloques. Por un lado, estaban aquellos países que seguían incriminando duramente a Chile. Pensaban que sería suficiente con que China se retractase y cerrara la planta de Xihu, y que lo que había que detener era la intrusión de Chile en un mercado estable que llevaba veinte años funcionando de forma pacífica. Curiosamente, entre esos países se hallaban aquellos cuyo suministro energético dependía de China: África, Oriente Medio, India, el sudeste asiático y Oceanía. Por otro lado, estaban aquellos que veían a Chile como el único valiente que se había atrevido a hacer frente a China, el verdadero enemigo, el país que había iniciado el temido ciclo del metano. Para ellos, Chile pasó a ser la víctima de la trama. La totalidad del continente americano, junto con Europa y Rusia, prometieron defenderle en el caso de que China atacara. Casualidad o no, se trataba de aquellos países a los que Chile suministraba litio según el Acuerdo de Antofagasta.

Dada la situación, nadie esperaba que alguien en el mundo se preocupase por lo que ocurriese en un diminuto país como Chipre que ni pinchaba ni cortaba en toda la trama energética.

Los ciudadanos chipriotas tenían la sensación de que se encontraban solos. Hubo algún intento de manifestación que terminó en violentas revueltas, las cuales el gobierno se encargó de apagar brutalmente. Como resultado, se produjeron cientos de desapariciones. Si las noticias eran ciertas, habría habido arrestados que ni siquiera tuvieron la suerte de pasar por el CEFF.

El miedo comenzó a calar hondo en el pueblo. Ya no era suficiente con mantener una fachada pro-EBR, ya que cualquier desliz podría provocar la detención de uno. La solución estaba en *realmente* creer la propaganda gubernamental. Solo una sincera fidelidad a Liberopoulos podría asegurar la supervivencia.

Estos cambios se podían apreciar en los últimos prisioneros que llegaron al CEFF. Se mostraban arrepentidos de su pasado y proclamaban a los cuatro vientos las virtudes de nuestra presidenta y sus arraigadas creencias en las filosofías de Kana y Deligiannis.

Recibir nuevos reclusos no ayudaba en nada a mantener el optimismo y la esperanza para los pocos que quedábamos en nuestro equipo. Con cada nueva noticia que nos llegaba del exterior, daba la sensación de que la salvación estaba un poco más lejos y que, aunque esta llegara, volveríamos a un mundo completamente distinto del que habíamos abandonado y por el que no merecía la pena luchar. La moral de los presos estaba por los suelos. Como consecuencia, las purgas eran cada vez más pacíficas. Los elegidos abandonaban sumisamente los recintos vallados, con paso decidido y, en algunos casos, con una sonrisa.

En los últimos días no habían llegado nuevos reclusos, y el equipo parecía más animado. No solo habíamos dejado de recibir malas noticias del exterior, sino que también teníamos la esperanza de que esta situación pudiera significar futuros cambios. Al fin y al cabo, la purga no podría continuar indefinidamente... ¿Y qué podría ser peor que la purga?

Tras varias semanas en el CEFF, me di cuenta de que nunca antes me había sentido tan sola.

Pese a nuestros problemas matrimoniales, me costaba aceptar el hecho de que mi propio marido me hubiera entregado a las autoridades. En realidad no creía que aquella conversación con Xandra fuera la causa, estaba convencida de que lo había hecho para librarse de mí y no tener que pasar por el divorcio. En su escrupuloso círculo social, alguien divorciado no era de fiar, pero alguien que había sido

capaz de entregar a su esposa por el bien de la EBR era de lo más respetable. No por evidente resultaba menos doloroso. ¿Cómo podía haberlo hecho a sabiendas de que acabaría en un lugar como este? ¿Es que ser la madre de nuestro hijo no significaba nada para él?

Tampoco sabía nada de Chris, ya que nuestro contacto con el exterior estaba terminantemente prohibido. Me preguntaba qué mentiras le habría contado Ioannis para explicar mi desaparición.

Por la misma razón, llevaba más de un mes sin hablar con Ande. La última vez que le había visto fue cuando pasamos aquella noche mágica en la Bahía de la Higuera. Aparte de echarle de menos con todo mi corazón, tenía la amarga sensación de que el comienzo de algo hermoso se había visto truncado. Solo esperaba que entendiera que mi desaparición no había sido intencionada. Le faltaba confianza en sí mismo y era capaz de pensar que le había abandonado.

Tampoco podía hablar con Xandra. Me sentía horriblemente culpable por involucrarla en la conversación que acabó con las dos en el CEFF, y ni siquiera podía pedirle disculpas porque el contacto entre equipos estaba prohibido. Nuestras miradas se cruzaban de vez en cuando y podía darme cuenta de que su aspecto se iba deteriorando cada día. Los peores momentos eran los previos a la purga, cuando me sorprendía rezando para que su nombre no fuera anunciado por los guardias desde la torre.

Milos también había ingresado en el CEFF. Lo había hecho apenas dos días después de mí y acompañado por su amante Nayia. Por lo visto, su affaire había sido descubierto. Dada la situación en el exterior, no me sorprendió que su castigo fuese la cárcel. Hoy en día nadie se atrevería a iniciar una relación con un compañero de trabajo por miedo a que el gobierno creyese que existía algún tipo de relación de conveniencia.

Ambos fueron asignados a mi equipo. A pesar de lo ocurrido en nuestro último encuentro, me alegré de estar cerca de alguien conocido. Aproveché la cena de su primer día para sentarme con ellos y, al verles de cerca, me di cuenta de que tenían un aspecto miserable. Es cierto que todos vestíamos los mismos trajes grises, pero los suyos estaban llenos de jirones y manchas de sangre. No pude evitar fijarme

en que Milos ya no llevaba puesta la cadena con el crucifijo; probablemente había sido arrancada por los guardias. Sus caras eran un poema después de asistir a su primera purga y Milos intentaba animar a Nayia, que lloraba desconsoladamente sobre su hombro.

Al levantar la cabeza y verme, la sorpresa fue evidente en la expresión de Milos.

—Me alegro de verte aquí —me dijo tras recuperar la compostura.

—Yo también, Milos. Como has comprobado, este es un lugar difícil. Nos vendrá bien tenernos el uno al otro.

—No me has entendido, Leah. Quiero decir que me alegro de que te hayan hecho prisionera.

—¿A qué viene eso? —pregunté atónita.

—Lo tienes merecido por delatarnos a Nayia y a mí —Nayia había dejado de llorar y su desolación había dado paso a la furia en su rostro. Parecía a punto de abalanzarse sobre mí y clavar sus delicadas uñas en mis ojos.

—¿De verdad crees que fui yo?

Nayia ya se había levantado y tiraba fuertemente de la mano de Milos para marcharse de mi vista.

—Solo sé que eras la única que lo sabía —dijo mientras se levantaba y seguía a Nayia, que ya se había sentado en la mesa de enfrente.

Fantástico, pensé. Lo que más necesito ahora mismo son más enemigos.

Su hostilidad continuó durante semanas. Por mucho que intenté explicarles que Ioannis también lo sabía y que, con toda probabilidad, había sido él quien les había delatado, no conseguí recuperar su amistad. Milos parecía conformarse con ignorarme, pero Nayia estaba decidida a boicotear mi trabajo y mis pruebas diarias con el objetivo de hacerme pasar por la purga cuanto antes.

Un día estuvo a punto de conseguirlo. Los guardias nos habían llevado al taller y nos habían entregado una caja llena de chatarra a cada uno. *Cada caja contiene un proyector holográfico, dijeron. El último de vosotros que consiga ensamblarlo, tendrá el placer de escuchar cómo su nombre es pronunciado desde la torre central esta tarde.* Mis conocimientos de electrónica eran escasos, pero aun así tenía la esperanza de montar

el proyector antes que algunos de los débiles ancianos de pobre vista y manos temblorosas que había en nuestro equipo. Sentía pena por ellos, pero el castigo por ayudar a un compañero en una prueba individual era la muerte. Tras tres horas de prueba y error, el cacharro que tenía en mis manos ya se parecía bastante a un proyector y tenía esperanzas de que funcionase. Solo me faltaban algunas piezas. Sin embargo, en un momento de distracción de los guardias, Nayia se levantó para ir al baño y, al pasar por mi mesa, robó disimuladamente una de las piezas clave para terminar de ensamblar mi dispositivo. Al volver, y tras comprobar que los guardias no se habían enterado de nada, me dirigió una mirada triunfal, ignorando mi expresión suplicante. Se me pasó por la cabeza contar a los guardias lo sucedido, pero ya había visto antes cual era el destino de los chivatos. No había mucho que pudiese hacer. Decidí esperar a otro despiste de los guardias para robarle la misma pieza a Nayia. Era un plan bastante deficiente, ya que Nayia ya habría pensado en ello y estaría protegiendo la pieza. Opondría resistencia y llamaría la atención de los guardias, lo que significaría mi muerte inmediata.

Aun así, no se me ocurría otra solución.

Estaba a punto de levantarme cuando sentí unos toques en mi espalda.

—Toma la pieza que necesites de las mías, por favor —me susurró Grigori, un amable anciano ucraniano, al darme la vuelta.

—Gracias, Grigori, pero no puedo hacerlo.

—Leah, nunca conseguiré montar el proyector yo solo.

Grigori tenía razón. Sus torpes manos apenas podían hacer girar un destornillador, y sufría de unos ataques de tos constantes de los cuales tardaba minutos en reponerse.

—Tengo cáncer de pulmón —insistió—. Los guardias me harán un favor si me matan esta tarde. Me ahorraré un gran sufrimiento y me iré con la satisfacción de haber salvado una vida que vale mucho. Por favor, coge mi pieza.

Cuando Grigori oyó su nombre aquella tarde, me dedicó una cálida sonrisa mientras comenzaba el paseo hacia el crematorio, el último de

su vida. Entre lágrimas, decidí que debía hacer algo con respecto a Nayia.

La oportunidad se presentó al día siguiente, cuando Ahmad Ibrahim fue elegido para la purga. Ahmad era de los pocos presos que ya vivían en la cárcel antes de que ésta se convirtiera en el CEFF. De hecho, su caso era bastante famoso en Chipre: tenía el dudoso honor de haber protagonizado el único caso de violación en la historia de la EBR.

Incluso antes de llamarse CEFF, la prisión de Chipre no era precisamente un lugar de vacaciones. Si bien es cierto que la EBR era más permisiva que la mayoría de países con las faltas más leves, los jueces no se lo pensaban dos veces a la hora de castigar a aquellos que se pasaran de la raya. El consumo excesivo de recursos y la falta de productividad eran castigados con simples apercibimientos que no acarrearán ninguna consecuencia, pero un ciudadano que reincidiera repetidamente en estas faltas acabaría sin duda compartiendo celda con violadores y asesinos en cárceles cuyas condiciones rayaban la violación de derechos humanos. Kana y Deligiannis no creían en la cárcel como un instrumento de reinserción social. El pueblo dedicaba grandes esfuerzos para conseguir los recursos que sostuvieran al país, ¿por qué iban a malgastarse estos recursos cuidando a aquellos pocos que contribuían a destruirlo? La cárcel debía ser un puro castigo. Así se matarían dos pájaros de un tiro: los delincuentes se lo pensarían dos veces antes de cometer un crimen y la EBR no desperdiciaría recursos en que los presos tuvieran una vida decente. Las instalaciones de la cárcel eran viejas y roñosas. No había calefacción en las frías noches de invierno ni, lo que es peor, aire acondicionado en verano. Los reos se alimentaban de las sobras de los comedores de Galatea, y trabajaban doce horas diarias para justificar el pobre gasto que ocasionaba su estancia en aquel hostil lugar.

Ahmad Ibrahim fue condenado a veinte años en prisión, y ya habían pasado quince cuando la cárcel se convirtió en el CEFF. Esto significaba que, aunque su calidad de vida había empeorado, no lo había hecho de manera tan dramática como para los que venían de la ciudad. Disfrutaba viendo sufrir a los nuevos reclusos, pero sobre todo

estaba eufórico porque, no solo había visto a las primeras mujeres en quince años, sino que además estaba conviviendo con ellas en celdas transparentes. La presencia de los guardias en todo momento aseguraba que no se propasase con ninguna, pero a todas se nos revolvió el estómago cuando nos miraba lascivamente desde su celda mientras sacudía la mano frenéticamente por dentro de sus pantalones.

Cuando su nombre fue nombrado en la purga de aquel día, todos sentimos un gran alivio porque él fuera el elegido. Sin embargo, la tranquilidad apenas duró unos instantes. Tras escuchar su nombre, Ahmad se abalanzó sobre Nayia. Cuando nos quisimos dar cuenta, ya la había arrastrado hasta una de las paredes electrificadas de la jaula. Ahmad se hallaba de pie entre la valla y Nayia, agarrándola desde atrás por el cuello con la mano izquierda e intentando deshacer la cuerda de sus pantalones con la derecha. Nayia gritaba desamparada y las lágrimas le brotaban de los ojos como cascadas.

Habría sido muy fácil para los guardias disparar a Ahmad en la cabeza desde detrás de la valla, pero eso habría ido en contra de las normas. Ahmad debía salir por su propio pie o comenzarían a disparar al grupo en un minuto. Nayia no era la única que estaba en peligro.

Milos se acercó lentamente hacia los dos, con las manos abiertas y extendidas a la altura de los hombros, como señalando que lo único que quería hacer era hablar. Pero no iba a ser tan fácil.

—Mantén la distancia, o tu fulana acabará frita como yo —le espetó Ahmad mientras amagaba aferrarse a la valla con la mano derecha.

Las ideas de Milos parecieron acabarse. Retrocedió dos pasos hasta mezclarse con el grupo y no hizo nada más. Ahmad ya había desabrochado los pantalones de Nayia y su mano se deslizaba por su entrepierna entre los sollozos indefensos de la pobre joven.

En ese momento, no tuve miedo de los guardias. Sabía por experiencia que mi vida no corría peligro: el grupo empujaría a Nayia y Ahmad a la valla antes de que comenzaran los disparos. Sin embargo, pese a mis diferencias con ella, no quería ver cómo moría de una manera tan injusta y a manos de un malnacido como Ahmad. Era mi oportunidad para hacer las paces.

—¡Dios quiera que nunca cruces el Siraat! —me oí a mí misma gritar. El resto del grupo me miró sorprendida. Ahmad también me miró y dejó de concentrarse en los movimientos de su mano derecha.

—¡Dios quiera que te acuerdes de este momento cuando los ángeles de la piedad visiten tu tumba! —levanté la voz aún más y le imprimí un tono grave y solemne que me resultó imponente hasta a mí misma.

—¡Que nadie desee protegerte cuando suene la Trompeta y seas llevado a la Gran Reunión!

Había despertado la curiosidad de Ahmad, que ya había dejado de manosear a Nayia y comenzaba a mirarme fijamente con expresión confundida. Aproveché para abrir los ojos hasta que pensé que se saldrían de sus cuencas, y seguí gritando como una posesa.

—¡La tierra será allanada, las montañas se convertirán en polvo, el cielo se desplomará, los planetas se dispersarán y las tumbas se abrirán! ¡Y será en ese momento cuando seas llamado al Magnífico Trono de Dios! ¿Qué podrás decir entonces? ¿Cómo defenderás tu bondad, cuando en tu mismo lecho de muerte tu mano derecha se encontraba mancillada con fluidos indecentes? ¡Qué Dios sea tan justo como para arrancarte esa mano y depositar el Registro sobre tu mano izquierda!

Me di cuenta de que los musulmanes de nuestro grupo se habían arrodillado. Los pocos que quedaban de pie les imitaron para aumentar el efecto dramático. Fue entonces cuando Ahmad soltó a Nayia.

—¡Camina, Ahmad! ¡Camina entre nosotros y sálvanos, al igual que pronto caminarás sobre el Siraat hacia el Paraíso!

Ahora era Ahmad el que lloraba desconsoladamente. Comenzó a caminar ante la mirada decepcionada de los guardias y salió del recinto para dirigirse cabizbajo al crematorio.

Aquella misma noche, Milos y Nayia se sentaron frente a mí durante la cena.

—Has estado espectacular —reconoció Milos—. Y gracias a ti, Nayia sigue viva. Nunca te lo agradeceré lo suficiente.

—Lo mismo digo —se unió Nayia—. Se me cae la cara de vergüenza pensando en todo lo que te he hecho pasar. Deberíamos formar un equipo en vez de intentar que nos maten a todos.

—En eso estoy de acuerdo —respondí complacida.

—Todos los demás comienzan a formar pequeños grupos —dijo Milos—. Nosotros deberíamos aprovechar que hablamos el mismo idioma y que nos conocemos bien. Podemos protegernos unos a otros.

—No podrías tener más razón —contesté, y sonreí más de lo que debería.

Cerramos el acuerdo con un triple apretón de manos.

—Milos, no deseo reabrir viajes heridos, pero debes creerme cuando os digo que no os delaté. Lo único que hice fue comentarlo con Ioannis con la esperanza de que me ayudara a decidir lo correcto.

—Ahora ya da igual, Leah. Pero ya que sacas el tema, ¿qué interés tendría Ioannis en entregarme?

—¿Hiciste alguna pregunta sobre mi desaparición?

—Le mandé un email preguntándole por ti.

—Pues ahí tienes la respuesta. Ioannis fue el que me metió aquí dentro, y preferiría evitar preguntas sobre el tema.

—O sea que es verdad —dijo Milos pensativamente.

—¿El qué es verdad?

—Los rumores que sitúan a Ioannis como la mano derecha de Liberopoulos. Solo alguien con ese poder podría deshacerse de quien le viniese en gana con apenas argumentos en contra.

—Supongo que es cierto, lo he oído varias veces. Pero a mí nunca me dijo nada.

—Hay otra razón para pensar que los rumores son ciertos —intervino Nayia—. Mírate, Leah.

—¿Qué quieres decir?

—No tienes ni un rasguño. Eres de las pocas personas a las que los guardias ni se atreven a tocar. A todos los demás nos propinan una de sus *caricias* de vez en cuando. Y eso que eres de las reclusas que más les planta cara.

Nayia tenía razón. Solo tenía que levantar la cabeza y observar a los miembros de mi equipo: ojos morados, uniformes ensangrentados, reclusos con muletas... yo era la única que parecía estar de una pieza. ¿Podría estar Ioannis protegiéndome desde fuera? ¿Por qué haría algo así, después de todo lo que me había hecho pasar?

—No lo había pensado.

—Debes ser la única —respondió Nayia—. Todos aquí te miran con envidia.

—Eso no es lo más importante —intervino Milos—. Pensad en lo siguiente: si es cierto que Ioannis te está protegiendo, cabe pensar que cree que habrá supervivientes, y quiere que te encuentres entre ellos. No tendría sentido que te protegiera si supiera que todos los que estamos aquí dentro vamos a morir. Puede que, al fin y al cabo, tengamos alguna esperanza de sobrevivir.

—Es una teoría lógica —reconocí—. De hecho, mis esperanzas han aumentado desde que ya no llegan reclusos nuevos. Tengo la sensación de que el final está cerca.

—Espero que tengas razón, de una manera o de otra —concluyó Milos.

A sabiendas de que se nos acababa el tiempo para cenar, dejamos la charla y nos centramos en acabar aquel insípido potaje que nos habían servido por cuarta noche consecutiva.

Cuando la alarma sonó y nos levantamos como un resorte para dirigirnos a los barracones, unos guardias me agarraron del brazo.

—Hoy te irás a la cama más tarde —dijo uno de ellos.

—Si es que sigue viva para entonces, claro —añadió el otro entre risas.

Tras casi dos meses escuchando amenazas continuamente, los guardias habían perdido su poder de intimidación. Sin embargo, pensé que sería mejor no meterme en líos y dejé que me llevaran en dirección contraria a los barracones.

Entramos en un edificio que, por fuera, no era muy diferente de los demás edificios de la prisión, pero por dentro parecía una especie de hospital en el que todas las habitaciones estaban vacías. *No hay reclusos*

enfermos en el CEFF, recuerdo haber pensado. Aquí, o estás vivo, o estás muerto. A medida que avanzábamos y miraba hacia las habitaciones fijándome en los instrumentos que había en ellas, me di cuenta con horror de que, si acaso, aquellas salas se habían utilizado para la tortura, pero en ningún caso para curar a algún paciente.

Finalmente, me introdujeron en una pequeña sala en la que ya había alguien esperándonos. Se trataba de un hombre alto y fornido, de frondosa barba negra y mirada severa, con un uniforme de la AGOP cargado de medallas, y armado con una pistola.

Me sentaron y me ataron a una silla de metal, fría como el acero. Me di cuenta de que enfrente de mí había un hombre de mediana edad, amordazado y atado a otra silla. Pude detectar el miedo en sus ojos, e intenté parecer relajada para contagiarle mi tranquilidad, aunque comenzaba a estar asustada.

Tras un buen rato en el que no ocurrió nada excepto los paseos del hombre uniformado alrededor nuestro mientras jugueteaba con la pistola, se oyó el sonido de un teléfono. Eran sus lentes, que estaban conectadas al sistema de sonido de la sala.

—General Beyoglu, le estamos viendo —se escuchó decir a una voz masculina al otro lado.

—¿Por cuál de los dos empezamos? —respondió el general.

—Buena pregunta. ¿Alguna preferencia? —Por la bajada del tono de voz, deduje que la persona al otro lado se estaba dirigiendo a alguien que se encontraba con él.

No hubo ninguna respuesta durante un largo rato.

El general se hallaba detrás del hombre atado a una silla enfrente de mí, y le colocó la pistola en la nuca.

—¿Va a llamar ahora a Kozo? —se oyó decir a una mujer al otro lado del teléfono. Había escuchado esa voz antes. ¿Podría ser Teresa Liberopoulos?

El general Beyoglu retiró el seguro de la pistola.

El pobre hombre atado a la silla estaba sudando a mares, pero aguantaba la presión de manera estoica. Sabía que gritar o llorar no cambiaría nada. Parecía confiar en que, quienquiera que estuviera al

otro lado, le salvaría la vida. Pensé que su cara me sonaba de algo. ¿Dónde le había visto antes? Era un hombre muy atractivo con ciertos rasgos sudamericanos. Rondaría los cuarenta, pero su piel oscura y tersa y su abundante pelo moreno le daban un toque juvenil. Su delgada nariz, sus ojos menudos y ligeramente rasgados, sus labios respingones y su barba de varios días que no crecía ni en sus mejillas ni a ambos lados de su boca le daban una gran personalidad a su rostro.

El general Beyoglu apretó el gatillo.

El disparo originó un tremendo estruendo al hacer eco con las paredes de la pequeña habitación. Me estremecí, cerré los ojos y bajé la cabeza en un acto reflejo.

Un pitido en los oídos me hizo pensar que había perdido el sentido del oído temporalmente, pero fue entonces cuando oí un grito desgarrador, e inmediatamente identifiqué a su emisor. Era Xandra.

—¡Nooooooo! ¡Marcelo!

Abrí los ojos, todavía sin levantar la cabeza. Me di cuenta, por el agujero en el suelo, de que la bala había impactado al lado de mi pie derecho.

Era un agujero teñido de rojo. Al levantar la vista, me di cuenta de por qué.

La bala había atravesado el hombro izquierdo de aquel pobre hombre, derramando una cantidad sorprendente de sangre sobre su cuerpo. El dolor había provocado que se desmayara, y su cabeza caía sobre el otro hombro. Sus ojos seguían medio abiertos y miraban hacia mí, perdidos en la inconsciencia.

En ese momento me di cuenta de qué conocía a aquel hombre. Le había visto desde lejos en el CEFF, pasando un brazo sobre los hombros de Xandra a la salida de la purga.

El llanto sobrecogedor de mi amiga sonaba a todo volumen a través de los altavoces de la habitación mientras dos guardias arrastraban fuera a Marcelo. Atrás quedó un rastro de sangre tan abundante que comencé a dudar de si saldría con vida.

No me dio a tiempo a darme cuenta de lo que estaba ocurriendo en la sala. El general Beyoglu se había colocado detrás de mí y había

colocado el frío cañón de su pistola en mi nuca. De repente tuve mucho miedo. Liberopoulos estaba al otro lado del teléfono y quizá Ioannis no podría protegerme en esa situación.

—¡No! ¡Leah no! ¡Llamaré a Zuo! ¡Sacadla de allí por favor! —oí implorar a Xandra entre sollozos.

Los guardias obedecieron y me sacaron de la habitación. Cuando la puerta se cerró, todavía podía oírse a Xandra llorando desesperadamente mientras intentaba enlazar palabras sin sentido.

La última mirada de Marcelo y el estremecedor desconsuelo de Xandra no me dejaron pegar ojo aquella noche. Durante los días siguientes, me vi dominada por una brutal apatía, sin siquiera tener fuerzas para hacer sonar *Folsom Prison Blues* en mi cabeza.

Supe enseguida, por el temblor y el abatimiento en su voz, que Xandra le amaba. Marcelo no había vuelto al equipo, y nadie parecía haberle visto en el CEFF. Xandra tampoco debía saber nada, y supuse que aquella incertidumbre le estaba torturando. Cuando la veía caminar por las tardes hacia el comedor como un alma en pena, podía leer la desdicha en su expresión. Si no había corrido a abrazarla en aquellos momentos había sido porque Milos había adivinado mis intenciones y me había sujetado por el brazo.

Los días pasaban y, a medida que nuestro equipo iba menguando, la apatía iba dando paso a la ira. Parecía como si existiera un límite de miseria que mi alma podía aguantar y ya me estuviera acercando a él.

La mañana del 24 de diciembre me desperté especialmente furiosa. Había soñado que estaba durmiendo con Ande en una campañeta en la Bahía de la Higuera. Sentí con gran realismo sus firmes abrazos, sus besos juguetones en mi cuello, el roce de su incipiente barba, el agradable olor de su perfume, la fascinación en su rostro al comenzar a desnudarme... Y fue entonces cuando aquella horrible alarma me despertó de un sobresalto. No estaba haciendo el amor con Ande, me hallaba en el duro y frío suelo de mi celda. Mi vejiga estaba a punto de explotar y todavía quedaba media hora para que nos abrieran las puertas. Quizá tendría que orinar en la esquina de la celda de nuevo, al

fin y al cabo solía secarse después de un día y ya me había acostumbrado al olor y a las miradas de los demás reclusos.

Pensé en qué estaría haciendo Ande en esos momentos. Estaba segura de que no habría sido una víctima del nuevo régimen. A pesar de no ser el mayor fan de la EBR, el gobierno le necesitaba, por lo menos hasta que su nave fuera lanzada. Si no recordaba mal, eso iba a ocurrir al día siguiente. ¿Estaría ensimismado en los preparativos, sin tiempo de pensar en quien le quería y le echaba de menos?

No debería estar aquí. Debería estar apoyándole en el momento más importante de su vida.

Maldije mi situación una y mil veces. Maldije al CEFF por la brutalidad con la que estábamos siendo tratados y la indiferencia con la que se deshacían de cientos de personas. Maldije a Liberopoulos por permitir que existieran lugares como este. Maldije a Panos Kana por no asegurarse de que sus sucesores respetarían la gran obra que él había comenzado. Mi momento de odio concluyó dedicando un hueco especial a Ioannis, ya que únicamente él era el culpable de que tanto yo como Xandra nos encontráramos aquí.

Decidí que ya había tenido suficiente.

Hoy sería mi última purga.

La puerta de la celda se abrió diez minutos antes de lo normal aquella mañana, y los guardias nos llevaron al patio central en vez de a los talleres. Después de meses de rutina, el grupo se hallaba confundido.

La sorpresa fue mayúscula cuando, al llegar al patio central, las jaulas de la purga habían desaparecido. Para nuestra mayor incredulidad, algunos equipos ya habían llegado al patio y estaban mezclados unos con otros. ¿Se había acabado la prohibición?

Fue entonces cuando vi a Xandra corriendo a mi encuentro. Se abalanzó sobre mí. Había perdido mucho peso y estaba raquítica, pero casi me tiró al suelo del impulso. Supuse que yo no me encontraba mucho más fuerte que ella.

Permanecimos unos segundos llorando abrazadas, una escena que se repetía con decenas de reclusos que acababan de reencontrarse a lo

largo del patio central.

—¡Lo siento tanto, Xandra! —conseguí decir entre sollozos.

—No me encerraron por ti, Leah. El gobierno tiene sus propias razones.

Sus palabras me quitaron un gran peso de encima.

—¿Qué crees que está pasando hoy? —le pregunté.

—Un amigo solía decir que este lugar está diseñado para seleccionar a los más fuertes —por su gesto de dolor supe que hablaba de Marcelo—. Creo que todo ha acabado. Nosotros somos los elegidos.

Miré a mi alrededor. En el patio habría unas cien personas de ambos sexos, diferentes edades, múltiples razas, procedencias y culturas. Excepto chipriotas. Éramos todos anemolios. Una muestra representativa de la población inmigrante de la EBR. Y todos habíamos demostrado tener un aguante inhumano, así como excelentes habilidades tanto físicas como intelectuales. Pensé que la teoría de Marcelo podría ir muy bien encaminada. Lo que no creía era que simplemente nos dejarían marchar. ¿Para qué nos habían seleccionado?

Mientras miraba a la multitud, me pareció ver una cara conocida. Entonces Xandra dio un grito de alegría y comenzó a correr hacia esa persona hasta lanzarse a sus brazos como había hecho conmigo unos minutos antes. ¡Era Marcelo! Tenía un aspecto lamentable. Incluso al lado de Xandra y de todos los demás reclusos, llamaba la atención lo demacrado que estaba. Mientras se acercaban hacia mí, me estremecí al descubrir que le habían amputado el brazo izquierdo. Estaba tan delgado que desde lejos no me había dado cuenta de que la manga de su uniforme estaba vacía.

—Este es Marcelo, Leah. —dijo Xandra. Rodeaba su cintura con las dos manos y apoyaba la cabeza sobre su pecho, como si temiera volverle a perder en cualquier momento.

—Me alegro mucho de verte en mejores circunstancias que la última vez —le dije mientras le estrechaba la mano.

—Y yo me alegro de que no corrieras la misma suerte que yo —respondió.

Xandra parecía estar a punto de llorar.

—Marcelo, has perdido el brazo por mi culpa. Nunca sabré cómo disculparme.

—Yo no lo veo así, Xandra —respondió él—. Si no les hubieras contado lo que querían, me habrían matado. Obviamente, no fue el caso. Así que gracias por hacerlo. Espero que la información que revelaste no te cause muchos problemas.

Para zanjar la discusión, Marcelo la besó en la frente, y Xandra sonrió sin mucho convencimiento.

A los pocos minutos, unas quince furgonetas blindadas irrumpieron en el patio central. La gente parecía asustada, preguntándose qué nuevo sadismo les tenía preparado el CEFF. Sin embargo, esta vez los guardias se portaron de manera relativamente amable. Sin apuntarnos con sus armas, nos pidieron que fuéramos entrando en las furgonetas. No parecía exactamente una orden, pero nadie se atrevió a negarse.

No se nos escapó el hecho de que no nos habían obligado a dividirnos por equipos, así que Marcelo, Xandra y yo aprovechamos para subirnos a la misma furgoneta, junto con Milos y Nayia. No sabíamos qué nos esperaba, pero estábamos juntos, y nada podría ser peor que lo que habíamos pasado los últimos meses. De repente, la esperanza había vuelto.

La furgoneta carecía de ventanas, por lo que no pude ver hacia donde nos dirigíamos. Durante el viaje, el humor de los reclusos fue mejorando. Sonreían y algunos hasta hacían bromas. Hacía tiempo que no había disfrutado de tan buen ambiente.

Marcelo se durmió enseguida, y Xandra se mantuvo todo el camino a mi lado, agarrándome fuertemente del brazo. No hablaba mucho, pero de vez en cuando la sorprendía mirándome fijamente.

—¿Te encuentras bien, Xandra?

—Disculpa, no quise incomodarte. Simplemente... me alegro de que estés bien.

—Siento lo de Marcelo. Yo tampoco creo que sea tu culpa.

No respondió, pero una lágrima la bajó por la mejilla, y supe que

todavía era demasiado pronto para hablar del tema. El sentimiento de culpabilidad tenía que estar torturándola. Simplemente la cogí de la mano, pero eso fue suficiente para que se derrumbara. Pasó la siguiente media hora sollozando sobre mi hombro.

—No es solo por Marcelo —dijo al fin.

—Ha sido todo muy duro, Xandra. No tienes por qué justificarte.

—Ya no quiero luchar más, Leah.

—Quizá no haga falta. Pronto lo sabremos.

—No me entiendes. Me refiero a mi vida... Llevo desde que tengo memoria luchando por conseguir un planeta mejor, un mundo en el que los humanos podamos vivir en paz, respetándonos unos a otros y cuidando de nuestro entorno. ¿Para qué he malgastado mi tiempo? El cambio climático es irreversible, especialmente ahora que el ciclo del metano ha comenzado. No sé si será cuestión de años o de siglos, pero tarde o temprano sus efectos serán letales para la raza humana. Antes pensaba que merecía la pena prolongar la catástrofe lo más posible para que las próximas generaciones puedan disfrutar de este planeta. Pero después de haber sufrido en persona la maldad que los humanos pueden llegar a mostrar... ¿Qué cojones me importa que podamos sobrevivir doscientos años más? Si este es el tipo de vida que les espera a nuestros descendientes, lo mejor será que todo acabe cuanto antes. Siento que he luchado por una causa perdida.

Antes de que pudiera contestar, la furgoneta se detuvo, y unos guardias abrieron las puertas traseras para que bajáramos.

Cuando apenas había puesto un pie fuera, descubrí que aquel lugar me resultaba muy familiar.

Estábamos en las instalaciones de la AEC.

Habíamos aparcado a pocos metros del edificio de oficinas adyacente al enorme hangar, junto con las demás furgonetas. Miré en todas direcciones con la esperanza de ver a Ande, pero lo único que pude ver fueron las blancas torres de los anillos exteriores de Galatea, que se alzaban a lo lejos por encima de los jóvenes cedros que limitaban el recinto de la AEC. Me invadió un fuerte sentimiento de añoranza.

Solo entonces fue cuando me pregunté qué narices hacíamos allí. Los demás reclusos también parecían confundidos.

—Si la información de hace dos meses es cierta, mañana se producirá el lanzamiento de la primera nave construida por la Agencia Espacial Chipriota —dije en voz baja para que solo Xandra, Marcelo, Milos y Nayia pudieran oírme. No podía evitar seguir considerándolo un secreto.

—Quizá quieran que asistamos al evento. Pensarán que tal muestra de grandiosidad podría reconducir nuestras sucias mentes capitalistas hacia el reconocimiento de las virtudes de la EBR —sugirió Nayia, y no supe si hablaba en broma o en serio.

—No digas tonterías. Seguramente vayan con retraso y nos hayan traído para ayudar con los preparativos —respondió Milos, tan pesimista como siempre.

Xandra parecía pensativa.

—¿Tú que piensas? —le pregunté.

—Creo que es mejor que no lo diga.

Antes de que pudiéramos insistirle, vimos cómo unos empleados de la AEC salían del edificio de oficinas y preguntaban a los guardias si los *cien* estaban preparados. Estos respondieron afirmativamente, y los empleados les instaron a dirigirnos hacia el hangar.

Los *cien*, como deduje que se referían a nuestro grupo de reclusos, entramos en el hangar por una de las puertas traseras. Uno de los portones de la parte frontal del hangar, enfrente de nosotros, se hallaba abierto, y pudimos comprobar cómo, a lo lejos, la Alexia ya había sido colocada en posición vertical sobre la plataforma de lanzamiento. El grupo emitió un murmullo de sorpresa.

El interior del hangar era muy diferente a la última vez que lo había visto. Una serie de enormes cubos de metal estaban dispuestos a lo largo de la pared. Cada cubo tenía el tamaño de un pequeño almacén, y a la entrada de todos ellos se había colocado una especie de compartimento provisional cerrado por largos biombos.

Nos dividieron en equipos de diez según estábamos colocados. Los empleados de la AEC analizaron el reparto e hicieron algunos cambios,

pero nuestro pequeño grupo consiguió mantenerse unido. Respiré aliviada, ya que intuía que Xandra no iba a separarse de Marcelo tan fácilmente. Cada equipo fue llevado a la entrada de un compartimento, donde se nos dijo que deberíamos formar una cola para esperar a nuestro turno.

—¿Turno para qué? —se oyó decir a un atrevido joven con acento francés.

En el CEFF, esta pregunta le habría ocasionado una paliza en el mejor de los casos. Sin embargo, los guardias le ignoraron y se limitaron a asegurarse de que manteníamos el orden. A pesar de ello, nadie más se atrevió a hacer preguntas. Tras el paso por el CEFF, éramos como un sumiso rebaño de ovejas.

Los primeros de cada fila pasaron al compartimento, y nos tranquilizó el hecho de que no oímos ningún grito ni señal de violencia. A los veinte minutos pasaron los segundos de cada fila, y después los terceros. Nadie volvía por la misma puerta, así que dedujimos que habían entrado en los cubos de metal, algo que nos preocupaba ya que no podíamos escuchar lo que ocurría allí dentro.

Tras Nayia, Milos, Marcelo y Xandra, solo quedaba yo. Finalmente, llegó mi turno.

El compartimento contenía una estación médica provisional. Una camilla, un armario con medicamentos e instrumentos, un enfermero y, por supuesto, un *agop* blandiendo su arma en una de las esquinas.

El enfermero, un joven *rutinario* chipriota, se dirigió a mí amablemente.

—¡Buenos días, señora Patroklou! Vamos a hacerle un pequeño examen médico, aunque ya he comprobado en sus registros que goza de una salud de hierro.

—No creo que siga siendo el caso después de lo que he pasado.

—Sé que ha sido duro, pero alegre esa cara. Todo ha terminado.

—¿De veras?

—Se lo prometo. Nunca tendrá que volver al campus.

—¿Se refiere al CEFF?

El joven se disponía a responder, pero el guardia carraspeó y

entonces pareció arrepentirse. Su tono desenfadado se vio cohibido a partir de entonces.

—He de pedirle que se desnude por completo.

En tiempos anteriores me habría negado en redondo, pero, después de vivir en un cubo transparente durante meses, parecía haber perdido el sentido de la privacidad. Solo quería que todo acabara cuanto antes y descubrir qué estaba pasando.

El enfermero me auscultó, me realizó un análisis de sangre instantáneo que no reveló ninguna anomalía, comprobó que podía ver y oír bien y finalmente verificó que mis reflejos funcionaban correctamente. Cuando hubo terminado, me ofreció un pequeño vaso de papel.

—Bébaselo, es un complejo vitamínico que le vendrá bien.

Obedecí, y entonces me dijo que ya habíamos terminado y me indicó que cruzara la puerta que daba al cubo de metal.

—¿Puedo vestirme antes?

—Dentro le ofrecerán ropa más decente que aquel sucio uniforme gris que llevaba puesto.

Más tarde comprobé que casi todo lo que había dicho el amable enfermero eran mentiras.

Abrí la pesada puerta de metal y una bocanada de aire gélido azotó mi cuerpo desnudo. Miré hacia atrás con indecisión y vi que el guardia comenzaba a caminar hacia mí con la mano en su arma, así que procedí a entrar. La puerta se cerró inmediatamente tras de mí.

Me encontraba en una especie de pequeño recibidor circular cerrado por una cortina de tiras de plástico translúcido. Hacía un frío terrible. Se oían voces apagadas detrás de las cortinas, y decidí abrirlas.

El cubo de metal era una inmensa cámara de congelación iluminada por una tenue luz azul. Los primeros reclusos que habían pasado se hallaban tendidos en el suelo, y no supe si estaban muertos o simplemente inconscientes. Solo mis amigos seguían de pie, tiritando de frío mientras se cubrían sus vergüenzas con las manos.

Observé que en el medio de la cámara había algo extraño: diez cápsulas de metal dispuestas en dos filas, cada una de ellas conectada a

una gran bombona gris.

—¿Qué significa esto? —les pregunté.

—Vamos a ser sus putos conejillos de indias —respondió Xandra secamente.

—Tu amiga dice que nos van a enviar al espacio dentro de estos ataúdes —dijo Milos, visiblemente asustado. Nayia se aferraba a su brazo, pero para variar, esta vez no lloraba. Parecía cansada, sin energía.

Me vinieron a la mente los silencios de Ioannis. ¿Hasta qué punto había estado involucrado en este plan?

En ese momento a Nayia parecieron fallarle las fuerzas y cayó al suelo. Milos no parecía sorprendido.

—Se han ido desplomando uno a uno, por orden de entrada. Debe haber sido aquel *complejo vitamínico* que nos han dado.

Comprobé que Milos tenía razón. A los quince minutos se derrumbó él, seguido de Marcelo y Xandra poco después. Solo quedaba yo. Para entonces, me hallaba aterida de frío. No sentía las extremidades, y el mero hecho de dar unos pasos parecía una hazaña inalcanzable. Además, cada vez me sentía más cansada y somnolienta.

Cuando mis pensamientos comenzaban a perder toda racionalidad, oí cómo se abría la puerta de la cámara.

Tras un esfuerzo sobrehumano para darme la vuelta, vi que era Ioannis el que había entrado y se dirigía hacia mí. Llevaba puesto un grueso abrigo negro, acompañado de bufanda y gorro.

Me invadió el deseo de abalanzarme sobre él y golpearle, pero ni mi cuerpo ni mi mente respondían. Mis rodillas fallaron cuando ya casi se encontraba a mi lado, y caí al suelo. Quería llorar, pero mis glándulas lacrimales debían estar ya congeladas.

—Leah, cariño —su voz sonaba como un eco a kilómetros de distancia—. Has sido increíblemente valiente. Estoy orgulloso de ti. Te protegí todo el tiempo, pero no habría hecho falta. Los informes dicen que estás aquí por tus propios méritos. Pronto te convertirás en leyenda y nos volveremos a ver en un mundo mejor. Prometo que Chris y yo te esperaremos allí y volveremos a ser felices.

Ioannis siguió hablando, pero sus palabras sonaban cada vez más lejanas. Finalmente, un sopor invencible acabó por inutilizar todos mis sentidos.

Ioannis Patroklou

Jueves, 25 de diciembre de 2064

Galatea

Comprobé con consternación cómo mis sospechas se veían confirmadas cuando noté el roce de su mano mientras esperábamos impacientemente el despegue de la Alexia.

Teresa no había querido contemplar el lanzamiento desde la cabina de mandos, como habría cabido esperar. En vez de eso, me citó a solas en la azotea del edificio de oficinas de la AEC, que era casi tan alto como las torres del anillo J de Galatea. Desde allí teníamos unas vistas privilegiadas. Era un día claro y el mar podía divisarse a lo lejos, tanto al norte como hacia el sur. Al oeste quedaban las ruinas de Nicosia con los montes Troodos de fondo, mientras que al este podíamos admirar con orgullo cómo las torres de los anillos externos de Galatea se alzaban en medio de la nada, formando un perfecto círculo blanco que me recordaba a las mandíbulas de un tiburón.

Estábamos en el único lugar donde podían observarse a la vez la decadencia del pasado y el auge del presente, el abismo del antiguo sistema en contraposición a la prosperidad y esperanza de la EBR.

La cuenta atrás tocó a su fin.

A unos cientos de metros delante de nosotros, estalló una explosión ensordecedora. Tras ella, la Alexia comenzó a elevarse, iniciando su ascenso a la magnetosfera. Allí realizaría una parada de unas horas para acoplar el módulo de antimateria, lo que le permitiría contar con el combustible necesario para comenzar su épico viaje de ida y vuelta a las estrellas.

A medida que la Alexia cogía altura, la presidenta me iba agarrando la mano con más fuerza.

Quién me lo iba a decir hacía unos años. Cuando la conocí, Teresa era una influyente científica con una carrera impecable a sus espaldas que acababa de decidir dar un valiente giro a su carrera asumiendo la dirección de CypEx. Para mí fue un gran honor comenzar a trabajar con ella en los proyectos First Fleet y Pafos, aunque he de reconocer que en ocasiones podía resultar demasiado intimidante. Con el paso de los años, este sentimiento se convirtió en un mucho más saludable respeto. De hecho, las horas que pasamos juntos se ocuparon de estrechar nuestra relación hasta convertirnos en amigos íntimos, aunque en ocasiones llegué a pensar que ella habría deseado todavía algo más. Por suerte, era un hombre casado, lo cual me proporcionaba la excusa perfecta para mantener cierta distancia.

Pero hoy, esta excusa parecía haber perdido su validez. Supuse apesadumbrado que el hecho de que hubiera metido a mi mujer en aquella nave a las estrellas dio ciertos motivos a Teresa para pensar que nuestro matrimonio no estaba funcionando.

Tenía que pararle los pies antes de que fuese demasiado tarde.

—Nunca imaginé lo que llegaría a hacer por amor —dramaticé, sin apartar la vista de la nave, que comenzaba a convertirse en un minúsculo punto en medio del cielo azul.

—¿A qué te refieres? —preguntó desconcertada.

—A veces pienso que el amor es como la energía, una fuerza que ni se crea ni se destruye, sino que simplemente se transforma —comencé a divagar, sabiendo que esto irritaría a Teresa.

—¿Ahora te has vuelto un filósofo? Por favor, déjate de gilipolleces y ve al grano.

—Hace años solía pensar que siempre amaría a mi mujer. En realidad no me equivocaba, pero nunca sospeché que este amor cambiaría radicalmente con el paso del tiempo, virando hacia unos sentimientos más bien paternales, orientados a protegerla de sus propias ideas, que, por desgracia, han tomado un rumbo divergente al de las mías. Iría absolutamente en contra de mis principios aceptar

unas creencias tan contrarias a la EBR, por no decir que sería ilegal.

—Hiciste bien en denunciar su caso —el tono de Teresa recuperó su calidez habitual.

—Lo sé. Los objetivos de la EBR están por encima de un simple matrimonio. Pero incluso en estos casos se puede buscar cierta compatibilidad.

—¿A qué te refieres?

—No he perdido la esperanza de que Leah entre en razón. Como tripulante de la Alexia, se convertirá en una heroína de la EBR. Si todo sale bien, estará de vuelta en unos pocos años. Para entonces, la situación en la Tierra será muy distinta, y quizá esto le haga replantearse algunas de sus ideas. Si estoy en lo cierto, podremos volver a estar juntos.

Me sorprendió a mí mismo la cantidad de basura que podía salir de mi boca sin afectar a la solemnidad de mi expresión. Deseaba que mi mujer sobreviviera, pero sabía que nuestro matrimonio había acabado para siempre. Por desgracia, Leah había pasado a ser un gran estorbo con el paso de los años. Sus ideas eran incompatibles con el desarrollo natural de la EBR, y nunca llegaría a entender los sacrificios que se necesitaban para alcanzar un modo de vida sostenible en nuestro planeta. Pertenecía al grupo de ilusos que seguían pensando que un simple cambio en el sistema podría permitir que billones de seres humanos continuaran poblando la Tierra. Conociéndola, nunca habría aprobado los planes del Grupo Inversor. Como una de las pocas personas con el sentido común necesario para entender el alcance del problema, era mi responsabilidad hacer algo al respecto. Estaba llamado a hacer grandes cosas, y no sería coherente mantenerla a mi lado. Después de manejar todas las posibilidades, llegué a la conclusión de que introducirla en el proyecto First Fleet sería lo más razonable. Todos salíamos ganando: ella tendría muchas más posibilidades de sobrevivir que permaneciendo en Galatea, y yo demostraría al Grupo Inversor mi compromiso con el proyecto. *Es tremendo lo de este Ioannis, diría Stark con su acento mejicano. Es capaz de arriesgar la vida de su esposa por la EBR. ¡Esa es la actitud que necesitamos!*

Lo más difícil fue manejar su estancia en el centro de selección de tripulantes, o más conocido por sus siglas en inglés, CEFF (*Campus for the Establishment of the First Fleet*). En circunstancias normales, los guardias no habrían aguantado sus continuas rabietas y la habrían pegado un tiro a las primeras de cambio. Por suerte, el general Beyoglu me debía varios favores y cumplió su promesa de protegerla.

Teresa seguía manteniendo su mano alrededor de la mía, si bien es cierto que no la agarraba con la fuerza de antes. Con un poco de suerte, se habría tragado todo aquel cuento de que deseaba transformar a mi mujer para poder volver a estar con ella.

Miré a la presidenta, intentando descubrir en su expresión el impacto de mis palabras, pero su rostro mostraba aquella enigmática sonrisa que podía significar cualquier cosa.

—Vas a necesitar compañía durante todos estos años —dijo, y algo en su tono me indicó que se trataba más de una afirmación que de una sugerencia.

Antes de que pudiera contestar, Teresa se colocó delante de mí, a tan poca distancia que su pelo me hizo cosquillas en la barbilla. El agarre de su mano izquierda había recuperado la firmeza de antes, mientras que su mano derecha ya acariciaba mi pecho. Miró hacia arriba, perdiendo sus ojos en los míos con deseo, y supe que estaba esperando un beso.

En los instantes que pasaron antes de que reaccionara, tuve tiempo de fijarme en las arrugas verticales que partían de sus finos labios, parcialmente cubiertas con maquillaje. ¿Qué se sentiría al besar a una anciana?

Mierda, pensé. Otro sacrificio más.

Dejando a un lado mis prejuicios, agaché la cabeza, cerré los ojos y posé mis labios sobre los suyos. La presidenta los abrió, y su lengua comenzó a jugar dentro de mi boca. Sus flácidos brazos rodearon mi cuello y su cuerpo se apretó con fuerza contra el mío. Me sorprendí a mí mismo disfrutando aquel momento y comenzando a tener una erección, pero ésta remitió en cuanto me di cuenta de que en algún momento tendría que dar un paso más. Algo se me revolvió en el estómago cuando imaginé su decrepito cuerpo desnudo sobre el mío.

Llevo años trabajando para llegar a lo más alto, me recordé. No lo voy a echar a perder por unos estúpidos remilgos.

El beso terminó cuando la presidenta quiso. Nuestros cuerpos se separaron, pero nuestras miradas quedaron unidas. La dilatación y el brillo de sus pupilas reflejaban un deseo que yo esperaba poder corresponder.

—Hay que continuar con el plan —dijo Teresa por fin, recuperando la compostura.

—¿Sigues pensando que el siguiente paso es estrictamente necesario? —pregunté yo tras carraspear.

—Por desgracia, lo es. El Grupo Inversor ha perdido confianza en nosotros después de haber estado a punto de arruinar el plan de China. No quiero pensar que habría ocurrido de no habernos ocupado a tiempo de Kozo.

Un escalofrío me recorrió la espalda al recordar el momento en que el general Beyoglu puso su pistola en la nuca de Leah. Aquella perra de Xandra acababa de provocar que su amigo chileno recibiera un disparo, y estaba a punto de hacer lo mismo con mi mujer. Aceptó llamar a su hacker en el último momento, lo cual nos permitió encontrar a aquel gordo seboso antes de que nos delatara. He de admitir que el tal Kozo era más listo de lo que esperábamos. Había descubierto que fuimos nosotros los que enviamos el informe Xihu a Chile, en vez de destruirlo tal y como prometimos al gobierno chino. Estaba a punto de hacer pública esta información, lo cual nos habría puesto en el ojo del huracán. El mundo entero habría descubierto que fuimos nosotros los que provocamos la guerra.

A pesar de que Teresa consiguió evitar la catástrofe, no pudo evitar las preguntas de nuestros inversores, que vieron cómo su futuro comenzaba a tambalearse y empezaron a hacerse la pregunta de si realmente teníamos todo bajo control como les habíamos asegurado.

La presidenta tenía razón. Bajo estas circunstancias, no podíamos permitirnos otro resbalón.

—Sé que le tienes aprecio —continuó Teresa—. Pero no te pediría que te ocuparas de él si no fuera imprescindible.

—Lo sé. Cuanto antes terminemos con esto, mejor será para todos. Lo haré ahora mismo.

Comencé a caminar hacia la puerta de la azotea.

—¿Ioannis?

Me di la vuelta, mientras pensaba en lo maravilloso que sería que la presidenta cambiase de opinión. Sin embargo, no era eso lo que quería comunicarme.

—Pafos merecerá la pena —dijo.

Cuarenta y cinco minutos después, me hallaba recorriendo los lúgubres y laberínticos pasillos de color mostaza de Pafos, la ciudad subterránea construida a partir del antiguo búnker turco que se hallaba justo debajo de la Plaza Verde.

No eran muchos los que tenían conocimiento de su existencia, y muchos menos los que poseían la autorización para entrar en ella. Pronto acogería a mucha más gente, pero de momento solo la cúpula del gobierno y el Grupo Inversor gozaban del acceso a este complejo que guardaba todos los secretos de la EBR.

Y, de entre todos aquellos secretos, había uno que era demasiado peligroso. Y era mi trabajo que dejara de serlo.

Tras pasar numerosos controles de seguridad, por fin llegué a la puerta acorazada con el número 466, el que me había indicado la presidenta. Después de indicar a los *agops* que me seguían que retrocedieran unos pasos, introduje la llave mientras me acercaba al lector para que mi CNI fuese reconocido.

La puerta se desbloqueó. Era gruesa y muy pesada, y tuve que apoyar un pie en la pared para abrirla.

Dentro, las tenues luces estaban encendidas y mostraban un pequeño pero acogedor apartamento sin ventanas de una sola habitación, amueblado siguiendo el estilo minimalista de las viviendas de la EBR. Había un sofá cama en el centro y un pequeño escritorio pegado a la pared del fondo, bajo una bandera de la EBR y junto a una estantería repleta de libros escrupulosamente ordenados por tamaño.

Y allí, sentado en la mesa del escritorio y observándome en silencio con una expresión entre la decepción y la sorpresa, se encontraba Panos Kana.

—No me digas que tú formas parte de todo esto —dijo Kana antes de que yo me atreviera a abrir la boca. Su expresión se había endurecido, su tono era severo y sus ojos parecían a punto de fulminarme en cualquier momento. No había perdido un ápice de aquel temperamento que, pese a aparecer en contadas ocasiones, todos habían temido durante sus años de mandato. Sin embargo, su presencia ya no era la misma. Ya no me encontraba ante el legendario presidente de la EBR, sino ante un hombre derrotado por su más odiado enemigo y traicionado por su propia gente. Allí sentado y mirándome con odio, no era más que un viejo decrepito cuyo huesudo cuerpo apenas llegaba a llenar aquel pijama deshilachado.

Ante aquella visión desgarradora, no pude evitar maldecir la mala gestión de la presidenta. Cuando el Grupo Inversor había ordenado el asesinato del presidente de la EBR, Teresa había desobedecido. Pensando que Kana sería la persona perfecta para fundar una colonia espacial cuando llegase el momento, había tomado la decisión de mantenerle con vida en secreto, escondiéndole en uno de los compartimentos secretos de Pafos. Sin embargo, tras los recientes acontecimientos, Teresa le había visto las orejas al lobo. Sabía que a Stark no le temblaría la mano a la hora de ordenar su cese o su ejecución si era necesario, y pensó que no se podía permitir otro tropiezo. Si el Grupo Inversor descubría que Kana seguía vivo, sería su fin. Muy a su pesar, decidió que no la dejaban más remedio que llevar a cabo lo que debería haber hecho dos meses antes. Pero claro, la presidenta no deseaba mancharse las manos. Siendo yo el único que conocía la situación, ahora era a mí a quien le tocaba hacer el trabajo sucio.

Me senté en el sofá cama que se encontraba en medio del apartamento, colocándome frente a él. Pasaron unos segundos en silencio. Todavía me hallaba asimilando el nuevo estatus de la persona a la que había venerado durante décadas.

—Espero que hayas venido a darme una explicación —dijo él al fin.

—No creo que estés en posición de exigirme nada —repliqué sin pensarlo. Parecía que ya había digerido la nueva situación de Kana, y no estaba dispuesto a que me faltase al respeto.

—Disculpa mi descortesía por favor. Supongo que estos dos meses de encierro han agriado mis modales.

Así estaba mucho mejor. Parecía que él también había asimilado su posición y el estatus de la persona con la que estaba hablando. Decidí dejar pasar por alto el hecho de que no me hablara de usted, al fin y al cabo aquel hombre había sido muy importante para mí y mi familia. Volví a sentir simpatía por él y decidí que merecía saber lo que estaba ocurriendo.

—¿Recuerdas haber estado en el hospital?

—Es lo último que recuerdo antes de haber acabado en esta cárcel.

—Oh, ¡esto no es ninguna cárcel! Puedes considerarte afortunado de haber podido disfrutar de estos lujos —dije mientras miraba alrededor de la habitación—. Muchos no han tenido esta suerte.

—¿Quiénes son esos *muchos*?

—Cada cosa a su tiempo. Creo que este artículo te explicará mejor que nadie algunas cosas.

Saqué mi tableta de grafeno del bolsillo, la desenrollé y le mostré el artículo de cabecera del *Diario Galitano* de la tarde del 18 de Octubre. El titular era conciso: *Muere Panos Kana*.

Kana leyó el artículo con atención. Cuando hubo terminado, su rostro había adquirido un color pálido.

—¿Qué significa esto? —preguntó con un hilo de voz.

—Significa que puedes estar orgulloso. No he podido traerte más artículos de prensa, pero he de confesarte que nunca he escuchado tantos halagos como los días posteriores a tu muerte. Tu funeral fue un acontecimiento planetario, se han creado movimientos pacíficos y ecológicos con tu nombre, y tu imagen se ha convertido en un icono a escala mundial. El paso de los años no hará más que engrandecer tu leyenda. ¿No te parece increíble?

Esperaba un millón de preguntas, pero Kana no respondió inmediatamente. En su lugar, se quedó mirando el artículo que le había

entregado, aunque era obvio que no lo estaba leyendo. Parecía concentrado en atar cabos.

—Así que de eso se trata, ¿verdad? Stark ha decidido que valgo mucho más muerto que vivo —dijo al fin.

—No se trata solo de Stark. Hay muchos más inversores. Y no se equivocan.

—¿Por qué no ejecutarme de verdad entonces?

—Creen que estás muerto. Mantenerte con vida fue idea mía y de la presidenta.

—¿La presidenta?

—Teresa Liberopoulos ha sido elegida tu sucesora.

Kana estalló en una carcajada nerviosa.

—¿Elegida? ¡Vamos hombre! Los dos sabemos el significado que las elecciones tienen en este país.

—No deberías reírte de la presidenta. Al fin y al cabo tu llegaste al poder de la misma manera.

—Debería haber imaginado que algún día querrían deshacerse de mí. Stark se convirtió en el verdadero dueño del destino de este país al ayudarnos a ganar la guerra contra Turquía, y ha estado moviendo los hilos de la EBR desde su creación. Fui un iluso por pensar que era intocable.

—Tienes razón, en parte. Tu imagen es intocable. Es tu persona la que no es esencial.

—¿Por qué Liberopoulos? No creo que goce con el apoyo y la simpatía del pueblo, precisamente.

—Es la única dispuesta a acceder a todas sus peticiones.

—A mí nunca me pidieron nada.

—Pero saben que te negarías.

—¿De qué tipo de peticiones estamos hablando? —preguntó Kana mientras se incorporaba en la silla. Su expresión mostraba que no estaba de seguro de que le fuese a gustar lo que estaba a punto de escuchar.

—Panos, he de pedirte que no me malinterpretes. Como para el

resto de los ciudadanos, has sido mi gran ídolo durante las últimas décadas. Creo que has transformado este país, creando un paraíso para todos sus habitantes y, lo que es más importante, mostrando un modelo de sostenibilidad al resto del mundo.

—No seas cínico, por favor —me interrumpió Kana, apenas ocultando su indignación—. Ambos sabemos que fui simplemente una marioneta, la cara bonita encargada de engañar al pueblo y decirle que este paraíso era fruto de su esfuerzo.

—Ahora no finjas que nunca creíste en la farsa. De acuerdo, reconozco que toda la infraestructura en la que la EBR esta cimentada y el mantenimiento de la misma fue posible gracias al dinero del Plan Stark y a las posteriores contribuciones del Grupo Inversor. Es cierto que, paradójicamente, la EBR no existiría de no ser por aquello que sus creencias más aborrecen. Pero inculcar un modo de vida sostenible a millones de personas tiene un precio. Nosotros somos los únicos que lo hemos intentado, y también los únicos que lo hemos conseguido. Hemos de sentirnos orgullosos de ello. Especialmente tú, que fuiste la persona perfecta para transmitir al pueblo este sentimiento.

—¿Y de que sirvió? Casi veinte años después, Chipre es la única EBR del mundo. Somos menos de un millón de personas respetando el planeta, frente a más de doce billones destrozándolo.

—Y aquí es donde las peticiones del Grupo Inversor de las que hablábamos comienzan a tener sentido.

—¿Vas a contármelas o no? —el ex presidente apenas podía contener su impaciencia. Poco quedaba ya del maestro de la negociación que había sido antaño.

—Hace ya tiempo que el portavoz del Grupo Inversor comunicó a Liberopoulos que habían perdido la esperanza de que algún país en la Tierra adoptara el modelo de la EBR, y que por tanto iban a dejar de financiar al gobierno de Chipre. Hay que entenderles, al fin y al cabo no dejan de ser una empresa. Las empresas dejan de invertir cuando creen que no habrá beneficios.

—Excepto que Stark nunca buscó beneficios económicos.

—Exacto. Lo único que anhelaban los inversores era un lugar

decente para vivir. Un lugar donde no se vieran amenazados por enfermedades, guerras y criminalidad.

—¿Y no lo han estado haciendo durante años? Han estado viviendo entre nosotros, disfrutando de lo mejor que Galatea podía ofrecerles, en una sociedad pacífica que goza de los menores índices de desigualdad, crimen y cáncer en todo el mundo.

—Ten en cuenta que ya no estamos hablando de diez o veinte inversores. El grupo está compuesto por casi seiscientas personas que se cuentan entre las más ricas y poderosas del mundo. ¿No crees que era un poco optimista esperar que se vieran obligados a no abandonar nunca Galatea? Los inversores se resisten a aceptar que sus familias y sus futuras generaciones quedarán recluidas en un minúsculo país sin recursos naturales. Lo que quieren ver es crecimiento, necesitan tener la sensación de que su inversión y su renuncia al modo de vida capitalista tienen una recompensa.

—¿Y cuál es su solución? ¿Dejar de financiar la EBR? No tiene ningún sentido.

—Creen que ha llegado la hora de tomar medidas desesperadas. Y cuando las seiscientas personas más ricas del mundo toman esa decisión, más vale que estés de su lado.

—Ioannis, no tienes que justificar tu postura. Simplemente, cuéntame lo que quieren hacer.

—Nos han pedido que usemos la información recopilada por CypEx a lo largo de los años para provocar una guerra.

El ex presidente mantuvo silencio durante unos instantes. Intuí que estaba pensando en el tipo de información sobre la que estábamos hablando. Con solo recordar un par de operaciones, se daría cuenta de que CypEx tenía la capacidad de desencadenar todos los conflictos que quisiera.

Su cara no podía estar más blanca, y su expresión reflejaba horror e impotencia. Kana parecía estar dándose cuenta de repente de que él había apoyado los métodos de CypEx para negociar con información. A pesar de haberlo hecho con la mejor de las intenciones, ahora ese apoyo le hacía cómplice de la decisión del Grupo Inversor.

—Di... dime que no habéis publicado el Informe Xihu —consiguió balbucear.

—No exactamente. Se lo hemos enviado a Chile. Ellos se han encargado de publicarlo.

—¿Estáis locos? ¿Tienes una idea de las consecuencias que esto puede acarrear?

—No se preocupe por China. Para igualar la contienda, nos hemos asegurado de que conocen el papel que jugó Chile en la independencia de Taiwán.

—Ioannis, Chile y China no son solo las dos primeras potencias mundiales. Son los líderes de dos bloques económicos muy bien definidos por el Acuerdo de Antofagasta. Esta rivalidad no solo les enfrenta a ellos, sino que llevaría a la guerra a las dos mitades del mundo.

—Y nos hemos asegurado de que así sea. Todos los países importantes parecen tener un buen motivo para entrar en la guerra. Solo nos estamos ocupando de que sean bien conscientes de ello.

—¿Por qué querría Stark provocar una guerra mundial?

—El Grupo Inversor cuenta con un ejército temible. Fueron ellos los que fundaron Black Fire, la empresa militar que ha reemplazado a los *agops* de Galatea en los últimos meses. Además, los inversores han ampliado el búnker turco. Han construido toda una ciudad subterránea acorazada, que han llamado Pafos, y que es por cierto donde has estado viviendo los últimos meses. Piensan mudarse a esta ciudad con su ejército y con las altas esferas de la población chipriota hasta que acabe la guerra. Ya sabe, todo por seguridad. No hay que descartar la posibilidad de que alguien descubra que Chipre tuvo algo que ver con el inicio de las hostilidades. Y una vez acabe la guerra, ¿se puede imaginar para qué harán uso del ejército?

—Quieren conquistar el resto del mundo aprovechando la debilidad de la posguerra.

—Me asombra que no le sorprenda. Incluso conociendo el poder de las personas que lo idearon, a mí este plan me pareció exageradamente ambicioso.

—A mí no me parece ni siquiera optimista. Conozco a los inversores muy bien. Solo los veinte más ricos acumulan más patrimonio que el 90% de la población mundial. Pueden hacer lo que quieran.

—Por suerte, son personas razonables. No les mueve el ansia de poder, sino la intención de implantar una EBR a escala mundial. Sueñan con una civilización global que pueda mantener la paz y respetar el planeta en el que habita. Y, para ello, calculan que la población mundial no deberá superar el medio billón de habitantes, como antes de la revolución industrial.

Kana volvió a estallar en carcajadas, y me pregunté si estos meses de encierro habían afectado a su cordura.

—¿Qué le parece tan divertido? —pregunté, no sin un ápice de enojo.

—Es la ironía del plan lo que me hace gracia —contestó Kana, enjuagándose las lágrimas—. Si el plan triunfa, significará el fin del capitalismo... ¡a manos de sí mismo! Además, será un suicidio que ocurrirá a través de la mayor de las falacias de todas las que este sistema ha perpetrado a lo largo de su historia: consiguiendo la paz a través de la guerra. A través del mayor atentado contra la humanidad que ha conocido el hombre.

—¿Atentado, dice? —no pude evitar levantar la voz—. ¿Qué atentado le parece peor, el que le acabo de confesar o el que todos los hombres llevamos ignorando desde hace siglos? Estamos acabando poco a poco no solo con la raza humana, sino también con la Tierra y todas las criaturas que lo habitan. ¿Tienen las demás especies menos derecho a vivir que nosotros? ¿No le parece este un atentado mucho mayor?

—Ioannis, no es la primera vez que una especie debe abandonar un territorio. ¿Qué hace una colonia de hormigas cuando su hormiguero se vuelve inhabitable? ¿Qué hicimos nosotros mismos cuando Europa se nos quedó pequeña? Pensé que éste era el motivo por el que la EBR había construido la primera nave interestelar de la historia. Para buscar otros mundos que poder colonizar antes de que destrocemos la Tierra por completo.

—Y no le falta razón. De hecho, la Alexia ha despegado hoy mismo.

—¿Es que la EBR pretende entrar en guerra a la vez que mantener su programa espacial?

—Podría decirse que el Grupo Inversor no quiere poner todos sus huevos en la misma cesta. Confían en poder quedarse en la Tierra, pero no renuncian a la conquista de otros planetas. Es por ello que se planeó el lanzamiento de la Alexia justo antes de que la guerra comenzase. Esperamos que, para cuando vuelva, todo haya terminado. Si la Alexia termina su viaje con éxito, sabremos que podemos contar con ella para enviar más expediciones en busca de planetas habitables.

—¿Y entonces qué? ¿Enviarán a humanos en ella? Ambos sabemos que la AEC no contaba con dar este paso hasta que no se asegurara el completo aislamiento de la nave a los rayos gamma, algo que podría llevar décadas.

—No tenemos tiempo. La tripulación de la Alexia no solo incluye animales. También viajan en ella cien hombres y mujeres.

Kana ya no parecía sorprenderse por nada.

—Supongo que cien muertes más no significarán demasiado teniendo en cuenta la situación.

—¡No habrá ninguna muerte! —grité. Su displicencia estaba comenzando a irritarme—. ¡No tienes ni idea del alcance del proyecto First Fleet! Los elegidos para el proyecto son tremendamente fuertes, personas que han pasado duras pruebas hasta demostrar ser las ideales para sobrevivir al viaje. Para protegerlas, el Grupo Inversor ha realizado una inversión sin precedentes: todos los tripulantes han sido criopreservados en cápsulas de hidrógeno líquido a -253°C , que no son baratas precisamente. Y la nave está recubierta de cuatro capas protectoras: titanio, aluminio, polietileno y grafeno. ¡Grafeno, joder! ¿Tienes idea de lo que cuesta una mísera lámina de un metro cuadrado de este material?

—Supongo que habrá que preguntarle a Fernando Centeno, el director ejecutivo de Grafta —respondió Kana con cierta acritud—. Siempre pensé que aquel grafeno nos fue enviado a cambio de ocultar información sobre la caza de elefantes y la destitución de Germán

Salas. ¿O hubo algo más detrás?

—¡Por supuesto que hubo algo más! El Grupo Inversor pagó buena parte de ese grafeno, como la mayoría de nuestras importaciones. Pero siempre fuiste tan iluso de pensar que la información lo compraba todo.

—Ahora entiendo por qué Liberopoulos fue la elegida para sucederme. Como directora de CypEx, era la única que aceptaría todas estas vejaciones.

—No te negaré que eso no haya influido. Pero no es la única razón. Teresa conoce las entrañas de la EBR mejor que nadie. Es astuta, comparte las opiniones del Grupo Inversor, cree en Deligiannis más que nadie, y lo más importante, es realista. Nunca se dejaría llevar por un cuento de hadas sin sentido como hiciste tú.

—Vaya, nunca pensé que había tenido el honor de trabajar junto a la verdadera salvadora de la humanidad —respondió Kana con sarcasmo.

—Ten cuidado con lo que dices de la presidenta. Además, hay más razón en lo que dices de lo que tú piensas.

—Dime una cosa, Ioannis: ¿qué crees que habría ocurrido si Hitler hubiese ganado la guerra? Los nazis habrían conquistado el mundo, instaurando el fascismo a escala global. ¿Qué tenía esto de malo? De acuerdo, habrían muerto miles de millones de personas por el camino, pero habría merecido la pena. Todo por una civilización superior, con una economía eficiente y un estado permanente de paz.

—¿Estás comparando a Liberopoulos con Hitler? —no podía dar crédito a lo que estaba escuchando—. ¡Deberías mostrar gratitud! Teresa no goza de popularidad, precisamente debido a las medidas preparatorias que está tomando en la actualidad. Pero ella es fuerte y sabe que lo hace por el bien del pueblo, como una madre que obliga a sus hijos a estudiar y comer verdura. Mientras tanto, tú eres el héroe de toda esta historia, la leyenda a la que todos idolatran, el nombre del que todos se acordarán... ¿No te parece injusto?

—Supongo que el tiempo pondrá a todos en su sitio.

—Oh, te aseguro que así será. En los próximos siglos, las futuras generaciones solo podrán agradecernos lo que hicimos para asegurar

su supervivencia. Y entonces se acordarán de Liberopoulos y del Grupo Inversor, no de ti.

—Creo que podré vivir con esta carga.

Ya había tenido suficiente. Estaba malgastando mi tiempo en dar una explicación a Kana antes de eliminarle. Pensaba que se lo debía, pero su actitud me estaba demostrando que había cometido un error. Había llegado la hora.

Abrí el escritorio de mis lentes y accedí a la aplicación que manejaba el chip que había sido implantado en la médula de Kana durante su estancia en el hospital.

Ya había regulado la potencia de la batería de litio del chip antes de entrar en Pafos, así que lo único que debía hacer era activarla.

SHOCK ON, pensé.

Un zumbido comenzó a oírse en la habitación. Provenía de la nuca de Kana.

El ex presidente comenzó a sentir la vibración del chip. Por desgracia, la descarga no se activaba inmediatamente, necesitaba unos segundos.

Kana me miró asustado.

—Así que este es el motivo de tu visita. Tú también crees que valgo más muerto que vivo —dijo con voz temblorosa.

—Lo siento, Panos. Tuviste tu oportunidad. Ahora la EBR debe prescindir de ti.

Una profunda tristeza asomó en su rostro por unos instantes antes de que el chip alcanzara de repente su máxima potencia. Entonces la tristeza dio paso al dolor. Su cara y su cuerpo se convulsionaron fuertemente durante unos segundos hasta que cayó fulminado al suelo.

Volví a sentarme en el sofá mientras miraba hipnotizado su cuerpo, que yacía en el suelo contorsionado de manera poco decorosa. Era la primera vez que acababa con la vida de alguien. Es cierto que los últimos tiempos habían sido turbios y se habían sucedido muertes que yo podría haber evitado, pero matar a alguien con mis propias manos era algo completamente distinto.

Me di unos segundos a mí mismo para asimilar lo ocurrido.

Esperaba sentir arrepentimiento, agobio o aflicción. Sin embargo, al contrario que cuando cerré la capsula de hidrógeno donde había metido a Leah la noche anterior, no sentí nada.

Al contrario, me sentía bien, satisfecho, como quien acaba de terminar un complicado examen con la sensación de haber aprobado con nota. Panos había sido un buen hombre, pero había llegado su hora. Yo no había provocado su muerte, él moriría tarde o temprano de todas formas, simplemente la había acelerado de manera que fuera significativa. Ahora podríamos seguir con el plan del Grupo Inversor sin temer que Kana se interpusiera y sin miedo a que el grupo descubriera que les habíamos desobedecido.

Había sido un paso doloroso, pero necesario para la supervivencia de la humanidad, y yo había tenido el coraje para acometerlo. Podía sentirme orgulloso.

Cerré sus ojos, le tumbé boca arriba, entrelacé sus manos sobre su pecho y cubrí su cuerpo con una sábana blanca que encontré doblada pulcramente sobre el sofá cama.

Tras unos instantes, y pensándolo mejor, volví a poner la sábana blanca en su sitio, descolgué la bandera de la EBR de la pared y cubrí el cadáver con ella.

A continuación, ordené a los *agops* que lo recogieran y me dirigí hacia la salida de Pafos.

Pronto esta se convertirá en mi casa, pensé contrariado. En aquel enorme y laberíntico búnker no había luz natural, y las paredes de color mostaza hacían que la luz de las bombillas resultase un tanto enfermiza. Recordé el día en el que propuse a Stark mudarnos a la Luna y observar la guerra desde allí. El presupuesto alcanzaba de sobra para construir una ciudad en uno de sus cráteres. El emplazamiento había sido elegido, los planos habían sido creados y disponíamos del material y el conocimiento necesarios. Si algún país decidía atacarnos, primero tendría que descubrir donde estábamos, y después desarrollar la tecnología para hacerlo. ¡Habría sido el lugar más seguro!

Sin embargo, el Grupo Inversor no opinaba lo mismo. Pensaban que era un esfuerzo y un riesgo innecesarios mientras pudiéramos aprovechar el búnker turco emplazado debajo de Galatea. Lo único que

habría que hacer sería ampliarlo, acondicionarlo para la vida moderna y reforzar la seguridad. *Pero nos gusta el nombre, dijeron. Lo conservaremos.* Así, la nueva ciudad subterránea paso a llamarse Pafos, el nombre que yo había imaginado para mi proyecto lunar. En la mitología griega, Pafos era el hijo de Galatea. Un nombre perfecto, no solo por el significado, sino también porque, de ser filtrado, crearía confusión con la antigua ciudad chipriota del mismo nombre.

Miré el reloj. Eran solo las 15:34 y ya había conseguido dos grandes triunfos en un mismo día. ¿Me daría tiempo a un tercero?

Esta vez se trataba de algo personal.

No culpaba a mi mujer de haberme sido infiel. Al fin y al cabo, le puse las cosas muy difíciles durante los últimos años y ella demostró ser muy paciente conmigo. Cualquiera habría abandonado el barco mucho antes. *Quizá algún día la pueda compensar por ello. Si Chris sobrevive a la guerra, me ocuparé de que puedan volver a verse.*

Sin embargo, no iba a ser tan benevolente con Andrés Grande. Aquel farsante español con la cara cortada y expresión de niño autista me la había jugado. No solo había acaparado todo el protagonismo de la construcción de la Alexia y había boicoteado mi oportunidad para obtener el reconocimiento del presidente, sino que también había acabado robándome a mi mujer. Solo por esto último podría haberle mandado al CEFF con apenas chasquear los dedos, pero Teresa me lo había prohibido terminantemente. *Le necesitamos, había dicho. Una vez despegue la Alexia, puedes hacer lo que quieras con él, pero hasta entonces ni le toques.*

Bien, ese momento había llegado. Puse rumbo a la AEC, donde estaba seguro que le encontraría. Desde que Leah había desaparecido, no salía de su oficina.

Me alegré de nuevo de haber tenido el valor de ocuparme de Panos Kana. *Si puedo hacerlo una vez, puedo hacerlo dos.*

La EBR no hace daño a nadie que haya demostrado su valía, todos tienen una oportunidad, me recordó mi conciencia.

Pero esta noche no represento a la EBR. Creo que merezco darme un homenaje.

Fin

Andrés Grande

Siempre pensé que tras despertarme pasarían varios segundos, incluso minutos, antes de que mi cerebro recordara donde me encontraba. Sin embargo, recupero la consciencia de inmediato, como si solo me estuviera despertando de una breve siesta.

Es un despertar dulce y tranquilo. Nada ha interrumpido mi sueño. Simplemente, he terminado de dormir. Me siento bien físicamente, pero sobre todo, me siento eufórico. El simple hecho de que esté vivo y despierto ya son buenas noticias.

El hidrógeno líquido que me cubría ya se ha evaporado, y ni siquiera tengo frío. Poco a poco voy recuperando la movilidad en las extremidades. Cuando compruebo que puedo mover los brazos lo suficiente como para desabrochar las correas que me amarran al suelo y quitarme la máscara de oxígeno, me levanto y salgo de la cápsula, que se ha abierto automáticamente horas atrás. Quizá con gravedad habría sido mucho más difícil, pero por suerte no hay ninguna atracción que mis adormecidos músculos tengan que soportar.

La euforia da paso a las ansias de saber. Hay tantos interrogantes que me cuesta decidir de cuál ocuparme primero.

Leah. Esa es mi prioridad.

Todas las luces están apagadas excepto por la suave lámpara blanca encima del habitáculo donde se encuentra mi cápsula. Sin embargo, no necesito una luz para saber que me encuentro en una estancia alargada. Al fin y al cabo, yo mismo la diseñé. Mi cápsula es solo la primera de una fila de cuarenta y nueve más. Enfrente, se encuentran las otras cincuenta. Todas están cerradas, lo cual es una buena señal.

No dispongo de ninguna linterna, pero sé cómo encender la luz. Me

acercó flotando a la pared y abro un pequeño armario empotrado. Hay un cuadro de cien interruptores dispuestos en dos filas, imitando la disposición de las cápsulas. *Demasiado lento.* Activo el interruptor general, que se halla en la parte superior del cuadro.

La estancia se ilumina con las cien lámparas encima de cada cápsula, y tengo que cerrar los ojos durante varios minutos. Llevo años sin usarlos, y no están acostumbrados a este brillo.

No tengo la paciencia para esperar a poder abrirlos del todo. Con los ojos entornados, me aferro a la barra de metal que hay en una de las paredes de la estancia, la que habríamos llamado techo de encontrarnos en la Tierra. Desde allí puedo identificar a las personas durmiendo en las cápsulas a través de la pequeña ventana redonda a la altura de su cara. También puedo leer los indicadores que muestran sus constantes vitales.

Voy avanzando, moviendo los brazos a través de la barra de metal. Las primeras tres cápsulas que veo me dan grandes esperanzas: ¡sus ocupantes están vivos! Sin embargo, la cuarta hace que se reduzcan mis expectativas. Los indicadores muestran que su inquilino, un hombre de unos cuarenta años y de rasgos orientales, ha fallecido durante el viaje.

Continúo avanzando lentamente. Mis brazos se cansan con rapidez. Realmente he sido un iluso al pensar que los podría usar a mi antojo, como si nunca hubiera sido criopreservado.

Hay más muertos. La media es aproximadamente de uno por cada seis cápsulas y media. La distribución es aleatoria, lo que indica que sus muertes han tenido más que ver con la criopreservación que con la exposición a rayos gamma. Aunque quizá todos hayamos estado expuestos a la radiación y simplemente unas personas sean más resistentes que otras.

Por fin llego a la cápsula 43, casi al fondo. Con gran alivio, compruebo que Leah sigue viva. Sus constantes vitales indican que apenas ha sufrido y que se encuentra en buen estado de salud. Me paro unos instantes a mirarla y no puedo evitar esbozar una gran sonrisa. Su rostro, pese a estar tan blanco como las paredes de aquella sala, me parece más hermoso que nunca. *Solo un poco más, pienso. Aguanta un poco más, mi amor, y despertarás junto a mí en un lugar tan extraordinario*

que te dejará sin respiración.

Pero... ¿Es esto cierto? Todavía no tengo ni idea de dónde estamos. E igualmente importante, de cuánto tiempo ha pasado desde que abandonamos la Tierra.

Las vistas diurnas de la llanura de Mesaoria desde mi despacho eran hermosas, pero no eran nada comparadas con el espectáculo nocturno. Las únicas luces de la isla estaban en Galatea, pero la ciudad quedaba justo al otro lado del edificio y, por tanto, fuera de mi vista. Esto significaba que desde aquellos enormes ventanales no se veía ni una triste luz en la inmensa llanura. Eran las condiciones perfectas para quedarse embobado admirando un cielo plagado de estrellas. En ocasiones, incluso el brazo vecino de la vía láctea se podía apreciar claramente.

Pero aquella noche no tenía ni tiempo ni ganas de mirar a las estrellas. Horas después de haber salido triunfal del despacho de Ioannis, me hallaba terminando de revisar los archivos confidenciales que había extraído de su ordenador.

No daba crédito a lo que había descubierto. Incluir a humanos en el viaje de la Alexia era solo la punta del iceberg. Ni siquiera era el principal proyecto del gobierno. En su lugar, tanto Liberopoulos como Ioannis, apoyados por aquel misterioso Grupo Inversor encabezado por Guillermo Stark, estaban dedicando la mayor parte de sus esfuerzos a la construcción de Pafos. Lejos de referirse a la ciudad costera en ruinas del oeste de Chipre, hablaban de un búnker de grandes proporciones construido debajo de Galatea. *O sea que esa era la razón por la que necesitaban tanto litio, pensé. Si cargan todas esas baterías con la energía de la planta termosolar de Egipto, conseguirán abastecerse durante años. Incluso podrían crear huertos subterráneos para cultivar sus propios alimentos.* La EBR se estaba preparando para una guerra, y parecía que solo los más ricos y poderosos iban a sobrevivir.

¿En qué momento se había torcido el rumbo de este país? No hacía ni cuatro meses que éramos la floreciente EBR, la nación a la que todo el mundo envidiaba. Hoy, nuestro presidente estaba muerto, la

población vivía atemorizada del nuevo gobierno, cientos de personas morían en un campo de exterminio, y nuestra nueva presidenta era una fanática que conspiraba junto con las personas más poderosas del mundo para conducir a Chipre a una guerra mundial.

Por lo menos, no parecía que aquella criba fuera a afectarme. El gobierno me necesitaba hasta que la Alexia fuese lanzada al espacio. Después, Pafos, además de a los inversores y a la presidenta, acogería a todos los trabajadores R3 y R2 del país y a sus familias, lo cual me incluía. Podía estar tranquilo.

¿Podría estar tranquilo? ¿Podría vivir en paz sabiendo que no había hecho nada para evitar esta catástrofe? Llevaba toda mi vida huyendo de los fantasmas del pasado y avergonzándome de mi cobardía. Por fin había encontrado una vida estable, con grandes motivaciones y con una persona especial. ¿Cómo me sentiría si lo perdiera todo sin haber siquiera luchado por ello?

Me pregunté si merecería la pena vivir en un mundo en el que no estuviera Leah, viéndome confinado a una ciudad subterránea donde el arrepentimiento por ser cómplice de aquella barbarie me consumiría día a día.

Una idea comenzó a darme vueltas a la cabeza. Era una idea descabellada que mi mente racional rechazaba, pero entonces me acordé de uno de los consejos que mi padre me había dado cuando no era más que un niño y al que nunca había hecho demasiado caso: *Ande, sé racional con todo, excepto con el amor.*

No tardé mucho en idear un plan. Tenía las ideas muy claras, y a las pocas horas ya sabía exactamente lo que debía hacer. Con la luz del amanecer, mientras repasaba la nueva misión, todo mi cuerpo empezó a temblar de una manera descontrolada. Me puse una manta por encima, pero no era frío lo que tenía. Estaba aterrorizado.

Joder, pensé. Ojalá nunca hubiera descubierto toda esta mierda.

Tres días después, cogí el primer vuelo de la mañana a Antalya.

Era mi día libre, probablemente el último antes del lanzamiento de la Alexia, y quería aprovecharlo. No dudaba que sería interrogado a la vuelta, pero sabía que no ocurriría nada. Al fin y al cabo, el gobierno

me necesitaba.

Guio Valeri era la falsificadora con mejor reputación de Antalya. En cualquier otro lugar, tener una buena reputación era algo contradictorio para un falsificador. Si eras bueno, debías permanecer en la sombra. Sin embargo, en Antalya era distinto. La dirección de la ciudad estaba monopolizada por los dueños del Casino, que habían creado una economía que sostenía no solo a la propia Antalya, sino también a buena parte del país. Por ello, el gobierno turco les hacía grandes concesiones. Valeri estaba protegida por el Casino, y podía permitirse labrarse la fama que le viniese en gana.

Su consulta se hallaba en el cuarto piso de uno de aquellos ostentosos edificios dentro del complejo del Casino. Su nombre se anunciaba sin tapujos en una placa a la entrada: *Dra. Valeri, Odontóloga*. Todo el mundo sabía que hacía años que Valeri había sacado su última muela, pero había que guardar las apariencias.

A pesar de la temprana hora, la sala de espera se hallaba a rebosar. No cabía duda que todos aquellos pacientes eran ciudadanos chipriotas en busca de una nueva identidad. Habían visto las orejas al lobo y querían alejarse del país antes de que fuese demasiado tarde. Era una decisión de lo más lógica dadas las circunstancias, pero no pude evitar pensar que, si el plan de Liberopoulos salía según lo planeado, les iba a dar igual estar en Galatea o en cualquier otro sitio. A no ser que se dirigiesen a uno de los pocos países neutrales que no estaban involucrados en el conflicto del litio, como Bután o Bolivia, lo más normal es que la guerra acabase con ellos. Pero dudaba que estos países dejasen entrar a cualquiera.

Las horas pasaron lentamente. Ocasionalmente se oían gritos procedentes de alguna de las consultas y los pacientes de la sala de espera se miraban aterrorizados, pero fueron tranquilizándose a medida que veían que todos sobrevivían a la operación. Salían de la consulta entre gestos de dolor, sujetándose una pequeña bolsa de hielo en la nuca, algunos de ellos con problemas para mantenerse en equilibrio. Pero todos llevaban la misma expresión de alivio en la cara, como si acabaran de obtener el billete para salir de la cárcel.

Ya avanzada la tarde, llegó mi turno. Un estresado celador me

acompañó hasta la consulta de la doctora Valeri. Había pedido expresamente que fuera ella quien me atendiera.

—Siéntese en la silla de operaciones, por favor. No tiene por qué preocuparse, acabamos de esterilizarla —dijo la doctora Valeri secamente cuando entré en su consulta, sin apenas dirigirme la mirada. A pesar de sus cincuenta y tres años, tenía una buena figura. Su rostro pálido y su pelo rubio apenas revelaban signos de envejecimiento. No parecía desagradable, pero en un día como aquel no podía permitirse perder el tiempo.

—No he venido a que me opere.

—Entonces, ¿qué desea? —contestó irritada.

—Necesito una copia de mi identidad. Además necesito que el chip sea programable. Oh, y tampoco me vendrían mal un par de prótesis a medida.

La doctora pareció sorprendida. Desde luego, no era una solicitud ordinaria, y mucho menos en aquellos tiempos.

—¿Conoce el precio de sus pedidos?

Había esperado esa pregunta. Manipular el chip de alguien para modificar su identidad era una operación cara, pero nada fuera del alcance de un ciudadano chipriota que hubiese realizado actividades en el mercado negro de servicios. Sin embargo, copiar un chip no estaba al alcance de cualquiera. Es cierto que la configuración en sí era muy sencilla y ni siquiera requería una operación, pero el gran problema consistía en obtener un chip activo adicional. Solo los gobiernos tenían acceso a ellos, ya que ellos mismos los producían. Incluso una consulta como la de Valeri solo podía disponer de unos pocos chips adicionales al año: aquellos que fuesen obtenidos de manera ilícita. Y, por supuesto, no todos ellos eran susceptibles de ser programados al antojo de su dueño, que era justo lo que yo necesitaba.

—Sé cuál es el precio.

—¿Y está dispuesto a pagarlo?

—La verdad es que no tengo dinero.

Valeri caminó con energía hacia la puerta y la abrió de par en par, invitándome a abandonar su consulta.

—Usted ha visto que no nos encontramos ociosos precisamente. Le agradecería que no nos hiciera perder el tiempo. Hay muchas personas que necesitan nuestra ayuda —dijo mientras me fulminaba con la mirada.

—Nunca dije que no fuera a pagarle —contesté en tono conciliador—. Es verdad que no tengo dinero, pero tengo algo que le será mucho más útil.

La doctora cerró la puerta.

Saqué unos papeles de mi maletín y los puse sobre la cómoda que más cerca se encontraba de la doctora, que se acercó con curiosidad. Recogió el primer documento y se quedó mirándolo unos segundos sin entender muy bien de que se trataba.

—Son los planos de Pafos —le dije, intuyendo que perdería pronto la paciencia.

—¿Y para que querría yo los planos de una ciudad en ruinas?

—No se trata de la ciudad que usted conoce. ¿Se acuerda del famoso búnker turco donde se libró el final de la guerra turcochipriota?

—Me acuerdo.

—El gobierno está ampliando ese búnker. El resultado será una ciudad subterránea llamada Pafos, donde se esconderá la cúpula de la EBR para evitar ser aniquilados por la guerra.

—¿Qué guerra? ¿Me está tomando el pelo?

—No es ninguna broma. Supongo que conocerá las tensiones internacionales entre los dos bloques del litio, ¿no?

—Pensé que Chipre no estaba involucrada.

—No es que esté involucrada, es que Chipre es la culpable de que la guerra vaya a estallar de un momento a otro. Y, cuando alguien se dé cuenta, Galatea desaparecerá del mapa. ¿Por qué cree que tiene tantos clientes chipriotas últimamente?

—Pensé que huían del gobierno de Liberopoulos.

—Exactamente. Ella es la causante de todo esto.

Valeri permaneció unos minutos en silencio mientras ojeaba los planos de Pafos y demás documentación que le había entregado.

—¿Y qué razones tiene usted para entregar esta información al mayor enemigo de su país?

—Chipre no es mi país. Y acaban de secuestrar a mi mujer —no pude evitar un amago de sonrisa tras referirme a Leah como mi mujer—. El enemigo de mi enemigo es mi amigo.

Valeri pareció pensar la situación durante unos instantes. Al fin, pareció tomar una decisión:

—Espere aquí por favor. Veremos qué podemos hacer por usted.

Tras asegurarme de que Leah está sana y salva, me doy la vuelta y comienzo a avanzar en sentido contrario, impulsándome con los brazos a lo largo de la barra metálica. El camino de vuelta se me hace más cansado y necesito parar de vez en cuando para recuperar la fuerza en los brazos.

Por el camino, miro las cápsulas más detenidamente y me doy cuenta de que los amigos de Leah están vivos: tanto Xandra como Milos y Nayia han sobrevivido al viaje. Me imagino que Leah se alegrará por ello, y solo imaginarme su sonrisa me da fuerzas para continuar.

Por fin consigo llegar a la entrada de la sala. Allí, al lado del habitáculo donde se encuentra mi cápsula, está la escotilla que comunica con el pasillo central de la nave.

Siento un miedo irracional al accionar el mecanismo que abre la escotilla, como si no supiera lo que me espera al otro lado. Sin embargo, no hay ninguna sorpresa. El pasillo central se ilumina automáticamente al detectar mi presencia, y compruebo que sigue exactamente igual que la última vez que estuve allí. Excepto por la ausencia de gravedad, claro. Esta vez no necesito usar las escaleras para subir a través de él, me basta con moverme dándome suaves empujones. A pesar de ello, esta tarea me parece mucho más agotadora que aquella última vez. Los músculos de mis brazos están más débiles de lo que pensaba. ¿Cuánto tiempo habremos estado de viaje?

Precisamente eso es lo que intento averiguar. Hay un reloj digital en la sala de mandos, al final del pasillo, que me dará la respuesta.

Me concentro en dar la dirección adecuada a cada empujón para minimizar el número de veces que he de impulsarme. Mi agitada respiración es el único sonido que rompe aquel sobrecogedor silencio, y no puedo evitar sentirme intimidado por la situación. De repente, el tremendo ruido de un golpe breve y seco se escucha a mis espaldas, y me da la sensación de que el corazón se me va a salir por la boca.

Miro hacia atrás, esperando encontrarme con una amenaza terrible que acabará con mi vida, pero entonces me doy cuenta con gran alivio de que es la escotilla de la sala de las cápsulas lo que ha provocado aquel ruido al cerrarse. Probablemente ni siquiera ha sido un gran golpe, pero en este silencio sepulcral todos los sonidos se multiplican hasta resultar ensordecedores.

Ahora es el persistente golpeteo de los latidos de mi corazón el que constituye la banda sonora de mi avance por la Alexia.

A medida que me alejo de la sala de cápsulas, una apabullante e irracional sensación de soledad comienza a invadirme. Nunca antes había experimentado algo así. Necesito pararme para convencerme a mí mismo de que todo va bien. Me tranquilizo al recordar testimonios de astronautas en los que hablaban de cómo sufrieron esta desagradable sensación mientras se encontraban solos en el espacio.

La diferencia es que ellos nunca se alejaron más de la distancia entre la Tierra y Marte. Yo intuyo que nos hallamos mucho más lejos. Tan lejos, que un grito mío tardaría millones de años en escucharse en la Tierra.

Me obligo a mí mismo a olvidarme de estos pensamientos y concentrarme en el avance. Por fin, llego al final del pasillo. La primera sala de mandos se encuentra a mano izquierda. Abro la escotilla con ansia y me introduzco en la sala.

Es una pequeña estancia desde la que se puede seguir el comportamiento del ordenador interno de la nave. Varias pantallas muestran cientos de indicadores, pero de momento solo me interesa uno de ellos. Me acerco al ordenador que muestra la variable tiempo y, por segunda vez desde que me desperté, me invade una gran sensación de alivio.

Son las 10:11 de la mañana del 3 de septiembre de 2077. Acabo de

despertarme de una siesta de casi trece años. Sin embargo, en la Tierra ha pasado mucho más tiempo: allí son las 21:35 del 21 de febrero de 2816. Han pasado 752 años desde que abandonamos nuestro planeta.

Son buenas noticias. Significa que probablemente hayamos llegado ya a nuestro destino.

Tal y como estaba planeado en los documentos de Ioannis, los cien supervivientes del CEFF llegaron a la AEC el 24 de diciembre. Ahora entendía mucho mejor por qué al 80% de la plantilla se le había permitido tomarse un día libre. La excusa de la Navidad sonaba un tanto peregrina en un país que se jactaba de apoyar la pluralidad religiosa.

El hangar estaba protegido por cientos de guardias armados y disfrazados con el uniforme de la AGOP, aunque yo sabía que en realidad pertenecían a *Black Fire*, el ejército privado que había sido contratado por el Grupo Inversor que también financiaba los demás proyectos de la EBR.

Varias cámaras frigoríficas llevaban varios días dispuestas en fila a lo largo del hangar. Habían sido utilizadas para iniciar el proceso de criopreservación de los animales que todos creíamos que iban a formar parte de la tripulación de la *Alexia*. Lo que solo yo sabía era que aquel día cien humanos serían también criopreservados e introducidos en la nave.

Mi estatus me permitía libre acceso a cualquier rincón de la AEC, incluido el hangar, pero no tenía la intención de pasearme demasiado. Era muy probable que Ioannis anduviera por allí, y lo último que necesitaba era que me descubriera fisgoneando.

Desde la zona de construcción, ocultado por una montaña de escombros que todavía no había sido retirada, vi cómo Leah formaba parte de una de las colas de espera para acceder al control médico que precedía a una de las cámaras frigoríficas. Como todos los demás reclusos, llevaba puesto un andrajoso traje gris. Había perdido mucho peso y su bonita cabellera rubia se había convertido en una maraña de pelo sucio y grasiento. Daba la sensación de que había envejecido diez

años, pero incluso así estaba hermosa. Tuve que contener la necesidad imperiosa de acercarme a ella y sacarla de allí. *En realidad, probablemente está en el lugar más seguro ahora mismo, pensé. No puede salir del país sin su CNI, la EBR no la dejará acceder a Pafos, y Galatea será arrasada tarde o temprano.*

Calculé que, una vez los reclusos se hallaran dentro, las cápsulas tardarían toda la noche en alcanzar la temperatura suficiente como para que el hidrógeno adquiriese forma líquida y pudiesen ser transportadas al interior de la nave. Esperé con paciencia viendo cómo Ioannis y un pequeño equipo de guardias pasaban de una cámara a otra. Comprobé que estaba en lo cierto al pensar que muy poca gente en la AEC conocía el verdadero alcance del proyecto First Fleet. De lo contrario, se habría ayudado de verdaderos profesionales para efectuar el embarque, y no de un puñado de soldados.

Una vez hubieron terminado y me hube asegurado de que Ioannis había abandonado el hangar, me acerqué a la séptima cámara ataviado con un abrigo de plumas, bufanda, gorro y guantes. El guardia que la custodiaba se alarmó al verme, pero actué como si mi presencia allí fuera lo más normal del mundo. Me acerqué al sensor de la entrada y tecleé el código para abrirla, rezando para que los códigos no hubieran cambiado desde el día en que me hice con ellos.

—¿Tiene permiso del señor Patroklou para entrar? —preguntó el *agop*, que parecía no saber muy bien qué hacer con la situación.

—Soy el doctor Grande. No necesito ningún permiso para comprobar el estado de las cápsulas.

El guardia dudó por un momento. Pensé que realizaría una llamada, pero entonces el sensor devolvió una luz verde y la puerta de la cámara emitió un ruido metálico. El cerrojo se había desactivado. Esto disuadió al guardia, que no obstante insistió en acompañarme al interior.

Caminé con decisión, como si conociera la cámara como la palma de mi mano. Había diez cápsulas dispuestas en dos filas, y comencé a caminar con tranquilidad mientras las observaba, realizando apuntes sin sentido en mi tableta de grafeno.

Cuando llegué a la octava cápsula, me paré en seco.

—¿Va todo bien? —preguntó el guardia, que había estado observándome con desconfianza todo el rato.

—¿Quién ha preparado esta cápsula? —intenté sonar lo más autoritario posible.

—He sido yo, doctor. ¿Hay algún problema? —contestó, y el ligero amedrentamiento en su voz me dio el valor para responder con seguridad. En aquel momento me alegré de las cicatrices que cruzaban mi rostro, dándome un aspecto intimidante.

—¿Es que no le han dicho que los pacientes con diabetes deben ser criopreservados a una temperatura treinta grados inferior al resto?

—Eh... no, doctor. No lo sabía.

Le dirigí una mirada de desaprobación que, como esperaba, provocó el pánico en su rostro.

—No se preocupe, no diré nada —le dije mientras suspiraba—. Un error lo puede tener cualquiera. Si querían profesionalidad, deberían haber contratado al personal adecuado, ¿no le parece?

El guardia asintió con la cabeza.

—Además, no es nada que no podamos solucionar ahora mismo —le dirigí una mirada cómplice—. Simplemente, programaré el ordenador de la cápsula de manera que la bajada de temperatura sea lo más progresiva posible para no dañar al ocupante.

—Se lo agradezco, doctor.

—No hay de qué.

El guardia estaba demasiado preocupado por haber metido la pata como para prestar atención a lo que yo hacía. Además, dudaba que entendiera completamente el funcionamiento del ordenador de la cápsula.

Cambié la programación de la recuperación: en vez de devolver las funciones de vida en el momento en que la velocidad de la nave fuese cero, simplemente puse el contador en dieciocho horas. Sería un sueño muy corto para su ocupante.

Acompañado por un agradecido guardia, salí de la cámara y me dirigí a mi despacho. Ya solo faltaba la última parte del plan.

Sé que debería prestar atención a los demás indicadores de la sala de mandos. Ellos me darán toda la información que necesito referente a nuestro viaje. ¿Habrá ocurrido algún incidente? ¿Quedará algo de combustible? Y lo más importante, ¿Hemos llegado a nuestro destino?

Sin embargo, me niego a obtener la respuesta a esta última pregunta a través de un monitor. Quiero comprobarlo por mí mismo.

Continúo avanzando a través de la sala de mandos, esta vez ayudándome de las piernas para propulsarme a través de la nave.

El descubrimiento de la fecha me ha emocionado tanto que se me ha olvidado la sensación de soledad y pánico que experimenté al cruzar el silencioso pasillo central.

Al final de la sala hay una escotilla que comunica con un estrecho túnel, pero éste es diferente del anterior. En vez de recorrer la nave verticalmente, lo hace de manera transversal. Si miráramos un plano de la nave desde su base, este túnel sería el diámetro de la circunferencia.

La emoción me embarga a medida que avanzo, y ni siquiera me doy cuenta de que, en cualquier otro momento, habría sentido una agobiante claustrofobia. Nunca me gustaron los espacios pequeños, y este túnel es increíblemente estrecho.

Una vez llego a la puerta deslizante que se encuentra al final del túnel, empujo el mango con ansia hacia la izquierda, pero enseguida me doy cuenta de que ha sido una idea terrible. Solo he abierto la puerta unos centímetros cuando un intenso resplandor anaranjado entra a través de ellos e inunda el túnel con una luminosidad propia de una bola de fuego.

Tras cerrar la puerta de nuevo, temo haberme quedado ciego, pero voy recuperando la visión pasados unos minutos. *Debí comprobar cuál era el lado de la estrella primero.* Aun así, mi euforia aumenta. Aquella luz es otra señal de que hemos llegado a nuestro destino.

Tras darme la vuelta con dificultad, me dirijo al otro lado del túnel. Esta vez sí que siento los tirones que comienzan a castigar los músculos en mis piernas y brazos, pero no lo suficiente como para detenerme.

Por fin, llego al otro extremo del túnel. Sé que es innecesario, pero esta vez abro la puerta con mucho más cuidado. Tras comprobar que la

luminosidad es menor en este lado, continuó deslizando la puerta hacia la izquierda.

He llegado al pasillo circular, la única parte de la nave que cuenta con vistas hacia el exterior. Y no necesito acercarme a los grandes ventanales para comprobar que la Alexia ha llegado a su destino.

Sin embargo, me acerco obnubilado hasta ellos hasta que mi frente choca contra el frío cristal.

De repente, me doy cuenta de que me siento como hace treinta y cinco años en el salón de mi casa de Madrid, cuando los Reyes me regalaron aquel libro holográfico con el que pasé horas y horas descubriendo los secretos del universo.

Pero esta vez no se trata de un holograma. El planeta que se encuentra frente a mí es real, y es mil veces más hermoso de lo que había imaginado.

No sé muy bien describir por qué, pero comienzo a reírme. Al principio no son más que unas casi imperceptibles carcajadas, pero entonces se me pasa por la cabeza el hecho de que yo, un insignificante madrileño que ha pasado toda su vida huyendo de las circunstancias, soy el único ser humano despierto en 752 años luz a la redonda.

Aquí sí que no me va a molestar nadie.

El único ser humano despierto en 752 años luz a la redonda ahora se ríe histéricamente hasta que los poco entrenados músculos de su abdomen le piden que se detenga. Entonces relaja todo su cuerpo, comienza a flotar a la deriva en aquel pasillo circular, siempre mirando embelesado hacia el planeta que acaba de descubrir, y comienza a llorar como un niño.

Faltaban dos horas para que despegase la Alexia.

Esta vez no tenía que dar ninguna explicación: era normal que pidiese acceso a la nave antes de que tuviera lugar el lanzamiento.

Un guardia pasó un sensor por mi nuca y me dejó pasar mientras hacía el mismo chiste que con todos los operarios.

—No tarde mucho en despedirse o verá las estrellas.

Todavía quedaban algunos empleados dentro de la nave, pero la mayoría se dirigía ya hacia la salida. Pronto cerrarían las puertas y comenzaría el protocolo de despegue.

Tratando de llamar la atención lo menos posible, comencé el ascenso por las escaleras del pasillo central.

Me sorprendió ver a Palowski en la sala de mandos.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —pregunté sin pensar en que él podría hacerme la misma pregunta.

—Solo quería despedirme, jefe. Quizá no vuelva a ver a *Alexia*.

—A mí me ocurre lo mismo. Me gustaría estar un minuto a solas. ¿Te importa?

Palowski dirigió una última mirada nostálgica a la sala de mandos y se dirigió hacia la escalera.

—Te dejo en buenas manos —musitó. No era la primera vez que le oía hablar con la nave.

Una vez me hallé solo, comencé a trabajar.

En primer lugar, desconecté todas las funciones de comunicación de la nave. Una vez la *Alexia* despegase, la AEC nunca podría contactarla, y mucho menos dirigirla.

En segundo lugar, abrí el sistema de navegación. Borré el itinerario planeado e introduje los archivos que llevaba preparando durante semanas. La *Alexia* ya no realizaría aquella estúpida trayectoria circular. Sus tripulantes nunca volverían a la Tierra, algo que, a juzgar por sus experiencias, no pensé que a ninguno le importara.

Pensándolo mejor, quizá a uno de ellos sí que le importe. Ahora toca solucionar ese problema.

Bajé las escaleras del pasillo central hasta el dormitorio. Ya no se veía ni se oía a nadie en la nave, pero no había sonado ninguna alarma. Calculé que todavía tenía unos minutos.

Entré en el dormitorio. Allí estaban las cien cápsulas dispuestas en dos filas. Me dirigí hacia la cápsula número 51, que casualmente era la más cercana a la entrada.

Tras abrirla, una nube de gélido hidrógeno gaseoso salió disparada hacia todos los lados, y su ocupante despertó, tratando de incorporarse

de repente con un desgarrador grito.

Por un momento, temí que nos hubieran escuchado, pero entonces recordé que no quedaba nadie en la nave.

Miré al ocupante de la cápsula durante unos segundos. Marcelo Salas estaba raquítico, mostraba signos de violencia, y un muñón mal cicatrizado en el hombro había reemplazado a su brazo. Sin embargo, la criopreservación no le había hecho ningún daño.

—Tranquilícese, amigo. Estoy aquí para ayudarle —le dije con gesto conciliador mientras le desabrochaba las correas.

—¿Dónde estoy? —preguntó Marcelo jadeando.

—Escúcheme bien por favor. Solo tenemos unos minutos. Está usted en una nave espacial.

—O sea, que Xandra tenía razón... —contestó para sí mismo.

—Todavía no ha despegado. Falta una hora para que lo haga.

—¿Y qué quiere de mí?

—Es usted producto de un experimento del gobierno. Pero no tiene por qué pasar por esto. Yo viajaré en su lugar.

—¿Y por qué haría algo así?

—Quizá conozca a Leah Patroklou, compartió penurias con usted en el CEFF. Ella está en una de esta cápsulas, y no tengo intención de dejarla sola.

—¿Y por qué me ha elegido a mí?

—Sé que tiene asuntos pendientes en la Tierra. De todos los tripulantes, usted es al que más le interesa quedarse.

Sabía que a Marcelo no le haría mucha gracia alejarse de la Tierra: dejaba una hija y una mujer en Chipre, si bien es cierto que ésta última le había traicionado para ganarse una plaza junto a la hija de ambos en Pafos. Pero esa no era la única razón. También le había elegido por la similitud de nuestros acentos en inglés, ya que compartíamos idioma materno.

—Tiene razón. Tengo que salir de aquí cuanto antes —respondió, y me sentí aliviado por que deseara colaborar.

—No tan deprisa. Necesita hacerse pasar por mí a la salida. Es

bastante tarde, así que todos los ojos estarán puestos en usted.

Marcelo me miró confundido, y supe lo que estaba pensando al instante.

—Póngase esto — le dije mientras le entregaba las prótesis que la doctora Valeri había fabricado el día de mi visita a Antalya. Se trataba de una máscara que imitaba mis facciones, incluidas las dos cicatrices, y una prótesis de brazo de plástico. Esta última no era demasiado realista, pero su único cometido era simular que había un brazo debajo de la bata blanca que Marcelo se pondría para salir de la nave.

Marcelo temblaba de frío y de nervios, pero consiguió colocarse las prótesis con mi ayuda. No eran perfectas, pero daban el pego.

—Ahora póngase mi ropa.

—¿No habrá algún control de identidad? —me preguntó una vez hubo terminado de vestirse.

—Claro que lo habrá. También necesitará esto.

Le mostré el chip que Guio Valeri había creado y que contenía una copia de mi identidad. Era un circuito plano y flexible de menos de cinco milímetros cuadrados, adherido a una tirita.

Le indiqué que se diera la vuelta e introduje la mano por dentro de la camisa, pegándole la tirita con el chip entre los omoplatos, un poco por debajo de la nuca.

Por último, le di las indicaciones necesarias para abandonar la nave y le obligué a prometer que abriría la boca lo menos posible.

—Si hace lo que le digo y conserva el chip, esta tarde podrá abandonar el país con su hija.

—Y con mi mujer —contestó. Me dieron ganas de recordarle lo que su mujer había hecho, pero decidí que no era momento de ponerse a discutir si ser enviado a una muerte casi segura por la esposa de uno era un motivo válido de divorcio.

Una cosa más. Una vez haya abandonado el país, diríjase por favor a esta dirección. Le pagarán una fortuna por devolver el chip —le dije mientras le entregaba una tarjeta con los datos de Guio Valeri.

Lo que no le dije fue que, junto con la documentación que Valeri ya tenía, su presencia y su testimonio constituirían una prueba definitiva

ante la comunidad internacional de lo que Grupo Inversor estaba perpetrando.

Marcelo se disponía a abandonar el dormitorio, pero pareció recordar algo.

—Si vuelve a ver a Xandra, dígale que no habría sobrevivido ni un día en el CEFF de no haber sido por ella.

—Lo haré.

La puerta se cerró tras él, y oí cómo comenzaba a bajar con dificultad las escaleras del pasillo central.

Fue entonces cuando procedí a programar de nuevo el proceso de criopreservación de la cápsula.

Sabía que nunca me daría tiempo a dormirme antes del despegue, pero era parte del plan. Siempre había soñado con ese momento, y no pensaba perdermelo. Sin tiempo para buscar alguna prenda con la que cubrirme, volví a la sala de mandos y me introduje en el módulo de despegue, asegurándome de que todas las partes de mi cuerpo estaban perfectamente sujetas para que la fuerza de la aceleración no me lesionase.

Pasada casi una hora, supe que el plan había funcionado. El silencio reinaba a mí alrededor. Si hubieran descubierto al desertor, la nave estaría llena de guardias.

De hecho, aquel silencio sepulcral era sorprendente. Supuse que todas aquellas capas de titanio, aluminio, polietileno y grafeno con las que habíamos recubierto la nave para bloquear los rayos gamma también bloqueaban el sonido exterior.

De repente, supe que el ascenso estaba a punto de comenzar. Aunque sonaba como a cientos de kilómetros de distancia, pude detectar el sonido de la explosión. Y, sobre todo, era la vibración lo que me decía que el lanzamiento era inminente.

Sentí la propulsión en cada milímetro de mi cuerpo, y llegué a cuestionarme si era normal que todo vibrara tanto. Durante varios minutos, mi cuerpo se sacudió con violencia pese a todas las correas que lo sujetaban, y llegué a temer perder el conocimiento.

Sin embargo, todo acabó tan súbitamente como había comenzado.

Abrí los ojos, y vi cómo las correas habían provocado algunos cortes de poca gravedad sobre varias partes de mi cuerpo desnudo. Me quedé maravillado al observar cómo las gotas de sangre procedentes de uno de los cortes en el muslo flotaban a la deriva en el aire de la nave.

Estábamos en el espacio. Mi sueño se había cumplido.

Pero todavía quedaba mucho que hacer. Desabroché la primera correa, y volví a quedar fascinado cuando ésta se quedó flotando en el aire. Cuando terminé de desabrochar las demás, me propulsé hacia arriba, ansioso por descubrir la sensación de la falta de gravedad.

Fue un gran error. El impulso fue demasiado fuerte y me di con la cabeza en el techo, perdiendo el conocimiento durante unos segundos.

Cuando volví a la consciencia, la cabeza me dolía una barbaridad, pero el entusiasmo era mucho mayor que el dolor. Me dediqué a flotar por la nave tal y como dios me había traído al mundo, arrepintiéndome por un momento de haber cortado toda comunicación con la nave. *Ojalá Ioannis pudiera ver mi culo desnudo flotando por su preciada nave,* pensé, y no pude evitar una carcajada.

Me dirigí al pasillo circular a través del estrecho túnel, y la risa dio paso al sobrecogimiento cuando me asomé a los ventanales. Nos hallábamos en la magnetosfera, donde la Alexia pasaría unas dos horas acoplando el módulo de antimateria a su motor. En unos minutos debería volver a la cápsula que me induciría a un sueño del que quizá nunca despertaría, pero hasta entonces me dedicaría a observar fascinado nuestro planeta, una bola azul brillante que flotaba frente a mí ocupando la mayor parte de mi visión.

No sé si volveré a ver nada parecido. He puesto grandes esperanzas en CAH-196 d, pero no puedo asegurar que encontremos vida allí. Si no es así, gracias, madre Tierra. Tú nos has acogido y nosotros te hemos clavado un puñal en la espalda. Por suerte para ti, solo seremos una página sucia dentro de un largo historial de acontecimientos espectaculares y formas de vida asombrosas. Tranquila, porque no te destruiremos. Nuestras acciones solo nos destruirán a nosotros mismos y pronto volverás a ser un planeta sano. En cuanto a los que nos vamos, te prometo que, si encontramos un lugar para vivir, lo trataremos mucho mejor que a ti.

En aquel momento de solemnidad, de sintonía entre un ser vivo y

su hogar, una lágrima recorrió mi mejilla mientras mis pensamientos recordaban a Panos Kana y a todos aquellos que habían intentado hacer del mundo un lugar mejor.

Realmente la EBR fue un proyecto hermoso. Quizá podría haber sido la solución, de no haber caído en las manos equivocadas. Pero... ¿no es la primera vez, verdad? La humanidad ya ha visto antes como un sistema ideal falla en la práctica... ¿Quizá seamos nosotros los que no somos los adecuados para la supervivencia a largo plazo?

La Alexia está en órbita alrededor del planeta CAH-196 d. Se encuentra anclada en marea, lo que significa que el lado de la nave en el que me encuentro siempre mirará hacia el planeta, mientras que el otro lado siempre mirará hacia el exterior.

Tal y como sospechaba, lo mismo ocurre con este planeta y su estrella, la enana roja CAH-196. Debido a la cercanía entre ambos, los movimientos de traslación y rotación están sincronizados, de manera que el planeta siempre muestra la misma cara a la estrella. Es muy similar al comportamiento de la Luna con la Tierra.

Como resultado, la cara del planeta CAH-196 d que mira a su estrella tiene el aspecto de un estéril desierto del tamaño del océano Pacífico. Desde su superficie podría verse cómo un sol anaranjado cinco veces más grande que el nuestro brilla siempre en lo alto del cielo, provocando altas temperaturas e imposibilitando la presencia de vida, por lo menos tal y como la conocemos.

Por el contrario, la cara oculta del planeta, en la que siempre es de noche, está cubierta por una capa de hielo tan inmensa como el desierto del otro lado. Por suerte, la diferencia de temperaturas entre las dos mitades del planeta crea una corriente continua de aire que evita que la atmósfera del lado oculto se congele.

Lo que es más importante, esta corriente de aire posibilita que exista una zona del planeta donde las temperaturas son estables durante todo el año. Se trata de la denominada zona de penumbra, el anillo que recorre todo el planeta y que separa el desierto del hielo, la luz de la oscuridad. Es una zona donde nunca es de día ni tampoco de

noche, una zona donde un inmenso sol siempre resplandece en la línea del horizonte, en una especie de eterno amanecer.

Si todo sale bien, esta zona será nuestro próximo hogar.

Quizá existan fuertes vientos y lluvias torrenciales, pero estoy seguro de que la temperatura será la adecuada para vivir. En cuanto a la atmósfera, el análisis espectroscópico reveló que está compuesta de oxígeno, nitrógeno, argón y dióxido de carbono en similares proporciones a las de la Tierra, con lo cual es muy probable que podamos respirar su aire.

Lo que nunca supe a través de mi análisis es que existen océanos en este planeta. Ahora puedo observar cómo estas dos grandes masas de agua se concentran en los polos, lo cual significa que no toda la zona de penumbra es potencialmente habitable como pensé, sino que únicamente dos franjas de la misma a cada lado del planeta lo son. La presencia de lagos en los extremos de cada franja, en la zona cercana a los océanos, sugiere que este planeta giraba sobre sí mismo hace millones de años, pero los océanos se desplazaron hacia los polos cuando el movimiento de rotación se ralentizó. Probablemente hubo un día en que el planeta tuvo un aspecto completamente distinto, quizá no muy diferente al de nuestra Tierra. Incluso el tamaño es parecido. Además, a juzgar por la medida del tambaleo de la enana roja, debe tener casi la misma masa, lo que significa que la gravedad será similar a la de nuestro mundo de origen.

No en vano CAH-196 d fue declarado el planeta con las condiciones de vida más parecidas a la Tierra cuando fue descubierto por el telescopio James Webb en 2027. Ningún planeta así ha sido encontrado desde entonces, aunque también es verdad que la inversión global en astronomía se vio fuertemente reducida desde entonces por la Larga Depresión.

Decido que me he merecido bautizar este planeta. Cuando despierte a todos los tripulantes, les diré que hemos llegado a Anemolia.

Los próximos días constituirán una parte clave de la historia de la humanidad. Nunca sabremos lo que ha ocurrido en la Tierra, pero viendo cómo estaban las cosas en el momento de nuestra partida, hace

752 años, no hay que descartar que los seres humanos se hayan extinguido. Quizá seamos la última esperanza.

Sea como fuere, me prometo a mí mismo que todo saldrá bien. La Alexia cuenta con un módulo separable con el cual podremos aterrizar en Anemolia. Es lo suficientemente grande como para dar cabida a todos los humanos y animales de la nave. Juntos iniciaremos una nueva civilización basada en el respeto y la armonía. Sentaremos las bases de esta nueva humanidad para que las futuras generaciones crezcan de manera sostenible. No habrá guerras ni dañaremos el planeta. Nuestra máxima será usar la inteligencia para sobrevivir, no para autodestruirnos. Nunca permitiré que mi planeta se corrompa.

Al fin y al cabo, quizá tengamos que agradecer a la EBR que hiciera esta selección de tripulantes: fuertes, sensatos y heterogéneos. No puedo imaginar una muestra más adecuada para dar comienzo a una nueva era del género humano.

Podría continuar contemplando la superficie de Anemolia durante horas y horas, soñando con el futuro, analizando el paisaje y pensando en el lugar perfecto para el asentamiento inicial. Pero ha llegado el momento de despertar a los demás.

La vuelta al dormitorio resulta ser un suplicio. El entusiasmo ya no es capaz de ocultar el dolor que sufro en los músculos cada vez que me impulso. Tardo casi dos horas en llegar a la cápsula de Leah.

Una vez allí, introduzco los comandos necesarios para detener el proceso de criopreservación. En unas doce horas, el hidrógeno se evaporará y el cuerpo de Leah podrá volver a funcionar con normalidad.

Hago lo mismo con los amigos de Leah, pero estoy demasiado cansado para programar las 95 cápsulas restantes. Vuelvo a la mía, amarro mi cuerpo con las correas, y me quedo dormido inmediatamente.

Un grito hace que me despierte sobresaltado. Deben haber pasado doce horas ya y alguien se ha despertado. Mientras desabrocho las correas con impaciencia, me doy cuenta de que sigo desnudo. Con la emoción, nunca llegué a preocuparme por buscar un traje. *Qué coño, si todos estamos igual.*

No puedo evitar un gemido lastimero al incorporarme; tengo agujetas en todo el cuerpo.

Las cápsulas que programé ya se encuentran abiertas. Milos, Nayia y Xandra siguen dormidos, ya sin hidrógeno líquido que les cubra. Despertarán en cualquier momento.

Llego por fin hasta la cápsula de Leah, que ya está despierta y me mira con los ojos llenos de terror. Por suerte, parece tranquilizarse al verme.

Le retiro las correas, los cables y la máscara de oxígeno. Ninguno de los dos hablamos durante el proceso. Ella parece confundida; debe estar intentando asimilar la situación. Yo, simplemente, no sé por dónde empezar a contarle lo ocurrido.

Le ayudo a incorporarse. La ausencia de gravedad parece terminar de confundirla y de repente estalla en un llanto que perfora el silencio sepulcral de la nave.

Al estar los dos desnudos, me resulta un poco embarazoso abrazarla, pero lo hago de todas formas, y ella me devuelve el abrazo con fuerza.

—Tranquila, Leah —intento calmarla—. Todo ha salido bien.

—¿Dónde estamos? —consigue decir entre sollozos.

—Lejos del CEFF. Lejos de la EBR. Lejos de la Tierra y del sufrimiento.

—Ande... ¿Vamos a sobrevivir?

—¿Te acuerdas del día en que despertamos juntos en la Bahía de la Higuera?

—Claro que me acuerdo —responde suavemente mientras me besa el cuello. Ya ha dejado de llorar.

—Aquel día me dijiste que deseabas que ese amanecer durase para siempre.

—Y tu contestaste que entonces moriríamos todos por la inercia de la rotación —responde, y una sonrisa aparece en su rostro por primera vez en trece años.

—Tu sueño se ha hecho realidad, Leah —le digo mientras la separo

de mí lo suficiente como para poder perder mi mirada en sus intensos ojos azules—. Hemos llegado a un lugar donde el sol siempre brillará en el horizonte.

Continuará.
www.davidnel.com

Agradecimientos

Un millón de gracias a la persona sin la cual este libro nunca habría llegado a ver la luz. Mi mujer ha sido un apoyo fundamental y una fuente constante de inspiración e ideas para el desarrollo de la historia, además de mi primera y más audaz correctora.

Gracias a Jorge Centeno, a Ignacio Tinao y a José Herrera, por tener la paciencia de leer la primera versión completa y el valor de ofrecerme su sincera opinión, además de útiles consejos y comentarios.

A mis padres y a mis dos hermanas, que leyeron los primeros manuscritos, propusieron interesantes mejoras y me animaron a continuar.

A Guillermo Berguecio y a Carlos Martínez, por sus meticulosos análisis de partes clave de la historia y por sus certeras propuestas que me ayudaron a reproducir un escenario plausible.

Y gracias a Soraya Andújar, por su perseverancia y buen hacer a la hora de plasmar el mapa de Galatea sobre el papel.